




3 1761 08173140 8









Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

HISTORIA
DE LA
CONQUISTA DE MÉXICO

HISTORIA

DE LA

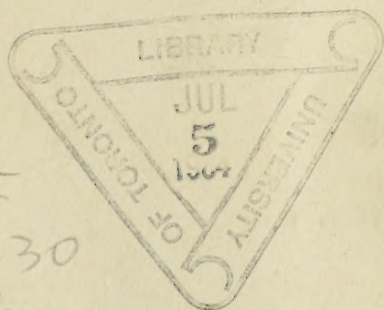
Conquista de México

POR

W. H. PRESCOTT

—
TOMO II
—

EDICIONES MERCURIO
M A D R I D



F
1230
P96918
19002
t.2

CAPÍTULO IV

CONDUCTA DE MOTEUCZOMA.—SU VIDA EN LOS CUARTELES DE LOS ESPAÑOLES.—PROYECTADA INSURRECCIÓN.—PRISIÓN DEL SEÑOR DE TETZCOCO.—PROVIDENCIAS POSTERIORES DE CORTÉS.

(1520)

El establecimiento de Villa Rica de Veracruz, era de la mayor importancia para los españoles por ser el puerto por donde se comunicaban con España, por ser un punto fuerte adonde podían retirarse en el caso de un descabro, por amenazar a los enemigos y proteger a los aliados; finalmente, porque era el *punto de apoyo* de todas las operaciones militares que se hiciesen en el país. Por tanto, era importantísimo confiarlo a manos hábiles.

Un hidalgo nombrado Alonso de Grado, había sido enviado por Cortés a ocupar el puesto que quedó vacante a causa de la muerte de Escalante. Era aquél persona de más fama civil que militar, y por esta razón pareció ser más a propósito para mantener con los naturales relaciones pacíficas, que no otro español de carácter belicoso. Sin embargo, Cortés tuvo (cosa rara en él) mala elección. Comenzó a recibir tales informes de los disturbios originados en Veracruz por las vejaciones y negligencia del gobernador, que resolvió separarle de este puesto.

Dió el mando a Gonzalo de Sandoval, joven hidalgo que en el curso de la campaña había mostrado mucha intrepidez, sagacidad y discreción; circunstancias que unidas al buen humor¹ que conservaba en medio de las mayores privaciones y a su trato afable, le habían granjeado la estimación de todos, oficiales y soldados. Sandoval partió, pues, del campo español para la costa, no habiendo en esta vez engañádose Cortés en su elección.

No obstante la posesión en que estaba el general de su real cautivo, le inquietaba pensar que los indios podían, a la hora que quisieran, cortarle toda comunicación con el resto del país, y dejarle encerrado dentro de la capital. Propuso, por lo tanto, que se construyesen dos barcos de tamaño suficiente para transportar sus fuerzas al través de los lagos, sin necesitar de las calzadas. A Moteuczoma complació en extremo la idea de ver aquellas casas del agua, de que tan maravillosas ponderaciones le habían hecho, y accedió sin dificultad aún a que se cortase de los bosques reales la madera necesaria para el intento. La construcción de los buques se encargó a Martín López, experto en este género de construcciones; ordenóse también a Sandoval que enviase la jarcia, velamen, clavazón y demás materiales que se había cuidado de preservar cuando la destrucción de la flota (1).

El monarca mexicano pasaba el tiempo viviendo en los cuarteles de los españoles, de una manera no muy diferente de la que acostumbraba en su propio palacio. Sus carceleros conocían perfectamente cuánto les convenía tenerle asido, y hacían todo lo posible para hacerle llevadero su cautiverio y darle a entender que no estaba en tal estado, mas la cadena es siempre pesada aún cuando esté

(1) Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. XCVI.

cubierta de rosas. Después del desayuno de Moteuczoma, que consistía en unas pocas de frutas o legumbres, venía Cortés o alguno de sus oficiales a pedirle órdenes. Entonces dedicaba algún tiempo a los negocios; daba audiencia a aquellos sus vasallos que tenían peticiones que hacerle o quejas que darle; el alegato de las partes se asentaba en mapas jeroglíficos que eran sometidos al examen de jueces o consejeros que ayudaban al monarca en estos casos. Los embajadores de los Estados extranjeros o de las provincias y ciudades remotas, eran también admitidos a la presencia del emperador, cuidando los españoles de que se guardase con su real maniquí, toda la etiqueta que si estuviera en la plenitud de su libertad.

Después del despacho de los negocios, se divertía Moteuczoma en ver los ejercicios militares de los castellanos: al fin, había sido soldado, y en sus días de gloria, había conducido al campo de batalla a los aztecas; era, pues, natural, que llamasen fuertemente su atención la táctica y la disciplina europea. Otras veces invitaba a Cortés o a sus oficiales a jugar algún juego nacional; uno de sus favoritos era el llamado *totoloque*, que se jugaba con bolas de oro, con que se apuntaba a un blanco del mismo metal. Por lo común, apostaba alguna cosa de valor, piedras preciosas o tejos de oro; y cuando perdía, no se ponía de mal humor, porque en efecto, le era indiferente ganar o perder, puesto que la ganancia la daba a sus servidores (1). En todo mostraba munificencia regia, y aunque sus enemigos le acusaban de avaricia, si deseaba adquirir, sería para tener que prodigar.

Cada español tenía varios mexicanos, varones y hembras, encargados de guisarle y de asistirle en todo lo demás.

(1) Ibid, 97.

Cortés, considerando que tantos sirvientes era demasiado gravamen para el real reino, ordenó que se les despidiese y que cada castellano tuviese un solo criado. Al saberlo Moteuczoma, echó en cara al general en tono de chanza su nimia economía, que no era propia de un palacio, y dió contraorden, mejorando la condición de los sirvientes y mandando que se les diese paga doble.

Una ocasión que un soldado español sustrajo algunas cosillas de oro del tesoro guardado en la sala, que desde que había llegado Moteuczoma había sido vuelta a abrir, quiso Cortés castigar al soldado, pero se interpuso Moteuczoma diciéndole: «vuestros compatriotas pueden disponer del oro y de todo lo demás, con sólo que no toquen lo perteneciente a los dioses». Algunos de los soldados, abusando del permiso, se sacaron y llevaron a sus cuarteles muchos tercios de algodón. Cuando se lo contaron a Moteuczoma, replicó simplemente: «yo no quito jamás lo que una vez he dado» (1).

Pero aunque enteramente indiferente a su tesoro, le hería vivamente el más ligero insulto o agravio personal. Una vez que un simple soldado le habló ásperamente, sus ojos se nublaron de lágrimas, porque aquello le hizo conocer su impotencia y abyecta condición. Cortés, al saberlo, se irritó de tal suerte, que mandó que ahorcasen al soldado; pero por intercesión de Moteuczoma, fué conmutada aquella pena en la de azotes (2). El general no quería que nadie (fuera de él mismo), tuviese el derecho de tratar indignamente a su prisionero. Moteuczoma habría querido aun mitigar más el castigo; pero desistió después, alegando que si el Malinche hubiese recibido un insulto semejan-

(1) Gomara. *Crónica*, cap. LXXXIV. Herrera. *Hist. Gral.*, dec. 2. libro 8.º, cap. IV.

(2) Ibid. dec. 2. lib. 8.º, cap. V.

te de parte de uno de sus vasallos, él lo habría castigado de la misma manera.

Tales ejemplos de desacato eran rarísimos; los modales suaves y amables de Moteuczoma, y sobre todo, su liberalidad, que con el vulgo es la más popular de las virtudes, hicieron que fuese generalmente amado de los españoles (1). La arrogancia que le había caracterizado en sus días de prosperidad, le abandonó en la adversa fortuna. Su carácter, parece que sufrió con el cautiverio un cambio algo parecido al que experimentan los animales feroces de los bosques, cuando se ven entre las rejas de una jaula.

El monarca indio conocía el nombre y calidad de todos y cada uno de los españoles (2), y a algunos les mostró singular afecto; consiguió del general que le sirviera de paje uno llamado Orteguilla, que a fuerza de estar cerca de Moteuczoma, llegó a aprender la lengua mexicana lo bastante para servir útilmente a sus compatriotas. Moteuczoma se complacía en tratar con Velázquez de León, capitán de su guardia, y con Pedro de Alvarado, *Tonatiuh* o el sol, como le llamaban los aztecas, a causa de su rubia cabellera y de su brillante armadura. ¡La claridad del día suele ser a veces el preludio de una horrible tempestad!

No obstante el empeño que se tenía en divertir el tedio de su cautiverio, el real prisionero no podía menos de echar desde las paredes de su residencia, una mirada de envidia sobre la antigua morada de sus placeres y de su poder. Manifestó el deseo de ir al templo mayor, a tributar

(1) «En esto era también mirado que todos lo queríamos con gran amor, porque verdaderamente era gran señor en todas las cosas que le víamos hacer.» Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. C.

(2) «Y él, bien conocía a todos y sabía nuestros nombres y aún calidades, y era tan bueno, que a todos nos daba joyas. a otro tantas e indias hermosas.» Ibid, cap. XCVII.

el culto que antes acostumbraba rendir a sus dioses incesantemente. La idea sorprendió a Cortés: pero era demasiado justa la petición para oponerse a ella, sin dejar traslucir algo de lo que tanto convenía tener oculto; mas para asegurar su vuelta, le dejó ir escoltado de ciento y cincuenta hombres, al mando de los resueltos hidalgos que habían concurrido a la prisión, diciéndole, además, que toda tentativa para huirse, la pagaría con la vida. Custodiado de esta suerte, visitó el príncipe indio el *teocalli*, donde fué recibido con la acostumbrada pompa, y después de cumplir con sus devociones, se volvió a los cuarteles de los españoles (1).

Ya se puede suponer que éstos no desperdiciaron la coyuntura que les ofrecía la residencia del emperador entre ellos, para inspirarle algunas ideas de la religión cristiana. Los padres Díaz y Olmedo, esforzaron todos los recursos de su lógica para hacer vacilar la fe del indio en sus ídolos, pero todo fué en vano; siempre les prestaba una atención edificante y que parecía ser la precursora de un triunfo, pero la conferencia terminaba con la frase de costumbre: «El Dios de los cristianos es bueno; pero para mí, son también buenos y verdaderos los dioses de mi patria» (2). Cuentan, sin embargo, que recabaron de él la promesa de que no volvería a tomar parte en los sacrificios humanos; pero con todo, diariamente se celebraban en los templos principales de la capital, y el pueblo profesaba aquel sanguinario culto con tanta ceguedad, que los españoles no

(1) Ibid, cap. XCVIII.

(2) Según Solís, el demonio cerraba sus corazones contra aquellos buenos hombres, aunque en opinión del historiador no hay prueba alguna de que el maligno consejero haya vuelto a aparecer y a conversar con Moteuczoma después de planteada la bandera de la Cruz por los españoles. *Conquista*, lib. 3.º, cap. XX

habrían podido oponerse abiertamente a él, a lo menos por entonces, sin correr grandes riesgos.

Moteuczoma manifestó el deseo de entregarse a los placeres de la caza, de la que, en otro tiempo, había sido apasionado. Los bosques reales estaban del otro lado del lago, por manera que Cortés propuso llevarle a ellos, embarcado con toda su comitiva en los bergantines, que ya se habían acabado de construir. Eran éstos de gran tamaño y de muy fuerte construcción: el mayor de ellos, montaba cuatro falconetes o cañoncitos; sobre la cubierta, había un toldo vistosamente pintado, y en el mástil, flotaba majestuosa bandera de Castilla. A bordo de este buque tuvo Moteuczoma ocasión de admirar la habilidad náutica de los blancos. Embarcóse el monarca con un gran acompañamiento de magnates aztecas y una guardia numerosa de españoles. La fresca brisa soplabla blandamente sobre las ondas, y el velero bergantín, en breves momentos, dejó tras sí la nube de leves piraguas que oscurecía la superficie del lago. Parecióles a los naturales que era aquella nave un ser viviente que, desdeñando toda ayuda humana, era conducido por sus blancas velas como en alas del viento, al mismo tiempo que los truenos que salían de sus costados y que por la primera vez interrumpían el silencio de aquel mar interno, anunciaban que aquel bello fantasma iba armado del terror (1).

Había en los bosques reales gran copia de animales, algunos de los cuales cazaba el monarca por medio de flechas, y otros, caían en las redes o trampas que les tendían los servidores de Moteuczoma (2). En aquellos ejercicios

(1) Bernal Díaz, cap. XCIX. Relac. seg. de Cortés. en Lorenzana, página 88.

(2) Algunas veces cazaba con un tubo o especie de escopeta de

venatorios, mientras estaba en sus selváticos dominios, parecía que gozaba éste de todas las dulzuras de la libertad; pero no era más que una sombra de libertad, porque en sus bosques, en sus cuarteles, en su hogar, fuera de él, en todas partes, no tenía más que una sombra de soberanía: en todas partes le perseguía tenazmente la mirada del español.

Mas en tanto que él se entregaba sin resistencia a este hado ignominioso, otros contemplaban las cosas de muy distinta manera. Entre éstos estaba Cacama, señor de Tetz-coco, joven que apenas tenía veinticinco años, pero que era muy respetado por sus prendas personales y mayormente por su intrepidez. Era el mismo príncipe a quien Moteuczoma había enviado a recibir a los españoles cuando entraban en el valle mexicano. Cuando por la primera vez se debatió en el Consejo la manera con que debía recibírseles, fué de dictamen que se les oyese como a diputados de un príncipe extranjero, y que si pretendían otra cosa que lo que aparentaban, se hiciese oportunamente armas contra ellos. Él pensó que era llegado el momento de verificarlo.

En la primera parte de esta obra ha visto el lector la historia antigua de la monarquía *acolhua* o *tetzcocana*, engreída rival de la azteca en poderío y superior a ella en civilización (1). Bajo el último reinado, el de Netzahualpilli, su territorio había sido gravemente menoscabado a causa de las arterias de Moteuczoma, que insidiosamente fomentaba los disturbios y guerras intestinas. A la muerte del

viento, con la que arrojaba municiones a los conejos y pájaros. «La caza a que Moteuczoma iba por la laguna era a tirar a pájaros y a conejos con cerbatana, de la cual era diestro.» Herrera, *Hist. general*, dec. 2, lib. 8.º, cap. LXXXIV.

(1) Véase antes el libro 1.º, cap. VI.

príncipe tetzcocano trabóse una sangrienta guerra de sucesión entre el hijo mayor, Cacama, y su ambicioso hermano, Ixtlilxochitl. Originóse de ella la partición del territorio, tocando al último las montañosas regiones del Norte, y el resto, a Cacama. Aunque cercenada en gran parte de sus dominios hereditarios, la ciudad de Tetzcocho era de por sí tan importante, que el señor de ella ocupaba un lugar distinguido entre los reyezuelos del valle mexicano. La capital contenía, en tiempo de la Conquista, según asegura Cortés, 150.000 habitantes (1). La hermoseaban grandes edificios, rivales de los de México, y cuyas ruinas que aún encuentran en su antiguo sitio, atestiguan que sirvieron de morada a grandes príncipes (2).

El joven señor de Tetzcocho miró con indignación, y no sin desprecio, la conducta cobarde de su tío; procuró animarle a tomar una resolución varonil; pero fué en vano. Entonces, formó una liga con varios caciques convecinos para rescatar a su rey y sacudir el yugo de los extranjeros. Convocó al señor de Iztapalapan, hermano de Moteuczoma, al de Tlacopad y a algunos otros de los más poderosos, y les encontró dispuestos a entrar en la alianza. Instó

(1) «E llámase esta ciudad Tetzcocho, y será de hasta 30.000 vecinos.» (Relación segunda, en Lorenzana. pág. 94.) Según el licenciado el número de los habitantes era doble: *sesenta mil vecinos*. (Carta. M. S.) Esto apenas es creíble, pues México no tenía más. Toribio dice que la ciudad ocupaba una legua de largo y seis de ancho. (*Hist. de las Ind.*, M. S., part. III, cap. VII.) Esto supondría una extensión muy considerable; pero debe advertirse que el lenguaje de los antiguos cronistas no es de lo más exacto.

(2) Un testigo ocular nos ha dejado la descripción de la capital en sus tiempos de mayor gloria: «Esta ciudad era de la segunda cosa principal de la tierra, y así, había en Tetzcocho muy grandes edificios de templos del demonio, y muy gentiles casas y aposentos de señores, entre los cuales fué muy cosa de ver la casa del señor principal, así

igualmente a la nobleza azteca, pero ella se rehusó a dar ningún paso que no fuera previamente autorizado por el emperador. (1). Ella profesaba, sin duda alguna, un respeto profundo a su señor; pero es probable que los celos y las rivalidades con Cacama hayan tenido parte en la resolución; mas sean cuales fueren los motivos, lo cierto es que con su negativa dejó que se perdiese la mejor oportunidad que podía presentársele de recobrar la libertad de su soberano y de afianzar su propia independencia (2).

Estas intrigas no fueron tan secretas que no llegasen al

la vieja con su huerta cerrada de más de mil cedros muy grandes y muy hermosos, de los cuales hoy día están los más en pie, aunque la casa está asolada; otra casa tenía en que se podía aposentar en ella un ejército, con muchos jardines, y un muy grande estanque que por debajo de tierra solían entrar a él con barcas.» (*Hist. de los ind.*, parte III, cap. VII.) Los últimos restos de la ciudad se emplearon en hacer fortificaciones, cuando la guerra de insurrección de 1810. (Ixtlilxochitl, *Venida de los españoles*, pág. 78, nota.) Tetzaco es hoy un insignificante lugarejo con una población de algunos miles. Los restos de su antigua arquitectura parece que hicieron en el ánimo de Mr. Bullock más impresión que en los demás viajeros. (*Seis meses en México*, capítulo LXXXVII.)

(1) «Cacama reprendió ásperamente a la nobleza mexicana, porque consentía hacer semejantes desacatos a cuatro extranjeros y que no los mataban, se excusaban con decirles que les iban a la mano y no les consentían tomar las armas para libertarlo y tomar a una tan gran deshonra, como era, la que los extranjeros les habían hecho en prender a su señor y quemar a Quauhpopoca, los demás sus hijos y deudos sin culpa, con las armas y munición que tenían para la guarda y defensa de la ciudad, y de su autoridad tomar para sí los tesoros del rey y de los dioses, y otras libertades y desvergüenzas que todos los días pasaban, y aunque todo esto veían lo disimulaban por no enojar a Moteuczoma que tan amigo y casado estaba con ellos.» Ixtlilxochitl, *Hist. Chic.*, M. S., cap. LXXXVI.

(2) Tal es el lenguaje de Cortés: «Y este señor *se rebeló* así contra el servicio de V. A., a quien se había ofrecido, como contra el dicho

conocimiento de quien con su prontitud acostumbrada habría ido al punto a Tetzco y extinguido la chispa de la insurrección antes de que hubiese producido un incendio; más disuadió Moteuczoma haciéndole presente que Cacama era hombre resuelto y disponía de numerosas tropas, de manera que para vencerle se necesitaría una pugna sangrienta. El comandante consintió, pues, en negociar y envió un embajador al cacique, cuya respuesta fué altanera. Cortés insistió en las negociaciones, sosteniendo la supremacía de su soberano el emperador de Castilla; a esto replicó Cacama: «Que no obedecía semejante autoridad; que no conocía ni al monarca español ni a su pueblo, ni quería conocer nada de ellos.» (1) Moteuczoma, viendo que no lo-graba que el cacique viniese a México, le permitió que arreglase sus querellas con los españoles, entre los cuales le aseguró que estaba residiendo como amigo. Mas el joven señor de Tetzco no era tan imbécil que no conociese la verdadera situación de su tío, y dijo en contestación: «Que cuando fuese a la capital sería para rescatarla y al emperador y a los dioses, de la esclavitud en que estaban; que iría con la mano, no en el pecho, sino en el puño de la espada para arrojar a los extranjeros que habían hecho tanta mengua y afrenta a la nación de Colhua.» (2)

Moteuczoma.» Relación segunda, en Lorenzana, pág. 15. Voltaire, con esa facilidad que tiene para encontrar en todas partes el ridículo, habla de esta arrogancia en su tragedia de *Alzira*:

Tu vois de ces tyrans la fureur despotique
 Il pensent que pour eux le Ciel fit l' Amérique,
 «Qu'ils en sont nés les rois, et Zamore a leurs yeux,
 Tout souverain qu'il fut, n'était qu'un séditieux.»

Alcira, Act. 4, sec. 3.

(1) Gomara, *Crónica*, cap. XCI.

(2) «Y que para reparar la religión y restituir los dioses, guardar

Cortés, irritado de aquel tono de amenaza, habría procedido inmediatamente a refrenarlo; pero Moteuczoma volvió a interponerse con maña. Dijo que tenía cerca de Cacama a muchos señores tetzcoanos a quienes pagaba su salario (1), y que mediante ellos sería fácil apoderarse de la persona de Cacama y romper la alianza sin necesidad de derramamiento de sangre. El mantenimiento de un cuerpo de asalariados en la Corte de los príncipes vecinos, era una invención sutil que prueba que los bárbaros de Occidente conocían la ciencia de las intrigas políticas tanto como algunos de los príncipes de más allá de los mares.

Instigado por estos infieles nobles, consintió Cacama en tener una conferencia relativa a la proyectada invasión, en una villa que estaba a orillas del lago de Tetzco, no lejos de la capital del mismo reino. La tal villa, como las más de su género, estaba construída de suerte que podían entrar las canoas por debajo de los principales edificios; así es que, estando en la mitad de la conferencia, se hicieron los conspiradores dueños de Cacama, le sumieron en una de aquellas canoas dispuestas al intento, y le condujeron a México. Llevado a la presencia de Moteuczoma, no se abatió en nada el altivo porte del bien templado magnate. Echó en cara al monarca su perfidia y su cobardía, indignas de su antiguo carácter y del lustre y honra de la familia de que descendía. Contóle esto el emperador a Cortés,

el reino, y cobrar la fama y libertad a él y a México, iría de muy buena gana, mas no las manos en el seno, sino en la espada. para matar a los españoles que tanta mengua y afrenta habían hecho a la nación Colhúa. Ibid, cap. XCI.

(1) «Pero que él tenía en la su tierra del dicho Cacamatzin muchas personas principales que vivían con él y les daba su salario. Relación segunda, en Lorenzana, pág. 95.

quien, teniendo muy en poco la dignidad regia de un príncipe indio, le puso con grillos.

A la sazón estaba en México un hermano de Cacama mucho más joven que él; a instigaciones de Cortés, Moteuczoma, alegando que su sobrino había perdido por su última *rebelión* los derechos al trono, le declaró dispuesto y nombró en su lugar a *Cuicuitzca* (1); porque es de saberse que el emperador azteca siempre había ejercido una autoridad suprema en las cuestiones relativas a la sucesión. Bien que este era un ilegítimo ejercicio de ellos, los tetzcoanos accedieron con blanda docilidad; probando así que o la fidelidad valía poco para ellos, o lo que es más probable, que tenían gran miedo a los españoles. Pero lo cierto es que el nuevo príncipe fué recibido en la capital con aclamaciones (2).

Faltaba a Cortés tener en sus manos a los otros señores que habían entrado en la alianza; lo que no era difícil de conseguir, pues la autoridad de Moteuczoma era absoluta en todas partes, excepto en su mismo palacio. Por manda-

(1) Ibid. págs. 95-96. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, lib. 33, cap. VIII Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXXVI.

Este último escritor excusa la prisión de Cacama con la oportuna reflexión de que «esto sacó a los españoles de grandes aprietos, y facilitó la propagación de la fe católica».

(2) Cortés llama a este príncipe *Cucuzca*. (Relación segunda, página 96.) En la ortografía de los nombres aztecas se dejaba llevar el general de su oído: y se equivocaba de diez veces nueve. Bustamente, en su catálogo de príncipes tetzcoanos le omite enteramente, acaso juzgando que fué un intruso que no merece ser contado entre los legítimos soberanos de aquella tierra. (Galería de antiguos príncipes. Puebla. 1821.) Sahagun también ha excluido su nombre de la genealogía real de Tetzco.

to suyo fueron hechos prisioneros todos los caciques, puestos en cadenas y traídos a México, donde Cortés los puso en severa incomunicación con su caudillo (1).

Ya había triunfado de todos sus enemigos; había asentado la planta sobre el cuello de los príncipes, y había hecho servir al emperador azteca de dócil instrumento de sus miras. El primer uso que hizo del poder fué cerciorarse de los recursos de la monarquía; envió a muchos españoles guiados por los naturales, a explorar las diferentes regiones del país en que hubiese oro, el cual se encontró en mayor abundancia en el lecho de ríos que distaban muchas millas de la capital.

Otro de sus primeros cuidados, fué averiguar si había algún puerto donde guarecerse en la costa del Atlántico, porque la rada de Veracruz no daba abrigo contra las tempestades que en ciertas estaciones arrasan aquellas playas. Moteuczoma le enseñó un mapa donde estaban trazadas las costas del golfo con regular exactitud (2); Cortés, después de examinarlo con cuidado, envió una expedición compuesta de diez españoles, muchos de ellos pilotos y de algunos aztecas, para que bajase a Veracruz y explorase la costa hasta cerca de sesenta leguas al Sur de esta ciudad; hasta el gran río Coatzacoalco, que parecía ofrecer y ofrecía en efecto, las mejores comodidades para un buen puerto. Se escogió un sitio propio para una fortificación, y se envió un destacamento de ciento cincuenta hombres a

(1) Si hemos de creer a Solís, la excesiva lenidad que mostró Cortés en esta ocasión, excitó general admiración en todo el imperio. «Tuvo notable aplauso en todo el imperio este género de castigo sin sangre, que se atribuyó al superior juicio de los españoles, porque no esperaban de Moteuczoma semejante moderación. (*Conquista*, lib. 4.º, capítulo II.)

(2) Relac. seg., en Lorenzana, pág. 91.

las órdenes de Velázquez de León, para que fundasen allí una colonia.

El general obtuvo además la gracia de un vasto terreno en la fértil provincia de Oajaca, donde propuso hacer un plantío en beneficio de la corona. Reunió allí todos los animales domesticados peculiares del país, y todas las semillas y plantas indígenas que podían dar buenos productos de exportación. En breve tiempo puso aquel terreno en tan buen estado por su cultivo, que aseguró a su dueño, el emperador Carlos V, que valía veinte mil onzas de oro (1).

(1) *Damus quæ dant.* dice brevemente Mártir, hablando de esta valuación. (*De Orbe Novo*, dec. 5, cap. III) Cortés trae las noticias que le dieron sus gentes de los bellos y amplios edificios de Oajaca. (Relac. seg., pág. 89.) Todavía se encuentran dignas muestras de la arquitectura india, en las ruinas de Mitla.

CAPÍTULO V

MOTEUCZOMA JURA VASALLAJE A ESPAÑA.—TESOROS REALES.—

SU REPARTICIÓN.—CULTO CRISTIANO EN EL TEOCALLI.—

DISGUSTO DE LOS AZTECAS.

(1520)

Cortés conoció que su autoridad ya estaba sólidamente asentada para poder exigir a Moteuczoma que reconociese la soberanía del emperador español, cosa a que el azteca se había mostrado dispuesto desde su primera entrevista con los blancos. Por consiguiente, no tuvo obstáculo en convocar a todos sus caciques con este objeto. Ya que estaban reunidos les dirigió una breve alocución en que les exponía el objeto de su congregación. Díjoles que todos ellos sabían la antigua tradición de que el gran señor que en otro tiempo había gobernado aquella tierra ofreció volver un día y reasumir su imperio; que este día había llegado; que los blancos venían de las regiones donde sale el sol, más allá de las aguas, del lugar adonde se había retirado el buen Quetzalcoatl; que eran enviados por su señor a reclamar la obediencia que le debían sus antiguos súbditos; que en cuanto a sí mismo, estaba pronto a reconocer su autoridad. «Durante muchos años, continuó, que he gobernado en el trono de mis abuelos, habéis sido mis

fieles vasallos; yo espero que me prestéis este último acto de obediencia reconociendo por vuestro señor al gran rey que impera más allá de los mares y que le pagaréis tributo, del mismo modo que a mí me lo habéis pagado» (1). Al acabar de decir estas palabras, su voz quedó casi ahogada por la emoción y sus lágrimas bañaron sus mejillas.

Los nobles, muchos de los cuales, por residir muy lejos de la Corte, no estaban al tanto de los cambios acaecidos en ella, quedaron atónitos al escuchar tales palabras y al ver el abajamiento voluntario de su señor, a quien, hasta entonces, habían acatado como al señor omnipotente del Anáhuac; y lo que más les podía era ver su abatimiento (2). Replicáronle que siempre habían tenido por ley la voluntad de su emperador; que así sería ahora, y que si él creía que el rey de aquellos extranjeros era el antiguo soberano de esta tierra, estaban prontos a reconocerle como a tal. En seguida prestaron el juramento de vasallaje con todas las solemnidades acostumbradas, en presencia de los españoles, tomando razón el notario real de todo lo acaecido, para enviar la relación a España (3). Tenía quién sabe

(1) «Y mucho os ruego, pues a todos es notorio todo esto, que así como hasta aquí a mí me habéis tenido y obedecido por señor vuestro, de aquí adelante tengáis y obedezcáis a este gran rey, pues él es vuestro natural señor, y en su lugar, tengáis a éste su capitán; y todos los tributos y mercedes que hasta aquí a mí me hacíades, los haced y dad a él, porque yo asimismo tengo de contribuir y servir con todo lo que me mandare.» Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 97.

(2) «Lo cual todo les dijo llorando con las mayores lágrimas y suspiros que un hombre podía manifestar; asimismo todos aquellos señores que le estaban oyendo, lloraban tanto, que en gran rato no le pudieron responder.» Ibid, loc. cit.

(3) Solís considera que esta ceremonia como que suplió la falta de legitimidad que antes de ella tenían los españoles: estas consideraciones son curiosas hasta en un casuista consumado. «Y siendo una

qué de interesante aquella ceremonia, en que un monarca absoluto e independiente, cediendo más bien a los preceptos de la conciencia que a los del miedo, abdicaba sus derechos hereditarios en favor de un desconocido y misterioso monarca. Aquel espectáculo conmovió aún a los hombres de hierro que tan sin escrúpulo estaban abusando de la credulidad de los indios; por manera, que aunque aquello «estaba en el orden regular, como dice un antiguo cronista, sin embargo no hubo un español que viera con ojos enjutos semejante espectáculo» (1).

como insinuación misteriosa del título que se debió después al derecho de las armas, sobre justa provocación, como lo veremos en su lugar: circunstancia particular que ocurrió en la Conquista de México, para mayor justificación de aquel dominio, sobre las demás consideraciones que no sólo hicieron lícita la guerra en otras partes, sino legítima y razonable, siempre que se puso en término de medio necesario para la introducción del Evangelio. *Conquista*, lib. 4.º, cap. III.

(1) Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. CI. Solís, *Conquista*, loc. cit. Herrera, *Hist. Gral.*, dec. 2, lib. 9.º, cap. IV. Ixtlilxochitl, *Historia Chich.*, cap. LXXXVII.

Oviedo ve en las lágrimas y pena de Moteuczoma, una prueba suficiente de que aquel vasallaje, lejos de ser voluntario, era exigido por la fuerza. Este historiador parece que vió la trama de los sucesos, más claramente que muchos de los que en ellos figuraron como actores. «Y en verdad, si como Cortés lo dice o escribió, pasó en efecto, muy gran cosa me parece la conciencia y liberalidad de Moteuczoma en esta su restitución y obediencia al rey de Castilla, por la simple y cautelosa información de Cortés que le podía ser para ello. Mas aquellas lágrimas con que dice que Moteuczoma hizo su oración e amonestamiento, despojándose de su señorío, y las de aquellos con que les respondieron aceptando lo que les mandaba y exhortaba; y a su parecer, su llanto quería decir o enseñar otra cosa de lo que él y ellos dijeron; porque las obediencias que se suelen dar a los príncipes con cámaras y con risas, e diversidad de música e leticia en señales de placer, se suele hacer: e no con luto ni lágrimas y sollozos, ni estando preso quien obedece; porque como dice Marco Varron: lo que por fuerza se da no es servicio, sino robo.» *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. IX.

La noticia de tan extraños sucesos se propagó al punto por la capital y el imperio. Todos veían en aquello el dedo de la Providencia: la antigua y vulgar tradición sobre Quetzalcoatl revivió en la memoria de todos, hasta con sus más pequeñas circunstancias; decían que era también parte de esta tradición, que la línea azteca se extinguiría en Moteuczoma, cuyo nombre, que significaba literalmente *señor triste o desgraciado*, se tenía por un agüero de su funesto destino (1).

Luego que Cortés hubo asegurado la corona de Castilla, este gran feudo trató de persuadir a los magnates aztecas que sería conveniente que cada uno de ellos mandara al monarca español un presente con que ganarse su favor y probarle la lealtad de sus nuevos vasallos (2). Moteuczoma consintió en que sus colectores recorriesen las provincias y ciudades acompañados de algunos españoles para recoger el tributo acostumbrado en nombre del monarca castellano. Dentro de pocas semanas ya estaban de vuelta los más de ellos cargados de oro, plata, ricas telas y demás artículos de comodidad en que ordinariamente se pagaban los impuestos.

A esto añadió Moteuczoma, por su propia cuenta, el tesoro del rey su padre, Axayacatl, de cuyo tesoro ya hemos dado noticia, y una parte del cual había sido ya repartido a los españoles. Aquel tesoro era el fruto de una acumulación lenta y dilatada, acaso de desapiadadas extorsiones cometidas por un príncipe muy ajeno de imaginarse cuál sería el destino de tantas riquezas. Cuando las tras-

(1) Gomara. *Crónica*. cap. XCII. Clavijero, *Stor. del Mess.*, t. II, página 256.

(2) «Parecería que ellos comenzaban a servir, y V. A. tendría más concepto de las voluntades que a su servicio mostraban.» Relación segunda. en Lorenzana, pág. 98.

portaron a los cuarteles se vió que sólo el oro bastaba para hacer tres grandes montones; parte de él estaba en granos brutos; parte fundido en barras, y el resto, que era la porción más considerable, en utensilios, adornos y juguetes curiosos e imitaciones de aves, insectos y flores, ejecutadas con rara fidelidad y primor. Había, además, gran número de collares, brazaletes, varas, abanicos y otras curiosidades en que el oro y el rico plumaje estaban salpicados de perlas y piedras preciosas, siendo muchos de estos objetos más admirables por su manufactura que por el valor de los materiales (1), tales, en fin, que (refiriéndonos a lo que dice Cortés y a lo que confirma otro testigo ocular no fácil de alucinar) ningún monarca de Europa podía vanagloriarse de tener nada que pudiese competir con aquello (2).

No obstante la magnificencia del regalo, Moteuczoma mostró sentimiento de que no fuese más considerable, aunque lo disminuía, según dijo, la consideración de los presentes que antes había hecho a los blancos. «Tened esto, Malinche», añadió, «y recordad en vuestros anales que Moteuczoma se lo envía a vuestro príncipe (3).

(1) Pedro Mártir, creyendo que era algo extravagante el juicio de Cortés, lo confirmó con testimonios. «Referunt non credenda: credenda tamen quando vir talis ad Caesarem et nostri collegii Indici senatores audeat scribere. Adde insuper se multa. praetermittere. ne tanto», recenseno sit molestus. *Idem affirmant qui ad nos inde regreduntur.* (*De Orbe Novo*, cap. III.)

(2) Las cuales, demás de su valor eran tales y tan maravillosas, que consideradas por su novedad y extrañeza, no tenían precio, ni es de creer que alguno de los príncipes del mundo, de quien se tiene noticia, las pudiese tener tales y de tal calidad.» Relación seg., pág. 99. Oviedo, *Historia de las Indias*, M. S., lib. 33. cap. IX. Bernal Díaz, capítulo CIV.

(3) «Decidle en vuestros anales y cartas: esto os envía vuestro buen vasallo Moteuczoma.» Bernal Díaz, *ubi. supra*.

Los españoles veían con ojos codiciosos la ostentación de tantas riquezas (1), hoy suyas, superiores a todas las que habían visto en el Nuevo Mundo y aún a las que habían imaginado en sus sueños dorados. Puede ser que algo les haya mortificado el contraste entre su avaricia y liberalidad del príncipe; así se deja colegir, a lo menos, de los respetuosos y humildes homenajes que le tributaron al darle las gracias por aquellos dones (2). Sin embargo, no fueron tan delicados que se rehusasen a tomar el donativo, una pequeña parte del cual, fué la que únicamente entró en las arcas reales. Reclamaron con instancia que se hiciese la repartición del tesoro, la cual el general quería dejar para después que se recibiesen los tributos de las provincias más apartadas. Se mandó traer a los plateros de Azcapozalco para que redujesen a pedazos los objetos de oro, menos aquellos que estaban muy curiosamente trabajados; tres días se necesitaron para esta operación, después de la cual quedó todo el oro reducido a tejos con las armas reales grabadas.

Algunas dificultades se encontraron para hacer la repartición, a causa de la falta de pesos, cosa que (por extraña que parezca en un pueblo tan adelantado en la civilización) era desconocida de los aztecas. Sin embargo, esta falta se suplió por medio de medidas y pesos que hicieron los españoles mismos, y probablemente no serían muy exactos. Así pudieron sacar el real *quinto* que se encontró as-

(1) «Fluctibus auri. -- Expleri callor ille nequit.» — Claud, in Ruf, libro I.

(2) «Y cuando aquello le oyó Cortés y todos nosotros, estuvimos espantados de la gran bondad y liberalidad del gran Moteuczoma, y con mucho acato le quitamos todos las gorras de armas y le dijimos que se lo teníamos en merced y con palabras de mucho amor.» Oviedo, Bernal Díaz, *ubi. supra*.

cender a 32.400 pesos oro (1), y según dice Díaz, el cuádruplo de esta suma (2). Pero si se atiende a que los españoles tenían interés en no defraudar nada al erario para granjearse el favor del rey, y a que siendo Cortés el responsable de la suma de que se hablaba en la carta, no podía disminuirla, se verá que la cantidad que él dice es la que se puede tener por verdadera.

Por lo tanto, el valor de todo el tesoro eran ciento sesenta y dos mil pesos de oro, sin contar las joyas y adornos, cuyo valor reguló Cortés en quinientos mil ducados: fuera de esto había quinientos marcos de plata en láminas, vasos y otros artículos de lujo. La poca cantidad de plata comparada con la de oro, forma un contraste con las proporciones relativas de los dos metales, después de la conquista (3). El valor total del tesoro reducido a nuestra mo-

(1) Relación segunda de Cortés, pág. 99.

Esta regulación se encuentra confirmada (con diferencia de 400 onzas) por los testigos que a solicitud de Cortés, fueron citados para que vieran el montón del quinto del rey. Entre los testigos se encuentran los hombres más respetables del ejército, Oviedo, Ordaz, Ávila y los padres Olmedo y Díaz, el último de los cuales es de saberse que no era muy amigo de Cortés. El instrumento, aunque sin fecha, se encuentra en la colección de Vargas Ponce. Probanza fecha a pedimento de Juan de Lexalde, M. S.

(2) «Eran tres montones de oro, pesado hubo en ellos sobre 600.000 pesos como adelante diré, sin plata e otras muchas riquezas.» Bernal Díaz, cap. CIV.

(3) La cantidad de plata sacada de las minas de América, excede a la de oro, en la razón de 46 : 1 (Humboldt, tom. III, pág. 401.) El valor del último de estos metales, que según Clemencia, en tiempo del descubrimiento del Nuevo Mundo era siete veces mayor que el de la plata, hoy es 16 veces mayor. (*Memoria de la Real Acad. de Historia*, tom. VI, ilustrac. 20.) Esta valuación no difiere materialmente de la que hizo Smith después de mediados del siglo pasado. (*Riqueza de las Naciones*, lib. 1.º, cap. XI.) La diferencia habría sido mucho más

neda común y teniendo en cuenta el cambio sobrevenido en el valor del oro, desde principios del siglo xvi; el valor total del tesoro, repito, era de seis millones trescientos mil pesos, o un millón cuatrocientas diez y siete mil libras esterlinas; suma suficiente para desvanecer las inexactas y vulgares ideas que se tienen acerca de las pocas o ningunas riquezas que se encontraron en México (1); eran pocas, sin embargo, comparadas con las que sacaron los conquistadores del Perú; pero con todo, pocos monarcas europeos podrían hoy preciarse de tener tantas en su cofre (2).

La repartición del tesoro era cosa no poco difícil: si se

considerable, a no ser por el gran consumo que se hacía de plata para objetos de adorno y de uso.

(1) Robertson, prefiriendo la autoridad de Bernal Díaz (según parece), dice que el valor del tesoro subía a 600.000 pesos (*Hist. of Amer.*, vol. II, págs. 296-298.) El valor del peso (*dollar*), es una onza de plata; mas atendiendo al desmérito que ha tenido este metal, debe haber representado en tiempo de Cortés, un valor cuádruplo del que hoy representa, pero el *peso de oro* valía tres tantos de esta suma, o lo que es lo mismo, doce pesos, sesenta y siete centavos. (Véase antes lo anterior.) Robertson rebaja algo de lo que dice el autor que siguió por texto, fundándose en la duda de que haya existido en el país una cantidad tan considerable de uno y otro metal. La necesidad de recurrir a esta escasez para fundar tal argumento, le ha inducido al error de asegurar que el oro no era uno de los objetos de que se servían los mexicanos para regular el valor de los otros. (Véase antes el lugar citado.)

(2) Muchos de ellos de poco o ningún oro podían hacer ostentación en sus cofres. Maximiliano de Alemania y aún el más prudente Fernando, rey de España, apenas dejaron el dinero bastante para costear sus funerales; y aún a principios del siglo pasado, vemos a Enrique IV, de Francia, abrazar con entusiasmo a su ministro Sully, por haberle dicho éste que a fuerza de grandes economías, había en el tesoro real 36.000 libras, o 1.500.000 libras esterlinas, que valen cosa de 4.600.000 pesos mexicanos. Véanse las *Memorias del duque de Sully*, tom. III, lib. 27.

hubiese hecho con entera igualdad entre todos los conquistadores, habrían tocado a cada uno más de quince mil pesos, ¡magnífico botín!, pero un quinto era de la corona; otro perteneciente al general, según el tenor de las instrucciones; una gran suma debía partirse entre él y el gobernador de Cuba, para indemnizarse de los gastos de la expedición y de la pérdida de la flota; también debía deducirse la parte correspondiente a la guarnición de Veracruz; a los hidalgos principales les tocaba una liberal compensación; a los jinetes, ballesteros y arcabuceros se les dió paga doble; por manera que cuando llegó el turno de los soldados tocaron a cada uno de ellos cien pesos de oro, suma tan insignificante, comparada con lo que esperaban, que algunos se rehusaron a recibirla (1).

Comenzaron luego las hablillas y las murmuraciones. «¿Para esto», decían, «hemos abandonado nuestros hogares y familias? ¿Hemos arriesgado nuestras vidas, hemos padecido trabajos y escaseces, para recibir tan miserable recompensa? Mejor nos hubiera estado permanecer en Cuba y contentarnos con las ganancias seguras y fáciles de nuestro comercio. Cuando en Veracruz renunciamos a la parte del oro que nos tocaba, lo hicimos con la confianza de que en México nos sería superabundantemente pagado; es verdad que hemos encontrado aquí muchas riquezas; pero apenas las hemos visto cuando nos las han arrebatado aquellos a quienes nos fiamos.» Los descontentos llegaron aún a decir que los jefes principales se habían apropiado antes de que se partiese el tesoro, las ricas joyas; rumor que tomó algún crédito por una disputa habida entre Mexía, el tesorero de la corona, y Velázquez de León, pariente del go-

(1) «Por ser tan poco muchos soldados hubo que no lo quisieron recibir.» Bernal Díaz, cap. CV.

bernador y favorito de Cortés. El tesorero acusaba a este hidalgo de haber ocultado algunos pedazos de oro antes de que fuesen sellados; de las palabras pasaron los contrincantes a los hechos; uno y otro eran buenos espadachines, y el negocio hubiera terminado fatalmente, a no ser por la intervención de Cortés que a ambos impuso arresto.

Este procuró después emplear toda su actividad e insinuante elocuencia en calmar las pasiones agitadas de sus soldados. Díjoles que le causaba gran pena ver a leales caballeros y soldados de la Cruz, disputarse el botín como lo harían los salteadores de caminos. Aseguróles que la partición había sido hecha con perfecta igualdad y justicia; que en cuanto a la parte que a él le había tocado, no era más que la que le tocaba según su comisión; pero que si, sin embargo, les parecía demasiada, estaba pronto a repartirla entre los soldados más pobres, porque no era el oro, aunque codiciable, el principal objeto de su ambición; que si era el de la de ellos, debían reflexionar que el adquirido hasta entonces era poca cosa comparado con el que encontrarían después, puesto que eran dueños de toda aquella tierra y de sus ricas minas, que lo que se necesitaba era no dar cabida al enemigo para que aprovechándose del desorden los envolviese y destruyese. Con estas melifluas palabras de que tenía gran caudal y que sabía emplear oportunamente, como dice un soldado viejo en cuyo provecho redundaban (1), consiguió aplacar, por lo pronto, la tempestad, tomando en lo privado las prudentes medidas de dulcificar el descontento de los pertinaces por medio de regalos, y aunque hubo algunos rencorosos que guardaron su resentimiento para otro día, el vulgo de los soldados

(1) «Palabras muy melifluas... razones muy bien dichas, y que las sabía bien proponer.» Ibid, *ubi. supra*.

volvió luego a su acostumbrada subordinación. Este fué uno de esos lances críticos en que se necesitaba de toda la habilidad y firmeza de Cortés; jamás le faltaban estas dos cualidades, pero menos en semejantes ocasiones. En Veracruz había persuadido a los soldados a que renunciasen a lo que no era más que la muestra de sus futuras ganancias; ahora les persuadía a que renunciasen a estas ganancias; arrancaba la presa de las garras mismas del león. ¿Por qué éste no se volvía a él y le devoraba?

A muchos de los soldados les era indiferente que el botín fuese mucho o poco, porque el juego es una pasión profundamente arraigada en los españoles, y la adquisición repentina de las riquezas, presta a un mismo tiempo los medios y el motivo de entregarse a ese vicio. Sobre el pergamino viejo de los tambores se jugaba a los naipes, y en pocos días, la mayor parte del botín había mudado de dueños, habiendo soldados tan poco previsores, que acabaron la campaña tan pobres como la habían comenzado, si bien hubo otros más prudentes que, siguiendo el ejemplo de sus oficiales, por medio de los joyeros del rey, convirtieron el oro en cadenas, vajillas y otros objetos portátiles de adorno y utilidad (1).

Parecía que Cortés había ya llenado los grandes objetos de su expedición: El monarca indio se había declarado espontáneamente feudatario del de España; su autoridad, sus rentas, todo estaba a la disposición de Cortés; parecía que la conquista de México se había consumado sin necesidad de un solo golpe; pero faltaba mucho para que esto fuese cierto; aún quedaba por dar un paso de la mayor importancia, y los españoles no habían adelantado gran

(1) Ibid, caps. CV-CVI. Gomara, *Crónica*, cap. XCIII. Herrera, *Hist. Gen.*, dec. 2, lib. 8.º, cap. V.

cosa para lograrlo: la conversión de los indios. No obstante las tentativas del padre Olmedo, ayudado del talento argumentador del general (1), ni Moteuczoma ni sus vasallos daban traza de querer abjurar la religión de sus mayores (2); por el contrario, los sacrificios cruentos eran celebrados con la mayor pompa y solemnidad, a presencia de los españoles.

Cansados de sufrir estos abominables ritos, se dirigió al monarca Cortés acompañado de algunos caballeros y dijo que los españoles no podían consentir por más tiempo en que las ceremonias de su religión se celebrasen en el estrecho recinto de las paredes del cuartel; que deseaba propagar a lo lejos la luz de la fe, y derramar sobre todo aquel pueblo los frutos de bendición del cristianismo; a cuyo intento solicitaban que les fuese entregado el templo mayor, por ser el lugar más adecuado para que las ceremonias cristianas se celebrasen en presencia de toda la ciudad.

(1) Ex jure consulto. Cortesius theologus effectus. (Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. IV.)

(2) Moteuczoma llegó a adelantar tanto en la vía de la conversión que aprendió de memoria el *Credo* y el *Ave María*; pero el bautismo se había dejado para después y murió antes de recibirlo. (Ixtilxochitl.) Es absolutamente improbable que haya consentido nunca en recibirlo. A continuación copio las palabras literales con que el historiador pinta las infructuosas fatigas que emprendió el general para catequizar a los indios. «Cortés comenzó a dar orden de la conversión de los naturales, diciéndoles, que pues eran vasallos del rey de España, que se tornasen cristianos como él lo era, y así se comenzaron a bautizar algunos aunque fueron muy pocos; y Moteuczoma, aunque pidió el bautismo y sabía algunas de las oraciones como eran, el *Ave María* y el *Credo*, se dilató por la Pascua siguiente que era la de Resurrección, y fué tan desdichado que nunca alcanzó tanto bien, y los nuestros con la dilación y aprieto en que se vieron, se descuidaron, de que pesó a todos mucho de que muriese sin bautismo». *Hist. de Ckich.*, M. S., cap. LXXXVII.

Moteuczoma escuchó esta proposición visiblemente consternado. En medio de todas sus desgracias había encontrado apayo en su fe, tanto que por obedecerla había mostrado tantas deferencias a los españoles, creyéndoles los misteriosos mensajeros predichos por sus oráculos. «¿Por qué, dijo, por qué, Malinche, lleváis estas cosas hasta un extremo tal que provocáis indefectiblemente la venganza de nuestros dioses a la insurrección de mi pueblo que jamás consentirá que sus templos sean profanados de tal suerte?» (1)

Cortés, al ver al emperador cuán conmovido estaba, hizo seña a los que le acompañaron de que se retirasen; cuando estuvo solo con aquél y los intérpretes, le aseguró que se prevaleería de toda la influencia que tenía entre sus compañeros para que moderasen su celo y se contentasen con uno de los santuarios del teocalli; pero que si esto no se les concedía se verían obligados a tomarlo por la fuerza y derribarían las imágenes de los falsos dioses, en presencia de la ciudad entera. «No tememos por nuestras vidas», añadió, «porque aunque pocos en número, el brazo de Dios es con nosotros». Moteuczoma, lleno de agitación, le contestó que lo discutiría con los sacerdotes.

El resultado de la conferencia fué favorable a los españoles, a quienes se concedió que tomasen uno de los santuarios para celebrar el culto católico. Aquella nueva esparció el gozo por todo el campamento cristiano, pues que ya podían ir a la mitad del día a publicar su religión a la ciudad reunida: No perdieron un instante en aprovecharse del permiso; asearon el santuario de sus asquerosas manchas; se erigió un altar en que fué colocada la Cruz y la imagen

(1) «O Malinche, y como nos queréis echar a perder toda esta ciudad, porque estarán muy enojados nuestros dioses contra nosotros, y aún nuestras vidas no sé en qué pararán.» Bernal Díaz. cap. CVII.

de la Virgen; en vez de oro y pedrerías que adornaban las aras del santuario pagano, el suyo estaba engalanado con guirnaldas de frescas flores, y un veterano estaba guardando la entrada de la capilla.

Luego que estuvieron completos estos preparativos, subió el ejército en procesión solemne la tortuosa escalera de la pirámide. Entraron en la capilla y colocados bajo sus pórticos, oyeron severamente la misa celebrada por los padres Olmedo y Díaz, y al entonar el hermoso *Te-Deum*, se arrodillaron Cortés y sus soldados, y con las lágrimas en los ojos dieron gracias al Altísimo por este triunfo de la Cruz (1).

¡Sorprendente espectáculo el que ofrecían aquellos rudos guerreros elevando sus oraciones en la cumbre del templo mayor del imperio mismo de la gentilidad, y en el sitio mismo destinado a sus detestables misterios! Uno al lado del otro, estaban arrodillados haciendo preces; el español y el azteca, y el dulce acento del himno de amor y de gracia del cristiano, se confundía con el áspero canto que entonaba el sacerdote indio en honor del dios de la guerra de Anáhuac. ¡Semejante unión no era natural ni podía durar largo tiempo!

(1). Sobre este punto hay entre los historiadores más discrepancia de la que es corriente. Cortés asegura al emperador que ocupó el templo y derribó los falsos dioses, por viva fuerza y menospreciando las amenazas de Moteuczoma. (Relación segunda, pág. 106.) La inverosimilitud de semejante hazaña quijotesca la prueba Oviedo, que hace mención de ella (*Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. X.) Parece que el general tenía grandísimo empeño en ponderar su vivísimo celo apostólico a los ojos de su soberano. El dicho de Díaz y de otros historiadores que están acordes en lo referido en el texto, me ha parecido mucho más probable. Díaz. *Hist. de la Conq.*, ubi. supra. Herrera, *Historia general*, dec. 2, lib. 8.º, cap. VI. Argensola. *Anales*, lib. 1.º, capítulo LXXXVIII.

Una nación soporta cualquiera ultraje mejor que el de su religión; porque éste hiere a la vez sus preocupaciones y sus principios; choca con las ideas en que ha sido imbuída desde la infancia, que han crecido conforme ella a ido creciendo, y que, por último, ha llegado a formar parte de su existencia misma; porque esta religión, en fin, abraza los intereses más importantes de esta vida y los más terribles de la otra. Los ataques a la religión ofenden a todos igualmente: al anciano y al joven, al rico y al pobre, al noble y al plebeyo; pero sobre todo, ofenden al sacerdocio cuya influencia descansa enteramente en el acatamiento a la religión, y el sacerdocio en las sociedades semicivilizadas ejerce un influjo ilimitado. Así sucedía con los brahmanas en la India, los magos en Persia, los clérigos católicos en la Edad Media, y finalmente, con los sacerdotes del Egipto antiguo y de México.

El pueblo había sobrellevado con paciencia todos los agravios y afrentas que hasta entonces le habían inferido los españoles; había visto a su soberano arrastrado como cautivo de su palacio; a sus ministros, quemados en su presencia; apoderarse y repartirse el tesoro real, y al emperador, destituirle de su suprema autoridad; todo esto había visto sin hacer conatos para impedirlo; pero la profanación de los templos hería vivamente sus sentimientos, que el sacerdocio supo poner en juego y aprovechar (1).

La primera señal de este cambio de disposiciones hacia los españoles la dió Moteuczoma, que en vez de su afabi-

(1) «Para mí, le tengo por maravilla e grande, la mucha paciencia de Moteuczoma y de los indios principales que así vieron tratar sus templos e idolos. Mas su disimulación, adelante, se mostró ser otra cosa, viendo que una gente extranjera y de tan poco número les prendió su señor e por qué formas les hacía tributarios, e se castigaban y quemaban los principales, e se aniquilaban y disipaban sus templos.

lidad ordinaria se mostró grave y recóndito, y que en vez de buscar, como lo había acostumbrado, la sociedad de los españoles, parecía huirla. Súpose, también, que conferenciaba más frecuentemente con sus nobles, y mayormente, con los sacerdotes. El pajecillo Orteguilla, que ya había adquirido regulares conocimientos en la lengua azteca, era excluído, contra lo acostumbrado por Moteuczoma, de aquellas conferencias. Todas estas circunstancias no pudieron menos de despertar las sospechas de los españoles.

No pasaron muchos días sin que recibiese Cortés una invitación o, mejor dicho, una orden del emperador para que se presentase en su aposento. El general tuvo, al ir, cierta ansiedad y desconfianza, y tomó para que le acompañasen a Olid, capitán de la guardia y a otros dos o tres hidalgos dignos de confianza. Recibiéles Moteuczoma con tibia urbanidad, y dirigiéndose al general le dijo que todas sus predicciones habían salido fallidas; que sus dioses habían quedado ofendidos de la protanación de sus altares; que habían amenazado a los sacerdotes con destruir la ciudad si no eran arrojados de ella los extranjeros sacrílegos o, mejor dicho, si no eran sacrificados en los altares en expiación de sus crímenes (1). El emperador aseguró a los

e hasta en aquellos que sus antecesores estaban. Recia cosa me parece soportarla con tanta quietud: pero, adelante, como lo dirá la Historia, mostró el tiempo lo que en el pecho estaba oculto, en todos los indios generalmente.» *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. X.

(1) Según Herrera, el Diablo mismo es quien aconsejaba todo esto a Moteuczoma, y aun refiere la substancia del diálogo habido entre éste y el espíritu infernal. (*Hist. Gen.*, dec. 2, lib. 9.º, cap. VI.) La aparición de Satanás, en forma corpórea, es cosa que sostienen los más escritores de aquella época. Oviedo, uno de los más ilustrados en otras materias, sobre esto no muestra serlo mucho: «Porque la misa y evangelio que predicaban y decían los cristianos, le (al Diablo) daban gran tormento, y débese pensar, si verdad es, que esas gentes

cristianos que aquello se lo decía por su bien, y concluyó diciéndoles: «que si en algo estimaban sus vidas, abandonasen sin tardanza la ciudad, pues sólo con alzar un dedo, no habrá en la tierra azteca uno que no tomase las armas en contra de ellos.» No había razón para dudar de la sinceridad de aquellas palabras, porque cualesquiera que sean los daños que los blancos imputen a Moteuczoma, siempre los reverenció como a hombres de una raza más privilegiada que la suya, y aún a muchos de ellos les cobró un afecto singular, resultado seguramente de las deferencias que le guardaban o de las bellas prendas personales que les adornaban.

Cortés sabía reprimir demasiado sus sensaciones, para dejar traslucir toda la sorpresa que le causaba aquella intimación. Replicó con admirable frialdad, que sentía mucho tener que salir de la capital tan precipitadamente y sin tener naves en que embarcarse para dejar el país; mas que si no fuera por esto, saldría al punto; sintiendo también sobremanera, si se iba en aquellas circunstancias, tener que llevarse consigo al emperador.

Esta última indicación turbó evidentemente a Moteuczoma. Preguntó cuánto tiempo se tardarían en construir las naos, y propuso llevar a la costa suficiente número de operarios, para ayudar a los españoles en la construcción de ellas; ofreciendo que procuraría reprimir la impaciencia de su pueblo, al cual tranquilizaría, ofreciéndole que los blancos dejarían la tierra tan luego como tuviesen proporción de hacerlo. Cumplió su palabra: despachó gran número de artesanos aztecas en compañía de los más exper-

tienen tanta conversación y comunicación con nuestro adversario, como se dice, por cierto, en estas Indias, que no le podía a nuestro enemigo placer con los misterios y sacramentos de la sagrada religión cristiana.» *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLVII.

tos carpinteros españoles; y luego que bajaron a Veracruz, comenzaron a cortar la madera suficiente para construir los buques en que debían trasladarse los blancos a su país. La construcción de las naves caminaba en apariencia con gran celeridad; pero según dicen, los encargados de dirigirla recibieron instrucciones secretas en que les prevenía el general que usasen de todas las demoras posibles, para dar tiempo a que llegasen de Europa los refuerzos necesarios para mantenerse en el país (1).

El aspecto de los negocios había cambiado enteramente en los cuarteles españoles: en vez del reposo y la confianza a que se habían abandonado, experimentaban los más funestos temores, no menos opresores por ser invisibles; a la manera que la ligera mancha que ve encima del horizonte el que viaja por los trópicos, es para el inexperto observador una leve nubecilla del otoño; pero para el marino experimentado es el presagio de un huracán. Tomáronse cuantas precauciones dictaba la prudencia. Los soldados al entregarse al reposo sobre las esteras, se ponían sus armaduras; comían, bebían, dormían al lado de sus armas; los caballos estaban siempre listos, con el freno pendiente de

(1) «E Cortés proveyó de maestros y personas que entendiesen en la labor de los navíos, e dijo después a los españoles desta manera: Señores y hermanos: este señor Moteuczoma quiere que nos vamos de la tierra, y conviene que se hagan navíos. Id con estos indios e córtese la madera; e entre tanto Dios proveerá de gente e socorro; por tanto, poned tal dilación que parezca que hacéis algo, y se haga con ella lo que nos conviene; e siempre me escribid y avisad qué tales estáis en la montaña; e que no sientan los indios nuestra disimulación. E así se puso por obra.» (Oviedo, *ubi. supra.*) Gomara, *Crónica*, capítulo XCV. Díaz niega que hubiese dado Cortés tales órdenes secretas, alegando que Martín López, el principal constructor, le aseguró que se dieran toda la prisa posible por echar al agua tres naves. *Hist. de la Cong.*, cap. CVIII.

la silla; los cañones estaban situados en las avenidas del cuartel y prontos a dar fuego; había centinelas dobles; y todo el mundo, fuera cual fuese su calidad y jerarquía, montaba guardia. El cuartel estaba en estado de sitio (1). Tal era la peligrosa situación del ejército, cuando en marzo de 1520, seis meses después de la llegada de los españoles a la capital, se recibieron de la Corte nuevas que alarmaron más a Cortés que la inminente insurrección de los aztecas.

(1) «Puedo decir sin jactancia», dice el esforzado cronista Bernal Díaz, «que estoy tan acostumbrado a este género de vida, que desde que se hizo la conquista, jamás he podido dormir vestido o en mi cama; y sin embargo duermo tan profundamente como si estuviese en el más mullido lecho. Aun cuando voy a rondar a mi encomienda, nunca llevo cama, a no ser que vaya yo en compañía de otros caballeros, que entonces la llevo, para que no lo atribuyan a ruindad; pero aun entonces me acuesto vestido. Y otra cosa debo añadir, y es, que no puedo dormir mucho tiempo en la noche sin levantarme un rato a ver el cielo y las estrellas, y recibir el aire libre, y esto sin gorra ni nada que me cubra la cabeza; y todo esto, gracias a Dios, no me hace ningún daño. Y de todo ello hablo para que el mundo sepa de qué estofa éramos nosotros los verdaderos conquistadores, y qué bien acostumbrados estábamos a las armas y a las vigiliass». *Hist. de la Cong.*, cap. CVIII.

CAPÍTULO VI

PARADERO DE LOS EMISARIOS DE CORTÉS.—SUCESOS QUE PASAN EN CASTILLA.—PREPARATIVOS DE VELÁZQUEZ.—NARVÁEZ LLEGA A MÉXICO.—HÁBIL POLÍTICA DE CORTÉS.—DEJA LA CAPITAL.

(1520)

Antes de explicar qué clase de noticias fueron las que anunciamos en el capítulo anterior, será necesario echar una ojeada sobre los sucesos que la precedieron. Ya recordará el lector que la nao en que iban Montejo y Portocarrero llevando pliegos de Veracruz, tocó (contra la prevención expresa que se les había hecho) en la costa septentrional de Cuba, y después de dar en la isla la noticia de los descubrimientos que se acababan de hacer, prosiguió sin interrupción su viaje a España, adonde llegó a principios de octubre de 1519, al puertecillo de Sanlúcar. Grande fué la sensación que produjeron la llegada de la nao y las noticias que trajo; sensación casi igual a la que causó el primer descubrimiento de Cuba, pues a todos pareció que las magníficas esperanzas que se tenían del Nuevo Mundo, iban ya a ser realizadas.

Desgraciadamente estaba en Sevilla, a aquella sazón, un tal Benito Martín, capellán de Velázquez, el gobernador

de Cuba. Apenas supo la llegada de los enviados y las nuevas que referían, cuando dirigió una queja a la casa de contratación o real casa de Indias, acusando a los recién llegados de motín y rebelión contra las autoridades de Cuba y de traición a la corona de Castilla (1). Como consecuencia de esta acusación fué confiscado el buque y se prohibió sacar ninguno de los efectos que iban en él. Los enviados todavía no sacaban los fondos con que debían cubrir los gastos del viaje ni una suma considerable que Cortés enviaba a su hermano D. Martín. En tal supuesto, no les quedaba otro partido que seguir más que presentarse luego al emperador, entregarle las cartas que traían de la colonia y pedir la reparación de los agravios que acababan de recibir. Se dirigieron inmediatamente a D. Martín Cortés, residente en Medellín y, acompañados de él, se encaminaron a la Corte.

Carlos V estaba, a la sazón, en España, visitándola por la primera vez desde su advenimiento al trono; visita que no fué muy larga, por cierto, pero sí lo bastante para disgustar a sus vasallos y enajenarse su afecto. Acababa, también, de recibir la noticia de su elección para la corona imperial de Alemania, hacia donde se dirigieron desde aquel momento todas sus miradas. Su permanencia en España dependía únicamente de que no se habían completado los preparativos para aparecer con magnífico esplendor en el gran teatro de Europa. Todos sus hechos proba-

(1) En la colección de M. S., del Sr. Vargas Ponce, antiguo presidente de la Academia de Historia, hay un memorial que presentó Benito Martín al emperador, en que pondera los servicios de Velázquez y la ingratitud y la rebelión de Cortés y sus compañeros. El documento no tiene fecha; está escrito después de la llegada de los enviados; es decir, probablemente a fines del año de 1519 o a principios del siguiente.

ban claramente que la diadema de sus antepasados le importaba poco en comparación de aquellas fruslerías, que nada valían para sus compatriotas ni para su posteridad y que le ocupaban enteramente.

En contra de lo establecido por la costumbre, convocó las Cortes para Compostela, remota ciudad al Norte de la Península, y que no tenía más ventaja que la de estar cerca del lugar donde el monarca se proponía embarcar (1). En el tránsito para dicha ciudad, se detuvo algún tiempo en Tordesillas, residencia de su desgraciada madre Juana la Loca. En este lugar fué donde se le presentaron los diputados de Veracruz, en marzo de 1520. Casi al mismo tiempo llegaron los tesoros que traían a la Corte, donde excitaron grande admiración (2). Hasta entonces lo que había venido del Nuevo Mundo eran vegetales, que aunque las fuentes más seguras de riquezas son también las más escasas; en cuanto al oro sólo había venido en corta cantidad y en sustancia o trabajado toscamente; los cortesanos, pues, no pudieron menos de ver con admiración las grandes masas del metal precioso y la primorosa hechura de varios artículos, principalmente del bellísimo plumaje; y al oír las noticias tanto orales como escritas de lo que era el gran Imperio azteca, no dudaron de que las naves españolas habían por fin llegado a las Indias doradas, que hasta entonces parecían haber burlado siempre sus esfuerzos por hallarlas.

Con tan favorables auspicios es seguro que el monarca

(1) Sandoval da una razón singular: la de que quería estar cerca de la costa para que Niévres y los otros flamencos sanguijuelas pudiesen embarcar luego, en caso necesario, los tesoros que tan malamente habían adquirido en el país. *Hist. de Carlos V.* t. I, pág. 203. Edición de Pamplona, 1634.

(2) Véase la carta que escribió Pedro Mártir a su amigo y pupilo el marqués de Mondéjar, dos meses después de la llegada del buque de Veracruz. *Opus epistolarum*, epist. 650.

habría otorgado las demandas de los enviados y confirmado los hechos irregulares de los conquistadores, a no ser por la oposición del presidente del Consejo de Indias, don Juan Rodríguez de Fonseca, antiguo deán de la catedral de Sevilla y actualmente obispo de Burgos. Era hombre de noble alcurnia y que desde que se descubrió el Nuevo Mundo estaba encargado de la dirección de los negocios concernientes a las colonias. Cuando Fernando e Isabel crearon el Real Consejo de Indias, le nombraron su presidente, cuyo empleo desempeñaba desde entonces. Su larga permanencia en un puesto tan difícil e importante, es una prueba de su capacidad para desempeñarlo; en aquella época, no era raro encontrar eclesiásticos llenando los más altos destinos civiles y aún militares. Fonseca parece que era una persona activa y enérgica; con vocación más bien secular que eclesiástica; poco tenía de religioso su carácter; era tan fácil de ofenderse, como tardío para perdonar; sus resentimientos se arraigaban en él tan profundamente, que llegaban a formar parte de su naturaleza. Desgraciadamente su posición le ofrecía un vasto teatro donde desplegar contra los más ilustres hombres de su época, su carácter vengativo y rencoroso. Por pique de cierta ofensa, real o fingida que le había hecho Colón, había contrariado constantemente los planes del gran navegante; la misma animadversión había mostrado hacia don Diego, el hijo del almirante y heredero de sus honores; e iguales malas disposiciones mostró desde el principio y siguió mostrando siempre al conquistador de México; siendo la causa inmediata de esto último, sus íntimas relaciones con Velázquez, que estaba casado con una parienta próxima del presidente del Consejo (1).

(1) Zúñiga, *Anales eclesiásticos y seculares de Sevilla*. (Ma-

A causa de las representaciones del prelado, Carlos, en vez de dar a los enviados una respuesta favorable, difirió la resolución del negocio para cuando llegase a la Coruña, el lugar de su embarco (1). Pero allí le ocupaban enteramente los disturbios que había ocasionado su conducta impolítica, y los preparativos de su viaje; por lo que el despacho de los negocios de las colonias se dejó para la última semana que estuviese en España; mas los asuntos del joven almirante le ocuparon entonces de tal suerte, que no tuvo tiempo para arreglar los de Cortés; excepto que dió orden en Sevilla, para que pusiesen a disposición de los enviados de aquél, la suma empleada en costear el viaje. El 16 de mayo de 1520, se despidió el impaciente monarca de su desgraciado reino, sin hacer ninguna tentativa para arreglar las disputas de sus vasallos en el Nuevo Mundo; sin hacer ni un solo esfuerzo por proteger aquella magnífica empresa, que debía asegurarle la posesión de un imperio: ¡qué contraste entre esta conducta y la seguida por sus ilustres predecesores, Fernando e Isabel! (2)

Entretanto el gobernador de Cuba, sin aguardar la ayuda de la Corte, tomaba providencias para hacerse justicia por mano propia. En uno de los capítulos precedentes hemos visto qué mal le sonaron los informes que recibió de

drid, 1677), fol. 414. Herrera. *Hist. Gral.*, dec. 2. lib. 5.º. cap. XIV; libro 9.º, cap. XVII, *et alibi*.

(1) Según parece, Velázquez había mandado a la metrópoli una noticia de los hechos de Cortés y del buque que había tocado en Cuba llevando los tesoros, desde octubre de 1519. Carta de Velázquez al Lic. Figueroa, M. S., noviembre 17, 1519.

(2) «Con gran música, dice amargamente Sandoval, de todos los ministriles y clarines, recogiendo las áncoras dieron vela al viento con gran regocijo, dejando a la triste España cargada de duelos y desventuras.» *Hist. de Carlos V*, tom. I, pág. 219.

la conducta de Cortés y de los tesoros que éste mandaba a España. La cólera, la vergüenza, la avaricia burlada, todo despedazaba su alma: no podía perdonarse a sí mismo, el haber confiado la empresa a tales manos. En la semana misma en que Cortés se había separado de él, para ir a tomar el mando de la flota, firmó Carlos V una *capitulación*, en que nombraba a Velázquez *adelantado*, con grandes ampliaciones en sus facultades (1). El gobernador resolvió mandar sin pérdida de tiempo a las costas aztecas, una expedición que hiciese respetar allí su nueva autoridad y que tomase la debida venganza de un oficial rebelado (2). Comenzó a hacer los preparativos en octubre, y al principio se propuso tomar el mando en persona; mas su excesiva obesidad que le incapacitaba para las fatigas de semejante expedición, o según él dice, su amor a los indios que por entonces estaban devorados por una epidemia, le indujeron a confiar el mando a otra persona (3).

La que escogió era un hidalgo castellano nombrado Pánfilo de Narváez. Había acompañado a Velázquez en la conquista de Cuba, donde había aquél dado pruebas de una crueldad no rara en los primeros aventureros españoles.

(1) El documento está fechado en Barcelona a 13 de noviembre de 1518. Cortés salió de Santiago el 18 del mismo mes. Herrera. *Historia Gral.* dec. 2, lib. 3.º, cap. XI.

(2) Gomara. (*Crónica*, cap. XCVI), y Robertson (*History of Amer.*, volumen II, págs. 304-466). consideran que la nueva dignidad de adelantado estimuló al gobernador a esta empresa. De una carta de Velázquez escrita de su puño, que hay en la colección de Muñoz, resulta que había empezado los preparativos algunos meses antes de recibir su nuevo nombramiento. Carta de Velázquez al señor de Xévre, Isla Fernandina, M. S., octubre 12 de 1519.

(3) Carta de Velázquez al Lic. Figueroa, M. S., noviembre 17 de 1519.

Desde entonces había seguido desempeñando destinos de importancia y siendo el decidido favorito de Velázquez. Era hombre de alguna capacidad militar, aunque desidioso y poco cuidadoso de la disciplina; era incuestionablemente valiente, pero arrogante y presuntuoso, lo que le hacía sordo a los consejos de otros más hábiles que él; le faltaba la prudencia y previsión calculadora que era indispensable en el que tuviese por antagonista a un hombre como Cortés (1).

El gobernador y su teniente eran infatigables en sus esfuerzos por reunir un ejército; recorrieron todas las ciudades importantes de la isla para fletar buques, acopiar víveres y municiones, y alistar voluntarios haciéndoles alucinadoras ofertas, de las que la más eficaz era el oro que les aguardaba en las ricas regiones de México. Tanta confianza se tenía en aquellas, que los hombres de todas clases y condiciones se alentaban unos a otros para entrar en la expedición, por manera que parecía que toda la población blanca iba a salir de la isla y a abandonarla a sus primitivos moradores (2).

La noticia de estos sucesos se difundió en poco tiempo por todas las islas, y llegó a oídos de la Real Audiencia de Santo Domingo. Esta corporación gozaba entonces no sólo de la suprema autoridad judicial, sino aún de la jurisdicción civil; lo que según manifestó el almirante, menoscababa los derechos que a él le competían. El tribunal miró

(1) Díaz hace la siguiente extravagante descripción de la persona de Narváez: «Era alto, fornido, de cabeza grande y barba roja, de agradable presencia y con una voz grave y sonora como si saliese de una cueva», cap. CCV.

(2) En un *memorandum* del Lic. Ayllón se insiste en los peligros de semejante suceso. Carta al emperador, Guaniguanico, marzo 4 de 1520, M. S.

con sobresalto la expedición de Velázquez, que cualquiera que fuese el éxito que tuviese con respecto a los dos contendientes, no podía dejar de comprometer los intereses de la corona. Por consiguiente, nombró a uno de sus miembros, el Lic. Ayllón, hombre prudente y enérgico, para que fuese a Cuba con instrucciones de interponer su autoridad y estorbar, si era posible, que se llevasen adelante los proyectos de Velázquez (1).

Cuando llegó a la isla encontró al gobernador en la parte occidental de ella, activamente ocupado en aprestar la flota para que se hiciese a la vela. El licenciado le explicó el objeto de su visita y el juicio que se había formado la Audiencia de la proyectada expedición. Hízole presente que la conquista de un país tan poderoso como México, exigía el esfuerzo simultáneo de todos los españoles, y que si una mitad de ellos se ocupaba en pugnar con la otra mitad, lo que resultaría de aquí sería la ruina de todos: que era del deber del gobernador, como buen vasallo que era, olvidar todas las animosidades privadas y ayudar a los que habían emprendido la grande obra de la conquista, enviándoles todos los recursos posibles; que podía sostener su autoridad y exigir que fuese obedecida; pero que si se rehusaba a hacer esto, debía dejar el arreglo de la disputa a los tribunales establecidos, y ocuparse él en hacer nuevos descubrimientos, en vez de trabar una contienda con su rival.

Estos consejos, aunque saludables e inteligibles, no eran muy del gusto del gobernador. Aseguró, es cierto, que no tenía intenciones de pelear con Cortés, sino simplemente de sostener su legítima jurisdicción sobre las tierras des-

(1) Proceso y pesquisa hecha por la Real Audiencia de la Española, Santo Domingo. diciembre 24 de 1519, M. S.

cubiertas bajo sus auspicios; negando al mismo tiempo que Ayllón ni la Audiencia tuviesen facultades para intervenir en el negocio. Narváez era aún más refractario, y como la flota ya estaba lista, manifestó abiertamente su resolución de hacerse a la vela dentro de pocas horas. En tal estado de cosas, viendo el licenciado que su primer designio, que era impedir la expedición, se había frustrado, determinó ir en persona en ella, para ver si evitaba con su presencia un rompimiento entre los dos contendientes (1).

La flota constaba de diez y ocho buques de todos tamaños: llevaba novecientos hombres, de los que ochenta eran de caballería, otros ochenta arcabuceros, y ciento cincuenta ballesteros, con gran número de cañones y buen acopio de municiones y pertrechos militares. Además de esto, iban mil indios isleños, probablemente para el servicio de los blancos (2). Armada tan brillante nunca, menos una vez (3), había surcado los mares de las Indias, y ninguna comparable con ella había llegado, hasta entonces, a las playas del Nuevo Mundo.

Después de dejar a Cuba, a principios de marzo de 1520, siguió Narváez casi el mismo camino que Cortés, y después de costear lo que entonces se llamaba *la isla de Yucatán* (4) y de haber sufrido una terrible tormenta, en la

(1) Parecer del Lic. Ayllón al adelantado Diego Velázquez, Isla Fernandina, 1520, M. S.

(2) Relación del Lic. Ayllón. Santo Domingo. 30 de 1520, M. S. Proceso y pesquisa por la Real Audiencia, M. S.

Según Díaz, la batería se componía de 20 cañones, Cap. CIX.

(3) La gran flota que al mando de Ovando salió para el Nuevo Mundo, y en que quiso embarcarse Cortés. Herrera, *Hist. General*, dec. 1.^a, lib. 4.^o, cap. XI.

(4) «De allí, seguimos el viaje por toda la costa de la isla de Yucatán.» Relación del Lic. Ayllón, M. S.

que se fueron a pique algunos de los buques pequeños, ancló en San Juan de Ulúa, el 23 de abril. En el mismo sitio donde Cortés desembarcó, desembarcó Narváez; esto es, en el desierto arenal que actualmente ocupa la ciudad de Veracruz.

Allí encontró el comandante a uno de los españoles que Cortés había despachado de México para que explorase el país y principalmente sus productos minerales. Por este hombre, que vino a bordo de la flota, supieron los recién venidos todo lo ocurrido desde que habían partido los diputados de Veracruz: supieron la marcha por el interior de la tierra, las crudas batallas con los tlaxcaltecas, la ocupación de México y el tesoro que allí se habían encontrado, y, finalmente, la prisión del monarca, «con cuya prisión, concluyó el soldado, gobierna aquella tierra como si fuese su soberano, por manera que un español puede atravesar inerte de un cabo al otro de ella sin temor de que le insulten o dañen» (1). El auditorio escuchaba aquella maravillosa narración lleno de muda admiración, y la indignación del leal Narváez, subía cada vez más y más al saber la valía del tesoro que se había defraudado al que le enviaba.

Manifestó paladinamente su intención de marchar sobre Cortés y de castigarle por su rebelión; diciendo aquellas amenazas en términos tan duros, que los indios, que ha-

(1) «La cual tierra sabe y ha visto este testigo que al dicho Hernán Cortés tiene pacífica, y le sirven e obedecen todos los indios; e que cree este testigo que lo hacen por causa que el dicho Hernán Cortés tiene preso a un cacique que dicen Moteuczoma, que es señor de lo más de la tierra e lo que este testigo alcanza, al cual los indios obedecen e facen lo que les manda, e los cristianos andan por toda esta tierra seguros, e un solo cristiano la ha atravesado toda sin temor.» Proceso y pesquisa de la Real Audiencia, M. S.

bían acudido en tropel al campamento español, formado al instante en las playas, creyeron que los recién llegados no eran compañeros, sino enemigos declarados de los primeros blancos. Narváez determinó también, contra el expreso consejo del español que alegaba el ejemplo de Cortés, fundar un establecimiento en aquel sitio estéril, y dió las disposiciones conducentes a organizar un ayuntamiento. El español le informó igualmente de que allí cerca estaba la colonia de Villa Rica mandada por Sandoval y compuesta de unos pocos inválidos que estaba seguro de que se rendirían a la primera intimación. Narváez, en vez de marchar directamente contra la plaza, dispuso enviar una embajada pacífica que hiciese saber su autoridad, y exigiese la sumisión de la guarnición (1).

Todos estos pasos desagradaron mucho al Lic. Ayllón, que conocía que acarrearían inevitablemente un choque entre Narváez y Cortés; mas era inútil tratar de que se quejase ante la Corte; Narváez, irritado por la continua oposición y desaprobación áspera del licenciado, determinó deshacerse de uno que más bien que compañero parecía ser un espía de sus movimientos; mandóle, pues, prender y le envió a Cuba; pero el licenciado tuvo maña para ganarse al capitán del buque y hacer que en vez de llevarle a esta isla le llevase a Santo Domingo, donde luego que llegó extendió la Real Audiencia un informe completo de la desleal conducta del gobernador y su teniente, y lo mandó a España (2).

(1) Relac. del Lic. Ayllón. M. S. Demanda de Ceballos en nombre de Narváez, M. S.

(2) Este informe se encuentra entre los M. S. de Vargas Ponce, en los archivos de la Academia de Historia. Abraza 110 páginas en folio, y se titula: *El proceso y pesquisa hecha por la Real Audiencia de la Española y tierra nuevamente descubierta para el Consejo de S. M.*

Sandoval, entre tanto, no descuidaba los movimientos de Narváez; desde que se avistó la flota desconfió de su objeto el vigilante oficial, y apenas supo el desembarco de los españoles, cuando puso a sus pocos inválidos en lugar seguro, repuso las fortificaciones y se preparó a mantenerse en la plaza hasta la última extremidad. Los soldados le ofrecieron no abandonarle; y para mejor corroborar la resolución de aquéllos que se viesan tentados de vacilar, mandó levantar una horca en un lugar público. Pero la constancia de sus soldados no fué puesta a prueba.

Los únicos invasores de la plaza fueron un sacerdote, un notario y otros cuatro españoles escogidos por Narváez a aquel intento. El eclesiástico se llamaba Guevara; al presentarse ante Sandoval, le dirigió una arenga muy formal en que ponderaba extremadamente los derechos y servicios de Velázquez, y acusaba a Cortés y sus compañeros de rebeldes; exigiendo a Sandoval que reconociese sumisamente a Narváez por autoridad legítima.

El comandante de Villa Rica se irritó de tal suerte al ver la manera inconsiderada con que se trataba a sus compañeros, que aseguró al reverendo embajador que sólo su hábito podía preservarle del castigo que merecía. Guevara se sostuvo a su vez, y llamó al escribano para que diese fe de lo que acababa de preferir Sandoval; pero éste lo estorbó intimidando al notario que si tal hacía sin presentar antes autorización expresa de la corona, haría que fuera cruelmente azotado. Guevara no pudo reportarse por más tiempo e insistió en repetir sus órdenes en tono más amenazador que antes. Sandoval era hombre de pocas palabras; hizo notar simplemente que el instrumento público debía de ser leído al general en México mismo, y ordenó al mismo tiempo que viniesen algunos tamanes o cargadores sobre cuya espalda fueron atados el eclesiástico y sus pobres

compañeros, como si fuesen tercios de algodón; se les puso bajo la custodia de veinte españoles y se les envió al punto a la capital. Viajaban de día y de noche sin tomar más descanso que el tiempo preciso para que se remudasen los cargadores; por manera que al pasar por tantas ciudades populosas, campos sembrados, bosques y praderas y conducidos de una manera tan nueva, dudaron de si iban soñando o despiertos. De esta suerte llegaron al cuarto día a orillas del lago tetzcocano, en frente de la capital azteca (1).

Sus habitantes ya sabían la llegada de los blancos a la costa; se había dado a Moteuczoma noticia de su desembarco y cuentan que el monarca (cosa que no es probable) la ocultó por algunos días a Cortés (2), pero que, por último, le invitó a una entrevista y le dijo que ya no había obstáculo para que saliera del país, pues había llegado una flota de que podía disponer. A las preguntas del atónito general, contestó Moteuczoma señalándole un mapa jeroglífico que de la costa acababan de mandarle, y en el que estaban exactamente delineados los buques, los españoles y todo su tren. Cortés disimuló todas sus impresiones menos la del placer, y exclamó: «¡Bendito sea el Redentor por tales mercedes!» Al volverse a los cuarteles fué recibida la nueva con exclamaciones, cañonazos y otras demostraciones de alegría. Los soldados creían que aquel era un refuerzo que venía de España; pero no así su general, quien desde el princio sospechó que eran enviados por su enemigo el gobernador de Cuba. Comunicó sus sospechas a los ofi-

(1) «E iban espantados de que veían tantas ciudades y pueblos grandes que les traían de comer y unos los dejaban y otros los tomaban, y andar por su camino. Dicen que iban pensando si era encantamiento o sueño.» Bernal Díaz, cap. CXI. Demanda de Ceballos. M. S.

(2) «Ya había tres días que la sabía el Moteuczoma, y Cortés no sabía cosa ninguna.» Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. CX.

ciales y de allí se propagaron hasta los soldados; de modo que aquel rayo de alegría se extinguió instantáneamente. Siguiéronse mil alarmas sobre la probabilidad de aquella conjetura y sobre la fuerza de los invasores; mas no obstante, no les abandonó la constancia; se resolvieron a permanecer fieles a su causa y a su general, sucediera lo que sucediese; siendo esta una de las ocasiones en que se probó la influencia que ejercía Cortés sobre sus aventureros. La llegada de los prisioneros de Villa Rica, disipó luego todas las dudas.

Uno de los que los custodiaban, dejó a la comitiva en los suburbios, entró en la ciudad y entregó al general una carta en que Sandoval le informaba de todos los pormenores. Cortés ordenó al instante que fuesen desatados los prisioneros y que les llevasen caballos, para que hicieran su entrada en la capital, que era un medio de conducción menos vergonzoso que la espalda de los tamanes. Cuando llegaron, los recibió con notable cortesía, vituperó la conducta áspera de sus oficiales, y procuró, por medio de las más arduas atenciones, mitigar la irritación de sus ánimos; llevando la buena voluntad, hasta el extremo de dar regalos a Guevara y sus asociados, de suerte, que en poco tiempo, efectuó en aquellos hombres un cambio completo, y de enemigos que eran, los convirtió en sus partidarios, obteniendo de ellos muchas e importantes noticias, no sólo acerca de las intenciones que traía el general, sino de la disposición en que se encontraba el ejército. Dijéronle que los soldados en general, lejos de querer un choque con Cortés, cooperarían con él a la conquista, si no fuese por el Comandante; que no tenían odio ni venganza, y que sus intenciones eran rectas; que la influencia personal de Narváez no era muy considerable, y lejos de eso, su arrogancia y presunción le habían enajenado el afecto de sus

compañeros. El general no desperdició estos informes.

Dirigió a su rival una carta en los términos más conciliatorios. Suplicábale que no manifestase públicamente su animosidad, y encendiendo en los indios la insubordinación, pusiese en riesgo lo que tan bien asegurado estaba; que un choque entre ellos dos, sería perjudicial aún al vencedor y fatal para ambos; que sólo en la unión les quedaba esperanza de triunfo; que estaba pronto a recibir a Narváez en sus brazos como a su hermano, y a partir con él los frutos de la conquista, y, finalmente, que si traía órdenes del rey, estaba dispuesto a obedecerlas. Cortés sabía muy bien que tales órdenes no traía Narváez (1).

Poco después de la partida de Guevara y sus compañeros, determinó enviar él por su parte un embajador (2). El escogido para este cargo delicado fué el padre Olmedo, persona que durante la campaña había mostrado ese buen juicio y tacto para los negocios, que es raro encontrar en los que se dedican a la carrera de la Iglesia. Llevaba una carta para Narváez concebida en los mismos términos que la anterior. Cortés escribió también al Lic. Ayllón, cuya partida ignoraba, y a Andrés Duero, antiguo secretario de Velázquez e íntimo amigo del Conquistador, y que había venido en la nueva flota. Olmedo llevaba instrucción de conversar en lo privado con estas personas y con los principales oficiales y soldados para prepararles a un avenimiento amistoso. Para añadir nuevo peso a sus razones, llevaba una buena cantidad de oro.

Durante este tiempo abandonó Narváez su designio de

(1) Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLVII. Rel. segunda, en Lorenzana, págs. 117-120.

(2) «Nuestro comandante les dijo tan buenas cosas, y les untó también con oro la mano, que aunque venían como leones hambrientos, los puso como a unos corderitos.» (Cap. XI.)

fundar su colonia en la playa, y se internó hasta Zempoalla donde hizo sus cuarteles y donde le encontraron Guevara y sus compañeros que llevaban la carta de Cortés. Narváez la miró al principio con desdén que se trocó luego en áspero desagrado cuando sus enviados empezaron a ponderarle los recursos formidables de su rival y a aconsejarle que de cualquiera manera aceptase las ofertas amistosas que le hacían. Muy diverso efecto produjeron en los soldados que prestaban oídos codiciosos a las noticias sobre Cortés y su trato franco y liberal, que tan duro contraste formaba con el de su comandante; sobre la abundancia que reinaba en el campo, donde aún el más pobre podía apostar en el juego su cadena o tejo de oro, donde todos vivían en la abundancia y donde la vida del soldado parecía un largo día de fiesta. Guevara sólo había pintado la parte brillante del cuadro.

La presencia del padre Olmedo renovó estas impresiones. El eclesiástico entregó a Narváez las misivas que traía. El comandante desfogó su ira en amargas invectivas contra su rival, habiendo llegado uno de sus capitanes llamado Salvatierra, a decir públicamente que él cortaría las orejas al perro y las freiría para almorzárselas (1).

Estos sarcasmos impotentes no alarmaron al animoso fraile, quien luego entró en comunicación con los principales oficiales y soldados, a los cuales encontró muy dispuestos a un arreglo. Su insinuante elocuencia ayudada de sus larguezas, le fueron ganando los corazones, y a presencia de Narváez mismo se formó un partido en favor de su rival. Estas intrigas no pudieron quedar tan secretas que no llegasen a oídos de Narváez que inmediatamente habría arrestado a Olmedo y le habría puesto preso, si no hubie-

(1) Ibid. cap. CXII.

se sido por la interposición de Duero. Contuvo todas las maquinaciones del padre, haciendo que regresara adonde estaba Cortés; pero ya estaba introducido el veneno.

Narváez volvió a echar la bravata de que iría contra Cortés y le prendería como a un traidor. Los zempoaltecas quedaron asombrados al ver que sus nuevos huéspedes, aunque compatriotas, eran enemigos de los primeros. Narváez proclamaba también su intención de quebrantar el cautiverio de Moteuczoma y de restituirle al trono. Dícese que recibió un rico regalo del emperador, con quien entabló correspondencia (1). Que Moteuczoma haya tratado a Narváez, suponiéndole amigo de Cortés, con su munificencia acostumbrada, es muy probable; mas que haya entrado en negociaciones secretas contrarias a los intereses del general, es demasiado repugnante para creerlo ligeramente.

Estos sucesos no escaparon al ojo vigilante de Sandoval, quien obtuvo nuevas noticias, provenientes unas de los desertores que se presentaron en Villa Rica, y otras de sus propios agentes, que, disfrazados de indios, se introdujeron en el campo de Narváez. Envió a Cortés relación circunstanciada de todo lo que sabía, le instruyó de la defeción creciente de los indios, y le instó para que tomase las más prontas medidas para defender a Villa Rica, a menos que no la quisiese verlo caer en manos de su enemigo. El general conoció que era llegado el tiempo de obrar.

(1) Ibid. cap. CXL.

Oviedo dice que Moteuczoma convocó su consejo de nobles, en el cual se decidió dejar entrar a las tropas de Cortés en la capital y después envolverlas a ellas y a las de Narváez, de un solo golpe. (*Ubi. supra.*) Pero considerando el gran miedo que los mexicanos tenían a éste último, se ve que cuento más improbable no se puede haber imaginado. Pero nada es improbable en la Historia, aunque, según la máxima de Boileau, pudiera serlo en la fábula.

Sin embargo, era sumamente difícil la elección del camino que se debía seguir. Quedarse en México y aguardar allí el ataque de su rival, habría sido darle tiempo para que reuniese todas las fuerzas del imperio, incluso las de la capital misma, pues que no había duda en que todos querrían servir bajo las banderas de cualquiera jefe que les ofreciese libertad a su rey. Los enemigos eran demasiado formidables para aventurarse a ningún paso imprudente.

Marchar al encuentro de Narváez, era abandonar a la capital y al emperador, era perder todos los trabajos y triunfos; no pudiendo, tampoco, dejar en la ciudad una parte de la guarnición para que le pusiese miedo, pues era demasiado débil el ejército para dividirlo. Sin embargo, este último partido fué el que abrazó. Seguramente confiaba, más que en un encuentro de armas, en su influencia personal y en sus intrigas, para provocar un avenimiento. No obstante, se preparó para aquél y para éste.

En el capítulo anterior hemos visto que Velázquez de León había sido enviado con ciento y cincuenta hombres a fundar una colonia en uno de los grandes ríos que desembocan en el golfo de México. Cortés, luego que supo la llegada de Narváez, le envió un correo para instruirle de aquel suceso y prevenirle que no continuase su marcha. Mas Velázquez lo sabía ya por el mismo Narváez, que en una carta escrita a poco de haber desembarcado, le conjuraba a nombre del gobernador de Cuba, pariente del primero, a que se alistase bajo las banderas de éste y abandonase las de Cortés. Velázquez había mucho tiempo antes olvidado sus antiguos resentimientos con el general, al cual era hoy enteramente adicto y que en toda la campaña le había honrado con singulares favores. Cortés había conocido, desde luego, cuánto le importaba ganarse a tal oficial. Éste, sin aguardar órdenes de la capital, emprendió inme-

diatamente su contramarcha hacia ella, habiendo recibido en Cholula la orden que le daba Cortés de verificarlo.

El general envió también a la provincia distante de Chiantla, situada al SO. de Cholula, por un refuerzo de dos mil indios. Eran estos belicosos enemigos de México, y habían ofrecido a Cortés sus servicios desde que residía en la metrópoli. Usaban para combatir de una lanza más larga que la de la infantería española y alemana. Cortés mandó hacer tres mil lanzas de dos cabos, los que en vez de ser de itztlí eran de cobre; con esta arma formidable determinaba contener la caballería de su enemigo.

El mando de la guarnición lo confió durante su ausencia a Pedro de Alvarado, el Tonatiuh de los mexicanos, hombre de grandes prendas, intrépido, aunque un tanto arrogante, e íntimo amigo del conquistador. Al irse le recomendó que tuviera moderación y tolerancia; le previno que vigilase atentamente sobre Moteuczoma, pues que de ser dueño de él dependía enteramente que conservasen su dominio sobre aquel país; encargó que se le guardasen al monarca todas las consideraciones debidas a su alta jerarquía y que la política prescribía; que guardase el mayor respeto a los usos y preocupaciones del pueblo, porque si bien la pequeña fuerza que quedaba era suficiente para dominarle en tiempos tranquilos, en el caso de un levantamiento sería arrastrada y despedazada como la paja por el aquilón.

A Moteuczoma le exigió la promesa de que se mostraría tan amigo de su teniente como lo había sido de él mismo. Dijo le Cortés que aquel era el mejor modo de complacer al monarca de España, y que por otra parte, si el azteca procedía de otra suerte o si había cualquiera rebelión, él sería la primera víctima.

Aseguró el emperador que así lo haría, bien que los últimos sucesos le hacían vacilar acerca de quiénes eran los

legítimos representantes del soberano de España, si los españoles que estaban en la Corte o los que acababan de desembarcar. Cortés, que hasta entonces había guardado secreto sobre el asunto, dijo que los últimos eran compatriotas suyos, pero traidores a su rey; que por lo tanto le era preciso cumplir con el penoso deber de ir sobre ellos y de castigar su rebelión; hecho lo cual, volvería triunfante a la capital antes de irse del país. Moteuczoma le ofreció ayudarle con 5.000 guerreros aztecas; pero el general lo rehusó, no queriendo hacerse mala obra con un cuerpo de auxiliares sospechosos, si no es que declaradamente enemigos.

Dejó de guarnición a las órdenes de Alvarado a 140 hombres, que eran las dos terceras partes de su fuerza total (1). Dejó también la artillería, la poca caballería y los más arcabuceros. Escogió solamente 70 soldados, aunque lo más selecto del ejército, y los más adictos a su persona. Estaban armados a la ligera y llevaban los menores bagajes posibles, pues todo dependía de la celeridad de los movimientos.

Moteuczoma, en su real litera llevada en hombros de sus nobles, y escoltado por la infantería española, fué a

(1) En la edición mexicana de las cartas de Cortés se dice que 500. (Relación segunda, en Lorenzana, pág. 122); pero esto era más que el total de la fuerza española. En la traducción de la misma carta, que se encuentra en Ramussio, impresa desde 1565, se encuentra el número adoptado en el texto. (*Navigation et viaggi*, fol. 244.) En un instrumento sin fecha, que contiene las declaraciones juramentales de algunos testigos presenciales del modo con que administró Cortés el real quinto, se dice que 150 soldados quedaron en la capital a las órdenes de Alvarado. (Probanza, fecha en la Nueva España del Mar Océano a pedimento de Juan Ochoa de Lexalde en nombre de Hernán Cortés. M. S.) Lo que se dice en la edición mexicana notoriamente es un error.

dejar a Cortés hasta la calzada. Allí se abrazaron de la manera más cordial y partieron con todas las señales exteriores de mutuo miramiento. Esto pasaba a mediados de mayo de 1520, cerca de seis meses después de la entrada de los españoles en México. Durante todo aquel tiempo se habían enseñoreado del país con absoluto dominio. Ahora abandonaban la capital para ir a combatir no a un enemigo indio, sino a sus mismos compatriotas. Aquél era el principio de la larga carrera de calamidades (compensadas, es cierto, por algunos triunfos) que debían pasar antes de que la conquista estuviese consumada (1).

(1 Carta de Villa de Veracruz al emperador, M. S. Esta carta, que no tiene fecha, probablemente fué escrita en 1520. Véase también para lo concerniente a las páginas anteriores, la Probanza fecha a pedimento de Juan de Ochoa, M. S. Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 9.º, capítulos I-XXI. Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, págs. 119 y 120. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, caps. CXII-CXV. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLVII.

CAPÍTULO VII

CORTÉS BAJA LA MESETA CENTRAL.—NEGOCIACIONES CON NARVÁEZ.—SE PREPARA A ATACARLO.—CUARTELES DE NARVÁEZ.—ES ATACADO DE NOCHE.—ES DERROTADO.

(1520)

Después de atravesar la calzada meridional por donde habían entrado, se encontraron aquellos pocos españoles en el hermoso valle. Doblaron las montañas de que tan inútilmente lo ha cercado la naturaleza, pasaron por entre los enormes volcanes que, semejantes a dos infieles perros que no vigilan en su puesto, habían quedado hace mucho tiempo hundidos en el silencio, atravesaron los estrechos desfiladeros en que antes habían sufrido tan rigurosas e incómodas intemperies, y al salir de ellos, bajaron la falda occidental, que viene a perderse en las extensas y feraces campiñas de Cholula. Hicieron poco caso de lo que veían en su tránsito, y ni aún se cuidaban de si hacía calor o frío; porque sus ánimos estaban en tal ansiedad, que eran indiferentes a las impresiones exteriores. Afortunadamente nada tenían que temer de parte de los indios, porque el nombre de español tenía tal prestigio, que les defendía mejor que sus yelmos y adargas.

En Cholula, tuvo Cortés la explicable satisfacción de

encontrar a Velázquez de León, con los ciento veinte hombres que le había confiado para que formase una colonia. Este oficial fiel, había quedándose algún tiempo en Cholula, en espera de que se acercase el general. Si él hubiera hecho traición, la empresa de Cortés habría terminado allí (1). La idea de resistir con aquel puñado de hombres, era una quimera. De la otra manera, su fuerza se triplicaba y adquiría cada vez mayor confianza.

Después de abrazarse cordialmente, y unidas hoy más que nunca por el sentimiento de un grande y común peligro, atravesaron las tropas reunidas, las calles de la ciudad santa, cuyos montones de ruinas recordaban la desastrosa visita que le habían hecho el otoño anterior. Tomaron el camino real de Tlaxcala, y a pocas leguas de la capital encontraron al padre Olmedo y a sus compañeros, que venían de vuelta del campo de Narváez, adonde habían sido enviados de embajadores. El eclesiástico traía una carta del comandante en que intimaba a Cortés y a sus compañeros que reconociesen su autoridad de capitán general de aquella tierra, amenazándoles con el castigo merecido en el caso de que se rhusasen o se tardasen en hacerlo. Olmedo dió algunas noticias curiosas acerca del campo cristiano. Pintó a Narváez henchido de orgullo y engreído con su poder, y descuidado de toda precaución contra un enemigo a quien veía con menosprecio. Estaba rodeado de falaces y numerosos aduladores que lisonjeaban su vanidad, y cuyas bravatas altaneras remedó el buen padre, que tenía gran facilidad para el ridículo, con no poca diversión de Cortés y

(1) Así lo dice Oviedo, y con razón: «Si aquel capitán Juan Velázquez de León, no estuviera mal con su pariente Diego Velázquez, y se pasara con los 150 hombres que había llevado a Gozacualco, a la parte de Pánfilo de Narváez su cuñado, acabado oviera Cortés su oficio.» *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 23, cap. XII.

sus compañeros. Dijo que gran parte de los soldados estaban descontentos con su comandante y no muy dispuestos a un encuentro con sus compatriotas; estado de cosas que era el resultado de las noticias que habían tenido acerca de Cortés, de los argumentos y promesas que él (el padre) les había hecho, y de la distribución del oro que había llevado. Además de esto, dió a Cortés importantes informes sobre la posición que guardaba el enemigo y el plan de operaciones que se proponía seguir.

En Tlaxcala fueron recibidos los españoles con franca y cordial hospitalidad; no se dice si acompañaron a los españoles algunos aliados tlaxcaltecas de los que estaban en México, pero si acaso lo hicieron, no pasaron adelante de su ciudad natal.

Cortés pidió un refuerzo de 600 hombres de refresco para que le acompañasen en su expedición; se le concedieron fácilmente; pero apenas habían caminado algunas leguas, cuando comenzaron a desertarse uno tras otro. En el caso presente no tenía ninguna venganza que saciar, como sucedía en la guerra con México, y puede ser también que, aunque bastante intrépidos para pelear con las más valerosas razas indias, tuviesen tales pruebas de la bravura de los blancos, que no se arriesgaban a medir su espada con ellos. Fuera lo que fuese, Cortés despidió a los que quedaban, diciéndoles con mucho buen humor que más valía que le dejaran entonces, que no a la hora del peligro.

Las tropas entraron a esa región árida que está cerca de Perote, cubiertas de productos volcánicos, que forman un contraste con la hermosura del paisaje. No anduvieron mucho sin encontrar a Sandoval y cosa de 60 soldados de la guarnición de Veracruz, incluso algunos desertores de Narváez. Era éste un refuerzo importantísimo, no tanto

por el número de soldados como por el mérito del comandante, que era, bajo todos aspectos, uno de los mejores oficiales del ejército. Habíase visto obligado a dar un rodeo para evitar un encuentro con el enemigo y había forzado las marchas atravesando espesos bosques y ásperas montañas, hasta que, afortunadamente, llegó sin accidente al lugar designado para la reunión y volvió a ponerse bajo la bandera de su caudillo (1).

En aquel mismo lugar alcanzó a Cortés un español llamado Tobillos, a quien había enviado a Chinantla a traer las lanzas. Estas estaban perfectamente hechas conforme a la muestra que se había dado; eran de dos cabos, las puntas eran de cobre, y todas ellas de gran tamaño. Tobillos adiestró a los indios en el manejo de esta arma, cuya utilidad, principalmente para contener a la caballería, ha sido plenamente demostrada a fines del siglo pasado por los batallones suizos, en sus encuentros con la caballería de Borgoña, la mejor de Europa (2).

Cortés pasó revista a su ejército, si tal merecía llamarse aquel puñado de soldados, y encontró que eran doscientos sesenta y seis, de los que solamente cinco estaban montados. Tenían pocos mosquetes y ballestas y carecían enteramente de armas defensivas. La mayor parte de ellos estaban provistos de la cota usada en el país, llamada *escapul*, acolchada de algodón y excelente por su poco peso,

(1) Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, págs. 123 y 124. Bernal Díaz, *Hist. de la Cong.*, cap. MCXV y CXVII. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XII.

(2) Pero la pica larga, aunque irresistible contra la caballería, se vió que no podía competir con la espada corta y la adarga de los españoles, en la gran batalla de Revenum dada algunos años antes, en 1512. Maquiavelo hace algunas reflexiones excelentes acerca del mérito comparativo de estas dos armas. *Arte de la guerra*, lib. 2.º, apéndice. *Ópera*, tom. IV, pág. 67.

pero que aunque bastante para resistir a las saetas de los indios, no servía contra una bala de mosquete. Muchas de estas malias de algodón estaban enteramente inservibles, demostrando en sus grandes desgarrones su largo uso. Algunos en este lance habrían dado cualquiera cosa, las mejores cadenas de oro con que venían ridículamente ataviados sobre sus raídos vestidos, por un casco de acero o una coraza con que suplir su abollada y estropeada armadura (1).

Bajos aquellos toscos petos latían, sin embargo, los corazones más esforzados y animosos que jamás han latido en humano pecho: aquellos eran los héroes invictos de cien reñidos combates, en que habían pugnado con incontable número de enemigos. Tenían gran conocimiento del país y de sus moradores; conocían también al caudillo bajo cuya bandera militaban, y sabían obedecer hasta el más ligero movimiento de sus ojos. Todo el ejército equivalía a una sola persona, por lo que respectaba a la unidad de designios y de acción. Esto aumentaba increíblemente su fuerza y lo que más importaba, hasta el último soldado conocía que así era.

Las tropas emprendieron de nuevo su marcha por la meseta hasta que, llegando a la falda oriental de la cordillera, empezaron a sentir descanso al bajar hacia las anchas llanuras de la tierra caliente que se extendían a la vista como un campo ilimitado de verdor. A cosa de 15 leguas de Zempoalla, que es donde, como hemos dicho, había establecido Narváez sus cuarteles, encontraron otra embajada de este oficial. Formábanla el padre Guevara,

(1) Bernal Díaz, cap. CXVIII. «También quiero decir la gran necesidad que teníamos de armas, que por un peto, o capacete, o casco, o babera de hierro, diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello, y todo cuanto habíamos ganado.»

Andrés Duero y otros dos o tres. Duero, el antiguo amigo de Cortés, era la persona que más parte había tenido en que Velázquez nombrase a aquél para el mando de la expedición. Se dieron el uno y el otro un estrecho abrazo, y después de una larga conversación privada, expuso el secretario el objeto de su embajada.

Traía una carta de Narváez redactada en términos algo diferentes que las anteriores. Requería nuevamente que fuese reconocida su suprema autoridad sobre aquella tierra, pero ofrecía sus navíos para transportar a todos los que quisiesen hacerlo, con todas sus riquezas, y sin hacer averiguación ni inferirles molestias de ningún género. Las concesiones hechas en esta carta eran debidas indudablemente a la influencia de Duero. El secretario instaba urgentemente a Cortés para que aceptase aquellas condiciones como las únicas capaces de salvarle en tan desesperada condición. «Porque por muy valientes que sean vuestros soldados», añadió, «¿qué pueden hacer contra un ejército tan fuerte para su número y pertrechos, como lo es el que van a combatir?» Pero Cortés había resuelto jugar su fortuna y no era hombre que se arrepintiese. «Si Narváez trae comisión del rey», replicó, «me someteré a él al instante; pero no ha presentado ninguna autorización; es enviado por mi rival Velázquez. Yo soy el servidor del rey; para él he conquistado esta tierra, y para él la defenderemos yo y mis compañeros hasta derramar la última gota de nuestra sangre. Si perecemos, gloria nuestra será sucumbir en defensa de nuestros deberes (1).

(1) «Yo le respondía que no vía provisión de V. A., por donde le debía entregar la tierra, e que si alguna traía que la presentase ante mí y ante el cabildo de la Veracruz. según orden y costumbre de España, y que yo estaba presto de la obedecer y cumplir; y entre tanto por ningún interés ni partido haría lo que él decía, antes yo y los que

Su amigo no acertaba a comprender en qué consistía la diferencia de autoridad entre Cortés y Narváez, pues que los dos eran enviados del gobernador de Cuba, quien podía a su arbitrio nombrarles y removerles (1). Pero Cortés apeló al arbitrio de la ficción legal, si así se puede llamar, de decir, que su comisión había sido transferida a la municipalidad de Veracruz, la cual ejercía su autoridad a nombre de la corona. Aquel subterfugio era de tal naturaleza, que no podía engañar más que a los que tuviesen gana de ser engañados. La mayor parte del ejército estaba en este caso; parece que aquella respuesta le dió nueva confianza, de la misma manera que un espantajo de parapeto puesto en lugar de un verdadero parapeto de piedra ha solido no sólo imponer respeto al enemigo, sino inspirar cierta especie de valor artificial a los que están ocultos dentro de él (2).

Duero se había convenido en Cuba con su amigo, cuando conmigo estaban, moriríamos en defensa de la tierra, pues la habíamos ganado y teníamos por V. M., pacífica y segura, y por no ser traidores ni desleales a nuestro Rey... Considerando que morir en servicio de mi Rey y por defender y amparar sus tierras y no las dejar usurpar, a mí y a los de mi compañía se nos seguía prez y gloria.» *Relación segunda en Lorenzana, págs. 125-127.*

(1) Tales son las reflexiones que hacía Oviedo, discurriendo sobre la materia algunos años después. «E también que me parece donaire e no bastante, la excusa que Cortés da para fundar y justificar su negocio, que es decir, que el Narváez presentase las provisiones que llevaba de S. M. Como si el dicho Cortés oviera ido a aquella tierra por mandato de S. M., o con más ni tanta autoridad como llevaba Narváez; pues que es claro o notorio que el adelantado Diego Velázquez, que envió a Hernán Cortés, era en parte, en derecho, para le enviar a remover y el Cortés obligado a le obedecer. No quiero decir más en esto, por no ser odioso a ninguna de las partes.» *Hist. de las Indias*, M. S., lib. 33, cap. XII.

(2) Mariana menciona más de una arteria de este género, en su

do tomó éste el mando de la expedición, en que le tocaría a aquél una gran parte de los productos: dicese que este convenio fué ratificado ahora y que sólo hizo aparentar que permanecía adicto a los intereses de Narváez, porque importaba mucho que siguiesen creyéndolo así los demás (1). Por Duero supo Cortés muchas noticias acerca de los planes de Narváez, que el padre Olmedo no había podido penetrar. Al irse los enviados de Narváez, le mandó con ellos una carta en contestación de la que había recibido. Esta apariencia de negociaciones indicaba un deseo por parte de Cortés de retardar, ya que no de evitar las hostilidades, lo cual debía inspirar a Narváez cierta confianza imprudente. En la carta prevenía a éste y a sus compañeros, que se le presentasen sin tardanza y le reconociesen como a legítimo representante de su soberano; en la inteligencia de que si procedían de otra suerte, les trataría como rebeldes a la corona (2). Con esta carta, cuyo tono arrogante tanto convenía a sus soldados como a los enemigos, despidió a los enviados. Estos regresaron a su campo ponderando la admiración que les habían causado el general y sus compañeros, hablando de su ilimitada liberalidad de que ellos mismos habían sacado grandes fru-

Historia de España, aunque no recuerdo los lugares precisos en que lo dice.

(1) Bernal Díaz, cap. CXIX.

(2) «E así mismo mandaba y mandé por el dicho mandamiento a todas las personas que con el dicho Narváez estaban, que no tovesen ni obediencia al dicho Narváez por tal capitán, ni justicia; antes dentro de cierto término que el dicho mandamiento señala, pareciesen ante mí para que yo les dijese lo que debían hacer en servicio de V. A., con protestación que lo contrario haciendo, procedería contra ellos como contra traidores aleves y malos vasallos, que se rebelan contra su rey, y quieren usurpar sus tierras y señoríos.» Relación segunda, en Lorenzana, pág. 127.

tos, y ponderando la riqueza de los soldados, que sobre su despedazado vestido traían adornos, collares y cadenas de oro macizo, que les daban la vuelta varias veces alrededor del cuello y del cuerpo, todo lo cual era de los despojos del tesoro de Moteuczoma.

En seguida emprendió el ejército su marcha por las llanuras de la Tierra Caliente, donde la Naturaleza ha agotado todos los primores de la creación. Estaba entonces más cubierta que ahora de altos bosques en que el elevado árbol del algodón obra de siglos, estaba al lado del ligero bambú o del plátano, producto de una estación, atestiguando el uno y el otro la maravillosa fecundidad del suelo; innumerables flores trepadoras cubrían sus ramas gigantes y ondeaban en ligeros festones sobre su copa, llenando el ambiente de perfumes deliciosos. Pero los sentidos de los españoles no estaban abiertos a las deliciosas influencias de la naturaleza. Sus almas estaban ocupadas en una sola idea.

Al llegar a una llanura descubierta se encontraron detenidos por un río o, mejor dicho, un riachuelo llamado el *Río de las Canoas*, que en tiempo de secas no llevaba mucha agua, pero que en la estación de las lluvias crecía considerablemente. Aquel día había llovido recio, aunque en algunos ratos el sol había brillado con intenso calor, ofreciendo una de esas alternativas de calor y humedad que hacen tan activa la vegetación en los trópicos, donde parece que la feracidad siempre va en aumento.

El río distaba cosa de una legua del campo de Narváez. Antes de buscar un vado por donde pasarlo, permitió Cortés a sus soldados que se recobrasen de su fatiga, acostándose en la tierra. Las sombras de la noche estaban próximas a envolverlos, y la luna levante, que salía por entre oscuras nubes, esparcía una luz incierta e interrumpida; to-

avía no se desataba la tempestad (1), la que no pesó al general, que meditaba un ataque en aquella misma noche y conocía que la oscuridad y el ruido de aquélla, servirían de ocultar sus movimientos.

Antes de descubrir su designio a las tropas les dirigió una de esas arengas entusiastas y verdaderamente marciales a que acudía en tales ocasiones como para sondear los corazones de sus soldados y alentar a los que estuviesen decaídos de ánimo. Recordóles brevemente los principales sucesos de la campaña, los peligros que habían arrostrado, los triunfos alcanzados sobre tan espantosos enemigos y los ricos despojos que habían ganado. Díjoles que todo aquello se les quería arrebatar, no por hombres autorizados por su rey, sino por aventureros que no tenían otro título más que la superioridad de la fuerza; que ellos merecían la gratitud de su patria y de su rey, y que también este timbre se les quería robar presentándoles como a infames traidores; mas que había llegado el momento de la venganza, y que Dios no abandonaría a los soldados de la Cruz; que no permitiría que aquéllos que hasta entonces habían salido victoriosos de tantos peligros sucumbiesen ahora, y, por último, que era preferible morir con honor en el campo de batalla, a perder fama y fortuna y perecer ignominiosamente como esclavos en una horca. Insistió fuertemente en este último argumento, conociendo que entre sus oyentes no habría ninguno tan sordo que no quisiese oírlo.

Todos respondieron con vivas aclamaciones, y Velázquez de León y Lugo le aseguraron en nombre de los demás que si no triunfaban no sería culpa más que del general que

(1) «Y aún llovía de rato en rato y entonces salía la luna, que cuando allí llegamos hacía muy oscura y llovía, y también la oscuridad ayudó.» Bernal Díaz, cap. CXXII.

podía llevarles adonde le placiese. Éste quedó plenamente satisfecho del entusiasmo de sus soldados, pues conoció que no estaba la dificultad en despertario, sino en encaminarlo rectamente. Una cosa hay notable, y es que no habló palabra de la defección que minaba el campamento enemigo, seguramente porque en aquel último lance quiso que sus soldados lo fiasen todo a sus propios esfuerzos.

Descubrióles su intento de dar un ataque en aquella noche misma, cuando el enemigo estuviese entregado al sueño y la propicia oscuridad de la noche encubriese los movimientos y no permitiese ver la cortedad de su número. A esto se prestaron gustosísimas las tropas aunque extenuadas por el cansancio y en parte también por el hambre. En aquella situación la tardanza era el mayor de los peligros. Se comenzó a dar órdenes a los capitanes. A Gonzalo de Sandoval le fué confiada la importante comisión de coger a Narváez; llevaba instrucciones en clase de *alguacil mayor* de aprehenderle por rebelde a su rey, y, en caso de resistencia, de matarle en el acto (1). Dióle sesenta hombres con picas para que ayudasen y le acompañaron algunos de los mejores capitanes, como dos de los Alvarados, Ávila y Ordaz. La mayor parte de la fuerza fué puesta a las órdenes de Cristóbal de Olid, o según otros, de Pizarro, uno de la familia que tanta fama ganó después en el Perú. To-

(1) El procurador de Narváez, en la demanda que hizo ante la corona, se queja amargamente de la barbaridad de tan diabólicas instrucciones.

«El dicho Hernán Cortés, como traidor alevoso, sin apercibir e dicho mi parte con un diabólico pensamiento e infernal osadía e contemplo e menosprecio de V. M. o de sus provisiones reales; no mirando ni acatando la lealtad que debía a V. M., el dicho Cortés dió un mandamiento al dicho Gonzalo de Sandoval, para que prendiese al dicho Pánfilo de Narváez e si se defendiese que lo matase.» Demanda de Cevallos en nombre de Narváez, M. S.

cábale apoderarse de la artillería y proteger el asalto de Sandoval, deteniendo a los que quisiesen estorbarlo. Cortés se reservó para sí 20 hombres, con los que se proponía acudir adonde fuera necesario. El santo en aquella noche era, *Espíritu Santo*, pors er víspera del día de Pentecostés. Hechos estos preparativos, comenzaron a pasar el río (1).

El tiempo que Cortés empleaba de esta suerte, Narváez lo gastaba en Zempoalla en frívolos pasatiempos. Sacóle de su inacción el aviso del anciano cacique de la ciudad, quien le dijo: ¿por qué estáis tan descuidado? ¿Pensáis qué el Malinche está así? Él sabe lo que hacéis y dónde estáis, y cuando menos lo penséis lo tendréis sobre vosotros (2).

Alarmado por estos consejos y los de sus amigos, se puso por fin Narváez a la cabeza de sus tropas, y el mismo día que Cortés atravesó el Río de Canoas, él se puso en marcha para salirle al encuentro. Pero cuando llegó a la ribera ya no encontró ni rastro de enemigo. La lluvia que caía a torrentes empapó a los soldados que acostumbrados a la vida muelle y poltrona de Zempoalla, comenzaron a murmurar de su incómoda situación. ¿De qué sirve, decían, quedarse aquí, combatiendo con los elementos? No hay señales de enemigo ni razón para temer que venga con tan mal temporal. Lo mejor sería volverse a Zempoalla y en la mañana ya estaremos prontos para el combate, si se presenta Cortés.

Narváez accedió a este dictamen que, era también el de su gusto. Antes de retroceder apostó dos centinelas no le-

(1) Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, caps. XII XLVII. Bernal Díaz, cap. CXXII. Herrera, *Hist. General*, dec 2, lib. 10, cap. I.

(2) «¿Qué hacéis que estáis muy descuidado? ¿Pensáis que Malinche y los Teules que trae consigo que son así como vosotros? Pues yo os digo que cuidado no os cataredes, será aquí y os matará.» Bernal Díaz, cap. CXXI.

jos del río, para que le avisasen si se acercaba Cortés y evitar una sorpresa. Destacó una partida de 40 jinetes, con lo que creyó que estorbaría que Cortés llegase a Zempoalla, y después de tomar estas medidas se replegó a sus cuarteles antes de que entrase la noche.

Ocupó el templo mayor de la ciudad; era aquél una pirámide de piedra, a la cual se subía por una escalera que había en una de sus caras. En el santuario en que remataba el templo, se alojó con una fuerte partida de arcabuceros y ballesteros. Otros dos templos que había dentro del mismo atrio, quedaron custodiados por destacamentos de infantería. Situó su artillería, que consistía en 18 cañones pequeños, al pie del teocalli, y la caballería quedó encargada de protegerla. Después de distribuir sus fuerzas de esta suerte, se retiró a su aposento y se entregó al descanso con tanta confianza como si su rival hubiese estado más allá del Atlántico, en vez de estar en un riachuelo inmediato.

Este riachuelo estaba ahora convertido, a causa de las lluvias, en un torrente impetuoso; difícil era vadearlo; el pie a cada momento vacilaba en las piedras resbaladizas en que se asentaba, y la dificultad del paso del río aumentaba por la oscuridad y la lluvia. Por último, ayudados de sus largas lanzas, consiguieron atravesarlo todos, excepto dos que fueron arrebatados por la fuerza de la corriente. Después que llegaron a la orilla opuesta, encontraron nuevas dificultades, pues el camino que nunca era bueno, ahora era doblemente difícil a causa del cieno y de la maleza.

Encontraron una cruz que ellos habían erigido al internarse en el país; tuviéronla por buen agüero, y Cortés, arrodillándose delante del signo bendito, confesó sus pecados, y protestó que el objeto que le llevaba era el triunfo de la fe católica. Todo el ejército siguió su ejemplo y reci-

bió la absolución del padre Olmedo, que invocó la bendición del cielo sobre aquellos guerreros que habían consagrado sus aceros a la defensa de la Cruz. Después de esto, se alzaron del suelo, se abrazaron cordialmente como compañeros y cobraron nuevo vigor. El incidente es curioso y da a conocer perfectamente el carácter de aquella época, en que la religión, la guerra y la rapiña se hermanaban tan estrechamente. Junto al camino había un bajo monte, donde se apearon Cortés y los pocos jinetes que llevaba, y ataron a los árboles los caballos para que se guareciesen un poco de la tempestad. Allí dejaron los bagajes y todo cuanto podía estorbar los movimientos, y les dirigió el general las últimas prevenciones. «Todo depende de la obediencia, les dijo, que nadie por el deseo de señalarse se salga de sus filas; del silencio, de la prontitud y eficacia con que obedezcáis a vuestros oficiales, depende todo el buen éxito de la empresa.»

Caminaban silenciosa y cautamente, sin toque de tambor ni de corneta, cuando de súbito tropezaron con los dos centinelas que había apostado Narváez para que le avisasen de la llegada de su enemigo; pero se había hecho esto con tanto descuido, que los dos fueron sorprendidos en su puesto, y uno sólo logró escaparse, aunque con gran dificultad. El otro fué traído a la presencia de Cortés; todos los esfuerzos que se hicieron por saber algo sobre la situación de Narváez fueron inútiles, pues el soldado permanecía obstinadamente en silencio, y aunque se le amenazó con la horca y se le llegó a poner una soga al cuello, quedó indómito su heroísmo espartano. Afortunadamente, no se había verificado ningún cambio en la posición de Narváez, después de las noticias de Duero.

El otro centinela llevó al campo de Narváez el aviso de que se acercaba Cortés, pero no quisieron creerle sus ca-

maradas, cuyo sueño había venido a interrumpir. Éste, decían, ha visto visiones con el miedo; el ruido de la tempestad y de las hojas le ha parecido que era el de un enemigo. Cortés y los suyos están al otro lado del río y algo tendrían que tardarse para pasarlo en semejante noche. Narváez participó de esta duda ciega y el no creído centinela se retiró a su cuartel, amenazándoles inútilmente con las consecuencias de aquella incredulidad (I).

Cortés, figurándose que el aviso del centinela habría alarmado al campamento enemigo, aceleró el paso. Al acercarse, percibió una luz en una de las torres más elevadas de la ciudad. «Allí está Narváez, dijo a Sandoval, y aquella luz, nos va a servir de guía.» Cuando entraron en la ciudad, quedaron sorprendidos los de Cortés de no encontrar quien los sintiese y ni un solo síntoma de alarma. No se oía ningún ruido fuera del de sus pisadas acompasadas, medio encubierto por el rumor de la tempestad. Con todo, no pudieron moverse tan silenciosamente que nadie los oyese al desfilarse por las calles de la populosa ciudad; las noticias llegaron al cuartel, donde, en un momento, todo se volvió confusión y barullo. Las trompetas tocaron alarma, los dragones acudieron a sus caballos y los artilleros a sus cañones. Narváez se puso luego su armadura, se rodeó de su guardia e hizo que bajasen al atrio los que estaban en los otros dos teocallis. Dió todas aquellas órdenes con frialdad, porque, aunque falto de prudencia, no lo era de serenidad y valor.

Todo esto fué obra de pocos minutos, que bastaron a los españoles para llegar a la calle que conducía directamente al campamento. Cortés mandó a los soldados que

(1) Relac. seg., en Lorenzana, pág. 128. Oviedo, *Hist. de las Indias*, M. S., lib. 33, cap. XLVII. Herrera, *Hist. Gen.*, dec. 2, lib. 10, capítulos II-III.

se arrimasen a las dos aceras de ella para que las balas de cañón pasasen sin hacer daño (1). No bien se presentaron a la bocacalle, cuando la artillería de Narváez rompió un fuego general; afortunadamente las punterías eran muy altas y las balas pasaron sobre las cabezas de los soldados y sólo tres de ellos cayeron heridos. No dieron tiempo al enemigo para rehacerse; Cortés pronunció la palabra convenida: «¡Espíritu Santo, Espíritu Santo, a ellos!», y en un momento Olid y su división se arrojaron sobre los artilleros, a quienes traspasaron o derribaron con las picas y se apoderaron de los cañones. Otra división trabó un combate con la caballería y la entretuvo, mientras Sandoval, con su puñado de valientes, subía la escalera principal del templo. Recibiéronles con una descarga de proyectiles como saetas y balas de mosquete; pero como la puntería era incierta y la noche oscura, no les hicieron daño considerable. En un minuto los que atacaban se encontraron en la plataforma del templo luchando brazo a brazo con sus defensores. Narváez peleaba valientemente y animaba a los suyos; su portabandera cayó junto a él con el pecho atravesado, y él mismo recibió muchas heridas, porque su espada corta no bastaba contra las largas picas de sus adversarios. Por último, recibió un lanzazo en el ojo izquierdo, y dijo el desgraciado: «¡Santa María!» Los de Cortés, al oír aquel grito, exclamaron: «¡Victoria!»

Inutilizado y medio loco a resultas de su herida, lo llevaron al santuario. Los que atacaban intentaron forzar una de las entradas, que fué vigorosamente defendida; pero al fin, tomó un soldado una tea encendida y puso fuego al techo

(1) «Ya que se acercaba al aposento de Narváez, Cortés, que andaba reconociendo y ordenando a todas partes, dijo a las tropas de Sandoval: Señores, arrimaos a las dos aceras de la calle para que las balas de la artillería pasen por medio sin hacer daño.» Ibid, *ubi. supra*.

de paja, que comenzó a incendiarse en pocos momentos. Los que estaban dentro se vieron precisados a salir para que no los ahogase el humo y el calor. Un soldado nombrado Farfán cogió al herido comandante y le sacó fácilmente a la plataforma; le arrastraron violentamente por la escalera y le pusieron grillos. Los suyos, al ver la dura suerte de su jefe, cesaron en su resistencia (1).

Durante este tiempo, Cortés y Olid habían trabado una refriega con la caballería y la habían derrotado, después de que ella había hecho varios esfuerzos por abrirse paso por entre la densa turba de picas con las que muchos quedaron desmontados y algunos muertos. El general dispuso entonces el ataque de los otros *teocallis*, intimando antes a las guarniciones que se rindiesen. Viendo que se rehusaban, mandó traer la artillería para descargarla sobre sus propios dueños, acompañando todas estas amenazas de las ofertas más amplias de olvidar lo pasado y de darles parte en todas las ventajas que se sacaran de la conquista. Una de aquellas guarniciones estaba a las órdenes de Salvatierra, el mismo oficial que había hablado de cortar las orejas a Cortés. Al momento que supo la suerte de su general, le dió una enfermedad tan violenta, que le inhabilitó para pelear. Apenas recibió la guarnición una descarga de la batería, cuando se rindió. Cuentan que en esta ocasión recibió Cortés un auxilio inesperado: el aire estaba poblado de *cocuyos*, insectos que emiten una luz fosfórica bastante intensa y suficiente para leer con ella. Aquellas luces errantes parecieron a los angustiados sitiados, en medio de la oscuridad de la noche, un ejército con arcabuces, cuyas mechas estaban ardiendo; tal es lo que cuentan los testigos del hecho (2).

(1) Demanda de Cevallos en nombre de Narváez, M. S. Oviedo' *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLIX.

(2) «Como hacía tan oscuro, había muchos *cocuyos* (así los llaman

Pero la facilidad con que se rindieron debe atribuirse igualmente a la cobardía del comandante y al disgusto de los soldados, los cuales deseaban militar bajo las banderas de Cortés.

El cuerpo de caballería, que como recordará el lector había apostado Narváez en uno de los caminos de Zempoalla, para impedir los movimientos de su rival, sabiendo lo que había pasado, no tardó en rendirse. Todos los soldados del ejército derrotado se vieron obligados en señal de obediencia a rendir las armas en manos de los alguaciles y a jurar que reconocían a Cortés por justicia mayor y capitán general de la colonia.

No se sabe a punto fijo cuál fué el número de los muertos; mas parece probable que del lado de los vencidos murieron 12 y la mitad de este número del lado de los vencedores; esto se explica fácilmente atendiendo al poco tiempo que duró la refriega y a lo erradas que debían de ser las punterías en medio de la oscuridad de la noche. El número de heridos fué mucho más considerable (1).

Cortés había quedado dueño absoluto del campo; pocas

en Cuba), que relumbraban de noche, y los de Narváez creyeron que eran muchas de las escopetas.» Bernal Díaz, cap. CXXII.

(1) Narváez, o mejor dicho, su procurador, hace subir el número de los muertos por parte de éste, a un número mucho más considerable. Pero estaba en sus intereses exagerar el daño ocasionado por Cortés; la confrontación de lo que dicen éste, sus compañeros y sus enemigos, ofrece el medio más seguro de saber aproximativamente la verdad. «E allí le mataron 15 hombres que murieron de las heridas que les dieron, e les quemaron seis hombres del dicho incendio, que después parecieron las cabezas dellos quemadas, e pusieron a sacomano todo cuanto traían los que venían con el dicho mi parte, como si fueran micos, y al dicho mi parte robaron y saquearon todos sus bienes, oro e plata, e joyas». Demanda de Cevallos en nombre de Narváez, M S.

horas habían bastado para trocar la condición de aquél; de la de un proscrito errante y cabecilia, de un puñado de desnudos aventureros, de la de un rebelde a cuya cabeza se había puesto precio, en la de un jefe independiente que podía disponer de un ejército bastante para afianzar sus presentes conquistas y aun para realizar sus encumbrados proyectos de ambición. Mientras los soldados llenaban el aire con aclamaciones de triunfo, el general victorioso, tomando el aire que convenía a su cambio de fortuna, se sentó en una magnífica silla, y vestido de un rico manto que pendía de sus hombros, fué recibiendo uno por uno a todos los oficiales y soldados que venían a felicitarle. A los últimos permitió que le besasen la mano; a los oficiales dirigió palabras de cortesía, y cumplimiento, y a Bermúdez el tesorero del ejército vencido y a algunos otros sus amigos antiguos, los abrazó cordialmente (1).

A Narváez, a Salvatierra, y a algunos otros capitanes que le eran enemigos, se los trajeron cargados de cadenas; aquel acto de profunda humillación debe haber causado al primero mayor angustia de espíritu que la que le causaba la agonía de sus heridas. «Razón tendréis, señor Cortés, le dijo, para agradecer a la fortuna que tan fácilmente habéis tomado mi persona.» — «Mucho tengo que agradecerle, replicó; lo menos que yo he hecho en esta tierra en que

(1) «Entre ellos venían Andrés de Duero y Agustín Bermúdez y muchos amigos de nuestro capitán, y así como venían iban a besar las manos a Cortés que estaba sentado en una silla de caderas con una ropa larga de color como naranjada, con sus armas debajo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les hablaba y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que les decía, era cosa de ver qué alegre estaba; y tenía mucha razón de verse en aquel punto tan señor y pujante; y así como le besaban la mano, se fueron cada uno a su podada.» Bernal Díaz, cap. CXXII.

estoy, es haberos prendido.» (1) En seguida mandó que se les asistiese, con mucha eficacia, de sus heridas, y los envió a Veracruz a buen recaudo.

No obstante la altiva humildad de Cortés, no pudo él dejar de conocer que su triunfo sobre Narváez era una de las más brillantes hazañas de su carrera militar. Con unas cuantas veintenas de compañeros mal vestidos, peor calzados, cansados por marchas forzadas, con todas las desventajas personales posibles, faltos de armaduras y aprestos militares, había atacado, en sus propios cuarteles, a un enemigo triple en número, lo había derrotado, lo había hecho prisionero, no obstante que tenía éste caballería y artillería, que estaba perfectamente equipado y provisto de toda especie de municiones de guerra. El monto total de las tropas empeñadas en esta refriega no era, en verdad, muy considerable; mas no por eso dejaban de ser desproporcionadas las del uno con respecto a las del otro; por manera, que este triunfo siempre debe tenerse por notable en los fastos de la guerra.

Verdad es, sin embargo, que hubo algunas circunstancias absolutamente casuales, de que dependió, en parte, la victoria; tal es, por ejemplo, que Velázquez de León no haya sido infiel, en cuyo caso, la expedición se habría malogrado (2). Si el tiempo hubiera sido bueno la noche del

(1) Ibid, loc. cit. «Díjose que como Narváez vido a Cortés estando así preso, le dijo: Señor Cortés, tened en mucho la ventura que habeis tenido e lo mucho que habeis hecho en tener mi persona o en tomar mi persona. E que Cortés le respondió, e dijo: Lo menos que yo he hecho en esta tierra donde estais, es haberos prendido. E luego le hizo poner a buen recaudo, e le tuvo mucho tiempo preso.» Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLVII.

(2) Oviedo, dice que los militares discutían sobre si Velázquez de León debía de seguir el partido de Cortés más bien que el de su pariente el gobernador de Cuba; y se decidían a favor del primero, fun-

ataque, el enemigo habría tenido noticia segura de que él se acercaba y se habría preparado a recibirle. Pero esta especie de contingencias entran en todo género de empresas. La habilidad del general lo que sabe es sacar partido de ellas, aprovechar la sonrisa de la fortuna y hacer que le ayuden hasta los mismos elementos.

Si Velázquez de León era, en efecto, lo que después se vió, un oficial digno de que le confiase el mando el general, la sagacidad de éste lo descubrió; su astucia la que convirtió a un poderoso adversario en amigo, y amigo tan adicto que prefirió seguir la incierta fortuna de Cortés a la del gobernador de Cuba, su próximo pariente y antiguo protector. Su habilidad es también la que le granjeó tal ascendiente sobre los soldados, que aún en los momentos más terribles le permanecieron fieles, y ni uno sólo le abandonó (1). Si el buen éxito del asalto dependió en la mayor parte de la oscuridad de la noche y el ruido de la tempestad,

dándose en que de éste había recibido inmediatamente su comisión. «Visto he platicar sobre esto a caballeros y personas militares, sobre si este Juan Velázquez de León hizo lo que debía en acudir o no a Diego Velázquez o a el Pánfilo en su nombre, e convienen los veteranos militares, e a mí parece determinan bien la cuestión, en que si Juan Velázquez tuvo conducta de capitán para que con aquella gente que él le dió, o tuviese en aquella tierra como capitán particular, le acudiese a él o a quien le mandase, Juan Velázquez faltó a lo que era obligado en no pasar a Pánfilo de Narváez, siendo requerido de Diego Velázquez; mas si le hizo capitán Hernán Cortés, e le dió él la gente, a él debía acudir, como acudió, excepto si viera carta o mandamiento expreso del rey en contrario.» *Hist. de las Indias*, M. S., lib. 33, capítulo XII.

(1) El reflexivo Oviedo atribuye este influjo a su trato abierto liberal y franco que tan fuerte contraste formaba con el del gobernador de Cuba. «En lo demás, valerosa persona ha seido e para mucho; y este deseo de mandar juntamente con que fué muy bien partido e gratificador de los que le vieron, fué mucha causa juntamente con ser

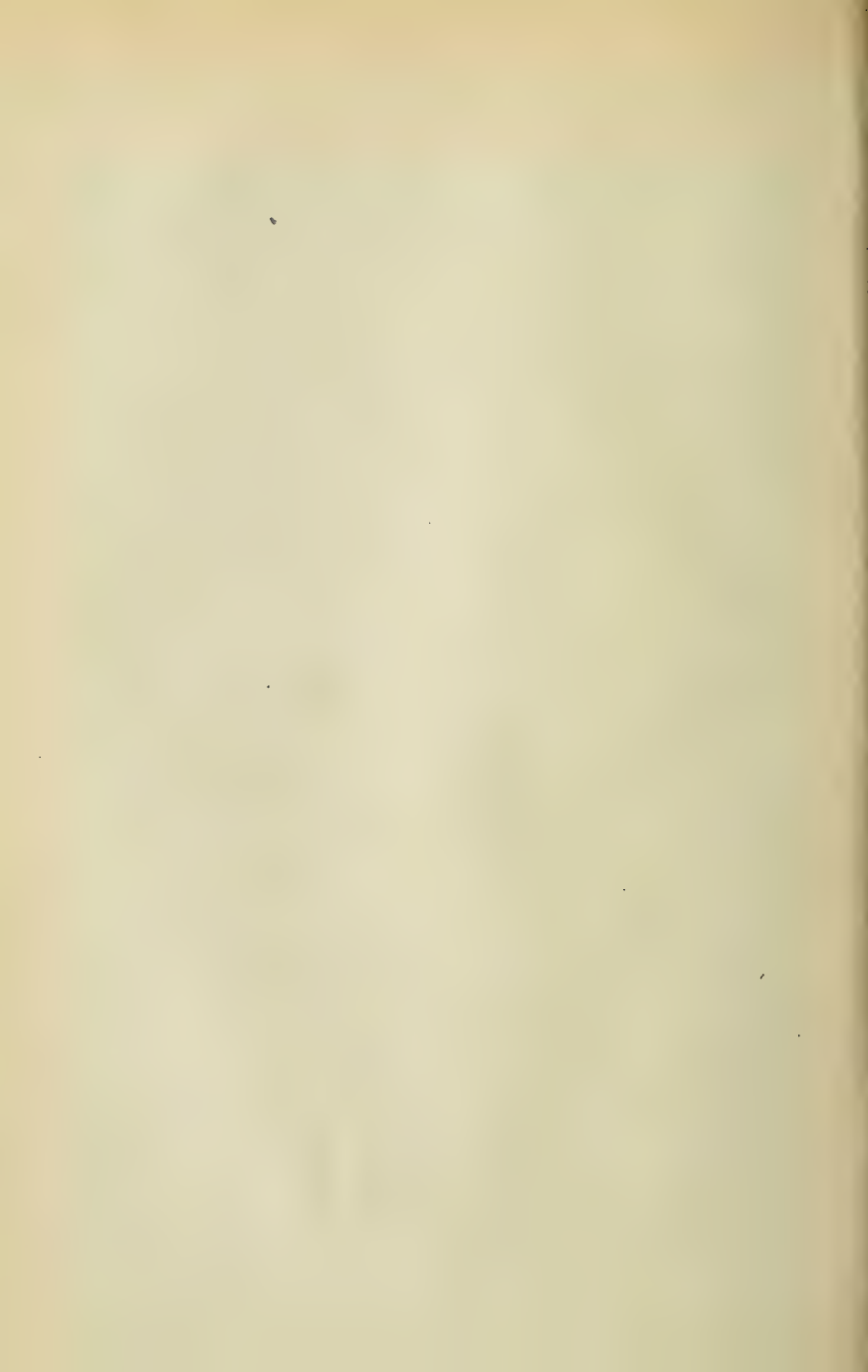
tad, también es debido a Cortés que supo arreglar las cosas de manera que pudiese aprovechar estas circunstancias propicias. Entre la concepción y la ejecución de sus planes medió el menor tiempo posible; en poquísimos días bajó de la capital hasta la playa, como un torrente baja de las montañas, arrasando con cuanto encuentra antes de que se pueda oponerle una barrera que lo contenga. Esta celeridad de movimientos, efecto de un entendimiento claro y de una voluntad poderosa, ha formado siempre uno de los primeros recursos estratégicos de los grandes capitanes, y ha sido el rasgo prominente de sus más famosas hazañas. En el caso presente no se puede dudar que contribuyó en gran parte al triunfo.

Pero sería ver las cosas muy mezquinamente considerar que la batalla en que fué derrotado Narváez, se dió toda ella en Zempoalla; no, que había empezado en México. Con ese influjo irresistible que ejercía Cortés sobre todo cuanto le rodeaba, convirtió en sus amigos y agente a los emisarios de Narváez. Los informes de Guevara y sus compañeros, las intrigas del padre Olmedo y el oro del general, todo fué diligentemente empleado para hacer vacilar la lealtad de los soldados; de suerte que la batalla ya estaba medio ganada aún desde antes de dar un solo golpe; puede decirse que se ganó tanto con el oro como con el acero. Cortés previó todo tan exactamente, que su principal mira fué hacerse de la persona de Narváez; seguro de que en este caso, la indiferencia con que veían a éste los soldados y el afecto que le tenían a él, los atraería después a todos bajo sus banderas. No se engañó: Narváez dijo con bastante verdad algunos años después que «a él le habían

malquistado Diego Velázquez, para que Cortés se saliera con lo que emprendió e se quedase en el oficio e gobernación». Ibid. *ubi. supra*.

vencido sus propias tropas, no las de su rival, y que habían sobornado a los suyos para que le vendiesen» (1). Sólo así se puede explicar la breve e ineficaz resistencia que hicieron.

(1) En una conversación que tuvo Narváez en Toledo, en 1525, con Oviedo mismo, se quejaba amargamente, como era natural, del modo de proceder de su rival. Esta conversación, que nunca ha sido impresa, puede tener interés para un lector español: «Que el año 1525, estando César en la festividad de Toledo, vi allí al dicho Narváez e públicamente decía que Cortés era un traidor e que dándole S. M. licencia se lo haría conocer de su persona a la suya, e que era hombre sin verdad, e otras muchas e feas palabras, llamándole aleroso, e tirano, e ingrato a su señor, e a quien le había enviado a Nueva España, que era el adelantado Diego Velázquez a su propia costa, e se le había alzado con la tierra, e con la gente, e hacienda, e otras muchas cosas que mal sonaban. Y en la manera de su prisión la contaba muy al revés de lo que está dicho. Lo que yo noto de esto es, que con todo lo que oí a Narváez (como yo se lo dije), no puedo hallarle disculpa para su descuido, porque ninguna necesidad tenía de andar con Cortés en p'áticas, sino estar en vela mejor que la que hizo. A esto decía él que lo habían vendido aquellos de quien se fía, que Cortés les había sobornado.» Ibid, *ubi. supra*.



CAPÍTULO VIII

DESCONTENTO DE LAS TROPAS —INSURRECCIÓN DE LA CAPITAL.—VUELTA DE CORTÉS —RECIBIMIENTO HOSTIL QUE LE HACEN EN TODAS PARTES.—MATANZA QUE HACE ALVARADO.—LEVANTAMIENTO DE LOS AZTECAS.

(1520)

La tempestad que había desatádose con tanta furia durante la noche, se disipó al salir el sol, que aquel día alumbró brillante y sereno el campo de batalla. Ya que era enteramente de día, se vió claramente la desproporción entre las dos fuerzas combatientes. Los de Narváez no podían disimular su pesar, ni pudieron reprimir las murmuraciones, al ver cuán superiores eran en número y recursos al puñado de sus vencedores, cuya cara estaba testada por el sol y los vestidos raídos por el uso. Cortés tuvo también la satisfacción de ver llegar al campamento los dos mil aliados de Chinantla, los cuales eran hombres atléticos y bien formados, que marchaban en cierto desorden ordenado, por hablar así; traían desplegadas sus bellas banderas de plumaje y alzadas sus largas picas con las puntas de itztli o de cobre que relumbraban a la luz del sol de la mañana, y parecía que guardaban cierta disciplina militar. Llegaban después de buena hora, es cierto; pero a Cortés

no pesó de dar a sus contrarios aquella nueva prueba de los recursos con que contaba, y como que no les necesitaba, después de un afable acogimiento y de hacerles algunos regalos, les mandó a sus casas (1).

Desde luego procuró con el mayor empeño disipar el descontento de las tropas. Les habló en el tono más suave e insinuante, y no fué parco en las promesas (2), acompañando las obras a las palabras. Pocos soldados de Narváez no habían perdido en la refriega su equipaje o caballo, principalmente, esto último, pues los vencedores que estaban cansados de andar a pie se habían dado prisa a hacerse de un medio de transporte más cómodo y más decente. Pero el general ordenó que fuesen devueltos a sus dueños, alegando que pues que defendían la misma causa, debían partírselo todo igualmente (3), y no contento con esto, repartió entre los de Narváez algún oro y otros objetos valiosos que le habían regalado las tribus de allí cerca, o que había sacado de los cofres de su rival mismo (4).

Esta conducta, aunque muy del gusto de los nuevos compañeros, no lo era del de los antiguos. «Nuestro gene-

(1) Herrera, *Hist. general*, dec. 2, lib. 10, cap. VI. Oviedo, *Historia de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLVII. Bernal Díaz, cap. XXIII.

(2) Díaz, que le oyó muchas veces, dice, hablando de la elocuencia de Cortés: «Comenzó su parlamento por tan lindo estilo y plática, también dichas ciertas otras palabras más sabrosas y llenas de ofertas, que yo aquí no sabré escribir.» Cap. CXXII.

(3) Al capitán Díaz tocaron por despojos de aquellos filisteos un excelente caballo con todos sus arneses, un puño de espada, tres puñales y un escudo; magníficos atavíos para una campaña; ya se verá que la orden del general no ha de haber sido muy del gusto del soldado. *Ibid*, 124.

(4) Narváez se quejaba de que Cortés le había hecho un robo que valía ¡100.000 castellanos de oro! (Demanda de Cevallos en nombre de Narváez, M. S.) Si en efecto, fué así, con lo que robó al general tenía para ser liberal con los soldados.

ral», decían, «ha despojado a sus amigos para favorecer a sus enemigos; le acompañamos a la hora del peligro y recibimos golpes y estocadas, y reparte el botín a nuestros enemigos.» La indignada soldadesca comisionó al padre Olmedo y a Alonso de Ávila, para que hiciesen presente a Cortés estas quejas. Los comisionados le hablaron sin miramiento, comparando la conducta de Cortés en aquella ocasión a la ingratitud de Alejandro, quien después de una victoria acostumbraba hacer más regalos a los vencidos que a los que le habían ayudado a alcanzarla. Cortés se vió en durísimo aprieto; su suerte era, ya estuviera victorioso o derrotado, andar un camino sembrado de espinas.

Para calmar la irritación de sus soldados, procuró justificar la necesidad de aquella medida. «Nuestro enemigos son tan formidables por su gran número, que aún ahora, mejor se puede decir que estamos en su poder que no ellos en el nuestro; nuestra seguridad depende de hacerles no sólo nuestros aliados, sino nuestros amigos. Si les damos cualquiera motivo de disgusto, tendremos que combatirlos otra vez, y si acaso se unen, será con mayores desventajas que antes. He cuidado de vuestros intereses como de los míos propios; cuanto tengo os pertenece; pero ¿por qué tener descontento por este motivo cuando todo el país está a nuestra disposición? ¿El aumento de nuestra fuerza no debe darnos seguridad de afianzarnos en su posesión?»

Pero Cortés no fiaba la conservación de la tranquilidad a los argumentos únicamente; conoció que era necesario combinarles con las obras. Lo primero de que trató fué de dividir sus fuerzas y de mandarlas a lugares distantes, conociendo que lo más importante era tenerlas activamente ocupadas. Envió un destacamento de 200 hombres a las órdenes de Diego de Ordáz, a fundar la proyectada colo-

nia de Guatzacoalco. Otro de igual número, mandado por Velázquez de León, a pacificar la provincia del Pánuco, que estaba algunos grados más hacia el Norte, bañada por el golfo mexicano. En cada uno de estos destacamentos había 20 de los antiguos soldados.

A Veracruz mandó otros 200 con orden de sacar a tierra el velamen, clavazón y demás útiles portátiles de las naves de Narváez, hasta dejarlas enteramente desmanteladas. Nombró a un tal Caballero superintendente de Marina y le previno que si en lo sucesivo entraban otros buques en el puerto, los desmantelase igualmente y aprehendiese a la tripulación (1).

Pero cuando más ocupado estaba en sus planes de nuevos descubrimientos y conquistas, recibió de México noticias tan alarmantes que le obligaron a concentrar en este punto todos sus pensamientos y todas sus fuerzas. La ciudad se había sublevado. Al punto que se había decidido la contienda con su rival había despachado Cortés un correo que lo participase a Alvarado, cuyo correo, en menos de quince días, estaba de vuelta con la respuesta de éste, quien informaba a Cortés de que los mexicanos se habían levantado y atacado los cuarteles de los españoles, habiendo incendiado los bergantines que se habían mandado hacer, para tener expedita la retirada, aún en el caso de que los puentes de las calzadas fuesen destruídos; habían intentado

(1) Demanda de Cevallos en nombre de Narváez, M. S. Bernal Díaz, *Historia de la Conq.*, cap. CXXIV. Oviedo. *Hist. de las Ind.*, M. S., libro 33, cap. XLVII. Rel. segunda en Lorenzana, pág. 130. Camargo, *Historia en Tlaxcala*, M. S.

La visita de Narváez dejó tristes huellas que harán que los indios no le olviden en mucho tiempo. Un negro que venía con él trajo la viruela, cuya enfermedad se propagó rápidamente por aquellas regiones, e hizo gran número de víctimas entre la población indígena. Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 10, cap. VI.

forzar las entradas de los cuarteles, y en parte los habían destruído; finalmente, habían agobiado a la guarnición con una lluvia de armas arrojadizas, que habían matado a varios y herido a muchos. La carta acababa con suplicar al general que acudiese al punto, si quería salvarles a ellos y no perder la capital.

Aquel golpe fué terrible para el general, y más terrible por las circunstancias en que lo recibió; precisamente en la hora de la victoria, cuando creía tener a sus plantas a todos sus enemigos. No cabía lugar a la duda; perder su dominio sobre la capital, la ciudad más importante y la cabeza de todo el imperio, era perder el dominio sobre éste (1). Hizo conocer francamente el aprieto en que estaba a todos sus soldados, y los excitó para que acudiesen en ayuda de sus compatriotas. Todos mostraron buena disposición para hacerlo, y se dieron una priesa que no hubieran tenido, dice Bernal Díaz si hubiesen podido prever lo que les aguardaba.

Cortés hizo los preparativos para su urgentísimo viaje: dió a Ordaz y a Velázquez de León, orden de contramarchar y de reunírsele en Tlaxcalan; llamó a las tropas de Veracruz, dejando allí solamente cien hombres a las órdenes de un tal Rodrigo Rangre, no queriendo carecer en aquel aprieto de los importantes servicios de Sandoval. Dejó en Zempoalla a sus heridos e inútiles bajo la custodia de un pequeño destacamento, con órdenes de seguirle luego que pudiesen ponerse en marcha. Tomadas estas disposiciones salió de Zempoalla, cuyo cacique le abasteció de víveres y le acompañó algunas leguas; porque parece

(1) «Se perdía la mejor y más noble ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo; y ella perdida, se perdía todo lo que estaba ganado, por ser la capital de todo, y a quien todos obedecían.» Relación seg., en Lorenzana, pág. 131.

que el jefe totonaca tenía admirable docilidad para plegarse a la autoridad del fuerte.

Nada notable ocurrió durante la primera parte del camino: el ejército encontraba en todas partes un amistoso recibimiento, que le proporcionaba lo necesario para satisfacer las necesidades de la vida. Un poco antes de llegar a Tlaxcalan, pasaba el camino por un país poco poblado, donde los españoles sufrieron grande escasez de alimento y mayormente de agua. Sus penalidades aumentaban considerablemente, porque con el deseo de acelerar su marcha, caminaban en el medio día con un sol que abrasaba sus cabezas. Algunos, agobiados por el cansancio, se tiraban en la mitad del camino, sin aliento para moverse y casi indiferentes aún a lo que pudiera ser de su vida.

En tal aprieto mandó Cortés un pequeño destacamento de caballería a Tlaxcalan y se dirigió en seguida, él mismo en persona, a este punto, donde encontró gran acopio de víveres, que le tenían preparados los hospitalarios indios. Los envió al punto al ejército; hizo que recogiesen uno por uno todos los dispersos y que se les diese algún refrigerio, y después de recuperadas las fuerzas y el aliento, verificó el ejército su entrada en la capital de la República.

Pocas noticias nuevas tuvieron allí cerca de los sucesos de México, que un rumor general atribuía a las maquinaciones secretas de Moteuczoma. Cortés fué cómodamente alojado en la casa de Maxixca, uno de los cuatro señores de la República. Le proporcionaron, además, 2.000 indios, a los que no faltaba valor tratándose de pelear con su antigua enemiga la raza azteca (1).

Al pasar revista el general a su ejército, después de re-

(1) Ibid, *ubi. supra*. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulos XIII XIV. Bernal Díaz, caps. CXXIV-CXXV. Pedro Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5. cap. V. Camargo. *Hist. de Tlaxcalan*, M. S.

unidos los dos capitanes, encontró que subía a cosa de 1.000 infantes, 100 jinetes y los aliados tlaxcaltecas (1). Entre los primeros había 100 arcabuceros y otros tantos ballesteros; estando los soldados pertenecientes a la expedición de Narváez perfectamente equipados, sin embargo de que eran inferiores a los antiguos veteranos de Cortés en eso que vale más que los arreos exteriores: en disciplina militar y en el conocimiento del modo de hacer aquella campaña.

Dejaron sus hospitalarios cuarteles y prosiguieron su marcha por un camino más al Norte que el que antes habían tomado al internarse en el valle, por ser aquél menos largo: era el camino de Tetzcoco. Sin embargo, volvieron a verse precisados a subir las ásperas cordilleras de montañas, cuyos puntos más elevados son los dos enormes volcanes por cuya base tuvieron que pasar antes. Las faldas de la sierra estaban cubiertas de bosques de encinos, cipreses, pinos y cedros (2), por entre cuyos claros se veían los encantados prados y valles que, dilatándose cuanto alcanzaba a descubrir la vista, estaban cubiertos de la más

(1) Gomara, *Crónica*, cap. CIII. Herrera, *Hist. Gen.*, dec. 2, lib. 10, capítulo VII.

Bernal Díaz hace subir la fuerza del ejército a 1.300 peones y 90 jinetes. (Ibid, cap. CXXV.) Cortés la reduce a menos de la mitad. (Relación seg., *ubi. supra.*) El número adoptado en el texto es el que resulta de los documentos oficiales, en que consta cuál era la fuerza de cada uno de los dos ejércitos antes de juntarse.

(2) «Las sierras altas de Tetzcoco a que le mostrasen desde la más alta cumbre de aquellas montañas y sierras de Tetzcoco, que con las sierras de Tlallocan, altísimas y umbrosas, en las cuales he estado y visto, y puedo decir que son bastantes para cubrir el un hemisferio y el otro, porque son los mayores puertos y más altos de esta Nueva España, de árboles y montes de grandísima altura, de cedros, cipreses y pinares.» Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S.

esplendente vegetación selvática. Desde la cumbre de las montañas se dominaba la anchurosa llanura que acababan de pasar y que se confundía con los verdes campos de Chulula. Al poniente tenían el valle de México desde un punto de vista diferente, pero no menos bello que el de la otra vez; veían la superficie trémula de sus lagos, las vistosas ciudades que se alzaban del fondo de ellos, los bruñidos teocallis resplandecientes con la luz del sol, las cultivadas llanuras y umbrías colinas de pórvido, que, formando una prolongada perspectiva, iban a perderse en el horizonte. A sus plantas se extendía la ciudad de Tetzaco, que, modestamente oculta entre sus bosques de cipreses, formaba contraste con su ambiciosa rival, la cual se alzaba del otro lado del lago, haciendo alarde y ostentación de sus encantos, como si fuera la Señora del Valle.

Cuando descendieron a las llanuras, les hicieron un recibimiento muy diverso del que antes habían tenido; ya no no salían grupos de rústicos a contemplarlos con curiosidad y asombro y a ofrecerles su sencilla y cordial hospitalidad; lo que necesitaba el ejército no le era rehusado, pero se le concedía con cierto aire de frialdad, que indicaba que aquella dádiva no era de buena voluntad. Este aire de reserva fué aún más notable al entrar en los suburbios de la antigua capital de las acolhuas. Nadie salió a recibirlos, y la población parecía haber disminuído visiblemente; tal era el número de los que estaban empleados en la guerra encendida en México (1). Este frío acogimiento mortificaba a los antiguos veteranos de Cortés que tantas ponderaciones habían hecho a sus nuevos camaradas, sobre la favorable impresión que su sola presencia despertaba en los indios. Aún el cacique de la ciudad, que como ya se recordará, había sido nombrado por el influjo de Cortés,

estaba ausente. El general tuvo todo aquello por de muy mal agüero, y aún llegó a tener fundados temores de que hubiese sucedido alguna desgracia a la guarnición que había dejado en México (2).

Sus dudas quedaron desvanecidas con la llegada de un correo que, burlando la vigilancia del enemigo, o acaso con su connivencia, había logrado llegar en una canoa y traía pliegos de Alvarado en que comunicaba a Cortés que, durante los últimos quince días, habían cesado las hostilidades de los mexicanos, quienes se habían reducido únicamente a un sitio. Decía que la guarnición había padecido mucho, pero que estaba cierto de que el sitio quedaría roto y la tranquilidad restablecida luego que se acercase Cortés con los suyos. Moteuczoma envió también un mensajero avisando esto mismo y protestando no haber tenido participación alguna en las últimas hostilidades que habían sido rotas no sólo sin su consentimiento, sino contra sus órdenes expresas.

El general español, que ya había dejado descansar a sus tropas el tiempo bastante, prosiguió su marcha costearo la margen meridional del lago, la que conducía a la calzada, por donde hizo su primera entrada en la capital. Verificóse esta segunda el día de San Juan Bautista, 24 de junio de 1520; pero ¡cuán diferente fué de la primera! (3) No había

(1) El historiador da en parte la razón de esto: «En la misma ciudad de Tetzcoco había algunos apasionados de los deudos y amigos de los que mataron Pedro Alvarado y los suyos en México». Ixtlilzochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXXVIII.

(2) «En todo el camino nunca me salió a recibir ninguna persona del dicho Moteuczoma, como antes lo solían facer; y toda la tierra estaba alborotada y casi despoblada, de que concebí mala sospecha creyendo que los españoles que en la dicha ciudad habían quedado eran muertos.» Relación segunda, en Lorenzana, pág. 132.

(3) «Y como asomó a la vista de la ciudad de México, parecióle

tropeles de pasajeros en las orillas del camino, ni oscurecían el lago millares de canoas llenas de admirados espectadores. Una que otra piragua se veía cruzar por el lago allá a lo lejos, como si fuera espía vigilante encargado de perseguir sus movimientos y de avisar de ellos inmediatamente. Un silencio sepulcral envolvía tan horrible escena; aquella muda calma era más elocuente que las estrepitosas aclamaciones de la multitud.

Cortés caminaba tristemente a la cabeza de sus batallones, encontrando en aquel cambio, materia bastante para la meditación, la duda y la inquietud. Como si hubiese querido interrumpir sus tétricas reflexiones, mandó tocar todos los clarines cuyas notas claras y penetrantes que se propagaron por medio de las ondas del lago, fueron a anunciar a los prisioneros de la afligida fortaleza, que sus amigos estaban ya a las puertas de ella. Saludóles una descarga de artillería, que parece que causó un placer momentáneo a las tropas, las cuales redoblaron el paso, atravesaron los puentes y en pocos momentos estuvieron dentro de la ciudad imperial.

El aspecto de esta no era para disipar sus temores. En algunas partes veían los puentecillos levantados, lo cual les denotaba claramente cuán fácil sería que les cortasen la retirada (1). La ciudad parecía aún más desierta que Tetzco; su crecida y activa población se había disipado miste-

que estaba tan yerma y que no parecía persona por todos los caminos ni casas, ni plazas, ni nadie lo salió a recibir, ni de los suyos ni de sus enemigos, y fué esto señal de indignación y enemistad por lo que había pasado.» Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12. capítulo XIX.

(1) «Pontes ligneos qui tractiun lapideos intersecant sublatos, ad vias aggeribus munitas reperit.» P. Mártir, de *Orbe Novo*, dec. 5, capítulo V.

riosamente al desfilar por las yermas calles de la ciudad, en cuyo pavimento resonaban las pisadas de los caballos, sólo se escuchaba el sordo y melancólico eco que las reproducía, contristando el ánimo de los soldados. Llenos de pena llegaron a las puertas del palacio de Axayacatl, que les fueron abiertas y cuyos defensores abrazaron estrechamente a sus camaradas, olvidando todos los peligros presentes al hacer el relato de los pasados (1).

Lo primero de que se informó el general fué del origen del tumulto. Diversas fueron las noticias: los unos lo atribuían al deseo que tenían los mexicanos de quebrantar el cautiverio de su soberano; los otros al proyecto de rendir a la guarnición mientras Cortés estaba ausente; pero todos convenían en imputarlo a la violencia de Alvarado. Era costumbre de los aztecas celebrar el mes de mayo una fiesta en honor del dios de la guerra; llamábase la adoración de Huitzilopochtli, y se solemnizaba con sacrificios, cantos y danzas, a que concurrían los principales nobles, por ser una de las fiestas en que se ostentaba toda la pompa y esplendor de la religión azteca. Como el lugar donde se tenía era el atrio del templo mayor, cerca del cual estaban los cuarteles españoles, y dentro del cual había una capilla cristiana, los caciques solicitaron de Alvarado el permiso de celebrar allí la fiesta, y pidieron igualmente, según cuentan, que se le concediese a Moteuczoma asistir

(1) Probanza a pedimento de Juan de Lexalde, M. S. Relac. segunda, pág. 133.

«Esto causó gran admiración en todos los que venían, pero no dejaron de marchar hasta entrar donde estaban los españoles acorralados. Venían todos muy cansados y fatigados, y con mucho deseo de llegar adonde estaban sus hermanos; los de dentro, cuando los vieron, recibieron singular consolación y esfuerzo, y recibieronlos con la artillería que tenían, saludándolos y dándolos el parabién de su venida.» Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XXII.

a ella. Como esto último era contra las prevenciones de Cortés, lo negó Alvarado; pero concedió lo primero, bajo las condiciones de que no se celebrarían sacrificios humanos y de que nadie llevaría armas. En consecuencia, se reunieron los nobles el día señalado, en número de seiscientos por lo menos (1). Vistiéronse magníficamente con sus hermosas capas de plumaje salpicadas de piedras preciosas, y con collares y brazaletes de oro; porque ellos gustaban del esplendor y de la ostentación, como gustan todos los pueblos semicivilizados, y en ocasiones como aquella desplegaban profusamente todo su lujo y riqueza.

Alvarado y los suyos concurren en clase de espectadores, quedándose unos en las puertas como por casualidad, y mezclándose otros con la multitud: todos iban armados, cosa que como era corriente, no llamó la atención. Los indios se engolfaron en sus danzas y cantos, acompañados de su ingrata y discordante orquesta; pero en el momento menos esperado, se precipitaron sobre ellos con las espadas desnudas los españoles. Como los indios no llevaban armas de ningún género e iban enteramente desnudos, sucumbieron sin resistencia a la embestida de los blancos que no dieron señales en aquella terrible matanza, de abrigar ni un solo rasgo de piedad (2). Algunos in-

(1) «E así los indios, todos señores más de 600 desnudos, e con muchas joyas de oro e hermosos penachos e muchas piedras preciosas e como más aderezados e gentiles hombres se pudieron e supieron adeezar e sin arma alguna defensiva ni ofensiva bailaban y cantaban y hacían su arreo e fiesta según su costumbre.» Oviedo, *Hist. de las Indias*, M. S., lib. 33, cap. LIV. Algunos escritores hacen subir a 800 o 1.000 el número de las víctimas. Las Casas, con mayor moderación que la que tiene de costumbre, lo hace subir apenas a 2.000. Brevísima relatione, pág. 48.

(2) «Sin duelo ni piedad, cristiana los acuchilló y mató.» Gomara, *Crónica*, cap. CIV.

tentaron escaparse por las puertas, pero fueron recibidos por las largas picas de los que las custodiaba; otros que intentaron escalar el *coatepantli* o pared de las serpientes de que estaba circundado el templo, tuvieron la misma suerte, o fueron despedazados o heridos por la bárbara soldadesca. El derramamiento de sangre fué tal que corría por el suelo como agua cuando llueve mucho (1). Ni un solo azteca sobrevivió a aquella catástrofe; se repitió la horrosa escena de Cholula, pero con la nueva circunstancia de que los españoles, no contentos con asesinar a sus víctimas, les robaron los preciosos adornos de que venían ataviadas. En este aciago día pereció la flor de la nobleza azteca; ni una sola familia dejó de perder dentro de aquel recinto algún objeto querido. Aún mucho tiempo después de la conquista, cantaban los indios algunas endechas doloridas que recordaba esta tragedia (2).

Varias explicaciones se han dado de este hecho atroz; pero pocos historiadores han admitido la que da Alvarado mismo. Según éste, le habían informado sus espías (algunos de ellos mexicanos) que intentaban un levantamiento los indios, habiendo señalado para efectuarlo el día de esta fiesta en que estando congregados todos los caciques, fácilmente podían excitar al pueblo a la rebelión; que él (Alvarado), sabedor de esto les había prohibido que llevasen armas, y que los indios aparentando obedecer esta orden,

(1) «Fué tan grande el derramamiento de sangre, que corrían arroyos de ella por el patio, como agua cuando mucho llueve.» Sahagun, *Historia de Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XX.

(2) «Y de aquí a que se acabe el mundo o ella del todo se acabe. no dejarán de lamentar y cantar en sus areytos y bailes, como en romances que acá decimos, aquella calamidad y pérdida de la sucesión de toda su nobleza de que se preciaban de tantos años atrás.» Las Casas, *Brevisima Relazione*, pág. 49.

habían reunido gran número de ellas en los arsenales inmediatos, de donde fácilmente podían sacarlas a la hora necesaria. Pero que el golpe que les dió anticipadamente había desconcertado sus proyectos y les haría renunciar en lo futuro a toda tentativa del mismo género (1).

Tal es la relación que Alvarado hizo de aquel suceso, pero si ella es cierta, ¿por qué no la comprobó enseñando las armas que decía que estaban acumuladas en los arsenales? ¿Por qué, para vindicar su conducta, no publicó la traición de la nobleza azteca, como Cortés lo había hecho en Cholula? Todo prueba que esa rebelión ha sido forjada después del hecho para encubrir su atrocidad.

Algunos contemporáneos la atribuyen a la codicia de los conquistadores y alegan, como prueba, el robo de las joyas de las víctimas (2). Bernal Díaz, que, aunque no estuvo presente, conversó con muchos de los que asistieron a aquella matanza, vindica a los españoles de tan fea nota;

(1) Véase en Bernal Díaz (cap. CXXV) la respuesta de Alvarado a las preguntas de Cortés; y con algunas adiciones más en Torquemada (*Monarquía Ind.*, lib. 4.º, cap. LXVI), Solís (*Conq.*, lib. 4.º, cap. XII) y Herrera (*Hist. General*, dec. 2, lib. 10, cap. VIII), que se contentan con reproducir lo que alegaba Alvarado. Fuera de estos escritores no he encontrado ninguno otro de peso, que juzgue del hecho tan caritativamente.

(2) Oviedo refiere la conversación que tuvo algunos años después de esta tragedia con un noble español, D. Thoan Cano, que iba en el ejército de Narváez, y que asistió a las operaciones militares subsiguientes. Casó con una hija de Moteuczoma y se radicó en México después de hecha la conquista. Oviedo lo pinta como hombre de seso y de buena fe, y dicen que cuando le preguntó sobre la causa del levantamiento de los aztecas, le respondió que Alvarado había cometido brutalmente aquella carnicería puramente por satisfacer la codicia, y que los aztecas, irritados por tan innecesaria y no provocada atrocidad, se alzaron para vengarla. (*Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulo LIV.) V. el diálogo original en el Apéndice, parte II, núm 11.

según él, el objeto que se propuso Alvarado, fué intimidar a los aztecas, para apartarlos de toda idea de insurrección (1); pero el cronista no nos dice si el alcaide tuvo razones para temerla o, si siquiera, aparentó tenerlas.

Reflexionando sobre un hecho tan negro y de tan peligrosas consecuencias para los españoles, no se puede creer que les haya impulsado a cometerlo el mero deseo de apropiarse los ricos despojos de los indios, y es más verosímil que este deseo se haya despertado en la soldadesca, al ver el rico botín que tenían ante los ojos. Tampoco es improbable que haya tenido Alvarado noticias de una conspiración entre los nobles, pero cuyas noticias provendrían, acaso, de los tlaxcaltecas, inveterados enemigos de los mexicanos, y por lo tanto, poco dignos de crédito (2).

(1) «Verdaderamente dió en ellos por metelles temor.» Bernal Díaz, cap. LXXV.

(2) Tal es, por lo menos, el juicio que forma Ixtlilxochitl, sacado, según él dice, de los analistas tetzcocanos. Según ellos, los tlaxcaltecas, movidos de su odio contra los mexicanos y sedientos de botín, persuadieron a Alvarado a que los nobles premeditaban un alzamiento, que debía verificarse con ocasión de aquella fiesta. La autoridad es de peso y copio aquí sus palabras literales: «Fué que ciertos tlaxcaltecas (según las historias de Tetzcoco, que son las que yo sigo y las cartas que otras veces he referido); por envidia, lo uno, acordándose que en semejante fiesta, los mexicanos solían sacrificar gran número de cautivos de los de la nación tlaxcalteca; lo otro, que era la mejor ocasión que ellos podían tener para poder henchir las manos de despojos y hartar su codicia y vengarse de sus enemigos (porque hasta entonces no habían tenido lugar, ni Cortés se le diera ni admitiera dichos, porque siempre hacía las cosas con mucho acuerdo); fueron con esta invención al capitán Pedro de Alvarado, que estaba en lugar de Cortés, el cual no fué menester mucho para darles crédito, porque tan buenos filos y pensamientos tenía como ellos, y más viendo que allí, en aquella fiesta, habían acudido todos los Señores y Cabezas del Imperio, y que muertos, no tenían mucho trabajo en sojuzgarles.» *Hist. Chichi.*, M. S., cap. LXXXVII.

Seguramente se propuso desbaratar aquella trama, remedando el ejemplo de lo que hizo Cortés en Cholula; pero omitió imitar también a su comandante en las precauciones tomadas para evitar un levantamiento, y, además, se equivocó groseramente al confundir a los osados y belicosos aztecas con los cholultecas afeminados.

Apenas se había acabado de hacer aquella horrible carnicería cuando se propagó la noticia por toda la ciudad con la rapidez del relámpago. Las gentes no querían creer lo que estaban viendo, cuanto habían padecido, la profanación de sus templos, el cautiverio de su rey, los insultos que le habían infundido, todo, todo lo olvidaron en aquel instante (1). Toda su enemistad y rencor por largo tiempo reprimidos estalló en un grito de *¡venganza!* Su antiguo miedo, hijo de la superstición, fué superado por el odio; ya no se necesitaba de las exhortaciones de los ministros de la religión (bien que éstos no se descuidaban) para inflamar sus pasiones. La ciudad se levantó con las armas en la mano tan simultáneamente como si fuese un solo hombre, y los españoles fueron atacados con furor implacable aun antes de que se hubiesen retirado a sus cuarteles. Algunos de los que embestían lograron escalar sus muros; otros minaban y ponían fuego a los techos. Es dudoso cuál habría sido el éxito de la refriega, si el populacho hubiese insistido en apoderarse de la plaza; pero a súplicas de la guarnición sa-

(1) Mártir recapitula todos los agravios que habían recibido y que de tales calificaban aún los españoles mismos, a lo menos los que no habían tenido participación en los sucesos. «*Emore statuerunt malle quam diutius ferre tales hospites qui regem suum sub tutoris vitæ specie detineant, civitatem occupent, antiquos hostes tlaxcaltecanos et alios pretere in contumelliam ante illorum oculos ipsorum impensa conservent... qui demum simulachra deorum confregerint et ritus veteres ac ceremonias antiquas illis abstulerint.*» *De Orbe Novo*, dec. 5, capítulo V.

lió Moteuczoma a la azotea y procuró aplacar la furia del pueblo, haciéndole ver el riesgo en que estaba su propia vida. Los mexicanos respetaban tanto a su monarca, que desistieron de toda nueva tentativa para forzar el cuartel, pero determinaron ponerle sitio. Hicieron fortificaciones alrededor de aquel para impedir la salida de los españoles; suspendieron el tianguex o mercado para que no pudiesen los sitiados procurarse víveres, y se pusieron tranquilamente en acecho del momento en que sus enemigos, urgidos por el hambre, cayesen en sus manos y en que pudiesen saciar en ellos su rabiosa desesperación.

La condición de los sitiados era verdaderamente desastrosa; el acopio de sus provisiones no estaba exhausto, es cierto, pero padecían mucho por la falta de agua, pues la que había en los pozos de dentro del cuartel era sumamente desagradable por estar saturada de sal. En tal aprieto encontraron un pozo de agua potable, y aunque en otros varios puntos de la ciudad había pozos de la misma clase, aquello se tuvo nada menos que por un milagro. Fuera de esto habían tenido grandes pérdidas en los encuentros pasados; habían muerto siete españoles y muchos tlaxcaltecas; y casi no había uno de aquellos y estos, que no hubiese recibido muchas heridas. En semejante situación, lejos de sus compatriotas y sin esperanza de recibir auxilio de fuera, parecía que su suerte era la triste alternativa de perecer lentamente de hambre, o de morir espantosamente en la piedra de los sacrificios. La llegada de Cortés les sacó de tan deplorable estado (1).

Cortés escuchó tranquilamente la explicación que le dió Alvarado; pero antes de que éste la hubiese concluído, de-

(1) *Historia de Tlaxcalan*, M. S. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., libro 33, caps. XIII-XLVII. Gomara, *Crónica*, cap. CV.

bió de conocer aquél para sí, que se había equivocado en su elección para un puesto tan importante; aunque fuese equivocación natural, pues era Alvarado un hidalgo de ilustre familia, valiente y caballero, y amigo íntimo del conquistador: tenía actividad, firmeza e intrepidez, y sus modales francos y abiertos, le habían hecho el favorito especial de los mexicanos, que le llamaban Tonatiuh. Pero bajo aquel aspecto apacible y suave, ocultaba el futuro conquistador de Guatemala, un corazón duro, rapaz y cruel; además le faltaba la moderación, que era prueba tan esencial en el delicado puesto que desempeñaba.

Luego que Alvarado hubo acabado de responder a las preguntas de Cortés, le dijo éste con torvo entrecejo: «habéis hecho mal; habéis faltado a la confianza que hice de vos, y os habéis conducido como un loco». Diciendo esto, le volvió bruscamente la espalda y se alejó de Alvarado, que no pudo ocultar el disgusto que le causaba aquella reconvención.

Con todo, no estaba el tiempo para romper con un capitán tan popular y bajo varios respectos tan importante como éste, ni mucho menos para imponerle el castigo que merecía. Los españoles estaban como marineros que luchan con una deshecha tormenta, y cuya nave no se puede salvar del naufragio, sin la habilidad del piloto y la cooperación activa de la tripulación. Cualquier motivo de disensión hubiera sido fatal en aquellas circunstancias, pues aunque es cierto que Cortés podía disponer de más de 1.250 españoles y 8 000 guerreros indios, mayormente tlaxcaltecas (1); aquel aumento de tropas, si por una parte

(1) Dejó de guarnición al partir para México 140 españoles, 6.500 tlaxcaltecas y algunos guerreros zempoaltecas. Suponiendo que 500

le hacía capaz de resistir mejor, le ponía también en mayores aprietos para mantenerlas. Así descontento consigo mismo, disgustado con su subalterno y afligido por las desastrosas consecuencias que debía acarrear la violencia de éste, el carácter de Cortés se volvió irritable y extraordinariamente acre; cosa muy rara, pues aunque era hombre de pasiones violentas, poseía el arte de reprimirlas (1).

El día de la llegada de Cortés vino Moteuczoma a recibirlo; pero como aquél desconfiaba (aunque a lo que parece, sin razón) de la buena fe del monarca, le recibió tan fríamente que éste se retiró a su aposento, disgustado y abatido. El pueblo no daba señales de sumisión ni abastecía al ejército de lo necesario, por lo que la mala disposición del general contra Moteuczoma llegó hasta el punto de que habiéndole enviado éste varios nobles para solicitar una entrevista, se volvió Cortés a sus oficiales y dijo en voz alta: «¿qué tengo yo que hacer con este perro de rey que permite que muramos de hambre delante de él?»

Los capitanes, entre los que estaban Olid, Ávila y Velázquez de León, procuraron mitigar su enojo, recordándole en términos muy respetuosos, que si no hubiera sido por la mediación del monarca, la guarnición hubiera sucumbido agobiada por sus enemigos; pero esta observación no hizo más que acabar de irritarle. «¿No nos vendió el perro, dijo repitiendo siempre el epíteto ultrajante, no nos vendió

hubiesen perecido en la batalla: o de otra suerte (lo cual es mucho suponer), quedará siempre un número tal que con el nuevo refuerzo, subirá al que se ha dicho en el texto.

(1) «Y viendo que todo estaba muy al contrario de sus pensamientos que aún de comer no nos daban, estaba muy airado y soberbio con la mucha gente de España que traía, y muy triste y mohino » Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. CXXXVI.

entrando en correspondencia con Narváez? ¿Y ahora no permite que cierren los mercados para que muramos de hambre?» Después se volvió a los enviados mexicanos y les dijo: id a decir a vuestro rey que mande abrir los mercados, o que de lo contrario nosotros iremos a abrirlos a su costa. Los magnates, bien fuese por el tono y gesto de aquellas amenazas, bien porque entendieron algunas palabras, se retiraron de allí llenos de resentimiento, y al comunicar su mensaje cuidaron de que produjese en el monarca todo su efecto (1).

Poco tiempo después soltó Cortés, según dicen, a instigaciones de Moteuczoma, a Cuitlahua, hermano suyo y señor de Iztapalapan, el cual había sido hecho prisionero, como recordará el lector, por haber sido cómplice en la proyectada insurrección del señor de Tetzco. Se creyó que podría aplacar el tumulto y disponer favorablemente al populacho; pero ya no volvió a la fortaleza (2). Era audaz y orgulloso, y los ultrajes que le habían inferido los españoles estaban guardados en el fondo de su pecho; además, era el heredero presunto de la corona, pues según la ley de sucesión de los aztecas, ésta se efectuaba más bien en línea colateral que en línea recta. El pueblo le recibió como a representante de Moteuczoma y le eligió para reemplazarle durante el tiempo que permaneciese aquél prisionero. Cuitlahua aceptó de muy buena gana tan honorífico y peligroso puesto y, como era un guerrero experto, se dedicó a ordenar las levadas desatendidas que se estaban haciendo y a trazar un plan bien concentrado de

(1) Esta escena la refiere Bernal Díaz que estaba presente. (Ibid.) Véase también la crónica del capellán de Cortés (cap. CVI). También la confirmó don Thoan Cano, testigo presencial, en su conversación con Oviedo. (Véase el *Apéndice*, parte II, núm. 11.)

(2) Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 10, cap. VIII.

operaciones. El efecto de estas medidas se palpó al instante.

Cortés tenía tal confianza de que reprimiría la insurrección, que así lo escribió al comandante de Villa Rica en el mismo pliego en que le avisaba de su feliz arribo a la Corte; pero no haría media hora que había partido el correo, cuando volvió lleno de terror y cubierto de heridas. «La ciudad, dijo, está armada toda: los puentes están levantados y dentro de poco se nos va a atacar.» Hablaba la verdad; pocos instantes después se oyó un rumor sordo y terrible, como el bramido de las olas embravecidas; crecía más y más hasta que, por fin, desde el parapeto que circundaba la fortaleza y que dominaba las calles principales por donde se venía a ella, se descubrieron gruesas masas de guerreros que se dirigían, en confuso tropel, hacia los cuarteles. Al mismo tiempo, se descubrieron las azoteas de gente que arrojaba una lluvia de armas arrojadizas. Aquello fué tan repentino, que parecía cosa de encantamiento (1), y tan espantoso, que se estremecieron hasta los más animosos. Pero la deshecha tormenta en que los españoles fueron envueltos, y que duró y creció todo el tiempo de su residencia en la capital, forma el asunto del libro subsecuente.

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, nació en 1478, de una antigua familia de Asturias, aunque no hay familia

(1) «El cual mensajero volvió dende a media hora todo descablado y herido, dando voces que todos los indios de la ciudad venían de guerra, y que tenían todas las puentes alzadas; e junto tras él da sobre nosotros la multitud de gentes por todas partes, que ni las calles ni azoteas se parecían con gente, la cual venía con los mayores alaridos y grito más espantable que en el mundo se puede pensar.» Relac. seg., en Lorenzana, pág. 134. Oviedo. *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XIII.

en aquel último retiro de los intrépidos godos que no pretenda ser antigua. Al principio estuvo empleado en la Corte, donde fué paje del príncipe Juan, el hijo único de los Reyes Católicos, y en el que cifraban, justamente, todas las esperanzas de sus padres y de la nación. Oviedo le acompañó en las últimas guerras con los moros y concurrió al memorable sitio de Granada. Últimamente, después de la muerte de su señor, en 1496, pasó a Italia, donde entró al servicio del rey Federico de Nápoles. A la muerte de este príncipe se volvió a su patria, y a principios del siglo xvi, fué encargado de guardar las joyas de la Corona. En 1503, fué nombrado, por Fernando el Católico, veedor e inspector de las fundiciones de oro de las colonias americanas; por consecuencia de esto, partió Oviedo para la América, donde recibió una comisión que le confió Pedrarias, gobernador de Panamá, y participó de la suerte desastrosa de esta colonia. Obtuvo de la corona algunos privilegios importantes: levantó una fortaleza en la Tierra Firme y entró en comercio con los indios; debiendo presumir que en esto fué afortunado, pues a poco se estableció con su familia en la Española o Fernandina, como entonces se la llamaba. Aunque habitualmente residía en el Nuevo Mundo, de vez en cuando hacía sus viajes a España, y en 1526 publicó en Madrid un *Sumario*. Esta obra, dedicada al emperador Carlos V, contiene una noticia de la geografía, climas, razas y productos tanto animales como vegetales de las Indias Occidentales. El asunto ofrecía grande interés para los hombres pensadores de Europa, y, además, era casi nuevo hasta entonces. En 1535, en otro viaje que hizo Oviedo a España, publicó el primer tomo de la grande obra que tantos años había empleado en trabajar: la *Historia de las Indias Occidentales*. En aquel mismo año le nombró Carlos V, Alcaide de la fortaleza de la Española.

En esta isla continuó viviendo activamente ocupado en sus indagaciones históricas y después se volvió por la última vez a su patria. El antiguo literato fué favorablemente acogido en la Corte y nombrado Cronista de las Indias. Ocupó este honroso destino hasta que murió, lo que acaeció en 1557, en Valladolid, a los setenta y nueve años de su edad, y precisamente cuando estaba preparando para la Prensa el resto de la *Historia de las Indias*.

Es cosa notable que habiendo tenido un trato tan íntimo con los primeros personajes de aquel tiempo se sepa tan poco acerca de la vida privada y carácter personal de Oviedo. Nicolás Antonio dice de él: «que era hombre de mucha experiencia, de modales cortesanos y de gran probidad». Su larga y activa vida es una prueba bastante de su larga experiencia, y no se puede dudar de su buen trato, al saber la alta sociedad en que vivió. Dejó gran acopio de manuscritos relativos a la historia civil y natural; pero el más importante de todos es su *Historia general de las Indias*. Está dividida en tres partes y en cincuenta libros. La primera parte, que abraza diez y nueve, es la que hemos dicho que fué publicada durante su vida. Trata minuciosamente de las materias que brevemente estaban compiladas en el *Sumario*, y, además, de una noticia de los descubrimientos y conquistas hechas en las islas.

El sabio Remusio, con quien Oviedo estaba en correspondencia, hizo la traducción de esta parte de la obra, y la publicó en el tercer volumen de su apreciable colección. Las dos últimas partes tratan de la Conquista de México, el Perú y algunas otras partes de la América del Sur. Esta porción de su obra es la que yo he consultado para formar la mía. El manuscrito fué depositado después de la muerte de Oviedo en la *Casa de Contratación de Sevilla*, y después vino a dar a un Monasterio de Dominicos en Montse-

rrat; con el trascurso del tiempo se sacaron varias copias truncas para algunas librerías privadas; y por fin, en 1775, don Francisco Cérda y Rico, empleado en el Consejo de Indias, logró averiguar el paradero del original, y llevado de su celo literario alcanzó del Gobierno el permiso de publicarlo. La obra quedó lista para imprimirse, revisada por el citado literato; y el biógrafo de Oviedo, Álvarez y Baena, nos asegura que iba a publicarse una edición completa dispuesta con el mayor esmero (*Hijos de Madrid*. Madrid, 1790; t. II, págs. 354-363); pero todavía permanece manuscrita.

Ningún país ha sido tan fecundo en historiadores como España. Aún las crónicas mismas datan de los siglos XII y XIII. Cada ciudad, cada lugarejo, cada familia por pequeña que sea, puede gloriarse de haber tenido un cronista. Los más de estos son monjes que en la reclusión del claustro tenían tiempo para dedicarse a labores literarias; y también eran no pocas veces hombres que habían tenido parte en los sucesos que describían y más diestros en el manejo de la espada que en el de la pluma. Los escritos de los de esta última clase están por lo común en el estilo incorrecto y desaliñado, que prueba que el escritor, imbuído enteramente en los hechos, se cuidaba poco de la forma en que los relataba; mientras que, por el contrario, las crónicas de los monjes están en un estilo pedantesco y henchidas de una rebuscada erución que a veces forma el contraste más ridículo con la pobreza del asunto de la obra. Pero tanto las unas como las otras tienen el mérito de ser animadas y pintorescas, y prueban que el asunto es interesante y que el escritor se poseía de él ardientemente.

Muchos de los defectos de que acabo de hablar se pueden imputar a Oviedo, cuyas obras no están vaciadas en un molde clásico, por lo tocante al estilo; los pensamientos

misimos revisten la forma de interminables y fastidiosas sentencias que desesperan al lector; y el hilo de la narración es frecuentemente interrumpido por episodios impertinentes que a nada conducen. Parece que no era hombre muy literato, lo cual se echa de ver en las importunas citas en latín de que están llenas sus páginas, y que usa siempre que puede, a la manera que un hombre poco galante agote el escaso caudal de sus cumplimientos. Según parece por el prefacio de su *Sumario*, pretende imitar a Plinio el anciano; pero dista infinito del modelo de erudición y elocuencia que se propuso seguir.

Con todo y estos defectos, Oviedo tiene ilustrada curiosidad y agudo espíritu de crítica, que le hacen muy superior al vulgo de los cronistas; aún pudiera decirse que tiene cierta filosofía, bien que algo fría e inmoral, siempre que se trata de los derechos de los aborígenes. Era infatigable en acumular materiales para su obra, y por esta razón entró en correspondencia y trató con los hombres más eminentes de la época que habían tomado participación en los grandes acontecimientos. Llegó también a beber aún en impuras fuentes, las tradiciones del vulgo y las noticias de los simples soldados. Esta es la razón por qué su obra ofrece un tejido de pormenores incomprensibles y contradictorios, que dejan el ánimo perplejo y que después de tanto tiempo hacen muy difícil la averiguación de la verdad. Acaso por esta razón hizo Las Casas al autor el cumplimiento de decir que su obra era un fárrago indigesto en que había tantas mentiras como páginas; pero debe explicarse este juicio excesivamente severo atendiendo al carácter de las dos personas. Oviedo participaba de las ideas inmorales de los conquistadores españoles, y tan solícito y ardiente era en preconizar las hazañas y proezas de sus compatriotas, como remiso y tibio para hacer valer las que-

jas y pintar los agravios de los indios; era incapaz de experimentar la geperosa filantropía de Las Casas, filantropía que aquél acaso calificaría de entusiasmo ridículo, propio de un visionario, de un fanático. Las Casas, por su parte, había alzado su voz constantemente en defensa de los indios, y tenía grande horror a los principios profesados por Oviedo; lo que es natural que le haya hecho aborrecer también al que los profesaba. Seguramente no sería fácil encontrar dos hombres más incapaces de juzgarse mutuamente el uno al otro, que Oviedo y Las Casas.

Oviedo tuvo el mismo empeño en recoger datos materiales para la historia natural que para civil; en su jardín hizo una colección de las plantas indígenas de las Islas y domesticó a muchos animales naturales de ellas, educando también a algunos otros para poder estudiar por sí mismo sus hábitos y propensiones. De esta suerte consiguió, ya que no ser el rival de un Plinio, de un Hernández, sí a lo menos reunir muchos hechos del mayor interés e importancia.

Fuera de sus escritos históricos dejó otro al cual dió el extravagante título de *Quincuagenas*; que era una colección de su puestos diálogos entre los primeros personajes de España, acerca de su historia personal y la de sus familias, y de su genealogía. Es obra de gran importancia para la Historia de los reinados de Fernando e Isabel, y de Carlos V; pero llamó poco la atención en España, donde aún permanece manuscrita. Una copia de la *Historia de las Indias* existe en los archivos de la Real Academia de Historia de Madrid, que se sabe está disponiendo actualmente la impresión de aquella. Bien pudiern omitirse las partes de la obra que son literalmente copiadas, como, por ejemplo las Cartas de Cortés, que Oviedo transcribió sin escrúpulo ninguno, ya enteras ya trunca a sus páginas, aun-

que remozadas y desfiguradas por observaciones críticas; pero el resto de la obra ofrece gran copia de noticias variadas, que contribuirían mucho a ilustrar la Historia colonial de España.

Una autoridad frecuentemente citada por mí es D. Diego Muñoz de Camargo, noble *mestizo* tlaxcalteca, que vivió en la segunda mitad del siglo xvi. Fué educado en la fe católica e instruído desde sus primeros años en la lengua castellana, en la que escribió su *Historia de Tlaxcalan*. En esta obra informa al lector de las varias razas de la gran familia Nahuatlaca, que ocuparon sucesivamente la meseta central de México. Nacido y criado entre los indios cuando el paganismo todavía no había sido enteramente desterrado, se encontraba en la mejor posición para conocer la condición de los antiguos pobladores y para darnos las más curiosas y auténticas noticias acerca de lo que eran las instituciones civiles y religiosas de aquellos pueblos, cuando se hizo la conquista. Su patriotismo se inflama siempre que habla de la antigua enemistad entre sus compatriotas y los aztecas; y es curioso observar cómo sobrevivió el odio entre las dos naciones rivales, aun después de sujetas ambas a un yugo común.

La obra de Camargo abraza también una narración de la conquista y de los primeros fundamentos del régimen colonial. Siendo indio, debería uno pensar que su crónica adolecía de todas las preocupaciones o a lo menos de toda la parcialidad propia de un indio; pero no es así, pues convertido al cristianismo, muestra tan vivas simpatías hacia los conquistadores como hacia sus compatriotas. El deseo de ensalzar las hazañas de estos últimos y de hacer la debida justicia a las proezas de los blancos, ocasiona a veces los más raros contrastes y hace que la obra sea muy inconsecuente. En cuanto a la ejecución literaria, tiene

poco mérito; demasiado grande, sin embargo, si se atiende a la imperfección con que un indio debe haber poseído la lengua castellana, en cuyos rudimentos le instruyeron los misioneros. Con todo, en punto a estilo, bien pudiera competir su escrito con los de los misioneros mismos.

El manuscrito original se conservó por mucho tiempo en el convento de *San Felipe Neri*, en México, donde lo consultó varias veces Torquemada, según resulta de varias referencias que hace a la Historia de Camargo. Había escapado a la atención de los demás historiadores, hasta que Muñoz lo incluyó en su magnífica colección y lo depositó en los archivos de la Real Academia de Historia de Madrid, de donde he sacado la copia que tengo. Lleva el título de *Pedazo de Historia verdadera*; no tiene nombre de autor ni está dividida en libros o capítulos.

CAPITULO IX

LOS INDIOS ATACAN CON FUROR LOS CUARTELES DE LOS BLANCOS.—SALIDA DE ESTOS.—MOTECUZOMA ARENGA AL PUEBLO.—QUEDA GRAVEMENTE HERIDO.

(1520)

El palacio de Axayacatl era, como recordará el lector, una reunión vasta e irregular de edificios de un solo piso, excepto en el centro donde había dos, ofreciendo la parte superior del segundo varios aposentos, que eran como otros tantos torreones que dominaban todo. Estaba circundado de un ancho patio cercado de una pared. Esta tenía de trecho en trecho baluartes que daban a todo el edificio, si no la fuerza propia de una fortaleza europea, sí la bastante para resistir a los ataques de los indios. En la pared se habían hecho aberturas o troneras por donde podía jugar la artillería, que consistía en trece cañones; habiéndolas también en gran número y más pequeñas para los arcabuces. Los españoles estaban cómodamente alojados, porque el edificio era suficientemente amplio para ellos; pero los aliados tlaxcaltecas vivían bajo tejados o portales hechos al improviso en el espacioso patio, y aun es probable que muchos vivieran al raso, pues estaban acostumbrados a un clima mucho más riguroso que aquel. Las tropas españolas,

concentradas de esta suerte dentro de un recinto estrecho y limitado, podían reunirse en un solo momento, y como por otra parte el general observaba la más prudente vigilancia y estrecha disciplina, era casi imposible recibir una sorpresa. Así es que no bien se había dado la señal de alarma cuando todo el mundo estaba ya en su puesto; la caballería montada, los artilleros junto a los cañones y los arcabuceros y arqueros situados de manera que pudiesen recibir al enemigo cumplidamente.

Venía éste formado en escuadrones o masas irregulares, que avanzaban en gruesas columnas, sobre las cuales se veían ondear los estandartes majestuosos y brillar los cascos, las saetas y lanzas, todo en confuso desorden. Al aproximarse al castillo arrojaron el espantoso grito o por mejor decir chillido penetrante que usaban en el combate las naciones de Anáhuac y ofuscaba los sonidos de sus atabales y demás instrumentos belicosos. Despidieron una lluvia de piedras, dardos y flechas, mientras las gentes que estaban en las azoteas inmediatas, descargaban otra no menor del mismo género (1).

Los españoles aguardaron a que las columnas estuviesen a corta distancia para no desperdiciar sus tiros, y luego que esto se verificó hicieron una descarga general con su artillería y arcabuces, que barrió las filas de los sitiadores y los hizo caer a centenares (2). Los mexicanos estaban

(1) «Eran tantas las piedras que nos echaban con ondas dentro de la fortaleza, que no parecía sino que el cielo las llovía, e las flechas e úraderas eran tantas que todas las paredes y patios estaban llenos, que casi no podíamos andar con ellas. (Relación segura de Cortés, en Lorenzana, pág. 134.) Nada tendríá de maravilloso que las saetas no les hayan dejado andar si acaso es cierto que los sitiados quemaron el día siguiente *cuarenta carretadas*. Herrera, *Hist. general*, dec. 2, libro 10, cap. IX.

(2) «Luego sin tardanza se juntaron los mexicanos en gran copia,

acostumbrados al aspecto formidable de aquellas máquinas que habían visto disparar en algunas festividades religiosas, pero como jamás habían probado sus mortíferos efectos, por un momento permanecieron inmóviles contemplando con asombro y espanto los estragos de la artillería (1); mas a poco volvieron a recobrar nuevo ímpetu y llenos de audacia siguieron avanzando por sobre los cadáveres de sus camaradas. Otra y otra vez fueron contenidos en su carrera y puestos en desorden por la artillería, pero ellos continuaban avanzando con obstinación y arrojando nubes de saetas, mientras que las tropas situadas en las azoteas, apuntaban certeramente contra los españoles que peleaban en el atrio. Los mexicanos eran singularmente diestros en el uso de la honda (2), de suerte que las piedras que arrojaban desde las alturas causaban mayor daño que las saetas. Unas y otras rebotaban contra las mayas y armaduras de que estaban cubiertos los españoles defendidos también por el peto de algodón o *escaupil*; pero los veteranos de Cortés y los aliados no estaban bien provistos de este resguardo y recibían gran daño de aquella lluvia de piedras.

Los aztecas, entre tanto, se habían acercado hasta poner-

puestos a punto de guerra, que no parecía sino que habían salido debajo de tierra todos juntos y comenzaron a pelear, y los españoles les comenzaron a responder de dentro con toda la artillería que de nuevo habían traído y con toda la gente que de nuevo había venido, y los españoles hicieron gran destrozo en los indios con la artillería, arcabuces y ballestas y todos los otros artificios de pelear.» (Sahagun, *Hist. de Nueva España*, M. S., lib. 12. cap. XXII.) El buen padre se vuelve elocuente cuando describe batallas

(1) «El enemigo presentaba un blanco tan considerable, dice Gomara, que los artilleros «sin asestar jugaban con los tiros.» *Crónica*, capít. 1, CVI

(2) «Hondas que era la más fuerte arma de pelear que los mexicanos tenían.» Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S.

se bajo las paredes de la fortaleza, bien que sus filas estaban rotas y desordenadas, y el incesante fuego de los blancos les ocasionaba espantosos estragos. Llegaron, sin embargo, a tocar las bocas de los cañones, e intentaron escalar el parapeto, lo que no era difícil, pues no tenía una altura muy considerable; pero en el momento en que sacaban la cabeza eran atravesados por las ballestas de los que estaban dentro del patio, o derribados por el *maquahuítl* de un tlaxcalteca. Sin arrendrarse por esto, otros venían a ocupar el lugar de sus malogrados camaradas, valiéndose para conseguirlo de sus cadáveres mismos o de las lanzas que fijaban en las hendeduras de la pared para que se les facilitase la subida; pero todas las tentativas eran inútiles.

Viendo que nada conseguían de esta suerte, intentaron abrir una brecha, arrojando sobre la pared pedazos pesados de madera. La fortaleza no estaba dispuesta como lo están las de nuestros tiempos, con arreglo a principios científicos, por manera que una parte de ella dominase y protegiese a la otra; así es que los sitiadores pudieron ejecutar a su placer sus maniobras, pues ni la artillería podía ofenderlos, ni los defensores de la plaza sacar el cuerpo sobre las murallas, porque esto los habría expuesto a recibir los proyectiles de todo el ejército enemigo. No obstante, el parapeto resistió a los esfuerzos de los indios. Llenos entonces de desesperación, intentaron incendiar el edificio, a cuyo efecto arrojaron dardos encendidos y procuraron acercarse al parapeto lo bastante para poder echar teas encendidas por las troneras. El edificio principal era de piepiedra, pero los alojamientos de los tlaxcaltecas y otras obras exteriores, de madera; así es que muchas de estas se incendiaron y el fuego cundió, a pocos instantes, a todos aquellos materiales ligeros y fácilmente inflamables. Para este desastre no estaban preparados los sitiados. Tenían

muy poca agua, apenas la bastante para beber; por tanto, procuraron aplacar el incendio cubriendo con tierra las llamas, pero no lo consiguieron. Afortunadamente, el edificio central era de materiales incombustibles; pero las llamas se cebaron con tal furor en las obras exteriores, que fué preciso derribar algunas partes de la muralla, aun cuando fuese dejando abierta una brecha formidable. Esta fué cubierta al instante, de orden del general, con una batería de gruesos cañones, protegida por una fila de arcabuceros, que descargaban sin cesar una lluvia de balas sobre los que intentaban penetrar por aquel claro (1).

El combate se había encarnizado con furor por ambas partes. Las murallas de la fortaleza despedían sin cesar torrentes de llamas y de humo. Los quejidos de los moribundos se perdían en medio de los alaridos de los indios, el estallido de la artillería, el agudo silbo de las balas y el sordo zumbido de las saetas y piedras. Aquel era el choque entre el europeo y el americano, entre el culto y el bárbaro, entre la pericia del uno y las armas y el poder guerre o del otro. Al estallar el cañón en los antiguos muros de Tenochtitlan, anunció que el blanco, el devastador, había sentado su planta dentro del recinto de la gran ciudad (2).

(1) «En la fortaleza daban tan recio combate, que por muchas partes nos pusieron fuego, y por la una se quemó mucha parte de ella sin la poder remediar, hasta que la atajamos cortando las paredes y derrocando un pedazo que mató el fuego. la que si no fuera por la mucha guardia que allí puse de escopeteros y ballesteros y otros tiros de pólvora, nos entraran a escala vista sin lo poder resistir.» Relación segunda de Cortés, *ubi. supra*.

(2) Ibid, *ubi supra*. Gomara, cap. CVI. Oviedo, *Hist. de las Indias*, M. S., lib. 33, cap. XIII. Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 2.º, cap. XXII. Gonzalo de Las Casas, Defensa, M. S., parte I, cap. XXVI. Bernal Díaz, *Hist. de la Cong.*, cap. CXXIX.

Llegó la noche y tendió su manto de paz sobre ambos combatientes. Los aztecas rara vez peleaban de noche, pero ansiosos de que llegase la hora del nuevo asalto, dejaron en poca quietud a los españoles, los cuales harto tuvieron que ocuparse con sólo reparar las brechas abiertas y reponer las estropeadas armaduras. La derrotada hueste estuvo sobre las armas toda aquella noche, recordando a los sitiados que allí estaba con despedir de vez en cuando una saeta o piedra por entre las almenas, o con un grito de provocación que algún guerrero, más atrevido que sus camaradas, venía a lanzar al pie de las murallas. Por lo demás, el silencio de la noche sólo era interrumpido por ese murmullo vago y sordo que siempre llena el aire en las intermediaciones de una reunión muy populosa.

La ferocidad de los mexicanos era cosa de que Cortés no tenía idea. Su pasada experiencia, su no interrumpida serie de victorias alcanzadas a poca costa y con un puñado de soldados, le habían inducido a menospreciar la capacidad militar, ya que no el valor de los indios; y fuera de esto, la mansedumbre aparente con que los mexicanos habían sobrellevado los ultrajes inferidos a su monarca, le hacían tener en muy poco el valor de esta raza. Él no creyó que aquel ataque fuese otra cosa más que la efervescencia del populacho, que por sí sola se aplacaría en poco rato; así es que se proponía hacer al día siguiente una salida para dar a los indios una dura lección y recordarles que él era el señor en aquella capital.

Al primer albor de la mañana se pusieron los españoles sobre las armas, aunque madrugaron más que ellos los indios, que a aquella hora ya les habían enviado algunas descargas de proyectiles. Cuando aclaró el día vieron los de la fortaleza que sus sitiadores, en vez de disminuir, habían

aumentado considerablemente en número con respecto a lo que eran el día anterior, pues llenaban la plaza inmediata y sus grandes avenidas. En vez de estar hacinados formando una masa confusa, estaban distribuídos en trozos a manera de batallones, cada uno con sus banderas, en que se veían las armas de las principales provincias y distritos del valle. Sobre todo aquello sobresalía el estandarte imperial de México, cuyas armas eran un águila que tenía asida entre sus garras un tigre (ocelot), blasonadas sobre un rico manto de plumaje. Veíanse vagar por todas partes sacerdotes, que se mezclaban entre la soldadesca y con diabólicos gestos la animaban a vengar a sus ultrajadas deidades.

La mayor parte de los enemigos estaban casi desnudos, sin más que un *maxtlatl*, o calzón, que les cubría la cintura. Sus armas eran de varias clases: unos traían largas picas con puntas de itztlí o cobre, o simplemente aguzadas; otros venían armados de hondas, y algunos con dardos de dos o tres puntas, atados al extremo de una correa, con la cual podían sacarlos del cuerpo de la víctima y recuperarlos; esta última arma era muy temida de los españoles. Los oficiales portaban la terrible espada india *omaquahu-tíl*, con sus numerosas y afiladas láminas de obsidiana. Entre la abigarrada multitud de guerreros se distinguían algunos por su rico vestido y aire de autoridad, que denotaban ser personas de calidad en el ejército; resguardaba su pecho una lámina de metal, sobre la cual caía el peto de plumaje; vestían cascos o yelmos cuya figura remedaba la cabeza de un animal feroz, y de donde pendían trenzas de cabellos, o sobre los cuales ondeaban penachos de brillantísimas plumas. Unos cuantos venían condecorados con un cordoncillo rojo, que ataba los cabellos en madejas, cuyo número denotaba el de las victorias alcanzadas por

su dueño, o el puesto que tenía en el ejército. Aquella multitud mixta indicaba que el sacerdote, el guerrero y el simple ciudadano, todos habían tomado parte en el tumulto.

Antes que el sol hubiese herido con sus rayos los cuarteles castellanos, el enemigo ya estaba en movimiento, amenazando renovar el terrible asalto de la víspera; pero el general determinó impedirlo, mandando hacer una salida para la que estaba dispuesto de antemano. Una descarga general de artillería y mosquetería esparció la muerte y abrió anchos claros en las filas de los aztecas, y antes de que pudiesen éstos recobrase de la confusión y volver a ordenarse, fueron abiertas de repente las puertas de la fortaleza, y Cortés, con la caballería, ayudado por la infantería y algunos millares de tlaxcaltecas, se precipitó a todo correr sobre los indios. Sorprendidos tan de súbito, apenas pudieron hacer resistencia, morían pisoteados por los caballos, despedazados con las anchas espadas toledanas o atravesados con las picas de los jinetes; la infantería vino a completar la obra, y en breves momentos fué general la derrota.

Pero los aztecas huyeron sólo para refugiarse en una gran trinchera de madera y de tierra, que habían levantado en la calle principal, por donde venían persiguiéndoles. Recobrados de su turbación, se detuvieron valientemente detrás de la trinchera, descargaron una nube de saetas y piedras sobre sus perseguidores, y entonces éstos, así por aquel obstáculo como por el daño que les causaban desde las azoteas, se vieron precisados a contener su carrera y aún quedaron algo desordenados (1).

Cortés, para superar aquel obstáculo, mandó traer algu-

(1) Carta del ejército. M. S.

nos gruesos cañones, que en poco tiempo, dejaron expedito el tránsito. Pero los españoles habían perdido todo el impulso del primer movimiento y habían dado al enemigo tiempo para rehacerse y hacerles frente con iguales ventajas. Viéronse de repente flanqueados por batallones de refresco, que habían llegado por las calles y plazas laterales. Los canales estaban cubiertos de canoas llenas de guerreros, que con sus formidables dardos o javelinas buscaban las junturas y partes flacas de las sólidas armaduras, y hacían horrible estrago en los desnudos tlaxcaltecas. Después de repetidas e impetuosas embestidas, lograron por fin los españoles rechazar a los aztecas, bien que algunos de estos, con una desesperación que probaba su ávida venganza, procuraban estorbar los movimientos de los caballos, asiéndose de sus patas, y desmontar a los jinetes, lo que lograban más fácilmente. ¡Infeliz del que tenía esta suerte! Moría agobiado por el bárbaro *maquahutil*, o era enviado en una canoa a la espantable piedra de los sacrificios.

Pero lo que causó más estrago a los españoles fueron las descargas que recibían de las azoteas, de donde les arrojaban piedras tan enormes y con tanta fuerza, que derribaban de la silla al más vigoroso jinete. Hostigados por aquel daño de que no eran parte a preservarles ni aún los escudos, mandó Cortés que los cañones hiciesen fuego sobre las casas. La medida tuvo todos sus efectos, pues aunque aquellas eran en su mayor parte de piedra, eataban llenas de esteras, carrizos y otros materiales combustibles que pronto se incendiaban. Pero las casas estaban separadas unas de otras por canales y puentes levadizos, de manera que difícilmente se propagaba el fuego de una a otra; razón por qué los españoles, a pesar de sus fatigas, no lograron (afortunadamente para la ciudad), adelantar gran cosa en

aquella obra de devastación (1). Sin embargo, no desistieron de su intento, hasta que lograron incendiar algunos centenares de casas, añadiendo a todos los horrores de aquella escena, el de una conflagración entre cuyas llamas perecían juntamente con los defensores, los moradores inermes e inofensivos.

El día estaba ya bien adelantado y los españoles habían quedado en todas partes victoriosos; pero el enemigo, aunque desalojado de todos sus puntos disputaba el campo con portía. Si los envolvía la caballería en una carga furiosa, huían a las trincheras provisionales que habían levantado en las calles, y atrincherados tras aquéllas volvían caras a sus enemigos y renovaban sus descargas de piedras y saetas hasta que el cañón derribaba los endebles parapetos y abría paso a los caballos. La batalla fué, pues, una serie de retiradas y embestidas, en las que tuvieron unos y otros grandes pérdidas, aunque la de los indios fué probablemente diez tantos mayor que la de los españoles. Pero los primeros podían reponer más fácilmente la pérdida de 100 que los españoles la de uno; así es, que mientras los unos no daban señales de disminuir, pues sus filas eran engrosadas con los refuerzos que acudían de las calles inmediatas; los otros daban a conocer sus descabros en sus rotas filas y poco densos escuadrones. Por último, estando ya los españoles saciados de matanza y exhaustos de hambre y de cansancio, mandó tocar retirada el general (2).

(1) «Están todas en el agua, y de casa a casa una puente levadiza, pasalla a nado era cosa muy peligrosa, porque desde las azuelas tiraban tanta piedra y cantos que era cosa perdida ponernos en ello. Y demás de esto, en algunas casas que les poníamos fuego, tardaba una casa en se quemar un día entero, y no se podía pegar fuego de una casa a otra, lo uno, por estar apartadas la una de otra el agua en medio, y lo otro por ser de azuteas.» Bernal Díaz, de la *Conq.*, cap. CXXVI.

(2) «Los mexicanos peleaban con tanto furor, dice Bernal Díaz,

Al volver a sus cuarteles, vió éste en una calle inmediata a su antiguo amigo el secretario Duero, desmontado y empeñado en un reñido combate con un cuerpo de mexicanos, contra los que se defendía desesperadamente con un puñal. Cortés, irritado al verlo, pronunció su grito de guerra y acometió sobre los indios, que dispersó como paja, recobró el caballo de su amigo, y los dos caballeros, prendiendo espuelas a sus caballos, se abrieron paso por entre los que se los disputaban, y fueron a reunirse con el grueso del ejército (1). Estos rasgos de valor personal eran más frecuentes en aquellos encuentros, de lo que pudieran haberlo sido en una guerra con gente más instruída en el arte de pelear. La conducta caballeresca del comandante encontró imitadores en Sandoval, León, Olid, Alvarado, Ordaz y otros capitanes que con proezas gloriosas alcanzadas a la vista de su caudillo, se proponían obtener el mando de provincias que gobernar a su arbitrio como si fuesen sus reinos.

Los intrépidos aztecas picaban la retaguardia a los españoles al volverse a sus cuarteles, y a cada paso les mortificaban con sus armas arrojadizas; y por último, cuando los últimos se hubieron entrado en la fortaleza, ellos se acamparon en derredor de ésta, demostrando así que no se ha-

que en aquel día si hubiesen acudido en nuestra ayuda 10.000 Hectores y otros tantos Orlandos, nada les hubiéramos hecho. Entre nuestros soldados había muchos que habían estado en las guerras de Italia, y en batallas con los turcos, y aseguran que nunca habían visto tanta desesperación como la que tenían estos indios.» Ibid, *ubi. supra*. Véase también para lo concerniente a la página anterior a Lorenzana, página 125. Ixtlilxochitl, *Relación*, M. S. Probanza a pedimento de Juan de Lexalde. M. S. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulo XIII. Gomara, *Crónica*, cap. CVI.

(1) Herrera, *Hist. Gral.*, dec. 2, lib. 4.º, cap. IX. Torquemada, *Monarquía Ind.*, lib. 4.º, cap. LXIX.

bía entibiado la resuelta furia de la noche anterior. No obstante, que permanecieron fieles a su antigua costumbre de no pelear de noche, interrumpían la calma de ella, profiriendo insultos y bravatas, que pudiesen llegar a oídos de los sitiados. «Al fin nuestros dioses, decían, os han puesto en nuestras manos; hace tiempo que Huitzilopochtli clama por sus víctimas; la piedra de los sacrificios está pronta; las navajas afiladas, las aves de rapiña vagan alrededor del palacio en espera del banquete que se les prepara; y las jaulas», añadían aludiendo a los tlaxcaltecas, «aguardan con impaciencia a los falsos hijos de Anáhuac, que serán guardados en ellas para solemnizar la fiesta». Estas espantosas amenazas sonaban horriblemente en los oídos de los sitiados, que demasiado bien sabían lo que querían significar; y que venían acompañadas de mil deprecaciones tierernas, pidiéndoles que soltasen a Moteuczoma y se los devolviesen.

Cortés recibió en la refriega de ese día una grave herida en una mano, que le hacía padecer bastante, pero esto era poco, comparado con la angustia que le causaba el negro porvenir que se extendía a su vista. Habíase engañado en cuanto al carácter de los mexicanos, pues su largo y manso sufrimiento había sido el resultado de que habían reprimido su carácter, feroz y arrogante más que el de ninguna otra raza de Anáhuac. La violenta represión en que durante tanto tiempo habían estado, era debida más bien al respeto que profesaban a su monarca, que a miedo; y sus pasiones, una vez sueltas, debían desplegarse con todo su resorte. En los tlaxcaltecas había encontrado un enemigo declarado, que no tenía ultraje que vengar, ni daño que reparar, que peleaba llevado de un vago instinto de que los blancos harían males a su patria. Pero los aztecas, hasta entonces engreídos señores de la tierra, habían sido insul-

tados y vejados hasta ese extremo que produce la abnegación de los sentimientos personales, y que hace despreciable la vida en comparación de la venganza. Armado de esta suerte con el valor de la desesperación, el salvaje es casi igual al hombre civilizado, y un pueblo entero que ha sido conmovido en sus entrañas por un sentimiento común y que ve amenazados de muerte sus intereses y su salvación; este pueblo, sean cuales fueren sus recursos, es como el terremoto y el huracán, los más formidable agentes de la omnipotencia de la Naturaleza.

Consideraciones de este género fueron las que pasaron por la mente de Cortés al reflexionar sobre su impotencia para enfrenar la furia de los mexicanos; así es que resolvió, no obstante el áspero tratamiento que últimamente había dado a Moteuczoma, emplear la autoridad de éste para aplacar el tumulto, y tanto más, cuanto que a los principios del alzamiento había sido tan provechosa para Alvarado. Afirmóle más en esta resolución el ver a la mañana siguiente que los sitiadores habían logrado escalar las murallas, e intentado penetrar; y si bien es cierto que fueron recibidos de manera que no quedó vivo ni uno solo de los que habían entrado, la impetuosidad del asalto fué tal, que por algunos instantes se creyó que la fortaleza iba a sucumbir (1).

Cortés mandó, pues, requerir al emperador azteca para que interpusiese su autoridad en bien de los españoles; pero Moteuczoma no estaba de humor de acceder. Desde la vuelta del general vivía aquél tristemente en sus cuarteles, disgustado más que del duro tratamiento que había recibido, de pensar en que estaba sirviendo de aliado a los

(1) Bernal Díaz, *ubi. supra*. Oviedo, *ubi. supra*. Gomara, *Crónica*, capítulo CVII.

opresores de su patria. Desde los aposentos de su cárcel había presenciado las trágicas escenas de que había sido teatro la capital, y además otra no menos mortificante para él, la de ver al heredero presunto de la corona ocupando el lugar que a él le correspondía, combatiendo a la cabeza de los guerreros en defensa de la patria. Abatido por aquella posición e indignado contra los que le habían puesto en ella, respondió fríamente al oír la solicitud de Cortés (1): «¿Qué tengo yo que hacer con el Malinche? Yo no quiero oírle; lo único que quiero es morir. ¡A qué triste condición me ha reducido mi deseo de servirle!» (2) Habéndole instado el padre O medo y Ollid a que accediese, añadió: «Esto de nada serviría, porque mi pueblo, ni me creería a mí, ni las falsas palabras y promesas del Malinche. Es imposible que salgáis con vida de estas murallas.» Habéndole asegurado que los españoles abandonarían la capital, siempre que les dejase expedito un camino por donde verificarlo, convino en interceder con el pueblo, deseando seguramente más bien ahorrar la sangre de los aztecas que la de los cristianos (3).

Para que su presencia produjese mayor efecto, determinó ponerse las vestiduras imperiales. El *tilmatli* o rico rico manto azul y blanco pendía de los hombros, atado por

(1) Cortés envió a Marina a preguntar a Moteuczoma, ¿quién era el valiente jefe que se veía desde las murallas estar dirigiendo y animando a los guerreros aztecas? Moteuczoma respondió que era Cuitlahua, el heredero presunto de la Corona, y el mismo a quien los españoles habían dado libertad algunos días antes. Herrera, *Hist. general*, dec. 2, lib. 10, cap. X.

(2) «¿Qué quiere de mí ya Malinche, que yo ya no deseo vivir ni oírle? Pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído.» Bernal Díaz, cap. CXXVI.

(3) Ibid. *ubi. supra*. Ixtlilxochitl, *Hist. Chichí.*, M. S., capítulo LXXXVIII.

un rico broche de verde *chalchivittl*. Las demás partes del vestido estaban adornadas con profusión con esa rica piedra y con esmeraldas de extraordinario tamaño, montadas en oro. Sus pies estaban calzados con sandalias de oro, y ceñía sus sienes una diadema, de forma semejante a la de la tiara pontifical. Ataviado de esta suerte, acompañado de los primeros magnates y precedido de la vara de oro, símbolo de la soberanía, subió el monarca indio al torreón central del palacio. El pueblo se apercibió al instante de la llegada del monarca, y la actitud que tomó aquél fué cambiando como por encanto conforme fué apareciendo, sobre las almenas, la comitiva regia. El estrépito de los instrumentos, los horrorosos gritos de los combatientes, todo quedó mudo en un momento y la calma del sepulcro envolvió a la numerosa asamblea, que pocos momentos antes se agitaba en el ardiente tumulto de la guerra. Muchos, se postraron en el suelo; otros, doblaron la rodilla, y todos se volvieron con impaciente inquietud hacia el monarca, al cual estaban acostumbrados a reverenciar con servil acatamiento, y cuyo rostro no podían contemplar porque era insoportable su esplendor, como lo sería el esplendor de la Divinidad. Moteuczoma conoció su influjo, y al encontrarse frente por frente con aquel pueblo aterrado y estupefacto, parece que recobró toda su antigua confianza y autoridad, pues se sintió otra vez Rey. Cuentan los escritores castellanos que con una voz tranquila y fácilmente perceptible a causa del silencio de la asamblea, se dirigió a ella en los términos siguientes:

«¿Por qué os veo, vasallos míos queridos, haciendo armas contra el palacio de mis abuelos? ¿Creéis que vuestro rey está cautivo y tratáis de rescatarle? Si es así, habéis obrado rectamente; pero estáis engañados; yo no estoy cautivo; estos extranjeros son mis huéspedes; si vivo con ellos,

es porque así me place; pero puedo dejar su compañía cuando fuere de mi agrado. ¿Habéis venido para arrojarles de la ciudad? Ésto no es necesario, porque ellos saldrán espontáneamente, siempre que les dejéis libre un camino por donde lo hagan. Así pues, volved a vuestros hogares, deponed las armas, mostradme que me obedecéis como es debido que lo hagáis. Los blancos van a volverse a su suelo, y todos quedaremos muy contentos dentro del recinto de Tenochtitlan.»

Al declararse Moteuczoma amigo de los detestados extranjeros, se percibió entre la multitud un murmullo que demostraba el desprecio con que veía a un príncipe pusilánime, que parecía no sentir los insultos ni los ultrajes por cuya venganza se había levantado la nación. El reprimido vuelo de sus pasiones se desató furiosamente y arrasó con todas las barreras del respeto y la reverencia, y se descargó sobre la cabeza del desgraciado monarca, tan degenerado respeto de lo que fueron sus belicosos antepasados. «¡Azteca indigno, exclamaron, mujer, cobarde, los blancos te han vuelto una mujer propia tan sólo para hilar y tejer!» Estas amargas imprecaciones fueron seguidas de otras demostraciones más hostiles. Cuéntase (1) que apenas vibró su arco o blandió una javalina contra el monarca, un jefe de alta calidad, cuando cayó una lluvia de piedras y saetas sobre el lugar en que estaba el séquito del príncipe. Los españoles encargados de defender la persona de éste, habían creído que era inútil la custodia, según la manera respetuosa con que el pueblo había escuchado la alocución del monarca; así es que cuando quisieron interponer sus adargas para defenderle, ya era tarde: Moteuczoma había

(1) Acosta cuenta que era tradición que Guatemozin, sobrino de Moteuczoma, y que ocupó después su trono, fué el guerrero que disparó la primera flecha. Lib. 7.^o, cap. XXVI.

recibido tres heridas, una de ellas hecha con una piedra cerca de una sien, a cuyas resultas cayó en tierra privado de sentido. Los mexicanos, aterrados por el sacrilegio que acababan de cometer, experimentaron de súbito un acerbo arrepentimiento, y poseídos de un terror pánico, arrojaron un grito de espanto y echaron a correr en todas direcciones. ¡De tanta multitud como un momento antes ocupaba la plaza de enfrente al palacio, no quedó ni un solo hombre!

Entretanto, fué conducido el desventurado príncipe a su aposento. Al volver de la privación en que le había hundido el golpe, sintió todo el peso de su infortunio, había llegado al último extremo de la degradación: había sido despreciado por su pueblo; hasta el último de la plebe había osado levantar la mano contra él. Ya no tenía para qué vivir; en vano Cortés y sus capitanes se esforzaban por animarle y consolarle; él no respondía ni una palabra. Su herida, aunque peligrosa, no habría sido mortal asistiéndola con esmero; pero Moteuczoma rehusaba todas las medicinas que le proponían; se arrancaba los vendajes en el momento que se los ponían y permanecía en el silencio más obstinado. Él contemplaba con ojos abatidos su pasada fortuna, la sombra de su antigua majestad y grandeza y el cuadro de su humillación presente. Había sobrevivido a su desgracia; pero parece que aún ardía en su seno una centella de su antiguo brío, pues no supo sobrevivir a su afrenta. El general español y sus capitanes estaban presenciando esta escena dolorosa, cuando les vinieron a distraer los nuevos peligros que amenazaban a la guarnición (1).

(1) Al referir esta trágica escena y los pormenores que la acompañaron, me he atenido al testimonio sustancialmente uniforme de muchos escritores (algunos de ellos testigos presenciales), tanto de aquel tiempo como de épocas posteriores. Véanse: Bernal Díaz, cap. CXXVI.

Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLVII. Relación segunda de Cortés, en Lorenzana. pág. 136. Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S., Ixtlixochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXXVIII. Herrera, *Hist. general*, dec. 2, lib. 10, cap. X. Torquemada, *Mornarq. Ind.*, lib. 4.º, capítulo LXX. Acosta, *ubi. supra*. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. V. Esta relación la confirma también Cortés en el instrumento público en que se otorgan a la hija predilecta de Moteuczoma ciertos estados en clase de dote. (*Véase el Apéndice, parte II, número xij*); pero Don Thoan Cano que casó con esta princesa aseguró a Oviedo que los mexicanos respetaron la persona del monarca mientras le vieron, y que cuando arrojaron su descarga de proyectiles ignoraban que estuviese presente, pues se lo ocultaban los escudos de los españoles. (*Véase el Apéndice, parte II, número 11.*) El capellán Gomara, también repite esta improbable relación. (*Crónica*, cap. CVII.) Pero el mismo Oviedo la rechaza, diciendo que Alvarado, que estaba presente, le contó después de algún tiempo, que las cosas habían sucedido como se dice en el texto. (*Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. 47.) Los mexicanos cuentan el suceso de muy diversa manera. Según ellos, tanto Moteuczoma como los señores de Tetzcoco y Tlatilolco que estaban prisioneros en la fortaleza, fueron ahorcados por medio del garrote y sus cadáveres fueron arrojados fuera de las murallas a la vista de los aztecas. A continuación copio el paisaje original de Sahagun, cuyas noticias dimanaban de los indios mismos.

«De esta manera se determinaron los españoles a morir o a vencer varonilmente, y así hablaron a todos los amigos indios, y todos ellos estuvieron firmes en esta determinación, y lo primero que hicieron fué que dieron garrote a todos los señores que tenían presos, y los echaron muertos fuera del fuerte, y antes que esto liciesen les dijeron muchas cosas y les hicieron saber su determinación y que de ellos había de comenzar esta obra y luego todos los demás habían de ser muertos a sus manos. Dijéronles: no es posible que vuestros ídolos os liberten de nuestras manos. Y después que les hubieron dado garrote y vieron que estaban muertos, mandáronles echar por la azotea fuera de la casa, en un lugar que se llama Tortuga de Piedra, porque allí estaba una piedra labrada a manera de tortuga. Y después supieron y vieron los de afuera que aquellos señores tan principales habían sido muertos por las manos de los españoles, luego tomaron los cuerpos y les hicieron sus exequias, al modo de su idolatría, y quemaron sus

cuerpos y tomaron sus cenizas y las pusieron en lugares apropiados a sus dignidades y valor.» *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12, capítulo XXIII.

Apenas es necesario refutar una imputación tan monstruosa, pero que, sin embargo, ha encontrado acogida en algunos escritores modernos. Independientemente de cualesquiera otras consideraciones, bien se habrían guardado los españoles de procurar la muerte de Moteuczoma, siendo, como lo observa muy bien el tetzcocano Ixtlilxochitl, el golpe peor que pudieran recibir, pues esto era romper el último vínculo que les ataba a los mexicanos. *Hist. Chich.*, M. S., *ubi. supra*.



CAPÍTULO X

TOMA DEL TEMPLO MAYOR.—VALOR DE LOS MEXICANOS.—
APUROS DE LA GUARNICIÓN.—REÑIDOS COMBATES EN LA CIU-
DAD.—MUERTE DE MOTEUCZOMA.

(1520)

Frente a frente de los cuarteles españoles y a poca distancia de ellos, estaba el gran templo de Huitzilopochtli. Esta masa piramidal, con los templos en que remataba, llegaba a la altura de 150 pies, y dominaba completamente el palacio de Axayacatl ocupado por los cristianos. Un cuerpo de 500 ó 600 mexicanos, muchos de ellos nobles y guerreros de alta calidad, habían apoderádose de aquella posición, desde la cual, descargaban tal lluvia de proyectiles sobre los cuarteles de los blancos, que no podía asomar uno de éstos sin correr grave peligro; al paso que los mexicanos, guarecidos por los santuarios no recibían ni el menor daño del fuego enemigo. Era claro que si los españoles querían quedarse en sus cuarteles, debían desde luego desalojar a los que habían tomado el teocalli.

Cortés confió esta comisión a su camarista Escobar con 100 hombres, dándole orden de que se apoderase del templo y pegase fuego a los santuarios; pero este oficial fué rechazado por tres veces, y después de los esfuerzos más

desesperados, se vió obligado a retirarse con gran pérdida y sin haber logrado su intento. Cortés, conociendo cuán necesario era apoderarse del puesto, determinó hacerlo él personalmente, y no pudiendo llevar la rodela con la mano, por estar manco de la mano izquierda, hizo que se la atasen al brazo y salió a la cabeza de 300 caballos escogidos y de algunos miles de aliados (1).

En el atrio del templo encontró un gran número de indios preparados a disputar el paso. Cargóles bruscamente; pero las lisas y redondas piedras del pavimento hacían que los caballos resbalasen y aún que cayesen muchos de ellos. Mandó echar pie a tierra apresuradamente, envió los caballos al cuartel y volvió a emprender el asalto, consiguiendo ahora, aunque con gran dificultad, dispersar a los indios y abrirse paso hacia el templo. Éste, como ya recordará el lector, era una enorme pirámide de 300 pies cuadrados de base. Una escalera de piedra hecha en la parte exterior en uno de los ángulos de la pirámide, conducía a la plataforma o terrado de arriba, dando la vuelta al primer piso hasta llegar al punto correspondiente del segundo, y así sucesivamente. Como el teocalli tenía cinco cuerpos o divisiones, era preciso andarlo cuatro veces en redondo (o andar cosa de una milla), antes de llegar a la cima, que era una superficie descubierta, coronada por dos santuarios dedicados a deidades aztecas (2).

Habiéndose abierto paso, comenzó Cortés a subir las escaleras seguido de Alvarado, Sandoval, Ordaz y algunos otros esforzados caballeros, mientras que una fila de arca-

(1) «Salí fuera de la fortaleza, aunque manco de la mano izquierda, de una herida que el primer día me habían dado; y liada la rodela en el brazo, fuí a la torre con algunos españoles que me siguieron.» Relación segunda, en Lorenzana, pág. 138.

(2) Véase antes las págs. 100-105.

buceros y un fuerte cuerpo de aliados, tenía a raya a los indios al pie del templo. Los guerrero aztecas, fueron disputando el terreno a los españoles en cada uno de los escalones del templo. Desde su elevada posición dejaron caer una multitud de saetas penetrantes, de piedras pesadas, de pedazos de madera y de dardos ardiendo, que al bajar por las escaleras, precipitaban a los españoles y esparcían el terror en sus filas. Los más afortunados, evitando estos obstáculos o saltando por encima de ellos, consiguieron llegar al primer terrado, donde después de una ligera refriega hicieron replegar a los enemigos. Los que atacaban siguieron avanzando, protegidos eficazmente por el fuego de los mosquetes, que causaron tal daño a los mexicanos, que les obligaron a refugiarse en los santuarios de la cima del templo.

Cortés y sus camaradas dejaron cubierta su retirada y se encontraron, al fin, frente por frente de sus enemigos en aquel elevadísimo campo de batalla, empeñados en mortal combate, a presencia de la ciudad entera y de las tropas de uno y otro bando, que estaban en el atrio, las cuales, como por mutuo consentimiento, suspendieron su lucha para poder presenciar, en mudo espectáculo, el éxito de la que arriba se trababa. La cumbre del templo, aunque de menores dimensiones que la base, tenía, sin embargo, amplitud bastante para mil combatientes; el pavimento era de anchas y lisas piedras; toda ella estaba despejada, menos en los sitios ocupados por la enorme piedra de los sacrificios y los dos santuarios, que se elevaban a la altura de 40 pies, allá en un extremo de la liza. Uno de ellos estaba consagrado a la Cruz; el otro aún permanecía ocupado por el dios de la guerra, de los mexicanos. El cristiano y el azteca pugnaban por su religión respectiva a la sombra de las aras de sus dioses. Los sacerdotes indios vaga-

ban por todas partes, con su cabellera flotando suelta sobre un manto negro, semejantes a otros tantos demonios salidos de sus antros para animar aquella matanza.

Las partes pelearon con el furor de hombres a quienes no queda más esperanza que la victoria; no había que pedir ni que otorgar conmiseración y la huída era imposible. El bordo de la arca no estaba defendido por ningún pretil, por manera que un resbalón era mortal, y algunas veces se vió a los combatientes luchando a muerte precipitarse, asidos el uno del otro, desde aquella altura extraordinaria (1). Cuentan que Cortés mismo ha escapado milagrosamente de este destino. Dos indios de formas robustas y vigorosas se asieron de él e intentaron arrastrarlo consigo hasta el borde de la elevada pirámide; conociendo su intención, luchó con ellos con todas sus fuerzas, y antes de que pudiesen realizaria, logró desasirse y arrojar a uno de ellos con un solo movimiento de su brazo. Esta anécdota no es inverosímil, pues Cortés era hombre de extraordinaria agilidad y fuerza, y varios escritores la han adoptado; pero ningún contemporáneo la refiere (2).

(1) Según Sahagun, muchos aztecas, viendo la suerte de los que caían en manos de los españoles, se echaron de cabeza ellos mismos desde la altísima cima del templo y quedaron hechos pedazos en el suelo. «Y los de arriba, viendo a los de abajo muertos y a los de arriba que los iban matando los que habían subido, comenzaron a arrojar del cu a abajo desde lo alto, los cuales morían despeñados, quebrados brazos y piernas y hechos pedazos, porque el cu era muy alto, y otros, los mismos españoles los arrojaban de lo alto del cu; y así, todos cuantos allí habían subido de los mexicanos, murieron mala muerte.» *Hist. de la Nueva España*, lib. 12, cap. XXII.

(2) Entre otros véase a Herrera, *Hist. Gral.*, dec. 2, lib. 10, capítulo IX. Torquemada, *Monarqu. Ind.*, lib. 4.º, cap. VI. Solís, *Historia de la Cong.*, lib. 4.º, cap. XVI, donde describe todo muy circunstanciadamente, como lo tiene de costumbre.

El primero de estos autores pudo consultar autoridades contempo-

El combate duró con implacable encarnizamiento por tres horas. El número de los indios era duplo del de los cristianos, y la refriega de tal naturaleza, que el número y la fuerza brutal y no la superioridad científica, parece que debían decidir el éxito; pero no era así realmente. La invulnerable armadura de los españoles, su acero bien templado y sobre todo, el hábito de esgrimirlo, les daban grandes ventajas sobre la fuerza física y el número. Mientras que los españoles desplegaban ese valor que inspira la desesperación, el de los aztecas a cada momento se debilitaba más y más. Uno tras otro, todos fueron muriendo, hasta no quedar vivos más que dos o tres sacerdotes, que fueron llevados como un trofeo por los vencedores; todos los demás habían quedado tendidos sobre la ensangrentada liza o habían caído precipitados desde las alturas. Sin embargo, no fué despreciable la pérdida de los españoles, pues murieron cuarenta y cinco de los mejores soldados, y los restantes quedaron más o menos heridos (1).

Los victoriosos caballeros se dirigieron a los santuarios. El primer piso era de piedra y los dos superiores de

râneas, como por ejemplo, el manuscrito de Ojeda, que ahora ya no se encuentra. Es cosa rara que semejante hazaña no la cuente Cortés mismo, que en tales cosas no se descuidaba.

(1) El capitán Díaz, que a veces suele ser elocuente, hablando del valor del general en esta ocasión, se expresa con énfasis. «Aquí se mostró Cortés muy varón, como siempre lo fué. ¡O qué pelear y fuerte batalla la que aquí tuvimos! Era cosa de notar vernos a todos corriendo sangre y llenos de heridas, y más de cuarenta soldados muertos.» (*Hist. de la Conq.*, cap. CXXVI.) ¡La pluma de los antiguos cronistas corre parejas con sus espadas en esta famosa hazaña! *Colla penne e colla spada*, «igualmente afortunados». Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 138. Gomara, *Crónica*, cap. CVI. Sahagun, loc. cit. Herrera, *ubi. supra*. Torquemada, *ubi. supra*. Oviedo, *Historia de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XIII.

madera. Al entrar en su recinto, tuvieron la pena de no encontrar en su lugar a la imagen de la Virgen y de la Cruz (1); pero en el santuario del otro lado se veía todavía la efigie del horrendo dios Huitzilopochtli, en cuyos altares humeaba una ofrenda de corazones, y cuyas paredes estaban salpicadas de sangre humeante, ¡tal vez española! En medio de los gritos del triunfo derribaron la imagen del horrible monstruo y la echaron a rodar por las escaleras, en presencia de los estupefactos aztecas. Pasieron fuego al edificio; las esbeltas torres en que remataba se incendiaron en pocos momentos arrojando lívidas y ominosas llamas que alumbraron la ciudad, el valle y hasta la última cabaña de las montañas. Aquella era la hoguera fúnebre del paganismo, y aquel fuego pregonaba que en él se había extinguido la cruel religión, que por tantas centurias había enluta-do las hermosas regiones de Anáhuac (2).

Concluída esta buena obra, bajaron los españoles las tortuosas escaleras del teocalli, con paso más firme y más estrepitoso, como seguros de que el cielo había derramado sobre ellos sus bendiciones. Rompieron por entre las grue-

(1) El arzobispo Lorenzana es de opinión, que aquella imagen de la Virgen es la misma que ahora se ve en el templo de *Nuestra Señora de los Remedios*. (Relac. seg., *ibid*, *ubi. supra*.) Lo que no nos dice es, de qué manera se salvó en el saqueo de la ciudad dicha imagen, ni de qué manera se volvió a aparecer. Pero el milagro, mientras más inexplicable, más indubitable.

(2) De todas las proezas de los españoles, ninguna causó mayor impresión a los indios que la toma del templo, pues parecía que aquellos habían desafiado el poder del hombre y de los dioses. Después de la conquista se encontraron varias veces jeroglíficos que representaban circunstanciadamente el suceso. El delicado capitán Díaz, cuenta que en los que él vió no se omitió ninguna de las pérdidas de los cristianos. (*Ibid*, *ubi. supra*.) Era la única venganza que les quedaba que tomar a los conquistados.

sas masas de indios que les impedían el paso, los cuales, desalentados por las escenas de que habían sido testigos, oponían poca resistencia; por manera que los españoles llegaron salvos a sus cuarteles. En aquella misma noche determinaron completar la obra haciendo una salida cuando los habitantes estaban durmiendo, y quemando 300 casas. El horror del incendio fué tanto mayor cuanto que se verificó a una hora en que los aztecas no acostumbraban pelear, y en que menos preparados estaban para defenderse (1).

Deseando aprovecharse de la saludable impresión que aquellos reveses debían haber causado en los indios, determinó Cortés con su acostumbrada política, hacerles propuestas de avenimiento; por consiguiente invitó al enemigo a un parlamento, y luego que los magnates y generales aztecas estaban en la plaza, subió al torreón donde se había asomado Moteuczoma y les hizo señas de querer hablarles. Doña Marina, como intérprete, estaba a su lado; y la multitud no pudo menos de contemplar con viva curiosidad a aquella joven india tan conocida por su influjo sobre los españoles, y en particular por sus relaciones con el general, quien por esta causa era conocido con el nombre de

(1) «Sequenti nocte, nostri erumpentes in una viarum arci vicina, domus combussere tercentum; in altera plerasque e quibus arci molestia fiebat. Ita, nunc trucidando, nunc diruendo, et interdum vulnera recipiendo in pontibus et in viis, diebus noctibusque multum laboratum est utrinque.» (Mártir, de *Orbe Novo*, dec. 5, cap. VI.) En cuanto al número de las acciones de guerra y de sus resultados en general, es decir, en cuanto a las victorias, las infructuosas victorias de los cristianos, todos convienen; pero no hay dos que estén conformes en cuanto al tiempo, lugar, y demás circunstancias. ¡Cuán difícil no deberá de ser para el historiador de estos tiempos, formar un tejido de un tinte uniforme, con hilos de tantos colores!

Malintzin (1). Cortés, hablando mediante el dulce y melodioso acento de su querida, dijo a los indios que ya nada les quedaba que esperar de su resistencia contra los españoles; que por todas partes habían visto a sus dioses hollados en el polvo, sus altares destruidos, sus casas quemadas, sus guerreros muertos: «Todo esto os habéis buscado, continuó, por vuestra rebelión; sin embargo, por consideraciones que os guardo, merced a ese soberano a quien tan indignamente habéis tratado, suspenderé mi brazo siempre que depongáis las armas y volváis a la obediencia; pero de lo contrario, reduciré vuestra ciudad a un montón de escombros y no dejaré vivo ni a uno siquiera de vosotros para que pueda llorar sobre ellos.»

Pero Cortés aún no conocía bien el carácter de los aztecas, pues que se propuso dominarlos por las amenazas. Aunque tranquilos en la apariencia y lentos para moverse, eran difíciles de aplacar una vez irritados; así es que ahora que habían sido heridos en lo más vivo, ¿quién era capaz de calmar la tempestad? También puede ser que Cortés haya conocido el carácter del pueblo, pero que haya querido usar un tono imperativo por creer que, en su situación, otro lenguaje más suave y conciliador habría dado a entender que se conocía vencido y no le habría proporcionado las ventajas que se proponía sacar.

«Verdad es, respondieron ellos, que habéis destruido nuestros templos, despedazado nuestros dioses y asesinado a nuestros hermanos; muchos de nosotros tendremos aún que caer bajo los terribles golpes de vuestro acero; pero

(1) Es el nombre por el cual se le conoce todavía en la poesía popular de México. También es de la famosa montaña tlaxcalteca que hoy se llama *Sierra de la Malintzin*, y en lo antiguo se llamaba *Matlalcueye*, en honor de la señorita india. De todos modos, era un honor dignamente merecido por su compatriota adoptiva.

estamos contentos si, aunque sea al precio de muchos millares de mexicanos, compramos la sangre de un solo blanco (1). Mirad y contemplad nuestras calles y nuestras plazas y las encontraréis cubiertas de guerreros en todo cuanto alcance vuestra vista; nuestro número apenas ha decrecido por nuestras pérdidas, mientras que el vuestro ha disminuído visiblemente; estáis muriendo de hambre y de enfermedad; ya no tenéis víveres ni agua; debéis, pues, caer dentro de breve tiempo en nuestras manos: *¡los puentes están levantados y no podéis salir!* (2) ¡Cuán pocos de vosotros escaparán a la venganza de nuestros dioses!» Al terminar arrojaron sobre los españoles tal descarga de flechas, que los obligaron a guarecerse dentro de las murallas.

El orgulloso e indomable tono de los aztecas, llenó de abatimiento a los sitiados. En aquel instante creyeron que todo era perdido, sus combates diurnos, sus largas vigiliass nocturnas, los riesgos que habían desafiado, los peligros que habían vencido y hasta las victorias que habían alcanzado. Era claro que no se podía recurrir como antes al resorte de la superstición, pues los aztecas, semejantes a una bestia feroz que rompe las ataduras con que la tenía sujeta su opresor, hacían alarde y vanagloria de conocer toda su fuerza. La noticia de que estaban cortados los puentes sonó mortalmente en los oídos de los españoles, quienes conociendo que eran ciertos los horrores que se les esperaban, se miraban los unos a los otros llenos de ansiedad y desaliento.

(1) Según Cortés, se jactaban arrogantemente de que podían dar 25.000 de los suyos por un solo blanco. «A morir 25.000 de ellos y uno de los nuestros.» Relac seg, en Lorenzana, pág. 139.

(2) «Que todas las calzadas de las entradas de la ciudad eran deshechas, como de hecho pasaba.» Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., libro 33, cap. XIII.

Siguiéronse de aquí las mismas consecuencias que entre la tripulación de un buque cuando va a naufragar. El conocimiento de un espantoso peligro hizo perder la subordinación; el espíritu del motín estalló con toda su fuerza, especialmente entre los bisonños soldados de Narváez. Habíales traído la codicia, pero sin pensar más que en los halagüeños informes que se tenían de Anáhuaz, y en que dentro de pocos meses volverían a sus hogares con los bolsillos henchidos del oro del monarca azteca. ¡Pero cuán diferente suerte les había cabido! Desde que saltaron a tierra habían padecido duras privaciones, fatigas de todos géneros y peligros de que no tenían idea; lo que ahora tenían a la vista era aun más espantoso; así es que lamentaban amargamente el momento en que trocaron los toscos campos de Cuba, por estas regiones habitadas por caníbales, y maldecían de todo corazón la hora en que acudieron locamente al llamamiento de Velázquez, y aun más, aquella en que se alistaron bajo la bandera de Cortés (1).

Pedían con ahinco y con violencia que se les sacase de la ciudad, y, sobre todo, de aquella fortaleza en la que estaban amontonados como rebaño de ovejas, en espera de que llegase el momento de la matanza. Contrariábanles los subordinados y aguerridos soldados de Cortés, que habiéndole acompañado en sus días de gloria, no querían abandonarle en los de adversidad, y que conocían claramente, por otra parte, que la única esperanza que les quedaba en aquel conflicto estribaba en la unión y la disciplina, y que aún esto

(1) «Pues también quiero decir las maldiciones que los de Narváez echaban a Cortés y las palabras que decían, que renegaban dél, y de la tierra, y aun de Diego Velázquez que acá les envió, que bien pacíficos estaban en sus casas en la isla de Cuba, y estaban embelesados y sin sentido.» Bernal Díaz, *ubi. supra*.

mismo les serviría de poco si militaban a las órdenes de otro caudillo que no fuese Cortés (1).

Urgido por los sitiadores fuera de la plaza y por los sediciosos dentro de ella, no desmintió el general su carácter. Un hombre vulgar, en circunstancias tan críticas, habría desfallecido; pero el alma bien templada de Cortés, desplegó todos sus recursos de acción. Cortés reunía a la mayor serenidad, sangre fría y perseverancia en sus propósitos, un espíritu emprendedor verdaderamente romanesco. Su presencia de espíritu no le abandonó: contempló tranquilamente su situación y pesó las dificultades que le rodeaban, antes de tomar ninguna resolución. Además de que era muy peligrosa una retirada a la vista de un enemigo valeroso y vigilante, lastimaba su orgullo abandonar una ciudad sobre la cual se había enseñoreado por tanto tiempo; perder los ricos tesoros que habían adquirido él y sus compañeros; privarse de los únicos medios en que cifraba su esperanza de alcanzar el favor del soberano y el perdón de los desafueros que habían cometido. Él conocía que recabarlos, dependía enteramente del éxito de la empresa. Huír era inhabilitarse por siempre para continuar la conquista. ¡Y qué término tan triste hubiera sido este, de una carrera tan gloriosamente comenzada! ¡Qué contraste con sus jactanciosas vanaglorias! ¡Qué triunfo para sus enemigos! ¡El gobernador de Cuba iba a quedar ampliamente vengado!

Pero este cúmulo de tristes reflexiones, no era tan aflictivo como pensar en permanecer en aquella desesperada situación. El número de sus soldados cada día disminuía;

(1) No obstante esto, en la petición o carta de Veracruz dirigida por el ejército al emperador Carlos V, después de la conquista, se alega como el principal motivo para haber abandonado la ciudad, la oportunidad de los soldados, Carta del Ejército, M. S.

sus víveres escaseaban al punto, de no dar a cada soldado para recuperarse de sus fatigas, más que una ración diaria de pan (1); cada día abrían nuevas brechas a las endebles fortificaciones; finalmente, las municiones casi se habían acabado, por manera que sólo hombres de una alma y de una constitucion de hierro, como eran los españoles, pudieron permanecer allí por más tiempo, y sólo ellos pudieron defender la plaza durante uno tan considerable contra tan fuertes enemigos. La principal dificultad consistía en elegir el momento y la manera de evacuar la ciudad. El mejor camino parecía ser el de Tlacopan (Tacuba), porque aquella calzada, que era el punto más peligroso del camino, solamente tenía dos millas de largo; y así los fugitivos podían cuanto antes llegar a tierra firme. Pero antes de salir definitivamente, determinó el general hacer una excursión en esa dirección, tanto para reconocer el terreno, como para distraer la atención del enemigo y ocultar el verdadero plan de operaciones, por medio de aquellas maniobras ofensivas.

Emplearon algunos días en construir unas máquinas de guerra, de la invención de Cortés. Llamábanlas *mantas*, y estaban construídas sobre principios análogos a los de los manteletes usados en la Edad Media; sin embargo de que eran aún más complicadas que aquéllos, pues consistían en una torre de ligeros pedazos de madera, con dos pisos. Iban llenas de mosqueteros y en sus caras laterales tenían troneras, por las que se podía hacer sobre el enemigo un vivo fuego. La gran ventaja que traían las máquinas era guarecer a los soldados de la lluvia de proyectiles que les echaban desde las azoteas. Eran aquéllas en número de

(1) «La hambre era tanta, que a los indios no se daba más de una *tortilla de ración*, y a los castellanos cincuenta granos de maíz.» Herrera, *Hist. Gral.*, dec. 2, lib. 10, cap. IX.

tres, estaban armadas de rodillos, y eran arrastradas por medio de cables por los aliados tlaxcaltecas (1).

Los mexicanos, al ver con asombro aquella maquinaria de guerra, aquellas fortalezas cuyos costados despedían humo y fuego, y contra cuyos defensores ocultos eran inútiles las saetas, huyeron despavoridos. Acercando las *mantas* a las casas conseguían los blancos hostilizar eficazmente a los indios de las azoteas, y cuando esto no bastaba, echaban un puente levadizo desde la parte superior de la *manta* hasta la azotea, pasaban por él y brazo a brazo combatían con los defensores de las casas. Sin embargo, no podían acercarse a los edificios elevados, desde donde arrojaban los indios tantas y tan pesadas piedras y vigas, que sumían las tablas que formaban el techo de las máquinas, o sacudían fuertemente sus paredes laterales y amenazaban aplastar a los que iban dentro. Además la máquina fué inútil luego que encontraron con un canal que estorbó llevarla adelante.

Los españoles vieron que la amenaza de sus enemigos era cierta; que habían levantado los puentes, y si bien es

(1) Relación segunda de Cortés. en Lorenzana, pág. 135. Gomara. capítulo CV.

«El Dr. Bird en su pintoresco romance titulado: *Calavar*, ha hecho de estas «mantas» un uso tal vez mayor del que se ha permitido al historiador. Reclama los privilegios de novelista, y debemos confesar que no abusó de ellos, pues muestra haber estudiado con sumo detenimiento las costumbres y usos militares de los naturales. Ha hecho con respecto a éstos, lo mismo que Cooper con respecto a los indios del Norte; ha engalanado sus toscos rasgos con los brillantes colores de la fantasía poética. Igualmente feliz ha sido en la descripción pintoresca de los paisajes; y no nos causa sorpresa que no lo haya sido tanto en imitar el idioma de los antiguos caballeros españoles, pues nada es más difícil que ejecutar hábilmente la moderna antigüedad. Se necesitaba todo el genio de W. Scott para hacerla tan perfecta que nadie pueda descubrir que es imitación.

cierto que los canales no eran muy anchos ni muy profundos, lo eran bastante para estorbar los movimientos de las pesadas máquinas del general y de su caballería. Resolvió, pues, aquél abandonar sus *mantas* y dió orden de llenar el canal con piedras, palos y otros escombros de los edificios arruinados, y abrir al ejército un paso. Mientras se practicaba esta maniobra, los arqueros y los honderos aztecas hicieron una furiosa descarga sobre los españoles, que estaban casi indefensos a causa de sus ocupaciones. Luego que estuvo concluído el puente y que tuvieron los blancos un paso seguro, cargaron con furor sobre los enemigos, los que no pudieron resistir el choque de aquella columna de acero, huyeron con precipitación hasta otro canal que ofrecía, para la defensa, una posición igualmente fuerte que la de donde acababan de rechazarlos (1).

La calzada de Tlacopan estaba cortada, a lo menos, por siete canales (2), en cada uno de los cuales se repetía la misma escena; hacían alto los mexicanos valientemente y ocasionaban alguna pérdida a sus obstinados enemigos. En estas maniobras se pasaron dos días, al cabo de los cuales cupo al general la gran satisfacción de ver su línea completamente establecida y todos los puentes guardados por destacamentos de infantería española. Estando ya para llegar al fin de la calzada, más allá de la cual había arrojado a los enemigos, tuvo noticia de que éstos, escarmentados

(1) Carta del ejército, M. S. Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 140. Gomara, *Crónica*, cap. CIX.

(2) Clavijero se ha equivocado al llamar a esta calle la calle de Izpalapan. (*Stor. del Messico*, t. III, pág. 129.) No era la calle por donde entraron los españoles, sino aquella por donde salieron cuando dejaron definitivamente la ciudad, la que Lorenzana indica exactamente con el nombre de calle de «Tlacopan», cuyo nombre adulteraron los españoles convirtiéndolo en «Tacuba».

por los duros reveses que habían padecido, deseaban entrar en negociaciones, a cuyo fin le esperaban en la fortaleza de los generales mexicanos, Lleno de complacencia por semejante nueva, se volvió al instante a sus antiguos cuarteles, acompañado de Sandoval, Alvarado y cosa de 60 jinetes.

Los mexicanos propusieron que soltase a los dos sacerdotes que había hecho prisioneros en el templo, para que sirviesen de mensajeros y de agentes de comunicación. En consecuencia de esto, fueron despachados al campo mexicano con las instrucciones correspondientes; pero ya no volvieron, porque todo aquello no había sido más que una artimaña de que se habían valido los aztecas para conseguir la libertad de sus dos sumos sacerdotes o *teoteuctli*, cuya presencia era indispensable en la próxima ceremonia de la coronación.

Cortés, en expectativa de que se verificase un pronto arreglo, hizo que sus oficiales se recobrasen de las fatigas de la jornada; pero supo que los enemigos habían tomado nuevamente las armas y que peleaban con mas furor que nunca; que se habían replegado a tres de los destacamentos que mandaba Alvarado y que se ocupaban activamente en destruir los puentes que éstos custodiaban. Corrido de vergüenza por la infantil credulidad con que, dando oídos a sus lisonjeras esperanzas, se había dejado engañar por un astuto enemigo, montó al instante y seguido de sus bravos compañeros se dirigió a todo escape al teatro del combate. Los indios cedieron al impetu de los blancos; los puentes fueron reedificados, y Cortés y su caballería recorrieron toda la calzada, dispersando con la punta de sus lanzas a los enemigos como a espantados ciervos. Pero antes de concluir esta maniobra tuvo el disgusto de ver que su infatigable enemigo había vuelto a la carga viniendo por las ca-

lles y encrucijadas y que agobiaba a la infantería, que extenuada por el cansancio, ya no podía mantener su posición en uno de los puentes principales. Una inmensa multitud acudía por todas partes y urgía a los blancos con descargas de piedras, dardos y saetas que rebotaban como granizada sobre las armaduras de hierro en los jinetes y las de los bardados caballos. La mayor parte de los proyectiles rechazaban en las armaduras de acero o quedaba embotada en la gruesa cota de algodón; pero algunos de ellos iban tan perfectamente dirigidos, que penetraban por las junturas y dejaban tendidos en el suelo a los jinetes.

La confusión crecía de punto cerca del puente roto. Algunos soldados habían caído dentro del canal, y sus caballos andaban sueltos vagando de acá para acullá. En tal aprieto, Cortés hizo más que ninguno otro por cubrir la retirada a sus compañeros. Mientras reparaba el puente rompió intrépidamente por entre las filas de los bárbaros derribando un enemigo a cada salto de su caballo, defendiendo a sus soldados y esparciendo el terror entre los indios con sólo el bien conocido grito de guerra que acostumbraba. Jamás se ha visto mayor ardimiento ni intrepidez, dice un antiguo historiador, que el que mostró Cortés en aquel día, en que se hizo émulo del romano Cocles (1). Quedóse

(1) Oviedo es quien compara a Cortés con aquel guerrero romano del cual ha dicho Macaulay en su picante leyenda:

«que con tanto valor defendió el puente
en los tiempos de antaño.»

«Muy digno es Cortés que se compare este fecho suyo de esta jornada al de Oracio Cocles que se tocó de suso, porque con su esfuerzo e lanza sola, dió también lugar que los caballos pudieran pasar e hizo desembarazar la puente e pasó a pesar de los enemigos, aún con har-to trabajo.» *Hist. de la Ind.*, M. S., lib. 33, cap. X.

conteniendo a los enemigos hasta que hubo pasado el puente aún el último soldado; después de lo cual, para ponerse en salvo tuvo que dar en medio de los proyectiles de los indios, un salto de cerca de seis pies, pues se habían hundido algunas de las tablas de que estaba hecho el puente (1). Difundióse entre el ejército la noticia de que había sido muerto Cortés, y de allí se propagó a la ciudad, con gran placer de los mexicanos, y después a la fortaleza con terrible consternación para los sitiados. Pero afortunadamente esto era falso, porque aunque recibió dos fuertes contusiones en una rodilla, en lo demás salió ileso. Sin embargo, jamás había estado en igual peligro, por manera que justamente se tuvo su salvación y la de sus compañeros por un verdadero milagro. Más de un grave historiador lo atribuye al auxilio del Apóstol Santiago, patrón de los blancos, a quien en aquellos combates desesperados, se le veía siempre pelear sobre un caballo blanquísimo, desnuda su reluciente espada y acompañado de una señora vestida igualmente de blanco (que se supone que sería la Virgen), y que arrojaba polvo a los ojos de los infieles. Este hecho está atestiguado por españoles y mexicanos (aunque por estos, después de convertidos al cristianismo). Ciertamen-

(1) Guapo salto para un jinete y un caballo cubiertos de pesado acero; pero el hecho no sólo lo cuenta Cortés al emperador en su Relación (Relación segunda, en Lorenzana, pag. 142), sino que lo confirma plenamente Oviedo, el cual lo supo de boca de varios de los que se hallaron presentes. «Y según lo que yo he entendido de algunos de los que presentes se hallaron, demás de la resistencia de aquellos, había de la una parte a la otra casi un estado de saltar con el caballo sin le faltar muchas pedradas de diversas partes, e manos, e por ir él y su caballo bien armados no les hicieron; pero no dejó de quedar atormentado de los golpes que le dieron.» *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulo XIII.

te, jamás fué más necesaria que entonces la ayuda del santo patrono (1).

La llegada de la noche dispersó los tercios aztecas, que se alejaron del campo como aves de mal agüero, y dejó en poder de los blancos el disputado paso. Volviéronse éstos, sin embargo, a sus cuarteles, no con el aire de vencedores, sino con paso lento y ademán abatido, con sus armas descompuestas y sus armaduras estropeadas, y desfalleciendo de hemorragia, de hambre y de fatiga. A esto debía añadirse al llegar a la ciudadela, la funesta nueva de la muerte de Moteuczoma (2).

(1) En verdad que *«dignus vindice nodus»*. La intervención de la caballería celestial en aquellos lances, está testificada por muchas autoridades de peso. Es interesante estudiar la lucha de ideas que pasaba en la cabeza de Oviedo, el cual, se veía urgido entre las ideas dictadas por una razón sana e ilustrada, y las dictadas por la ciega superstición de su época. En el siglo xvi era un combate muy desigual, en el que las últimas debían prevalecer. Es tan característico de la época el pasaje de Oviedo, que lo copiaré literalmente. «Afirman que se vido al Apóstol Santiago a caballo, peleando sobre un caballo blanco en favor de los cristianos; e decían los indios que el caballo con los pies e manos e con la boca mataba muchos dellos, de forma que en poco discurso de tiempo, no pareció indio e reposaron los cristianos lo restante de aquel día. Ya sé que los incrédulos o poco devotos dirán que mi ocupación en esto destos milagros, pues no los vi, es superflua o perder tiempo novelando, e yo respondo que esto a más se puede creer; pues que los gentiles e sin fe e idólatras escriben que ovo grandes misterios e milagros en sus tiempos; e aquellos sabemos que eran causados e fechos por el diablo, pues más fácil cosa es e Dios o la Inmaculada Virgen Señora Nuestra, e al glorioso Apóstol Santiago, e a los santos e amigos de Jesucristo hacer esos milagros que de suyo están dichos e otros mayores.» *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulo XLVII.

(2) «Multi restiterunt lapidibus et jaculis crafossi fuit et Cortecius graviter percussus, pauci evaserunt incolumes et hi adeo languidi ut neque lacertoo erigere nequent. Postquam vero se in arcem recepe-

El monarca indio había ido empeorando cada día más y más desde que recibió la herida, sin embargo, de que la angustia de su ánimo le había causado más estrago que la herida misma. Continuó en el triste estado de insensibilidad que antes hemos descrito; no comunicaba con nadie; era inaccesible a todos los consuelos y se rehusaba a tomar ni alimentos ni medicinas. Viendo que se acercaba el fin del monarca, algunos caballeros que le acompañaban y le profesaban algún afecto, trataron de salvar la alma del moribundo del triste destino que está reservado a los que mueren en las tinieblas de la incredulidad. Por consecuencia, se le presentaron presididos por el padre Olmedo y le suplicaron que abriese los ojos a la luz de la fe, abjurase sus antiguas creencias y consintiese en ser bautizado. Pero Moteuczoma, a pesar de que le sugerían lo contrario, jamás faltó a la fe que había heredado de sus abuelos, y no se le puede tener por apóstata; nombre que merece en la ecepción más odiosa de la palabra quien quiera que, ya siendo cristiano, ya pagano, renuncia a su religión sin estar convencido de que es falsa (1). Lejos de esto, la excesiva

runt acu commodè satis conditas dapès quibus reficerentur invenorunt, nec fortì asperi maliè panis bucellas aut aquam patabilem, de vino aut carnibus sublata erat cura» (Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5. cap. VI.) Véase también la descripción de este reñido combate, en Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S. Gonzalo de Las Casas, Defensa, M. S., parte I, cap. XXVI. Herrera, *Hist. Gral.*, dec. 2. lib. 10. caps. IX-X. Gomara, *Crónica*, cap. CVII

(1) Este pensamiento está expresado con singular energía en los siguientes versos de Voltaire:

Mais rennoncer aux Dieux que l'on croit dans son erreur,
C'est le crime d'un lache, et non pas un coeur;
C'est trahir a la fois sous un masque hypocrite,
Et le dieu qu'on préfère, et le dieu que l'on quitte:

Alzire, Act. 5, sc. 5.

fe en sus oráculos le había hecho fiarse incautamente de los españoles; el trato con éstos no era para hacerle amable la religión que profesaban, y finalmente las calamidades que afligían a su pueblo, debían parecer al monarca el castigo que sus dioses descargaban sobre él, por haber concedido hospitalidad a los que habían destruído y profanado los altares (1).

Así es que cuando el padre Olmedo arrodillado a los pies del hecho de muerte del monarca, con el Crucifijo en las manos, le suplicaba que adorase el signo de la redención de los hombres, rechazó fríamente al sacerdote, di-

(1) Camargo, el tlaxcalteca convertido, dice: que varios conquistadores le aseguraron que Moteuczoma pidió espontáneamente que le bautizasen, ya en los últimos momentos de su vida, y que fueron sus padrinos Cortés y Alvarado. «Muchos afirman, de los conquistadores que yo conocí, que estando en el artículo de muerte, pidió agua de bautismo, e que fué bautizado e murió cristiano, aunque en esto hay grandes dudas e diferentes pareceres; mas como dije de personas fidedignas, conquistadores de los primeros desta tierra, de quien fuimos informados, supimos que fué bautizado y cristiano, y que fueron sus padrinos del bautismo, Fernando Cortés y don Pedro de Alvarado». (*Historia de Tlaxcala*, M. S.) Según Gomara, el monarca deseaba ser bautizado desde antes de la llegada de Narváez; más se había dejado la ceremonia para la Pascua, para que fuese aquélla más solemne; pero la ocupación y peligros que después sobrevinieron, hicieron que se olvidase, y Moteuczoma murió sin ser lavado de las manchas de la infidelidad. (*Crónica*, cap. CVII). Torquemada, a quien nadie tildará de pirrónico en cosas en que se interesa el honor de la religión, desprecia todos estos cuentos que le parecen irreconciliables con el silencio que guardaron Cortés y Alvarado, los cuales no habrían podido menos de ponderar un triunfo que tan inútilmente habían procurado. (*Monarquía Ind.*, lib. 4.º, cap. VII.) Estas observaciones de Torquemada se encuentran confirmadas por el hecho de que ningún escritor digno de fe corrobora las noticias anteriores, mientras que por el contrario están contradichas por otros muchos, por las tradiciones populares, y aún puede decirse que están destruídas por sí mismas.

ciéndole: «Ya no me quedan más que pocos momentos que vivir, y no quiero, en esta hora suprema, abandonar la fe de mis padres (1). Una cosa, sin embargo, oprimía el alma del príncipe, y era la suerte de sus tres hijos, habidos en sus dos mujeres, pues es de saberse que había gran diferencia entre la concubina y la mujer legítima. Llamó, pues, a Cortés y le encomendó especialmente que cuidase de sus tres hijos, que eran las joyas más preciosas que le dejaba. Suplicó al general que se empeñase con su Señor el emperador para que no les privase de toda la herencia, sino que se les concediera una parte de ella. «Nuestro señor, dijo para concluir, así lo hará, aunque no sea más sino por los buenos servicios que he prestado a los españoles y el cariño que les he tenido, el cual me ha traído a esta triste condición, aunque no me pesa de ello.» (2) Tales fueron, según refiere Cortés, las últimas palabras que dijo el monarca al expirar. A poco rato de haberlas dicho

(1) «Respondió, que por la media hora que le quedaba de vida, no se quería apartar de la religión de sus padres.» (Herrera, *Historia general*, dec. 2, lib. 10, cap. X.) «Ya he dicho, dice Díaz, la tristeza que todos nosotros tuvimos por ello, y aun el fraile de la Merced, que siempre estaba con él y no lo pudo atraer a que se volviese cristiano.» Cap. CXXVII.

(2) «Aunque no le pesaba dello.» Pero esto es decir más de lo que puede un hombre. Es probable que las palabras del monarca hayan sufrido alguna alteración al interpretarlas Marina. El lector español encontrará la conversación original en un documento notable que se encuentra en el Apéndice. parte II, núm. xij. El general añade que cumplió fielmente todo lo que le había encargado Moteuczoma, que recibió a sus hijas en su familia misma, y que conforme a la voluntad de su real padre, las hizo bautizar e instruir en la doctrina cristiana. Después casaron con hidalgos españoles, y obtuvieron del Gobierno magníficas dotes. Véase la nota referente a la familia de Moteuczoma, en este mismo capítulo.

murió en brazos de algunos nobles que le habían acompañado fielmente, el 30 de junio de 1520 (1).

Un historiador indio y enemigo de Moteuczoma, esclama de esta suerte: «Así murió el desgraciado Moteuczoma, que había empuñado el cetro con tanta sabiduría y gobierno, que había sido más respetado y temido que ningún otro príncipe de los de su linaje, y aun pudiera decirse, que más que todos los que habían ocupado un trono en el Nuevo Mundo. En él se acabó la línea de los príncipes aztecas y con su vida se extinguió la gloria de un imperio que parecía haber llegado al apogeo de la prosperidad (2). Su muerte fué llorada, dice el antiguo cronista castellano: «por todos los que le conocimos y tratábamos, pues le queríamos como a nuestro padre, de lo que no hay por qué maravillarse, viendo lo bueno que era» (3). Estas sencillas, pero enérgicas demostraciones de sentimiento dadas en tales momentos, son la mejor refutación de las sospe-

(1) Adopto la cronología de Clavijero, la cual no debe estar muy distante de la verdad. (*Stor. del Messico*, t. III, pág. 131.) Con todo, hay razones para creer que murió, por lo menos, un día antes.

(2) «De suerte que le tiraron una pedrada con una honda y le dieron en la cabeza, de que vino a morir el desdichado rey, habiendo gobernado este Nuevo Mundo con la mayor prudencia y gobierno que se pueda imaginar, siendo el más temido y reverenciado y adorado señor que en el mundo ha habido, y en su linaje, como es cosa pública y notoria en toda la máquina deste Nuevo Mundo, donde con la muerte de tan gran señor se acabaron los Reyes Culhuaques Mexicanos, y todo su poder y mando, estando en la mayor felicidad de su monarquía; y así no hay de qué fiar en las cosas desta vida, sino sólo en Dios.» *Hist. de Tlaxcalan*, M. S.

(3) «Y Cortés lloró por él y todos nuestros capitanes y soldados; e hombres hubo entre nosotros de los que le conocíamos y tratábamos, que tan llorado fué como si fuera nuestro padre; y no nos hemos de maravillar de ello, viendo que tan bueno era.» Bernal Díaz, capítulo CXXVI.

chas que algunas veces se tuvieron sobre su fidelidad a los cristianos (1).

No es fácil pintar el retrato de Moteuczoma con sus verdaderos colores, pues ha sido presentado bajo dos luces contrarias. Los españoles, al entrar en la tierra, nos le presentan uniformemente, como un príncipe osado y belicoso, que no reparaba en los medios de saciar su ambición;

(1) «Según las apariencias, dice Herrera, amaba a los cristianos.» (*Historia Gral.*, dec. 2. lib. 10. cap. X.) «Dicen que aunque muchas veces instaron a Moteuczoma, él nunca consintió en la muerte de ningún español, ni se alegró de la herida de Cortés, a quien amaba mucho; pero hay quienes disputan sobre esto.» (Gomara, *Crónica*, capítulo CVII.) Don Thoan Cano aseguró a Oviedo que durante todo el tiempo de la pugna entre los españoles y los mexicanos, tanto cuando Cortés estaba ausente, como después de su vuelta, hizo Moteuczoma todo cuanto pudo para que no careciesen de víveres los españoles. (Véase Apéndice, part. II, núm. 11.) Finalmente, Cortés, en el instrumento público de que ya hemos hablado, hecho seis años después de la muerte de Moteuczoma, da un testimonio concluyente del cariño que les profesaba el emperador, y sobre todo le vindica de haber tenido ninguna participación en el levantamiento de la capital, «que, dice, aun había yo confiado en poder apagar por su ayuda.» (Véase Apéndice, part. II, núm. 12.)

Los historiadores españoles, no obstante que de vez en cuando muestran dudar algo de buena fe del monarca indio para con sus compatriotas, hacen honrosa mención de muchas de las excelentes cualidades que le adornaban. Sin embargo, Solís, el más eminente de todos aquellos, termina su relación de la muerte de Moteuczoma con la siguiente reflexión: «que sus últimos momentos los pasó respirando venganza y en proferir maldiciones contra su pueblo, hasta que dió a Satanás, con el cual había tenido íntimo trato durante su vida, la eterna posesión de su alma». (*Conquista*, lib. 4.º cap. XV.) Afortunadamente, el historiador de los indios, sabía tan poca cosa sobre la suerte que aguardaba a Moteuczoma en el otro mundo, como de lo que había sido en este. ¿Fué el fanatismo, o el deseo de presentar el carácter de su héroe a mejor luz, lo que le hizo oscurecer tan feamente el de su rival indio?

pérfido y falso; temido de sus enemigos y hasta de su mismo pueblo, al cual trataba con arrogancia y dureza. Después le encontraron no sólo afable y gracioso, sino pronto a renunciar a todas las ventajas que le daba su posición, y hacerles partícipes de ellas, obedeciendo como leyes sus caprichos; encontráronle no sólo atento sino hasta afeminado, y constante en su amistad hacia ellos, al tiempo mismo que los combatía con las armas en la mano la nación entera. Estos rasgos, aunque contradictorios, están trazados con fidelidad, y basta lo extraordinario de la posición del monarca, para explicarlos satisfactoriamente.

Cuando Moteuczoma subió al trono, apenas tenía veintitrés años. Joven y ansioso de dilatar sus dominios, estuvo continuamente ocupado en la guerra, y se cuenta que asistió a nueve sangrientas batallas (1). Era muy afamado por sus hechos militares, por lo que pertenecía a los *Quachictin*, la clase más elevada del ejército y de la cual habían sido miembros muy pocos soberanos (2). En los últimos años de su vida prefirió la intriga a la violencia, por convenir mejor aquella con su educación sacerdotal. Era en artes más diestro que ningún otro príncipe de su tiempo, y por medio de algunas, no muy honrosas, despojó de una gran parte de su territorio a su pariente el rey de Tetzcoco.

Siendo severo en la administración de justicia, hizo en los tribunales reformas importantes. Introdujo también algunas innovaciones en el servicio de palacio, creó nuevos oficios y estableció una profusión, etiqueta y magnificencia en las ceremonias de la Corte, desconocidas de sus prede-

(1) «Dicen que venció nueve batallas y otros nueve campos, en desafío, uno a uno.» Gomara, *Crónica*, cap. CVII.

(2) Según Clavijero, solamente otro de sus antecesores llamado Tizoc, perteneció a esta orden de caballería, según aparece de las pinturas jeroglíficas. Clavijero, *Hist. de México*, tom. II, pág. 140.

cesores; pues él daba la mayor importancia a todo lo que miraba al boato y apariencia exterior de la majestad real (1). Fué altivo y decente y cuidaba tanto de su dignidad regia que aún pudiera decirse que era un rey firsante entre los bárbaros potentados del Nuevo Mundo como lo fué Luis XIV entre los civilizados príncipes de la Europa.

Tenía, además, otra semejanza con el monarca francés: su fanatismo religioso en el último período de su vida. Aco-
gió a los españoles creyéndoles los seres sobrenaturales que habían predicho sus oráculos. El mismo miedo que tenía a que visitasen la Corte fué precisamente lo que le hizo entregarse a ellos ciegamente cuando llegaron. Sintióse dominado por un genio superior; les concedió de una vez todo lo que le pidieron; sus tesoros, su poderío y aun su persona. Por obsequiarles prescindió de sus acostumbradas ocupaciones, de sus placeres y de sus hábitos más inveterados. Pudiera decirse que cambió de carácter, y aún que (como le imputaban sus vasallos), había trocado su sexo y se había vuelto mujer. Si bien es cierto que no puede uno menos de mirar con desprecio la cobardía del monarca azteca, algo debemos disculparle considerando que aquella provenía de su superstición; de la superstición que en el salvaje hace las veces de la religión en el hombre civilizado.

No es posible ver sin compasión el destino de Moteuczoma; verle arrebatado por la corriente de los acontecimientos sin poder ni evitarla ni contrastarla; verle semejante al árbol elevado, orgullo de los bosques indios, que despliega la magnificencia de su follaje y que por su misma

(1) «Era más cauteloso y ardidoso, que valeroso. En las armas y modo de su gobierno fué muy justiciero; en las cosas tocante a ser estimado y tenido en su dignidad y majestad real, de condición muy severo, aunque cuerdo y gracioso.» Ixtlilxochilt, *Hist. Chich.*, M. S., capítulo LXXXVIII.

elevación está 'destinado a atraer los rayos, y ser la primera víctima de la tempestad que va a asolar las selvas! Cuando el señor de Tetzoco arengó a su real pariente en la ceremonia de la coronación, le dijo: ¡Feliz Imperio el que hoy ha llegado al medio día de su prosperidad, a ser regido por un príncipe a quien el Altísimo tiene bajo su patrocinio, y a quien las naciones acatarán reverentemente! (1) ¡Ayl! Aquel a quien se dirigían estas felices predicciones, vivió para ver a su Imperio desbaratarse como se funde la escarcha de diciembre; para ver llover de las nubes (pues tal parecía) una raza extranjera que devastase la tierra; para verse prisionero él mismo dentro del palacio de sus padres, hecho el compañero de los enemigos de su pueblo y de sus dioses; para ser insultado, ultrajado, hollado en el polvo, por aquellos ínfimos plebeyos que algunos meses antes temblaban al ver su entrecejo; para exhalar, en fin, su último suspiro dentro de las paredes de un recinto, que sin embargo de estar en el corazón mismo de su corte, era un destierro en que vivía extranjero y solitario. Fué la víctima del destino, de un destino tan impío e implacable, como el que pinta las mitológicas leyendas de la antigüedad (2).

Moteuczoma tenía cuando murió, cosa de cuarenta y un años, de los que había reinado diez y ocho. Su persona y sus modales son los ya descritos arriba. Dejó una numerosa progenie, habida en varias mujeres, la mayor parte de las cuales quedaron después de la conquista enteramente olvidadas y confundidas con la plebe (3). Sin embargo, un

(1) Torquemada (*Monarqu. Ind.*, lib. 4.^o, cap. LXVIII). Trae toda la alocución.

(2) Aeschyl, *Prometh*, v. 514 518.

(3) El Señor Calderón de la Barca, último ministro español en México, nos ha referido que varias veces le aconteció pasar por una

hijo y una hija que abrazaron el cristianismo, fueron el tronco de dos casas nobles de España (1). El Gobierno español, queriendo darles un testimonio de su reconocimiento por los vastos dominios que había adquirido, procedentes de los progenitores de las dos personas ya mencionadas, les concedió extensos señoríos y distinguidos honores hereditarios. Los condes de Moteuczoma y Tula, enlazados con las más nobles familias de Castilla, están denotando con su nombre su ilustre descendencia de la real dinastía de México (2).

cabaña de indios, que después de saludarle a su manera, le aseguraron ser descendientes de Moteuczoma.

(1) Este hijo cuyo nombre de bautismo era «Pedro», descendía de una de las concubinas. Moteuczoma tuvo dos mujeres legítimas; en la primera, llamada Tezalco, tuvo un hijo que pereció en la huida de México, y una hija nombrada Tecuichpo, que abrazó el cristianismo y fué llamada Isabel. Casó siendo todavía muy joven con su primo Guatimotzin, y le sobrevivió tantos años, que después de muerto él, dió su mano sucesivamente a tres castellanos, todos de noble alcurnia. De dos de ellos, don Pedro Callejo y don Thoan Cano, descienden las ilustres casas de la Andrada y Cano Moteuczoma.

Moteuczoma dejó de su segunda mujer, la princesa Acatlan, dos hijas que después de bautizadas recibieron los nombres de María y Leonor. La primera murió sin descendencia. Doña Leonor casó con un hidalgo español llamado Cristóbal de Valderrama, del cual desciende la familia de los Sotelos y Moteuczomas. Ignoro a cuál de estas dos ramas pertenecen los condes de Miravalle de que habla Humboldt. (*Essai politique*, t. III, pág. 73, nota.)

La genealogía la trae muy circunstanciada un Memorial de los nietos de Moteuczoma, reclamando sus derechos a ciertas tierras de la pertenencia de sus respectivas madres. Dicho Memorial, que no tiene fecha, se encuentra entre los M. S. de Muñoz.

(2) Es cosa interesante saber que uno de los descendientes de Moteuczoma, D. Joseph Sarmiento Valladares, conde de Moteuczoma, ha gobernado en México, como virrey, desde 1697 hasta 1701, los dominios de sus bárbaros predecesores (Humboldt, op. cit., pág. 93,

La muerte de Moteuczoma fué una calamidad para los españoles. Mientras vivió tuvieron en sus manos una prenda preciosa, de que podían sacar gran provecho en un caso apurado, y hoy, estaba ya roto el último eslabón que los unía con los naturales. Pero, independientemente del interés, a Cortés y a sus oficiales afligió mucho la muerte de Moteuczoma, porque le querían y porque era natural que les consternase ver los yertos restos del herido monarca, y comparar aquella triste condición a que su amistad le había reducido, con la tan floreciente que tenía cuando llegaron a México.

El general español mostró respetar sumamente su memoria. Su cuerpo, ataviado de las reales vestiduras, fué conducido a la ciudad en hombros de los nobles, en un féretro magnífico. Ignórase los funerales que allí se le hicieron, si es que se le hicieron funerales. Un sordo rumor que se percibió por el rumbo del Poniente de la capital, hizo pensar a los españoles que sería la procesión fúnebre

nota). Solís habla de esta noble familia, grande de España, que mezcló su sangre con la de los Guzmanes y Mendozas. Clavijero trae la descendencia de dichas casas, del hijo del emperador Yohualicahua, o D. Pedro de Moteuczoma, como se le llamó después de bautizado, cuya descendencia se extinguió a fines del siglo pasado. (V. Solís, *Cong.*, lib. 4.º, cap. XV. Clavijero, *Stor. del Mess.*, t. I, pág. 302.) El último vástago de esta línea, de quien yo he podido tener noticias, murió, no hace mucho tiempo, en este país (los Estados Unidos). Era muy rico y poseía grandes estados en España; pero, a lo que parece, no era muy cuerdo, pues que teniendo setenta años o más, pasó por México llevado de la loca esperanza de que la nación, por razón de su alcurnia, le elevase al trono de sus antepasados, recientemente ocupado por el presuntuoso Iturbide. Pero los mexicanos modernos, no obstante que detestan a los antiguos españoles, no respetaron la sangre real azteca. El desgraciado noble se retiró poco después a Nueva Orleáns, donde puso término a sus días volándose la tapa de los sesos, no por ambición, sino, según cuentan, por un amor burlado.

que conducía el cuerpo del monarca al cerro de Chapultepec, para depositarlo entre las sombras venerables de los pasados príncipes (1). Otros son de dictamen que el cadáver fué llevado a una hoguera fúnebre en la ciudad de Copalco, y que allí quedó reducido a cenizas, con todas las solemnidades de estilo y entre las lamentaciones de los magnates, aunque acompañadas también de los insultos del populacho (2). Pero sea de esto lo que fuere, el pueblo, ocupado enteramente en las trágicas escenas de la fortaleza, no se cuidaría mucho de los funerales de un monarca que no había participado últimamente de los movimientos patrióticos de la nación. Ni tampoco es de extrañar que se haya perdido aún la memoria de su sepulcro, en la terrible catástrofe que envolvió a la capital y que borró de su superficie hasta la última huella.

(1) Gomara. *Crónica*, cap. CVII. Herrera, *Hist. Gen.*, dec. 2. libro 10, cap. X.

(2) Torquemada. *Monarqu. Ind.*, lib. 4.º, cap. VII.

CAPÍTULO XI

CONSEJO DE GUERRA.—LOS ESPAÑOLES EVACUAN LA CIUDAD.—
NOCHE TRISTE —TERRIBLE MATANZA.—HACEN ALTO POR LA
NOCHE.—PÉRDIDAS QUE TUVIERON.

(1520)

Ya no se disputaba sobre la necesidad de evacuar la ciudad; las dudas recaían solamente sobre el momento de hacerlo y sobre el camino por donde debía verificarse la retirada; para deliberar sobre todo lo cual convocó un Consejo de guerra el comandante español. Proponíase retirarse a Tlaxcalan, y desde allí determinar según las circunstancias se presentasen, sus futuras operaciones. Después de alguna discusión, se convino en tomar el camino de Tlaco-pan, el cual era ciertamente más largo que cualquiera de los dos por donde habían entrado; pero precisamente por esta causa sería también el menos vigilado y siendo, por otra parte, la calzada menos larga, por ella se podía llegar antes a tierra firme y ponerse comparativamente en salvo.

En cuanto a la hora de la salida hubo diferencia de opiniones; algunos proponían que se hiciese de día, para poder ver y calcular todos los peligros que les rodeasen y preverse contra ellos; mientras que la oscuridad dificultaría sus movimientos, sin dificultar los del enemigo que conocía

perfectamente el terreno; además, de noche habría mil obstáculos para obrar de concierto, para obedecer y aun para saber las órdenes del general. Pero los de dictamen contrario replicaban que sería más conveniente salir de noche, pues el enemigo no acostumbraba pelear a aquella hora; decían que las operaciones ofensivas que habían hecho últimamente los españoles, debían tener descuidados a los mexicanos, que no podían sospechar que aquellos iban a verificar tan pronto su retirada; y que, por otra parte, se podían alejar de la ciudad con celeridad y precaución, por manera que no se descubriese su retirada, la que una vez verificada, ya no había que temer.

Cuentan que este último parecer fué corroborado por un soldado llamado Botello, que se preciaba de conocer los misterios de la astrología judiciara. Había cobrado gran fama entre el ejército por haber hecho algunas predicciones que se habían cumplido; predicciones que felizmente se habían realizado, y que entre la crédula multitud pasaban por cálculos (1). Este hombre aconsejó a sus compatriotas que de cualquiera manera que fuese, procurasen salir de la ciudad por la noche, por ser la hora más propicia para ellos, aunque para él debía ser aciaga. El éxito probó que el astrólogo acertó con su horóscopo, aunque no con el de sus compañeros (2).

Acaso las predicciones de Botello tendrían alguna parte en las determinaciones de Cortés, porque la superstición

(1) Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLVII.

El astrólogo, predijo que Cortés se vería reducido al último extremo de miseria, y que después tendría grandes honores y fortuna. Bernal Díaz. *Hist. de la Conq.*, cap. CXXVIII. Mostróse en esto tan eminente en su arte, como la sibila india que predijo el destino de la desventurada Josefina.

(2) «Pues al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que también allí murió.» Ibid, *ubi. supra*.

era el rasgo predominante de aquella época, y el general, como ya lo hemos visto, tenía su buena dosis de superstición; por otra parte, en los momentos aciagos, se ven los hombres dispuestos a creer en lo maravilloso. Pero lo más probable es, que siendo la opinión del astrólogo acorde con su propio dictamen, se haya valido de los consejos de aquel para dominar a sus soldados e inspirarles mayor confianza. Sea de esto lo que fuere, es el caso que determinó abandonar de noche la ciudad.

El primer cuidado del general fué asegurar el transporte del tesoro. Como hemos dicho en otra parte, muchos de los soldados habian convertido el oro que les había tocado del botín, en cadenas, collares y otros objetos portátiles. Pero el real quinto y el de Cortés, y gran parte del rico botín de los capitanes, había sido fundido en barras y tejos, y depositado en uno de los salones del palacio. Cortés confió el quinto de la corona a los regidores y alcaldes, y les dió para que lo llevasen una muy buena yegua y algunos soldados castellanos (1). Gran parte del tesoro, tan-

(1) El lugar donde iba el tesoro, se ignora a punto fijo, aunque se sabe de cierto cuál fué la suerte que corrió. El general no estuvo exento de que se le acusara de negligencia, y aún con más sin razón todavía, de peculado. La noticia que yo doy en el texto, está tomada sustancialmente de las declaraciones juradas que dieron los principales actores de aquel drama, y que constan en la Probanza a que tantas veces me he referido. «Hizo sacar el oro e joyas de sus Altezas e le dió e entregó a los otros oficiales, Alcaldes y Regidores, e les dijo a la sazón que así se lo entregó, que todos viesen el mejor modo e manera que había para lo poder salvar; que él allí estaba para por su parte hacer lo que fuere posible e poner su persona a cualquiera trance e riesgo que sobre lo salvar viniese..., el cual les dió para ello una muy buena yegua e cuatro o cinco españoles de mucha confianza, a quien se encargó la dicha yegua cargada con otro oro.» Probanza hecha a pedimento de Juan de Lexalde.

to de la corona como de los particulares, fué preciso abandonarlo por falta de medios de trasportes. El oro estaba amontonado en el suelo, excitando la codicia de los soldados. «Tomad el que queráis, le dijo el general, que mejor es eso, que no el que le cojan estos perros (1); pero cuidado de no llevar tanto que os estorbe, pues en la oscuridad de la noche se camina con más seguridad, mientras menos peso se lleva.» Los más de sus antiguos compañeros de armas, siguieron el consejo y sólo cogieron ciertos artículos de poco bulto, aunque tal vez de mucho valor (2); pero los reclutas de Narváez, ávidos de riquezas de que tanto habían oído hablar y de que hasta ahora habían visto tan poco, no fueron igualmente discretos. Parecioles que tenían delante todas las minas de México, y echándose sobre el fatal tesoro, no sólo cogieron con avidez lo que cómodamente podían llevar consigo, sino cuanto cupo en sus alforjas, maletas y demás medios de trasportes que hubieron a las manos (3).

Cortés dispuso inmediatamente la marcha. La vanguardia la componían doscientos infantes e iba al mando del valiente Gonzalo de Sandoval, ayudado de Diego de Ordaz, Francisco de Lujo y cosa de otros 20 jinetes. La retaguardia, compuesta del grueso de la infantería, iba a las órdenes de Alvarado y Velázquez de León. El general man-

(1) «Desde aquí se lo doy, como se ha de quedar aquí perdido entre estos perros.» Bernal Díaz. *Ibid.*, loc. cit. Oviedo, *Hist. de las Indias*, M. S., lib. 33, cap. XLVII.

(2) Bernal Díaz nos cuenta que él se contentó con cuatro «chalcivitles», la gran piedra verde tan estimada de los indios, los cuales escogió de los cofres de Cortés, antes que el mayordomo del rey tuviese tiempo para guardarlos: precaución prudente, pues que le sirvieron para comprar víveres y medicinas en las grandes escaseces que padecieron después. *Ibid.*, loc. cit.

(3) Oviedo, *Ibid.*, *ubi. supra.*

daba el centro o la «batalla», en la cual iban los bagajes, los gruesos cañones (aunque algunos de ellos venían a retaguardia), el tesoro y los prisioneros. Eran éstos: un hijo y dos hijas de Moteuczoma, Cacamac, el depuesto rey de Tetzco, y otros varios nobles a quienes Cortés había retenido cautivos para que en sus negociaciones futuras con el enemigo, le sirviesen de prendas. Los tlaxcaltecas estaban distribuídos casi igualmente entre las tres divisiones. Cortés llevaba bajo sus inmediatas órdenes 100 de sus antiguos veteranos armados de lanzas, y a Cristóbal de Olid, Francisco de Morla, Alonso de Ávila y a otros dos o tres hidalgos que formaban un cuerpo selecto, dispuestos a acudir adonde fuese necesario.

El general había mandado construir un puente portátil para echarlo sobre los canales y poderlos pasar. Confiólo a un oficial nombrado Magarino, que llevaba 40 soldados, con orden de defender el paso hasta la última extremidad. El puente debía levantarse luego que hubiese pasado todo el ejército, y ser llevado al canal inmediato. Había en la calzada tres fosos, y ojalá que la previsión del general hubiese hecho construir otros tantos puentes, que muy diferente hubiera sido la suerte del ejército; pero el trabajo que costaba hacerlos era mucho y el tiempo de que se podía disponer era poco (1).

A la media noche ya estaban las tropas sobre las armas, dispuestas para emprender la marcha. Díjose misa por el padre Olmedo que invocó la ayuda del cielo en los tremendos peligros de aquella noche. Abriéronse las puertas de

(1) Gomara. *Crónica*, cap. CIX. Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 143. Oviedo. *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulos XIII-XLVII

la fortaleza, y el 1.º de julio de 1520, dejaron los españoles para siempre aquellas murallas testigos de sus horribles padecimientos y de su indómito valor (1).

La noche estaba oscura, y aumentaba su horror la lluvia que caía a torrentes y sin intermisión. La gran plaza de frente a la fortaleza estaba tan desierta como lo había estado desde la muerte de Moteuczoma. Los españoles atravesaron callada y cautamente la calle real de Tlacopan, que hacía poco tiempo había resonado con el estrépito y tumulto de la batalla. Todo estaba hundido en el silencio, y lo que únicamente venía a recordar a los españoles lo pasado, era uno que otro cadáver o un montón de ellos, en los lugares en que más reñida había sido la refriega. Al pasar los españoles por las callejuelas y encrucijadas que iban a desembocar en la calle principal, veían los canales, cuya tersa superficie brillaba con una especie de lustre negro como de ébano, y les parecía divisar las sombras de enemigos ocultos en acecho y prontos a precipitarse sobre ellos; pues no era más que una visión, pues la ciudad dormía tranquila, sin que su sueño fuese interrumpido más que por el prolongado eco de las pisadas de los caballos, y por el sordo rumor de los bagajes y la artillería. Por últi-

(1) Hay algunas dificultades para determinar exactamente la fecha de la salida, como sucede con casi todos los sucesos de la conquista, a causa de que la cronología pareció cosa superflua a los antiguos cronistas. Ixtlilxochitl, Gomara y otros, dicen que fué el 10 de julio; pero esto es abiertamente contrario a lo que dice Cortés, quien asegura que el ejército llegó a Tlaxcalan el 8 (no el 10 de julio, como equivocadamente copió Clavijero, *Hist. de México*, t. III, págs. 135-136, nota). Y del exacto itinerario del general resulta que abandonaron la capital en la noche del último de junio, o por mejor decir, en la madrugada del 1.º de julio. Él añade que esto fué la noche siguiente a la acción que tuvieron en los puentes, en la ciudad. Compárense las páginas 142-149 de la Relación segunda de Cortés, en Lorenzana.

mo, descubrieron más allá de una oscura línea de casas, un espacio luminado, que indicó a la vanguardia que había llegado a la entrada de la calzada. Alegrábanse ya de haber escapado de los peligros de un asalto en la ciudad misma, y de que pronto iban a estar comparativamente seguros, cuando vieron que no todos los mexicanos estaban durmiendo.

Ya al tocar al extremo de la calle y al entrar en la calzada, estando preparando el camino para echar el puente portátil, sobre la primera cortadura, fueron sentidos de los centinelas que habían sido apostados allí, lo mismo que en las demás entradas de la ciudad, los cuales dieron la seña de alarma y huyeron dando gritos adonde estaban sus compañeros. Los sacerdotes, que desde los teocallis velaban y tocaban las horas, difundieron al punto la noticia, tañendo sus atabales y el enorme tambor cuyos melancólicos tonos, que sólo se oían en las grandes calamidades, vibraron en el devastado templo del dios de la guerra, y se escucharon por todos los ángulos de la ciudad. Los españoles conocieron que no había tiempo que perder: hicieron traer y echar el puente con la mayor celeridad. Sandoval fué el primero que puso a prueba la resistencia del puente, atravesándolo con su puñado de jinetes, sus doscientos infantes y sus aliados tlaxcaltecas, que formaban la primera división. Luego llegó Cortés con sus escuadrones, sus cañones y bagajes; pero antes de que hubiese acabado de desfilar, se oyó que se acercaba un rumor semejante al que hace un bosque, cuyo follaje es agitado por el huracán. El ruido crecía más y más a cada instante, al mismo tiempo que en la oscura superficie de las aguas, se percibía un chasquido como de muchos remos. Después llegaron algunas que otras piedras y saetas descarriadas, que pasaban por entre las presurosas tropas.

A pocos instantes, las piedras y las saetas caían a millares, y atronaba los cielos el chillar de millares de millares de indios, que parecía que de un golpe habían inundado la tierra y el lago.

Los españoles proseguían imperturbables su camino en medio de aquella granizada; pero los bárbaros acercaban sus canoas a las orillas de la calzada, saltaban a tierra e intentaban romper las filas castellanas. Los españoles, que lo que deseaban únicamente era escaparse, evitaban todo combate que no tuviese por objeto la preservación. Los jinetes acometían con el caballo sobre los enemigos y pasaban por encima de su cuerpo derribado; los infantes se abrían paso con la punta de su acero o la culata de sus mosquetes, y arrojaban a los enemigos a las orillas de la calzada.

Pero la marcha de un ejército de algunos miles de hombres, por un desfiladero que sólo tenía el ancho bastante para quince o veinte, era por precisión larga; así es que la vanguardia ya había llegado a la segunda cortadura, y la retaguardia todavía no acababa de pasar la primera. Tuviron, pues, que hacer alto, por no tener modo de pasar adelante, resistiendo entre tanto la incesante hostilidad de los indios, que cerca de los fosos estaban aglomerados en mucho mayor número. La vanguardia, que estaba en el mayor aprieto, mandaba repetidos recados a los de atrás, para que se diesen prisa a pasar y les enviasen el puente portátil. Por último, atravesóle todo el ejército, y Magarino y sus robustos compañeros procuraron levantar la pesadísima máquina; pero se había enterrado de los dos lados del foso. Todos los esfuerzos para removerla fueron inútiles; el peso de tantos hombres y caballos, y sobre todo, de la artillería, había enterrado tan de firme las vigas en la tierra y las piedras, que no había fuerza bastante

a sacarlas. Fuera de esto, tenían que ejecutar aquella maniobra en medio de una nube de proyectiles; por lo que después de muertos muchos y de heridos todos, tuvieron que desistir de todas sus tentativas.

La noticia se fué propagando de uno en uno hasta llegar a oídos de todo el ejército: entonces, se escuchó un grito de desesperación que aumentó por un instante el horror de aquel lance. Faltaban todos los medios de retirarse; ya no quedaba esperanza ninguna, fuera de la que cada cual pudiese tener en sus propios esfuerzos; acabaron la subordinación y la disciplina; y como el sumo peligro produce el sumo egoísmo, todos pensaban nada más que en su vida; al andar pisoteaban a los muertos y heridos, sin cuidarse de si eran compañeros o enemigos. Las prolongadas filas de los españoles, batidas por la retaguardia, se apiñaban y huían hacia la orilla del lago. Sandoval, Ordaz y lo demás jinetes se arrojaron al agua; algunos de ellos lograron atravesar a nado el foso; pero otros no lo consiguieron, y algunos que llegaron a la orilla opuesta, al dar el salto, se fueron de cabeza al agua con caballo y todo. La infantería caminaba en la mayor confusión y desorden, acribillada por las saetas de los aztecas y recibiendo sus golpes. Algunos desventurados soldados fueron arrastrados, medio aturdidos, a bordo de una canoa y conducidos adonde su muerte sólo fuese retardada para hacerla más horrible (1).

La matanza fué horrenda en la calzada. Las gruesas filas de los españoles presentaban un blanco seguro a los proyectiles de los indios, los cuales, en el furor del combate,

(1) Ibid, pág. 143. Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S. Bernal Díaz, cap. CXXVIII. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulos XIII-XLVII. Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XXIV. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. VI. Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 10, cap. IV. Probanza en la Villa Segura, M. S.

solían matar hasta a sus mismos camaradas. Los que estaban cerca de la calzada arrimaban a ella con tal fuerza sus canoas, que se rompían éstas con el choque; saltaban a tierra y se abalanzaban sobre los cristianos, hasta que los unos y los otros caían juntos en el agua; pero el azteca caía entre sus amigos, y su antagonista era conducido, en triunfo, al sacrificio. En medio de aquel combate se escuchaba un horrisono clamor, en el cual se confundían los espantosos gritos de venganza con los ayes de los agonizantes, las invocaciones a los santos con los llores y lástimas de las mujeres (1), pues es de saberse que en el campo cristiano las había, tanto naturales como españolas. Entre éstas se hallaba doña María de Estrada, célebre por el valor que mostró en esta ocasión, en que peleó con su espada y su adarga como el más fuerte de los conquistadores (2). El foso se había llenado con los restos de las cosas que habían pasado por allí: de cajas de municiones, de cureñas de cañón, de tercios de telas, de cajitas llenas de barras de oro, de cuerpos de hombres y de caballos, etcétera, etc.; hasta que, por último, estos restos fueron tantos que, por sobre ellos pudieron, los de la retaguardia, pasar al otro lado (3). Dicen que Cortés encontró un punto que

(1) «Pues la grita y llores y lástimas que decían demandando socorro: ayudadme, que me ahogo; otros: socorredme, que me matan; otros, demandando ayuda a Nuestra Señora Santa María y a Señor Santiago.» Bernal Díaz, *ibid*, *ubi. supra*.

(2) Y asimismo se mostró muy valerosa en este aprieto y conflicto María de Estrada, la cual, con una espada y una rodela en las manos, hizo hechos maravillosos, y se entraba por los enemigos, con tanto coraje y ánimo como si fuera uno de los más valientes hombres del mundo, olvidada que era mujer... Casó esta señora con Pedro Sánchez Farfán, y diéronle, en encomienda, el pueblo de Tetela.» Torquemada, *Monarquía Ind.*, lib. 4.º, cap. LXXII.

(3) Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S. Bernal Díaz, *ibid*, *ubi. supra*.

era vadeable, y que, haciendo alto, aunque el agua le llegaba hasta la cincha del caballo, procuró contener el desorden y llevar a sus compañeros, por un lugar menos inseguro, hasta la orilla opuesta; pero su voz se perdía entre la bélica algazara. Finalmente, se adelantó a toda prisa, acompañado de los bravos caballeros que iban con él y llegó a la vanguardia, habiendo visto morir a su lado a su escudero Juan de Salazar. Allí encontró a Sandoval con los suyos detenido a la orilla de la tercera y última cortadura, el cual procuraba alentarlos para que la salvaran; pero eran infructuosas las tentativas, pues aquella era ancha y profunda; aunque, por otra parte, los enemigos no hostilizaban tanto aquí como en las otras dos. Los jinetes dieron el ejemplo entrando en el agua. Los caballos y los hombres se echaron en seguida como pudieron, unos a nado, y otros asiéndose de las crines y colas de los animales. Los que mejor salieron, fueron como el general lo había predicho, los que iban menos cargados; mientras que cupo una suerte infeliz a muchos de los que, agobiados por el oro que tanto codiciaban, encontraron su tumba en las salobres aguas del lago (1). Cortés y sus valientes hidalgos, Olid,

«Por la gran prisa que daban de ambas partes del camino comenzaron a caer en aquel foso y cayeron juntos qué de españoles, qué de indios y caballos y de cargas. y el foso se hinchó hasta arriba, cayendo los unos sobre los otros, y los otros sobre los otros, de manera que todos los del bagaje quedaron allí ahogados, y los de la retaguardia pasaron sobre los muertos.» Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 1.º, cap. XXIV.

(1) «E los que habían ido con Narváez arrojáronse en la sala a cargáronse de aquel oro y plata cuanto pudieron; pero los menos lo gozaron, porque la carga no les dejaba pelear, e los indios los tomaban vivos cargados, e a otros los llevaban arrastrando. e y otro mataban allí. E así no se salvaron sino los desocupados e que iban en la delantera.» Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLVII.

Morla, Sandoval y otros pocos, siguieron avanzando, procurando sacar a los restos del ejército de aquella fatal calzada. El estrépito del combate disminuía con la distancia, pero a poco tiempo les llegó la noticia de que la retaguardia sucumbiría indefectiblemente si no recibía oportuno socorro. Dárselo era casi un acto de desesperación, pero los hidalgos españoles no se paraban a calcular el peligro cuando alguien demandaba su amparo. Volvieron caras y se dirigieron apresuradamente al campo de batalla, se abrieron paso por entre la multitud, atravesaron el canal y llegaron al punto en que más reñida era la refriega (1).

El primer albor de la mañana se reflejaba sobre las aguas, y alumbraba las horrendas escenas que se habían ejecutado en medio de la oscuridad de la noche. Las gruesas masas que combatían a orillas de la calzada, disputaban con tal ímpetu el terreno que estaban pisando, que parecía que la tierra temblaba, y, efectivamente, algunos puntos de la calzada se sacudían como si hubiese un terremoto. Al mismo tiempo la superficie de la laguna, hasta donde podía alcanzar la vista, estaba cubierta de millares de canoas llenas de guerreros, cuyas lanzas y espadas armadas de filosas láminas de obsidiana, relucían con los rayos del sol matinal.

Encontraron a Alvarado desmontado y acompañado de un puñado de compañeros, en encarnizada lucha con una multitud de enemigos que le agobiaban con sólo su peso. Su excelente corcel que le había acompañado en más de cien duras batallas había muerto (2). Herido Alvarado en

(1) Herrera, *Hist. Gen.*, dec. 2, lib. 10, cap. XI. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. X. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, capítulo CXXVIII.

(2) Luego encontraron con Pedro de Alvarado bien herido con una lanza en la mano a pío, que la yegua alazana ya se la habían muerto. • Ibid.

varias partes, se esforzaba inútilmente por reunir su columna dispersada y arrojada a la orilla del canal por el furioso enemigo que a aquella hora ya era dueño de toda la retaguardia y estaba recibiendo de la ciudad refuerzos nuevos. La artillería no había sido infructuosa en los primeros momentos del combate, pues las balas habían atravesado la calzada y derribado indios a centenares; pero la impetuosidad de éstos fué irresistible. Las filas delanteras empujadas por los que venían atrás, se arrojaron sobre las piezas, y semejantes a un torrente arrebataron cuanto encontraron, hombres y cañones. La impetuosa embestida de los españoles recién venidos, hizo mudar de pronto el aspecto de la lucha y dió tiempo a sus compatriotas dispersos, para reunirse aunque débilmente. Pero el reflujo de los indios obligó a Cortés y a sus compañeros a echarse al agua, aunque no todos escaparon. Alvarado se detuvo un momento a la orilla del lago, sin saber qué hacerse. Desmontado como estaba, ninguna esperanza de salvación le ofrecía arrojarle al agua, habiendo una multitud de canoas enemigas que cercaban la cortadura; para resolverse sólo quedaba un instante; pero era hombre de formas vigorosas y por otra parte, la desesperación le dió fuerzas sobrehumanas. Clavó de firme su lanza en los objetos que asomaban por sobre las aguas, se echó hacia adelante con todo el impulso posible, y de un salto salvó el foso. Los aztecas y tlaxcaltecas que le miraban asombrados y estupefactos, exclamaron al ver aquel salto incomprensible: «¡De veras este es *Tonatiuh*!» (el hijo del sol). (1) No se sabe cuál era el ancho de

(1) «Y los enemigos, vista tan gran hazaña, quedaron maravillados, y al instante que esto vieron se arrojaron por el suelo postrados por tierra en señal de hecho tan heroico espantable y raro que ellos no habían visto hacer a ningún hombre, y así adoraron al sol comiendo puñados de tierra, arrancando yerbas del campo, diciendo a grandes

la zanja, pero era tan considerable que el capitán Díaz que la vió, afirma que salto igual no lo puede dar ningún hombre (1). Sin embargo, hay contemporáneos de la conquista que no creen en la anécdota (2). Pero en lo que no cabe duda es en que en aquel tiempo era creencia popular y en que aún en nuestros días es sabida de todos los habitantes de la capital; el nombre de Salto de Alvarado que tiene el lugar donde se dió, recuerda una de esas hazañas dignas de competir con las de los semidioses de la fábula griega (3).

voces: verdaderamente que este es «hijo del sol.» (Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S.) Este escritor consultó la probanza hecha por los herederos de Alvarado, en la cual alegan los méritos de su antepasado y afirman que están atestiguados por los más valientes capitanes tlaxcaltecas que estuvieron presentes en aquella batalla. Acaso el famoso salto estaría entre los méritos de que habla el historiador. M. de Humboldt que cita a Camargo, como tal lo considera. (*Essai politique*, tomo II, pag. 75.) Esta autoridad probaría más que cualquiera otra, pero el lenguaje de Camargo, no me parece que autoriza para sacar semejante consecuencia.

(1) «Se llama ahora la puente del salto de Alvarado, y platicábamos muchos soldados sobre ello y no hallábamos razón ni soltura de un hombre que tal saltase.» *Hist. de la Conq.*, cap. CXXVIII.

(2) Gomara, *Crónica*, cap. CIX. Camargo, *Ibid.*, *ubi. supra*. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLVII. Este último autor dice frecuentemente que muchos que vieron el lugar le aseguraron que era imposible. «Fué tan extremado de grande el salto, que a muchos hombres que han visto aquello, he oído decir que parece cosa imposible haberlo podido saltar ningún hombre humano. En fin, él saltó e ganó en ello la vida, e perdiéronla muchos que atrás quedaban».

(3) A todos los viajeros se les enseña aquel sitio que es un foso de poca anchura, atravesado por un puentecillo y que está cerca de la extremidad occidental de la Alameda. Como aquel sitio recibió su nombre desde en tiempo de Alvarado, esto no ha de haber desmentido el cuento; pero no sabiéndose a punto fijo la magnitud del salto, por muy extraordinario que se le pondere, no hay medio de juzgar sobre su probabilidad.

Cortés y sus compañeros se pusieron al frente de las tropas que iban desordenadas y confusamente huyendo de la funesta calzada. Unos pocos enemigos eran los que únicamente les picaban la retaguardia; recibiendo también algún daño de los que desde las canoas les disparaban nubes de flechas. Distrajo la atención de los aztecas el rico botín que había quedado esparcido por el campo de batalla, lo que fué gran fortuna para los españoles, pues si sus enemigos hubieran continuado persiguiéndoles con el mismo encarnizamiento con que hasta entonces habían peleado, probablemente no habría quedado si un solo cristiano. Pero poco molestados, pudieron desfilas por el pueblecillo adyacente, o por mejor decir, por los suburbios de Popotla (1).

El comandante español, después de apearse de su fatigado corcel y de recostarse en las gradas de un templo indio, miró tristemente desfilas por delante de él, sus destrozadas tropas. La caballería, la mayor parte sin caballos, venía confundida con la infantería, la cual arrastraba con trabajo sus cansados miembros. Las rotas mallas y desgarradas vestiduras salpicadas de lodo salado, dejaban ver sus grandes heridas. Sus relucientes armas, sus cascos y banderas, su tren y su artillería, en suma todo lo que constituye el orgullo y los trofeos de una guerra gloriosa, todo se había perdido para siempre. Al pasar Cortés la vista por aquellas menguadas y desordenadas filas, en vano buscó la cara

1. «Fué Dios servido de que los mexicanos se ocupasen en recoger los despojos de los muertos y las riquezas de oro y piedra, que llevaba el bagaje, y de sacar los muertos de aquella acequia, y a los caballos y otras bestias. Y por esto no siguieron el alcance y los españoles pudieron ir poco a poco por su camino sin tener mucha molestia de enemigos.» Sahagun. *Hist. de la Nueva España*. M. S., lib. 12, capítulo XI.

de muchos de los antiguos y queridos compañeros que le habían seguido inseparablemente en todos los peligros de la campaña. Aunque acostumbrado a reprimir sus emociones o a lo menos a disimularlas, aquel espectáculo fué superior a las fuerzas de Cortés, que ocultó el rostro entre las manos, y cuyas lágrimas no pudo contener, revelaron la angustia mortal que devoraba a su alma (1).

Con todo, algún alivio sintió al ver a muchos de los hidalgos en quienes más confiaba. Alvarado, Olid, Ordaz, Sandoval, Ávila, aún no perecían. Cúpole también la satisfacción de ver salva a la intérprete Marina, a quien amaba tanto y que tan útil era al ejército. Había sido confiada, juntamente con la hija de un tlaxcalteca, a una partida considerable de estos guerreros, que venían en la vanguardia y que cuidó fielmente de preservarla de todos los peligros de aquella noche. Aguilar, el otro intérprete, también había escapado, e igualmente el constructor de las naves, Martín López (2). El empeño con que se informó Cortés de la suerte de este hombre, que tan interesante era para el buen éxito de las operaciones subsecuentes, prueba que el indomable espíritu de Cortés, aun en los momentos de mayor aflicción, se ocupaba en preparar la hora de la venganza.

El ejército llegó a las inmediaciones de una ciudad llamada Tlacopan (Tacuba), que fué en un tiempo la capital de un señorío independiente. Hizo alto en la calle principal, como vacilante e incierto del camino que había de tomar; semejante a un tímido ciervo que va huyendo de los cazadores y en cuyos oídos resuena todavía el ladrido del sabueso y la bocina y que busca asustado, por todas par-

(1) Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLVII. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXXIX. Gomara, *Crónica*, cap. CIX.

(2) Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 10, cap. XII.

tes, un antro en que ocultarse, Cortés, que se había adelantado y puesto a la cabeza del ejército, conoció cuán peligroso era permanecer en el corazón de una ciudad populosa, cuyos habitantes podían causar gran daño desde las azoteas, sin recibir ellos ninguno. Continuó, pues, avanzando e internándose y trató de reorganizar y medio ordenar sus desconcertados batallones (1).

A poca distancia, hacia la izquierda, se levantaba una montaña que miraba hacia las cordilleras que atravesaban el valle por la parte del poniente. Llamábase el cerro de Otoncalpolco, y también cerro de Motencozoma (2). Estaba coronada de un teocalli, cuyo extenso atrio ocupaba gran espacio, y que por su elevada posición, que dominaba aquellas llanuras, ofrecía un sitio a propósito para que se guarriesen las fatigadas tropas. Pero éstas, desalentadas y aterradas por los últimos reveses, no parecía que estuviesen capaces de otro nuevo encuentro, y éste era inevitable para apoderarse del templo, pues lo defendía un cuerpo de indios. Cortés conoció que desalojarles de allí era preciso, a no ser que quisiera ver destruido hasta el último resto de su ejército; y el éxito probó que aquel hombre todavía ejercía sobre sus tropas un imperio más fuerte que el de las circunstancias. Ayudado de sus valerosos capita-

(1) «Tecuba», dice el interesante viajero Latrobe, «esté casi al pie de la cordillera, y hoy sólo es notable por la espaciosa y venerable iglesia que erigió allí Cortés». No lejos de allí se ven las líneas de un campamento español. No temo ser temerario al aventurar la opinión (aunque acaso será una coincidencia) de que ésta misma fué la posición que escogió Cortés para atrincherarse después de la retirada arriba mencionada, y antes de emprender su penosa marcha para Otumba. (Viaje a México, carta 5.^a) Según lo que hemos dicho en el texto, es evidente que Cortés no hizo allí ninguna fortificación, a lo menos retirarse de México.

(2) Lorenzana, *Viaje*, pág. 13.

nes, consiguió infundir a los más abatidos una chispa del intrépido brío que a él le animaba, y les condujo al frente del enemigo; pero los indios opusieron muy débil resistencia, y después de unas cuantas descargas, que hicieron muy poco daño, abandonaron el campo a los españoles.

El edificio era amplio y ofrecía cómodo alojamiento para los pocos españoles que habían quedado. Allí encontraron algunos víveres y luego les trajeron más de varios pueblos otomíes de las inmediaciones, de los que eran amigos. Había, además, en los patios, alguna leña destinada al uso del templo; con ella hicieron hogueras en que se secaron los vestidos, que estaban empapados, y en seguida se ocuparon en curarse recíprocamente sus heridas, que con el abandono y la fatiga se habían agravado y puesto muy dolorosas. Después de este refrigerio se tendieron a la larga en los atrios del templo, y allí encontraron luego ese consuelo que la naturaleza rara vez rehusa, aun en medio de los mayores padecimientos (1).

Entre todos los españoles había, sin embargo, uno que no cedía al sueño con igual facilidad. ¡Qué cúmulo de pensamientos agitarían, en tropel, el alma del general al ver los míseros restos de su ejército, todos reunidos en aquel vivaque! Aquello era todo lo que quedaba del brillante ejército con que, pocas semanas antes, había entrado en México. ¡Qué había sido de sus sueños dorados de conquista y de mando! Ni ¿qué otra cosa era él sino un desgraciado aventurero, al cual señalaba como loco el dedo del desprecio? ¡Por dondequiera que volvía los ojos encontraba un horizonte tenebroso y ni un solo punto luminoso que le ofreciese esperanza! Faltábale que hacer un cansado

(1) Sahagun. *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XXIV. Bernal Díaz cap. CXXVIII. Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S. Ix tlilxochitl, *Hist. Chichi.*, M. S., cap. LXXXIX.

viaje, por peligrosos y mal conocidos caminos, con guías de cuya fidelidad no podía estar seguro. Ni cómo podía descansar en el acogimiento que le hiciesen en Tlaxcalan, que era el lugar donde se encaminaba, si era la tierra de sus antiguos enemigos y si antes de conquistador, y ahora como amigo, había llevado allí siempre la desolación?

Sin embargo, estas tristes y tétricas reflexiones que habrían abatido un alma vulgar, no hacían mella en la de Cortés, o mejor dicho, sólo servían para excitar su energía y avivar sus percepciones, de la misma manera que el embate de los elementos sirve para purificar la atmósfera. Contemplaba con ojos serenos sus pasados reveses; pero confiaba en sus propios recursos, y veía una luz de esperanza, donde los demás sólo veían tinieblas. Aún en los miserables restos que yacían esparcidos en torno suyo, y que según su aspecto siniestro y su grosero porte, parecían una horda de proscriptos famélicos, aún en esto descubría los materiales con que debía reconstruir el edificio de su arruinada fortuna. Está fuera de duda, que en los momentos mismos de universal abatimiento y desventura, su alma heroica maquinaba el plan que después llevó a cabo con tan impertérrita constancia.

En cuanto a la pérdida que tuvieron los españoles en aquella fatal noche, como en cuanto a los demás acaecimientos de la conquista, hay gran discrepancia de pareceres. Si hemos de creer lo que dice Cortés en su carta, la pérdida subió a ciento y cincuenta españoles y dos mil indios; pero los boletines del general, aunque muy exactos en lo tocante a las dificultades que encontró y a los resultados en general, no son muy exactos en cuanto a los recursos con que contaba ni a las pérdidas que sufría. Thoan Cano, uno de los hidalgos que se hallaron presentes, calcula que los muertos fueron 770 españoles y 8.000 tlaxcalte-

cas; pero este número es mayor que el del ejército entero. Acaso nos apartaríamos menos de la verdad, si adoptásemos la autoridad de Gomara, capellán de Cortés, y que no sólo pudo consultar los papeles del general, sino otros igualmente auténticos. Según él, el número de los cristianos muertos fué 450, y el de los aliados 4.000. Esta pérdida, juntamente con las sufridas la semana anterior, habrá reducido a los primeros a más de la tercera parte, y a los segundos a la cuarta o acaso a la quinta, de lo que eran cuando entraron en la capital (1). La peor parte de la re-

(1) La tabla siguiente dará al lector alguna idea de la discrepancia que sobre esto hay en los diversos escritores, entre los cuales hay unos que fueron testigos de vista, y otros que habiendo tratado con los actores de aquellas escenas, son casi de igual peso.

Cortés, en Lorenzana, página 145.....	150 españoles,	2.000 indios.
Cano, según Oviedo, lib. 33, capítulo LIV.....	1.170	» 8.000 »
Probanza, etc.	200	» 2.000 »
Oviedo, lib. 33, cap. XIII. .	150	» 2.000 »
Camargo, etc.....	450	» 4.000 »
Gomara, cap. CIX.....	450	» 4.000 »
Ixtlilxochilt, cap. LXXXVIII.	450	» 4.000 »
Sahagun, lib. 12, cap. XXIV.	300	» 2.000 »
Herrera, dec. 2, lib. 10, capítulo XII.....	150	» 4.000 »

Bernal Díaz no se tomó el trabajo de ser concordante consigo mismo; pues después de decir que la retaguardia que reportó la mayor pérdida, constaba de 120 hombres, agrega en el mismo párrafo que de estos murieron 150, y a las pocas líneas dice que 200.

Cano comprende en su regulación a aquellos, que aunque pocos comparativamente, perecieron en la subsecuente de la marcha. Este mismo, afirma que 270 hombres de la guarnición, se quedaron ignorando la partida de sus compañeros, o mejor que fueron pérfida-

friega la llevó la retaguardia, de la cual pocos escaparon. Formábanla principalmente los soldados de Narváez, que hasta cierto punto fueron víctimas de su codicia (1). Quedaron fuera de combate 26 jinetes, que juntos con los muertos anteriormente, redujeron la caballería a 23 hombres, muchos de ellos en la más triste situación. La mayor parte del tesoro, los bagajes y los papeles del general, entre los cuales venía un diario de lo acaecido desde la salida de Cuba, cuyos papeles habrían sido, para la posteridad a lo menos, de mayor valor que el oro; todo esto quedó sepultado bajo las aguas (2). Las municiones y las hermosas baterías con que habían entrado en la capital, se perdieron. No había quedado ni un solo mosquete, pues los soldados los habían arrojado, deseando descargarse de todo cuanto pudiera retardar su fuga. En suma, para asegurar la superioridad del europeo sobre el bárbaro, nada

mente dejados allí, y que aunque se rindieron con todas las garantías de la guerra, fueron sacrificados por los aztecas. (Véase el Apéndice, parte II, núm. 11.) La inverosimilitud de semejante cuento, en el cual se supone que un ejército con todos sus trenes y bagajes, podía evacuar una fortaleza sin que lo sintiesen tantas gentes, y que se las abandonaba en las circunstancias en que más se necesitaba de la cooperación hasta del último hombre; la inverosimilitud de tal cuento, repito, es muy obvia para que me detenga a refutarlo. Herrera dice otra cosa mucho más probable, y es que Cortés dió orden muy especial al capitán Ojeda, de que cuidase, no con la precipitación de la salida, fuese a que la fortaleza alguno que estuviese durmiendo o herido. *Hist. Gral.*, dec. 2, lib. 10, cap. XI.

(1) «Pues de los de Narváez, todos los más en las puentes quedaron cargados de oro.» Bernal Díaz, cap. CXXVIII.

(2) Según él, se salvó parte del oro encomendado a los «tlaxcaltecas.» (Cap. CXXXVI.) Del documento citado «Probanza de Villa Segura, M. S.), aparece que el tesoro iba confiado a la custodia de los castellanos.

les había quedado de su aparato militar, fuera de sus espadas, su estropeada caballería y sus descompuestas ballestas.

Los prisioneros, entre los cuales estaban, como lo hemos dicho, los hijos de Motenczoma y el cacique de Tetzco, perecieron a manos de sus mismos compatriotas, que no pudieron reconocerlos en la ciega furia del combate. También hubo entre los españoles algunas personas de calidad, cuyo nombre quedó escrito en el sangriento catálogo de los muertos. Uno de ellos, fué D. Francisco de Morla, que cayó al lado de Cortés, viniendo con él en socorro de los que habían quedádose atrás. Pero la mayor pérdida fué la de Juan Velázquez de León, que en unión de Alvarado mandaba la retaguardia, el puesto de mayor peligro, donde murió defendiéndolo valientemente, muy al principio de la retirada. Era excelente oficial, dotado de muchas prendas caballerizas, aunque algo altanero, por ser uno de los hidalgos mejor relacionados del ejército. Su cercano parentesco con el gobernador de Cuba, le hizo ver al principio con tibieza las empresas de Cortés; pero luego, fuese que se convenció de que éste tenía la razón, fuese por preferencia personal, se identificó íntimamente con los intereses de su caudillo. El general correspondió a esto con generosa confianza, encargándole un mando independiente y de importancia tal, que una torpeza y hasta un error habría sido fatal para la expedición. Mas Velázquez se mostró digno de aquella confianza y no había en el ejército hidalgo alguno, con excepción tal vez de Sandoval y Alvarado, cuya pérdida hubiese sido más profundamente deplorada por el comandante. Tales fueron las consecuencias de este terrible paso de la calzada, más desastrosas que cuantos reveses han manchado el lustre de las armas

españolas en el Nuevo Mundo; quedando la noche en que acaeció esta catástrofe, señalada en los anales de la Nación, con el epíteto de: *La noche triste* (1).

(1) Gomara, *Crónica*, cap. CIX. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S. libro 83, cap. XIII. Probanza en la Villa Segura. M. S. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. CXXVIII.

LIBRO V

SALIDA DE MÉXICO

CAPÍTULO PRIMERO

RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES.—APRIETOS DEL EJÉRCITO.—
PIRÁMIDES DE TEOTIHUACAN.—GRAN BATALLA DE OTUMBA

(1520)

Los mexicanos permanecieron la mayor parte del día siguiente a la salida de los españoles, quietos en la capital, ocupados en limpiar las calles de los cadáveres, cuya corrupción podría haber originado una peste. También se emplearon en tributar los honores fúnebres a los guerreros muertos en aquella jornada, sacrificando a los míseros prisioneros, los cuales, al ver su triste destino, de buena voluntad lo habrían trocado por el de aquellos que dejaron sus huesos en el campo de batalla. Gran fortuna fué esta para los españoles, pues así tuvieron tiempo de respirar; pero Cortés conoció que no debía contar con que aquella inacción durara mucho tiempo, y, además, previniendo cuán importante era burlar la vigilancia de su enemigo, dió orden a las tropas de que se alistasen para proseguir la

marcha. Dejaron encendidas las luminarias para engañar mejor a los enemigos, y a la hora señalada, sin tocar tambores ni clarines, pero con las fuerzas algo restauradas, dejaron los españoles el teocalli en cuyo recinto habían encontrado tanto refrigerio. En aquel lugar hay hoy un templo dedicado a la Virgen, bajo la advocación de *Nuestra Señora de los Remedios*, cuya milagrosa imagen se dice ser la misma que trajeron los compañeros de Cortés (1). El viajero, al posar su pie en aquel santo recinto, no puede dejar de recordar que allí es donde encontraron asilo los conquistadores en el momento de su mayor desgracia (2).

Dispúsose que los enfermos y heridos fuesen llevados en el centro, ya en literas, ya en hombros de los tamanes, mientras que los que tuviesen fuerza bastante para tenerse en la silla, montarían a la grupa de los jinetes. Los soldados útiles ocupaban el frente, la retaguardia y los flancos, y proporcionaban de esta suerte a los inválidos, la mayor seguridad posible.

El ejército, en retirada, anduvo parte del camino sin que lo molestasen, pues lo favorecía la oscuridad; pero luego

(1) Lorenzana, pág. 13.

(2) A lo que entiendo, el último ejemplo que se conoce de la interposición de esta imagen en favor de la metrópoli, es el del año de 1833, en que fué llevada a México para que lo libertase del Cólera Morbo. Pero la imagen no quiso pasar la noche en la ciudad y se volvió a su santuario, donde la encontraron al día siguiente, toda salpicada de lodo, que probaba que había andado algunas leguas por entre el cieno. (Latrobe, Viaje a México, Carta 5.^a)

† Acaso sería justa la manera inactiva que antecede si esa creencia fuera popular, pero tan absurda historieta no ha existido más que en la mente de M. Latrobe. Nadie la ha creído ni la ha podido creer, pues por muy atrasados que estemos en civilización, no lo estamos tanto que pudiese tener acogida, ni aun en el vulgo, una patraña semejante. Hemos creído no deber dejarla sin refutación por redundar en mengua de la ilustración de nuestra patria.—N. del T.

que comenzó a despuntar el día, divisaron partidas de indios que ocupaban las alturas y que se movían a su retaguardia como enjambres de langosta. No pertenecían a la capital, sino a las provincias inmediatas, donde ya se sabía la derrota de los españoles. El mágico encanto de que hasta entonces habían estado revestidos los blancos, se había disipado; estaba visto que los temidos *teules* o dioses no eran invencibles (1).

Los españoles, guiados por sus aliados los tlaxcaltecas, tomaron un camino algo largo, hacia el Norte; pasaron por Quahutitlan y rodearon por la laguna de Tzompanco (Zumpango), prolongando un poco su marcha, pero alejándose de la capital. Al pasar por la base de los cerros, les arrojaban los indios pesadas piedras y nubes de saetas, y aun hubo algunos bastante osados para bajar a la llanura y atacar las extremidades de la columna; pero la caballería les daba luego una carga y les obligaba a refugiarse en los cerros, donde lo quebrado del terreno no permitía a los jinetes perseguirles, además de que los españoles tampoco lo intentaban, pues su objeto era huír más bien que pelear.

(1) Epíteto que les daban ordinariamente los mexicanos a los españoles, y que ellos traducían correctamente o no, por «dioses o seres divinos». (*Hist. de la Conq.*, cap. XLVIII, et alibi.) Una estancia de Ercilla prueba que entre los indios de Sudamérica era igualmente popular esta creencia.

«Por dioses, como dije, eran tenidos
De los indios los nuestros; pero olieron
Que de mujer y hombre eran nacidos
Y todos sus flaquezas entendieron.
Viéndolos a miserias sometidos,
El error ignorante conocieron,
Ardiendo en viva rabia avergonzados,
Al verse por mortales conquistados.»

Araucana, parte I, cant. II.

De esta suerte siguieron caminando muy poco a poco, haciendo alto en los parajes en que les importunaban demasiado los indios y muy hostigados y molestados por los incesantes ataques de éstos y por los proyectiles que recibían. De noche se guarecían, por lo común, los españoles, en alguna ciudad o aldea, cuyos habitantes, al saber que aquéllos se acercaban, se salían, llevándose consigo todos los víveres, así es que el ejército empezó a padecer las mayores escaseces. Su principal alimento eran las cerezas que recogían en los bosques o a las orillas del camino, teniendo por dichosos cuando encontraban algunas semillas y granos. Las más veces no hallaban más que paja y otros regalos igualmente ingratos, e inútiles para satisfacer el hambre. Cuando por casualidad moría algún caballo, era día de banquete, y Cortés recuerda el hecho de que él y otros tuvieron un suntuoso festín un día que devoraron un caballo sin dejar ni siquiera la piel (1).

Los soldados, extenuados por el hambre y el cansancio caían desmayados en el camino. Otros, sin fuerzas para andar al par de sus compañeros, se quedaban atrás y caían en manos de los indios que venían detrás del ejército semejantes a buitres hambrientos, impacientes por abalanzarse sobre los muertos y los moribundos. Otros que, por el contrario, se adelantaban demasiado en busca de alimento, corrían la misma suerte. El número de los que morían de esta manera, y la consideración del cruel destino que les esperaba, obligó a Cortés a ordenar la más estricta disciplina y a prohibir que nadie se separase del grueso del ejército,

(1) Relación segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 147.

El hambre les abrió el apetito de manera que les pareció la carne de caballo tan de buen gusto como los famosos sobreasados de Nápoles, los gentiles cabritos de Ávila, las sabrosas terneras de Zaragoza. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XIII.

bajo penas más severas que las que hasta entonces había impuesto. Pero todo fué inútil; tal era la indiferencia con que les hacía ver el peligro, la ponderosa calamidad que en aquel momento les agobiaba.

Sus prolongados padecimientos hicieron que los soldados empezasen a ver con indiferencia aun aquellas mismas cosas por las que antes habían aventurado la vida. Hubo más de uno, que habiendo sacado salvo su tesoro de los peligros de la noche triste, lo abandonase por serle gravoso; recogiendo alborozado el indio rústico, los brillantes fragmentos del rico botín de la capital (1).

Durante estos días penosos, mostró Cortés su serenidad y fortaleza acostumbradas. Hallábasele siempre en el lugar del peligro; trabando repentinamente con el enemigo encuentros, en uno de los cuales recibió en la cabeza una grave herida que después le hizo padecer mucho (2). Sufría tanto como el ínfimo soldado, y procuraba alentarlos a todos con el consejo y con el ejemplo, y diciéndoles que llevasen con paciencia aquellos padecimientos que ya iban a terminar, pues estaban para llegar a la hospitalaria «tierra del pan» (3). Ayudábanle en todo esto sus fieles oficiales, y el común de los soldados, mayormente los primeros veteranos, soportaron los trabajos con la inaudita paciencia y constancia características de la nación española, y justificaron la vanagloria de un antiguo cronista español que dice:

(1) Herrera menciona un soldado que consiguió reunir 3.000 «castellanos de oro», y que los arrojó después al lago por consejo de Cortés. «Que el diablo se lleve vuestro oro, le dijo, si ha de costaros la vida.» *Hist. Gen.*, dec. 2, lib. 10, cap. CXI.

(2) Gomara, *Crónica*, cap. XI.

(3) Esto significaba la palabra Tlaxcalan, y se llamaba así aquella tierra por la abundancia de maíz que se producía en ella. Boturini, *Idea*, pág. 78.

«Empero la nación nuestra española, sufre más hambre que otra ninguna, y estos de Cortés más que todos.» (1) Igual fortaleza mostraron los tlaxcaltecas, quienes, por otra parte, estaban criados en una escuela en que se habían acostumbrado a la fatiga y a las privaciones. Aunque algunas veces, sucumbiendo al hambre, se tiraban en el camino, implorando a sus dioses para que no les abandonasen, cumplieron sus deberes como guerreros, y lejos de que las desventuras de los españoles les resfrasen, por el contrario, parece que les unía más estrechamente con ellos, el temor del peligro común que les amenazaba.

Al séptimo día llegó el ejército a las montañas que dominan el valle de Otompan (Otumba), así llamado del nombre de una ciudad india, hoy pueblo, que está situado en él. Dista de la capital sólo nueve leguas; pero los españoles habían andando tres tantos más, a causa de los rodeos indispensables para tomar la orilla de los lagos. Caminaban con tanta lentitud, que habían empleado una semana; dos de cuyas noches las pasaron en el mismo lugar, por necesitar de descanso; así, hasta el 7 de julio, no llegaron a las alturas que dominan el dilatado valle que va a perderse en el territorio de Tlaxcalan, y que están frente por frente de las venerables pirámides de Teotihuacan, dos de los monumentos más notables de la civilización americana, a lo menos de los que hay al Norte del Istmo. En todo el día anterior habían estado viendo partidas de enemigos que recorrían las montañas, blandían sus armas y con acento vengativo les gritaban a los españoles: «Apresuraos, que pronto os encontraremos donde no podáis huír de nosotros», palabras de significación misteriosa, cuya explicación iban a saber al día siguiente (2).

(1) Gomara, *Crónica*, cap. CX.

(2) Por lo concerniente a las páginas anteriores, consúltese a Ca-

Los monumentos de San Juan Teotihuacan, son, probablemente, con excepción de las pirámides de Chololan, los restos más antiguos que existen en el suelo mexicano. Según las tradiciones de los aztecas ya los encontraron allí cuando vinieron a establecerse en el país. Entonces Teotihuacan (cuyo nombre quiere decir *habitación de los dioses*), que hoy es una aldea miserable, era una ciudad floreciente, rival de Tula, la gran capital tolteca (1). Las dos pirámides principales estaban dedicadas la una a *Tonatiuh*, el sol, y la otra a *Mestli*, la luna. La primera, que es considerablemente mayor que la otra, se ha en contrado tener 682 pies de lado en su base, y 180 pies de altura; dimensiones no inferiores a las de algunos de los monumentos famosos de esta misma clase, que hay en el Egipto (2). Estaba dividida en cuatro tramos, de los que hoy todavía se ven tres, pues las gradas que separaban uno del otro, han sido destruídas por el tiempo. Mas éste las ha maltratado de tal suerte y hasta tal punto ha acabado con los materiales la maléfica vegetación que con manto de rosas encubre sus estragos, que apenas se puede distinguir a primera vista la forma piramidal del monumento (3). Se asemejan tanto las enor-

margo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S. Bernal Díaz, cap. CXXIII. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XIII. Gomara, *ubi supra*. Ixtlil-xochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXXIX. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. VI. Relación segunda, de Cortés, págs. 147-148. Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12, caps. XXV-XXVI.

(1) «Su nombre, que quiere decir «habitación de los dioses» y que ya por estos tiempos era habitación tan famosa que no sólo competía, pero excedía con muchas ventajas a la corte de Tollan.» Veytia, *His-ria Antig.*, t. I, pág. 27.

(2) La pirámide de Myserinos tiene sólo 280 pies de base y 126 de altura. La gran pirámide de Cheops, tiene 728 de base y 448 de altura. V. Donon, *Egipto ilustrado* (London, 1825), pág. 9.^a

(3) «Para descubrir que son pirámides, dice Tudor, se necesita estar

mes masas a las montañas de Norte América, que algunos han creído que aquéllas no son más que eminencias naturales, perfeccionadas por la mano del hombre y adornados con terrados y gradas, cuyas ruinas aún cubren su falda. Pero otros, no encontrando ejemplo de eminencias semejantes, en las anchurosas llanuras en que descansan las pirámides, infieren, con mucha más probabilidad, que todas ellas son construídas artificialmente (1).

Su interior es de cal y guijarros, y la cara exterior una capa de esa piedra, *tetzontli*, de que hay gran abundancia en las canteras inmediatas. Sobre todo esto hay una costra de estuco, de color rojizo, como el que cubre las ruinas del Palenque. Según una tradición están huecas; pero hasta hoy han sido infructuosas todas las tentativas hechas por descubrir la cavidad de la dedicada al sol. En la otra, se ha encontrado un agujero en la cara meridional, a los dos tercios de su altura. Dicho agujero forma una galería estrecha que penetra hasta la distancia de algunas varas, y que termina en dos socavones. El más ancho tenía 15 pies de profundidad (2), y sus paredes estaban cubiertas de ladrillos crudos; pero no se puede conocer a qué objeto estaba

colocado en cierta situación y tener una poca de fe.» (*Vuelta por Norte América*, vol. II, pág. 277.) Con todo, M. Bullock dice: «la figura de la base es tan perfecta como la de la gran pirámide de Egipto». (*Seis meses en México*, vol. II. cap. 26.) Ambos son testigos de vista; ¿a quién de los dos se debe creer? El historiador no debe cansarse de repetir aquellas palabras de una antigua copla francesa:

«Si comme je l'ai trouve è erite,
Vous conterai la verité.»

(1) Tal es la opinión de M. Humboldt. (*Essai politique*, t. II, páginas 76-80.) El ha discutido también este punto interesante, en otra de sus obras: *Vistas de las cordilleras*, pág. 25 y siguientes.

(2) Latrobe trae la descripción de esta cavidad en la cual entraron él y sus compañeros de viaje. Viaje a México, carta 7.^a

destinado; acaso sería a encerrar las cenizas de algún magnate poderoso, como sucedía con el solitario nicho que se encontró en la gran pirámide de Egipto. En lo que no cabe duda es en que estos monumentos estaban dedicados a usos religiosos; y sería muy conforme a las costumbres del antiguo continente occidental, que sirviese a la vez de tumbas y de templos (1).

En la cumbre de la más pequeña de las pirámides se ven señales de esto último, pues hay ruinas de un edificio sólido y espacioso de piedra (2); pero no las hay en la cumbre del templo mayor. Sin embargo, el viajero que quiera tomarse el trabajo de subir a su escarpada cima, quedará indemnizado de su trabajo con la magnífica perspectiva que desde allí se goza. Hacia el S. E., se ve la tierra de Tlaxcallan, rodeada de sus verdes y dorados campos de trigo, en medio de los cuales se levanta un pueblecillo, en otro tiempo capital de la república tlaxcalteca. Un poco más allá, al Sur, recorre la vista las hermosas llanuras que rodean a la ciudad de la Puebla de los Ángeles, fundada por los españoles y que en el esplendor de sus templos es digna de rivalizar con las más famosas capitales de Europa. Allá en el lejano occidente se divisa el valle de México, que se extiende como un mapa, con sus lagos ya disminuídos y su regia capital que se ha levantado aún más gloriosa de sus antiguas ruínas, y que está ceñida por una cintura de umbríos collados cubiertos de cipreses.

- (1) «Et tot templa deum Romae quot in urbi sepulchra
Heroum numerare licet; quos fabula manes
Nobilitat, noster populus veneratus adorat.»

Prudentius, *Contra Sym*, lib. I.

- (2) Estas dimensiones son las que trae Bullock (vol. II. cap. XXVI). el cual ha solido ver lo que escapa a las miradas de otros viajeros.

La cumbre del templo más grande dicen que estaba coronada por un templo en el cual había una colosal imagen de la deidad patrona, el sol, hecha de piedra y de una sola pieza, y que miraba hacia el Oriente. Su pecho estaba cubierto de una lámina bruñida de oro y plata, en la cual se reflejaban los primeros rayos del sol levante (1). Un anticuario del siglo pasado, dice haber visto algunos fragmentos de la estatua, que aún existía entera cuando entraron los españoles en el país; pero que fué demolida por el infatigable obispo Zumárraga, cuya mano destructora fué más fatal que la del tiempo mismo, para los monumentos aztecas (2).

Alrededor de las grandes pirámides había otras muchas pequeñas, que rara vez llegaban a la altura de 30 pies y que según cuentan estaban dedicadas a las estrellas y servían de sepulcro a los grandes de la nación. La llanura en que se levantaban se llamaba *Micoatl*, o «paso de los muertos». El labrador, cuando remueve la tierra con el arado, todavía encuentra haces de saetas y láminas de obsidiana que demuestran la índole belicosa de la población primitiva (3).

¡Qué tropel de pensamientos se agolpan a la mente del viajero que pasa por enfrente de aquellos venerables memoriales de la antigüedad! ¡Tal vez está pisando las cenizas de las remotas generaciones que levantaron esos colo-

(1) Tal es la noticia que da el caballero Boturini. *Idea*, págs. 2-43.

(2) Tanto Ixtlilxochitl como Boturini, que visitaron estos monumentos, el uno a principios del siglo xvii, y el otro a principios del xviii, testifican haber visto los restos de la estatua. Sin embargo, ya había desaparecido enteramente en 1757, en que Veytia visitó la pirámide. *Historia Antig.*, t. I, cap XXVI.

(3) «Agricola, incurvo terram molitus aratro,
Exesa inveniet scabra rubigine pila», etc.

Georg., lib. I.

sales monumentos que nos conducen desde lo presente hasta los más oscuros senos de lo pasado! Pero, ¿cuáles fueron esas generaciones? ¿Serían los misteriosos Olmecas, cuya historia, como la de los antiguos titanes, está envuelta en las nieblas de la fábula? ¿O serían, como generalmente se cree, los pacíficos e industriosos Tultecas, cuya historia descansa sobre bases igualmente inseguras? ¿Qué ha sido de las razas que los edificaron? ¿Se quedaron en la tierra y se mezclaron y confundieron con los feroces aztecas que luego entraron en ella? ¿O pasaron al Sur y allí encontraron vasto campo donde diseminar su civilización, de la que dan tan elevada idea los restos que se encuentran en Centro América y Yucatán? Todo es un misterio sobre el cual ha echado el tiempo un velo impenetrable que no es dado a la mano del hombre descorrer. ¡Por allí pasó una nación poderosa, populosa, civilizada; pero pereció sin nombre! ¡Murió sin dejar señal ninguna de su existencia!

Sin embargo, parecía que estas conjeturas no ocupaban la mente de los conquistadores, pues no han dejado ni una sola línea relativa a aquellos monumentos cubiertos de canas por el tiempo; a pesar de que pasaron precisamente por enfrente de ellos, y acaso bajo su sombra misma. Pero los sufrimientos presentes no les permitían pensar en lo pasado; además de que la inesperada y peligrosa posición en que se encontraron en aquel sitio, debe naturalmente haber apartado de su mente cualquiera otra idea, fuera de la de la preservación.

Al comenzar a subir el ejército las montañas que dominan el valle de Otumba, vinieron los exploradores avanzados con la noticia de que del otro lado había acampado un poderoso ejército que parecía estar en espera de que se aproximasen los españoles. Pronto vieron éstos confirmada la noticia por sus propios ojos, luego que doblaron la cres-

ta de las montañas y descubrieron, al pie de ellas, un magnífico ejército que ocupaba todo el valle; siendo tantas las cotas de algodón de los guerreros, que parecía estar el campo cubierto de nieve (1). Formábanle las tropas de las provincias de cerca de la capital, y principalmente las del populoso señorío de Tetzco, que se habían levantado a instancias de Cuitlahuatzin, el sucesor de Moteuczoma, y se habían reunido allí todas para disputar el paso a los españoles. Cada jefe principal, estaba con los suyos bajo su bandera, y todos desplegaban orgullosamente la pompa y tosco esplendor de su equipo militar. En cuanto la vista podía alcanzar no se veía otra cosa más que banderas que ondeaban, escudos, yelmos de caprichosa figura, bosques de lanzas relucientes, los refulgentes petos de los oficiales y las toscas mallas de algodón de los soldados, todo en completa confusión, y moviéndose en grandes masas, semejantes a las oleadas del Océano embravecido (2). Espectáculo era aquél, capaz de desanimar al más esforzado de los cristianos, causándoles aún más desconuelo el no poder llegar a la tierra hospitalaria que tenían a la vista y donde debían terminar su fatigoso viaje. Aún Cortés, al comparar aquel tremendo ejército que tenía a la vista, con sus propios tercios, extenuados por la enfermedad, el hambre y el cansacio, llegó a creer también que había llegado su última hora (3).

(1) «Y como iban vestidos de blando, parecía el campo nevado.» Herrera, *Hist. General*. dec, 2, lib. 10, cap. XIII.

(2) «Vistosa confusión», dice Solís, «de armas y penachos en que tenían su hermosura los horrores» (*Conq.*, lib. 4.^o, cap. XX.) Su descripción descubre la mano de un gran artista, como ciertamente lo era. Pero no debiera haber puesto en manos de sus compatriotas armas de fuego, que no tuvieron en aquella vez.

(3) «Y cierto creímos ser aquél el último de nuestros días.» Relación segunda, pág. 148.

Pero su corazón no decayó, y lejos de esto sacó fuerzas de lo afligido de su situación. No tenía que vacilar, porque tampoco le quedaba partido que elegir; no podía huír, no podía retirarse a la capital de donde había sido expulsado; debía, pues, avanzar, vencer a su enemigo, o perecer. Aparejóse al instante para el combate, formó sus tropas en batalla, dándoles el mayor frente posible y protegiendo sus flancos con los únicos 20 jinetes que le habían quedado. Afortunadamente, no había permitido a los inválidos que subiesen a la grupa de los jinetes, con lo que los caballos no estaban muy estropeados. Finalmente, las tropas habían dormido dos noches en un mismo lugar, lo que les había recuperado un poco, si bien, por otra parte, había dado tiempo al enemigo para reunir todas sus fuerzas.

Cortés previno a la caballería que arremetiera con las lanzas y que dirigiese los botes a la cara; a la infantería mandó que hiriese de filo y no de punta con sus espadas, y que procurase romper violentamente por entre los tercios aztecas, y a todos encargó que atacasen de preferencia a los oficiales y generales, porque conocía muy bien que de aquí dependía, en gran parte, el buen éxito del combate, pues la falta de subordinación de los bárbaros, les desconcertaba luego que se veían sujetos a otros jefes que los que habían acostumbrado obedecer.

Dirigió después a las tropas unas cuantas palabras para animarlas, como acostumbraba hacerlo en vísperas de un combate. Recordóles las victorias que mil veces habían alcanzado en peleas tan desiguales como la que ahora iban a trabar, y les inculcó la superioridad de la ciencia y de la disciplina sobre el simple número. Dijoles que no había que tener en cuenta el número de los enemigos si el brazo del Altísimo peleaba por los cristianos. Finalmente, les exhortaba a tener segura confianza en Aquel que les había

sacado incólumes de tantos peligros, y que no podía permitir que muriesen, a manos de infieles, los que peleaban en defensa de la fe. Su alocución fué breve, porque en los ojos de los soldados miró pintada esa resolución decidida que hace inútiles las palabras. Animábales esa desesperación extremada que vuelve a los débiles fuertes y a los cobardes héroes. Así, después de encomendarse fervorosamente a la protección de Cristo, la Virgen y Santiago, condujo Cortés sus batallones en derecha contra el enemigo (1).

Solemne momento fué aquel en que los españoles bajaron las montañas, con paso firme y continente sereno, y entraron en las llanuras para ser envueltos, a lo que parecía, por las inmensas oleadas de sus enemigos. Estos les salieron al encuentro con ímpetu, haciendo resonar las montañas con penetrantes ahullidos y arrojando nubes de saetas y piedra que por un instante oscurecieron la luz del sol. Pero luego que se chocaron uno y otro ejército, se conoció la superioridad de los cristianos, pues sus adversarios retrocedieron y fueron puestos en el mayor desorden por la caballería, haciéndoles daño su misma multitud, porque las filas de dentro les empujaban hacia adelante, al mismo tiempo que la caballería enemiga les rechazaba. Venía tras ella la infantería, a la cual dejaron un ancho campo los indios, que parece como que deseaban dejarla penetrar. Pero

(1) Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XIV. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, capítulo CXXVIII. Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12, capítulo XXVII.

Cortés pudo haber dicho a sus soldados como Napoleón dijo a los suyos cuando la famosa batalla de los mamelucos: «Desde aquellas pirámides nos contemplan cuarenta siglos.» Pero la situación de los españoles era demasiado seria para poder pensar en rasgos teatrales.

aquella retirada era para volver con mayor ímpetu a la carga sobre los cristianos que, reducidos a un puñado, se vieron de repente envueltos por todas partes, y, sin embargo, defendidos por sus largas espadas, se mantuvieron firmes como un islote (para usar de la frase de un contemporáneo) (1) contra el cual se estrellan en vano las mugientes olas que por todas partes lo combaten. La pugna de hombre a hombre era formidable. Los tlaxcaltecas y los españoles sacaron nuevas fuerzas: los unos, porque peleaban casi a la vista de sus montañas natales, y los otros, porque recordaban los horrores del sacrificio, que era la suerte de los cautivos. La caballería llenó cumplidamente su deber en aquel día; en grupos de cuatro o cinco cargaba y se introducía entre las filas enemigas y las dispersaba, y de esta manera, daba a la infantería tiempo de recobrar su brío y su ímpetu. No quedó una sola lanza sin teñirse en sangre de infieles; pero entre todos se distinguió, en aquel día, el joven Sandoval, que hizo proezas de temerario valor. Montado en un corcel, que manejaba con singular destreza, se precipitaba, en el momento menos pensado, en el punto donde más reñida era la refriega; derribaba guerreros por todas partes (2); se regocijaba con el peligro, como si fuera su elemento natural.

(1) Es la comparación de que usa Sahagun. «Estaban los españoles como una isleta en el mar, combatida de las olas por todas partes.» (Ibid. *ubi supra*.) El venerable misionero había sabido las circunstancias de la batalla por varios que estuvieron en ella.

(2) El retrato que traza del joven guerrero Tucapel, el poeta épico Ercilla, puede aplicarse sin violencia a Sandoval, cual lo pintan los cronistas españoles;

«Cubierto Tucapel de fina malla
Saltó como un ligero y suelto pardo
En medio de la tímida canalla,
Haciendo plaza el bárbaro gallardo

Pero todos aquellos hechos heroicos sólo servían para engolfar a los españoles cada vez más y más en aquel mar de enemigos, siendo tan difícil abrirse paso por entre sus gruesos e interminables batallones, como abrírselo con la punta de las espadas por entre las montañas. Muchos tlaxcaltecas y varios españoles habían muerto, sin que hubiese ningún herido; Cortés mismo recibió otro nuevo tajo en la cabeza, y su caballo estaba tan destrozado, que tuvo que apearse de él y que tomar uno de los del bagaje, caballo fuerte y que le llevó en toda la jornada (1). La batalla había durado muchas horas; el sol había llegado a la medianía de los cielos y calentaba las llanuras de Otompam con ardor insoportable. Los cristianos, agobiados por el cansancio y debilitados por la pérdida de sangre, comenzaron a aflojar, mientras que los enemigos, que recibían a cada instante nuevos refuerzos, todavía peleaban con brío, y además, conociendo la debilidad de los españoles, redoblaban sus esfuerzos. Los caballos retrocedieron envueltos por el gentío de a pie; y los blancos, viendo que era inútil buscar un paso por las densas masas de indios que se habían agolpado a la retaguardia, comenzaron a entrar en algún desorden. El aspecto de la batalla iba dentro de breves momentos a volverse contra los cristianos; ya iba a decidirse de la suerte de aquella jornada, y todo pa-

Con silbos, grita, en desigual batalla;
Con piedras, palo, flecha, lanza, dardo,
Le persigue la gente de manera
Como si fuera toro o brava fiera.»

Araucan, parte I, canto VIII.

(1) Herrera, *Hist. Gen.*, dec. 2, lib. 10, cap. XIII.

«Este caballo arriero, dice Camargo, le sirvió en la conquista de México, y en la última guerra se lo mataron.» *Hist. de Tlaxcalan*, M. S.

recía denotar que lo único que les quedaba, era vender sus vidas lo más caras que pudiesen.

En este momento crítico, Cortés, cuyo ojo infatigable había estado buscando inútilmente por el campo de batalla, un objeto que le ofreciese el medio de contener la ruina inminente de su ejército, apoyándose en los estribos, logró divisar allá a lo lejos, y en medio de la multitud, a uno que por sus vestiduras y por su comitiva militar, le pareció ser el general que mandaba los ejércitos bárbaros. Cubría su pecho un vistosísimo peto de plumaje, y ondeaba sobre su cabeza un penacho de hermosas plumas sobre un crestón de oro y piedras preciosas; sobre su cabeza, atada a su espalda y entre los hombros, se levantaba una asta bandera dorada, que era el extraño distintivo que entre los aztecas denotaba al general. El cacique, cuyo nombre era Cihuaca, venía en litera, llevada en hombros de jóvenes que, por su porte y vestido, demostraban pertenecer a la flor de la nobleza india, y que cercaban la litera como para guardar la persona del cacique y el sagrado emblema que traía. No bien había descubierto el ojo de águila de Cortés a aquel personaje, cuando su semblante brilló con el alborozo del triunfo; volvióse a los caballeros que le acompañaban, entre los cuales estaban Sandoval, Olid, Alvarado y Ávila, y les dijo señalando al general indio: «aquél es nuestro blanco: seguidme y ayudadme». Arrojó su grito de guerra, y prendiendo las aceradas espuelas a su fatigado corcel, penetró por en medio del grueso enemigo. Los bárbaros retrocedieron sorprendidos y azorados por la impetuosidad del ataque; a los que no atravesaba con su lanza, los derribaba con su corcel; seguíanle los caballeros, que pasaron con la furia del huracán; hacían conmovir las pesadas filas de su adversario, atropellaban en su paso con muertos y moribundos, y

arrazaban con cuantos obstáculos se les oponían. En pocos momentos, se encontraron en presencia del general indio. Cortés derribó a los que lo llevaban en hombros, acometió con la furia de un león, le atravesó con su lanza y le dejó tendido en el suelo. Un joven hidalgo, nombrado Juan Salamanca, que había permanecido al lado de Cortés, desmontó a toda prisa y acabó de despachar al indio moribundo; le quitó la bandera y la llevó a su general, que es a quien pertenecía aquel glorioso trofeo (1). Todo esto fué obra de un momento. La guardia del jefe indio, sobreco-gida por lo súbito del ataque, hizo poca resistencia, echó a huír y comunicó su pánico terror al resto del ejército. La noticia funesta cundió en breves instantes por todo el campo de batalla. Los indios, llenos de consternación, ya sólo pensaron en escapar. El número aumentaba la confusión y el ciego terror que les dominaba; atropellábanse ellos mismos al correr despavoridos, creyendo que a su espalda traían un enemigo (2).

Los españoles y tlaxcaltecas no fueron omisos en reco-

(1) El emperador Carlos V, permitió después a este valiente hidalgo, que usase este trofeo en su escudo de armas, en conmemoración de aquella hazaña. Bernal Díaz, cap. CXXVIII.

(2) Todos los historiadores están contestes en alabar esta gloriosa proeza de Cortés, de quien dice Gomara, que con sólo su brazo, salvó de la ruina al ejército entero. *Crónica*, cap. CX. Sabagun, *Hist. de la Nueva España*, lib. 12, cap. XXVII. Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S. Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. CXXVIII. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLVII. Herrera, *Hist. Gral.*, dec. 2, libro 10, cap. XIII. Ixtlilxochitl, *Hist. Chichí.*, M. S., cap. LXXXIX.

La breve y modesta noticia que el general da de la batalla, al emperador, forma un bello contraste con el estilo jactancioso de otros. «E con este trabajo fuimos mucha parte del día, hasta que quiso Dios que murió una persona dellos que debía ser tan principal, que con su muerte cesó toda aquella guerra.» Relac. seg., en Lorenzana, página 148.

ger todo el fruto de aquel cambio feliz y maravilloso. El ansia de vengarse les hizo olvidarse de la fatiga, del hambre, de la sed, de las heridas. Persiguieron al fugitivo enemigo, dándole muerte a cada golpe, vengando con usuras los desastres que habían padecido en los ensangrentados pantanos de México (1). El alcance duró mucho tiempo, hasta que habiendo abandonado enteramente el campo los indios, y estando saciados de matanza los españoles, se volvieron a él, a recoger los despojos de la batalla. Grandes fueron éstos, pues el campo estaba cubierto de cadáveres de los jefes, a quienes habían apuntado de preferencia los soldados castellanos, conforme a la prevención de su comandante. Aquellos cadáveres ostentaban toda la magnificencia que acostumbraban los guerreros aztecas en los días de batalla (2). Luego que las tropas se habían indemnizado, hasta cierto punto, de las pasadas pérdidas, Cortés les reunió bajo las banderas, y después de tributar gracias al Señor de los Ejércitos, por aquel triunfo milagroso, prosiguió su camino. El sol iba declinando en los cielos, por lo que, antes de que les envolviese la noche, procuraron llegar a un templo que estaba sobre una eminencia y allí encontraron cómodo y seguro alojamiento donde pasar la noche (3).

(1) «Pues e nosotros, dice el intrépido capitán Díaz, no nos dolían las heridas e ni teníamos hambre ni sed, sino que parecía que no habíamos habido ni pasado ningún mal trabajo. Seguimos la victoria hiriendo y matando. Pues nuestros amigos los de Tlaxcalan estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron, hacíanlo muy bien y esforzadamente.» *Historia de la Conquista*, loc. cit.

(2) Ibid, *ubi. supra*.

(3) El beligerante apóstol Santiago vino, como lo tenía de costumbre, en su caballo blanco, en ayuda de los españoles; suceso que ellos perpetuaron erigiéndole una capilla allí cerca. (Camargo, *Hist. de*

Tal fué la célebre batalla de Otompan u Olumba, como corruptela le llaman los españoles. Dióse el 8 de junio de 1520. Los escritores castellanos regulan que la fuerza de los indios era de 200.000 hombres, y su pérdida de 20.000. Los que admitan lo primero no deben dudar lo segundo (1). Calcular exactamente el número de una multitud salvaje y desordenada es tan difícil como contar las arenas de la playa o las hojas de otoño. Sin embargo, esta victoria fué una de las más señaladas que se han alcanzado en el Nuevo Mundo; no sólo atendiendo a la desproporción numérica de los dos ejércitos sino a lo desigual de su condición, pues los indios estaban en toda su fuerza, y los blancos extenuados por el cansancio, el hambre y los dilatados padecimientos y carecían de cañones, armas de fuego y de todo el aparato bélico que ponía tanta pavora a los bárbaros; careciendo también hasta del terror que inspira un hombre victorioso. Pero tenían de su parte la disciplina, una resolución desesperada y una confianza ciega en su jefe. Este triunfo prueba lo mismo que las victorias de los civilizados europeos sobre las tribus bárbaras del Asia.

Sin embargo, no todo el buen éxito debe atribuirse a la superioridad de la disciplina y de la táctica, pues la batalla se habría perdido indefectiblemente, a no ser por la muer-

Tlaxcalan, M. S.) Díaz, que en otras ocasiones había dudado de su venida, la creyó indubitable ahora. (Ibid. *ubi. supra.*) Según el cronista tetzcocano, venía ayudado por la Santísima Virgen y el apostol San Pedro. (*Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXXIX.) Voltaire ha hecho la siguiente observación, que es verdaderamente delicada: «Los que han referido estos sucesos han querido engrandecerlos haciendo intervenir los milagros, con los que, lo que hacen realmente, es oscurecer la gloria de aquéllos. El verdadero milagro fué la conducta de Cortés.» *Essai sur les mœurs*, cap. CXLVII.

(1) Herrera, *Hist. Gral.*, dec. 2, lib. 10, cap. XIII. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLVII. Gomara, *Crónica*, cap. CX.

te del general indio, y aunque la elección de la víctima era obra del cálculo, fué obra de la casualidad que él se hubiese venido a las manos a los españoles. Este es, entre muchos, otro ejemplo de la parte que tiene la fortuna en el éxito de las operaciones militares. La estrella de Cortés era entonces propicia; de otra suerte, no habría sobrevivido ni un solo español para contar la sangrienta catástrofe de Otumba.



CAPÍTULO II

LLEGAN A TLAXCALAN.—SON ACOGIDOS AMISTOSAMENTE.—

DESCONTENTO DEL EJÉRCITO.—CELOS DE LOS TLAXCALTECAS.—EMBAJADA DE MÉXICO.

(1520)

A la mañana siguiente dejó el ejército su campamento desde muy temprano; el enemigo no hizo tentativas para volver a emprender el ataque; una que otra partida de flecheros fué la que se presentó en la mañana a respetuosa distancia de los españoles, aunque algunas veces se acercaban a ellos lo bastante para molestarles con sus flechas.

En un terreno algo elevado descubrieron los españoles un manantial, presente algo raro en aquellas áridas regiones, y cuyo sitio recordaban con placer los españoles, por las frescas y copiosas aguas que en él habían encontrado (1). Un poco más adelante descubrieron las toscas murallas que

(1) ¿Será la misma fuente de que hace Toribio honrrsa mención de su noticia topográfica del país? «Nace en Tlaxcalan una fuente grande a la parte del Norte, cinco leguas de la principal ciudad; nace en un pueblo que se llama Azumba, que en su lengua quiere decir «cabeza», y es así, porque esta fuente es cabeza y principio del mayor río de los que entran en la Mar del Sur, el cual entra en la Mar por Zacatula.» *Hist. de las Ind.*, M. S., part. 3, cap. XVI

servían de baluarte y frontera a la república de Tlaxcalan. Los naturales de ella, arrojaron al divisarlas una exclamación de regocijo, del que también participaron los españoles al verse cerca de una tierra hospitalaria y amiga.

Mas a este sentimiento siguióse otro de naturaleza muy diversa. Mientras más se acercaban a Tlaxcalan, más les inquietaba el temor de la manera con que serían recibidos por un pueblo al cual traían luto y desolación, y que si estaba desfavorablemente dispuesto contra ellos, podía aprovecharse fácilmente de la angustiada situación en que se encontraban. «El cual pensamiento», dice Cortés, «nos puso en tanta aflicción, cuanta traíamos viniendo peleando con los de Colhua» (1). No obstante esto, el comandante hizo frente a la dificultad y animó a sus soldados a que confiaran en sus antiguos aliados, cuya pasada conducta era una garantía de su futura fidelidad; sin embargo, les previno que puesto que estaban en un estado tan débil, cuidasen de no dar motivo alguno de queja ni de celos a sus engreídos y orgullosos aliados; pero, además, les encargó que estuviesen apercebidos, por si era preciso abrirse paso por entre ellos, con fuertes corazones y brazos vigorosos (2). Agitados de estos temores dijeron adiós a los dominios aztecas y volvieron a pisar el suelo de la República.

El primer lugar donde se detuvieron fué la ciudad de Huejotlipan, de cosa de doce o quince mil habitantes (3).

(1) «El cual pensamiento y sospecha nos puso en tanta aflicción, cuanta traíamos viniendo peleando con los de Colhua.» Relac. seg., de Cortés, en Lorenzana, pág. 149.

(2) «Y mas diré que tenía esperanza en Dios que los halláramos buenos y leales. e que si otra cosa fuere, lo que Dios no permita, que nos han de tornar a andar los puños con corazones fuertes y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy apercebidos.» Bernal Díaz, capítulo CXXVIII.

(3) Llamado por Cortés, «Gualipan». (Ibid. pág. 149.) Un azteca.

Esperábanles ansiosamente éstos y salieron a recibirles a alguna distancia de la ciudad, invitándoles a que tomasen alojamiento en sus casas y ofreciéndoles todos los auxilios que les dictaba su sencilla hospitalidad. Esta no fué, con todo, tan desinteresada, que no tuviesen los cristianos que dar, en recompensa, parte del rico botín de la última batalla (1). Allí permanecieron dos o tres días, al cabo de los cuales, habiendo llegado a la capital de la República la noticia de su regreso, vinieron a recibirles el anciano cacique Maxixcatzin, que tan buen acogimiento les había hecho desde su primera visita, y el joven Xicotencatl, el guerrero que mandaba los ejércitos republicanos cuando los sangrientos encuentros con los españoles. Maxixcatzin, al abrazar a Cortés, le expresó todo el profundo sentimiento que le inspiraban sus desgracias; dijole que era una hazaña maravillosa haber resistido por tanto tiempo al poder confederado de todos los aztecas. «Nosotros, añadió, hemos hecho causa común con vosotros; ambos tenemos agravios comunes que vengar, y ya en vuestra próspera, ya en vuestra adversa fortuna, estad ciertos de que nos encontrareis vuestros fieles y leales amigos hasta la muerte» (2).

Esta cordial protesta de amistad, hecha por uno de los que mayor influjo ejercían en la República, algo disipó los temores que agitaban el ánimo de Cortés; aceptó, pues, la invitación que le habían hecho para que prosiguiese de una se habría visto en apuros para trazar el camino de los españoles según los itinerarios de éstos.

(1) Ibídem, *ubi. supra*. Sin embargo, Thoan Cano, que era del ejército, niega el hecho diciendo que los tlaxcaltecas les acogieron como a sus hijos y sin querer recibir ninguna recompensa. (V. el Apéndice, parte II, núm. 11.)

(2) «Y para que tuviese por cierto que me serían muy ciertos y verdaderos amigos hasta la muerte.» Relac. segunda, en Lorenzana, página 150.

vez su marcha hasta la capital, donde encontraría mayores comodidades para su ejército que no en aquella villa fronteriza. Los enfermos y heridos fueron puestos en hamacas y llevados en hombros de los tamanes. Ya que iban llegando a la capital salió a recibirles multitud de gentes, que llenaban el aire con gritos de júbilo y con los rudos acentos de sus poco armoniosos instrumentos. Pero entre el júbilo general se escuchaban los ayes y lamentos de algunos desgraciados que buscaban, impacientes, entre las menguadas filas del ejército, a sus amigos y parientes, y que al no encontrarlos, daban rienda suelta a lloros y sollozos que traspasaban el corazón hasta de los soldados más despiadados. Entre aquella mezcla confusa de gritos de dolor y de placer, que es de lo que está tejida la vida humana, hizo su entrada en la capital de la República el fatigado ejército de Cortés (1).

El general y su acompañamiento fueron alojados en el tosco pero espacioso palacio de Maxixcatzin, y el resto de las tropas se alojó en los términos del señorío del cacique. Allí permanecieron varias semanas, hasta que el esmero de los hospitalarios tlaxcaltecas y los remedios que su escasa ciencia quirúrgica les dictaba, les curaron de las heridas y les hicieron recobrarse de la extenuación a que les habían reducido sus excesivos e imponderables padecimientos. Cortés fué uno de los que más sufrieron, pues

(1) Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S. Bernal Díaz, *ubi. supra*. «Sobrevinieron las mujeres tlaxcaltecas y todas puestas de luto y llorando adonde estaban los españoles; las unas preguntaban por sus maridos, las otras por sus hijos y hermanos, las otras por sus parientes que habían ido con los españoles, y quedaban todos allá, muertos; no es menos sino que de este llanto causó gran sentimiento en el corazón del capitán y de todos los españoles, y él procuró lo mejor que pudo consolarles, por medio de sus intérpretes.» Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XXVIII.

perdió el uso de dos dedos de la mano izquierda (1), fuera de que recibió dos heridas en la cabeza, una de las cuales se agravó, después, de tal manera, con las fatigas mentales y corporales, que llegó a tener un aspecto alarmante; fué preciso sacarle un pedazo de cráneo (2), a resultas de lo cual sobrevino una fiebre, y el héroe que había vencido tantos peligros y desafiado tantas veces la muerte se vió tendido en cama, tan indefenso como un niño; pero, al fin, su excelente constitución le hizo sobreponerse a la enfermedad y llegó a recobrar su antigua actividad. Los españoles recompensaron los servicios de sus huéspedes partiendo con ellos, con política generosidad, los ricos despojos de la última batalla; y el comandante español gratificó a Maxixcatzin regalándole el trofeo que en ella había quitado al general indio (3).

Pero ya que los españoles iban reparando su salud y sus fuerzas, merced al buen trato de sus aliados, y ya que iban recobrando la tranquilidad de espíritu y la confianza que les habían arrebatado sus últimos reveses, recibieron algunas nuevas que les probaban que su última desgracia no era la

(1) «Yo, asimismo, quedé manco de dos dedos de la mano izquierda.» Son las propias palabras de Cortés en su relación al emperador (pág. 152). Pero D. Thoan Cano, cuyas relaciones de familia le hacían tener tantas simpatías por los aztecas como por sus compatriotas, aseguró a Oviedo, al oírle lamentar la desgracia del general, que podía excusar su sentimiento, pues Cortés tenía a la hora desta tantos dedos en la mano como cuando salió de Castilla. (V. el Apéndice, parte II, núm. 11.) No podrá suceder que al decir «manco» quiso dar a entender «lisiado o estropeado».

(2) Hirieron a Cortés con honda, tan mal, que se le pasmó la cabeza, o porque no le curaron bien sacándole los cascós, o por el demasiado trabajo que pasó. Gomara, *Crónica*, cap. CX.

(3) Herrera, *Hist. General*, dec. 2. lib. 10, cap. XIII. Bernal Díaz, *Ibid*, *ubi, supra*.

que habían sufrido en la capital de México. Al bajar de allí Cortés, cuando venía al encuentro de Narváez, había dejado a guardar en Tlaxcalan cierta cantidad de oro que traía; añadíase a esto una suma considerable reunida por el malogrado Velázquez de León, en la expedición que hizo a la costa, y, finalmente, los tributos de algunas otras partes. A causa del alzamiento de la capital, juzgó el general, al dirigirse a ella nuevamente, que era más prudente dejar aquellas sumas bajo la custodia de algunos soldados inválidos, los que luego que se restableciesen debían ponerse en marcha y reunirse en México con el grueso del ejército. Después llegó de Veracruz una partida de cinco jinetes y 40 infantes, los que tomando bajo su custodia a los inválidos y el tesoro, emprendieron su marcha a la capital. Súpose ahora que esta partida había sido derrotada y que el tesoro se había perdido enteramente. Otros 12 soldados que iban con el mismo destino habían sido asesinados en la provincia de Tepeaca; y a este tenor se recibía noticia continuamente de algunos desgraciados castellanos, que fiados en el respeto que hasta entonces se había guardado a sus compatriotas, e ignorando por otra parte la catástrofe de la capital, habían sido víctimas del furor de los indios (1).

Estas funestas nuevas llenaron el ánimo de Cortés de temores por la suerte del destacamento de Villa Rica, último asilo de su esperanza. Envió al punto a esta plaza un mensajero de confianza; y tuvo la satisfacción de recibir en

(1) Relación segunda, *ubi. supra*. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XV. Herrera trae la siguiente inscripción que se encontró grabada en la corteza de un árbol: «Por aquí pasó Juan Juste con sus infelices compañeros, que estaban tan acosados por el hambre, que tuvieron que dar una barra de oro macizo que pesaba 800 ducados. por unas cuantas tortillas de maíz». *Hist. General, ubi. supra*.

contestación una carta de aquel comandante, en que le participaba no sólo que la colonia estaba salva, sino las amistosas relaciones en que había entrado con los totonacas, pueblo de las inmediaciones. La mejor garantía de la fidelidad de estos aliados era el agravio indeleble que habían inferido a los mexicanos.

Al paso que los negocios de fuera tomaban este triste aspecto, el descontento del ejército ofrecía al general otro motivo no menos serio de aflicción. Muchos de los soldados se habían imaginado que la espantosa catástrofe de la noche triste, pondría término a sus padecimientos, o por lo menos alejaría toda idea de volver por ahora a insistir en la conquista; pero vieron cuán distante estaba Cortés de pensar de esta suerte. Aun tendido en el lecho de dolor estaba revolviendo sin cesar en su mente nuevos planes para vengar su honor y recobrar los dominios que había perdido, con menoscabo de otro dueño más bien que de él mismo. Estos planes, luego que entró en convalecencia, quedaron de manifiesto, tanto por el arreglo que hizo del ejército, como por las órdenes que envió a Veracruz, pidiendo nuevos refuerzos.

La noticia de todo esto ocasionó grande inquietud entre los descontentos, que en su mayor parte eran de los de Narváez, quienes, como hemos dicho, habían llevado la peor parte de la guerra. Muchos de ellos poseían tierras en las islas, y sólo habían entrado en la expedición llevados de la codicia; pero no alcanzaron en México ni prez ni fama. Los pocos, comparativamente, que habían sobrevivido, no podían soportar sus actuales trabajos, suspiraban por volverse a sus ricas minas y alegres quintas de Cuba, y lamentaban amargamente el momento en que las habían dejado.

Viendo que el general hacía poco caso de sus quejas

orales, resolvieron hacer por escrito una representación en toda forma. Hacían ver lo temerario que era persistir en la empresa, encontrándose tan faltos de armas, de municiones y casi hasta de gente; y esto, para pelear con un enemigo pujantísimo y que era capaz de contar aún con más recursos de los que había desplegado ahora últimamente; pensar en esto era locura; intentarlo, era ir ellos mismos a la piedra de los sacrificios; el único partido que les quedaba era irse a Veracruz. Cada momento de tardanza era fatal; la guarnición de esta plaza estaba próxima a sucumbir por la falta de fuerza para resistir, con lo que quedaría destruída hasta la última esperanza; además que allí podían aguardar con mayor seguridad los refuerzos que llegasen de fuera; o en un evento desgraciado escaparse fácilmente. Concluían insistiendo en que se les permitiese volverse al instante a Villa Rica. Esta petición, o mejor dicho protesta, estaba firmada por todos los descontentos, y después de autorizada por el notario real le fué formalmente presentada a Cortés (1).

Aquel momento fué de prueba para él. Lo que más le pudo fué ver en el encabezamiento del papel el nombre del secretario Duero, a cuyos buenos servicios debía el haber logrado el mando del ejército. Sin embargo, no por esto vaciló ni un momento en su propósito. Aunque los recursos de fuera se le escaseaban y aunque le abandonaban sus amigos, él se bastaba a sí mismo. Conocía que retirarse a Veracruz era abandonar la conquista; que una vez allí, el

(1) Esto recuerda la representación del mismo género que hicieron a Alejandro sus soldados, al llegar a Hytaspis, y que fué seguida, como era natural, de mejor éxito. Alejandro iba por saciar su inextinguible sed de conquista; mientras que Cortés trataba únicamente de no abandonar su comenzada obra; lo que en el uno era insensatez, era heroísmo en el otro.

ejército encontraría pretextos y oportunidad para volverse a las islas; que todos sus planes de ambición iban a quedar desbaratados; que iba a escapársele para siempre la codiciada presa que ya había tenido entre las garras; que era, en fin, hombre perdido.

En su famosa carta a Carlos V, dice que reflexionando en su situación, recordó entonces el antiguo adagio español que dice que «la fortuna ayuda a los audaces», y que siendo cristiano confiaba en la infinita bondad y misericordia de Dios, que no permitiría que pereciesen y quedase aquella tierra en poder de los infieles (1); que, por lo tanto, resolvió no bajar a la costa y aventurarlo todo, retrocediendo y atacando de nuevo al enemigo en su misma capital.

En el mismo tono resuelto contestó a los descontentos (2). Recurrió a cuantos medios podían herir su honor caballeresco. Recordóles que no había memoria de que el antiguo valor castellano hubiese cedido jamás a un enemigo; rogábales que no mancillasen aquellos hechos heroicos que habían hecho famosa a la España entre todas las naciones y que no dejasen a medio acabar una empresa, para que luego viniese un atrevido y emprendedor a consumar-la; preguntábales que ¿cómo podían abandonar a sus aliados los tlaxcaltecas después de haberles envuelto en la guerra, ni dejarles expuestos a la venganza de los aztecas? Decía les que caminar un solo paso hacia Villa Rica, era confesarse débiles y menguados; era desanimar a sus aliados y alentar a los enemigos; rogábales que recobrasen la confianza que antes habían tenido en él, y que reflexionasen

(1) Relación segunda, en Lorenzana, pág. 152.

(2) «Páreceme que la respuesta que a esto les dió Hernando Cortés, a lo que hizo en ello fué una cosa de ánimo invencible y de varon de mucha suerte y valor.» Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulo XV.

que si últimamente habían padecido reveses, habían también logrado todo y aun más que todo lo que se prometían. Fácil era permanecer en aquella tierra hospitalaria hasta que, llegando los refuerzos que estaban para venir, pudiesen otra vez tomar la ofensiva. Pero que si a pesar de estas consideraciones capaces de conmover el corazón de cualquiera hombre valeroso, preferían el descanso en sus hogares, a la gloria de una proeza heroica, no les detendría en su camino; que fuesen benditos de Dios, que abandonasen a su general en tan duro conflicto; pero que él prefería verse rodeado de un puñado de esforzados caballeros, más bien que de una falange de menguados cobardes (1).

Los descontentos eran, como ya lo hemos dicho, los de Narváez; pero sus antiguos veteranos, al oír este llamamiento (2), sintieron hervir de indignación la sangre de sus venas, viendo que había quien tuviese el villano pensamiento de abandonar al general en aquella crisis, y ofrecieron espontáneamente acompañarle hasta lo último, y los descontentos, acallados, ya que no convencidos por el generoso entusiasmo de sus camaradas, consintieron en aplazar su marcha para otra ocasión más favorable (3).

(1) «E no me hable ninguno de otra cosa, y el que desta opinión no estuviere, vayase en buena hora, que más holgaré de quedar con los pocos y osados, que en compañía de muchos, ni de ninguno cobarde y desacordado de su propia honra.» Ibid, *ubi. supra*.

(2) Oviedo ha empleado varias páginas en la arenga de Cortés, en la que el orador cita a Jenofonte y emplea un estilo parecido al de la antigua historia del pueblo judío, lo que da a aquélla color de sermón, más bien que de arenga de un general; pero ni Cortés era pedante, ni sus soldados literatos.

(3) Véase sobre esta turbulenta desavenencia a Bernal Díaz, capítulo CXXIX. Relación segunda de Cortés, pág. 152. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XV. Gomara, *Crónica*, caps. CXII-CXIII. Herrera, *Hist. general*, dec. 2, lib. 10, cap. XIV.

Díaz se irrita fuertemente con el capellán Gomara, por no haber he-

Mas apenas estaba vencida esta dificultad cuando se presentó otra más seria: los celos que se habían comenzado a despertar entre sus soldados y los indios aliados. A pesar de las demostraciones afectuosas de Maxixcatzin y sus inmediatos compañeros, otros había que miraban de reojo a los españoles por los daños y duelos que habían causado a la República, y preguntaban con extrañeza, si además de esto se la quería obligar a que soportase la carga de alojar y mantener a tan crecido número de extranjeros?

Tales demostraciones de descontento no eran tan secretas que no llegasen a noticia de los españoles, quienes no podían oírlas sin inquietud. Verdad es que los autores de esas habladuras eran personas de poca consideración, pues los cuatro señores de la república estaban fuertemente adheridos a la causa de Cortés; pero las apoyaba el belicoso Xicotencatl, en cuyo pecho quedaban todavía restos de esa enemistad implacable que tan valerosamente había demostrado en los campos de batalla. El contacto íntimo en que violentamente estaba con los españoles, ocasionaba que de vez en cuando saltase alguna chispa de su carácter inflamable.

Cortés, que vió con inquietud aquellas señales de alarma creciente, la cual debilitaba el punto de apoyo en que debía descansar la palanca de sus futuras operaciones, empleó todos los medios posibles para infundir a sus tropas la perdida confianza; les recordó los buenos servicios que constantemente les había prestado la masa de la nación; díjoles que el mejor garante de la fidelidad de los aliados, era el odio profundo que tenían a los aztecas, cuyo odio

cho distinción entre los antiguos veteranos de Cortés y los reclutas de Narváez, y por haber envuelto a los unos y a los otros en el pecado de la rebelión. La noticia que da Díaz me parece más cierto; por eso la he adoptado en el texto.

debía avivarse con las últimas desgracias; finalmente, les hizo observar que si los tlaxcaltecas abrigasen designios hostiles contra los blancos, se habrían aprovechado de la angustiada situación en que éstos se habían encontrado, y no habrían aguardado a que se robusteciesen y tuviesen mayores medios de resistencia (1).

Estando Cortés procurando aquietar sus temores y los de sus compañeros, por aquellos medios de éxito dudoso, ocurrió un acaecimiento que felizmente afirmó de la manera más estable la alianza con la República. Pero antes de hablar de él, es menester dar noticia de lo acaecido en México, desde la salida de los españoles.

A la muerte de Moteuczoma, fué electo para sucederle en el trono su hermano Cuitlahuatzin, señor de Ixtlapalapan. Era hombre activo, experimentado en las cosas de la guerra, y propio por la fuerza de su carácter para sostener la vacilante monarquía. Además, parece que era hombre no sólo de buen gusto, sino ilustrado, si hemos de juzgar por los bellos jardines llenos de plantas exóticas que dejó en Ixtapalapan, y que llenaron de admiración a los españoles. Por el contrario de su antecesor, detestaba a los blancos, y probablemente, tuvo el placer de solemnizar el día de su coronación, sacrificando a algunos de ellos. Al momento que le puso en libertad Cortés, que le tenía prisionero, tomó parte en los patrióticos movimientos de su pueblo. El había dispuesto los ataques de las calles de la ciudad y los de la noche triste; y a instigaciones suyas, se reunió el poderoso ejército que disputó el paso a los españoles en las llanuras de Otompan (2).

(1) Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XV. Herrera, *Historia Gral.*, dec. 2, lib. 10, cap. XIV. Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, lib. 12, cap. XXIX.

(2) Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLVII. Relación

Desde que éstos evacuaron la ciudad, se ocupó activamente en reparar los daños que le habían causado, en reedificar las casas y construir de nuevo los puentes destruidos, y finalmente, en poner a la ciudad en el mejor estado de defensa. Procuró mejorar la disciplina y armas de sus tropas; introdujo el uso de las largas lanzas, y añadiendo las hojas de las espadas quitadas a los cristianos, a largas picas, formó una arma terrible contra la caballería. Llamó a todos sus vasallos, de lejos y de cerca, en ayuda de la capital, y para mejor ganarse el afecto de los pueblos, les exoneró de algunos de los impuestos que habían acostumbrado pagar. Pero luego experimentó la inestabilidad de un gobierno que descansa no en el amor, sino en el miedo. Los vasallos de las inmediaciones del valle, quedaron fieles; pero otros comenzaron a titubear sobre el partido que abrazarían, y los de las provincias apartadas, rehusaron de una vez su obediencia, considerando que aquel momento era el más a propósito para romper el yugo que por tanto tiempo les había oprimido (I).

En tal conflicto mandó el gobierno una embajada a sus antiguos enemigos los tlaxcaltecas. Componíanla seis nobles, que llevaban un regalo de algodón, sal y otros artículos de que hacía algún tiempo se carecía en la República. Los cuatro señores de ésta, asombrados de un acto de reconciliación, sin ejemplo hasta entonces, convocaron al

segunda de Cortés, pág. 166. Sahagun, loc. cit., y en el cap. XXVII. O por mejor decir, «a instigaciones del gran demonio, capitán de los demás demonios, llamado Satanás, que es quien gobernaba a su antojo la Nueva España antes de que viniesen a ella los españoles». Con este elocuente exordio comienza este capítulo el P. Sahagun.

(1) Ixtlilxochilt, *Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXXVIII. Sahagun, loc. cit., Herrera, op. cit., cap. XIX.

senado para que ante él expusiesen los embajadores el objeto de su mensaje.

Hiciéronlo así los aztecas: expusieron al senado que lo que proponían era el olvido de todos los pasados agravios y la formación de una alianza. Manifestaron que todas las naciones de Anáhuac debían hacer causa común contra los blancos; que los tlaxcaltecas harían caer sobre sí la ira de los dioses, si por más tiempo acogían hospitalariamente a los que habían violado y destruído sus templos; que si confiaban en la amistad y ayuda de los extranjeros, viesén lo que había sucedido en la ciudad de México, en cuyos umbrales fueron recibidos amistosamente, y a la cual, en pago, habían reducido a escombros y cenizas. Conjurábanles, en fin, en nombre de su religión, a que no permitiesen que los blancos, reducidos al último grado de miseria, se pusiesen en cobro, sino que los sacrificasen en las aras que habían profanado; y si lo hacían, ellos ofrecían en nombre del gobierno azteca, que se formaría una alianza, en donde resultase a la República el beneficio de gozar como antes de todos los objetos de lujo y comodidad de que hacía tanto tiempo estaba privada.

Las propuestas de los embajadores produjeron diferentes efectos en el auditorio; Xicotencalt fué de dictamen que se las aceptase al punto, diciendo que mejor era unirse con los de su misma familia, que tenían el mismo lenguaje, la misma fe y las mismas costumbres, que no entregarse en brazos de aquellos orgullosos extranjeros, que aunque siempre estaban hablando de religión, no conocían más dios que el oro. Este dictamen fué abrazado con entusiasmo por toda la juventud guerrera, que se había inflamado al escucharlo. Pero los ancianos señores y mayormente su viejo y ciego padre, uno de los cuatro gobernadores de la república, el cual era muy adicto a los espa-

ñoles, y Maxixcatzin, íntimo amigo de éstos, se expresaron en términos fuertes contra la propuesta alianza con los aztecas. Ellos son hoy como siempre, dijeron, lisonjeros en las palabras y falsos en el corazón; proponen hoy a Tlaxcalan la amistad, porque tienen miedo; pero luego que éste pase volverán a su antiguo rencor. ¿Quiénes sino los aztecas pudieron haber privado por tanto tiempo a la república de los objetos más necesarios para la vida, de estos objetos que hoy ofrecen tan liberalmente? ¿No se debe a los blancos que la nación los posea? ¿Y sin embargo se nos invita a sacrificarlos en las aras de los dioses! ¿A sacrificar a los guerreros que después de lidiar por la causa de Tlaxcalan, se han fiado a nuestra hospitalidad! Los dioses aborrecen la perfidia, y por otra parte, ¿no son los blancos los seres cuya venida han anunciado desde antiguo los oráculos? Aprovechémonos de esa llegada, y haciendo causa común con ellos, acabemos de humillar de una vez a nuestros altaneros enemigos.

Este discurso provocó una viva réplica de parte de Xicotencatl, hasta que con alguna violencia acabó la paciencia del anciano gobernador, quien arrojó a su joven antagonista de la Cámara del Consejo. Un procedimiento tan contrario al decoro acostumbrado en los debates parlamentarios de la nación, llenó de asombro a la asamblea; pero lejos de reconvenir al gobernador, permaneció callada. Aun los más apasionados parciales de Xicotencatl, temieron sostener a un caudillo que había recibido tal ultraje del más venerado de los cuatro señores de la república. Su padre mismo le reprendió públicamente, y el guerrero patriota que, aunque joven, tenía más previsión que todos sus compatriotas, quedó otra vez aislado en el Consejo, como lo había quedado en el campo de batalla. La propuesta alianza de los mexicanos, fué unánimemente desechada, y

los embajadores, temerosos de que no les libertara de una violencia ni aun el sagrado carácter de que estaban investidos, salieron secretamente de Tlaxcallan (1).

El resultado de la deliberación fué sumamente útil a los españoles, quienes en su angustiada situación, y mayormente estando desprevenidos, habrían quedado a merced de los tlaxcaltecas, si éstos lo hubiesen querido. Pero de cualquiera manera, la unión con los mexicanos habría puesto el sello a la desgracia de los conquistadores, pues no teniendo recursos propios, sólo podían esperar el triunfo valiéndose hábilmente de una parte de la población indígena para combatir a la otra.

(1) Lo que pasó en el senado tlaxcalteca lo refieren, aunque con algunas variaciones en cuanto a las circunstancias, pero en sustancia lo mismo, los escritores siguientes: Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S., Sahagun, loc. cit. Herrera, op. cit., dec. 2, lib. 10, cap. XIV Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. CXXIX. Gomara, *Crónica*, capítulo CXI.

CAPÍTULO III

GUERRA CON LAS TRIBUS CONVECINAS.—TRIUNFOS DE LOS ESPAÑOLES.—MUERTE DE MAXINCATZIN.—LLEGAN REFUERZOS.—VUELVEN TRIUNFANTES A TLAXCALAN LOS ESPAÑOLES.

(1520)

Tranquilo el comandante español con el éxito de la discusión habida en el senado, resolvió emprender algunas operaciones militares ofensivas, por considerarlas el mejor medio de reprimir ese espíritu de sedición que agitaba a sus tropas y que en la ociosidad debía inevitablemente fermentar cada día más. Al principio se propuso emplear a sus tropas en escarmentar a los indios de las inmediaciones, por haber puesto mano violenta sobre los españoles que habían pasado por entre ellos, fiándose en el respeto que siempre se les había tenido. Entre estas tribus se contaba la de los tepanecas, pueblo que frecuentemente entraba en guerras con Tlaxcalan, y que como arriba hemos dicho, asesinó a dos españoles que iban para México. Una expedición contra ella, sería fácilmente auxiliada por los tlaxcaltecas, y repararía la dignidad del nombre castellano, muy menoscabada a consecuencia de los últimos reveses.

Los tepanecas eran una tribu belicosa, procedente del

mismo tronco que los aztecas, de quienes eran tributarios. Cuando entraron los españoles en el país, les juraron aquéllos vasallaje, amedrentados por las crudas derrotas de los tlaxcaltecas; pero desde el levantamiento de la capital, habían vuelto a someterse al yugo mexicano. Su capital, que es hoy un lugarejo, era entonces una ciudad floreciente, situada en las feraces llanuras que se extienden al pie de Orizaba (1). La provincia encerraba, además, gran número de ciudades más pequeñas, ocupadas por una población atrevida y marcial.

Como los indios habían reconocido la autoridad de Castilla, Cortés y sus oficiales calificaron su conducta presente de rebelión, y se decidió en un consejo de guerra, que los que habían tenido participación en la última matanza, fuesen condenados a la esclavitud. Antes de atacarlos, les mandó intimar el general que se rindiesen, ofreciéndoles el absoluto olvido de lo pasado, siempre que se sometiesen, y amenazándoles con el más duro castigo, si acaso se obstinaban (2). A esto contestaron los indios, que ya estaban sobre las armas, en los términos más insultantes, provocando a su enemigo a que se presentase en el campo de batalla, donde se abastecerían de las víctimas que necesitaban para sus sacrificios.

Cortés se puso sin tardanza a la cabeza de sus pocos españoles y de un buen refuerzo de tlaxcaltecas. Acaudillaba a éstos el joven guerrero Xicotencatl, el cual parece que

1) El nombre de la capital de esta provincia, el mismo que el de ésta, era «Tepejacac», y fué corrompido por los españoles en «Tepeaca». Es necesario confesar que en el cambio ganó en eufonía.

(2) «Y como vió aqueilo Cortés lo comunicó con todos nuestros capitanes y soldados: y fué acordado que se hiciese un tanto por ante escribano que diese fe de todo lo pasado, y que se diesen por esclavos.» Bernal Díaz, cap. CXXX.

por entonces olvidó su rencor, porque deseaba recibir una lección sobre la guerra, militando a las órdenes del general que tantas veces le había vencido (1).

Los tepanecas salieron a las fronteras a esperar al enemigo. Trabaron reñido combate en el que no pudo maniobrar holgadamente la caballería, a causa de las cañas de maíz de que estaba plantado el suelo; pero por fin triunfaron los españoles, los tepanecas abandonaron el campo que habían sostenido en buena lid y quedaron derrotados después de una gran carnicería. A los pocos días se trabó un nuevo encuentro, cuyos resultados fueron decisivos, y los tlaxcaltecas y españoles victoriosos, se volvieron en derecha a Tlaxcalan, donde hicieron su entrada triunfante (2). El enemigo no intentó hacer nueva resistencia, y la provincia toda, para evitar mayores calamidades, se dió prisa a rendirse sumisamente. Sin embargo, Cortés aplicó el proyectado castigo, en los lugares donde se había cometido el asesinato de los españoles. Los habitantes fueron marcados con un hierro hecho ascua, y después de sacado el quinto real, repartidos entre los blancos y sus aliados (3). Los españoles estaban acostumbrados al sistema de *repartimientos* usado en las islas, pero era el primer

(1) Los cronistas regulan en 50.000 la fuerza del ejército, cuya fuerza es la mitad de toda la de que podía disponer la república. «De la cual (Tlaxcalan), como ya tengo dicho, solían salir cien mil hombres de pelea.» Toribio, *Hist. de las Ind.*, M. S., cap. XVI.

(2) «Aquella noche, dice el crédulo Herrera hablando de la orgía que se siguió a una de las victorias, tuvieron los aliados indios, gran cena de piernas y brazos, porque fuera de un número increíble de asados hechos en asadores de palo, tenían cincuenta mil platillos de carne humana fresca.» (*Hist. Gral.*, dec. 2. lib. 10, cap. XV.) El tal banquete no ha de haber oído muy agiadablemente a las narices de Cortés.

(3) «Y allí hicieron hacer el hierro con que se habían de herrar los

ejemplo de él, que se veía en Nueva España. En el presente caso estaba justificado, según la opinión del general y de sus casuistas militares, por las ofensas enormes de los indios. Sin embargo, la sentencia no fué aprobada por la corona, la cual, como lo prueba toda la legislación colonial, siempre estaba en pugna con el espíritu mercenario y codicioso de los conquistadores (1).

Satisfecho con esta demostración de venganza, estableció Cortés su cuartel mayor en Tepeaca, punto que por estar situado en medio de fértiles llanuras, proporcionaba facilidad de mantener al ejército; y que estando, por otra parte, en las fronteras mexicanas, era un buen punto de apoyo para las operaciones subsecuentes.

El Gobierno azteca, luego que supo el éxito de la embajada a Tlaxcalan, se apresuró a fortificar la frontera por aquella parte. Reforzó las guarniciones de aquellas plazas y envió fuertes cuerpos de tropas, que se apoderasen de las alturas. La conducta de estas tropas fué, como de costumbre, arrogante y vejatoria, y disgustó sumamente a los habitantes.

Entre las ciudades fortificadas, estaba Quauhquechollan (2), de cosa de treinta mil habitantes, según dicen los historiadores españoles, y que distaba doce leguas o más al SO. de los cuarteles españoles. Estaba en el extremo de un profundo valle que se extendía al pie de una cordillera de collados o, mejor dicho, de montañas y atravesado por dos ríos, cuyas riberas eran altas y llenas de precipi-

que se tomaban por esclavos, que era una G. que quiere decir: guerra.» Bernal Díaz, cap. CXXX.

(1) Solís, *Conq.*, lib. 5.º, cap. III.

(2) Llamada por los españoles «Guacachula», y escrita de muy diversas maneras por los escritores antiguos, cuya diversidad puede explicarse por la embrollada multitud de consonantes.

cios. El único camino por donde se podía llegar a la ciudad, estaba defendido por una muralla de piedra, de 20 pies de altura y considerablemente gruesa (1). Dentro de esta plaza, fuerte por la naturaleza y aún más fortificada por el arte, había encerrado el emperador azteca una guarnición de algunos miles de hombres, al mismo tiempo que gruesos ejércitos defendían las alturas que dominaban la ciudad.

El gobernador de esta plaza fuerte, impaciente por romper el yugo azteca, invitó a Cortés a que se acercase, prometiéndole la cooperación de los ciudadanos en el ataque contra la guarnición mexicana. El general aceptó gustosísimo la propuesta y destacó a Cristóbal de Olid con 200 españoles y un respetable cuerpo de tlaxcaltecas en ayuda del cacique (2). En el camino encontró Olid a varios voluntarios, tanto de la ciudad india como de Chololan, que le pedían con instancia que los emplease. El ahinco que mostraban los voluntarios, y su considerable número, despertó sospechas en el comandante español, corroborándolas más el miedo de los soldados de Narváez, cuya imaginación, dominada por los horrores de la noche triste, creía ver en el empeño de los indios una prueba de su traidora combinación con los aztecas. Olid, cediendo a su desconfianza, contramarchó a Chololan, puso presos a los jefes que más sospechosos le parecieron, por haber sido los primeros en

(1) «Y toda la ciudad está cerrada de muy fuerte muro de cal y canto, tan alto como cuatro estados por fuera de la ciudad; e por de dentro está casi igual con el suelo. Y por toda la muralla va su pretil tan alto como medio estado para pelear; tiene cuatro entradas tan anchas como uno puede entrar a caballo.» Relac. seg., pág. 162.

(2) El nombre de este caballero lo escriben de ordinario los historiadores, «Olid»; pero en una copia de su firma, he encontrado escrito «Oli».

ofrecerle sus servicios, y los envió a Cortés, bajo buena custodia.

El general, después de un escrupuloso examen, quedó convencido de la sinceridad de sus ofertas; les manifestó cuánto le mortificaba ver el mal trato que se les había dado y procuró indemnizarles de él haciéndoles algunos regalos; finalmente, conociendo cuán delicado era confiar a manos extrañas una empresa de tal importancia, marchó con el resto de sus tropas a reunirse con su oficial, lo cual verificó en Chololan.

Estaba convenido con el cacique de la ciudad contra la cual marchaba, que en cuanto se avistasen los españoles, se echarían los habitantes sobre la guarnición. Todo se verificó conforme estaba concertado: en el momento en que comenzaron los batallones españoles a desfilar por las llanuras de frente a la ciudad, atacaron los habitantes a la guarnición azteca con extremada furia. Los soldados abandonaron las fortificaciones exteriores y se replegaron al templo mayor, donde sostuvieron un empeñado combate con sus adversarios. En lo más acalorado de la refriega entró Cortés, con sus jinetes, en la plaza, dirigiendo personalmente el ataque. Los aztecas se defendieron valientemente; pero, como a cada momento recibían sus enemigos nuevos refuerzos, al fin fueron asaltadas las fortificaciones y pasados a cuchillo todos sus defensores (1).

En el entre tanto, las tropas mexicanas que ocupaban las alturas inmediatas habían bajado en ayuda de la guarnición y formado en orden de batalla en los suburbios de la ciudad, donde tuvieron un encuentro con los aliados tlaxcal-

(1) «Porque yo quisiera tomar a algunos a vida para me informar de las cosas de la gran ciudad y de quién era señor después de la muerte de Moteuczoma, y de otras cosas, y no pude tomar sino a uno más muerto que vivo.» Relac. seg., pág. 150.

tecas. Los enemigos eran, por lo menos, 30.000 hombres, y era cosa de ver aquel ejército, el más lucido que hasta entonces habían visto los españoles y la gran variedad de joyas y plumajes que traían (1). El combate fué reñidísimo entre los dos ejércitos indios; púsose fuego a los suburbios y, en medio de las llamas del incendio, rompió Cortés por entre los tercios enemigos, desordenó su formación y les obligó a huir a la estrecha garganta o cañada de las montañas, de donde últimamente habían bajado, camino escabroso y lleno de precipicios. Españoles y tlaxcaltecas, siguiendo en su alcance al enemigo, y escalando las encumbradas murallas que cerraban el valle, lo flanquearon por todas partes. El calor era fuerte, y la fatiga tanta, que difícilmente podían, dice el cronista, ni los unos huir ni los otros dar alcance (2). Con todo, no estaban muy cansados para matar, pues los mexicanos sufrieron una espantosa carnicería. No encontraron conmiseración en sus enemigos indios, que tenían un largo catálogo de agravios que vengar, y solamente unos cuantos lograron escaparse, internándose a lo más profundo de la sierra. Pero sus enemigos no se cansaron de perseguirles hasta llegar a la escarpada cresta de la cordillera, que es donde estaba el campamento mexicano. Ocupaba ancho espacio; encontráronse en él varios utensilios de guerra, vestidos vistosos y artículos de lujo, y, además de todo esto, considerable número de esclavos, que probaban la pompa y grandeza con que se

(1) «Y a ver qué cosa era aquello, los cuales eran más de 30.000 hombres y la más lucida gente que hemos visto; porque traían muchas joyas de oro y de plata y plumajes.» Ibid, pág. 160.

(2) «Alcanzando muchos por una cuesta arriba muy aguda, y tal, que cuando acabamos de encumbrar la sierra, ni los enemigos ni nosotros podíamos ir ni atrás ni adelante; e así cayeron muchos de ellos muertos y ahogados de la calor sin herida ninguna.» Ibid, pág. 160.

servían en la campaña los nobles mexicanos (1). Apoderáronse los vencedores de aquellos ricos despojos esparcidos sobre el abandonado campamento, y se ocuparon en recogerlos hasta que la oscuridad de la noche les obligó a bajar al valle (2).

Cortés completó el golpe atacando la ciudad fortificada de Itzocan, defendida también por una guarnición mexicana y situada en la profundidad de un ameno valle regado por canales artificiales y donde sonreía la rica vegetación propia de las llanuras feraces de la meseta (3). La plaza, aunque vigorosamente defendida, fué asaltada y tomada por los españoles. Los aztecas fueron arrojados hasta un río que pasaba al pie de la ciudad, y aunque estaban rotos, bien por casualidad o de intento, los puentes que lo atra-

(1) «Porque demás de la gente de guerra tenían mucho aparato de servidores y fornecimiento para su real.» Ibid, pág. 160.

(2) El capitán Díaz cuenta de modo muy diverso la toma de la plaza. Según él, cuando retrocedió Olid a Chololan por no querer sus soldados ir adelante, de miedo de una traición, recibió de Cortés una reprensión tan severa, que obligó a sus tropas a continuar la marcha, atacó al enemigo con la furia de un tigre, y lo derrotó enteramente. (*Hist. de la Conq.*, cap. CXXXII). Pero ningún otro escritor contemporáneo, que yo sepa, ha adoptado esta narración. Cortés es tan compendioso en sus relaciones, que las más veces es preciso completarlas con noticias sacadas de otros escritores. Pero cuando él afirma algo positivamente, se le puede tener por la mejor autoridad, tanto porque acostumbraba escribir en el sitio mismo donde pasaban los sucesos, como porque tenía todos los datos necesarios para hacerlo.

(3) Cortés, aunque tenía un ojo menos perspicaz para descubrir la belleza del paisaje, que su predecesor en la carrera de los descubrimientos, Colón, era igualmente hábil para juzgar de la calidad del terreno. «Tiene un valle redondo muy fértil de frutas y algodón, que en ninguna parte de los puertos arriba se han por la gran frialdad, y allí es tierra caliente, y cáusalo que está muy abrigada de sierras: todo este valle se riega por muy buenas acequias que tienen muy bien sacadas y concertadas.» Ibid, págs. 164 y 165.

vesaban, los españoles lograron, unos vadeándolo y otros a nado, pasar a la orilla opuesta y perseguir su caza como perros sabuesos. El botín fué también grande; por manera que los indios auxiliares corrían en bandadas a alistarse bajo las banderas del general que tan felizmente los conducía a la victoria y al pillaje (I).

Inmediatamente en seguida se volvió Cortés a su cuartel general en Tepeaca, y desde allí envió a sus capitanes a varias expediciones, la mayor parte de ellas felices. Sandoval en particular, marchó contra un grueso cuerpo de indios que estaba situado entre el campamento y Veracruz; lo derrotó en dos batallas decisivas, y restableció la libre comunicación entre uno y otro punto.

El resultado de estas expediciones fué que quedase sometido todo el poblado y cultivado territorio que se extendía desde el gran volcán por el O. hasta la encumbradas faldas del Orizava por el E. Fuera de esto, muchos lugares de la provincia comarcana de Mixticapan reconocieron la autoridad de los españoles, y otras de la remota región de Oaxaca, mandaron implorar su protección. El desinterés y equidad de Cortés para con los aliados le había granjeado mucho crédito entre ellos. Las ciudades indias de las cercanías apelaban a él como árbitro de sus desavenencias, y ocurrían también a su arbitramento en el caso de disputas sobre sucesión. Su conducta discreta y moderada les hizo ejercer sobre los indios el influjo que con el rigor no habían conseguido los aztecas. Su autoridad se dilataba más

(1) «E iban en mi compañía tanta gente de los naturales de la tierra, vasallos de V. M., que casi cubrían los campos y las sierras que podíamos alcanzar a ver. E de verdad había más de 120.000 hombres.» Cuando los conquistadores hablan de un número cualquiera, es más seguro usar de las palabras multitud, gran número y otras semejantes, y dejar a la imaginación del lector que fije el número como le parezca.

y más cada día, y en el centro mismo del país comenzó a crecer un nuevo imperio que contrabalanceaba el colosal poder que por tanto tiempo había dominado al antiguo (1).

Cortés se conoció ya bastante fuerte para poner mano a la ejecución de los planes que para el recobro de la capital había proyectado incesantemente desde que le expulsaron de ella. Conoció que hasta entonces no había estimado en su verdadero valor la importancia de la monarquía azteca; conoció que para someterla, no le bastaban sus actuales recursos ni todos los que por sí sólo pudiese reunir, sino que era preciso contar con la ayuda de una porción de los indios mismos. Un grande ejército, necesitaba sobre todo, de amplios recursos para su manutención, y esto no se podía conseguir sin la cooperación de los naturales. Pero ya podía contar con los auxilios de Tlaxcalan y de los otros territorios indios, cuyos guerreros se mostraban bien dispuestos a servir bajo las banderas españolas. Su largo trato con los naturales le había hecho adquirir un conocimiento perfecto de su carácter y sistema de guerra, y por otra parte, los aliados que habían servido a sus órdenes, si bien no habían aprendido la táctica europea, sabían a lo menos obrar de concierto con los blancos y obedecerle implícitamente como a su comandante. Este era un adelanto muy importante para tropas bárbaras y desordenadas, y aumentaba considerablemente la fuerza que sacaban de su solo número.

La experiencia le había enseñado que en otro ataque a

(1) Véase, además, la carta de Cortés tantas veces citada: Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XV. Herrera, *Hist. Gen.*, dec. 2, libro 10, cap. XV. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. IX. Bernal Díaz, caps. CXXX-CXXXI y CXXXIV. Gomara, *Crónica*, caps. CXIV-CXVII. P. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. IX. Camargo. *Hist. de Tlaxcalan*, M. S.

la capital, era preciso no fiarse a las calzadas, sino ser dueño del lago. Por lo tanto, determinó construir cierto número de buques semejantes a los que en tiempos de Moteuczoma habían incendiado los habitantes. Para esto contaba con el hábil carpintero que los había fabricado, Martín López, que escapó de la mortandad de la noche triste. Envióle a Tlaxcalan con orden de construir 13 bergantines que hechos piezas debían ser llevados en hombros de los indios, para ser echados en las aguas de Tetzaco. El velamen, la jarcia y clavazón, debía traerse de Veracruz, donde había acopio de estos artículos, desde la destrucción de las naos. ¡Era atrevido el proyecto de construir una escuadra para hacerla atravesar por bosques y montañas, antes de echarla a las aguas que debía surcar! Pero él convenía perfectamente al genio audaz de Cortés, quien con la ayuda de sus fieles confederados, no dudó un momento en poder llevarlo a cabo.

No fué poco el sentimiento que causó a Cortés la noticia de la muerte de Maxixcatzin, el anciano cacique de Tlaxcalan, que adicto le era y que tan firmemente le había sostenido en la hora de la desgracia. Había muerto, víctima de esa terrible epidemia, la viruela, que devastaba a la sazón el país con el furor que el fuego tala los campos; que no perdonaba ni al príncipe ni al pechero; y que era uno de los males que formaban el luctuoso acompañamiento de los blancos. Cuentan que fué traída a la Nueva España por un esclavo que venía en la flota de Narváez (1). Donde

(1) «La primera fué de viruela y comenzó de esta manera: Siendo capitán y gobernador Hernando Cortés, al tiempo que el capitán Pánfilo de Narváez desembarcó en esta tierra, en uno de sus navíos vino un negro herido de viruelas, la cual enfermedad nunca en esta tierra se había visto, y a esta sazón estaba esta Nueva España en extremo muy llena de gente.» Toribio, *Hist. de las Ind.*, M. S., parte I, cap. I.

primero estalló fué en Cempoallan. Los pobres indios, ignorando el mejor modo de curar tan molesta enfermedad, tomaron baños de agua fría, como lo tenían de costumbre; lo cual la agravó considerablemente. De Cempoallan cundió rápidamente por los países inmediatos, y después de pasar por Tlaxcalan llegó a la capital azteca, donde murió víctima de ella, Cuitlahuatzin, el sucesor de Moteuczoma. De allí se dirigió a las playas del Pacífico, después de dejar cubierta su carrera con montones de cadáveres de indios, los cuales morían, para usar de la significativa expresión de un contemporáneo, como chinchas a montones (1). Parece que no causó grandes estragos en los españoles, que o ya habían tenido la enfermedad, o por lo menos sabían el modo más conveniente de curarla.

Las tropas deploraron profundamente la muerte de Maxixcatzin, en el que perdieron el más fiel y adicto de sus amigos. Al arrojar el último aliento les encomendó a su hijo y sucesor, por ser ellos los seres sobrenaturales cuya venida habían anunciado en lo antiguo los oráculos (2). Mostró el deseo de morir en la fe cristiana; lo que sabido por Cortés, despachó al instante a Tlaxcalan al padre Olmedo. El buen padre se encontró con que Maxixcatzin había mandado traer a su lecho de muerte un crucifijo para adorarlo. Después de explicarle lo más claramente que pudo las verdades de la revelación, bautizó al moribundo cacique; y los españoles tuvieron el placer de saber

(1) «Morían como chinchas a montones.» (Ibid, *ubi. supra.*) «Eran tantos los difuntos que morían de aquella enfermedad, que no había quien los enterrara; por lo cual en México los echaban en las acéquias, porque entonces había muy grande copia de aguas, y era muy grande hedor el que salía de los cuerpos muertos». Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, lib. 8.º, cap. I.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXXVI.

que el alma de su benefactor no había sido envuelta en la sentencia de condenación eterna, que recaía sobre todos los infelices indios que morían fuera de la fe cristiana (1).

Las últimas victorias parece que alentaron a los descontentos para continuar la guerra; sin embargo, había algunos pocos; el secretario Duero, Bermúdez el tesorero, y algunos otros bien acomodados, que veían con disgusto se abriese otra campaña y que insistían fuertemente en que se les permitiese partir para Cuba. Cortés no hizo reparo alguno a esta petición, por estar satisfecho con los recursos de que podía disponer. Habiéndoles dado el permiso, hizo cuanto estuvo a su alcance para acelerar la partida y para proporcionarles comodidades, mandó órdenes a Veracruz para que les tuviesen aparejado el mejor buque, y bien provisto de víveres para el viaje, y despachó a Alvarado a la costa para que cuidase de que el embarco fuera seguro; se despidió atentamente y protestándoles su inalterable consideración. Pero según se vió después, los que le abandonaban en tal aprieto, no se interesaban vivamente por su suerte, pues vemos a Duero en España, sosteniendo las quejas de Velázquez, ante el emperador, contra su antiguo comandante y amigo.

La pérdida de aquellos pocos hombres fué compensada por la ganancia de otros que la fortuna, para usar de la palabra generalmente expresada, le envió en el momento en que menos lo esperaba. Los primeros vinieron en un buquecillo que envió el gobernador de Cuba con provisiones para la colonia de Veracruz, ignorando el estado de las cosas y la suerte que había corrido su oficial Narváez. Cuentan que el buque traía pliegos para éste, de Fonseca,

(1) Ibud, *ubi. supra*. Herrera, *Hist. General*, dec. 2. lib. 10, capítulo XIX. Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, lib. 12, cap. XXXIX.

obispo de Burgos, en que le prevenía que mandase a Cortés a España, si no lo había ya hecho, para que allí fuese juzgado (1). El alcaide de Veracruz conforme a las preveniciones de Cortés, permitió al capitán del buque y a la tripulación que desembarcasen, lo que hicieron persuadidos de que estaba el país en poder Narváez; pero no bien habían salido a tierra, cuando quedaron desengañados. El buque fué desmantelado, y ellos persuadidos sin gran trabajo a tomar partido por Cortés, con el cual fueron a juntarse en Tlaxcalan.

Otro buque que llegó después, también enviado por Velázquez, corrió la misma suerte, y su tripulación se adhirió igualmente a la causa de Cortés.

Por el mismo tiempo, Garay, el gobernador de Jamaica, armó una escuadrilla de tres velas y la despachó a fundar una colonia a orillas del Pánuco, río que desemboca en el Golfo Mexicano, algunos grados al N. de Villa Rica. Garay insistió en su proyecto a pesar de las reclamaciones de Cortés, que ya había entrado en amistosas comunicaciones con los habitantes de aquella provincia. Pero recibieron tan dura acogida los soldados de Garay, que se tuvieron por felices en volverse a sus naves. Una de estas se fué a pique en una tormenta, y las otras dos se volvieron a Veracruz para que se restableciese un poco la gente, estropeada por el hambre y las enfermedades. Fueron allí amistosamente recibidos, se les abasteció de víveres, se les curó de sus heridas, y a fuerza de promesas y ofertas consiguió Cortés que abandonasen las banderas del gobernador y se alistasen bajo las suyas. Todos estos tres refuerzos hacían un total de 150 hombres, bien provistos de armas y municiones, y de 20 caballos. Por este raro con-

(1) Bernal Díaz, cap. CXXXI.

curso de circunstancias, se vió Cortés dueño de los recursos que más necesitaba; y lo que es más, ¡le venían de manos de sus enemigos, que a gran costa los habían reunido con el objeto de dañarle y arruinarle!

Su buena fortuna no paró allí: llegó a Cuba un buque cargado de artículos de guerra, destinados a los aventureros del Nuevo Mundo. El comandante, sabedor de los descubrimientos hechos en México y juzgando que allí tendría grandes ganancias, se encaminó hacia Veracruz. No se engañó en sus cálculos, porque el alcaide compró por orden de Cortés la carga y el buque, y la tripulación, llevada del espíritu de aventura propio de la época, resolvió seguir la suerte de sus compatriotas. Quién sabe qué magia tenía el nombre de Cortés, que cuantos le escuchaban se ponían bajo sus banderas (1).

Arreglado todo lo necesario para emprender de nuevo la ofensiva, ya no había motivo para permanecer en Tepeaca. Antes que partiese, le suplicaron aquellos habitantes dejase allí una guarnición que les defendiese de la venganza de los aztecas. Cortés accedió a la solicitud, y en atención a lo céntrico de aquel punto, determinó fundar en él una colonia. A este propósito escogió 60 hombres, los más de ellos inválidos por causas de sus heridas o de otras enfermedades, y nombró los alcaldes regidores y demás magistrados civiles. Llamó *Segura de la frontera* a la ciudad (2), que algunos años después recibió muchos privilegios de la gracia del emperador Carlos V (3), y llegó a tener alguna importancia; pero a poco comenzó a decli-

(1) Ibid, caps. CXXXI, CXXXIII y CXXXVI. Herrera, *ubi. supra*. Relación seg. de Cortés, págs. 154-167. Toribio. *Hist. de las Indias*, M. S., lib. 33, cap. XVI.

(2) Relación seg., pág. 156.

(3) Clavijero, *Hist. de México*, tom. III, pág. 153.

nar, y hasta su nuevo nombre, por una fatalidad semejante a la que ha tocado a los de algunas de nuestras ciudades (E. U.), fué suplantado gradualmente por el antiguo; así es que el nombre de Tepeaca, designa hoy la antigua y floreciente ciudad india y la segunda colonia española.

Estando en Segura escribió Cortés su famosa segunda relación al Emperador, tantas veces citada en las páginas de esta obra. Comienza la narración con la salida de Veracruz y abraza la compendiosa relación de todo lo acaecido hasta la época a que hemos llegado. En la última página, hablando de las dificultades y tropiezos con que tiene que bregar, dice con ese espíritu varonil que le caracterizaba, que le parecen pocos los riesgos y las fatigas, comparadas con el objeto que allí se propone, y confía en que muy en breve volvería al estado en que antes se encontraba, y se resarcirían las pasadas pérdidas (1).

Habla de la semejanza que en muchas cosas tienen México y la madre patria, y propone llamar a aquel «Nueva España del mar Océano» (2). Finalmente, pide que envíe el emperador una visita que se informe de su conducta y de la verdad de su relación.

Esta carta que se imprimió por la primera vez, en Sevilla, un año después de recibida, ha sido después reimpressa y traducida varias veces (3). Ella excitó fuertemente la

(1) «E creo como ya a V. M. he dicho, que en muy breve tornará al estado en que antes yo la tenía y se restaurarán las pérdidas pasadas.» Relac. seg., pág. 167.

(2) «Me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del Mar Océano: y así en nombre de V. M. se le puso aqueste nombre y humildemente suplico a V. A. lo tenga por bien y mande que se nombre así.» (Ibid, pág. 169.) Grijalva había dado antes a Yucatán el nombre de Nueva España sin ninguna otra adición. Véase antes el lib. 2.º, cap. I.

(3) La carta estaba datada «de la Villa Segura de la Frontera, de

atención, no sólo de la corte, sino de todos los literatos. Los descubrimientos que antes se habían hecho en el Nuevo Mundo, habían dejado sin resolver los grandes problemas acerca de aquel continente. Lo descubierto hasta entonces se reducía a unas cuantas tribus, que aunque de costumbres suaves y pacíficas, permanecían todavía en el último escalón de la civilización. Pero ahora se tenía noticia de una vasta nación, poblada y poderosa, adelantada en las artes, sometida a un régimen político complicado, y que ocupaba un suelo cubierto de minerales y de infinita variedad de vegetales, fuentes de riqueza tanto natural como artificial, con las que se podían realizar los sueños de oro a que, con motivo del gran descubrimiento del Nuevo Mundo, se había entregado tan ardiente y tan falazmente el Mundo Antiguo. Ya podía el literato de aquellos tiempos complacerse en la revelación de las maravillas que, por tanto tiempo, pero inútilmente, había deseado contemplar (1).

Juntamente con esta carta mandó otra que, a lo que parece, estaba firmada por todos los oficiales y soldados, en la que se extendía largamente sobre los obstáculos que Velázquez y Narváez habían puesto al progreso de la ex-

esta Nueva España, a treinta de Octubre de 1520». Pero habiéndose perdido el buque que la debía llevar, no se envió hasta la primavera del año siguiente; y durante todo ese tiempo, ignoró España la suerte de estos animosos aventureros y la importancia de sus descubrimientos.

(1) La sensación que produjo en el Antiguo Continente este descubrimiento, puede verse en la correspondencia de Pedro Mártir, que a la sazón residía en la Corte de Castilla. Véase, en particular, la carta de marzo de 1521, dirigida a su discípulo el marqués de Mondéjar, en la cual habla, con suma satisfacción, de los ricos tesoros que los descubrimientos de Cortés proporcionaban a las ciencias. *Opus epistolarum*, epis. 771.

pedición y sobre los daños que habían causado a los intereses de la Corona; se ensalzaban sobremanera los servicios de Cortés, y se suplicaba al emperador que le confirmase en su autoridad y no permitiese que nadie interviniese en la conducta de una persona que por sus cualidades personales, por el íntimo conocimiento que tenía de los indios y de la tierra, y por el afecto que le profesaban sus soldados, era la más adecuada para dar remate a la conquista (1).

No tenía a Cortés poco perplejo la duda sobre la manera con que habría sido juzgada en España su conducta. Ignoraba aún si habrían llegado allá los pliegos que había mandado el año anterior desde Veracruz: México estaba tan lejos de todo trato con el Antiguo Mundo como si éste estuviese situado en el lugar de los antípodas. Pocos buques habían entrado en sus puertos y a ninguno se le había dejado salir de ellos. El gobernador de Cuba, isla que sólo distaba de Veracruz unos cuantos días de navegación, ignoraba qué suerte había corrido su enviado. A cada vez que llegaba un nuevo buque, podía dudar Cortés, justamente, qué es lo que traía, si auxilios o si órdenes para removerlo. Su atrevido espíritu confiaba en lo primero; bien que lo segundo era lo más probable, atendiendo a la íntima amistad del gobernador de Cuba con Fonseca, el obispo de Burgos, hombre celoso de su autoridad y que por su alto puesto en el Consejo de Indias, ejercía gran influjo en lo que a ellas concernía. La política de Cortés

(1) Este Memorial se encuentra en mi colección, en la parte hecha por Vargas Ponce, antiguo presidente de la Academia Española. Está firmada por 444 nombres; siendo cosa notable que se encuentren los de todas las personas conocidas, menos el de Bernal Díaz del Castillo. Acaso pudiera explicarse esta falta por su enfermedad, pues él nos cuenta que por entonces estaba postrado en cama, de una fiebre. *Historia de la Conq.*, cap. CXXXIV.

era, pues, no perder tiempo y acelerar sus preparativos, si no quería que viniese otro a recoger el laurel que él estaba próximo a cortar. Él conocía que en logrando sojuzgar a la capital azteca, todo estaba seguro, y que cualquiera que fuese el juicio que se pudiese formar de sus desmanes, ni la Corona ni el reino podrían desconocer toda la importancia de semejante servicio.

Escribió también a la Real Audiencia de Santo Domingo, interesándola en su favor. Envió a aquella isla cuatro buques, en busca de municiones y armamento, y para mejor excitar la codicia de los aventureros y engancharlos en la expedición, remitía muestras de todos los primores que se fabricaban en el país, y sobre todo, de sus metales preciosos (1). Los fondos necesarios para habilitar aquella importante expedición lo sacaría, probablemente, del botín de las últimas batallas y del oro que, como hemos dicho, pudo salvarse del naufragio universal por un convoy castellano.

Eran mediados de diciembre cuando Cortés emprendió su marcha a Tlaxcalan, que distaba cosa de diez o doce leguas. Iba en la vanguardia y tomó el camino de Chololan. ¡Cuán diferente era su condición ahora de lo que había sido cinco meses antes! Su marcha era una procesión triunfal, en que hacía ostentación de las banderas e insignias militares, de los numerosos esclavos y de los demás ricos trofeos que había ganado en más de cien sangrientas batallas. Al pasar por las ciudades y pueblos, los habitan-

(1) Relac. terc. de Cortés. en Lorenzana, pág. 179. Herrera, *Historia Gen.*, dec. 2, lib. 10, cap. XVIII.

Alonso de Avila fué el conductor de estos pliegos. Bernal Díaz, que no deja de echar de vez en cuando sus pullas contra Cortés, dice que eligió a este valeroso caballero por deshacerse de él. pues era díscolo y claridoso.

tes acudían en tropel a acompañarles, y cuando se acercaron a Tlaxcalan, toda la población, hombres y mujeres, ancianos y niños, salió a recibirles y a celebrar su entrada con cantos, danzas y músicas. Por las calles donde pasaban, había arcos de flores, y al entrar en la ciudad, un orador tlaxcalteca llamó a Cortés, en una pomposa arenga, «el vengador de la República». En medio de aquella algazara y júbilo y fiesta, Cortés y sus oficiales iban vestidos de luto, en señal de sentimiento por la muerte de su amigo Maxixcatzin. Los tlaxcaltecas quedaron más conmovidos al ver aquel tributo de respeto que pagaban los españoles a la memoria del venerado gobernador, que de todo el aparato bélico de que hacían vanagloriosa ostentación (1).

Lo primero que hizo el general fué confirmar en su autoridad al hijo de su difunto amigo, a cuyo hijo disputaba la sucesión un hermano ilegítimo. El mancebo tenía sólo doce años, y Cortés logró sin dificultad persuadirle a que le bautizaran. En seguida le armó caballero, siendo él el primer caballero castellano entre los indios de América (2). El anciano Xicotencatl fué persuadido también a recibir las aguas del bautismo, y el ejemplo de estos personajes predispuso favorablemente al pueblo para abrazar la fe católica. Cortés, bien fuese por estar engolfado en otros negocios, bien por sugerencias del Padre Olmedo, no tomó grande empeño en llevar adelante la obra de la conversión; sino que una vez echada la semilla, la dejó germinar en secreto y brotar y crecer hasta que llegase el tiempo de recoger sazonados frutos.

(1) Bernal Díaz, cap. CXXXVI. Herrera, *Hist. Gen.*, dec. 2, lib. 10, capítulo XIX.

(2) *Ibid.*, *ubi. supra*. «Hízolo, dice Herrera, y armóle caballero al uso de Castilla, y porque lo fuese de Jesucristo lo hizo bautizar y se llamó D. Lorenzo Maxicatzin.»

Durante su residencia en Tlaxcalan aceleró los aprestos para la campaña. Trató de disciplinar a los tlaxcaltecas, dándoles alguna idea de la táctica europea. Mandó hacer nuevas armas y las viejas las mandó componer. Se fabricó pólvora con el azufre que algunos hidalgos intrépidos habían sacado de la boca humeante del Popocatepetl (1). La construcción de los bergantines caminaba felizmente, dirigida por Martín López y ayudada por los tlaxcaltecas (2). Cortóse madera de los bosques, y sacóse pez de los pinos de que hay tanta abundancia en la sierra de la Malintzin. La jarcia y aparejo fueron traídos de Villa Rica en hombros de tlamamas, y el día de la Navidad, la construcción de las naves estaba ya tan adelantada que no juzgó necesario Cortés demorar su viaje a México.

(1) Véase antes la manera con que consiguieron el azufre Montañón y sus intrépidos compañeros.

(2) «Así se hicieron trece bergantines en el barrio de Atempa, junto a una ermita que se llama San Buenaventura, los cuales hizo otro Martín López, uno de los primeros conquistadores, y le ayudó Neguez Gómez.» *Hist. de Tlaxcalan*, M. S.

CAPITULO IV

CUAUHTEMOTZIN, EMPERADOR DE LOS AZTECAS.—PREPARATIVOS PARA LA MARCHA.—CÓDIGO MILITAR.—LOS ESPAÑOLES ATRAVIESAN LA SIERRA.—ENTRAN EN TETZCOCO.—EL PRÍNCIPE INTILIXOCHITL.

(1520)

Mientras pasaban los sucesos referidos en el capítulo precedente, había verificádose un cambio importante en la monarquía azteca. El hermano y sucesor de Moteuczoma, Cuitlahuatzin, había muerto improvisadamente de la viruela, después de un breve pero glorioso reinado de cuatro meses, glorioso he dicho, porque en su tiempo fué la derrota y expulsión de los españoles (1). A la muerte de este

(1) Solís, al acabar de hablar de este príncipe, hace la siguiente observación «Sólo reinó pocos días: pero los bastantes para que indolencia y apatía borrarán en el pueblo su memoria.» (*Conq.*, lib. 4.º, capítulo XVI.) No puedo ni conjeturar de dónde pudo sacar el historiador Indias los coloridos para su retrato, pero ciertamente no fué de los autores de aquella época, pues todos están conformes en trazar el retrato del príncipe azteca, con los rasgos que le he atribuído en el texto. Cortés, que debe haberle conocido, le pinta «sabio y valiente». (Relación segunda, pág. 166.) Véase además: Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, libro 12, cap. XXIX. Herrera, *Hist. Gen.*, dec. 2, lib. 10, cap. XIX. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. LXXXVIII. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 2, cap. XVI. Gomara, *Crónica*, cap. CXVIII.

belicoso príncipe se reunieron, como era de costumbre, los electores, para nombrar al que debía subir al trono. Difícil era este puesto en aquellos momentos de ingente peligro. El teoteuhtli o sumo sacerdote, imploró la bendición del cielo para aquella elección. Su oración se conserva todavía y tiene grande interés no sólo por ser la última que se pronunció con un motivo semejante, sino también por ser una muestra de la elocuencia sagrada entre los aztecas. Es como sigue:

«Señor nuestro: ya V. M. sabe cómo es muerto nuestro N.; ya lo habéis puesto debajo de vuestros pies; ya está en su recogimiento, y es ido por el camino que todos debemos de ir y a la casa donde hemos de morar, casa de perpetuas tinieblas, donde no hay ventana, ni luz alguna; ya está en el reposo donde nadie le desasosegará.

Todos estos señores y reyes, rigieron, gobernaron y gozaron del señorío y dignidad real, y del trono y sitial del imperio, los cuales ordenaron y concertaron las cosas de vuestro reino, que sois el universal señor y emperador por cuyo albedrío y motivo se rige todo el universo, y que no tenéis necesidad de consejo de ningún otro. Ya estos dichos dejaron la carga intolerable del Gobierno que trajeron sobre sus hombros, y lo dejaron a su sucesor N., el cual por algunos pocos días tuvo en pie su señorío y reino, y ahora ya se ha ido en pos de ellos al otro mundo, porque vos le mandasteis que fuese y le llamasteis, y por haberle descargado de tan grande carga y quitado tan grande trabajo, y haberle puesto en paz y en reposo, está muy obligado a daros gracias. Algunos pocos días le logramos, y ahora para siempre se ausentó de nosotros para nunca más volver al mundo. ¿Por ventura fué a alguna parte de donde otra vez pueda volver acá? ¿Para que otra vez sus vasallos puedan ver su cara? ¿Por ventura

vendrá a decirnos hágase esto o aquéllo? ¿Vendrá otra vez a ver a los cónsules y Regidores de la república? ¿Verle han por ventura más? ¿Conocerle han más? ¿Oirán por ventura más su mandamiento y decreto? ¿Vendrá en algún tiempo a dar consuelo y refrigerio a sus principales y cónsules? ¡Ay dolor, que del todo se nos acabó su presencia, y para siempre se nos fué! ¡Ay dolor, que ya se nos mató nuestra candela y nuestra lumbre, y la hacha que nos alumbrab?, del todo la perdimos! ¡Dejó perpetua orfandad, y perpetuo desrmparo a todos sus súbditos e inferiores! ¿Tendrá por ventura cuidado de aquí adelante, del gobierno de este pueblo, provincia o reino, aunque se destruya y asole el pueblo, con todos los que en él viven, o el señorío o reino? ¡Oh señor nuestro humanísimo! ¿Es cosa conveniente, por ventura, que por la ausencia del que murió, venga al pueblo, señorío o reino, algún infortunio en que sean destruidos, desbaratados, y ahuyentados los vasallos que en él viven, porque viviente el que murió estaba amparado debajo de sus alas, y tenía tendidas sobre él sus plumas? ¡Gran peligro corre este vuestro pueblo, señorío o reino, si no se elige otro con brevedad que le ampare! ¿Pues qué es lo que V. M. determina de hacer? ¿Es bien que esté a oscuras este vuestro pueblo? ¿Es bien que esté sin cabeza y sin abrigo? ¿Quereisle por ventura asolar y destruir? ¡Oh pobrecitos de macehuales que andan buscando su padre y su madre y quien los ampare y gobierne, así como el niño pequeñuelo que anda llorando buscando a su madre y a su padre cuando están ausentes, y reciben gran angustia cuando no los hallan! ¡Oh pobrecitos de los mercaderes, que andan por los montes, páramos y zacateles; y también de los tristes labradores, que andan buscando yerbezuelas para comer, raíces y leña para quemar, o para vender, de que viven! ¡Oh pobrecitos de los soldados y hombres de

guerra, que andan buscando la muerte, y tienen ya aborrecida la vida, y en ninguna otra cosa piensan sino en el campo y en la raya donde se dan las batallas! ¿A quién apellidarán? Cuando tomaren algún cautivo, ¿a quién le presentarán? Y si le cautivaren, ¿a quién darán noticia de su cautiverio, para que se sepa en su tierra que es cautivo? ¿A quién tomará por padre y por madre para que en estos casos semejantes le favorezca, pues que ya es muerto el que hacía esto, el que era como padre y madre de todos? No habrá ya quien llore ni quien suspire por los cautivos, porque no habrá ya quien dé noticia de ellos a sus parientes. ¡Oh pobrecitos de los pleiteantes, y que tienen litigios con sus adversarios que les toman sus haciendas! ¿Quién les juzgará, pacificará y los limpiará de sus contiendas y porfías; bien así como el niño cuando se ensucia, que si su madre no le limpia, estase con su suciedad? Y aquellos que se revuelven unos con otros, y se abofetean, y apuñean y aporrean, ¿quién pondrá paz en ellos? Y aquéllos que por estas causas andan llorosos y derramando lágrimas, ¿quién les limpiará las lágrimas y remediará sus lloros? ¿Podranse ellos remediar a sí mismos por ventura? ¿Quién pondrá el trono de la judicatura? ¿Quién tendrá el estrado del juez, pues no hay ninguno? ¿Quién ordenará y dispondrá las cosas necesarias al bien del pueblo, señorío o reino? ¿Quién elegirá a los jueces particulares, que tengan cargo de la gente baja por los barrios? ¿Quién mandaría tocar el tambor y pífano para juntar gente para la guerra? ¿Y quién reunirá y acaudillará a los soldados viejos, y hombres diestros en la pelea? ¡Señor nuestro y emperador nuestro! Tenga por bien V. M., de elegir y señalar alguna persona suficiente para que tenga vuestro trono, y lleve a cuestras la carga pesada del régimen de la República, regocije y regale a los populares, bien así como la madre rega-

la a su hijo poniéndole en su regazo; ¿quién alegrará y regocijará al pueblo a manera del que tañe a las ovejas que andan remontadas, o amotinadas para que se asienten? ¡Oh señor nuestro humanísimo! Haced esta merced a N., que nos parece que es para este oficio; elegidle y señaladle para que tenga este vuestro señorío y gobernación, ¡dadle como prestado vuestro trono y sitio, para que rija este señorío y reino por el tiempo que viviere! Sacadle de la bajeza y humildad en que está, y ponedle en la honra y dignidad, que nos parece es digno de ella! ¡Oh señor nuestro humanísimo, dad lumbre y resplandor de vuestra mano a esta República o reino! Lo dicho solamente vengo a proponer delante de V. M., aunque muy defectuosamente, como quien está borracho y va zancadillando, y medio cayendo. Hágase como V. M., fuere servido en todo y por todo.» (1)

La elección recayó en Cuauhtemotzin o Guatemotzin, como le llaman por corrupción, pero más eufónicamente los españoles (2). Era sobrino de los dos últimos monarcas y casado con una prima, la hermosa princesa Tecuichpo, hija de Moteuczoma. Sólo tenía veinticinco años cuando subió al trono, tenía una figura elegante para ser indio, era valiente y tan terrible, que sus compañeros temblaban en

(1) Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 6.^o cap. V.

(2) Parece que los españoles cambiaban el UA con que empezaban los nombres aztecas, en GUA; de la misma manera que en la península cambiaban el WAD de las palabras arábigas, por GUAD. (V. Conde, el Nubiense, *Descripción de España*, notas, «passim».) El TZIN lo añadían los mexicanos a los nombres de los señores y príncipes, en señal de respeto. Así, «Cuiclahuac» se llamaba «Cuiclahuatzin». Esta terminación que ordinariamente suprimían los españoles, ha sido conservada por casualidad, o tal vez por razón de eufonía, en el nombre de Cuauhtemotzin.

su presencia (1). No le arredraron los peligros de que estaba rodeado el trono, y al ver que se reunía la tempestad, se preparó a resistirla varonilmente. Aunque joven, era muy experimentado en las cosas de la guerra, y se había distinguido entre todos, en los sangrientos combates de la capital. Nutría en su corazón cierta especie de odio religioso contra los españoles, semejante al que cuentan que Annibal profesaba y que ciertamente demostró profesar a los romanos.

Por sus espías sabía Cuauhtemotzin todos los movimientos de los españoles, y supo oportunamente su designio de sitiar la capital. Preparóse a este suceso haciendo salir de ella toda la gente inútil y reclamando la ayuda de sus poderosos vasallos convecinos. Continuó los planes de su antecesor para fortificar la ciudad, animó a sus tropas y las excitó, ofreciendo premios a aquellos que sobresalieran en la guerra. Invitó a sus vasallos de todo el imperio a atacar a los blancos donde quiera que les encontrasen, poniendo precio a las cabezas de éstos y también a las personas de los que fuesen traídos vivos a México (2). Así es que no era raro que los españoles encontrasen colgando en los templos los miembros y vestiduras de aquellos sus desventurados compatriotas, que habían caído prisioneros y sido enviados a la capital para ser sacrificados (3). Tal era el nuevo monarca llamado a ocupar el vacilante trono de Anáhuac; monarca digno por su ánimo grande y esforzado, de empuñar el cetro en tiempos menos infelices, pues-

(1) «Mancebo de hasta veinticinco años, bien gentil para ser indio, y muy esforzado, que se hizo temer de tal manera que todos los suyos temblaban delante de él; y estaba casado con una hija de Motencuzoma, bien hermosa mujer para ser india.» Bernal Díaz, pág. 130.

(2) Herrera, *Hist. Gral.*, dec. 2, lib. 10, cap. XIX.

(3) Bernal Díaz, cap. 134.

to que en estos de luto y desventura, se resolvió cual convenía a un príncipe que ama a su pueblo, a sostenerle en su caída o a perecer juntamente con él (1).

Volvamos ahora a los españoles que están en Tlaxcalan, donde los hemos dejado haciendo los preparativos para el viaje a México. Al comandante cupo la satisfacción de ver a sus tropas regularmente equipadas, aunque de diversas maneras, según la condición de los diversos refuerzos que habían ido llegando; pero en fin, muy superiores al ejército con que invadió el país por primera vez. El total de la fuerza subía a cerca de seiscientos hombres, de los que cuarenta eran de caballería, ochenta arcabuceros o ballesteros; el resto estaba armado de espada y rodela, y de las lanzas con punta de cobre hechas en Chinantla. Contaba además con nueve cañones y regular cantidad de pólvora (2).

Ya que estaban las tropas en orden de marcha, recorrió Cortés sus filas exhortando a sus soldados conforme tenía de costumbre en ocasiones tales, a que se mostrasen dignos de sí mismos y de la empresa que habían acometido. Díjoles que iban a combatir contra rebeldes que en otro tiempo habían jurádose vasallos de España (3), contra bár-

(1) Se recuerda la hermosa invocación que Racini pone en boca de Joad:

«Venez cher rejeton d'une vaillante race
Remplir vos défenseurs d'une nouvelle audace
Venez d'une diademe a leurs vous couvrir,
Et périssez du moins en roi, s'il faut périr.»

Athalie, Act. 4, sce. 5.

(2) Relac. terc. de Cortés, pág. 133.

Los más, si no es que todos los escritores españoles están (¡cosa rara!), contestes sobre la fuerza del ejército.

(3) «Y como sin causa ninguna todos los naturales de Colhua, que

baros enemigos de la fe de Cristo; que iban a pugnar por la cruz y la corona, a pelear por su propia honra, a lavar la mancha que oscurecía sus armas, a vengar sus agravios y las vidas de sus desventurados compatriotas, muertos en los campos de batalla o víctimas en el cruento altar de los sacrificios; que jamás se había presentado a caballeros cristianos una guerra que tuviese más incentivos que esta, en la cual iban a ganar prez y fama en este mundo, y gloria imperecedera en el futuro (1).

Así trató el hábil general de tocar en su auditorio las cuerdas de la religión, el honor y la codicia, y de aguijar a los de poco ánimo antes de llevarlos a los peligros del combate. A las palabras del general correspondió el ejército con aclamaciones y protestas de que morirían en defensa de la fe, y de que o conquistarían o dejarían sus cadáveres juntos con los de sus compatriotas en las aguas de Tetzcoco.

El ejército de los aliados pasó después revista ante el general. Los escritores lo regulan en 110 ó 150.000 hombres. La discrepancia entre estos dos números y la exageración de ambos, dan a conocer cuán poca fe merecen tales regulaciones. Pero no puede dudarse que era muy numeroso, pues estaba formado, no sólo de los guerreros tlaxcaltecas, sino también de los de Chololan, Tepeaca y demás provincias comarcanas ya sometidas a la Corona de Castilla (2).

son los de la gran ciudad de Temixtitan, y los de todas las otras provincias a ellas sujetas, no solamente se habían rebelado contra Vuestra Majestad.» Ibid, *ubi. supra*.

(1) Ibid, pág. 184. «Porque demás del premio que les daría en el cielo, se les seguirían en este mundo, grandísima honra, riquezas inestimables.» Ixtlilxochilt, *Hist. Chich.*, M. S., cap. XCI.

(2) «Cosa muy de ver, dice el P. Sahagun, sin determinar exactamente el número, en la cantidad y en los aparejos que llevaban.» *Hist. de Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XXX.

Iban armados, según es costumbre, de arcos, flechas, el pesado *maquahuitl*, y las largas y formidables lanzas, cuyo uso había introducido Cortés entre sus propios soldados. Estaba dividido el ejército indio en batallones, cada uno con su comandante y su bandera propia. Los cuatro gobernadores de la República, marchaban a la vanguardia; tres de ellos eran ya ancianos, y demostraban, por las insignias de que iban cubiertos, sus numerosos y gloriosos hechos de armas. En su casco ondeaba el penacho de ricas plumas, salpicado de esmeraldas y otras piedras preciosas. El ichcapü o peto de algodón, estaba cubierto por una graciosa cota de plumaje, y sus pies iban calzados de sandalias cubiertas de oro. Seguíanles cuatro pajes, que llevaban sus armas, y luego otros cuatro, que portaban las banderas en que iban blasonados los escudos de armas de las cuatro grandes provincias de la República (1). Los tlaxcaltecas, aunque sobrios en extremo, gustaban de la pompa militar tanto como ninguna otra tribu de la meseta. Al desfilar por delante de Cortés, le saludaron agitando sus banderas y tocando sus instrumentos bélicos, a lo que contestó Cortés quitándose el casco conforme iban pasando (2). Los guerreros tlaxcaltecas, y en especial el joven Xicotencatl, afectaban imitar a sus maestros los europeos, no sólo en la táctica, sino hasta en las ceremonias militares de menos importancia.

Cortés dirigió a los indios, por medio de Marina, una breve alocución; manifestábeles que iba a lidiar contra los enemigos de Tlaxcalan, y les exhortaba a que, por lo tanto, le ayudasen de una manera digna de la fama de la República. A los que se quedaban, les reencargó que ayuda-

(1) Herrera, *Hist. Gen.*, dec. 2. lib. 10. cap. XX.

(2) Ibid, *ubi. supra*.

sen a la pronta construcción y conclusión de los buques, de lo que, en gran parte, dependía el buen éxito de la empresa, y, finalmente, invitó a quedarse a todos los que no tuviesen la firme resolución de acompañarle hasta la completa sujeción de la capital (1). Esta proclama fué contestada con aclamaciones o, mejor dicho, aullidos terribles, que probaban el placer con que aquellos hombres veían acercarse el momento de vengar sus multiplicados agravios y de humillar a su arrogante enemigo.

Antes de partir promulgó Cortés lo que pudiéramos llamar unas ordenanzas militares, demasiado notables para pasarlas en silencio. En el preámbulo asienta que en todas las cosas, divinas y humanas, y para que éstas últimas valgan algo, es lo primero cuidar del orden. Díjoles que la Historia Antigua nos enseña que los grandes capitanes debieron sus victorias, tanto a su valor y fortaleza, como a la sabiduría de sus ordenanzas; y que la situación especial en que se encontraban los españoles, reducidos a un puñado y rodeados de un enemigo diestro en el manejo de las armas y experto en el arte de la guerra, hacía aún más necesario un Código militar. Después recuerda al ejército que la conversión de los infieles es la obra más grata a los ojos del Altísimo y la que les ganará su ayuda y protección, y finalmente, advierte a los soldados que aquel debe ser el primer objeto de la expedición, sin lo cual «la guerra sería manifestamente injusta y todas las cosas adquiridas serían un robo» (2).

El general protesta solemnemente que su principal ob-

(1) Ibid, loc. cit.

(2) «Que su principal motivo e intención sea apartar y desarraigar de las dichas idolatrías a todos los naturales de estas partes y reducillos, o, a lo menos, desear su salvación y que sean rendidos al conocimiento de Dios y de su Santa Fe Católica; porque si con otra inten-

jeto es el deseo de sacar a los indios de las tinieblas de la idolatría en que están envueltos y de hacerles ver la luz de una fe pura y santa, y después de esto recuperar, para su rey y señor, los dominios que de derecho le pertenecen (1).

Las ordenanzas prohibían toda blasfemia contra Dios y sus santos, que es un vicio más frecuente entre las naciones católicas que entre las protestantes; debiéndose acaso menos a la diferencia de religión que a la de temperamento, pues el ardiente clima en que predomina el catolicismo estimula o provoca a expresar las pasiones con mucha mayor vehemencia (2).

Otro de los artículos prohíbe el juego, vicio al cual los españoles de todos tiempos han estado sujetos de una manera especial. Cortés, contemporizando con las costumbres nacionales, lo permite hasta cierto punto; pero prohíbe absolutamente el juego de los dados (3). Sigue después

ción se hiciese la dicha guerra, sería injusta y todo lo que en ella se hobiese, onoloxio e obligado a restitución.» Ordenanzas milit., M. S.

(1) «E desde ahora protesto, en nombre de V. M., que mi principal intención e motivo es favorecer esta guerra y las otras que ficiese, por traer y reducir a los naturales al dicho conocimiento de nuestra Santa Fe e creencia; y después de los sojuzgar y supeditar bajo el yugo e dominio imperial y real de su sacra majestad, a quien jurídicamente el señorío de todas estas partes.» Ordenanzas militares, M. S.

(2) «Sólo en España e Italia, dice el sagaz historiador de las Repúblicas italianas, se encuentra esta viciosa costumbre. enteramente desconocida en los países protestantes, y que no debe confundirse con los groseros juramentos que el pueblo de todos los países mezcla en sus discursos. Los pueblos del Mediodía, en sus accesos de cólera, atacan los objetos de su culto, los amenazan y cargan de palabras injuriosas y ultrajantes: a la misma Divinidad, al Redentor y a sus santos.» Sismondi, *Repúblicas italianas*, cap. CXXVI.

(3) Lucio Marineo, que por entonces residía en la Corte castellana y que presencié los funestos efectos del juego, se desata contra él en los duros términos que siguen: «El jugador es el que desea y procura

otra prevención contra las riñas y duelos y prohibiendo las bravatas y sarcasmos, por dañar todo esto al buen orden de las tropas tanto en campaña como en cuartel. Viene luego otra ley que prohíbe bajo pena de muerte a todo capitán, quien quiera que sea, atacar al enemigo sin haber recibido orden de hacerlo; costumbre de las más perniciosas y frecuentes que tenían las tropas de Cortés, y que era debida al carácter impetuoso y a la falta de verdadera disciplina militar.

La última ordenanza prohíbe a todo oficial guardarse para sí ninguna cosa del botín, ya consista en oro, plata o piedras preciosas, ya en telas, plumajes, esclavos o cualquiera otra cosa, y dondequiera y por quien quiera que sea tomado, y se ordena a todo oficial que lo entregue al general o al que él hubiere encargado de recibirlo. La infracción de esta ley estaba castigada con pena de muerte y confiscación de bienes. Este severo código prueba que por mucho que ocupasen al conquistador las consideraciones espirituales no se olvidaba tampoco de las terrenales (1).

Tales disposiciones no se quedaron sólo escritas, pues

la muerte de sus padres, el que jura falso por Dios y por la vida de su Rey y Señor, y el que mata su ánima y la echa en el infierno; ¿y qué no hará el jugador que no se avergüenza de perder sus dineros, de perder, el tiempo, perder el sueño, perder la fama, perder la honra y perder finalmente, la vida? Por lo cual, como ya gran parte de los hombres, siempre y dondequiera continuamente juegan, pareceme verdadera la opinión de aquellos que dicen «el infierno está lleno de jugadores.» *Cosas memorables de España*. (Edición de Sevilla, 1539), folio 165.)

(1) Todas estas disposiciones las refieren Herrera, Solís, Clavijero y otros: pero con tal inexactitud, que es claro que jamás vieron el instrumento original. El que yo tengo está sacado de la Colección de Muñoz. Como a pesar de ser curioso e interesantísimo, nunca ha sido publicado, lo doy íntegro en mi Apéndice, parte 2. núm. 13.

poco tiempo después de promulgadas, las sancionó Cortés ahorcando a dos de sus esclavos por haber robado a los indios. Igual castigo recibió un soldado por un motivo semejante; bien que le bajaron de la horca antes de que estuviese enteramente consumada la ejecución. Cortés conocía bien el carácter de sus compañeros, que rudos y turbulentos, necesitaban ser gobernados con mano de hierro. Sin embargo, procuraba no descargarla por frívolos motivos. La intimidación en que la mancomunidad de peligros y padecimientos ponía a los oficiales y a los soldados, era muy desfavorable a la disciplina militar. Hasta los modales francos y abiertos del general favorecían esta licencia, que él no reprimía en circunstancias comunes, acaso por considerarlo difícil o aun impolítico, pues que ella era una especie de válvula de seguridad por donde se evaporaba la hirviente licencia de la soldadesca, la cual, reprimida violentamente, podría producir una explosión. Pero los límites de su condescendencia eran conocidos y toda tentativa para traspasarlos expeditivamente castigada. Así, templando la severidad con la indulgencia, encubría una voluntad inflexible bajo los modales abiertos de un soldado, y logró tener a raya a sus audaces y desalmados aventureros, mejor de lo que jamás lo habrá conseguido uno de esos pedantes pedagogos, escrupulosos en velar por la observancia hasta de las bagatelas de la disciplina militar.

Las ordenanzas aunque tienen fecha del 22 de diciembre, no fueron promulgadas al ejército sino hasta el 26. Dos días después, estaban en marcha las tropas, y Cortés, puesto a su cabeza, salió entre músicas y festejos de la capital republicana que tan generosamente le había dado asilo, y que por dos veces le había proporcionado los medios de llevar a cabo su gigantesca empresa.

La población de la ciudad venía tras el ejército, diciendo

el último adiós a sus compatriotas y rogando a los dioses que les ayudasen.

No obstante que eran muchos los indios que venían con Cortés, él sólo a una pequeña parte permitió que le acompañase. Determinó establecer su cuartel general en un punto del lago de Tetzoco, desde el cual pudiese dañar a la ciudad reduciéndola a una especie de sitio (1).

En cuanto al ataque o asalto, resolvió dejarlo para cuando estuviesen concluidos los bergantines, para poder darlo con mayores ventajas. Entretanto, no quiso embarazarse con una multitud de tropas inútil y difícil de mantener, y prefirió dejarla en Tlaxcalan para que convoyase los buques cuando estuviesen acabados y le ayudase en sus ulteriores operaciones.

Tres caminos se le presentaban a Cortés por donde entrar en el valle mexicano, pero él eligió el más difícil y que pasaba por la fragosa sierra que separa la meseta oriental de la occidental, cuyo camino era tan fragoso y lleno de precipicios que apenas podía servir para la marcha de un ejército. Seguramente creyó, y con razón, que así sería menos molestado por los indios, que se fiarían de la aspereza misma del terreno.

El primer día anduvieron cinco o seis leguas, con Cortés a la vanguardia a la cabeza del pequeño cuerpo de caballería. Hicieron alto en el pueblo de Tezmellocan, situado en la base de la colosal cadena de montañas que atraviesa el país y que por su parte meridional toca con el gigantesco Iztaccihuatl o «mujer blanca», cubierto con las canas de los siglos (2).

(1) Herrera, *Hist. Gen.*, dec. 2, lib. 10, cap. XX. Bernal Díaz, capítulo CXXVII. El primer historiador dice que los aliados eran 8.000; el último que 10.000. ¿Quién sabe?

(2) Esta montaña, que junta con su compañera forma lo que pu-

En este pueblo tuvieron una amistosa acogida y al día siguiente comenzaron a subir la sierra.

El camino era quebrado y sumamente fragoso. Multitud de arbustos y malezas embarazaban el terreno, y los torrentes del invierno habían hecho zanjas tan profundas que estorbaban el paso de la artillería, mientras que los troncos atravesados de los árboles lo dificultaban también para la caballería. El frío era cada vez más crudo conforme iban subiendo, y hacía mucha impresión en los españoles, acostumbrados últimamente a una temperatura cálida, o por lo menos templada, sin embargo de que la excesiva fatiga que les costaba la subida, les hacía resistirlo más fácilmente. La única vegetación que allí se veía era el pino, cuyos oscuros bosque revestían la falda de la sierra, y aun esta vegetación iba siendo cada vez más pobre y escasa. Hízose noche antes de que los cansados españoles llegasen a la cresta de las montañas, en las que a toda prisa encendieron luminaria, procurando también, a fuerza de andar, calentar sus ateridos miembros y prepararse para la cena.

Al primer albor de la mañana ya estaban las tropas en movimiento. Díjose misa y comenzaron la bajada, más difícil y penosa que la subida del día anterior; porque además de los obstáculos naturales, encontraron ramas de árbol, puestas de intento por los naturales para embarazar aún más el camino. Cortés ordenó a un destacamento que lo despejase y el ejército prosiguió su marcha; pero siempre con el temor de que los indios hubiesen preparado una

diera llamarse las columnas de Hércules del valle mexicano, ha sido bellamente comparada, a causa de su larga cresta, al lomo de un dromedario. (Tudor's Tour, in North America, let. 22.) Se eleva mucho más allá de los límites que tienen los cielos en los trópicos; y su enorme cresta y faldas, cubiertas de un blanco argentino, forman uno de los más bellos espectáculos de que se goza desde la capital.

emboscada para sorprenderles en lo más enmarañado del camino. Movíanse, pues, con cautela y desconfianza, sin apartar la vista de lo más oscuro de los bosque donde creían que podría estar en acecho el enemigo. Pero no encontraron ningún ser viviente, excepto los selváticos animales que moraban en aquéllos, y parvadas de *zopilotes* (buitres propios de aquel país), que, semejantes a una legión de espíritus malignos, venían delante del ejército, en espera del horrendo festín que les aguardaba.

En la bajada sintieron los españoles un agradable cambio de temperatura; la vegetación mudó también de carácter; y al fúnebre pino, que había sido su único compañero durante la última parte del viaje, sucedió el gigantesco encino, el sicomoro y un poco más abajo el pimientó, cuyas rojas bayas se confundían con el foliaje de las selvas. En las barrancas se veía el vistoso solano trepador, cuyos ricos frutos se ostentaban sobre las ramas y revelaban un clima más suave y más fértil.

Por último, el ejército salió a una llanura donde la vista, libre de los bosques que la circuían en la cumbre de los collados, podía espaciarse por todo el valle de México. Veíasele allá, bañado con los rayos del sol poniente, extenderse como dormido en brazos de los gigantes montes que, semejantes a una falange de genios, lo circundan por todas partes. Aquel espectáculo magnífico y nuevo para muchos de los espectadores, los llenó de arrobamiento. Aun los veteranos de Cortés no pudieron verlo con indiferencia, no obstante que despertaba el acerbo recuerdo de los atroces padecimientos que habían pasado en aquellos hermosos, pero traidores recintos. El animoso Conquistador dice: «y prometimos todos de nunca de ella salir sin victoria o dejar allí las vidas. Y con esta determinación

íbamos todos tan alegres como si fuera a cosa de mucho placer» (1).

Conforme avanzaron los españoles vieron brillar en las cumbres de los montes hogueras, que probaban que los habitantes estaban en alarma y reunidos para recibirles. El general previno a los suyos que no se olvidasen de su alta fama, que cuidasen de marchar en orden y juntos, y de obedecer exactamente las órdenes de sus oficiales (2). A cada vez que daban la vuelta de alguna montaña esperaban encontrarse un ejército prevenido a disputarles el paso; y al ver que pasaron los desfiladeros de la sierra sin ser molestados, temieron encontrar en el valle un ejército que les obligase a pelear tan descomunadamente como en Otumba. Pero aunque de tiempo en tiempo se descubrían por las montañas partidas que parecían ser de pura observación, llegaron sin obstáculo hasta una barranca por la cual pasaba un río atravesado por un puente medio destruído. Del lado opuesto había un fuerte ejército indio que parecía querer disputar el paso; pero fuese que no confiara en su número, o que le intimidara la marcha imperturbable de los españoles, se dispersó fácilmente y sin causarles daño ninguno, luego que recibió algunas cargas de caballería. En seguida continuaron su marcha sin ser molestados, hasta llegar a la pequeña ciudad de Coatepeque, donde pernoctaron. Antes de retirarse a sus cuarteles rondó Cortés el campamento, acompañado por unos cuantos caballeros escogidos, para ver si no había riesgo (3). Parece

(1) Relación tercera, en Lorenzana. pág. 188.

(2) «Y yo torné a rogar y encomendar mucho a los españoles que hiciesen como siempre habían hecho; y como se esperaba de sus personas; y que nadie no se desmandase y que fuesen con mucho concierto y orden por su camino.» Ibid, *ubi. supra*.

(3) «E como la gente de a pie venia algo causada y se hacia tarde,

que sus ojos nunca se cerraban ni se fatigaba su cuerpo; el indómito espíritu que le animaba, era el que le daba fuerzas para tanto (I).

Sin embargo, también debe haber contribuído a tenerle despierto, la ansiedad y la duda, pues sólo distaba tres leguas de Tetzco, la celebrada capital de los Acolhuas, donde se propuso establecer sus cuarteles, si posible era; tanto por ofrecer cómodo alojamiento para todo el ejército, como porque comunicando con Tlaxcalan por un camino diferente del que acababa de pasar, más fácilmente podría ponerse en comunicación con aquel punto, y recibir los bergantines luego que estuviesen listos para echarlos en las aguas del lago. Pero desconfiaba fundadamente del recibimiento que le harían en aquella ciudad, pues después de la salida de los españoles, habían sobrevenido en el reino de Tetzco, cambios importantes, de que es menester informar al lector.

Ya recordará que el cacique llamado Cacamac, había sido depuesto por Cortés cuando en su residencia por primera vez en la capital, a consecuencia de una proyectada conspiración contra los españoles se había conferido la corona a su hermano el menor, llamado Cuicuitzca. El príncipe destronado, era uno de los prisioneros que traía consigo Cortés y que perecieron en la terrible matanza de la noche triste. El hermano, temeroso de permanecer

dormimos en una poblacion que se llama Coatepeque... E yo con diez de a caballo comencé la vela y ronda de la prima, y hice que toda la gente estuviese muy apercebida. » Ibid, *ubi, supra*.

(1) En cuanto a la marcha del ejército, consúltese además de la carta de Cortés ya citada, a Gomara, cap. CXXI. Oviedo, *Hist. de las Indias*, lib. 33, cap. XVIII. Bernal Díaz, cap. CXXXVII. Camargo, *Historia de Tlaxcalan*, M. S. Herrera, *Hist. Gral.*, dec. 2, lib. 10, capítulo XX. Ixtlilxochilt, *Relación de la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*. (México, 1829), pág. 9.

después de la huida de los españoles, reinando sobre vasallos cuyas simpatías eran todas hacia los aztecas, abandonó el trono y fué a reunirse con el ejército en Tlaxcalan, adonde pudo llegar sano y salvo.

En el entretanto, otro segundo hijo de Netzahualpilli, llamado Coanaco, hizo valer sus derechos legítimos al trono, que le pertenecía por herencia después de muerto su hermano mayor; y como participaba del odio que los aztecas profesaban a los blancos, fué confirmado en el trono por el emperador de México. A poco de su advenimiento tuvo una feliz oportunidad de probar eficazmente a su protector imperial, toda su lealtad a la causa de México.

Una partida de 45 españoles, que ignoraba la catástrofe de México, llevaba allá una gran cantidad de oro, y pasó por el territorio tetzcocano, donde fué atacada de orden de Coanaco, quedando muertos unos en el sitio mismo del combate, y siendo llevados los demás a la capital para servir de víctimas. Las armas y vestidos de estos desgraciados, fueron colgados como trofeos en los templos, y sus pieles curtidas, puestas sobre las aras de los dioses, como si fuesen la ofrenda más acepta para ellos (1).

Algunos meses después, el proscrito príncipe Cuicuitzca, cansado de residir en Tlaxcalan, se había vuelto secretamente a Tetzcoco con la esperanza de alzar un partido en su favor. Pero si en efecto eran tales sus esperanzas, quedó cruelmente desengañado; porque no bien había puesto el pie en la capital tetzcocana, cuando fué llevado a la pre-

(1) Véase lo anterior.

Las pieles de estas infelices víctimas eran una ofrenda corriente en los templos indios, y los tenebrosos sacerdotes celebraban muchas de sus fiestas, bailando públicamente, envueltos en estos asquerosos despojos de sus víctimas. Sahagun, *Hist. de la Nueva España*. possim.

sencia de su hermano, quien por consejo de Quautimotzin le condenó a muerte (1).

Tal era el estado de los negocios en Tetzco, cuando Cortés se acercó por segunda vez a sus puertas; por manera, que justamente desconfiaba no sólo de la especie de recibimiento que le harían, sino aun de si le impedirían la entrada por la fuerza de las armas.

Disipáronse estos temores a la mañana siguiente, en que todavía ni se acababan de poner sobre las armas los españoles, cuando se recibió una embajada de Tetzco. Formábanla varios nobles, algunos de ellos ya conocidos de los soldados de Cortés. Traían una bandera dorada y un regalo de poco valor, en señal de paz y amistad; además eran los portadores de un mensaje, en que ofrecía el señor de Tetzco, con tal de que se perdonase a su ciudad, alojar en ella a los blancos y jurar vasallaje al rey de España.

Cortés disimuló el placer que le causaba aquella nueva, y pidió ásperamente cuenta de los españoles asesinados y exigió la restitución inmediata de lo que les habían quitado; pero los embajadores echaron toda la culpa del hecho al emperador azteca, por cuyas órdenes dijeron que se había cometido y en cuyo poder paraba el tesoro quitado a los españoles. Instaron a Cortés para que no entrara en la ciudad en aquel día, sino que permaneciese en los suburbios hasta que no estuviesen enteramente listos los alojamientos para el ejército pero el general no les dió oídos y continuó su marcha, y al medio día del 31 de diciembre de 1520, entró a la cabeza de sus legiones en la ciudad de Detención, como no sin razón se llamaba a Tetzco (2).

(1) Relación terc. de Cortés, *ubi. supra*. Oviedo, *Hist. de las Indias*, M. S., lib. 33, cap. XVIII.

(2) Tetzco, nombre chichimeco, significa según Ixtlilxochilt, «lu-

Quedóse asombrado, lo mismo que la primera vez, de la soledad y silencio que reinaba en aquella poblada y bulliciosa ciudad. Fué llevado al palacio de Netzahualpilli, que le había dado para cuartel. El tal palacio era un conjunto de edificios bajos, que ocupaban un espacioso terreno, a la manera del cuartel que tuvieron en México. Su capacidad era tal, según Cortés, que no sólo bastaba para todo su ejército, sino para otro doble (1). Dió orden de que se respetase religiosamente la propiedad y personas de los habitantes y prohibió a sus soldados, bajo pena de muerte, salir del cuartel.

Sus órdenes no fueron parte a impedir los desmanes del ejército aliado, que, si hemos de creer al cronista tetzcacoano, incendió, luego que llegó, uno de los palacios reales donde estaban los archivos de la nación. Pero de cualquiera manera que haya ocurrido el incendio, es de deplorar por todos los anticuarios, quienes, acaso, pudieron haber encontrado, en aquellos jeroglíficos, alguna luz sobre las emigraciones de las primitivas razas que asentaron en las montañas de Anáhuac (2).

Alarmado por la aparente despoblación de la ciudad y porque no salió a recibirlo ninguna de las personas de ca-

gar de detención o de descanso», porque allí hicieron alto las diferentes tribus del Norte, al entrar en el Anáhuac. *Hist. Chich.*, M. S., capítulo X.

(1) «La cual es tan grande, que aunque fuéramos doblados los españoles nos pudiéramos aposentar bien a placer en ella.» Relación tercera, pág. 191.

(2) «De tal manera, que se quemaron todos los archivos reales de toda la Nueva España, que fué una de las mayores pérdidas que tuvo esta tierra, porque con esto toda la memoria de sus antiguallas y otras cosas que eran como escrituras y recuerdos, perecieron desde este tiempo. La obra de Las Casas era la mejor y más artificiosa que hubo en esta tierra.» Ixtlilxochitl, *Hist. Chichi.*, M. S., cap. XCI.

lidad, mandó Cortés a una partida de soldados que subiesen al teocalli y observasen cuanto pasaba en la ciudad. A poco, dieron aviso de que los habitantes estaban saliendo, con familias y todo, de la ciudad: los unos, que en canoas se internaban en el lago, y los otros, que a pie se retiraban a los montes. El general comprendió entonces lo que significaban las instancias del cacique para que pernoctase fuera de la ciudad, lo cual tenía por objeto ganar tiempo para evacuarla. Temió que se le escapase el cacique mismo, y para estorbarlo, destacó en las avenidas partidas que detuviesen a los que intentasen salir y que aprehendiesen al cacique si él era de éstos; pero ya era tarde, porque Coanaco iba ya muy lejos en el lago, camino de México.

Cortés juzgó conveniente aprovecharse de este acontecimiento para poner en el trono a otra persona que fuese más adicta a la causa de los españoles. Convocó un Consejo compuesto de los pocos magnates que aún quedaban en la ciudad, y por su dictamen y, en apariencia, por su elección, hizo subir a un hermano de Coanaco al trono que declararon vacante. Este príncipe consintió en ser dócil instrumento de los españoles, pero sobrevivió pocos meses (1) y fué sucedido por otro miembro de la familia real llamado Ixtlilxochitl.

(1) El historiador arriba citado paga el siguiente homenaje a su real pariente Tecocol, siendo cosa extraña que este nombre no se encuentre en ninguna historia de aquel tiempo, con excepción de la de Sahagun: «Fué el primero que lo fué en Tetzco, con harta pena de los españoles, porque fué nobilísimo y lo quiso mucho. Fué D. Fernando Ticocolzin muy gentil hombre, alto de cuerpo y muy blanco, tanto como podía ser cualquier español por muy blanco que fuese, y que mostraba, en su persona y término, descender y ser del linaje que era. Supo la lengua castellana y así casi las más noches, después de haber cenado, trataban él y Cortés de todo lo que se debía hacer acerca de las guerras.» *Venida de los españoles*, págs. 12-13.

Éste, que era general de sus ejércitos, puede decirse que gobernó el reino durante la vida de su hermano. Como este personaje tuvo, después, mucho que ver en los asuntos de la Conquista, a cuya consumación contribuyó muy principalmente, convendrá hablar algo de la historia de sus primeros años, tan llena de maravillas como la de un héroe de la antigüedad (1).

Era hijo del gran Netzahualpilli, habido en sus segundas nupcias. Algunos prodigios extraordinarios que acaecieron cuando nació, y el tétrico aspecto que tomaron los astros, hicieron que los astrólogos, después de consultar el horóscopo del príncipe, aconsejasen a su padre que le quitase la vida, pues, de llegar a crecer, estaba destinado a unirse con los enemigos de la tierra y a cooperar con ellos a la destrucción de su religión y de sus leyes; pero el anciano les replicó que era llegado el tiempo en que los hijos de Quetzalcoatl debían venir del Oriente a poseer y sojuzgar la tierra, y que si su hijo estaba predestinado a trabajar en esta obra, era inútil oponerse a lo determinado por el Altísimo (2).

(1) El advenimiento de Tecocol, y aun su existencia, ha quedado sin mencionar por algunos historiadores, y por otros ha sido dado a conocer, pero de una manera tan equívoca, por haber omitido el nombre, que es muy dudoso si se habla más bien de su menor hermano Ixtlilxochitl. El historiador tetzcocano que lleva este melodioso nombre, es el único que ha hablado algo de la historia de aquel príncipe. He adoptado sus noticias, que supongo exactas, porque como pariente, debía saberlas bien, aunque es necesario confesar que es tan crédulo, que no siempre se le debe dar fe.

(2) «Él respondió que era por demás ir contra lo determinado por Dios el Criador de todas las cosas, pues no sin misterio y secreto juicio suyo le daba tal hijo al tiempo y cuando se acercaban las profecías de sus antepasados que habíase venir nueva gente a poseer la tierra como creen los hijos de Quetzalcoatl, que aguardaban su venida de la parte oriental.» *Hist. Chich.*, cap. LXIX.

Conforme el infante fué creciendo en años, fué dando muestras, no sólo de su talento precoz, sino de una actividad malévola, que dió mucho que temer sobre su futuro destino. Teniendo, apenas, doce años, formó una compañía de niños de su edad, o un poco mayores, con los cuales practicaba los ejercicios militares: simulaba juegos bélicos, y algunas veces atacaba a los habitantes pacíficos, poniendo a toda la ciudad en confusión y alboroto. Algunos de los antiguos consejeros del rey, enlazando estos hechos con las predicciones de los astrólogos, insistieron en aconsejar al rey que acabase con el príncipe si no quería que su reino fuese algún día envuelto en la anarquía. Este desagradable consejo llegó a oídos del príncipe, quien ofendido e irritado se puso a la cabeza de su compañía de mancebos, entró en las casas de los principales consejeros, los sacó de ellas arrastrándoles y les dió «garrote», que era el modo con que se ejecutaba la pena capital en Tetzcoco.

Arrestáronle y lleváronle a la presencia de su padre, y al preguntarle por los motivos de su conducta, respondió fríamente: «que él había hecho nada más que lo que tenía derecho de hacer; que los culpables consejeros habían merecido aquella suerte por haber intentado enajenarle el afecto paternal, sin más razón que porque él gustaba apasionadamente de la profesión de las armas, la más noble profesión del estado y la más digna de un príncipe; que si habían sufrido la muerte, esto mismo le preparaban a él.» El sabio Netzahualpilli, añade el historiador, juzgó de gran peso estas razones, y no encontrando en aquella acción nada de vil ni de bajo, sino un arranque de la juventud y la efervescencia de un espíritu intrépido que con el tiempo podía servir de grandes cosas, se contentó con echar una grave reprensión al joven (1). No se sabe si aquella admoni-

(1) Conque el rey no supo con qué ocasion poderle castigar, por-

ción produjo en lo futuro saludables efectos. Sin embargo, cuentan que cuando creció tomó participación activa en las guerras de su patria, y que apenas tenía diez y siete años, cuando ya había ganado las insignias debidas a un capitán valiente y victorioso (1).

Después de la muerte de su padre disputó la corona con su hermano mayor Cacamac. El país estaba amenazado de una guerra civil; pero quedó arreglada la contienda, mediante la cesión que le hizo su hermano de los territorios que se extienden entre las montañas. Cuado vinieron los españoles, el joven capitán que entonces apenas tenía veinte años, les hizo grandes demostraciones de aprecio, llevado tal vez del odio que tenía a Moteuczoma por haber apoyado las pretensiones de su hermano Cacamac. Pero, sin embargo, hasta que no subió al señorío de Tetzcoco, no mostró toda la buena voluntad que les tenía (2). Desde aquel momento se convirtió en amigo íntimo de los blancos y les ayudó no sólo con su personal autoridad sino con sus ejércitos y recursos, los que aunque habían decaído del auge a que llegaron en tiempo de su padre, eran todavía bastantes considerables y le hacían un aliado de consideración. Sus importantes servicios los han consagrado agrade-

que le parecieron sus razones tan vivas y fundadas que su parte no habia hecho cosa indebida ni vileza para ser castigado; mas tan sólo una ferocidad de ánimo, pronóstico de lo mucho que habia de venir a saber por las armas; y así el rey le dijo que se fuera a la mano. *Ixtlilxochitl, Hist. Chich., M. S., cap. 69.*

(1) Entre otras anécdotas que se refieren para probar la precocidad del niño, una de ellas es que echó a su nodriza en un pozo de donde estaba sacando agua, por castigarle de ciertas faltas de buena conducta que él había presenciado. Me excuso de referir todas las pruebas de precoz desarrollo, porque es probable que el lector no tenga tanta fe en las maravillas como el historiador tetzcocano.

(2) Véanse las páginas anteriores.

cidos todos los historiadores españoles, y la posteridad no le defraudará ciertamente la porción de gloria, triste por cierto, que le cupo en haber sido el señor de Anáhuac que más eficazmente ayudó a los blancos a remachar el yugo de sus compatriotas indígenas.

* * *

Los dos ejes en que principalmente descansa la historia de la conquista, son las crónicas de Gomara y Bernal Díaz, dos hombres que distan tanto el uno del otro, como el cortesano y culto eclesiástico puede distar del rudo e inculto soldado.

El primero, Francisco López de Gomara, era oriundo de Sevilla. Cuando volvió Cortés a España después de la conquista, fué su capellán, y después de la muerte del conquistador siguió en el mismo empleo con su hijo, el segundo marqués del Valle. Entonces escribió su crónica, por donde se puede conjeturar que no debe de ser severamente imparcial, y, en efecto, semejante sospecha se encuentra confirmada, porque la historia de la conquista es necesariamente la de un héroe; pero Gomara para reaizar el carácter Cortés, ha oscurecido el de sus valientes compañeros de armas, y el mismo empeño que tiene por ocultar las debilidades de su héroe, tiene por ponderar sus proezas. Su posición puede excusar hasta cierto punto esta parcialidad; pero no fué bastante a vindicarlo a los ojos de Las Casas, quien rara vez concluye un capítulo de su obra sin castigar duramente a Gomara, llegando hasta el extremo de acusarlo de falsedad manifiesta, y decir que no tenía ojos ni oídos más que para ver y escuchar lo que a su general le placía de dictarle. Que esto no es literalmente exacto, lo

prueba el simple hecho de haber sido escrita la crónica después de la muerte de Cortés. Por el contrario, los informes de Gomara dimanaban no sólo de su patrono, sino de otras fuentes igualmente puras, pues trató con los principales actores de aquel gran drama.

Los materiales que había reunido de esta suerte, los dispuso en un orden que raros escritores de aquel tiempo acostumbraban. En vez de ser vago e incoherente su estilo, es elegante e igualmente claro y conciso. Si alguna vez sucede que los hechos están de tal modo aglomerados que el espíritu no puede discernirlos fácilmente ni tienen holgura para meditarlos, sin embargo, todos ellos tienden a un solo punto, y la narración, en vez de arrastrarse lentamente hasta agotar nuestra paciencia, por el contrario, prosigue sin interrupción. En una palabra, la obra, por lo que hace a la ejecución, no sólo es superior a la mayor parte de las de su tiempo, sino que bien pudiera aspirar al título de clásica.

Debido a estas prendas fué general el acogimiento y rápida la circulación que tuvo la historia de Gomara; y mientras que dormían manuscritas muchas cartas de Cortés, y las mejores composiciones de Oviedo y Las Casas, los escritos de Gomara eran impresos y reimpresos todos los días, y traducidos en varias lenguas europeas. La primera edición de la *Crónica de la Nueva España*, apareció en Medina, en 1553; y fué reimpresa en Antuerpia el año siguiente. Después fué incorporada en la colección de Barcia, y finalmente, en 1826, la reprodujeron, más acá de los mares, las prensas mexicanas.

Las circunstancias que acompañaron a esta última edición son curiosas. El Gobierno mexicano señaló una pequeña suma para costear la traducción de lo que se suponía ser un manuscrito original de Chimalpain, escritor indio que

floreció a fines del siglo xvi. El desempeño de la traducción se confió al laborioso Bustamente; pero este literato todavía no había adelantado mucho en su tarea, cuando averiguó que el pretendido manuscrito no era más que la traducción, en lengua azteca, de la *Crónica de Gomara*. No obstante esto, Bustamente continuó sus tareas hasta dar al público una edición americana de Gomara. Otro hecho aún más notable es que el editor mexicano, al referirse en otras de sus obras a la de que vamos hablando, la llama constantemente la *Crónica de Chimalpain*.

La otra autoridad a que me he referido es Bernal Díaz del Castillo, natural de Medina del Campo, en Castilla la Vieja. Nació de una pobre y oscura familia, y en 1514 vino al Nuevo Mundo en busca de buena fortuna. Se embarcó en clase de soldado raso, a las órdenes de Córdova, en la primera expedición a Yucatán; acompañó a Grijalva en la que hizo a este mismo país, y finalmente se alistó bajo las banderas de Cortés. Acompañó a su victorioso caudillo en su primera marcha por la meseta, bajó con él a la costa cuando atacó a Narváez, estuvo presente en la catástrofe de la noche triste, y finalmente, asistió al sitio y toma de la capital; en una palabra, apenas hubo en toda la campaña un suceso importante en que no tuviese parte. Encontróse en 119 batallas o encuentros, en muchas de las cuales quedó herido y en que más de una vez escapó milagrosamente de caer en manos del enemigo. Siempre mostró Bernal Díaz el valor de un castellano viejo y una lealtad purísima que le hizo oponerse siempre a los motines que tan frecuentemente turbaron la armonía del ejército. Constantemente fué fiel a su general y a su bandera; constando esta fidelidad no sólo por su propio dicho, sino por las recomendaciones del general, quien a causa de esta cualidad le encomendó comisiones de confianza y respetabilidad, que

proporcionaron al futuro cronista la oportunidad de informarse auténticamente sobre todo lo respectivo a la conquista.

Cuando se consolidó el país, tocó a Bernal Díaz su *repartimiento* de tierras y colonos; pero no quedó contento, y frecuentemente murmura del egoísmo del general, que procuró aumentar su parte, a expensas de la de sus compañeros; repartir despojos es siempre una odiosa tarea. Díaz estaba de tal modo habituado a una vida activa y peligrosa, que no se contentó con la ociosa e indolente seguridad a que se vió condenado; por la que tomó parte en las expediciones de los oficiales de Cortés y acompañó a este capitán en su terrible excursión por los bosques de Honduras.

Por fin en 1568 vemos al veterano establecido de rigor en la ciudad de Quauhtémallan, pacíficamente ocupado en referir las valerosas proezas de su juventud. Habían pasado cincuenta años desde la conquista a aquella fecha; y había sobrevivido a su general y casi a todos sus compañeros. Únicamente cinco quedaban del puñado de valientes que acompañó a Cortés desde Cuba; y los cinco, para usar de las palabras del anciano cronista, «estaban pobres, viejos y achacosos, cargados de hijos y nietos que mantener y careciendo de los medios de hacerlo, y terminando su vida como la habían empezado, en medio de trabajos y miserias». Tal era la suerte de los conquistadores del opulento México.

El motivo que impulsó a Bernal Díaz a tomar la pluma en una edad tan avanzada, fué el deseo de vindicar para sí mismo y para sus compañeros la parte de la fama que de derecho les pertenecía, y que hasta entonces les había sido defraudada por ensalzar el mérito del general, principalmente en los escritos de Gomara. Sin embargo, él no tuvo

noticia de la crónica de éste, sino después de comenzada la suya; por manera que al ver el contraste que formaban su estilo familiar y desaliñado, y el culto y castizo de su predecesor, se disgustó tanto, que se vió tentado de dejar la pluma. Pero cuando leyó la crónica y vió sus groseras equivocaciones y lo que él, Díaz, llamaba la injusticia de su rival, continuó sus tareas y determinó dar a luz una narración que tuviese por lo menos el mérito de la fidelidad. Tal fué el origen de la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*.

Debemos confesar que el historiador logró su objeto. Al recorrer sus páginas se conoce luego que sean cuales fueren los errores en que incurra, ya por olvido de cosas tan antiguas, ya por desmesurada vanidad, ya por credulidad o por cualquiera otro motivo, no hay mala intención de desfigurar la verdad; y aun cuando tal intención hubiese tenido, su misma sencillez lo habría vendido. Aun con respecto a Cortés, si bien procuró equilibrar la balanza entre el mérito de él y de sus compañeros, y si bien condena libremente la codicia y aun la crueldad del general, hace justicia plena a sus grandes y heroicas cualidades, y no obstante sus defectos, le considera superior a todos los capitanes de los tiempos antiguos y modernos. Aun cuando se queja de él, protesta su lealtad y su afecto personal hacia el general. Si le calumnian o le insultan indignamente, salta al momento en su defensa. En una palabra, por mucho que él censure a Cortés, no permite que nadie haga otro tanto.

Bernal Díaz, el rudo hijo de la naturaleza, es fiel y exacto copista de ella. Si me es lícito expresarme así, trasladó a las páginas de su historia las escenas de la vida, por medio de procedimientos «daguerreotípicos»; es, entre los historiadores, lo que De Foe entre los novelistas. Nos lleva

en medio de los campamentos; nos hace velar con los soldados en el vivaque; nos hace acompañarles en sus penosas marchas; escuchar sus cuentos, sus quejas de descontento, sus planes de conquista; saber sus esperanzas, sus triunfos y sus desengaños; en las páginas de Bernal Díaz se reflejan como un espejo todas las escenas pintorescas y acontecimientos romancescos de la campaña. El transcurso de cincuenta años, no había hecho mella en las facultades mentales del viejo veterano, pues que a cada línea resalta el fuego de la juventud, y al recordar lo pasado, parece que la memoria de los valientes compañeros que fueron y no son, da a sus descripciones un colorido más animado que si hubiesen sido escritas en una edad más temprana de la vida. El tiempo, la reflexión y la tranquilidad acerca de lo futuro, hacían que sus ideas juveniles estuviesen ya consolidadas. No tenía dudas en cuanto a los derechos de la conquista, ni en cuanto a lo merecido de las penas impuestas a los infieles. Él no es más que soldado de la cruz, y los que murieron a su lado, los reputa por mártires de la fe. «¿Dónde están mis amigos?, pregunta: han caído en el campo de batalla, o han sido devorados por los caníbales, o han servido de pasto a fieras encerradas en jaulas. Sus restos debieran haber sido guardados bajo de mármoles, donde estuviesen inscriptas sus proezas; sus nombres debieran perpetuarse en letras de oro, porque murieron en el servicio de su Dios y de su Rey, y por dar luz a los que vivían en las tinieblas de la infidelidad, y también por adquirir las riquezas que la mayor parte de los hombres codician.» Este último motivo, del cual habla rara vez y por incidente, es de presumir que impulsaba a los conquistadores, con más fuerza que los dos primeros. Bernal Díaz nos ofrece en su Historia una muestra de ese candor que hace tan encantadoras las crónicas antiguas, y

que sin conocerlo el historiador, descubre su pecho y lo pone enteramente abierto a la vista del lector.

Parecerá cosa extraordinaria que después de tanto tiempo, aún haya conservado fresco el recuerdo de los pasados acontecimientos; pero debemos considerar que eran tan romancescos y raros, que debían hacer una impresión muy profunda en una imaginación joven y ardiente. Probablemente los habría oído y contado mil veces a sus parientes y amigos, por manera que le serían tan familiares como el sitio de Troya, al rapsodista griego, o como las interminables aventuras de Sir Lancelot y de Sir Gawain, al menestral normando. Disponer esta narración en forma de historia, no era, pues, más que repetirla de una manera nueva.

El mérito literario de la obra es muy escaso, como es de esperar, atendida la clase del escritor. Éste no tiene arte ni siquiera para disimular su vanidad, que rebosa de un modo ridículo a cada página de su obra.

Sin embargo, se le puede perdonar al ver que en vez de despreciar el mérito ajeno, lo reconoce y alaba, y que su vanidad es más bien efecto de su excesivo candor. Por otra parte, él confiesa francamente este defecto, si bien lo excusa. «Cuando acabé de escribir mi historia, dice, la entregué a dos licenciados que tenían mucha curiosidad de leerla y a los cuales respetaba yo tanto como un hombre rudo e ignorante debe respetar a dos literatos. Al mismo tiempo, les rogué que no hiciesen ninguna alteración en el manuscrito, pues todo lo que allí se hallaba estaba escrito de buena fe. Luego que leyeron mi historia, ponderaron lo maravilloso de mi memoria, dijéronme que estaba escrita en buen castellano antiguo, pero sin ninguna de las flores ni adornos que tanto acostumbraban nuestros buenos escritores. Al mismo tiempo, me advirtieron que mi obra sería mucho mejor si no hubiese yo tomado por mi cuen-

ta, sino que hubiese dejado a otros el cuidado de alabar-me a mí mismo y de alabar a mis compañeros; a lo que les contesté que era común y corriente que los vecinos y compañeros se alabasen los unos a los otros, y que si no hablábamos bien de nosotros, ¿quién había de hacerlo? Demás que nadie había presenciado nuestras batallas y nuestras proezas, si no eran las nubes del cielo y la aves que volaban por sobre nuestras cabezas.»

No obstante los elogios de los licenciados, en lo tocante al buen estilo, este es demasiado pedestre, abunda en barbarismos y a veces está sazonado con chistes propios de un cuartel; sin embargo, tienen el mérito de expresar muy claramente los pensamientos del autor y de ser muy acomodado a la sencillez de su carácter. La obra está dispuesta con menos cuidado y esmero que el ordinario entre las de su género, y abunda en esas repeticiones y digresiones que acostumbran los hombres vulgares al contar sus cosas. Poro es inútil criticar según las reglas del arte a un escritor que las ignoraba completamente, y más atendiendo, por otra parte, a que sus obras serán leídas y releídas por los literatos y estudiosos, a pesar de los defectos de que adolece, mientras que las composiciones de escritores más clásicos dormirán tranquilamente.

¿En qué consiste, entonces, el encanto de la historia de Bernal Díaz? En el espíritu de verdad que la anima; en que nos presenta las situaciones tales cuales eran, y los sentimientos tales cuales existían en el corazón del escritor. Éste es el mérito de su historia; mérito que frecuentemente tienen las obras de los que siendo ignorantes se cuidan tan sólo de referir los sucesos, y de que carecen las de esos consumados y fastidiosos literatos que sólo piensan en el modo de expresarse.

Una mera contingencia hizo que esta preciosa crónica saliese del olvido en que habían caído en la península tantas otras de más alto mérito. Por más de sesenta años estuvo sepultada en una librería privada, hasta que llegó a manos de Fray Alonso Remon, Cronista General de la Orden de la Merced, quien tuvo la sagacidad de descubrir bajo el tosco exterior de la obra, su grande importancia para ilustrar la historia de la conquista. Este monje, alcanzó licencia para imprimir dicha crónica, y bajo sus auspicios se publicó en Madrid, en 1632; cuya edición es la que he consultado para mi obra.

LIBRO VI

SITIO Y RENDICIÓN DE MÉXICO

CAPÍTULO PRIMERO

DISPOSICIONES TOMADAS EN TETZCOCO.—SAQUEO DE IXTAPALAPAN.—VENTAJAS QUE LOGRAN LOS ESPAÑOLES.—SABIA POLÍTICA DE CORTÉS.—TRASLACIÓN DE LOS BERGANTINES.

(1521)

Probablemente Tetzcoco era la mejor posición que Cortés podía elegir para establecer su cuartel principal, atendiendo a su comodidad para alojar y mantener un fuerte ejército, y a que allí había todos los artesanos y operarios de que se podía necesitar (1). Lindaba por un lado con Tlaxcalan, la República aliada; y por el otro con México. por manera que el general podía estar al corriente de todos los movimientos que hacía el enemigo. En una palabra, su situación central facilitaba las comunicaciones con todo el valle, y le hacía servir de punto de apoyo de todas las operaciones.

(1) «Y asimismo hizo juntar todos los bastimentos que fueron necesarios para sustentar el ejército y guarniciones de gente que andaba en favor de Cortés, y así hizo traer a la ciudad de Tetzcoco el maíz que había en las troges y graneros de las provincias sujetas al reino de Tetzcoco.» Ixtlilxochitl. *Hist. Chich.*, M. S., cap. XCI.

Lo primero de que cuidó Cortés fué de fortificar el palacio en que estaba alojado, y de ponerle en tal estado de defensa que fuera imposible una sorpresa no sólo de parte de los mexicanos, sino aun de la de los tetzcoanos mismos. Desde la elección del nuevo rey había vuelto a sus hogares una gran parte de la población, pero Cortés desconfiaba de esta muestra de sumisión, porque conocía que las relaciones de parentesco y de otros géneros eran tan íntimas con los aztecas, que difícilmente debía contar con sus simpatías en favor de los blancos (1). El joven monarca parecía ser sincero en su adhesión a ellos; pero Cortés, por más asegurarse, puso a su lado algunos españoles, cuyo objeto aparente era instruir al monarca en la lengua castellana y en la religión católica; pero en realidad estaban encomendados de vigilarle y de evitar que entrase en correspondencia con los enemigos de los blancos (2).

Tetzcoco distaba del lago cosa de media legua, y era necesario abrir una comunicación directa entre éste y la ciudad, para que luego que llegasen los bergantines, se les pudiese echar al agua de manera que en ellos se fuese hasta la capital. Por consecuencia, se determinó abrir un canal que empezase en los jardines llamados de Nezahualcoyotl, por haberlos planteado este príncipe, y que fuese a terminar en la orilla del lago; a cuyo intento se ahondó un riachuelo que corría en esta dirección, empleándose en aquella grande obra 8.000 indios, bajo la dirección del joven Ixtlilxochitl (3).

(1) «No era de espantar que tuviese este recelo, porque sus enemigos y los de esta ciudad eran todos deudos y parientes más cercanos; mas después el tiempo lo desengañó y vido la gran lealtad de Ixtlilxochitl y de todos.» Ibid, pág. 92.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXXVII.

(3) Ibid, *ubi. supra*. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. XCI.

En el entretanto, recibía Cortés embajadas de las ciudades convecinas, que le suplicaban las tomase bajo su protección y las recibiese como tributarias de la corona de Castilla; a lo cual accedió él, pero con la condición de que le entregasen a cuanto mexicano pisase su territorio. A consecuencia de esta promesa le fueron entregados algunos nobles aztecas que habían ido con diversas comisiones a dichas ciudades. Cortés se valió de ellos para que llevasen al emperador mexicano un mensaje, en el cual ponderaba en extremo lo necesario de la guerra. Decía que a los que tanto le habían agraviado poco tiempo les quedaba de vida; que estaba dispuesto a olvidar lo pasado con tal de que se sometieran oportunamente para salvar a la capital de los horrores de un sitio (1). Cortés no tenía esperanzas de lograr ningún resultado de pronto; pero creyó que su mensaje podría causar impresión en los habitantes, y que si acaso alguna parte de ellos quería entrar con él en tratados, encontraría una coyuntura de hacerlo, al ver aquella muestra de la buena disposición en que él estaba para ayudarles. Pero por entonces no había divisiones en la capital; toda ella se había levantado resuelta a resistir tan simultánea y uniformemente como si fuese un sólo hombre.

Ya antes he dicho que el plan de Cortés, al entrar en el valle, era sojuzgar las ciudades circunvecinas antes de atacar a la capital misma, porque así la dejaba como a un árbol elevado, cuyas raíces han sido destruídas una a una y que no teniendo nada que lo afirme, sucumbe a la tempestad. El primer punto de ataque que eligió, fué la antigua ciudad de Ixtapalapan, lugar de 50.000 habitantes, según

(1) «Los principales que habian sido en hacerme la guerra pasada, eran ya muertos; y que lo pasado fuese pasado, y que no quisiesen dar causa a que destruyese sus tierras y ciudades, porque me pesaba mucho dello.» Relación tercera, pág. 193.

la relación del mismo conquistador, que distaba cosa de seis leguas, y situada en la punta de la lengua de tierra que separaba las aguas salobres de las dulces. Era el señorío propio del último rey de México, donde pernoctaron los españoles la víspera de entrar a la capital por primera vez, y donde quedaron asombrados de los regios jardines. No tenían mucho que agradecer a este señor, que es quien había dirigido el ataque de la noche triste, ni tampoco a su pueblo, el cual abrigaba un odio concentrado contra los extranjeros y era el vasallo más fiel de la corona de México.

Una semana después de su llegada a los nuevos cuarteles, salió de ellos Cortés contra la ciudad india, con 200 infantes, 18 de a caballo y de 3.000 ó 4.000 aliados tlaxcaltecas; dejando mientras el mando de la guarnición a Sandoval. El camino que tomó pasaba por la orilla oriental del lago, estaba cubierto de ciudades y aldeas, y vestido de espesos bosque de cipreses y de cedros, de los que en tonces habría gran abundancia. En algunas partes pasaba por llanuras, desde las cuales se descubría a la reina del valle, que salía altiva del seno de las aguas, como engréida de ser la más bella y la primera de las ciudades de aquellas comarcas. Un poco más allá se veía negrear la línea que unía a México con el continente, cuya calzada despertaba en los españoles los más tristes recuerdos.

Acceleraron el paso y se internaron hasta llegar a dos leguas de distancia del punto donde se encaminaban, cuando encontraron un considerable cuerpo de indios que les disputó el tránsito. Los indios mostraron su acostumbrada bravura; pero después de un esfuerzo retrocedieron ante el invencible valor de la infantería española, que fué eficazmente ayudada por los tlaxcaltecas, quienes apenas veían un azteca, cuando se enfurecían y se ponían como frenéticos. El enemigo huyó desordenadamente y seguido de

cerca por la infantería española. Ya que habían acercádose hasta media legua de Ixtapalapan, descubrieron gran número de canoas cargadas de indios que parecían estar trabajando en la calzada o dique que entraba en el lago. Engolfados en perseguir a los fugitivos hicieron poco caso de aquéllos y entraron hasta la ciudad, confusamente mezclados con los que iban persiguiendo.

De las casas, unas estaban en terreno seco; las otras, descansaban en estacas clavadas en el agua. Las primeras estaban casi todas abandonadas por sus moradores, que se habían escapado a toda priesa en canoas y que habían dejado dentro de sus hogares todos sus efectos. Los tlaxcaltecas se apoderaron de ellos y se cargaron de despojos. Entretanto, los de la ciudad siguieron huyendo hasta refugiarse en las casas construídas sobre el agua, o entre los juncos y carrizales que sobresalían de su superficie. Dentro de las habitaciones se encontró también algunos que, no teniendo tiempo para huir, se quedaron con sus mujeres e hijos.

Cortés, con los suyos y con los pocos aliados que pudo reunir, atacó al enemigo en su último atrincheramiento. Unos y otros pelearon con el agua hasta la cintura y con la mayor desesperación; los aztecas, con el furor del tigre a quien el cazador arroja de su guarida. Pero todo fué inútil, porque los indios en todas partes eran derrotados, y los habitantes corrieron igual suerte que los soldados: fueron asesinados sin piedad ni distinción de edades ni sexos. Cortés procuró poner freno a la matanza; pero más fácil hubiera sido arrancar al hambriento lobo de su presa, que a un tlaxcalteca de la suya, cuando una vez había probado la sangre del enemigo. Más de 6.000, entre mujeres y niños, perecieron en aquel encuentro (1).

(1) «Murieron de ellos más de 6.000 ánimas entre hombres y mu-

Las tinieblas de la noche habían llegado, pero algo las disipaba el fulgor del incendio, pues las tropas habían puesto fuego a las casas, por diferentes rumbos de la ciudad. La posición insular impedía, es cierto, que el incendio se propagase de una casa a otra; pero ardía cada cual aisladamente y esparcía un resplandor siniestro que alumbraba los horrores de aquella escena. Concluída la matanza, se entregaron los soldados al saqueo y, en poco tiempo, sacaron de las casas cuantos objetos portátiles encontraron en ellas.

Cuando más engolfados estaban los españoles en su obra de devastación, se oyó un ronco rumor, como el que forma un torrente de agua que se precipita y los indios dieron el grito de que estaba rota la calzada. Entonces comprendió Cortés que en esto se ocupaban los hombres que había visto trabajar, metidos en las canoas, cerca del dique que comunicaba con el gran lago de Tetzcoco (1). Habíanlo roto los indios, enfurecidos, que habían resuelto inundar la ciudad abriendo un agujero por donde las aguas del lago salado, se precipitasen del otro lado que estaba más bajo. Alarmado el general, mandó reunir a sus tropas y se dispuso a evacuar, a toda prisa, la ciudad. ¡Si se queda en ella tres horas más, no queda ni un solo blanco! (2) Venían agobiados con el peso de los despojos, caminando

jeres y niños; porque los indios nuestros amigos, vista la gran victoria que Dios nos daba, no entendían otra cosa sino matar a diestro y siniestro.» Ibid. pág. 125.

(1) «Estándolas quemando parece que Nuestro Señor me inspiró y trujo a la memoria la calzada o presa que había visto rota en el camino, y representóseme el gran daño que era.» Ibid, loc. cit.

(2) «Y certifico a V. M., que si aquella noche no pasáramos el agua, o aguardáramos tres horas más, que ninguno de nosotros escapara, porque quedábamos cercados de agua, sin tener paso por parte ninguna.» Ibid, *ubi. supra*.

con dificultad por entre la agua, que cada vez iba subiendo más. Por algún tiempo, les alumbrió el fuego de las casas incendiadas; pero luego que comenzaron a alejarse, la luz se fué debilitando. El agua les daba, en algunas partes, hasta los tobillos, y en otras, hasta la cintura, y les costaba gran trabajo abrirse paso. Al acercarse a la abertura de la calzada, el canal estaba aún más profundo, y salía por aquélla una corriente tan impetuosa, que los hombres difícilmente podían resistirla. Los españoles echaron el pecho al agua y lograron pasar; pero los indios, no pudiendo nadar, fueron arrebatados por la corriente. Perdióse todo el botín; inutilizóse la pólvora, y las armas y vestidos se cubrieron de lodo; el helado viento de la noche entumeció sus fatigados miembros y apenas podían arrastrarse los soldados. Al amanecer se encontraron rodeados de canoas cargadas de indios, que habían previsto la situación en que estarían y que les saludaron con una lluvia de flechas, piedras y otras armas mortíferas. Otros cuerpos de tropas ligeras, flanqueaban al ejército español a cierta distancia; pero éste no deseaba habérselas con el enemigo, sino únicamente llegar a sus suspirados cuarteles de Tetzoco, donde entró ese mismo día, más desalentado y cansado que después de muchas largas marchas y crudas batallas (1).

El término desgraciado de una expedición que había comenzado tan brillantemente, dió un desengaño a Cortés. Verdad es que no había tenido una gran pérdida numérica; pero aquel suceso le enseñaba lo que se debía temer

(1) La carta del general al emperador es tan completa y tan precisa, que es la mejor autoridad acerca de este suceso. Pero puede consultarse, además, a Bernal Díaz, cap. CXXXVIII. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XVIII. Ixtlixochitl, *Hist. Chichi.*, M. S., capítulo XCII. Herrera, *Hist. Gen.*, dec. 2. lib. 10, cap. II, *et auctoribus aliis*.

de un pueblo que, con un espíritu digno de los antiguos holandeses, estaba resuelto más bien a sepultar sus ciudades bajo las aguas, que a dejarse sojuzgar. Con todo, el enemigo tampoco tenía de qué alegrarse, pues, además de su mortandad, había visto saqueada y talada, en gran parte, una de las ciudades más florecientes y de las que, por sus magníficas obras públicas, mejor merecían el nombre de cultas. ¡Pero tales son los triunfos de la guerra!

La expedición de Cortés, no obstante el revés que había llevado, era favorable a la causa de los españoles, porque la catástrofe de Ixtapalapan esparció el terror por todo el valle, como lo probaban las embajadas que de varias partes llegaron pidiendo sumisión. Su influjo se hizo sentir aun del otro lado de la sierra, pues la ciudad de Otompan, cerca de la cual ganaran los españoles su famosa batalla, vino pidiendo la protección de tan poderosos extranjeros, prometiéndoles obediencia y disculpándose de haber tomado parte en las últimas hostilidades, echando toda la culpa de ellas a los mexicanos.

Pero la ciudad más importante de cuantas solicitaron el amparo de Cortés, era Chalco, situada en el extremo oriental del lago del mismo nombre. Era una antigua ciudad, poblada por una raza de la misma familia que los aztecas, y en un tiempo su formidable enemiga. El emperador azteca, desconfiando de la lealtad de sus habitantes, había puesto allí una guarnición que los tuviese sujetos al yugo. Los gobernadores mandaron proponer secretamente a Cortés que le entregarían la ciudad, siempre que él les ayudase a arrojar a la guarnición.

El comandante español no vaciló ni un solo punto, y mandó luego a Sandoval y una partida considerable con este objeto. En el camino, se hubieron a las manos la retaguardia compuesta de tlaxcaltecas y algunas tropas ligeras

de los aztecas, quedando por éstos la ventaja, pero luego se desquitaron aquéllos en un reñido encuentro que se trabó con el grueso del ejército mexicano, a poca distancia de Chalco.

Encontráronse en un terreno plano, cubierto de magueyes y cañas de maíz, y por donde pasaba el camino que en aquel tiempo conducía de esta última ciudad a Tetzco-co (1). Sandoval cargó con la caballería sobre el enemigo y lo puso en desorden; pero en pocos momentos volvió aquél a reunirse y formarse, y tornó al ataque con nuevo brío; Sandoval fué entonces más afortunado, porque los embistió furiosamente, y después de una esforzada pero inútil resistencia, los derrotó y los arrojó del campo. El ejército conquistador prosiguió su marcha a Chalco, que ya habían evacuado los mexicanos, y fué recibido en triunfo por la población, que se esforzaba por mostrarle cuánto le agradecía que la hubiese libertado del yugo azteca. Después de tomar las providencias conducentes a la seguridad de la ciudad, salió de ella para Tetzco-co, acompañado de dos señores jóvenes, hijos del último cacique.

Recibióles afablemente Cortés, y los mancebos informaron a éste, de que su padre, el cacique, acababa de morir cargado de años; y que al arrojar el último suspiro, mostró todavía sentimiento por no haber conocido al Malintzin. Que él creía que los blancos eran los seres, que según las predicciones de los oráculos, debían venir del Oriente a gobernar la tierra (2); y finalmente, que había encargado a sus hijos que si los españoles volvían a entrar

(1) Lorenzana, pág. 199, nota.

(2) «Porque ciertamente sus antepasados les habían dicho que habían de señorear aquellas tierras hombres que venían con barbas, de hacia donde sale el sol, y que por las cosas que han visto, éramos nosotros.» Bernal Díaz, cap. CXXXIX.

en el valie, les prometiesen obediencia y vasallaje. Los jóvenes manifestaron estar dispuestos a cumplir con el mandato de su padre; mas como esto les debía acarrear la venganza de los aztecas, pidieron a Cortés que pusiese en su ciudad una guarnición que los defendiese (1).

Cortés recibió igual invitación de parte de otras varias ciudades, que ansiaban por romper el yugo azteca, pero no estaba en disposición de destinar una guarnición a cada una de ellas. Ahora más que nunca eran desproporcionados sus recursos con la magnitud de la empresa. «Y certifico a V. M., dice en su relación al emperador, que allende nuestro trabajo y necesidad, la mayor fatiga que tenía era no poder ayudar y socorrer a los indios nuestros amigos, que por ser vasallos de V. M., eran molestados y trabajados por los de Colhua.» (2) Pero lejos de poder ayudar y socorrer a los demás, apenas contaba con lo preciso para guardarse a sí mismo; su vigilante enemigo, acechaba todos sus movimientos, y si se hubiese debilitado dividiendo mucho su ejército y enviando destacamentos a grandes distancias, no habría dejado aquél de aprovecharse de semejante desventaja. Así, pues, todas sus excursiones las había hecho a puntos cercanos, y después de dar algunos golpes pronto y decisivos, se había vuelto a sus cuarteles. Tenía la mayor vigilancia y vivía tan apercibido a un ataque, como si estuviese acampado dentro del mismo México.

Dos ocasiones tuvo que medirse con los aztecas en las inmediaciones de Tetzaco. Una vez que mil canoas llenas de soldados atravesaron el lago para traer en ellas una

(1) Ibid. *ubi. supra*. Relac. terc. de Cortés, en Lorenzana, página 200. Gomara, *Crónica*. cap. CXXII. Venida de los españoles. M. S., pág. 15.

(2) Relac. terc., pág. 204.

gran cantidad de granos, creyó Cortés que sería conveniente tomarlos para sí, y en consecuencia, determinó atacar al enemigo, como lo hizo, derrotándolo y trayéndose a los graneros de Tetzcoco las semillas que le había quitado. La otra vez fué cuando habiéndose establecido un fuerte cuerpo de indios en algunas ciudades inmediatas, de paz con México, hizo otra salida, desalojó a los enemigos y sometió las ciudades. Estas maniobras absorbían todas sus fuerzas, y ninguna le quedaba para proteger a sus aliados, pero su genio fecundo sugirió un arbitrio para suplir la falta de tropas.

Algunas de las ciudades de fuera del valle, viendo las muchas luminarias que ardían en las montañas, creyeron que los aztecas habían reunido un gran ejército y que los españoles estaban en el mayor aprieto; enviaron, pues, mensajeros a Tetzcoco ofreciendo auxilios que el general había rehusado cuando venía en camino. Ahora les dió las gracias, y al mismo tiempo que les decía que no eran necesarios, les indicaba de qué manera podían serle útil; que era defendiendo a Chalco y otras ciudades que habían pedídole protección. Mas los aliados tenían odio de muerte a los habitantes de aquellas plazas que como vasallos de los aztecas, varias veces habían hecho la guerra del otro lado de los montes.

Cortés se apresuró a poner un término a esta rivalidad. Dijo a unos y a otros que debían echar en olvido sus antiguos odios, puesto que habían entrado hoy en nuevas relaciones, que eran todos vasallos de un mismo soberano y peleaban por la misma causa contra el común y formidable enemigo que por tanto tiempo los había sojezgado; que separadamente nada valdrían; pero que juntos podían robustecerse los unos a los otros y resistir a México, mientras venían españoles en su ayuda. Estas razones surtieron todo

su efecto, y el hábil general tuvo el placer de hacer que aquellas tribus olvidasen su inveterada enemistad, y que prescindiendo de los placeres de la venganza, tan gratos para un bárbaro, se tendiesen una mano amiga, y entrasen como compañeros en la misma empresa. A esta hábil política debió el general los posteriores triunfos de sus armas, tanto como a estas mismas (1).

De esta suerte, se encontraba minado en su cimiento el imperio azteca, pues los grandes vasallos en que más confiaba habían ido separándose uno tras otro, y los aztecas, propiamente dichos, formaban tan sólo una parte de la población del valle, el cual estaba habitado en su mayor parte por tribus de la misma familia que ellos, la de los Nahuatlacos, que llegaron a la meseta central casi al mismo tiempo. Eran rivales mutuas y una por una habían ido siendo sojuzgadas por la más belicosa de los mexicanos que las tenían sujetas a veces por la viva fuerza, y siempre por el miedo. El miedo era el gran principio de cohesión que unía los heterogéneos elementos de que se componía la monarquía azteca, la cual debía disgregarse bajo la acción de una fuerza más enérgica. No era esta, por cierto, la primera vez que las razas oprimidas trataban de recobrar su libertad; pero hasta entonces todas las tentativas se habían malogrado por falta de concierto. Estaba reservado al genio pujante de Cortés extinguir los odios hereditarios, combinar los esparcidos elementales de fuerza y dar a todos un principio de acción común (2).

(1) Ibid, págs. 204-205. Oviedo, *Hist, de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulo XIX.

(2) Oviedo, lleno de admiración hacia su héroe, hace de él el siguiente elogio, prediciendo cómo se ha verificado, que su nombre sería inmortal. Es una bella muestra del estilo del antiguo historiador:

«Sin duda alguna, la habilidad y esfuerzo e prudencia de Hernan-

Alentado por estos acontecimientos, creyó oportuno el momento para entablar negociaciones con la capital, y se aprovechó igualmente de la presencia de algunos nobles aztecas hechos prisioneros en el encuentro con Sandoval, para mandar con ellos una embajada. Su tenor era parecido al de la primera, y renovaba la oferta de que si se sometía la capital, Cuauhtemotzin quedaría en el trono y se respetarían las propiedades y vidas de los habitantes. Ninguna contestación se recibió; porque el joven guerrero tenía un ánimo tan indómito como el del mismo Cortés. Heredó todos los frutos del vicioso sistema de gobierno seguido por sus antepasados; pero al sentir vacilar bajo sus plantas el trono en que estaba sentado, se imaginó poder sostenerle él sólo con su energía y recursos personales. Impidió la insurrección de algunos de sus vasallos, poniendo guarniciones en las ciudades, a otros se los ganó exonerándoles de las cargas y tributos que soportaban, y haciéndoles ocupar los puestos más honrosos y de mayor autoridad en el Estado. Al mismo tiempo manifestaba su implacable animosi-

do Cortés, muy dignas son que entre los caballeros e gente militar en nuestros tiempos se tenga en mucha estimacion, y en los venideros nunca se desacuerden. Por causa suya me acuerdo muchas veces de aquellas cosas que se escriben del capitán Viriato, nuestro español y extremeño, y por Hernando Cortés me ocurren al sentido las muchas fatigas que aquel espejo de caballería. «Julio César» dictador, como parece por sus comentarios e por Suetonio e Plutarco e otros autores que en conformidad escribieron los grandes hechos suyos. Pero los de Hernando Cortés en un mundo nuevo e tan apartadas provincias de Europa, e con tantos trabajos e necesidades e pocas fuerzas, e con gente tan innumerable e tan bárbara e belicosa e apacentada en carne humana, e aun habida por excelente e sabroso manjar entre sus adversarios; e faltándole a él y a sus milites el pan e vino e los otros mantenimientos todos de España, y en tan diferenciadas regiones e aires, e tan desviados e lejos de socorro e de su príncipe cosas son de admiracion.» *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XX.

dad contra los blancos, mandado que todo el que fuese cogido en sus dominios imperiales, fuese enviado derechamente a la capital, donde se le sacrificaba con toda la bárbara solemnidad que pedía el ritual azteca (1).

(1) Entre otros señores a quienes ocurrió Cuauhtimotzin en demanda de socorros, uno de ellos fué Tangopan, señor de Michoacan, poderosa e independiente provincia occidental, que jamás había sido sojuzgada por los mexicanos. Las noticias que mandó el emperador azteca acerca de los blancos, fueron tan alarmantes según cuenta Ixtlilxochitl, que al oirlas la hermana del rey, se entregó voluntariamente a la muerte de miedo de la venida de los extranjeros. Su cuerpo fué depositado, como era de costumbre, en una de las bóvedas destinadas a la servidumbre real, mientras se hacían los preparativos para quemarlo. Al cuarto día, quedaron admirados los encargados de velarlo, al ver que daba señales de volver a la vida. La resucitada princesa recobró la habla y pidió ver a su hermano. Luego que éste llegó le rogó que ni pensase en quitar un solo pelo de la cabeza a los misteriosos extranjeros, porque había visto arder en fuego inextinguible las almas de todos sus antepasados; mientras estaban en la gloria las de todos los que abrazaban la fe de los blancos. En señal de ser cierto lo que contaba, dijo a su hermano que en una gran fiesta que estaba para celebrarse vería a un guerrero mancebo con una antorcha más brillante que el sol, en una mano, y una espada de fuego semejante a la que usaban los españoles, en la otra; el cual atravesaría la ciudad de Oriente a Poniente.

El historiador no nos dice que tanto esperó la visión el monarca; o si jamás la vió; pero lo cierto es que acaso creyendo prueba suficiente la resurrección de su hermana, mandó disolver un fuerte ejército que había reunido en las llanuras de Avalos, con objeto de auxiliar a su hermano de México.

Este cuento con otros muchos incidentes que no he creído del caso repetir, quedó consignado en las pinturas jeroglíficas de Michoacan, y lo refirió el nieto de Tangopan a Ixtlilxochitl mismo. (*Hist. Chich.*, M. S., cap. XCI.) Quien quiera que sea quien se lo refirió, no es difícil descubrir en la misma mano piadosa que el Antiguo Continente inventó tantas embrolladas fábulas en pro de la iglesia, y que en la credulidad del Nuevo, encontró cosecha abundante para la misma buena obra.

Mientras esto pasaba, recibió Cortés la noticia de que los bergantines ya estaban concluídos y en espera de que se les transportase a Tetzaco. Destacó para que fuesen a traerlos una partida de 200 infantes y 15 de a caballo, a las órdenes de Sandoval, hidalgo que había ido ganándose el afecto tanto del general como del ejército. Aunque era uno de los oficiales más jóvenes tenía la prudencia y rectitud del juicio necesarias para desempeñar las más delicadas comisiones. Otros había como Alvarado y Olid, por ejemplo, cuya intrepidez estaba a prueba; pero el valor del primero llegaba a veces hasta la temeridad o era pervertido por la violencia; y el segundo, Olid, de carácter recóndito y ambiguo, no era digno de confianza. Sandoval era oriundo de Medellín, la patria de Cortés; le era a éste muy adicto y siempre había correspondido a su confianza; era hombre de pocas palabras y que mostraba su mérito más bien por lo que hacía que por lo que decía. Su conducta honrada y su trato marcial le habían granjeado el afecto de las tropas y aún el de sus enemigos. Desgraciadamente murió en la flor de su edad; pero descubrió grandes prendas militares que si hubiese vivido, lo que es natural, le habrían colocado en el catálogo de los grandes capitanes de su nación.

Sandoval tenía que pasar por Zultepeque, la ciudad donde fueron asesinados los 45 españoles, y recibió órdenes de castigar debidamente a los culpables, siempre que pudiese haberlos a las manos.

Al llegar los españoles se encontraron con que todos los habitantes habían huído al tener noticia de su venida. En los abandonados templos encontraron los vestigios de la desgracia de sus compatriotas; pues vieron suspendidos como trofeos, no sólo las armas, vestiduras y arneses de los caballos, sino varias cabezas perfectamente conserva-

das. En un edificio contiguo encontraron escrita con carbón la siguiente inscripción: «aquí estuvo preso el sin ventura Juan Juste, con otros muchos que traía en mi compañía» (1). Este hidalgo fué uno de los compañeros de Narváez, con el cual vino en busca de oro; pero en vez de esto encontró oscura y poco gloriosa muerte. Los ojos de los soldados se llenaron de lágrimas al ver aquel triste recuerdo, y sus corazones ardieron de ira al pensar en el horrible destino de sus compañeros. Afortunadamente los habitantes no estaban presentes, pero algunos que cayeron prisioneros después, fueron marcados como esclavos. La mayor parte de la población que imploró del modo más abyecto la misericordia de los conquistadores, imputando toda la culpa del asesinato al emperador azteca, fué perdonada de Cortés, ya le tuviese lástima, ya desprecio (2).

El capitán continuó su marcha hacia Tlaxcalan; pero apenas había pasado las fronteras de la república, cuando descubrió la bandera flamante de los bergantines que ya venían atravesando los desfiladeros de la sierra. Gran placer le causó aquel encuentro; porque había temido tener que detenerse en Tlaxcalan algunos días, antes que poder emprender con ellos su regreso.

Eran por todas 13 naves de todos tamaños, y habíalas construido el experimentador Martín López, ayudado de otros tres o cuatro carpinteros españoles y de los indios aliados que mostraban grande habilidad para imitar. Una vez concluidas, para probarlas se las echó en las aguas de Zahuspan, y después se las redujo a piezas; y como Martín López estaba impaciente de la tardanza, puso en hombros de cargadores la madera, clavazón, velamen, jarcia y demás,

(1) Bernal Díaz, cap. CXL.

(2) *Ibid. ubi. supra.* Oviedo, *Hist. de las Indias*, M. S. lib. 33, capítulo XIX. Relación tercera, pág. 206.

y bajo buena guardia emprendió su camino para Tetzco-co (1). Sandoval despidió por parecerle superflua, a una parte de la escolta india.

Con todo, le quedaron 20.000 indios que dividió en dos cuerpos para proteger el centro donde iban los bergantines (2). Su cuerpo de españoles los distribuyó de igual manera. Los tlaxcaltecas de la vanguardia iban bajo las órdenes de un jefe, que era la gloria del nombre chichimeca, y cuando después juzgó conveniente Sandoval cambiar el orden del ejército y dejar a la retaguardia el cuerpo que venía por delante, su engreído comandante se resistió vivamente y reclamó que le pusiesen en la vanguardia que era el puesto que él y sus abuelos habían ocupado siempre, por ser el de mayor peligro. Algo le contestó Sandoval, diciéndole que precisamente por esta razón lo ponía a la retaguardia, pues consideraba que por allí podría atacarles el enemigo más fácilmente. Pero aún después de esto le disgustó sobremanera ver que el capitán español venía a su lado, pues no quería, según parece, que nadie partiese con él el laurel de la victoria.

Tarda y penosamente atravesaron las tropas, con su pesada carga, las escarpadas eminencias y estrechos desfiladeros del camino, durante el cual varias veces estuvieron expuestos a los ataques del enemigo. Pero aunque varias

(1) «Y después hechos por orden de Cortés y probados en el río que llaman Tlaxcalan Zahuapan, que se atajó para probar los bergantines y los tornaron a desbaratar por llevarlo a cuestras sobre los hombros de los de Tlaxcalan, a la ciudad de Tetzcoco, donde se echaron en la laguna, y se armaron de la artillería y munición.» Camargo, *Historia de Tlaxcalan*, M. S.

(2) Relación tercera, pág. 207. Bernal Díaz dice que 16.000. (Ibid, *ubi. supra.*) Hay admirable acuerdo entre todos los escritores castellanos sobre la fuerza del ejército, el orden de la marcha y los sucesos que ocurrieron en ella.

partidas de tropas enemigas se presentaron por los flancos y retaguardia, se mantuvieron siempre a una respetuosa distancia, temerosos de habérselas con tan formidable enemigo. Al cuarto día llegó el convoy a la vista de Tetz-coco.

Cortés y las tropas vieron su llegada con regocijo, por considerarla como una señal de la pronta terminación de la guerra. El general y los oficiales, vestidos de toda gala, salieron a recibir el convoy, el cual ocupaba dos leguas, y caminaba tan lentamente, que las filas tardaron seis horas en acabar de entrar a la ciudad (1). Los jefes tlaxcaltecas desplegaron todo el lujo que acostumbraban en sus vestidos marciales, y el ejército todo, estaba de lo más vistoso: marchaban al son de atabales y cornetas, y al atravesar las calles de la ciudad, la hicieron resonar con los gritos de ¡Viva, viva el emperador y Castilla, Castilla, y Tlaxcalan, Tlaxcalan! (2).

«Era cosa maravillosa de ver y oír, exclama el general en su carta, ¡ser llevadas trece naves de guerra, en hombres de cargadores, diez y ocho leguas por tierra!» (3).

(1) «Extendíase tanto la gente, que desde que los primeros comenzaron a entrar, hasta que los postreros hubieron acabado, se pasaron más de seis horas, sin quebrar el hilo de la gente.» Relación tercera, página 208.

(2) Bernal Díaz, cap. CXL. En cuanto a los pormenores de la expedición de Sandoval, véase: Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 31, cap. XIX. Gomara, *Crónica*, cap. CXXIV. Torquemada, *Monarqu. India*, lib. 4.º, cap. LXXXIV. Ixtlilxochitl, *Hist. Chichí.*, cap. XCII. Herrera, *Hist. Gen.*, dec. 3, lib. 1.º, cap. II.

(3) «Que era cosa maravillosa de ver, y así me parece que es de oír, llevar trece fustas diez y ocho leguas por tierra» (Relac. tercera, pág. 207. «*En rem, romano populo quando illustrius res illorum vigevant, non facilem.*» Pedro Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, capítulo VIII.

Era, en efecto, cosa extraordinaria y sin ejemplo en la historia antigua ni moderna, y cosa que sólo un ingenio como el de Cortés, pudo inventar, y sólo un espíritu tan emprendedor como el suyo, pudo llevar a cabo. Pocos preverían cuando ordenó la destrucción de la flota en que había venido y mandó guardar la clavazón y el velamen, pocos preverían el uso a que destinaba aquello; uso de tal manera importante, que pudiera decirse que de esa previsión dependió el feliz éxito de su grande empresa (1).

Recibió a sus aliados indios con la mayor cordialidad y les manifestó su agradecimiento por el importante servicio que acababan de prestarle, de la manera que creyó que halagaría más su espíritu ambicioso. Los bravos guerreros le contestaron: «Nosotros venimos a pelear bajo vuestra bandera, a vengar nuestro agravio común o a morir a vuestro lado.» Urgidos por la impaciencia que les era genial, le instaron para que al instante les condujese al combate; pero Cortés trató de templarlos, diciéndoles que reposasen y que presto les daría las manos llenas (2).

(1) Dos ejemplos se recuerdan de un transporte de naves por tierra: el uno, en la historia antigua, y el otro, en la moderna; ambos, ¡cosa rara!, en el mismo lugar, en Tarento, en Italia. El primero ocurrió cuando el sitio de esta ciudad, por Aníbal (V. Polibio, lib. 8); el otro acaeció diez y siete siglos después, cuando el Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, pero la distancia de donde se las trajo era muy pequeña. Un ejemplo más análogo es el de Balboa, el audaz descubridor del Pacífico. Dispuso que fuesen transportados cuatro bergantines a la distancia de veintidós leguas, atravesando el istmo de Darien; pero a pesar del estupendo trabajo que se emprendió, no se logró enteramente la empresa, pues solamente dos naos llegaron al lugar de su destino. (V. Herrera. *Hist. Gen.*, dec. 2, lib. 3.º, cap. XI.) Esto se verificó en 1516, poco tiempo antes de lo de Cortés, cuyo genio emprendedor, acaso, de allí tomaría la idea de su grande empresa, la cual fué más feliz, pues era más vasta.

(2) «Y ellos me dijeron que traían deseo de se ver con los de Col-

hua, y que viese la que mandaba, que ellos y aquella gente venían con deseo de su venganza o morir con nosotros; yo les di las gracias y les dije que reposasen y que presto les daría las manos llenas.» Relación terc., en Lorenzana, pág. 228.

CAPÍTULO II

RECONOCIMIENTO DE LA CAPITAL, POR CORTÉS — OCUPACIÓN DE TLACOPAN.— ESCARAMUZAS CON EL ENEMIGO.— EXPEDICIÓN DE SANDOVAL.— LLEGAN NUEVOS REFUERZOS.

(1521)

En el término de tres o cuatro días, proporcionó el general a los tlaxcaltecas la oportunidad que tanto deseaban y dió activa ocupación a su ardor belicoso. Había resuelto practicar un reconocimiento de la capital y sus inmediaciones y castigar, de paso, a varias ciudades que le habían enviado mensajes insultantes y tomaban gran parte en hostilizarle; pero sólo comunicó su proyecto a unos cuantos oficiales por temor de los tetzcocanos, a quienes suponía en correspondencia con el enemigo.

A principios de la primavera, salió de Tetzco con 350 españoles y todo el ejército aliado; llevó consigo Alvarado y Olid, y dejó encomendado a Sandoval el mando de la guarnición. Cortés había experimentado cuán poco adecuado era el primero de estos oficiales para tan delicado puesto, en el breve pero desastroso gobierno que había desempeñado en México.

Pero ningunas precauciones bastaron para ocultar sus designios a aquel enemigo vigilante, que no apartaba de él

la vista, que aun parece que adivinaba sus pensamientos y que siempre estaba preparado para desbaratar su ejecución. Pocas leguas había andado, cuando encontró un cuerpo de mexicanos dispuestos a impedirle el paso; trabóse una escaramuza algo reñida, en la que los indios fueron desalojados, y el camino quedó libre a los cristianos. Estos dieron un rodeo hacia la parte del Norte y eligieron por primer punto de ataque, a la ciudad insular de Xaltocan, situada al extremo septentrional del lago del mismo nombre, llamado hoy de San Cristóbal. La ciudad estaba completamente rodeada de agua y comunicaba con la tierra firme, por calzadas, a manera de las de México. Cortés, puesto a la cabeza de la caballería, entró en la calzada y avanzó hasta encontrar un foso por donde el agua entraba de tal suerte, que era intransitable no sólo para la caballería, sino aún para los infantes. El lago estaba plagado de canoas llenas de guerreros, que habiendo percibido el movimiento de los españoles, acudían en socorro de la ciudad, y los cuales hicieron una descarga furiosa de piedras y saetas contra los blancos, de cuya mosquetería los defendían un poco las endeble murallas de que estaban provistas las canoas.

Las rudas descargas de los mexicanos, causaron algún daño a sus enemigos y comenzaron a ponerlos en desorden por estar apiñados en aquel estrecho paso, por lo que Cortés mandó la retirada. Esta fué acompañada de nuevas descargas por parte de los indios y de gritos amenazadores. El grito de guerra de los aztecas, parecido al aullido de todas las tribus norteamericanas, esonaba spantosamente en los oídos de los españoles, según refiere el mismo conquistador (1). En tal aprieto, supo afortunadamen-

(1) «De lejos comenzaron a gritar como lo suelen hacer en la guerra, que cierto es cosa espantosa oídos.» Relac. terc., pág. 209.

te Cortés, porque se lo dijo un desertor, que venía entre los aliados mexicanos, que había un vado por el cual podía pasar el ejército y llegar hasta la plaza. Al instante mandó a la mayor parte de la infantería que pasase, y él con el resto del ejército se quedó cubriendo la retaguardia.

Las tropas, guiadas por el mexicano, vadearon el lago sin gran trabajo, aunque en algunos puntos el agua les llegaba hasta cerca de la cintura. Durante el paso fueron seriamente molestados por los indios; pero luego que llegaron a tierra seca, tomaron amplia venganza de ellos, haciéndoles huír o pasándolos a cuchillo. La mayor parte del ejército y los moradores de la ciudad huyeron en botes y abandonaron la ciudad al pillaje. Encontráronse en ella muchas mujeres que se habían resignado a su destino, y las cuales, juntamente con gran cantidad de telas de algodón, oro y víveres, cayeron en manos de los vencedores, quienes después de poner fuego a la ciudad, se volvieron triunfantes a sus cuarteles (1).

Cortés prosiguió su tortuoso camino, durante el cual encontró otras tres plazas que fueron abandonadas por sus habitantes, luego que se supo que se acercaba (2). La principal de ellas fué Azcapotzalco, en otro tiempo capital de un estado independiente, y hoy el mercado de esclavos de los aztecas, a quienes traían allí para venderlos pública-

(1) Ibid, loc. cit. Bernal Díaz, cap. CXXI. Oviedo, *Hist. de las Indias*, lib. 33. cap. XX. Ixtlilxochitl, *Venida de los españoles*, páginas 13-14. Idem, *Hist. Chich.*, M. S. cap. XCII. Gomara, *Crónica*, capítulo CXXV.

(2) Estas ciudades tenían los melodiosos nombres de Tenajocan, Cuauhtitlan y Atzacapozalco. En el texto he procurado ahorrar al lector de todos estos nombres que no conoce, y que no tienen ni siquiera la cualidad de ser breves, para retenerlos.

mente. Era también el lugar de los joyeros, y donde hicieron a los españoles las ricas alhajas a que redujeron el tesoro de Moteuczoma. Pero encontraron corta cantidad de metales preciosos y objetos de valor, porque todos habían sido extraídos por los habitantes. Sin embargo, por no haber encontrado resistencia, perdonaron los españoles los edificios de esta ciudad.

De noche dormía el ejército a campo raso y en la mayor vigilancia, porque todo el país estaba insurreccionado, no había punta de un cerro donde no se viesen arder hogueras, y finalmente, de vez en cuando se descubrían grandes masas de indios.

La parte de Anáhuac, que estaban recorriendo los españoles, era la región más opulenta. En los valles y en los montes encontraban diseminadas ciudades y pueblos cercados de campos bien cultivados y que daban todos los indicios de una población industriosa. En el centro de este brillante círculo se aventajaba la metrópoli indiana, con su vistosa corona formada de pirámides y templos, y llamando la atención del soldado durante todo su rodeo por las orillas del lago. No había una pulgada de tierra de la que estaban pisando los españoles, que no les fuese conocida como la de su infancia; pero despertaba recuerdos muy diversos, pues estas escenas estaban escritas en su memoria con caracteres de sangre. A la derecha de los conquistadores, se levantaba el cerro de Moteuczoma, en cuyo templo habían encontrado abrigo en la noche siguiente a la de su huida; al frente estaba la hospitalaria Tlacopan, cuyas calles atravesaron entonces llenos de miedo y consternación, y al oriente de dicha ciudad se dilataba la tristísima calzada.

El general se proponía ir en derechura a Tlacopan y establecer allí sus cuarteles, y aunque encontró fuera de sus

murallas un ejército de indios dispuesto a disputarle la entrada, avanzó sin tardanza y cargó sobre ellos a galope tendido. Los arcabuces y ballestas abrieron brecha en las alas extendidas del ejército enemigo, y la infantería armada de sus largas espadas y lanzas, y ayudada por los batallones aliados, siguió tras la caballería y en breves instantes puso en fuga al enemigo. Los españoles acostumbraban abrir el combate con una carga de caballería; pero si la ciencia de los aztecas hubiera sido igual a su valor, habrían podido, por medio de largas lanzas, volver algunas veces en favor suyo el éxito de la batalla, porque mediante esta arma formidable lograron los montañeses suizos, pocos años antes de este período de nuestra historia, derrotar y vencer completamente la famosa caballería de Carlos el Calvo, la mejor de sus tiempos. Mas los bárbaros ignoraron la utilidad de esta arma para contener a la caballería; aunque puede suceder también que la vista del caballo y del jinete haya causadoles una impresión misteriosa que acaso contribuía tanto a desconcertarles como el caballo mismo. Cortés hizo entrar a sus tropas sin resistencia en los suburbios de Tlacopan (hoy Tacuba), y pernoctó allí aquella noche.

A la mañana siguiente se encontró con los infatigables aztecas formados en las llanuras que están a la salida de la ciudad y prestos a presentarle batalla. Salió a su encuentro, y después de una refriega reñida aunque de poca duración, volvió a derrotarlos. Ellos huyeron juntamente con los habitantes hacia la ciudad, pero fueron recibidos con las puntas de las lanzas y obligados a evacuar la plaza. Esta quedó luego abandonada al pillaje; pero los aliados, no contentos con haber robado cuanto encontraron, pusieron fuego a uno de los barrios, el cual, estando formado probablemente de miserables chozas compuestas de materiales fácilmente combustibles, prendió con espantosa rapidez. Cortés y los

suyos hicieron cuanto pudieron para impedir que cundiese el incendio; pero los tlaxcaltecas eran hombres feroces difíciles de conducir en todos tiempos, pero cuando estaban inflamados no obedecían ni al general mismo. Eran terribles auxiliares, y a causa de su insubordinación, tan terribles a veces como amigos que como enemigos (1).

Cortés dispuso permanecer allí algunos días, durante los cuales se aposentó en el antiguo palacio de los señores de Tlacopan, el cual era una larga fila de edificios bajos, semejantes a casi todas las residencias regias del país; pero que ofrecía grandes comodidades para alojarse. En todo el tiempo que permanecieron los castellanos en este lugar no hubo un solo día que no trabasen una o muchas escaramuzas con los indios, las cuales terminaban siempre en favor de aquellos, aunque con alguna pérdida suya y de sus aliados. Uno de estos encuentros pudo haber sido de fatales consecuencias.

El general español engolfado en el alcance, se internó en la gran calzada que tan aciaga había sido en otra vez para su ejército. Persiguió al enemigo fugitivo, hasta que éste llegó al otro lado del primer puente, el cual había sido reparado después de la noche triste. Luego que había avanzado hasta allí, se volvieron los aztecas con la rapidez del relámpago, ayudados de un refuerzo dispuesto de antemano a auxiliar a sus compatriotas. Al mismo tiempo surgie-

(1) Según Cortés incendiaron esta plaza en represalia de los daños que sus habitantes causaron a los españoles en su retirada. «Ya amaneciendo, los indios nuestros amigos comenzaron a saquear y quemar toda la ciudad, salvo el aposento donde estábamos, y pusieron tanta diligencia, que aún dél se quemó un cuarto, y esto se hizo porque cuando salimos la otra vez desbaratados de Texmititan, pasando por esta ciudad, los naturales de ella, juntamente con los de Temixtitlan, nos hicieron muy cruel guerra, y nos mataron muchos españoles.» *Relación tercera*, pág. 210.

ron como por encanto millares de canoas en que no habían reparado los españoles en el calor de la persecución. Viéronse estos envueltos en una granizada que venía de todas partes y permanecían inmóviles en medio de aquella tempestad; pero Cortés, conociendo, aunque demasiado tarde, el peligro en que estaba, dió orden de emprender la retirada. Sus tropas retrocedieron paso a paso con admirable serenidad y firmeza, haciendo frente al enemigo (1). Los mexicanos avanzaron dando sus acostumbrados aullidos, haciendo resonar con ellos las riberas y mortificando a los españoles con picas que remataban en las hojas de espada que les habían quitado. Un hidalgo llamado Volante que llevaba el estandarte de Cortés, fué herido con una de esas armas y cayó en la laguna, donde se vió luego acometido por las canoas; pero era hombre de gran fuerza muscular, por lo que consiguió, a pesar de que los indios lo arrastraban, desasirse de sus garras y sin soltar la bandera, llegar la orilla a costa de mil trabajos. Por último, después de una refriega muy reñida en la que quedaron heridos varios españoles y muertos muchos aliados, llegó Cortés a tierra firme. Luego que se vió en ella dió al Todopoderoso las más sinceras gracias por haberle libertado milagrosamente (2). Saludable lección fué esta, bien que Cortés no la necesitaba después de lo acaecido en Ixtlapalapan, donde pudo aprender la astuta táctica de los indios.

Uno de los primeros objetos que llevaba Cortés en esta expedición, era alcanzar una entrevista con el emperador

(1) «Luego mandó que todos se retrajesen y con el mayor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas sino los rostros a los contrarios, pie contra pie, como quien hace represas.» Bernal Díaz, cap. CXLI.

(2) «De esta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de México, y cuando se vió en tierra firme, dió muchas gracias a Dios.» Ibid, *ubi. supra*.

o algunos de los grandes señores de su Corte, para ver si podía arreglar los negocios sin apelar a las armas. Presentósele ocasión de realizar su deseo una vez que se encontró frente por frente con el enemigo, mediante un puente. Cortés dejó atrás su gente y se acercó a éste haciendo señas de paz y de querer entrar en pláticas con los aztecas. Ellos respetaron la señal, y Cortés preguntó por medio de su intérprete, si tenían algún gran señor que enviar a conferenciar con él. Los mexicanos le contestaron con burla que todos ellos eran jefes, y que si tenía algo que decir podía hablarlo públicamente delante de todos ellos. Viendo que el general no respondía, le preguntaron que por qué no hacía otra visita a la capital, y añadieron valentamente: «tal vez Malintzin no espera encontrar en ella otro Moteuczoma tan obediente a sus mandatos como el primero» (1).

Algunos de ellos cumplieron a los tlaxcaltecas con el epíteto de *mujeres* que nunca se habían atrevido a acercarse a la capital, mientras no estuvieron protegidas por los blancos.

La animosidad de las dos naciones no paraba solamente en estas bravatas y en invectivas aunque amargas, inofensivas; sino que los principales jefes de los ejércitos se retaban formalmente. Esta especie de desafíos eran un combate entre uno o varios jefes de cada nación, donde cada cual procuraba dejar bien puesto el nombre de la suya respectiva. Abríase ancho campo a los guerreros, los cuales peleaban con todo el pundonor de un caballero europeo. Combatían hasta el extremo, desplegando un valor digno de las dos razas más bravas del Anáhuac, y una destreza

(1) «¿Pensais que hay agora otro Moteuczoma para que haga todo lo que quisiéredes?» Relación tercera de Cortés, en Lorenzana, página 211.

en el manejo de las armas, que excitó la admiración de los españoles (1).

Cortés había estado seis días en Tlacopan, y ya nada había que le detuviese allí, pues había llenado los principales objetos de la expedición. Había sojuzgado a varias de las ciudades que mayor parte habían tomado parte en hostilizarle, y había revivido el brillo de las armas castellanas, tan ofuscado a consecuencia de los últimos reveses. También había adquirido mayor conocimiento del estado de la capital, a la cual encontró mejor defendida de lo que se había imaginado. Todos los estragos del año pasado habían sido reparados, y ni un ojo experto descubría allí vestigio alguno de que la devastadora mano de la guerra había asolado aquellas comarcas. Las tropas aztecas reunidas en el valle, estaban a lo que parecía, bien arregladas y dispuestas a resistir hasta el último extremo. Verdad es que habían sido derrotadas en cuantos encuentros había habido, y que no podían competir en campo raso con los españoles, cuya caballería era para ellos irresistible y cuyas armas de fuego traspasaban la cota de algodón que era la principal defensa del guerrero indio; mas estando los mexicanos ocultos y emboscados en estrechas calles y calzadas, sus enemigos perdían gran parte de su superioridad, como lo había probado la experiencia. No era fácil entrar en avenimiento con el emperador mexicano, el cual, fiado en la suficiencia de sus preparativos, se rehusaba a él completamente. Cortés se penetró, pues, de la necesidad que tenía de apurar todos sus recursos, antes de aventurarse a atacar al león en su guarida.

Los españoles se volvieron por el mismo camino que

(1) «Y peleaban los unos con los otros muy hermosamente.» Ibid, *ubi. supra*. Oviedo. *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33. cap. XX.

habían traído. Los naturales tomaron aquella retirada por una derrota, y venían tras el ejército echando bravatas y causándole algún daño con sus flechas y piedras; mas Cortés, para que no siguiesen molestándole ocurrió a una de las estratagemas usadas por sus enemigos; dividió su caballería en dos o tres trozos pequeños y la emboscó tras de los matorrales que cubrían las dos orillas del camino; el resto del ejército continuó su marcha. Los indios, que no sospechaban la emboscada, continuaron también avanzando, cuando de repente salió la caballería del lugar donde estaba oculta y puso en desorden los flancos de la columna india, al mismo tiempo que la infantería castellana volvió caras y completó la derrota. En una llanura extensa y completamente plana, se pusieron en fuga los mexicanos poseídos de un terror pánico; la caballería los persiguió por cerca de dos leguas, lanceando a los fugitivos, a lo cual llama Cortés hermosa cosa (1). El ejército no volvió a ser molestado.

A su llegada a Tetzoco les recibió llenos de gozo la guarnición que durante los quince días que habían estado ausentes no había tenido noticia de ellos. Los tlaxcaltecas, luego que llegaron, solicitaron el permiso de volver a su patria a llevar el rico botín que habían cogido durante la campaña, a cuya solicitud, bien que no fuese de su gusto, tuvo Cortés que acceder (2).

(1) «Y comenzaron a lancear en ellos, y duró el alcance cerca de dos leguas, todas llanas como la palma que fué muy hermosa cosa.» Relación tercera, pág 212.

(2) Por lo tocante a esta expedición de Cortés, consúltese además de su carta tantas veces citada, a Oviedo, loc. cit. Torquemada, *Monarquía Ind.*, lib. 4.º, cap. LXXXV. Gomara, *Crónica*, cap. CXXV. Ixtlilxochitl, venida de los españoles, págs. 13-14. Bernal Díaz, *Historia de la Conq.*, cap CXXI.

Tres o cuatro días hacía que estaban en sus cuarteles los españoles, cuando llegó una embajada de Chalco pidiendo su protección contra los aztecas, que los amenazaban por varias partes. Pero las tropas estaban tan estropeadas a causa de las vigiliass, marchas forzadas, batallas y heridas, que Cortés quería darles tiempo de restaurarse, antes de volver a emprender otra nueva campaña. Contestó a los de Chalco mandando misivas a las ciudades aliadas, para que acudiesen en ayuda de la confederada. Ya se podrá suponer que los indios no comprendían el contenido de las cartas; pero sus caracteres misteriosos, servían de credencial al oficial que las llevaba.

Aunque esta orden fué implícitamente obedecida, los chalqueños se creyeron tan comprometidos, que renovaron su petición de que viniese Cortés en persona. Este no titubeó en acceder, porque conocía la importancia de Chalco, no sólo por lo que él valía en sí, sino por su posición, que dominaba los caminos de Tlaxcalan y Veracruz, los cuales convenía que estuviesen siempre expeditos. Por consecuencia, destacó al instante una partida de 300 españoles y 20 jinetes, a las órdenes de Sandoval, para que fuese en auxilio de la ciudad amenazada.

Este activo oficial pronto estuvo a la vista de Chalco, y robusteció su ejército con los refuerzos de esta ciudad y de las aliadas. Sus primeras operaciones se dirigieron contra Huaxtepec, ciudad algo importante, que está cosa de cinco leguas al Sur de la sierra, y a la cual defendía una guarnición azteca, que espiaba el momento de bajar sobre Chalco. Sandoval la encontró formada a alguna distancia de la ciudad, en disposición de salirle al encuentro. El terreno era frágoso y lleno de malezas, que estorbaban los movimientos de la caballería, la cual, luego, entró en desorden. Sandoval mismo, no pudo moverse expeditamente,

por lo cual, después de sufrir alguna pérdida, mandó a los jinetes que se retirasen; éstos fueron reemplazados por los arcabuceros y ballesteros, que hicieron un fuego bien sostenido sobre las gruesas columnas indias. El resto de la infantería, con espadas y lanzas, atacó los flancos, y el enemigo, azorado con el choque, retrocedió desordenadamente, después de sufrir gran pérdida, y dejó el campo a los españoles.

Los vencedores, determinaron pasar allí la noche; pero estándose disponiendo a emprender su marcha, de por la mañana, los levantó el grito de «¡A las armas, a las armas, allí está el enemigo!» En un instante, el jinete estaba sobre su caballo; el infante, que su mosquete o su buena espada toledana, y el combate, trabado con mayor furia que anteriormente.

Los mexicanos habían recibido un refuerzo de la ciudad; pero, con todo, su segunda tentativa fué tan desgraciada como la primera, y los españoles, victoriosos, arrollando delante de sí al ejército indio, entraron en la ciudad, que ya había sido evacuada por los habitantes (1).

Sandoval se aposentó en la casa del cacique, la cual estaba rodeada de jardines, que competían en magnificencia, y aventajaban en extensión, a los famosos de Ixtlapalapan. Dicen que ocupaban dos leguas, que tenían casas de recreo y numerosos estanques, llenos de varias clases de peces, y estaban plantados de árboles, arbustos y matas indígenas y exóticas, notables por su hermosura y fragancia, o por sus propiedades medicinales; todas ellas estaban dispuestas científicamente, y en todo el jardín sobresalía una inteligencia en la horticultura y un buen gusto, desconocido

(1) Relac. terc., págs. 214-215. Gomara, *Crónica*, cap. CXLVI. Bernal Díaz, cap. CXLII. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulo XXI.

entonces hasta de las cultas sociedades de Europa (1). Tal es el testimonio, no sólo de los rudos conquistadores, sino de los sabios que conocieron aquellos magníficos jardines en sus hermosos días de gloria (2).

Después de descansar dos días en este delicioso lugar, marchó Sandoval contra Jacapichtla, que distaba cosa de cuatro leguas, al Oriente. Era una ciudad o, mejor dicho, una fortaleza, puesta en percha sobre una roca, tan escarpada, que era casi inaccesible. Guardábala una guarnición azteca, la cual, al intentar subir los españoles, dejó rodar grandes peñascos, que esparcían la devastación y la muerte por donde pasaban. Los indios aliados retrocedieron llenos de espanto; pero Sandoval, indignado de que hubiese una empresa difícil hasta el punto de resistir a las tentativas de un español, mandó a sus jinetes que se apeasen y determinó morir o tomar la plaza por asalto, y se puso a la cabeza de sus tropas, dando el punzante grito de «Santiago» (3). Estas subieron llenas de brío al ver a su

(1) «La cual huerta, dice Cortés, que después pasó por allí, es la mayor y más hermosa y fresca que nunca se vió, porque tiene dos leguas de circuito, y por medio della va una gentil ribera de agua, y de trecho en trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos, e infinitos árboles de diversas frutas y muchas hierbas y flores olorosas, que cierto es cosa de admiración ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta.» (Relac. terc., páginas 221 222.) Bernal Díaz no le va en zaga a Cortés, en punto a ponderaciones y elogios de dicha huerta. *Hist. de la Conq.*, c. 142.

(2) El distinguido naturalista Hernández, habla frecuentemente de este jardín, de donde sacó muchos de los ejemplares para su grande obra. Tuvo el jardín mencionado la buena fortuna de que se le conservase hasta después de la Conquista, y sirvió, por sus plantas medicinales, para el hospital que se estableció en las inmediaciones. Clavijero, *Stor. del Messico*, t. II, pág. 153.

(3) «E como esto vió el dicho alguacil y los españoles, determinaron de morir o subilles por fuerza a lo alto del pueblo, y con el ape-

intrépido comandante, al cual no contenía ni la lluvia de proyectiles y de enormes piedras, que al despeñarse derribaban a los soldados y causaban horrendo estrago. Sandoval, que ya había salido herido en el anterior combate, recibió ahora una contusión en la cabeza y muchos de sus compañeros fueron heridos a su lado. A pesar de todo, continuaron subiendo, guarecidos por los matorrales y por las peñas salientes, e impulsados igualmente por la energía de su espíritu que por la robustez de sus cuerpos.

Después de increíbles trabajos, lograron subir a la cumbre del cerro y se encontraron frente a frente de la azorada guarnición; por un momento se detuvieron para recobrar aliento; pero después embistieron con la furia de un león sobre sus enemigos. El combate fué breve, pero desesperado; la mayor parte de los aztecas fueron pasados a cuchillo, otros fueron arrojados desde lo alto de las almenas, y otros se arrojaron espontáneamente a un precipicio atravesado en su base por un riachuelo, en cuyas riberas se estrellaron; por manera que quedó tan teñido de sangre, que por más de una hora no pudieron los vencedores saciar su sed con sus aguas (1).

Sandoval, después de sojuzgar las plazas fuertes que inquietaban tanto a los chalqueños, se volvió en triunfo a Tetzco. En el entre tanto, el emperador azteca, que estaba atento a cuánto pasaba, creyó favorable coyuntura para recobrar a Chalco, la ausencia de tantos de sus guerreros;

llido de señor Santiago, comenzaron a subir.» Relac. terc. de Cortés, en Lorenzana. pág. 214. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulo XXI.

1. Así lo dice el conquistador. (Relac. terc., pág. 215. Díaz, que a nadie permite que exagere sino es él mismo, dice: «tanto tiempo cuanto tarde uno en decir Ave María». *Hist. de la Conq.*, cap. CXLII.) Recuérdese que ninguno de los dos estaba presente.

a cuyo efecto, mandó gran número de gente embarcada en canoas y a las órdenes de los primeros generales (1). Afortunadamente los chalqueños ausentes llegaron a la ciudad antes que el enemigo; pero no obstante el auxilio de los aliados indios, les puso tanto miedo el aparato bélico de los aztecas, que volvieron a implorar la ayuda de los españoles.

Los mensajeros llegaron a Tetzco al mismo tiempo que Sandoval, de suerte que Cortés no sabía qué pensar de tan contradictorias noticias. Sospechó que su teniente hubiese tenido algún descuido y disgustado de que se hubiese vuelto dejando las cosas en un estado tan precario, le ordenó que volviese a marchar con aquellas de sus tropas que estuviesen en disposición de entrar en combate. Sandoval se resintió profundamente de este proceder; pero sin tratar de disculparse ni replicar una sola palabra, contramarchó con sus tropas hacia la ciudad india (2).

Antes de que llegase a ella se trabó una batalla entre los mexicanos y los aliados, los cuales, alentados por sus recientes triunfos, quedaron victoriosos. Cayeron prisioneros algunos nobles mexicanos, que fueron entregados a Sandoval para que los llevase prisioneros a Tetzco. Cuando regresó el hidalgo a esta ciudad, resentido del indigno trato que le había dado Cortés, no quiso presentarse en su presencia.

(1) El valiente capitán Díaz, que afecta en sus cálculos una sobriedad que le hace a veces apocar los del capellán Gomara, dice que las fuerzas de los aztecas consistían en 20.000 indios en 2.000 canoas, *Ibid*, loc. cit.

(2) «El Cortés no le quiso escuchar a Sandoval de enojo, creyendo que por su culpa o descuido recibían mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego sin más dilación ni le oír, le mandó volver.» *Ibid*, *ubi. supra*.

Mientras estuvo ausente, supo Cortés con cuánta ligereza e injusticia había procedido contra su teniente. No había en el ejército persona en quien más confiase, como lo probó dándole las comisiones más delicadas, ni a quien guardase mayores consideraciones. Así que, luego que volvió Sandoval lo mandó llamar, y con la franqueza propia de soldados procuró mitigar al irritado hidalgo; lo que no fué difícil de conseguir, pues éste, además de que era generoso por carácter, estaba muy adicto a su caudillo y muy empeñado en la empresa, de suerte que no guardó ni el más leve resentimiento (1).

Mientras pasaban estos sucesos, se llevaba adelante con increíble actividad la obra del canal, y sólo faltaban quince días para que los bergantines estuviesen concluídos. Necesitábase de la mayor vigilancia para estorbar que los destruyese el enemigo, el cual ya había hecho tres tentativas infructuosas para quemarlos; pero las precauciones que Cortés había tomado contra los tetzcoanos mismos, sirvieron no poco para impedir que se verificase.

Por este tiempo recibió embajadas de muchas provincias, algunas de ellas de cerca de la costa del golfo, que le prometían someterse y le demandaban protección. Parte de esto era debido a Ixtlilxochitl, que había subido al trono por muerte de su hermano. Esta importante situación le dió un influjo y poderío en todo el país, de los que se aprovechó para someter a los indios bajo el dominio español (2).

(1) Además de las autoridades ya citadas, consúltese en cuanto a la expedición de Sandoval a Gomara, *Crónica*, cap. CXXVI. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. XCII. Torquemada, *Monarqu. Ind.*, libro 4.º, cap. LXXXVI.

(2) «Ixtlilxochitl procuraba siempre traer a la devoción y amistad de los cristianos, no tan solamente a los del reino de Tetzco, sino

También recibió el general la placentera noticia de que habían arribado a Veracruz tres naves que conducían a doscientos hombres, bien provistos de armas y municiones, y setenta u ochenta caballos. No podía ser más oportuno este refuerzo que no se sabe a punto fijo de dónde venía, aunque es probable que de la Española. Como recordará el lector, había enviado Cortés a pedir refuerzos a esta isla, cuyas autoridades tenían a su cargo el gobierno de todas las tierras nuevamente descubiertas, y se habían manifestado varias veces favorables a Cortés, probablemente más que por cualquiera otro motivo, porque lo consideraban el hombre más capaz de llevar a cabo la conquista (1).

Las tropas recién llegadas emprendieron luego al instante su marcha para Tetzaco, cuyas comunicaciones con Veracruz estaban ahora enteramente libres y expeditas. Entre ellos venían varios hidalgos, y uno de ellos, Juan de Alderete, tesorero encargado de cuidar de los intereses de la corona.

También venía un fraile dominico que traía gran copia de bulas pontificias, en las que se ofrecían muchos años de

aún los de las provincias remotas, rogándoles que todos se procurasen dar de paz al capitán Cortés, y que aunque de las guerras pasadas, algunos tuviesen culpa, era tan afable y deseaba tanto la paz, que luego al punto los recibiría su afable. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, M. S., cap. XCII.

(1) Cortés dice que estas embarcaciones vinieron al mismo tiempo, pero nada dice de qué parte. (Relación tercera, pág. 216.) Bernal Díaz, que habla solamente de una nao, dice que era de Castilla (cap. CXLIII). Pero soldado viejo escribió muchos años después de la conquista, y puede haber confundido el verdadero orden de los sucesos. Es sumamente improbable que haya venido de Castilla un refuerzo tan importante, siendo así que Cortés no había recibido ninguna protección del rey y ni aún la confirmación de lo que había hecho, para que en vista de ella los aventureros de la madre patria, tuviesen ningún aliciente que los hiciese alistarse bajo las banderas del conquistador.

indulgencia a los que entrasen en la guerra contra los infieles. Los soldados no fueron omisos en proveerse de aquellas concesiones de la iglesia, y el buen fraile, después de un tráfico muy lucrativo, se volvió a su patria al cabo de pocos meses, cargado de los sustanciosos tesoros de las Indias (1).

(1) Bernal Díaz, cap. CXLIII. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., libro 33, cap. XXI. Herrera, *Hist. Gen.*, dec. 2, lib. 1.º, cap. VI.

CAPITULO III

NUEVO RECONOCIMIENTO DE LA CAPITAL.—ENCUENTRO QUE
HAY EN LA SIERRA —TOMA DE CUERNAVACA.—BATALLAS
DE XOCHIMILCO —ESCÁPASE CORTÉS CON GRAN TRABAJO.—
ENTRA EN TLACOPAN.

(1521)

La ayuda que se había prestado a la ciudad de Chalco, no fué parte a impedir que los aztecas renovasen sus hostilidades, por lo que aquella ciudad envió a Tetzcoco mensajeros que traían mapas jeroglíficos en que estaban pintadas varias plazas fuertes, inmediatas y guarnecidas por los aztecas. Cortés resolvió entonces encargarse él mismo del asunto y socorrer a la ciudad tan eficazmente que quedase en completa seguridad. No sólo esto se proponía, sino de paso hacer un reconocimiento de la parte meridional de las lagunas, semejante al que había hecho de la parte occidental. En su tránsito quería atacar algunas de las plazas fuertes de donde podían recibir auxilios los mexicanos. Dos o tres semanas faltaban para que estuviesen concluidos los bergantines, y aunque no resultase ningún otro bien de la expedición, resultaría por lo menos el de dar ocupación a los soldados, cuyo espíritu turbulento estaba siempre mal hallado con la monotonía de un campamento.

Escogió para la expedición treinta caballos y trescientos infantes, y un considerable número de guerreros tetzcoanos y tlaxcaltecas. El resto del ejército quedó de guarnición a las órdenes del digno Sandoval, quien juntamente con el señor de Tetzcoco quedó encargado de acelerar la construcción y complemento de las naos, y de defenderlas de los ataques de los mexicanos.

El 5 de abril comenzó su marcha y al día siguiente llegó a Chalco, de donde salieron a recibirle muchos magnates. Mediante sus dos fieles intérpretes, Marina y Aguilar, les manifestó el objeto de su presente expedición; les anunció su proyecto de estrechar el sitio de la capital y les requirió de que le ayudasen con todas las fuerzas que pudieran levantar. Fácilmente accedieron a esto, y pronto recibió Cortés una prueba de sus amigables disposiciones, en los refuerzos que se le fueron reuniendo durante la marcha; los cuales, según uno del ejército, eran más cuantiosos que cuantos hasta entonces habían tenido (1).

Hizo el ejército rumbo hacia el mediodía, y saliendo de Chalco, se encontró en las encrucijadas de la sierra, la cual con sus escarpados picos sirve como de palizada para defender el hermoso valle de México, al mismo tiempo que entre sus toscos brazos ciñe hermosos y fértiles valles. Varias veces, al pasar los españoles por las profundas cañadas, tenían que rodear por la base de alguna enorme montaña, en la cual habían construído los indios sus cabañas, a la manera que lo hacían los habitantes de Europa en tiempo del feudalismo; disposición de las casas, que aunque más pintoresca, descubre el estado de inseguridad de los

(1) «Vinieron tantos que en todas las entradas que yo había ido después que en la Nueva España entré, nunca ví tanta gente de guerra de nuestros amigos, como ahora fueron en nuestra compañía.» Bernal Díaz, cap. CXLIV.

ciudadanos, de suerte que debemos estar contentos conque a nuestro país (Estados Unidos) le falte en sus paisajes este rasgo de belleza.

Los moradores de aquellas habitaciones elevadísimas, se aprovecharon de su situación para arrojar piedras y saetas a los españoles cuando pasaban por las estrechas gargantas de abajo. A pesar de que estas hostilidades molestaban mucho a Cortés, continuó sin interrupción su camino; pero en llegando al pie de una roca fortificada y guarnecida por tropas indias, le causaron tal daño que juzgó conveniente castigar su osadía, no fueran a pensar que dejarles impunes era por falta de fuerza, y se menoscabase su prestigio. Hizo alto en el valle, y destacó una partida de tropas ligeras que asaltasen la fortaleza mientras él cubría la retirada y evitaba cualquiera sorpresa.

La parte inferior de la Peña era tan encumbrada que los soldados tuvieron que ayudarse con las rodillas y las manos para poder subirla; pero apenas llegaron a un punto desde el cual los dominaban los indios, cuando dejaron caer éstos enormes peñascos que al rodar por la falda y al hacerse pedazos, derribaron a la mayor parte de los que atacaban, y mutilaron sus miembros de la manera más lastimosa. No obstante esto, intentaron seguir subiendo guareciéndose en las barrancas socavadas por los torrentes del invierno, o tras de los picos salientes de las peñas, o finalmente, tras de algún árbol que salía y colgaba de las grietas de las peñas. Todo era en vano, porque apenas volvían a salir a un lugar descubierto cuando el torrente de piedras se precipitaba sobre sus cabezas con tal furia, que el escudo y la coraza eran tan débil defensa como si en vez de ser de acero fuesen de algodón. Todos quedaron más o menos heridos; ocho fueron muertos en el sitio, que fué gran pérdida para tan pequeña fuerza, y el valiente

abanderado, Corral, que iba por delante, vió hecha añicos en sus manos la bandera (1). Cortés, convencido de que la empresa era impracticable, a lo menos sin tener mayores pérdidas de las que se proponía sufrir, mandó la retirada; pero ésta fué tarde, pues un gran cuerpo de indios venía ya en marcha por el valle, para atacarlos.

Cortés no aguardó a que llegasen, sino que reuniendo sus dispersadas filas les salió al encuentro, y a la cabeza de la caballería les cargó violentamente. En campo raso la ventaja era siempre de los españoles, porque los indios, incapaces de resistir el primer ímpetu, eran siempre arrollados. A la derrota se siguió la huída, y los blancos atropellándolos con sus corceles o lanceándolos, tomaron alguna venganza de los daños que acababan de recibir. El alcande duró algunas leguas hasta que el fugitivo enemigo se internó en los laberintos de la sierra en los que ya fué imposible perseguirle. La estación estaba calurosa y el país sumamente reseco, por lo que padecieron mucho, hombres y caballos. Antes de la caída del sol llegaron a un sitio sombreado por un bosque de morales, en los que encontraron unas cuantas frutas con que se alimentaron.

Cerca de este lugar había otro cerro ocupado por una guarnición aún más fuerte que la que habían encontrado en la primera parte del día, y a alguna más distancia había una fortaleza mucho más alta, pero más pequeña que la anterior. Guarnecíala también un cuerpo de guerreros, los cuales, juntamente con los de la otra, rompieron las hostilidades, arrojando proyectiles a las tropas acampadas abajo. Cortés, ansioso de reparar el revés de por la mañana, mandó asaltar la más grande, que le pareció ser también la

(1) «Todos descalabrados y corriedo sangre, y las banderas rotas y ocho muertoa.» Ibid, *ubi. supra*.

más accesible. Dos veces se intentó el asalto con gran resolución, y dos veces fueron rechazados los españoles. La falda del cerro había sido tajada y dispuesta artificialmente de manera que la dificultad de la subida aumentase considerablemente. Pero las tinieblas de la noche se acercaron y el general mandó a sus tropas replegarse al bosque de Morales, mortificado de haber sido vencido dos veces en un solo día.

Durante la noche, el ejército que ocupaba la eminencia inmediata pasó a la otra a reforzarla para resistir al asalto que se imaginaban, se intentaría de nuevo al día siguiente. Apenas percibió el general este movimiento, cuando al romper el día se aprovechó de él con su acostumbrada viveza. Destacó una partida de mosqueteros y ballesteros que se apoderase de la eminencia abandonada, para dirigir él en persona el asalto contra la otra. Poco tiempo pasó sin que ondease el pendón de Castilla en la fortaleza y sin que Cortés se pusiese a la cabeza de sus tropas para emprender el asalto. La guarnición salió a su encuentro resueltamente; pero los que estaban en la otra altura hicieron un fuego tan certero sobre la atacada que, afligido el enemigo, no tardó en hacer señas de paz (1).

Cuando entraron los españoles en la plaza encontraron que, en la cumbre de la sierra, había una meseta de alguna extensión, ocupada, no sólo por guerreros, sino por mujeres y familias. Ninguna violencia cometieron los españoles con las personas y propiedades de los vencidos, y el conocimiento de esta lenidad, indujo a rendirse a la

(1) En cuanto a las escaramuzas en la sierra, cuya topografía es imposible conocer por las descripciones de los conquistadores, consúltese a Bernal Díaz, cap. XLV. Relac. terc., págs. 218-221. Gomara, *Crónica*, cap. CXXVII. Ixtlilxochitl, *Venida de los españoles*, páginas 16-17. Oviedo, *Hist de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XXI.

guarnición, que tan resueltamente había peleado el día anterior (1).

Después de detenerse dos días en esta aislada fortaleza, emprendió el ejército su marcha por el SO, con dirección a Huaxtepec, la misma ciudad que había sojuzgado Sandoval. Recibióle muy atentamente el cacique, quien aposentó a Cortés y a sus oficiales en su palacio, cuyos magníficos jardines les parecieron comparables a los mejores de Castilla (2). Siguiendo la cadena de las montañas, pasó el ejército por Jauhtepec y otras plazas, que le eran abandonadas al saber que se acercaba. Pero como los habitantes huían con armas y reunidos en grandes cuerpos, molestaban los flancos y retaguardia de los castellanos, por lo que éstos incendiaban las ciudades abandonadas.

Dejando asegurado de esta suerte su devastado tránsito, bajaron la escarpada falda de las cordilleras, la cual es más encumbrada por el lado del Sur que por el del Atlántico; así es que un solo día basta para que el viandante se encuentre en una llanura muchos pies más baja que la altura que ocupaba por la mañana, y para que, en pocas horas, recorra los climas propios de muchas latitudes. El camino

(1) Cortés, según Bernal Díaz, ordenó a las tropas que se posesionaron de la fortaleza, que no tomasen ni un grano de maíz de la pertenencia de los sitiados. Díaz, dando a esta orden una interpretación muy amplia, cargó a sus tlamamas de cuanto botín encontró, excepto de maíz; pero le interrumpió en sus tareas el comandante, el cual dió a las órdenes del general una interpretación mucho más estricta, con gran disgusto de los soldados, según refiere el intrépido cronista. *Ibid, ubi. supra.*

(2) «Adonde estaba la huerta que ha dicho que es la mejor que había visto en toda su vida, y así lo tornó a decir que Cortés y el tesorero Alderete, después entonces la vieron y pasearon algo de ella y se admiraron y dijeron que mejor cosa de huerta no la habían visto en Castilla.» *Ibid, loc. cit.*

estaba formado, en muchos acres de extensión, por lavas y escorias, que probaban el carácter volcánico de aquella región; pero, a las veces, contrastaba esta aridez con verdes campos y con algunas fajas de tierra sumamente fértiles, como si la Naturaleza hubiese querido compensar con aquellos esfuerzos la devastación que había, en otro tiempo, recorrido el suelo. Al quinto día de su marcha, se encontró el ejército frente a la fuerte ciudad de «Quahnahuc», o Cuernavaca, como, por corrupción, la llaman los españoles (1). Había sido, en un tiempo, la capital de los Tlahuicas, y todavía era, entonces, la ciudad más poblada y opulenta de aquellas comarcas. Era tributaria de los aztecas y la defendía una guarnición de esta nación. Estaba situada, de un modo raro, entre barrancas profundas que la cercaban por todos lados menos por uno, en que se salía a un campo fértil y bien cultivado, y aunque estaba a la altura de 5.000 a 6.000 pies sobre el nivel del mar, estaba tan abrigada de los vientos del Norte, por las montañas, que gozaba de un clima suave e igual, propio de regiones más bajas.

Cuando llegaron los españoles a la vista de esta ciudad, que era el límite de su camino hacia el Mediodía, se encontraron separados de ella por una de las barrancas de que hemos hablado, las cuales son abras profundísimas, causadas, seguramente, por alguna gran convulsión, en los tiempos antiguos. Los lados eran sumamente pendientes, y tan áridos, que no se veía ni el *cactus*, ni ninguna otra

(1) «Este bárbaro nombre indio es torturado por los escritores españoles de cuantas maneras pueden; pero, a poco tiempo, recibió la dicha ciudad el nombre que ahora tiene y con el cual está designada en los mapas modernos.» *Prevalse poi quello di Cuernabaca coltcualle e presentemente conosciuta dagli Spagnoli. Clavijero, Stor. del Messico, t. III, pág. 185, nota.*

planta de esas con que la Naturaleza encubre sus deformidades en aquellas fértiles regiones. Pero el fondo del precipicio formaba un verdadero contraste, pues estaba cubierto de una vegetación galana y rica, a causa de que las enormes paredes de piedra viva que formaban la barranca, al mismo tiempo que resguardaban la sima de los fríos vientos de las cordilleras, reflejaban sobre ella los rayos del sol vertical y calentaban aquel recinto hasta hacerle tomar la temperatura y producir los frutos propios de la tierra caliente. Mediante esa estufa natural, por decir así, pueden los habitantes de las orillas de aquellos precipicios disfrutar, fácilmente, de todos los productos propios de regiones bajas.

En el fondo de la barranca se veía un riachuelo que, naciendo de las entrañas de la sierra, se precipitaba por un estrecho canal y contribuía, con su perpetua humedad, a la exuberante fertilidad del valle. Este riachuelo, que en ciertas ocasiones crecía, con las lluvias, hasta convertirse en un torrente, estaba atravesado, a alguna distancia de la ciudad, en los puntos en que las faldas de la barranca ofrecían un tránsito muy fácil, por dos toscos puentes, que fueron destruídos por los naturales luego que supieron de la llegada de los españoles. Estos habían tocado con la orilla del precipicio que los separaba de la ciudad, el cual no era de gran profundidad, por lo que se vieron expuestos a los estragos de las saetas del enemigo, mientras que éste recibía poco daño del fuego de los españoles, porque lo defendían sus atrincheramientos.

El general, molestado por la posición que guardaba, mandó un destacamento que buscara un paso para ir al otro lado; pero aunque las orillas de la barranca iban siendo menos formidables conforme se bajaba, no había medio de atravesar el río, hasta que se presentó inesperadamente

un arbitrio, al cual, antes que los castellanos, probablemente nadie se había atrevido a fiarse.

De los bordes opuestos de la barranca nacían dos árboles gigantescos, cuyos troncos se inclinaban el uno hacia el otro, y cuyo ramaje se entrelazaba y formaba un especie de puente suspendido. A un tlaxcalteca le pareció que no sería difícil pasar por allí al lado opuesto; logró verificarlo, y tras este atrevido montañés se siguieron otros muchos compatriotas suyos, a quienes los ejercicios de agilidad y fuerza que habían acostumbrado en su infancia, habían familiarizado con estos peligros. Los españoles imitaron su ejemplo; era en extremo arriesgado para un hombre cubierto de su armadura, pasar por aquel puente aéreo mecido por el viento, y en que si se desvanecía la cabeza o se afirmaba mal un pie o una mano, se caía en un abismo profundo. Tres soldados se soltaron y cayeron, pero los otros, que eran veinte o treinta españoles y muchos tlaxcaltecas, llegaron salvos a la orilla opuesta (1). Formaron apresuradamente y marcharon contra la ciudad. El enemigo, empeñado en la pugna con los castellanos que estaban del otro lado de la barranca, fué cogido por sorpresa, la cual habría aumentado ciertamente, si los hubiese visto llover de las nubes como por encantamiento, sobre el campo de batalla.

Se sostuvo con firmeza, pero al fin los españoles lograron restablecer uno de los puentes destruídos, por el cual pasó, aunque con mucha lentitud, la caballería y el resto de

(1) El animoso Bernal Díaz fué uno de los que hicieron esta peligrosa hazaña, pero según cuenta, se desvaneció de tal suerte que apenas supo cómo pasaba. «Porque de mí digo que verdaderamente cuando pasaba, que lo vi muy peligroso y malo de pasar, y se me desvanecía la cabeza, y todavía pasé yo y otros veinte o treinta soldados, y muchos tlaxcaltecas.» Ibid, *ubi. supra*.

la infantería. Los jinetes, a las órdenes de Olid y Andrés de Tapia, acudieron al punto en ayuda de sus compatriotas; siguióles Cortés con el resto de las tropas, y el ejército indio urgido por donde quiera y rechazado por todas partes, tuvo al fin que evacuar la ciudad y refugiarse en las montañas. Púsose fuego a uno de los barrios de aquella; toda ella fué entregada al saqueo, que por ser aquel uno de los lugares más opulentos, pudo indemnizar con sus despojos, las fatigas y riesgos de sus vencedores. Los cobardes caciques volvieron luego y se presentaron temblando en la presencia de Cortés, y disculpándose como de costumbre con imputarlo todo a los mexicanos, imploraron piedad. Él, satisfecho con este acto de humillación, hizo que cesara toda violencia contra los habitantes (1).

Después de haber llenado el principal objeto que llevaba al pasar las montañas, regresó para el Norte y comenzó a salvar la formidable valla que lo separaba del valle. La subida, encumbrada y trabajosa de suyo, lo era aún más por los troncos y peñascos que la obstruían. Las faldas y cresta de la sierra estaban poblados de oscuros bosques de pinos y áridos encinos que esparcían en aquellos sitios una sombra melancólica.

La estación era calurosa, y como el suelo rocalloso estaba casi seco, tenían mucha sed. Algunos de los españoles quedaron desmayados en el camino, y unos cuantos indios murieron de sed (2). El derrotero que tomó el ejército,

(1) Sobre la toma de Cuernavaca consúltese: Bernal Díaz, *ubi. supra*. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33. cap. II. Ixtlilxochitl, *Histeria Chich.*, cap. XCIII. Herrera, *Hist. Gral.*, dec. 3, lib. 1.º, capítulo VIII. Torquemada, *Monarqu. Ind.*, lib. 4.º, cap. LXXXVII. Relación tercera de Cortés, en Lorenzana, págs. 223-224.

(2) «Una tierra de pinales despoblada, sin ninguna agua, y cual y un puerto pasamos con grandísimo trabajo y sin beber tanto que

pasaba por la falda oriental de la montaña llamada la «Cruz del Marqués», denominada así por una enorme cruz de piedra erigida allí para señalar el límite de los terrenos que la corona de Castilla había concedido a Cortés, Marqués del Valle. Una gran parte del camino que últimamente atravesaron las tropas, pasaba por los dominios que después poseyó el conquistador (1).

Los castellanos gozaron ahora desde aquella altura de una vista del valle de México, distinta de todas las anteriores, y que debió de parecerles aún más hermosa por el contraste que formaba con los tristes paisajes que acababan de recorrer. Aquel era el más poblado y vistoso lugar de todo el valle, porque las ciudades y pueblos en ninguna parte estaban más hacinados que alrededor de la laguna de agua dulce. Pero por cualquiera parte que se viese, era el valle encantador a causa de su natural belleza y cultivo esmerado; y por donde quiera que se examinase, se veían florecientes villas y en el centro el hermoso lago, que terso y reluciente como un negro espejo reflejaba la luz sobre las enormes moles de pórfido de que lo ha circuido la Naturaleza.

El lugar de ataque que eligió Cortés fué Xochimilco, o «campo de las flores», llamado así a causa de los jardines flotantes que estaban como anclados en las aguas que lo bañan (2). Era una de las ciudades más ricas y pujantes del muchos de los indios que iban con nosotros perecieron de sed.» Relación terc., pág. 221.

(1) La ciudad de Cuernavaca estaba comprendida en los dominios del duque de Monteleone, descendiente y heredero del *conquistador*. Los españoles, en su derrotero hacia el Norte, no se apartaron mucho probablemente del camino real, que va actualmente de México a Acapulco, y que en su parte elevada tiene hoy los mismos caracteres que ofrecía en tiempo de la conquista.

(2) Clavijero, *Hist. de México*. tom. III, pág. 187, nota.

valle y una de la más adictas a la corona azteca. Estaba situada, en parte, a la manera de la misma capital, en el agua, y se entraba a ella por calzadas no muy largas. Estaba compuesta, lo mismo que las ciudades de alguna magnitud, de cabañas o chozas hechas de lodo y carrizo, de elevados templos, y de edificios de piedra pertenecientes a las clases acomodadas.

Cuando ya iban llegando a ella los españoles, les salieron al encuentro partidas de flanqueadores, que después de escaramucear, se retiraban apresuradamente, y como vió Cortés que tomaban el rumbo de Xochimilco, luego pensó que allí se le disponía una dura resistencia; pero no pudo figurarse que fuese como fué.

Cuando entró en la calzada principal encontró en la extremidad interior de ella, un cuerpo de indios que del otro lado de un puente roto se preparaba a disputarle el tránsito. Habían construído palizadas que las defendían del fuego de los españoles; pero el lago era tan somero, que los jinetes y los infantes pudieron echarse al agua, y los unos vadeando, y los otros a nado, en medio de una lluvia de proyectiles llegaron a tierra, a poca distancia de la ciudad. Allí se trabó un reñido encuentro con los indios, los cuales huyeron a la ciudad, aunque algunos lo hicieron al campo descubierta, y estos fueron lanceados por la caballería; el grueso del ejército, perseguido por la infantería española se internó en las calles y encrucijadas de la ciudad, sin oponer ya mayor resistencia. Cortés y unos pocos que lograron salir de aquel tumulto, permanecieron cerca de la entrada de la ciudad. Poco tiempo hacía que estaba allí, cuando fué atacado por un cuerpo de refresco, que había llegado improvisadamente a la ciudad por una calzada inmediata.

El general, con su acostumbrada intrepidez, les salió al encuentro con la esperanza de atajarlos en su marcha; pero

le acompañaban muy pocos, por lo que en breves momentos se vió agobiado y envuelto por la multitud. Su caballo resbaló y cayó, y Cortés, que antes de poder levantarse había recibido un golpe en la cabeza, fué cogido y llevado en triunfo por los indios. En este momento crítico un tlaxcalteca que conoció el peligro inminente en que se hallaba el general, saltó a manera de uno de los tigres de sus montañas nativas, y trató de libertarle de las garras de los enemigos. Dos pajes de Cortés acudieron también en su ayuda, y, por último, gracias a los esfuerzos de éstos y del denodado tlaxcalteca, logró levantarse y salvarse de sus enemigos. Colocarse otra vez en la silla y blandir su bien templada lanza, todo fué obra de un momento. Prontamente acudieron otros españoles, y el resto que se había alejado, percibiendo el fragor de las armas, se volvió también, con lo que los indios se vieron obligados a dejar la ciudad. Pero la caballería que venía de regreso, les cortó la retirada, y puestos así entre dos fuegos, quedaron enteramente despedazados, o tuvieron para salvarse que arrojararse a las aguas del lago (1).

Este fué el mayor peligro en que se había visto la persona de Cortés; su vida estuvo en manos de los bárbaros, y la habría perdido indudablemente a no ser por el empeño que tuvieron en cogerle prisionero; circunstancia a la cual debieron su salvación muchos españoles. Cuentan que al

(1) Relación tercera, pág. 226. Herrera, *ubi. supra*. Oviedo, *ubi. supra*.

Así es como generalmente se refiere el lance; sin embargo de que Díaz cuenta que debió su salvación el general a un tal Olea, castellano, ayudado de algunos tlaxcaltecas y que su defensor recibió tres buenas heridas. (*Hist. de la Conq.*, cap. CXLV.) Pero es un asunto en el que nadie debía estar mejor informado que el mismo Cortés, y que por otra parte no era fácil que se le olvidase. Seguramente el veterano confundió este lance con algún otro parecido que acaecería al general.

día siguiente se acordó del tlaxcalteca que tan arrojadamente había acudido en su defensa, y que no sabiendo nada acerca de su paradero, atribuyó su salvación a San Pedro (1). Puede excusársele que haya presumido la intervención de un ángel bueno si se considera lo tremenda que era la suerte de los cautivos, y que en el presente caso, no debía tener grandes esperanzas de que fuesen mitigados sus tormentos. ¡Demasiado intrépido debe haber sido el corazón que, fuese el motivo que fuese, desafiaba voluntariamente semejante peligro! Pero sus compañeros hicieron tanto como él, y lo que es más, con menores recompensas.

La época de que vamos hablando pertenecía todavía a la edad sorprendente y novelesca de la caballería; a esa edad de que no podemos formarnos una idea en estos tiempos de práctica y positiva realidad. El español, con su nimio pundonor, sus romances heroicos y sus altivas y vanagloriosas bravatas, era el legítimo representante de aquella época. Los europeos, en general, todavía no se acostumbraban al ocio de la vida literaria, ni a la actividad del comercio, ni la mansedumbre de la agricultura: estas ocupaciones se quedaban para el solitario y recluso monje, para el humilde aldeano y el miserable siervo. Las armas eran la única profesión digna de hombres de noble alcurnia, la única carrera en que podían entrar con honor los hidalgos bien nacidos y esforzados. El Nuevo Mundo ofrecía vasto teatro al ejercicio de esta vocación, y el español la abrazó con todo el entusiasmo de un héroe de romance.

Otras naciones entraron también; pero por diferentes motivos. El francés mandaba allí sus misioneros para que, habitando entre los infieles, ganasen almas para el paraíso,

(1) «Otro día buscó Cortés al indio que le socorrió, y muerto ni vivo no pareció, y Cortés, por la devoción de San Pedro, juzgó que él le había ayudado.» Herrera, *Hist. Gen.*, dec. 3, lib. 1.º, cap. VIII.

y sobrelevasen o aun buscasen para sí la corona del martirio. El holandés tenía también su misión, la del lucro terrenal, y encontraba sobrada recompensa de sus fatigas y peligros, en el ganancioso tráfico con los indios. Nuestros antepasados los puritanos, llevados de un espíritu verdaderamente anglosajón, abandonaban los placeres de la patria y se echaban al océano, para ir a buscar en desiertos espantosos, todas las dulzuras de la libertad civil y religiosa. Pero los españoles venían al Nuevo Mundo llevados de un espíritu de verdaderos caballeros errantes, en busca de aventuras y peligros, como si este fuese su único objeto. Siempre estaban prontos a esgrimir la espada y la lanza en defensa de la fe, y cuando daban el grito de «Santiago» se imaginaban estar militando bajo las banderas del apóstol en persona; y sentían que su brazo era igual al de 100 hombres infieles. Era la hora en que expiraba la edad de la caballería; pero España, la romántica España, fué la tierra donde la luz alumbró por más tiempo el horizonte.

Todavía no oscurecía cuando volvieron a entrar en la ciudad Cortés y los suyos. La primera providencia que tomó Cortés fué subir a un templo inmediato y desde allí reconocer el país. El espectáculo que se ofrecía a su vista habría aterrado a un corazón menos denodado que el suyo: la superficie del lago estaba plagada de canoas cargadas de indios, y la calzada de escuadrones que parecían encaminarse a la ciudad. En efecto, apenas supo Cuauhtemotzin la llegada de los blancos a Xochimilco, cuando envió un gran refuerzo en ayuda de la ciudad. Como dicho ejército estaba en marcha y distaba poco de Xochimilco, bien podía llegar allí antes de entrada la noche (1).

(1) «Por el agua a una muy grande flota de canoas que creo que pasaban de 2.000; y en ellas venían más de 12.000 bombres de gue-

Cortés hizo muchos preparativos para la defensa de sus cuarteles: situó partidas de gente armada de picas en los lugares por donde era más probable que desembarcasen los indios; dobló los centinelas y, acompañado de los principales oficiales, rondó el campamento toda la noche. A todos los motivos para estar en vela, se añadía que los dardos de los ballesteros casi se habían acabado, y los arqueiros se ocupaban activamente en acomodar a las saetas puntas de cobre, de que tenía gran copia el ejército; por manera que, aquella noche, se durmió poco en el campamento (1).

Pasóse sin que fuesen molestados los españoles. Aunque la noche no estaba nublada, pero sí oscura, y los centinelas, no obstante que nada veían, oyeron distintamente el rumor de muchos remos movidos en el agua, a poca distancia de la ribera. Pero los indios de las canoas no se atrevieron a desembarcar, recelosos, o tal vez sabedores, de los preparativos hechos por los blancos para recibirles. Al primer albor del día ya estaban sobre las armas, y sin aguardar el movimiento de los españoles, invadieron la ciudad y los asaltaron en sus cuarteles.

Aquéllos, reunidos en el atrio de uno de los templos, fueron cogidos con desventaja, porque las estrechas callejuelas de la ciudad, y el resbaladizo lodo que cubría las calles, estorbaban los movimientos de la caballería. Pero

rra; e por la tierra llegó multitud de gente, que todos los campos cubrían.» Relación tercera, pág. 227.

(1) «Y acordóse que hubiese muy buena vela en todo nuestro real, repartida a los puertos e acequias por donde habían de venir a desembarcar, y los de a caballo muy a punto toda la noche ensillados y enfrenados, aguardando en la calzada y tierra firme, y todos los capitanes y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche.» Bernal Díaz, cap. CXLV.

Cortés formó a todos sus ballesteros y arcabuceros, y rompió un fuego tan sostenido y certero, que desconcertó las filas enemigas y las obligó a retroceder. La infantería, con sus largas picas, completó la derrota, y la caballería, con sus lanzas, dió alcance, por muchas leguas, a los aztecas que se retiraban de la ciudad.

Sin embargo, los fugitivos encontraron, en su huída, un refuerzo que venía a socorrerles; se reunieron a él, volvieron caras contra los blancos, los cuales, viéndose demasiado urgidos, apretaron a los caballos y, a todo galope, regresaron a la ciudad.

Todavía no habían andado mucho cuando encontraron el grueso del ejército, que salía en su ayuda; reforzados de esta suerte, volvieron otra vez a la carga, pero ya las huestes enemigas venían a toda carrera, con el ímpetu de un terremoto. Por un momento, la victoria estuvo indecisa, pues la inmensa multitud se dispersó por acá y por acullá, en fuerza del choque, y subió al cielo un confuso rumor en el que estaban mezclados los aullidos de los salvajes y el grito de guerra de los cristianos; grito que por la vez primera resonaba en aquellas riberas. Pero, por último, el valor castellano, o mejor dicho, las armas y la disciplina castellanas, quedaron triunfantes. El enemigo, despedazado, retrocedió, emprendiendo, paso a paso, una retirada que a poco se convirtió en una derrota; y los conquistadores hicieron tan espantosa carnicería en las fugitivas filas del enemigo, que este quedó escarmentado y no volvió a intentar otro ataque.

Los vencedores se encontraron, pues, dueños absolutos de la ciudad, rica de algodón, de oro, plumaje y otros artículos de comodidad y de lujo, que ofrecieron rico botín a los soldados. Cuando más ocupados estaban en el pillaje, desembarcó parte de los indios de las canoas, hizo prisioneros

neros a algunos españoles que andaban dispersos y cargados de botín. Esto produjo en las tropas una sensación mayor que si hubiese perecido décuplo número en el campo de batalla. Era raro que un español se dejase coger vivo, y en la vez presente, sólo una sorpresa pudo hacer que esto fuese así. Lleváronles a la capital y sacrificóseles en la forma ordinaria. Sus brazos y piernas fueron cortados de orden del feroz monarca azteca, y enviados a las capitales circunvecinas, con el aviso de que aquel mismo destino sería el de todos los enemigos de México (1).

Por los prisioneros cogidos en la última batalla supo Cortés que las tropas que venían en ayuda de Xochimilco, sólo eran una parte de las levantadas por Cuauhtemotzin, y que su plan era mandar destacamento tras de destacamento, hasta que los españoles, bien que saliesen victoriosos de cada uno de aquellos encuentros, tuviesen cada vez alguna pérdida, y por último sucumbiesen de consucción, vencidos, por decirlo así, por sus propias victorias.

Saqueada ya la población, no pensó Cortés conveniente esperar nuevos ataques de los enemigos. Al cuarto día de haber llegado a ella, reunió todas sus tropas en una llanura inmediata. Muchos de los soldados venían agobiados con el botín, lo que causó gran disgusto al general: Díjo-

(1) Díaz, que tiene una fe fácil, dice que les cortaban los miembros antes del sacrificio. «Mandó cortar pies y brazos a los tristes nuestros compañeros y las envía por muchos pueblos nuestros amigos de los que nos habían venido de paz, y les envía a decir que antes que volvámos a Tetzco, piense no quedará ninguno de nosotros a vida, y con los corazones y sangre hizo sacrificio a sus ídolos.» (*Hist. de la Conquista*, cap. CXLV.) Esto no es muy probable, porque los aztecas no eran como nuestros indios norteamericanos, que antes del sacrificio atormentan a sus enemigos, por mera crueldad; sino que los inmolaban conforme lo prevenía su ritual, porque para los aztecas un cautivo era una víctima religiosa.

les, pues, que iban a emprender su marcha por una tierra que se había levantado toda en su contra, y que, por lo tanto, para estar seguros debían aligerarse lo más que pudiesen, que la vista de tantos despojos debía excitar la codicia de los enemigos, los cuales se precipitarían sobre ellos como buitres hambrientos sobre su presa. Pero su elocuencia fué inútil, porque los soldados le dijeron, descaradamente, que aquel era el fruto de sus victorias al cual tenían un derecho indisputable, y que ellos que habían sabido ganarlo con su espada, sabrían defenderlo con ella.

Viéndoles tan firmes en su propósito, no procuró el general contrariar sus inclinaciones, pero mandó que los bagajes fuesen puestos en el centro, y los confió a unos cuantos jinetes: el resto de sus tropas lo repartió entre la vanguardia y la retaguardia, y como este último punto era el más peligroso, en él puso a los ballesteros y arcabuceros. Dispuestas las cosas de esta suerte, emprendió su marcha; pero antes puso fuego a las combustibles casas de Xochimilco, en represalia de la resistencia que en ella había encontrado (1). Las llamas de la incendiada ciudad se levantaban a las nubes y esparcían hasta muy lejos su siniestro fulgor que se reflejaba en las aguas y anunciaba a los habitantes de aquellas riberas, que los seres predichos por sus oráculos habían bajado del cielo, semejantes a un fuego que todo lo consume (2).

(1) «Y al cabo dejándola toda quemada y asolada nos partimos, y cierto era mucho para ver, porque tenía muchas casas y torres de sus ídolos, de cal y canto.» Relación tercera, pag. 228.

(2) Para otros pormenores acerca de las batallas de Xochimilco puede consultarse a Oviedo, *ubi. supra*. Herrera, *ubi. supra*. Iztlixochitl. *Venida de los españoles*, pág. 18. Torquemada, *Monarquía India*, libro 4.º, caps. LXXXVII-LXXXVIII. Bernal Díaz, cap. XLV.

La relación que el *Conquistador* hace de estos encuentros, no tiene toda la claridad acostumbrada, por la brevedad, tal vez. En la rela-

A las veces se descubría a lo lejos alguna partida de indios, pero que no se atrevía a atacar al ejército, el cual, antes del mediodía, llegó a Cojohuacan, gran ciudad, a dos leguas de Xochimilco. Es raro andar una distancia como esta sin encontrar una ciudad de gran tamaño, tal vez en otro tiempo capital de algún señorío independiente. Los habitantes, miembros de diferentes tribus, y que hablan a veces dialectos diferentes, pertenecían todos a la gran familia que vino de la verdadera o imaginaria tierra de Aztlan, al NO. Reunidas estas tribus cerca de lo que pudiera llamarse su mar alpino, continuaron después de incorporadas en la monarquía azteca, alimentando un espíritu de rivalidad que produjo en ellas el mismo efecto que en las ciudades del Mediterráneo, en la edad del feudalismo: avivó sus facultades mentales, e hizo que el valle mexicano aventajase en civilización a todas las demás regiones de Anáhuac.

La ciudad adonde acaban de llegar los españoles, había sido abandonada por sus habitantes, y Cortés se detuvo en ella dos días para dar descanso a sus tropas y atención a sus heridos (1). Este tiempo lo empleó en reconocer el terreno y en bajar acompañado de un fuerte destacamento,

ción de los otros escritores (aunque contemporáneos) hay más confusión de la ordinaria; por manera que es imposible sacar una historia verdadera, de autoridades que están en contradicción, no sólo unas con las otras, sino aun consigo mismas. En todos tiempos ha sido raro que dos relaciones de una misma batalla coincidan en todos sus puntos; seguramente a causa de que la situación de cada uno es limitada y diferente de la de los demás, y de que en medio del calor y confusión del combate es difícil observar fría y exactamente lo que pasa. Todo el que haya tratado con los que sobreviven se persuade de esto, y de que la verdad se puede ir a buscar a todas partes, excepto en los campos de batalla.

(1) Este lugar notable por su belleza excesiva, fué después de la

por la gran calzada que conduce de Cojohuacan a Ixtlapalapan (1). En el punto de intersección, nombrado Xoloc, encontró una fortificación tras la cual se habían atrinchera-do los mexicanos. Sus flechas causaron algún daño a los españoles en cuanto éstos se pusieron a tiro, pero ellos si-guieron de frente, no obstante las apretadas descargas de los indios, tomaron el parapeto y después de una obsti-nada contienda, los arrojaron de su posición. (2) Cortés avanzó un poco por la calzada de Ixtlapalapan; pero viendo que el otro extremo de ella estaba ocupado por multitud de guerreros, y no queriendo trabar encuentros inútiles, ni mucho menos estando casi agotadas sus municiones, se re-tiró a sus cuarteles.

conquista la residencia favorita de Cortés, el cual fundó allí (*) un convento de monjas y mandó en su testamento que allí se enterrasen sus huesos, fuera cual fuera el lugar donde moría. «Que mis huesos los lleven a la mi villa de Coyoacan y allí, les den tierra en el monas-terio de monjas que mando hacer y edificar, en la dicha villa.» Testa-mento de Cortés, M. S.

(1) Ésta, dice el arzobispo Lorenzana, que era la moderna *Calza-da de la Piedad*. (Relación tercera, pág. 229. nota.) Pero no es fácil conciliar esta opinión con el bien trabajado mapa del valle de México, de Humboldt. Una pequeña rama que en tiempo de los aztecas salía de esta ciudad, tocaba oblicuamente con la gran calzada meridional por donde la primera vez entraron los españoles en la capital. Como las aguas que en un tiempo bañaban enteramente la ciudad, se han retirado mucho, ha cambiado enteramente el aspecto del terreno; y bien que aún se conservan las principales calzadas, se han perdido los vestigios de las pequeñas.

(2) «Y llegamos a una albarrada que tenían hecha en la calzada, y los peones comenzáronla a combatir, y aunque fué muy recia y hubo mucha resistencia, y hirieron 10 españoles, al fin se la ganaron y mataron muchos de los enemigos, aunque los ballesteros y escope-teros quedaron sin pólvora y sin saetas.» Ibidem, *ubi. supra*.

(*) No se llegó a fundar este convento.—N. del T.

Al día siguiente continuó el ejército su marcha, tomando el camino de Tlacopan, cuya ciudad distaba de allí pocas leguas. En el tránsito recibieron alguna molestia de las partidas dispersas de indios, que al ver el riquísimo botín de que iban cargados, menudeaban sus ataques por los flancos y retaguardia. Cortés se vengó como en su primera expedición, por medio de una estratagema, parecida a las que ellos acostumbraban; pero que fué menos feliz que el otro, porque engolfado en el alcance, cayó en una emboscada que a su vez le habían preparado los indios.

Y aun Cortés no igualaba a los indios en táctica maliciosa; pues en un solo momento fué envuelta la caballería y separada del resto del ejército español; pero azuzando a los alazanes y uniéndose todos para formar una columna cerrada, lograron romper por entre los tercios indios y escapar de sus manos, excepto dos que quedaron en ellas. Eran los asistentes del general, que le habían acompañado fielmente durante toda la campaña, por lo que su pérdida le causó gran pena, la que aumentaba considerablemente por la consideración del trágico y cruento destino que les aguardaba. Cuando el puñado de caballeros se reunió con el resto del ejército, que inquieto por su tardanza había hecho alto a las goteras de Tlacopan, quedaron asombrados los soldados al ver el abatido semblante de su comandante, el cual no pudo reprimir su emoción (1).

Todavía estaba alto el sol, cuando entraron los españoles en la antigua capital de los tepanecas. El primer cuidado de Cortés fué subir a la cima del *teocalli* mayor, y desde allí reconocer los alrededores. Era aquel un magnífico punto de vista, desde el cual se dominaba la capital que

(1) «Y estando en esto viene Cortés con el cual nos alegramos, puesto que él venía muy triste y como lloroso.» Bernal Díaz, capítulo CXLV.

sólo distaba una legua. Acompañaban a Cortés, Alderete y otros varios hidalgos de los que últimamente habían abrazado sus banderas. El espectáculo era enteramente nuevo para ellos, y al ver la magnífica ciudad cercada de su anchurosa laguna, cubierta de canoas, cargadas las unas de frutos para el mercado de Tenochtitlan y las otras de guerreros, quedaron admirados de tanta actividad y movimiento, y confesaron que sólo la mano de la Providencia había podido sacar incólumes a sus compatriotas, del corazón de tan poderoso imperio (1).

Entre aquella asombrada reunión, solamente Cortés tenía un sombrío entrecejo y uno que otro suspiro, que de vez en cuando se escapaba de su seno, revelaba la tristeza de sus pensamientos (2). «Consolaos, le dijo uno de sus caballeros, deseando consolarlo a su manera tosca y marcial; consolaos y no toméis tan a pecho esas cosas, que viéndolo bien esta es la guerra.» La respuesta del general manifiesta el carácter de sus meditaciones. «Ya veis cuántas veces he enviado a México a rogales de paz, y la tristeza no la tengo por una sola cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos hemos de ver hasta tornar a señorear, pero con la ayuda de Dios pronto lo pondremos por la obra (3).

No se puede dudar que Cortés, lo mismo que cualquier

(1) «Pues cuando vieron la gran ciudad de México y la laguna, y tanta multitud de canoas que unas iban cargadas con bastimentos y otras iban a pescar y otras baldías, mucho más se espantaron, porque no las habían visto hasta en aquella sazón y dijeron que nuestra venida en esta Nueva España, que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios era quien nos sostenía.» Ibid, *ubi. supra*.

(2) «En este instante suspiró Cortés con una muy grande tristeza. muy mayor que la que de antes traía.» Ibid, loc. cit.

(3) Ibid, *ubi. supra*.

ra otro del ejército, conocía que estaba militando en una santa cruzada, y que, independientemente de toda consideración mundanal, no podía servir mejor a Dios que plantando la Cruz en las torres salpicadas de sangre, de la metrópoli azteca. Pero era natural que sintiese alguna aficción al ver aquel soberbio espectáculo y al pensar en la próxima tempestad y en que aquellos ricos pimpollos de la civilización iban a ser dentro de breve marchitados y desbaratados por el violento soplo de la guerra. ¡Magnífico espectáculo el del gran conquistador deplorando a sus solas la devastación que amenazaba a aquella tierra! Parece que verle de esta suerte produjo una fuerte impresión en sus soldados poco acostumbrados a descubrir en él semejantes pruebas de sensibilidad. Esto prestó asunto para algunos «romances,» o cantos nacionales con que los copleros castellanos de los tiempos antiguos acostumbraban recordar a los héroes favoritos de su país, y los cuales siendo un intermedio entre las tradiciones orales y las crónicas, han sido unamemoria tan imperecedera como las crónicas mismas (1).

Tlacopan era el punto adonde Cortés había llegado en su primera expedición, al Norte del valle; por consiguiente, había ya completado la vuelta alrededor del gran lago, reconociendo las diferentes entradas de la capital y visto por sus propios ojos los preparativos de defensa hechos por el

(1) Díaz trae las primeras redondillas del romance, que no he podido encontrar en ninguno de los romanceros impresos:

«En Tacuba está Cortés
Con su escuadrón esforzado;
Triste estaba y muy penoso,
Triste y con gran cuidado,
La una mano en la mejilla,
Y la otra en el costado», etc.

enemigo. No juzgó oportuno detenerse en Tlacopan, porque su proximidad a México habría podido acarrear el levantamiento de toda la belicosa población de la primera de estas ciudades.

Al día siguiente muy de mañana volvió a emprender la marcha, tomando el camino que en su primera expedición, al Norte de los lagos pequeños. Molestáronle menos los enemigos que en las ocasiones anteriores, lo que en parte era debido probablemente, al tiempo que estaba muy tempestuoso. Los soldados con sus vestidos pesados a fuerza de mojarse, pasaron con dificultad por angostos caminos recorridos por un torrente. Una ocasión según nos refiere el militar cronista, descuidaron los oficiales de hacer la ronda nocturna y los centinelas de montar guardia, fiados en la furia de la tempestad; sin embargo, de que lo sucedido con Narváez, debiera haberles enseñado a no fiarse en los elementos.

En Atcolman, en el territorio acolhua, se reunieron con Sandoval, con el cacique de Tetzcoco y con algunos otros hidalgos, entre los cuales había varios recién llegados de las islas. Abrazaron cordialmente a sus camaradas, y les comunicaron la noticia de que ya estaba completo el canal y que los bergantines que ya tenían su jarcia y velamen, estaban listos para ser botados en el agua. Por lo tanto, ya no había razón de demorar las hostilidades contra México. Después de tan satisfactoria bienvenida, Cortés y sus legiones vencedoras, entraron por última vez en la capital acolhua, después de gastar tres semanas completas en dar la vuelta a todo el valle.



CAPÍTULO IV

CONSPIRACIÓN EN EL SENO DEL EJÉRCITO.—SE ECHA AL AGUA
A LOS BERGANTINES —FUERZA DEL EJÉRCITO.—EJECUCIÓN
DE XICOTENCATL.—MARCHA DEL EJÉRCITO.—PRINCIPIO DEL
SITIO.

(1521)

Precisamente al mismo tiempo que Cortés se ocupaba en reconocer el valle y en prepararse para el sitio de la capital, trabajaba activamente una facción en Castilla para subvertir la autoridad de Cortés y por desbaratar al mismo tiempo sus planes de conquista. La fama de sus heroicos hechos se había dilatado no sólo por las islas, sino por España y otros países de Europa, donde causó general admiración la indómita energía del hombre, que puede decirse que con su solo brazo luchó por tan largo tiempo con el poderoso imperio indio. Solamente la ausencia del monarca español de sus dominios, y los disturbios del reino, pueden explicar la supina indiferencia con que miró el Gobierno el fomento de aquella grande empresa. A esto se allegan las diligencias que hacían Velázquez y Narváez ayudados por un abogado tan poderoso como era el obispo Fonseca, Presidente del Consejo de Indias. Llevaba las riendas del gobierno Adriano de Utrecht, antiguo preceptor de

Carlos, y después Papa; hombre de saber y de alguna sagacidad, pero omiso y tímido en su política, y, sobre todo, incapaz de aquella actividad y resolución, que distinguían el genio atrevido de su predecesor el cardenal Ximénez.

Sin embargo, en la primavera de 1521, se expidieron algunas providencias por el Consejo de Indias, que produjeron un cambio importante en las cosas de Nueva España. Determinóse que la Real Audiencia de la España, sobreyese en el proceso formado contra Narváez por el trato que había dado al Lic. Ayllón; que el desgraciado comandante fuese sacado de la prisión en que estaba en Veracruz, y que se enviase a México un visitador que averiguase los procedimientos de Cortés, e hiciese amplia y cumplida justicia al gobernador de Cuba. No faltaban en la Corte quienes viesan con desagrado estas determinaciones, por juzgarlas indigna recompensa de los servicios de Cortés, y porque pensaban que de todos modos eran inoportunas y podían desanimar al general o aun arrojarle al extremo de la desesperación. Pero el arrogante obispo de Burgos despreciaba todas estas observaciones, y habiendo aprobado la regencia las determinaciones del Consejo, fueron firmadas por los que componían este cuerpo, en 11 de abril de 1521. Tapia, uno de los oidores de Santo Domingo, fué la persona escogida para ir a Veracruz. Pero afortunadamente sobrevinieron ocurrencias que demoraron la ejecución de los planes, y que permitieron a Cortés proseguir sin rémora en su carrera de conquista (1).

Pero al paso que se le permitía, a lo menos por ahora, permanecer en su autoridad, le amagó otro peligro intestino, que no sólo ponía en conflicto esa autoridad, sino aun

(1) Herrera, *Hist. General*. dec. 3, lib. 1.º, cap. XV. Relación de Alonso de Veraza, escribano público de Veracruz. M. S., dec. 21.

su vida misma; era una conspiración de un carácter más serio y peligroso que cuantas hasta entonces se habían descubierto. Promoviéla un simple soldado, nombrado Antonio Villafaña, cuyo nombre sería desconocido a no ser por la parte que tuvo en esta trama. Pertenecía a los de Narváez, a ese semillero de descontentos que por todo se disgustaban, y que siempre estaban prontos a amotinarse. Verdad es, que desde que en Tlaxcallan se separaron algunos de sus compañeros, se habían quedado voluntariamente; pero siempre movidos de la codicia que les hizo embarcarse en la expedición y que no debían ver satisfecha todavía. Participaban poco de ese espíritu romanesco de los primitivos compañeros de Cortés, y los secos laureles de la victoria, les parecían despreciable recompensa de tantas fatigas y padecimientos.

A éstos se unían otros que tenían motivos personales de resentimiento con Cortés, y, finalmente, otros que desconfiaban del buen éxito de la campaña. El negro destino de los compañeros que habían caído cautivos los llenaba de desaliento; ya se imaginaban víctimas del espíritu quimérico del general, quien, sin contar con los recursos suficientes, se atrevía a provocar a un enemigo feroz y formidable, y, finalmente, se estremecían al pensar que iban a perseguir a este enemigo hasta sus recónditos hogares, donde la desesperación le debía hacer sacar décuplas fuerzas.

Estos menguados, de buena voluntad habrían abandonado la empresa y vuéltose a Cuba; pero ¿cómo hacerlo? Cortés era el dueño de todo el camino, desde la capital hasta la playa y, por otra parte, sin orden suya, ningún barco saldría del puerto. Demás de esto, aun sacándole fuera de combate, quedaban otros capitanes que ocuparían su lugar; era preciso, pues, juntamente con el general,

asesinar a Sandoval, Olid, Alvarado, y otros dos o tres de los más adictos a los intereses del conquistador. Los conspiradores determinaron dar el grito de libertad, seguros de que los seguiría gran parte del ejército, o por lo menos la bastante para salirse con su intento. Proponíanse dar el mando, después de la muerte de Cortés, a Francisco Verdugo, cuñado de Velázquez. Era un hidalgo honrado y no era cómplice de sus designios; pero ellos no dudaban de que aceptaría el mando que, como por fuerza, se le confería, y que así se granjearían la protección del gobernador de Cuba, quien, fuera de esto, tenía tal odio a Cortés, que aprobaría todos sus procedimientos.

Los conspiradores llegaron a nombrar aun a los oficiales subalternos: a un alguacil mayor, en lugar de Sandoval; a un cuartel-maestre general, en el de Olid, y así de los demás (1). El tiempo prefijado para la ejecución del plan era a poco de volver Cortés de su expedición. Debían presentarle, estando en la mesa, un paquete de cartas, que se supondrían recién llegadas de Castilla, y cuando más distraído estuviese en abrirlas, arrojarse sobre él y sus oficiales y despacharle a puñaladas. Tal era la inicua maquinación para acabar con Cortés y su conquista; pero una conspiración, para que no se malogre, mayormente si intervienen en ella muchas personas, debe ser de tal naturaleza, que medie poco tiempo entre su concepción y su ejecución.

El día anterior al señalado para la perpetración del crimen, uno de los conspiradores, arrepentido de él, vino a la tienda del general y solicitó una entrevista privada con él; arrojóse a las plantas de Cortés y le reveló todos los

(1) «Había alguacil mayor e Alferez y Alcaldes y Regidores y Contador y Tesorero y Veedor y otras cosas deste arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes y caballos.» Bernal Díaz, cap. CXLVI.

por menores del complot, añadiendo que en poder de Villafañá, paraba un papel en que estaban los nombres de los cómplices. Cortés, a quien parece que había herido un rayo, no perdió momento en aprovecharse del aviso. Llamó a Sindoval, Alvarado y otros dos o tres oficiales designados por el conspirador, les impuso del negocio y, acompañadode ellos y de cuatro alguaciles, se dirigió a la tienda de Villafañá.

Encontráronle conversando con tres o cuatro amigos, que también fueron aprehendidos al instante y puestos bajo buena guardia. Villafañá, sorprendido de la súbita aparición del comandante, sacó del seno el papel que contenía las firmas de los conspiradores e intentó tragárselo, pero Cortés le detuvo el brazo y le quitó el papel. Al pasar, rápidamente, la vista por la lista fatal, quedó asombrado de encontrar en ella los nombres de varias personas que gozaban en el ejército de alguna consideración. Hizo pedazos la lista y mandó preso a Villafañá. Juzgósele inmediatamente por un Consejo de guerra que, con precipitación, reunió Cortés y que presidió él mismo. Parece que no cupo duda de la culpabilidad del acusado, el cual fué condenado a muerte, la que se ejecutó después de darle el tiempo necesario para arreglar sus negocios espirituales, ahorcándole y colgándole de las ventanas de su aposento (1).

Los que ignoraban la conspiración quedaron asombrados de aquel espectáculo, y el resto de los conspiradores, llenos de consternación, al ver que su maquinación estaba descubierta, y que igual destino que a Villafañá se les esperaba también a ellos. Pero se engañaban; Cortés hizo

(1) Ibid, loc. cit. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulo XLVIII. Herrera, *Hist. General*, dec. 3, lib. 1.º, cap. I.

parar allí las cosas. Una ligera reflexión le convenció de que obrar de otra suerte era comprometerse en averiguaciones desagradables y aun peligrosas, y bien que todos los cómplices de tan negro crimen fuesen acreedores a la muerte, prefirió perdonarles y contentarse con el castigo del cabecilla a la muerte de sus cómplices, siendo tan reducida la fuerza del ejército.

Reunió a todas las tropas y las instruyó en breves palabras del crimen por el cual había sido ahorcado Villafañá. Dijo que nada había confesado y que se había llevado consigo los secretos de la conspiración. Manifestó la pena que le causaba ver que en sus filas había personas bastante bajas para entrar en maquinaciones tan pérfidas, y aseguró tener la certeza de que entre los que le escuchaban nadie habría que se sintiese agraviado por sus palabras; pero que si alguno lo estaba, lo dijese francamente para darle cumplida satisfacción (1). Pero no hubo ninguno que aunque agraviado creyese conveniente quejarse en aquel momento; lo que menos querían los conspiradores era esto, pues se reputaban felices en haber escapado (a su entender) de que los descubriera, y en quedar en disposición de alistarse entre los malcontentos en ocasión más oportuna.

La conducta de Cortés en esta ocasión prueba una gran sangre fría y conocimiento del corazón humano. Si hubiese publicado a las claras, o siquiera dejado traspirar los planes que había descubierto, habría vuelto sus enemigos irreconciliables a todos los implicados en aquellos: a una imprudencia de esta clase que cometió Luis XI al principio de su reinado, debió los disturbios que le agitaron después (2). Una vez arrancada la máscara ya no había oca-

(1) Ibid, *ubi. supra*.

(2) Así dice M. Barante en su pintoresco *refacimiento* de las antiguas crónicas. «Los procesos del Condestable y del Señor de Né-

sión ni de disimular las apariencias: parece que se cerraba la puerta al arrepentimiento, y la malevolencia que sin esto se habría mitigado por el tiempo, las circunstancias o la generosidad, habría degenerado con otra conducta en odio profundo e implacable rencor. Cortés se habría visto rodeado en su campo mismo de enemigos más implacables que los aztecas.

De todos modos, los culpables habían recibido el escarmiento bastante para no volver a arriesgar sus vidas en tramas de la misma clase; y procuraron con demostraciones de lealtad y con la asiduidad en el servicio, alejar de sí toda sospecha. Cortés, por su parte, tuvo estudio en guardar su porte habitual, igualmente distante de la desconfianza, y (lo que es todavía más difícil) de esa estudiada afabilidad que revela con toda claridad las sospechas que se tienen de aquel a quien se dispensa. En verdad que no era poca la habilidad que se necesitaba para obrar de esta suerte; pero, sin embargo, no olvidó lo pasado; porque el hombre que había roto la lista en que estaban los nombres de los conspiradores contra su vida, no necesitaba de tenerlos escritos para que no se le olvidasen. No apartaba de ellos la vista y cuidaba de ponerlos siempre donde no pudiesen dañarle (1).

Esta tentativa contra la vida del general produjo en el ejército una fuerte sensación, porque sus prendas fascinadoras y talentos militares, le habían ganado el favor de

mours, habían hecho que estallase su mala voluntad o a lo menos su poca fidelidad al rey; ellos no podían, pues, dudar de que él deseaba e maquinaba su ruina.» *Hist. de los duques de Borgoña*. (Paris, 1838), tomo XI, pág. 169.

(1) «Y desde allí adelante, aunque mostraba gran voluntad a las personas que eran en la conjuración, siempre se recelaba dellos.» Bernal Díaz, cap. CXLVI.

éste. Mostráronle los soldados grande empeño en significar cuánto reprobaban tan infame traición, nacida de entre ellos mismos, y conocieron la necesidad de velar sobre la vida de aquel de cuyo destino dependía el suyo propio y el de la grande empresa que acometían. Determinóse, pues, que la persona de Cortés quedaría bajo la custodia de una guardia mandada por un hidalgo digno de toda confianza, nombrado Antonio Quiñones. Sirvióle al general durante el resto de la campaña, como de guardia de corps que lo cuidaba de día y de noche, y que lo defendía de la traición doméstica y del acero enemigo.

Como hemos dicho al fin del capítulo precedente, cuando volvieron los españoles a sus cuarteles, encontraron acabados los bergantines, que ya aparejados podían ser botados al agua. El canal, por su parte, también había sido concluído, merced a ocho mil indios que habían trabajado en él por cerca de dos meses.

Era obra de mucho trabajo, pues tenía media legua de largo, doce pies de ancho y otros tantos de profundidad. Los dos lados estaban asegurados con palizadas o con obras de mampostería. De trecho en trecho había compuertas y diques, y parte del canal estaba cortado en la viva peña. Por aquel canal podían ser echados los bergantines en el agua con toda seguridad (1).

Cortés había resuelto que tan feliz acontecimiento se solemnizase debidamente. El 28 de abril formaron todas las tropas, y la población de la ciudad asistió a la ceremonia. Díjose misa, y todos los del ejército, incluso el general, recibieron el Sacramento. Recitáronse por el padre Olmedo las oraciones adecuadas, y se invocó la bendición del

(1) Ixtlilxochitl, *Venida de los españoles*, pág. 19. Relación tercera de Cortés, pág. 234.

«Obra grandísima», exclama el Conquistador, «y mucho para ver».

cielo sobre aquella flotilla, la primera digna de tal nombre que surcaba las aguas americanas (1). La señal era un cañonazo, después del cual las embarcaciones fueron echadas una por una en el agua, y llegando sucesivamente a la laguna. Al salir a su ancha superficie, con el soberbio pabellón de Castilla flameando en los mástiles, y con músicas que llevaban dentro arrojó un grito de admiración la innumerable multitud; el rumor que formaba se mezclaba con el fragor de los cañones y mosquetes que hacían fuego desde la ribera y dentro de las naos mismas (2). Era aquel un espectáculo nuevo para los candorosos indios, que se llenaron de asombro al ver los elegantes bergantines que bogaban semejantes a aves marinas, denevadas de alas, y que se deslizaban suavemente en las aguas como si estuviesen gozándose en su elemento. Conmovióse también el rudo corazón de los conquistadores; y en un raptó de entusiasmo, creyeron que el cielo había derramado sobre ellos sus bendiciones y prorrumpieron todos a una voz en el noble himno del *Te-Deum*. Pero a nadie causaba aquel espectáculo más profundo interés que al comandante, porque para él aquella era, en cierto modo, la obra de sus manos, y su corazón se henchía de orgullo al verse dueño de to-

«Fueron en guarda destos bergantines», añade Camargo, «más de 10 000 hombres de guerra con los maestros de ellos, hasta que los armaron y echaron en el agua y laguna de México, que fué obra de mucho efecto para tomarse México.» *Hist. de Tlaxcalan*, M. S.

(1) Los bergantines se conservaban todavía mucho tiempo después de la conquista, en los astilleros de México, como monumentos preciosos. Toribio, *Hist. de las Ind*, M. S., parte I, cap. I.

(2) «Dada la señal saltó la presa, fueron saliendo los bergantines sin tocar uno a otro apartándose de la laguna, desplegaron las banderas, tocó la música, dispararon su artillería, respondió la del ejército así de castellanos como de indios.» Herrera, *Hist. General*, dec. 3, libro 1.º, cap. VI.

dos los recursos necesarios, para señorear el lago y abatir las altivas torres de Tenochtitlan (1).

Lo primero que después de esto hizo el general, fué pasar revista a sus tropas en la plaza Mayor de la capital, Encontró que su ejército se componía de 87 jinetes y 818 infantes, de los que 118 eran ballesteros y arcabuceros. Había tres cañones de hierro, de grueso calibre, y 15 cañoncitos o falconetes de bronce (2). Los cañones de hierro habían sido traídos hacía poco tiempo de Veracruz a Tetz-coco, por los fieles tlaxcaltecas. Contaba con suficiente cantidad de balas y municiones, y con cerca de 1.000 libras de pólvora, y 50.000 saetas de cobre hechas por los indios, conforme a la muestra que se les había dado (3). La fuerza y los pertrechos del ejército eran cual nunca habían sido desde la salida de México y probaban la utilidad de los refuerzos últimamente llegados de las islas. Así, pues, atendiendo a la flota, puede decirse que jamás había contado Cortés con tantos recursos. 300 hombres fueron destinados a tripular los buques, que eran 13, o mejor dicho 12, por haberse visto al probarlos que uno de los pequeños era demasiado pesado para la guerra. Algún trabajo

(1) Ibid, *ubi. supra*. Relación tercera, pág. 234. Ixtlilxochitl. *Venida de los españoles*, M. S., pág. 19. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., libro 33, cap. XLVIII.

El último de estos historiadores ensalza sumamente la proeza de su héroe, que dice que oscurece las famosas hazañas de Sesostris. «Otras muchas e notables cosas cuenta el autor que he dicho de aqueste rey Sesostris, en que no me quiero detener, ni las tengo en tanto como este tranchea o canja que es dicho y los bergantines de que tratamos, los cuales dieron ocasión a que se hobiesen mayores tesoros, e provincias, e reinos, que no tuvo Sesostris, para la Corona Real de Castilla por la industria de Hernando Cortés.» Ibid, lib. 33, cap. XXII.

(2) Relación tercera, pág. 234.

(3) Bernal Díaz, cap. CXLVII.

costó encontrar quienes los sirviesen, porque todos se rehusaban a hacerlo; pero Cortés escogió a los que venían de Palos, Moguer y otras ciudades marítimas, y no obstante que reclamaban su fuero de «hidalgos» para que no se les emplease en aquellos trabajos mecánicos, Cortés les obligó a hacer dicho servicio (1). Cada nave montaba una pieza de artillería, e iba a las órdenes de un oficial respetable, a todos los cuales dio Cortés una ordenanza general para el gobierno de la armada, la cual se proponía mandar él en persona.

Ya había comunicado a sus aliados indios su determinación de poner sitio a la capital y les había requerido de que le enviasen los prometidos auxilios, dentro de diez días, a lo más tarde. A los tlaxcaltecas les previno que se juntasen en Tetzaco, y a los demás aliados en Chalco, que le pareció ser el lugar de reunión más conveniente que cualquiera otro, para romper las hostilidades por la parte meridional del valle. Los tlaxcaltecas llegaron en el plazo prescrito, acaudillados por el joven Xicotencatl, y ayudados de los chichimecas, los engreídos guerreros que habían convoyado los bergantines hasta Tetzaco. Eran cincuenta mil, según Cortés (2), y formaban la vista más hermosa al mar-

(1) Ibid, *ubi. supra*. La hidalguía, además de sus privilegios legales, traía consigo algunos otros puramente imaginarios, tal por ejemplo, como el de considerarse excluido de todo trabajo aunque honesto, humilde, entendido por tal el que podía proporcionar el sustento a un pobre. (Véase una entretenida noticia sobre esto, en Doblado, *Cartas sobre España*, Carta 2^a.) En ningún país ofrece el *hidalgo pobre* un blanco más amplio a la sátira, como lo prueban plenamente las de Lessage, Cervantes y Lope de Vega.

(2) «Y los capitanes de Tlascalteca con toda su gente muy lucida y bien armada... Y según la cuenta que los capitanes nos dieron, pasaban de 50. 00 hombres de guerra.» (Relación tercera, pág. 236.) «Y toda la gente», añade Herrera, «tardó tres días en entrar, según en sus

char vestidos de gala formados bajo el gran estandarte nacional, cuyo blasón era un águila con las alas extendidas sobre las armas de la república (1). Con paso tan firme y resuelto como si se dirigieran a un campo de batalla, desfilaron por las puertas de la capital, cuyo recinto hicieron resonar con los gritos de ¡Tlaxcalan, Tlaxcalan!; ¡Castilla, Castilla!

Las observaciones que había hecho Cortés en su último reconocimiento de la capital, le hicieron distribuir sus fuerzas en tres divisiones y establecer otros tantos campamentos situados a la extremidad de las calzadas principales. De esta suerte podían las tropas moverse de consuno sobre la capital, e interceptar los recursos que se intentase hacer entrar. El primer punto era Tlacopan, que dominaba la fatal calzada de la noche triste. Confióselo a Pedro de Alvarado con una fuerza que, según la relación del mismo Cortés, constaba de 30 caballos, 168 infantes españoles y 25.000 tlaxcaltecas. Cristóbal de Olid mandaba la segunda división, compuesta de la misma fuerza que la anterior, y acampada en Cojohuacan, la ciudad que como recordará el lector dominaba la calzadilla que se unía con la de Ixtlapalapan. Gonzalo de Sandoval mandaba la tercera división, de la misma fuerza que las anteriores; pero cuyos auxiliares debían salir de las fuerzas reunidas en Chalco. Este oficial debía marchar a Ixtlapalapan y completar la destruc-

memoriales dice Alonso de Ojeda, ni con ser Tetzcoco tan gran ciudad cabían en ella.» *Hist. General*, dec. 3, lib. I, cap. XIII.

(1) «Y sus banderas tendidas, y el ave blanca que tienen por armas que parece águila con sus alas tendidas.» (Bernal Díaz, cap. CIL.) Clavijero (*Hist. de México*, t. II, pág. 145), dice que las armas de la República eran una águila de oro con las alas extendidas. Pero como Bernal Díaz habla de la águila *blanca*, tal vez sería la garza blanca que eran las armas de la casa de Xicotencatl.

ción principiada por Cortés poco después de su entrada en el valle; lo cual era preciso para no dejar a la retaguardia del ejército una plaza tan formidable. El general se proponía coadyuvar al ataque con sus bergantines, conforme fuesen requiriéndolo los movimientos subsecuentes de Sandoval (1).

Después de informar de sus planes a los oficiales, reunió a las tropas y les dirigió una de esas breves y entusiastas proclamas que acostumbraba en tales ocasiones para inflamar el pecho de sus veteranos. «He dado, les dijo, el último paso, y os he traído al término por que tanto anhela-bais. Dentro de pocos días os encontraréis a las puertas de México, la capital de donde fuisteis arrojados con tanta ignominia. Pero hoy nos favorece la Providencia. ¿Quién puede dudarlo? Si no, comparad nuestra presente situación con la que teníamos hace un año, cuando despedazados y desalentados buscamos un asilo en el recinto de Tlaxcalan: o aún con lo que era hace pocos meses, cuando sentamos nuestros reales en Tetzaco (2). De entonces acá, hemos doblado nuestras fuerzas: peleamos por la fe, por nuestra honra, por la riqueza y por la venganza. Os he traído cara

(1) El monto exacto de la fuerza de cada una de las divisiones, es el siguiente, según la relación del mismo Cortés. La de Alvarado: 30 caballos, 168 infantes españoles, 25.000 tlaxcaltecas. La de Olid: 33 caballos, 178 infantes, 20.000 tlaxcaltecas. La de Sandoval: 24 caballos, 167 infantes, 30.000 indios. (Relac. terc., en Lorenzana, pág. 236.) Díaz reduce a la tercera parte la fuerza de las tropas aliadas. *Historia de la Conq.*, cap. CL.

(2) «Que se alegrasen y esforzasen mucho, pues que veían que Nuestro Señor nos encaminaba para haber victoria de nuestros enemigos, porque bien sabían que cuando habíamos entrado en Tetzaco, no habíamos traído más de 40 de caballo, y que Dios nos había socorrido mejor que lo habíamos pensado.» Relación tercera, página 235.

a cara de vuestro enemigo: a vosotros toca lo demás.» (1)

La arenga del denodado caudillo fué correspondida con estrepitosas aclamaciones de los soldados que dijeron todos que cumplirían con su deber, militando bajo semejante capitán, y que lo que únicamente deseaban era habérselas con el enemigo (2).

En seguida mandó Cortés que se les volviesen a leer a las tropas las ordenanzas expedidas en Tlaxcalan, previniendo que serían ejecutadas a la letra.

Se determinó que los indios llevarían a los españoles un día de camino y harían alto a orillas del territorio tetzco-cano, con los confederados. Poco tiempo después de su salida, ocurrió una circunstancia que parecía ser de mal agüero. Trabóse una riña entre un español y un tlaxcalteca, en la cual quedó éste mal parado; envióse al herido a Tlaxcalan y se determinó ocultar el suceso al general, el cual no podría verlo como cosa de poco momento. Xicotencatl era pariente muy próximo del herido, y el primer día que hicieron alto, creyó oportuno volverse a Tlaxcalan, acompañado de varios. Otros atribuyen la desersión a diversos motivos (3). Es cierto que desde el principio había visto la

(1) Oviedo amplifica lo que sin embargo llama breve y sustancial oración de Cortés, hasta hacerla tres tantos más larga de lo que era original; en lo cual ha sido imitado por la mayor parte de los historiadores. (*Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XXII.)

(2) «Y con estas últimas palabras cesó y todos respondieron sin disculparse e a una voz, dicentes: Sírvanse Dios y el emperador nuestro señor de tan buen capitán y de nosotros; y así lo haremos todos como quien somos y como se debe esperar de los buenos españoles, y con tanta voluntad y deseo; dicho que parecia que cada hora le era perder un año de tiempo, por estar ya a las manos con el enemigo.» *Ibid, ubi. supra.*

(3) Según Bernal Díaz, fué el deseo de hacerse el dueño de las tierras de su camarada chichimeca, que permanecía en el ejército.

expedición de mal ojo y había predicho que nada bueno había de salir de ella; además entró en la empresa con repugnancia, porque detestaba a los españoles de corazón.

El comandante de la división a que pertenecía Xicotencatl, mandó avisarlo al punto a Cortés, que a la sazón tenía sus reales en Tetzco. El general, conociendo las funestas consecuencias de semejante defección, envió en persecución del fugitivo una partida de indios tetzcoanos y tlaxcaltecas, con órdenes de que si era posible le persuadieran a que volviese a su deber. Encontráronle en el camino y le reprendieron su conducta, la cual contrastaba con la de la generalidad de sus compatriotas, y en especial, con la de su padre, el íntimo amigo de los blancos. «Tanto peor, replicó el general, si se hubieran llevado de mis consejos, no se habrían dejado burlar de los pérfidos extranjeros.» (1) Habiendo visto los emisarios, que sus ruegos sólo eran contestados con vanaglorias y altanerías, se volvieron sin haber llenado el objeto de su mensaje.

Cortés no vaciló en cuanto al partido que debía tomar. «Xicotencatl, dijo, siempre ha sido el enemigo de los españoles: lo fué al principio en el campo de batalla y lo fué después en el Senado: en público y en secreto, es siempre lo mismo, su implacable enemigo: no hay, pues, para qué gastar palabras con el indio traidor.» Despachó al punto una partida de caballería y un alguacil, con órdenes de

(Capítulo CL) Según Herrera, unos amores fueron los que lo llevaron a su patria. (*Hist. Gral.*, dec. 3, lib. 1.º, cap. XVII.) Pero o primero y éste y todos convienen en el odio que tenía a los españoles y en su adversión a la guerra.

(1) «Y la respuesta que le envió a decir fué que si el viejo de su padre y Maxixcatzin le hubieran creído, que no se hubieran señoreado tanto de ellos, que les hace hacer todo lo que quiere; *y por no gastar más palabras dijo que no quería venir.*» Bernal Díaz, cap. CL.

prender a Xicotencatl, donde quiera que lo encontrasen, aunque fuese en las calles de Tlaxcalan, y de traerle preso a Tetzcoco. Al mismo tiempo, mandó aviso del comportamiento de Xicotencalt al Senado de Tlaxcalan, añadiendo que, según las leyes españolas, la desertión era castigada con la muerte.

Los enviados de Cortés cumplieron exactamente sus órdenes; arrestaron al jefe (aunque es dudoso si en Tlaxcalan o en sus inmediaciones), y le trajeron prisionero a Tetzcoco, donde estaba dispuesta para recibirle una grande horca. Llevósele al instante al lugar de la ejecución: leyóse el proceso y la sentencia, y el desventurado general expió su falta en el vil suplicio destinado a los malhechores. Sus bienes, que eran cuantiosos y consistían en tierras, esclavos y algún oro, quedaron confiscados en beneficio de la corona (1).

Así pereció en la flor de su edad Xicotencatl, el guerrero más intrépido de cuantos habían conducido a la batalla ejércitos indios. Fué el primer jefe que resistió con éxito a las armas de los invasores, y probablemente si todos los

(1) Así lo dice Herrera, que tuvo a su disposición el memorial de Ojeda, uno de los encargados de la prisión de Xicotencatl. *Hist. General*, dec. 7, lib. 1.º, cap. XVII. Torquemada, *Monarqu. Ind.*, lib. 4.º, capítulo XC.) Por otra parte, Bernal Díaz dice que el jefe indio fué cogido y ejecutado en el camino. (Cap. CL.) Pero probablemente el último historiador estaba a la sazón ausente, empleado en la división de Alvarado. Sin embargo, Solís prefiere su testimonio fundándose en que no es creíble que Cortés se hubiese atrevido a ejecutarle en presencia del ejército indio. (*Conq.*, lib. 5.º, cap. XIX.) Pero los tlaxcaltecas estaban ya casi todos en camino para Tlacopan; sólo quedaban en Tetzcoco unos pocos, y los españoles y los tetzcocanos no eran gente que había de hacer nada en favor de Xicotencatl. Por lo tanto, su muerte en este último punto era más fácil que no en el territorio de Tlaxcalan, adonde probablemente llegó antes de que lo aprehendiesen.

aztecas hubiesen tenido un ánimo tan esforzado como el suyo, jamás habría puesto Cortés la planta en la capital de Moteuczoma. Estaba dotado de una previsión más clara que la de todos sus compatriotas, pues que conoció que el europeo era un enemigo más formidable que el azteca. Sin embargo, supuesto que militaba bajo las banderas castellanas, no tenía derecho de desertarse, e incurrió en las penas que todas las naciones, ora salvajes, ora cultas, imponen a la desertión. Cuentan además que el Senado de Tlaxcalan cooperó a su suplicio, enviando decir a Cortés que también según las leyes de la república merecía Xicotencatl la muerte (1). Con todo, fué un acto de arrojo ejecutar la sentencia en medio de los suyos, porque era un jefe muy principal y heredero de uno de los cuatro señoríos de la república. Sus prendas caballerosas le habían ganado popularidad, especialmente entre los jóvenes; de suerte que sus vestidos fueron después de su muerte hechos tiras y repartidos como reliquias entre los jóvenes. Pero ninguna resistencia opusieron a la ejecución de la sentencia, ni hubo ningún amago de conmoción. Él fué el único tlaxcalteca que faltó a la fidelidad de los españoles.

Según el plan de operaciones trazado por Cortés, Sandoval con los suyos debía tomar la parte meridional, y Alvarado y Olid la septentrional de la laguna. Estos dos hidalgos, después de tomar a Tlacopan, debían avanzar hasta Chapoltepec y demoler el gran acueducto que abastecía de agua a la ciudad. El día 10 de marzo emprendieron la marcha; pero en Atcolman, donde pernoctaron la primera noche, se trabó una contienda entre los soldados de las dos divisiones, sobre el cuartel que cada una de ellas debía ocupar. De las palabras pasaron a los hechos, y los dos caudi-

(1) Herrera, *ubi. supra*. Torquemada, *ubi. supra*.

llos, que se afectaron cada cual por los suyos, se retaron (1). Súpolo Cortés, y se dirigió al punto adonde estaban los irritados jefes, y les rogó que por sí y por su causa, prescindiesen de desavenencias, cuyo único resultado debía ser su propia ruina y la del ejército. Esta observación era tan fuerte que produjo una reconciliación, por lo menos, en lo aparente; pero Olid no era hombre fácil para olvidar ni para perdonar, y Alvarado, aunque más franco y más generoso, era más fácil de irritarse que de calmarse. Después de esto, jamás volvieron a ser amigos (2).

Los españoles no encontraron obstáculo en su marcha, porque los habitantes de las poblaciones, luego que sabían que aquéllos se aproximaban, huían a las montañas o a México, cuya guarnición iban a reforzar. Tlaxcopan les fué también abandonada, y volvieron a establecer de nuevo sus cuarteles en la ciudad principal de los tenapecas (3).

Lo primero que procuraron fué interrumpir los canales que llevaban el agua desde los veneros de Chapultepec a los numerosos estanques y fuentes que regaban los patios

(1) «Y sobre ellos ya habíamos echado mano a las armas los de la capitania, con los de Cristóbal de Olid, y aun los capitanes desafiados.» Bernal Díaz, cap. CL.

(2) Ibid, loc. cit. Relación tercera, en Lorenzana, pág. 237. Gomara, *Crónica*, cap. CXXX. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulo XXII.

(3) La capital tepaneca, decaída de su antiguo esplendor, sólo es notable hoy por sus recuerdos históricos. «Esta llanura de Tlacopan, dice la animada autora de la *Vida en México*, teatro en un tiempo de crudas y sangrientas batallas, y donde durante el sitio sentó sus reales Alvarado, *el del salto*, presenta hoy un espectáculo tranquilo. Tlacopan mismo es hoy un lugareño de casas de adobe, con unos pocos de árboles antiguos, unas cuantas casas viejas arruinadas, una iglesia cayéndose, y algunos restos de los edificios que se asegura haber servido de residencia al monarca, aunque otros dicen que fué donde acamparon los españoles.» Vol I, et XIII.

de las casas y plazas de la capital. El acueducto formado en parte de ladrillos, y en parte de piedra y mezcla, pasaba por un fuerte aunque estrecho dique que atravesaba uno de los brazos de la laguna, y todo él era uno de los más bellos monumentos de la civilización india. Los indios, bien persuadidos de su importancia, habían destacado un fuerte cuerpo de indios que lo cuidase. Por consiguiente, se trabó una batalla en la que ambos tuvieron grandes pérdidas, pero que quedó por los españoles. Parte del acueducto fué demolido, y durante el sitio no volvió a entrar agua en la ciudad por aquel canal.

Al día siguiente bajaron las fuerzas combinadas a la fatal calzada, para ver si podían hacerse del puente inmediato. Encontráronla ocupada por multitud de guerreros, y el lago cubierto de innumerables canoas, lo mismo que la noche de la catástrofe. Los intrépidos castellanos intentaron avanzar en medio de una verdadera lluvia de saetas, piedras y otras armas arrojadizas; pero no pudieron adelantar más que muy poco. De trecho en trecho había en la calzada barricadas que estorbaban y casi inutilizaban a la caballería. Las orillas de las canoas estaban provistas de trincheras que defendían a los de adentro, contra los arcabuces y ballestas. Cuando los combatientes de la calzada se veían muy urgidos por las picas de los castellanos, se arrojaban intrépidamente al agua, y desde las riberas disparaban, con ojo fatalmente certero, sus saetas y javelinas. Después de una reñida refriega tuvieron los españoles que retirarse desairadamente, y después de sufrir una pérdida, incluso la de los aliados, casi igual a la de los enemigos. Olid, disgustado del éxito de la tentativa, increpó a su compañero, calificándola de temeridad estéril, y se retiró a su antigua posición de Cojohuacan.

Los campamentos sólo distaban uno de otro cosa de dos

leguas, y estaban en perfecta comunicación. Harto tuvieron en que ocuparse, con forrajear en las inmediaciones y con repeler los bruscos ataques de los enemigos, de los que se vengaban sobradamente privándoles de víveres. Pero su situación era precaria y aguardaban con impaciencia el momento en que llegase Cortés con los bergantines. Hacia fines de mayo fué cuando acampó Olid en Cojohuacan, y desde entonces se debe empezar a contar el sitio de México (1).

(1) Relación tercera, págs. 237-239. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.* M. S., capítulo XCIV. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XXII. Bernal Díaz, cap. CL. Gomara, cap. CXXX.

Clavijero comienza a contar desde el día de Corpus Christi, mayo 30 de 1521. (Tomo III, pág. 196) Pero según Cortés los españoles salieron de Tetzco el 10 de mayo; y no pueden haber trascurrido tres semanas entre su salida de allí y la ocupación de Cojohuacan. Clavijero resuelve esta dificultad, datando la salida de Tetzco el 20 de mayo, en vez del 10, y siguiendo al historiador Herrera y no a Cortés. Pero seguramente, de las dos autoridades, el segundo es la mejor.

CAPÍTULO V

DERROTA DE LA FLOTILLA INDIA.—OCUPACIÓN DE LA CAIZADA.—ATAQUES FURIOSOS DE LOS INDIOS.—INCENDIO DE LOS PALACIOS.—RESISTENCIA DE LOS SITIADOS.—CUARTELES DE LAS TROPAS.

(1521)

Apenas supo Cortés que los dos oficiales de que arriba hemos hablado estaban ya en sus respectivos puestos, cuando mandó a Sandoval que marchase sobre Ixtlapalapan. La travesía la hizo por un país casi todo de paz, y en Chalco se reforzó su pequeño ejército con los innumerables aliados que le esperaban allí para reunírsele. Verificada la reunión, emprendió su marcha sin encontrar obstáculo hacia la ciudad, a cuyas goteras encontró un fuerte ejército indio dispuesto a darle batalla. Dióse en efecto, y los indios, después de defenderse bravamente durante algún tiempo, se vieron por fin obligados a huir y a refugiarse en el lago o en la parte de la ciudad que estaba situada sobre el agua. El resto de aquella fué prontamente ocupada por los españoles.

En el entre tanto, Cortés, había venido con su flotilla en ayuda de su teniente. Al pasar cerca de la ribera meridional del lago, pasó bajo la sombra de un pico, llamado des-

pués por esta causa, «la Roca del Marqués». Defendíala un cuerpo de indios, que al cruzar su flotilla le saludó con gran cantidad de piedras y flechas. Cortés, para castigar aquella osadía y limpiar el lago de tan molesto enemigo, desembarcó con 150 hombres: se puso a su cabeza, escaló la escarpada subida, no obstante la lluvia de proyectiles que le arrojaban, subió al pico y pasó a cuchillo a la guar-nición. Además de ésta había gran número de mujeres y niños, a los cuales perdonó (1).

En la punta de la roca había una hoguera que fué la señal con que se avisó a los habitantes de la capital, que ya había levado áncoras la flota de Cortés. Antes de que éste se hubiese vuelto a sus bergantines se vió rodeado de innu-merables «piraguas», que dejando los puertos de México habían acudido a aquel sitio que cercaron por todas partes. Muchos centenares de ellas iban cargadas de guerreros, y a remo cruzaban rápidamente por la tranquila superficie de las aguas (2).

Cortés, que, para usar de sus mismas expresiones, mira-ba la flota como «la llave de la guerra», determinó dar un golpe decisivo, luego que tuviese ocasión de hacerlo (3). Causóle disgusto ver que sus velas de nada le servían por falta de viento; aguardó, pues, tranquilamente a que se

(1) Hermosa victoria, la llama el Conquistador. «E entrámosles de tal manera que ninguno de ellos se escapó, excepto las mujeres y niños, y en este combate me hirieron 25 españoles; pero fué muy her-mosa victoria». Relación tercera, pág. 291.

(2) Según el cómputo del general, eran cosa de 500 botes. (Ibid, loc. cit.); pero según Bernal Díaz, eran más de 4.000. (Cap. CL) Sin embargo, es de notar que éste no se hallaba presente.

(3) «Y como yo deseaba mucho que el primer encuentro que con ellos hobiésemos fuese de mucha victoria, y se hiciese de manera que ellos cobrasen mucho temor de los bergantines, porque la llave de toda la guerra estaba en ellos.» Relación tercera, pág. 241-242.

acercasen las canoas, pero permanecieron inmóviles a una distancia algo mayor que a tiro de mosquete, como si temiesen acercarse a aquellos gigantes de las aguas. En este momento, se levantó un suave viento de la tierra, que rizó biandamente la superficie de la laguna y que gradualmente fué volviéndose más fuerte. Cortés, aprovechándose de aquel socorro, que con razón le pareció enviado por el cielo, extendió su línea de batalla, y a toda vela arremetió contra el enemigo (1). Este no pudo resistir golpe tan formidable; unas canoas fueron volcadas y se hundieron con el choque, otras quedaron tan lastimadas que comenzaron a hacer agua y se fueron a pique. Las aguas estaban cubiertas con los restos de las canoas que habían naufragado y de hombres que luchaban con las olas, implorando vanamente a sus compañeros que los auxiliasen y los llevasen a bordo de las ya repletas embarcaciones. La flota española, luego que penetró entre aquella multitud de piraguas, rompió un fuego mortífero, a diestro y siniestro, y completó la derrota de los aztecas. Estos no hicieron ya resistencia, sino que después de unas ligeras descargas trataron de volverse a toda prisa a los puertos de donde tan inoportunamente habían salido. Pero en la huida, fueron tan infelices como en el combate, porque los españoles, llevados en las alas del viento, se movían hacia todos lados, a todo su placer, y al mismo tiempo que prodigaban la muerte por todas partes, hacían resonar las riberas con los truenos de la artillería. Sólo una pequeña parte de la flotilla india logró llegar al puerto y buscó abrigo en los canales del corazón de la ciudad, donde no podían perseguirla los pesados bergantines. Esta victoria, aun más sangrienta de lo

(1) «Plugo a Nuestro Señor que estándonos mirando los unos a los otros, vino un viento de la tierra muy favorable para embestir con ellos.» Ibid, pág. 242.

que el sanguinario Cortés había pronosticado, probó decisivamente la superioridad de los españoles y los dejó dueños absolutos de aquellas aguas (1).

Era casi de noche, cuando la escuadra ancló en el punto llamado Xoloc, que es donde se juntan la calzada principal y la rama que va a Cojohuacan. La calzada tenía en aquel punto amplitud bastante para dos torres o templos en forma de torre, defendidas a la sazón por una guarnición azteca, y algo fuertes de por sí. La guarnición no era muy numerosa, y Cortés desembarcó y logró desalojarla y apoderarse de las fortificaciones:

Parece que el primer designio del conquistador fué sentar sus reales con Olid en Cojohuacan; pero si tal fué, mudó después y escogió discretamente el sitio que era más a propósito para acampar. Sólo distaba media legua de la capital, y comunicaba con Cojohuacan, de donde podía sacar los víveres necesarios. Allí, pues, determinó establecer sus cuarteles generales. Mandó sacar de una vez de los bergantines, los cañones de hierro y situarlos en la calzada, y dió a Olid orden de que se le uniese con la mitad de su fuerza, y a Sandoval de que dejase sus actuales cuarteles, se situase en Cojohuacan y le enviase 50 hombres con picas. Después de tomadas estas providencias, se ocupó activamente en acabar de fortificar el punto Xoloc y en ponerlo en el mejor estado de defensa.

Durante los cinco o seis primeros días, subsecuentes al acampamento, los molestaron mucho los indios, que procuraron, aunque ya tarde, impedir que su enemigo se posesionase de un punto tan cercano a la capital, y que si hubiesen tenido mejor conocimiento en el arte de la guerra,

(1) Ibid, loc. cit. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulo XLVIII. Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12, capítulo XXXII.

habrían cuidado mejor. Contra los usos establecidos, atacaron de día y de noche. Las aguas estaban plagadas de canoas, que aunque se ponían a distancia por miedo de los bergantines, con todo se aproximaban bastante, principalmente protegidas por la oscuridad, y arrojaban descargas tan cerradas sobre el campo cristiano, que el suelo se cubrió enteramente de proyectiles, hasta el punto de estorbar los movimientos de los soldados. Otras venían por la orilla occidental de la calzada, que no estaba defendida por la flota y mortificaban tanto a los españoles, que se vieron éstos precisados a abrir una cortadura provisional en el dique, para que entrando dos embarcaciones de las más pequeñas, señoreasen la parte interior de la laguna, como señoreaban la parte exterior. Con todo, los denodados indios se acercaban hasta ponerse a tiro de arco de las murallas cristianas, y arrojaban tantos gritos y aullidos que parecía que «se hundía el mundo» para usar de la expresión de Cortés. Pero quedaron duramente escarmentados, porque las baterías que cubrían las avenidas del campo, rompieron sobre ellos un fuego mortífero que los dispersó y los hizo huír desordenadamente a sus cuarteles (1).

Las dos calzadas principales, la del S. y la del O., estaban ocupadas por los cristianos; pero aún quedaba una tercera, la del N. o Tepejacac, la cual era una prolongación de la calle Real, que pasaba por el corazón de la ciudad, y, por consiguiente, era una continuación de la calzada de Ixtlapalapan; quedábales por allí, a los sitiados, un conducto por donde escaparse y recibir socorros de víve-

(1) Dice Cortés: «y era tanta la multitud que por el agua y por la tierra no víamos sino gente, y daban tantos gritos y alaridos que parecía que se hundía el mundo». *Ibid.* Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., libro 33. cap. XXIII. Ixtlilxochid., *Hist. Chich.*, M. S., cap. XCV. Sahagun, *ubi. supra.*

res, como, en efecto, lo hicieron. Alvarado, que lo advirtió desde Tlacopan, lo avisó al comandante, el cual mandó a Sandoval que se situase en aquella calzada. Este oficial, no obstante que en una de las últimas escaramuzas había recibido una lanzada, obedeció al instante y, quitando la única comunicación que quedaba a la capital con el resto del país, completó el sitio (1).

Pero Cortés no se contentaba con esperar pasivamente los resultados de un sitio dilatado que debía acabar con la paciencia de sus aliados y con sus recursos propios; determinó, pues, atacar vigorosamente la ciudad, para hacer más angustiada su situación y acelerar su rendición. A este intento, mandó dar un asalto general y simultáneo por los dos oficiales que ocupaban las otras calzadas, los cuales debían atacar los barrios inmediatos a sus campamentos respectivos.

Al primer albor de la mañana ya estaban las tropas sobre las armas. Díjose misa, como de costumbre, y los candorosos tlaxcaltecas que asistieron a ella contemplaban con admiración la devoción de los cristianos, a los que miraban poco menos que como a deidades (2). La infantería española marchaba a la vanguardia, capitaneada por Cortés, que iba a pie y acompañado de varios hidalgos, también desmontados. No habían adelantado mucho cuando se encontraron detenidos por una de las cortaduras que

(1) Relación tercera, págs. 246-247. Bernal Díaz, cap. CL. Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 1.^o cap. XVII. Defensa, M. S., capítulo XXVIII.

(2) «Así como fué de día se dijo una misa de Espíritu Santo que todos los cristianos oyeron con mucha devoción, e aun los indios como simples e no entendientes de tan alto misterio, con admiración estaban atentos notando el silencio de los católicos y el acatamiento que al altar y al sacerdote tuvieron, hasta recibir la bendición.» Oviedo. *Historia de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XXIV.

en la otra ocasión habían pasado mediante un puente. Tras la cortadura había una muralla de mampostería, defendida por un cuerpo de aztecas, los cuales, conforme se acercaron los españoles, les arrojaron una descarga de saetas. En vano intentaron éstos desalojarlos por medio de los arcabuces y ballestas, porque los indios estaban perfectamente guarecidos tras de sus atrincheramientos.

Entonces ordenó Cortés que se situasen los bergantines uno de cada lado de la calzada y que enfilasen la posición defendida por el enemigo; éste, puesto así entre dos fuegos bien dirigidos, se vió precisado a ceder. Los soldados que venían a bordo se acercaron a tierra y saltaron como gamos a las riberas. Siguiéronles prontamente sus compañeros, acaudillados por Cortés, los cuales se arrojaron al agua, atravesaron el foso indefenso y se unieron con sus camaradas en el alcance. Los mexicanos se replegaron en algún orden hasta que llegaron a otro foso semejante al anterior, cuyo puente estaba levantado y defendido también por otra trinchera de mampostería, tras la cual había otra guarnición azteca. Los aztecas fugitivos se echaron a nado en el foso y, ayudados de tropas de refresco, volvieron a defenderse.

Manteníanse firmes en su puesto, hasta que urgidos por la artillería de los bergantines, tuvieron que abandonarlo. De esta manera fueron los indios perdiendo, uno tras otro, todos sus atrincheramientos; a cada nuevo triunfo gritaban con gozo las tripulaciones de las naves, y sus exclamaciones encontraban eco en las largas filas de sus compatriotas y de los indios aliados que ocupaban la calzada, y resonaban en todo el valle.

Cortés vencidos todos los fosos, se encontraba en los suburbios de la capital. Allí se detuvo para esperar a que llegase la retaguardia, la cual estaba ocupada en llenar las

cortaduras de manera que pudiesen pasar la caballería y artillería y que todo el ejército tuviese expedita la retirada. Esta importante maniobra se confió a los aliados, los cuales la desempeñaron demoliendo las murallas de la margen y echando el ripio en el agua; cuando no bastaba esto, porque el lago, por su parte meridional, es profundo, arrancaban piedras y matorrales de la misma calzada y amontonaban todo el foso hasta que éste quedaba lleno y a más alto nivel que el agua.

La calle en que entraron los españoles era la principal, que cortaba a la ciudad de Norte a Sur y por la cual habían entrado la primera vez. Era ancha y perfectamente recta, y a lo lejos se divisaban gruesas masas de guerreros que parece que acudían en socorro de los ejércitos que disputaban el paso a los españoles. Los dos lados de la calle estaban formados de casas cuyas azoteas coronaban combatientes que, conforme pasaban por abajo los blancos, les arrojaban mortíferas descargas de proyectiles que, las más veces, rebotaban contra las aceradas armaduras, pero que también solían penetrar al tosco escaupil de los soldados, ya desgarrados por varias partes. Cortés, para evitar en lo subsecuente que volviesen a dañarle de esta suerte, ordenó a los trabajadores indios que derribaran las casas, conforme fuera él avanzando. Los indios prestaron servicios inestimables tanto en esta demolición, como en llenar los fosos (1).

Los españoles, entre tanto, avanzaban con firmeza pero lentamente; porque el enemigo, aunque retrocedía ante el fuego de la mosquetería, volvía después a la carga y arrojaba multitud de proyectiles contra sus perseguidores. De

(1) Sahagun. loc. ant. cit Ixtlilxochitl, *ubi. supra.* Oviedo, opicit, bro 33, cap. XXIII. Relación tercera, págs. 247-248.

esta manera anduvieron la mayor parte de la calzada, hasta que los atajó un foso atravesado en otro tiempo por un puente, de la cual quedaban solamente algunas planchas. Los indios las rompieron en cuanto ellos hubieron acabado de pasar, volvieron caras hacia los españoles y les descargaron una granizada de saetas que rasaron la parte superior de la trinchera puesta del lado interior del foso. Cortés no pudo emplear aquí sus bergantines, porque el canal era tan poco profundo que no podían penetrar hasta él. Hizo adelantar a sus arcabuceros, los cuales, guarecidos por las adargas de sus compañeros rompieron el fuego sobre los indios; pero las balas eran rechazadas por la muralla de piedra, al paso que los españoles se presentaban a pecho descubierto a los tiros enemigos.

El general mandó entonces traer los cañones gruesos y con ellos abrir una brecha por la cual penetraban las descargas de los arcabuceros y ballesteros. Los indios se retiraron después de defender el puente por más de dos horas (1). Los españoles se arrojaron a la acequia que era su-

(1) Ibid, *ubi. supra*. Ixtlilxochitl, *ubi. supra*. Aquí termina la obra últimamente citada del historiador tetzcocano, el cual nos ha acompañado desde el primer momento de nuestra narración, hasta este punto del último sitio de la capital. Es imposible conocer si las últimas páginas del manuscrito se han perdido, o si este fué interrumpido por la muerte del autor. Pero esta falta se suple con su breve bosquejo de los últimos acontecimientos de la conquista, que nos ha dejado en otro de sus escritos. Indudablemente que eran elementos para estar bien informado, el conocimiento de la lengua y de la pintura jeroglífica, y el trato con los actores de las escenas que describe. Todas estas ventajas están contrapesadas por la falta de criterio, no quiero ya decir entre lo verdadero y lo falso (porque ¿qué es lo verdadero?), sino entre lo probable o siquiera posible, y lo que es imposible. Perteneció a la primera guarnición india convertida a la fe católica, y vivió en un crepúsculo de civilización, en que si no era fácil hacer milagros, si lo era creerlos.

perficial, escalaron sin dificultad la muralla, y se precipitaron sobre los indios que huyeron hasta refugiarse en la plaza donde la sagrada pirámide se aventajaba sobre todos los edificios de la ciudad. Era aquel un lugar muy familiar a los españoles; de un lado estaba el palacio de Axayacatl, su antiguo cuartel, donde muchos de ellos habían pasado tan crueles trabajos: del opuesto estaba el conjunto irregular de edificios bajos, residencia en un tiempo del infortunado Moteuczoma; el tercer lado de la plaza estaba ocupado por el coatepantli o «pared de las serpientes», que circundaba al *teocalli* mayor y encerraba los edificios destinados al culto. Los españoles se detuvieron a la entrada de la plaza, como oprimidos y agobiados por los recuerdos que se agolpaban a su cabeza en aquel instante, pero el intrépido caudillo, impaciente de aquella vacilación, les ordenó bruscamente que cargasen sobre los aztecas antes de que estos tuviesen tiempo de reunirse, y poniéndose en un brazo su adarga, y levantando con la otra mano su espada dió el grito de «Santiago» y arremetió contra el enemigo (1).

Los mexicanos, intimidados con la presencia de su detestado enemigo, que, a pesar de todos los esfuerzos hechos por atajarlo, había logrado penetrar hasta el corazón de la ciudad, no pudieron ya resistir, y se retiraron, o por mejor decir, huyeron en busca de abrigo al recinto del templo mayor en cuyo atrio había multitud de edificios que podían servir de puntos fuertes de defensa. Veíase a algunos sacerdotes vestidos con sus toscas túnicas salpicadas de sangre, recorrer los terrados que circuían la pirámide, y ento-

(1) «Y con todo esto no se determinaban los cristianos de entrar en la plaza, por lo cual diciendo Hernando Cortés que no era tiempo de mostrar cansancio ni cobardía, con una rodela en la mano, apellidando Santiago, arremetió el primero.» Herrera, *Hist. General*, dec. 3, libro 1.º, cap. XVIII.

nar himnos en honor de los dioses, animando a los guerreros de abajo a combatir esforzadamente en defensa de los altares (1).

Los españoles penetraron por las puertas que encontraron abiertas, y unos pocos subieron por la tortuosa escalera hasta la cumbre del templo. No se veía en él la cruz ni ningún otro de los símbolos de la fe católica, que habían dejado la otra vez. Una nueva efigie del dios de la guerra había reemplazado a la que demolieron y ostentaba una caprichosa y horrorosa forma, en el mismo santuario que su predecesor. Los españoles le despojaron de la máscara de oro y de las alhajas de que estaba cargado; precipitaron a los sátrapas de lo alto del templo y acudieron en ayuda de los compatriotas que pugnaban en el atrio, que bien lo necesitaban (2).

Los aztecas, indignados del sacrílego ultraje que en su presencia se había inferido a sus dioses, y sacando todo el valor que les inspiraba lo sagrado del lugar, arrojaron un grito de horror y de furia vengativa, se pusieron en algún orden y se echaron sobre los españoles como movidos de un solo impulso. Los que habían quedado cerca de la entrada, no obstante que fueron cogidos de sorpresa, hicieron un esfuerzo para mantenerse dueños de la puerta; pero fué en vano, porque el tropel de indios los arrolló hasta la plaza, donde los atacaron otros cuerpos que habían acudido

(1) Sahagun. *Hist. de Nueva España*. lib. 12, cap. XXXII.

(2) Ixtlilxochitl, en su 13.^a Relación, que comprende, entre otras cosas, una breve noticia de la toma de México, y que ha sido dada a luz por el laborioso Bustamente, atribuye a Cortés todo el mérito de esta hazaña. En la capilla mayor donde estaba Huitzilopochtli y a la que llegaron Cortés e Ixtlilxochitl a un tiempo, ambos embistieron con el ídolo. *Cortés cogió la máscara de oro que tenía puesta este ídolo con ciertas piedras preciosas que estaban engastadas en ella. Venida de los españoles*, pág. XXIX.

de las calles inmediatas. Las tropas españolas, dispersas y perdida su presencia de ánimo, no hicieron conatos por rehacerse, atravesaron la plaza, abandonaron el cañón que habían situado en ella, y tomaron la calzada de Ixtapalapan. Allí se encontraron con los aliados, que, envueltos en el choque de los blancos y participando de su pánico terror, aumentaron la confusión: los ojos de los fugitivos cegados por tantas saetas y piedras como arrojaban los aztecas desde las azoteas, no podían distinguir a amigos de enemigos. En vano Cortés procuraba contener el torrente y restablecer el orden: su voz se perdía entre el sordo rumor de los fugitivos, que eran empujados como tronco que arrebatara en su furia la corriente.

Todo parecía perdido, cuando de repente se oyó en una calle inmediata un ruido como de pisadas de caballos que galopaban apresuradamente. El ruido se acercaba cada vez más y más, hasta que un cuerpo de caballería asomó por una de las bocas calles laterales. A pesar de que eran un puñado se abrieron paso por entre las masas enemigas. Varias veces hemos hablado del terror supersticioso que imponían a los indios los caballos y los jinetes; y aunque la larga permanencia de los españoles en la capital había hasta cierto punto, familiarizado a los indios con su vista, había pasado tanto tiempo sin que volviesen a verlos, que sus misteriosos temores habían revivido en toda su fuerza.

Cuando se vieron, pues, de improviso atacados de flanco por la caballería, les sobrecogió un terror pánico y se pusieron en completa confusión, que se propagó hasta las filas delanteras; lo cual, visto por Cortés, se volvió con la rapidez del relámpago, y ayudado de sus compañeros logró replegar a los indios hasta el recinto de la plaza.

Era ya la hora del crepúsculo, y como en breve iba a envolverlos la noche, no hicieron los españoles ningunna

tentativa para aprovecharse de su última ventaja. Mandó, pues, tocar retirada, lo que ejecutó en buen orden, llevándose la artillería que había sido abandonada en la plaza. Los aliados iban por delante: seguiales la infantería española, y cerraba la marcha la caballería, de suerte que quedó invertido el orden en que vinieron. Los aztecas persiguieron al ejército, y no obstante las repetidas cargas que les daba la caballería, seguían desde lejos arrojando inútilmente proyectiles, y llenando el aire con sus bramidos y gritos, como si fuesen una manada de lobos rabiosos, a quienes se ha escapado la presa. Hízose tarde, antes de que pudiese llegar el ejército a sus cuarteles de Xoloc (1).

Sandoval y Alvarado habían ayudado a Cortés en el ataque de la ciudad, aunque ninguno de ellos había penetrado hasta los suburbios, acaso por la dificultad de hacerlo; la cual, para Alvarado, debe haber sido mayor que para Cortés, pues su campamento estaba separado de la ciudad por mayor número de fosos. También aumentaba la dificultad la falta de bergantines, hasta que Cortés mandó la mitad de la flotilla en ayuda de sus oficiales. Sin la cooperación de éstos no habría aquél internándose tanto, o acaso ni aun habría podido llegar a pisar la ciudad. El éxito del asalto esparció el terror no sólo entre los mexicanos, sino entre sus tributarios, que vieron que tan formi-

(1) «Los de a caballo resolvían sobre ellos, que siempre alanceaban o mataban algunos; e como la calle era muy larga, hubo lugar de hacer esto cuatro o cinco veces. E aunque los enemigos vían que recibían daño, venían los perros tan rabiosos que en ninguna manera les podíamos contener, ni que nos dejasen de seguir.» Relación tercera, página 520. Herrera, *Hist. Gral.*, dec. 3, lib. 1.º, cap. XVIII. Sahagun, *Hist. de Nueva España*, M. S., lib. 1.º, cap. XXXII. Oviedo, *Historia de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XXIII.

dables preparativos de defensa, de poco habían servido contra los blancos, los cuales, superando todos los obstáculos, habían penetrado hasta el corazón de la ciudad. Por consiguiente, varias provincias de las inmediaciones mostraron su buena disposición a someterse a los españoles, y les pidieron protección. Entre las ciudades sometidas estaban Xochimilco, aquélla que tan cruelmente había tratado a los invasores, y algunas de otomíes, raza inculta, pero valiente, que moraba en los confines occidentales del Valle (1). Su sumisión era importante, no tanto por los refuerzos que podían proporcionar, cuanto por la seguridad en que quedaba el ejército, amenazado siempre en su retaguardia, por estos belicosos bárbaros.

El mayor socorro que entonces recibieron los españoles vino de Tetzco, cuyo príncipe Ixtlilxochitl había llegado a reunir un refuerzo de cincuenta mil hombres, si hemos de creer a Cortés, y venía conduciéndole en persona. De orden del general fueron distribuídos entre las tres divisiones sitiadoras (2).

(1) La gran masa de los otomíes era una raza salvaje, que habitaba las anchas crestas de la meseta, allá en lo apartado del septentrión. Pero algunos de ellos habían penetrado en el valle y habían entrado en alianza con los tetzcocanos y aún con los tlaxcaltecas; y eran unos de los mejores soldados de los ejércitos de estas dos naciones.

(2) «Istrisuchil (Ixtlilxochitl), que es de edad de veintitrés o veinticuatro años, muy esforzado, amado y temido de todos.» (Relación tercera, pág. 257.) Reina entre los historiadores la mayor oscuridad en lo tocante a este príncipe, al cual parece que han confundido muy frecuentemente con su hermano, el que le precedió en el trono de Tetzco. Es raro que a ninguno de los dos se le miente con otro nombre que al de Hernando; y si es cierto, como Herrera lo asegura, que los dos tenían ese nombre, esto explica hasta cierto punto la dicha confusión. (*Hist. Gral.*, dec. 3, lib. 1.º, cap. XVIII.) En el texto me he conformado con la autoridad del antiguo cronista, quien sus noticias acerca de su real pariente, las había obtenido según él mismo cuenta,

Reforzadas de esta suerte, determinó Cortés dar a la capital un nuevo ataque, antes de que tuviese tiempo de recobrarse del primero. Diéronse órdenes a los comandantes de las otras divisiones, para que atacasen al mismo tiempo que él, y le ayudasen a la manera que lo habían hecho antes. Ordenóse la marcha del mismo modo: la infantería iba a la vanguardia, y le seguían los aliados y la caballería. Pero los españoles, con gran pesar suyo, vieron que habían sido abiertos de nuevo tres fosos, y que el infatigable enemigo había llevádose las piedras y demás materiales que los llenaban. Trajéronse, pues, los cañones, demolióse la muralla, vinieron los bergantines y atacaron al enemigo por los flancos, y éste fué desalojado de la misma manera que anteriormente. En suma, tuvo que hacerse todo de nuevo; pero todavía no era la una de la tarde cuando los españoles estaban de nuevo en la ciudad.

La entrada en los suburbios no fué tan difícil como antes, porque los edificios desde cuyas azoteas les habían causado tanto daño, habían sido arrasados. Sin embargo, tuvieron que disputar el terreno palmo a palmo con la milicia azteca, que peleó con el mismo ardimiento que la primera vez. Cortés, que de buena gana habría perdonado a los moradores, como él lo dice, veía con tristeza que se le obligase a hacer una guerra de exterminio; y se figuró que no habría mejor medio de aterrarles, que quemar de una vez algunos de los edificios que ellos estaban acostumbrados a mirar con veneración (1).

de las historias escritas de su nación y de la narración oral de los contemporáneos del príncipe. *Venida de los españoles*, págs. 30-31.

(1) «Daban ocasion y nos esforzaban a que totalmente los destruyésemos. E desta postrera tenia mas sentimiento y me pesaba en el alma, y pensaba que forma tendria para los aterrorizar de manera que viniesen en conocimiento de su yerro, y del daño que podian re-

Cuando entró en la plaza Mayor, escogió para quemarlos los palacios de Axayacatl, su antiguo cuartel. La larga fila de edificios bajos que lo formaban, eran de piedra; pero las obras exteriores, los torreones y techos, eran de madera. Los soldados, para quienes la vista de aquellos edificios traía tan funestos recuerdos, pusieron mano a su destrucción con el inmenso furor que los franceses a la de la Bastilla. Por todas partes se traían teas encendidas; las partes interiores del edificio se incendiaron prontamente y las llamas en pocos momentos cundieron al segundo piso, al través de las inflamables puertas de madera. Cebóse allí el fuego, y antes de que pudiese vérsese desde fuera, salían de todas las aberturas y hendiduras, densas nubes de humo negro que envolvían toda la ciudad, semejantes a un paño mortuario. Disipólas en seguida una llamarada que envolvió todas las partes superiores del palacio, hasta que faltando a los torreones su apoyo, vinieron por tierra entre nubes de polvo y ceniza, y con un estrépito que contuvo a los españoles por un momento en su obra de devastación.

Pero fué sólo por un momento. Del otro lado de la plaza, contiguos al palacio de Moteuczoma, había otros edificios destinados a los animales. Condenóse a la destrucción, la pajarera llena de muestras de todas las pintorescas variedades de aves que pueblan las selvas de México. Era un edificio esbelto y elegante, construído al estilo indio, y que atendido su objeto, era indudablemente una prueba del refinamiento del gusto del monarca. Sus ligeros materiales, que eran madera y carrizos, formaban contraste con los macizos edificios de piedra de que estaba circuido, y lo

cibir de nosotros, y no hacia sino quemallas y derrocalles las Torres de sus ídolos, y sus Casas.» Relación tercera, pág. 254.

lo hacían a propósito para llenar las miras de los conquistadores. Aplicósele el fuego, y el hermoso y caprichoso edificio fué en un solo momento envuelto en las llamas que esparcieron su lúgubre fulgor por toda la ciudad y la laguna. Los alados habitantes o perecieron en el fuego o los que eran más fuertes, rompieron el enrejado y se elevaron en los aires, y después de revolotear por algún tiempo alrededor de la sagrada ciudad, huyeron con horribles gritos a sus selvas nativas, hasta más allá de las montañas.

Los aztecas contemplaban horrorizados la destrucción del venerable asilo de sus reyes, y de los monumentos de su pompa y esplendor. Su cólera llegó hasta la ceguera cuando vieron a sus odiados enemigos los tlaxcaltecas, ocupados en la obra de desolación y ayudados por los tetzcocanos, aliados y hasta parientes de los mexicanos: Desatáronse en amargas execraciones contra todos ellos y especialmente contra el joven Ixtlilxochilt, que como iba inseparablemente al lado de Cortés, participó de todos los peligros de la jornada. Los combatientes le decían desde los techos de las casas, cuando pasaba por abajo, los epítetos más injuriosos, llamándole falso, traidor a su patria y a su sangre; en lo cual, como lo confiesa el mismo historiador pariente suyo, tenían razón (1). Pero él no prestaba oído a sus improperios y proseguía descaradamente su camino sin vacilar en su fidelidad a la nueva causa que había abrazado. Cuando entró en la plaza Mayor arremetió con el general azteca: le arrebató una lanza que este último había ganado a los cristianos, y descargando sobre él un gol-

(1) «Y desde las azoteas deshonrarle llamándole de traidor contra su patria e deudos. e otras razones pesadas, que a la verdad a ellos les sobraba razón: mas Ixtlilxochilt callaba y pegaba, que más estimaba la amistad y salud de los cristianos, que todo esto.» *Venida de los españoles*, pág. 32.

pe con el pesado «maquahuitl,» le dejó tendido sin vida en el suelo (1).

Habiendo llenado el general español el objeto que se proponía, mandó tocar retirada enviando por delante a los indios aliados. Los mexicanos, enfurecidos con sus pérdidas, se arrojaron ciegos de cólera sobre los jinetes, procurando apearlos de la silla y dándose por satisfechos con perder una vida por cada golpe dado a un enemigo. Afortunadamente, la mayor parte de las tropas estaba empleada en contener el asalto por los otros rumbos de la ciudad; pero con todo, atacaron a los de Cortés con tal brío, que pocos de los suyos llegaron a sus cuarteles sin llevar en el cuerpo alguna memoria de aquel desesperado combate.

El día siguiente, y aun pudiera decirse, que los días siguientes, repitió Cortés sus asaltos, sin cuidar de descansar, como si él y sus soldados fuesen de hierro. Una ocasión entró en la calle de Tlacoplan, en la cual pasó tres puentes, deseando ponerse en comunicación si posible era, con Alvarado, que estaba situado en la calzada contigua. Pero los españoles por aquel barrio no habían penetrado todavía hasta los suburbios, detenidos por la aspereza del terreno, y quizá también por la falta de brío que tiene el soldado cuando no pelea a la vista de su general.

En cada asalto se volvían a encontrar los fosos más o menos reparados por los obstinados mexicanos, y los materiales de que se les había llenado con tanto trabajo removidos de allí. Extraño parecerá que Cortés no tomase una providencia para impedir que se repitiese esta operación que en cada ataque le ocasionaba tanta dilación y tropiezos (2). Él habla de esto en su carta al emperador, y

(1) Ibid, pág. 20.

(2) Por lo tocante a las páginas anteriores, sobre el segundo asalto, véase: Relación tercera, págs. 254-256. Sahagun, *Hist. de la Nueva*

dice para impedirlo habría necesitado establecer sus cuarteles en la ciudad misma, se habría visto cercado de los enemigos y separado del resto del país; o que si hubiese destacado suficiente número de españoles (porque los indios no eran para el caso), para que defendiesen las cortaduras durante la noche, les habría impuesto un trabajo superior a sus fuerzas, pues eran hombres que durante el día tenían que trabajar con mucha asiduidad (1).

Sin embargo, éste fué el arbitrio que tomó Alvarado, el cual destacaba por las noches una guardia de 40 hombres para que cuidara de los fosos próximos a la ciudad. Este destacamento era relevado al cabo de unas cuatro horas por otro de refresco, y éste por otro tercero, permaneciendo los dos primeros en el puesto; por manera que en el momento de alarma se encontraba dispuesto a repeler el ataque un cuerpo de 120 hombres. Algunas veces, toda la división pernoctaba cerca del foso y permanecía sobre las armas en actitud de combate (2).

Pero un género de vida tan trabajoso, era superior a las fuerzas hasta de los españoles, cuya naturaleza parecía de roble. «Durante la larga noche», dice Díaz, que sirvió en la división de Alvarado, «velábamos todos, sin cuidarnos ni del viento, ni del sereno, ni del frío. Allí permanecíamos, padeciendo de las heridas que nos habían dado en el

España. M. S., lib. 12, cap. XXXIII. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., libro 33, cap. XXIV. Defensa. M. S., cap. XXVIII.

(1) Relación tercera, pág. 159.

(2) Bernal Díaz, cap. CLI.

Según Herrera, estuvieron Alvarado y Sandoval acordes en desaprobar la conducta de Cortés, respecto de los fosos. «Y Alvarado y Sandoval por su parte también lo hicieron muy bien culpando a Hernando Cortés, por estas retiradas, queriendo muchos que se quedaran en lo ganado por no volver tantas veces a ello». *Hist. Gral.*, dec. 3. libro 1.º, cap. XIX.

combate del día anterior.» (1) Era tiempo de lluvias, cuya estación dura en México desde julio hasta septiembre. El suelo de las calzadas, anegado por las lluvias y removido por las marchas de tantos guerreros, estaba convertido en un fango, mejor dicho un pantano, que aumentaba inconcebiblemente los padecimientos del ejército.

Las tropas que militaban bajo Cortés no estaban en mejor situación; pues poca parte de ellas podía buscar alivio en los torreones que defendían el fuerte de Xoloc; la mayor parte tenía que vivaquear al raso, expuesta a todas las inclemencias del tiempo. Todos estaban obligados, menos los heridos, a dormir con sus armas y las más veces les sacaba de su profundo sueño el grito de alarma dado a la media noche; porque Cuauhtemotzin, contra el uso general entre sus compatriotas, prefería aquella hora para atacar a los españoles. En suma, dice el veterano arriba citado, «porque noventa y tres días estuvimos sobre esta tan fuere ciudad, cada día e de noche teníamos guerras y combates; e no lo pongo aquí por capítulo lo que cada día hacíamos, porque sería gran proligidad e sería cosa para nunca acabar, y parecería a los libros de Amadis y de otros corros de caballeros.» (2)

El emperador azteca dirigía sus operaciones según un plan sistemático que se parecía algo a una combinación militar. No era raro que atacase simultáneamente las tres divisiones situadas en las calzadas y a las guarniciones destacadas en los extremos de aquéllas. Para hacer esto, hacía entrar en combate no sólo a las tropas de la capital, sino a

(1) «Porque como era de noche no aguardaba mucho y desta manera que he dicho velábamos, que ni porque lloviese, ni vientos ni fríos, y aunque estábamos metidos en grandes lodos, y heridos, allí habíamos de estar.» Bernal Díaz del Castillo, cap. CLI.

(2) Bernal Díaz, cap. CLI.

las de las ciudades inmediatas, moviéndose todos a una señal convenida, que solía ser una hoguera encendida en la cumbre de la pirámide mayor, o el sonido del enorme tambor que había en ella. Observóse que uno de estos ataques simultáneos fué, no se sabe si por casualidad o de intento, en vísperas de San Juan Bautista, aniversario del día en que los españoles hicieron su segunda entrada en México (1).

No obstante la dura fatiga que causaba a las tropas este guerrear incesante, el joven monarca procuraba aliviarlas en cuanto era posible, relevándolas de vez en cuando. Esto se conocía en los diferentes uniformes y banderas de los batallones indios que sucesivamente se presentaban y ausentaban del campo. Durante la noche tenían los aztecas la mayor vigilancia; cosa no muy común entre los indios de la meseta central.

Los puestos avanzados estaban a tal distancia que desde el uno se veía el otro. Los mexicanos estaban por lo común cerca de algún foso y su posición la indicaba una gran luminaria. Las horas en que se debía relevar las guardias eran pregonadas por el penetrante grito de los aztecas, y, de en tiempo en tiempo, se veían vagar algunos hombres, al través de las llamas, las cuales hacían aparecer más macilenta la cobriza piel de los soldados.

Mientras en tierra tenía el Emperador esta actividad, tampoco era remiso por agua: tenía por supuesto la discreción bastante para no trabar combate general con la armada española; pero recurría a las estratagemas que tan en la índole estaban de los indios. Una vez puso en emboscada gran número de canoas tras los carrizos que abundaban en

(1) Ibid. *ubi. supra.* Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., libro 12, cap. XXXIII.

las riberas meridionales del lago y mandó clavar estacas en los pantanos inmediatos. Salieron de pronto muchas canoas o piraguas y se acercaron al sitio en que estaban los españoles. Dos embarcaciones pequeñas, suponiendo que las canoas iban cargadas de víveres para los sitiados, les acometieron al instante, como antes se había hecho. Las canoas aztecas huyeron a refugiarse entre los carrizales donde estaban emboscados sus compatriotas, y los bergantines españoles que iban en su alcance, quedaron varados entre las estacas. Viéronse los castellanos rodeados de indios en un momento: la mayor parte de la gente salió herida; otra fué muerta, incluso entre estos últimos los dos capitanes; y uno de los bergantines, inútil presa para los indios, cayó en sus manos. Entre los muertos estaba Pedro Barba, comandante de los ballesteros, valiente oficial que se había distinguido mucho en la conquista. Esta desgracia causó a Cortés gran pena y le sirvió de lección saludable para ser después más cauto (1).

Así pues, se combatía por mar y tierra; en la calzada, en la ciudad y en la laguna. Aun cuando debiese sucumbir la capital azteca, no por eso desmintió su alto renombre, oponiendo denodada resistencia a los invasores. Parecíase aquel país a un cuerpo en el cual aunque hayan muerto las extremidades, aún queda vida en el corazón, que por algún tiempo parece que late aún con más fuerza que nunca.

Parece extraordinario cómo pudo Cuauhtimotzin proveer a la manutención de una población tan numerosa cual la que encerraba la metrópoli, mayormente estando cogidas por los sitiadores todas las avenidas por donde pudieran haber entrado víveres (2). Pero independientemente del

(1) Bernal Díaz, cap. CLI. Sahagun, op. cit., lib. 12, cap. XXXIV

(2) No recuerdo haber encontrado en ningún conquistador el censo de la población; sin embargo de que tampoco sería muy digno de

acopio hecho de antemano con este fin, y del asqueroso alimento que proporcionaban las víctimas del sacrificio, se sacaban provisiones de los pueblos que cercaban el lago, pues, no obstante que los bergantines tenían orden de cruzar día y noche por aquellas aguas, y de limpiarlas de las canoas empleadas en traer víveres, éstas burlaban por la noche la vigilancia de los cruceros, y descargaban en los puertos sus mercancías. Hasta que no comenzaron a faltar a su obediencia las grandes ciudades de los alrededores, no empezó a experimentarse en la capital escasez de víveres. Estas defecciones fueron siendo cada día más frecuentes, porque los pueblos al ver que México no se bastaba a sí mismo para su propia defensa, mal podían esperar que los defendiese a ellos; por manera que la metrópoli azteca fué perdiendo uno tras otro todos sus grandes vasallos, al modo que el árbol que está declinando pierde todas sus hojas al primer soplo de la tempestad (1).

Las ciudades que nuevamente imploraron la protección de los blancos, les proporcionaron innumerable multitud de guerreros; multitud tal que, si hubiéramos de atenernos al cálculo de Cortés, pasaba de 150.000, y que sólo servía para embarazar los movimientos del ejército, ocupando y llenando las dilatadas calzadas (2). Sin embargo, es cierto que entonces el Valle, cubierto de ciudades y aldeas, tenía una población mucho más numerosa que al presente, y en

fe aunque se encontrase. Sin embargo, debe aquélla haber sido muy numerosa, puesto que dondequiera que se presentasen los sitiadores, eran resistidos pronta y cumplidamente.

(1) *Defensa*, pág. 23. Sahagun, op. cit., lib. 12, cap. XXXIV.

Las principales ciudades eran Mexicaltzinco, Cuitlahuac, Ixtlapalapan, Misquiz, Huitziloptcho, Colhuacan.

(2) «Y como aquel día llevábamos más de ciento y cincuenta mil hombres de guerra.» Relación tercera, pág. 280.

la cual cada hombre era un guerrero. Estos refuerzos fueron distribuidos entre las tres divisiones, y situados al extremo de las calzadas. La mayor parte fué empleada en proporcionar víveres al ejército, e igualmente en hostilizar a las tribus que aún permanecían en guerra con los españoles. Empleólas también Cortés en construir tiendas de campaña para los españoles, que padecían mucho con estar expuestos a la intemperie y a las lluvias, las cuales arreciaban de noche. De los edificios demolidos en la ciudad se sacó buena parte de la piedra y madera que se necesitaba: lleváronse los materiales en los bergantines a las calzadas, y se construyó una hilera de chozas o tiendas que se extendía de ambos lados de la fortificación de Xoloc. Puede darse alguna idea del ancho de la calzada por aquel punto, que era uno de los más profundos del lago, con decir que, aunque las tiendas estaban dispuestas en líneas paralelas a las dos orillas de la calzada, aún quedaba espacio suficiente para que el ejército se moviese holgadamente por entre ellas (1).

De esta suerte se consiguió que estuviesen cómodamente alojados los españoles y sus sirvientes, que entre todos subían a 2.000 hombres. El cuerpo principal de aliados y una pequeña partida de caballería e infantería estaban situados en el punto inmediato de Cojohuacan, y servían de cubrir la retirada al campamento y de mantener expeditas las comunicaciones con todo el resto del país. Iguales disposiciones se tomaron en todas las otras divisiones de Alvarado y de Sandoval, para el alojamiento de las tropas;

(1) «Y vea V. M. que tan ancha puede ser la calzada», dice Cortés al emperador, «que va por lo más hondo de la laguna, que de la una parte y de la otra iban estas casas, y quedaba en medio hecha calle, que muy a placer íbamos y veníamos por ella». Ibid. pág. 260.

pero sus tiendas no eran tan sólidas como las del campo de Cortés.

Las provisiones de boca las obtenían los blancos de las ciudades inmediatas y especialmente de Tetzco (1). Consistían aquéllas en pescados, frutas y principalmente tuna, (cactus opuntia) y una especie de cereza (capulin), o cosa que se le parece mucho, muy abundante en aquella estación. Pero el principal alimento eran las tortillas, aún usadas en México, y de las que había panaderías, dirigidas por indios, en todas las plazas militares que dominaban las calzadas (2). Los aliados, según parece muy probable, añadían a este banquete frugal la carne humana, de que, desgraciadamente, había gran abundancia en los campos de batalla; costumbre que, aunque repugnaba a Cortés, no creyó conveniente contrariar por entonces (3). La tempestad que ha-

(1) La mayor escasez que sufrieron los españoles, según Bernal Díaz, fué la de medicinas para las heridas; pero esto fué remediado en parte por un soldado catalán, que por medio de oraciones y ruegos, logró hacer varias curas maravillosas, tanto en los españoles como en los aliados. Estos últimos, como los más ignorantes, acudían en tropel a la tienda de su Esculapio, cuya eficacia estaba indudablemente en razón directa de la fe del paciente. *Hist. de la Conq., ubi. supra.*

(2) Díaz pasó esta ingrata dieta. (Ibid, loc. cit.) Sin embargo, la tuna es una fruta nutritiva y agradable, y la «tortilla», aunque no sea lo que puede llamarse un bocado regalado, para un campamento es regular alimento. Según la autora de la *Vida de México*, se hacen hoy las tortillas como antes se las hacía, es decir, con harina de maíz y una ligera agua de cal. Si en efecto, es lo que allí dice, las recetas de cocina serán lo único que no ha cambiado en ese país de revoluciones.

(3) «Quo starges», dice Mártir, «erat crudelius eo magis copiosé ac opipare coenabant Guazuzinqui et Tlaxcaltecani, caeterique provinciales auxiliarii qui soliti sunt hostes in proelio cadentes intra suos ventres sepelire; nec vetare ausus fuisset Cortesius». (De *Orbe Novo*:

cía tanto tiempo se apiñaba sobre la capital azteca, se había desatado contra ella en toda su furia. Sus desgraciados moradores se vieron cercados por todas partes de legiones de enemigos, y las largas filas de éstos, se extendieron engreídamente hasta donde la vista podía alcanzar; viéronse abandonados de sus vasallos y amigos en los momentos de mayor aflicción; vieron a los feroces extranjeros penetrar hasta sus íntimos retretes; viéronles violar sus templos, saquear sus palacios, devastar la ciudad de día, incendiarla de noche, y alojarse en sólidos edificios, como si hubiesen determinado no alejarse de allí un solo paso mientras quedase una piedra sobre otra. Todo esto vieron y, con todo, su espíritu permanecía indómito y, a pesar de que el hambre y la peste empezaban a devorarlos, hacían frente resueltamente a sus enemigos. Cortés, que deseaba de buena gana libertar a la capital y a sus moradores de tantos horrores, veía con asombro aquella resistencia. Más de una vez manifestó, por medio de prisioneros a quienes dejaba en libertad, su buena disposición para otorgar una capitulación honrosa; todos los días esperaba que se aceptarían sus ofertas, pero todos los días quedaba burlada su esperanza (1). Faltábale todavía saber cuán tenaz era la me-

dec. 5, cap. VIII.) «Y los otros les mostraban los de su ciudad hechos pedazos, diciéndoles que los habían de cenar aquella noche y almorzar otro día, como de hecho lo hacían». (Relación tercera, pág. 256.) Pero aún más horroriza lo que dice Oviedo, que: «ni podían ver los ojos de los católicos y cristianos más espantable y aborrecida cosa que ver en el real de los amigos confederados el continuo ejercicio de comer carne asada o cocida de los indios enemigos, e aún de los que mataban en las canoas e se ahogaban y después el agua los echaba en la superficie de la laguna o en la costa, no los dejaban de pescar e aposentar en sus vientres». *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XXIV.

(1) «Y sin duda el día pasado y aqueste yo tenía por cierto, que vinieran de Paz, de lo cual yo siempre con Victoria y sin ella hacía

moria de los aztecas y que cualesquiera que fuesen sus presentes trabajos y sus temores futuros, todo se lo hacía olvidar el odio a los blancos.

todas las muestras que podía. Y nunca por eso hallábam^{os} en ellos ninguna señal de paz.» Relación tercera, pág 261.

CAPÍTULO VI

ASALTO GENERAL A LA CIUDAD.—DERROTA DE LOS ESPAÑOLES.—SU ANGUSTIADA SITUACIÓN.—SACRIFICIO DE LOS PRISIONEROS.—DEFECCIÓN DE LOS ALIADOS.—CONSTANCIA DE LAS TROPAS.

(1521)

El hambre seguía asolando la ciudad sitiada. Parecía seguro que estrechando el cerco debía capitular la población, sin necesidad de hacer armas contra ella. Pero esto requería tiempo, y los españoles, aunque duros y constantes por naturaleza, ya comenzaban a impacientarse de pasar trabajos casi iguales a los de los sitiados y aun bajo ciertos respectos aún mayores, pues ellos vivían al raso, expuestos al frío, a los vientos y a las lluvias que, cayendo en abundancia en aquella estación, los ponían en el último extremo de la angustia. En tal estado, muchos había que, por abreviar sus padecimientos, habrían querido de buena gana aventurarse a tomar la ciudad por un golpe de mano. Otros opinaban que lo mejor sería coger el mercado de Tlaltilolco, el cual por estar situado a la parte N. O. de la ciudad, ofrecía medios fáciles de comunicación con los campos de Sandoval y de Alvarado. Aquel lugar cercado de pórticos numerosos prestaría cómodo alojamiento para

un ejército numeroso, y una vez establecidos los españoles dentro de la ciudad les sería más fácil dar el golpe, que no permaneciendo lejos de ella.

Estos razonamientos eran los de varios oficiales, entre ellos Alderete, el tesorero de la corona, persona de mucha consideración no sólo por su rango, sino por su capacidad y celo en el buen servicio. Cortés, accediendo a los deseos de este oficial, convocó un consejo de guerra y sometió el asunto a su deliberación. Los proyectos del tesorero fueron acogidos por todos los hidalgos y valerosos, los cuales deseaban con ansia poner pronto término a aquella vida cansada y trabajosa; y Cortés, creyendo más prudente adoptar el camino acaso menos conveniente, que sujetar al ejército a que le obedeciese con repugnancia, se dejó arrastrar por la opinión general (1).

Señalóse día para el asalto, que debía darse simultáneamente por las divisiones de Alvarado y del general en jefe. Sandoval recibió la orden de traer la mayor parte de su fuerza a la calzada del Norte y reunirse con Alvarado, y de enviar a Cortés setenta hombres con picas.

El día señalado, después de la acostumbrada ceremonia de la misa, se pusieron en marcha las dos divisiones contra la ciudad (2). Además de los bergantines venían multi-

(1) Tal es la relación que explícitamente da Cortés al Emperador. (Relación tercera pág. 264.) Bernal Díaz dice, por el contrario, que el general es quien concibió primero el asalto. (*Hist. de la Cong.*, capítulo CLI.) Pero este último escritor no tenía medios de saberlo y no es creíble que Cortés hubiera incurrido en una falsedad palpable y fácil de desmentir.

(2) El exacto cumplimiento con la ceremonia de la misa en medio de las lluvias y del trabajo incesante, ha merecido un elogio del editor de Cortés. «En el campo, en una calzada, entre enemigos, trabajando día y noche, nunca se omitió la misa para que toda la obra se atribuyese a Dios, y más en unos meses en que incomodaban las aguas

tud de canoas destinadas a penetrar en los canales estrechos e infinidad de indios aliados, que después solo sirvieron de poner en confusión y estorbar los movimientos de los conquistadores. Pasados los suburbios se presentaban tres calles que conducían todas al gran mercado de Tlaltlilco. La principal, mucho más ancha que las otras dos, merecía llamarse calzada más bien que calle, pues tenía acequias por los dos lados. Cortés dividió su fuerza en tres trozos: uno de ellos lo confió a Alvarado, con órdenes de apoderarse de la calle principal; el segundo lo puso a las órdenes de Andrés Tapia y Jorge de Alvarado, el primero, hombre de valor y capacidad, y el segundo, hermano menor de don Pedro y dotado de esa intrepidez que pertenecía a toda su caballeresca familia. Esta segunda división debía entrar por una de las calles paralelas, mientras que el general, con la tercera división, debía ocupar la otra calle. Una partida de caballería con dos o tres piezas de batalla, debía permanecer como cuerpo de reserva enfrente de la calle real de Tlacopan, que era el lugar de reunión señalado a las divisiones (1).

Cortés dio a sus tenientes la orden terminante de que no avanzasen ni un solo paso sin dejar antes completamente cubierta la retirada, llenando los fosos y cortaduras que hubiese en las calzadas. El descuido de Alvarado en hacer esto, había ocasionado a su división pocos días antes, tan

del cielo, y encima del agua las habitaciones e malas tiendas». Lorenzana, pág. 266, nota.

(1) En la división del tesorero había, según la carta del general, 70 infantes, 7 u 8 caballos y 15 o 20.000 indios; en la de Tapia 80 infantes y 10.000 indios; y en la suya propia, 8 caballos, 100 infantes e infinito número de aliados. (Ibid, *ubi. supra*) La vaguedad de estas expresiones prueba que en la aritmética de los conquistadores, eran cosa de poco monta, algunos miles de más o de menos.

serias consecuencias, que el general se dirigió a los cuarteles de aquel oficial con ánimo de reprenderle públicamente por haber desobedecido sus órdenes; pero cuando llegó a ellos, encontró que Alvarado había de tal modo reparado su falta con la osadía y el valor, que la dura reprimenda, aunque bien merecida, se convirtió en una suave reconvención (1).

Tomadas estas disposiciones, las tres divisiones se pusieron a un tiempo en marcha sobre la ciudad. Cortés, pie a tierra, iba a la vanguardia de su infantería. Los mexicanos retrocedieron al acercarse los castellanos, haciendo menos resistencia de lo que acostumbraban. Los españoles proseguían venciendo trincheras tras de trincheras, y llenando cuidadosamente con carrizos los fosos, para tener seguro tránsito por ellos. Las canoas protegían el ataque caminando por las acequias laterales y combatiendo con los enemigos. Finalmente, los innumerables tlaxcaltecas escalaban las casas y pasaban de la una a la otra, y arrojaban a sus defensores de las azoteas abajo. El enemigo, cogido aparentemente de sorpresa, parecía que no resistiría ni por un momento la furia del ataque; y los cristianos, alentados por los gritos de triunfo de sus compañeros de la otra calle, como que se daban prisa por llegar a la preparada red en que debían caer.

El general, atendida la felicidad de sus triunfos, llegó a desconfiar y a titubear sobre si seguiría internándose, pues temió que el plan del enemigo fuese dejarle penetrar hasta el corazón de la ciudad, y allí cercarle de todos lados. Recelaba, igualmente, de que sus tenientes, en el calor del

(1) «Otro día de mañana acordé ir a su real para la reprender lo pasado... Y visto no le imputé tanta culpa como al principio parecía tener y platicado cerca de lo que debía de hacer. yo me volví a nuestro real aquel día.» Ibid, pág. 263-264.

alcance, hubiesen olvidado las precauciones que les había prevenido, sobre que dejasen expedita la retirada. Por lo tanto, hizo alto con su división para burlar las arterias de sus enemigos. Entretanto, recibió de Alderete la comunicación de que ya casi había ganado la plaza del mercado; nueva que no hizo más que agravar los temores que tenía Cortés, de que hubiese descuidado de tomar algunas de las precauciones prescritas. Por lo tanto, determinó ir él mismo en persona con una pequeña fuerza, a reconocer el camino por donde había entrado el tesorero.

No había todavía andado mucho, cuando le detuvo un foso abierto, de diez a doce pasos de ancho, y por lo menos de dos estados de profundidad, por el cual, comunicaban una con otra las dos acequias laterales. Habíase procurado, pero muy imperfectamente, llenar el foso con cañas; pero aquello apenas servía, y una que otra piedra y tronco disperso, probaban que la obra había sido abandonada tan pronto como comenzada (1). Para colmo de aflicción, observó el general que las dos riberas de la calzada habían sido socavadas cerca del foso, y a lo que parecía recientemente. Todo esto revelaba la astucia del enemigo, y dejaba poca duda de que el entusiasmo oficial había caído en la red que le habían tendido. Alarmado vivamente, determinó reparar en cuanto fuese posible aquella falta, y ordenó a su gente que se pusiese a llenar el abierto foso.

Pero apenas habían comenzado su tarea, cuando oyeron a lo lejos el estrépito de una batalla, seguido de una espan-

(1) «Y hallé que habían pasado una quebrada de la calle que era de 10 o 12 pasos de ancho; y el agua que por ella pasaba era de hondura de más de dos estados, y al tiempo que lo pasaron habían echado en ella madera y cañas de carrizo, y como pasaban poco a poco y con tiento, no se había hundido la madera y cañas.» Ibid., pág. 268. Véase también a Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLVIII.

table mezcla de aullidos y gritos de guerra, que parecía subir hasta los cielos. Siguióse un ruido confuso, semejante al que hace un gentío que se mueve, cuyo rumor, siempre creciente, probaba que había cambiado el lugar del combate, y que el enemigo se encaminaba adonde estaba Cortés y su puñado de compañeros.

Sus conjeturas resultaron ciertas. Alderete había engolfándose en el alcance de los aztecas, con un ardor que aumentaba a cada paso. Había salvado sin mucho trabajo las trincheras que defendían las cortaduras, y conforme las pasaba, daba órdenes de que se las llenara; pero a los entusiasmados caballeros, pareció innoble ocupación detenerse en llenar fosos, mientras podían alcanzar laureles en el combate; así es que avanzaban sin detenerse y azuzándose los unos a los otros, para ser los primeros en llegar al mercado de Tlatilolco. De esta suerte lograron penetrar hasta el centro de la ciudad, cuando súbitamente se oyó la corneta de Cuauhtemotzin, el símbolo sagrado, que sólo sonaba en ocasiones de sumo peligro, y la cual dió un sonido largo y penetrante desde la cumbre del teocalli mayor, al que ya estaban inmediatos los españoles. En un solo instante los fugitivos aztecas, ciegos y enfurecidos, acudieron por todas partes, y arremetieron contra sus perseguidores. Al mismo tiempo, infinidad de guerreros acudieron de las calles inmediatas, atacaron por el flanco a los españoles, y llenaron el aire con gritos horribles y sobrehumanos, que por un instante apagaron el ronco rumor que reinaba en las otras partes de la ciudad (1).

(1) Gomara, *Crónica*, cap. CXXXVIII. Ixtlilxochitl, *Venida de los españoles*, pág. 37. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XXVI.

La corneta de Cuauhtimotzin resonaba todavía en los oídos de Bernal Díaz, muchos días después de la batalla. «Guatemuz y manda tocaa su corneta que era una señal que cuando aquella se tocase, que

El ejército, cogido de sorpresa y cediendo al furibundo impulso del ataque, entró en el desorden. Amigos y contrarios, españoles e indios, todos quedaron revueltos, formando la mezcla más promiscua. Las espadas, lanzas y mazas, se levantaban sin cesar en los aires; dábanse golpes a diestro y siniestro; por huír, empujábanse los unos a los otros; cegados por la infinita multitud de proyectiles que les arrojan desde las azoteas, huían dispersos sin saber hacia dónde, o caían sin saber la mano que los hería.

Los aztecas venían sobre ellos como un torrente que se precipita de una encumbrada eminencia, y se encaminaban en confuso tropel hacia el foso, de cuyo otro lado estaba Cortés sobrecogido de horror, al contemplar su ruina inminente. Las filas delanteras se arrojaron al agua; los unos se empujaban a los otros, éstos nadaban, aquéllos se hundían, algunos saltaban sobre la muchedumbre de sus ya ahogados compañeros; muchos, en fin, al tratar de saltar a las resbaladizas riberas de la calzada, caían en el agua o eran cogidos por los indios de las canoas, los cuales cooperaban a la derrota, haciendo sobre los fugitivos recias descargas de saetas y javelinas.

Mientras, se mantenían firmes e intrépidos del otro lado del foso, Cortés y los que llevaba. «Y como el negocio fué tan de súbito, y vi que mataban la gente, determiné de me quedar allí y morir peleando.» (1) Extendiendo los brazos

habían de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa o morir sobre ello, y retumbaba el sonido que se metía en los oídos, y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes, saber yo qué decir ahora con qué razón y esfuerzo se metían entre nosotros a nos echar mano, es cosa de espanto». Cap. CLII.

(1) «E como el negocio fué tan de súbito e vi que mataban tanta gente, determiné de me quedar allí e morir peleando.» Relación tercera, en Lorenzana, pág. 268.

a todas partes, procuraba salvar del naufragio o del cautiverio a cuantos podía; pero en vano procuró infundir a los fugitivos presencia de espíritu y hacerles entrar en orden. Su persona era muy conocida de los aztecas, y, además, estaba en tal posición, que servía de blanco a sus tiros; arrojábanle una granizada de piedras y saetas, que rebotaaban en su acerado yelmo e impenetrable armadura. Por último, se oyó entre los enemigos el grito de Malintzin, Malintzin, y a un tiempo se arrojaron sobre él seis guerreros atléticos que hicieron un esfuerzo por arrastrarle a una canoa. En la refriega recibió en una pierna un golpe que le inutilizó, de suerte que ya no le quedaba esperanza, cuando acudió en su ayuda su fiel compañero Cristóbal de Olea, que viendo el peligro en que se hallaba el general, se arrojó sobre los bárbaros, trozó a uno de ellos un brazo de un solo tajo, y en seguida atravesó a otro con su espada; en ese instante llegaron un tal Lerma y un jefe tlaxcalteca que combatió sobre el postrado cuerpo de Cortés y despachó a otros tres aztecas mientras el heroico Olea pagaba cara su fidelidad, pues cayó herido de muerte al lado de su general (1).

(1) Ixtlilxochitl, que pretende hacer a su real pariente heredero forzoso de todos los hechos heroicos y hazañosos de la campaña, pondera sobremanera su mérito en la presente ocasión, y dice que en una de las puertas del monasterio de Tetzcocho hay una pintura que representa al jefe tetzcocano salvando la vida de Cortés. (*Venida de los españoles*, pág. 38.) Pero Camargo atribuye todo el mérito de esta acción a un tal Olea, fundándose en el testimonio de un famoso guerrero tlaxcalteca que se halló presente en la acción, y que se la contó. (*Historia de Tlaxcalan*.) Esto mismo sostiene resueltamente Bernal Díaz, quien paga a la memoria de su compatriota un tributo cordial, recomendándolo como a uno de los mejores y más valientes soldados del ejército. (*Hist. de la Cong.*, caps. CLII-CCIV.) Saavedra, el poeta historiador (más historiador que poeta), el cual escribió antes de que

Esparcióse al punto por todo el ejército la noticia de que habían cogido a Cortés; sabido lo cual, Quiñones, el capitán de su guardia y otros varios hidalgos, volaron a libertarle y lograron sacarle de las garras de sus enemigos que ya forcejeaban con él en el agua; pero sus libertadores, tomándolo en brazos, le llegaron a poner otra vez en tierra. En el entre tanto, había conseguido abrirse paso por entre la multitud, un paje que le traía un caballo en que se montase; pero el joven recibió en el cuello una herida de javelina, que impidió su intento. Otro de sus pajes, Guzmán el camarista, fué más afortunado; pero estando teniendo las riendas mientras a Cortés lo ponían en la silla, le cogieron los aztecas y con la rapidez del pensamiento lo arrastraron a una canoa. El general aún permanecía en aquel puesto

todos los que hicieron la conquista hubiesen muerto, también da el laurel a Olea, cuyo destino recuerda en los siguientes versos, que pueden aspirar por lo menos a la fidelidad histórica.

Túvole con las manos abrazado,
Y Francisco de Olea el valeroso
Un valiente español, y su criado,
Le tiró un tajo bravo y riguroso;
Las dos manos a cercén le ha cortado:
Y él le libró del trance trabajoso.
Hubo muy gran rumor, porque decían.
Que ya en prisión amarga le tenían.

Llegaron otros Indios arriscados,
Y a Olea mataron en un punto.
Cercaron a Cortés por todos lados,
Y al miserable cuerpo ya difunto;
Y viendo sus sentidos recobrados,
Puso mano a la espada y daga junto.
Antonio de Quiñones llegó luego,
Capitán de la guardia ardiendo en fuego.

Peregrino Indiano, canto 20.

que no quería abandonar mientras su presencia pudiese ser de algún provecho; pero el fiel Quiñones tomando, de las riendas el caballo de Cortés, le hizo volver caras, diciendo: «La vida de mi general nos importa demasiado para que se la dejemos perder aquí.» (1)

Pero no era pequeña empresa abrirse paso por entre la muchedumbre. El suelo de la calzada, removido por los pies de los hombres y de los caballos, se había vuelto un fango y estaba tan quebrado en algunas partes, que el agua de las acequias rebozaba por encima. La muchedumbre, en sus esfuerzos por salir de tan intrincada posición, se mecía de aquí para allí como si formase un solo hombre. Los de los flancos, empujados por sus compañeros caían, por las resbaladizas orillas de la calzada y eran recibidos en las canoas de los aztecas, quienes celebraban con gritos de triunfo y alborozo su adquisición de otra nueva víctima para el sacrificio. Dos hidalgos que iban a los lados del general, resbalaron y cayeron en el agua; uno de ellos fué cogido y su caballo fué muerto; el otro tuvo la fortuna de escapar. El valiente abanderado Corraí tuvo también esta misma fortuna, pues cayó en el canal y los indios se fueron encima seguros de hacer presa, pero logró ganar tierra y saltar a ella, con la bandera de Castilla flotando sobre su cabeza. Los aztecas arrojaron un grito de rabia al ver que perdían un trofeo que para ellos tenía suma importancia, casi igual a la de la prisión del mismo general en jefe (2).

(1) «E aquel capitán que estaba con el general, que se decía Antonio de Quiñones, díjole: Vamos, señor, de aquí que salvemos vuestra persona, pues que ya esto está de manera que es morir desesperado atender; e sin vos ninguno de nosotros puede escapar, que no es esfuerzo, sino poquedad porfiar aquí otra cosa.» Oviedo, *Hist. de las Indias*, M. S., lib. 33, cap. XXVI.

(2) Acaso será la misma bandera que cuenta Mr. Bulck que está

Por fin logró Cortés llegar a tierra firme y salir a la gran plaza en que termina la calle principal de Tlacopan. Allí consiguió, mediante un vivo fuego de artillería, reunir a sus dispersos escuadrones y, dando una carga, a la cabeza del corto número de jinetes que no habían entrado en acción, rechazar a los indios. Entonces ordenó la retirada de las otras dos divisiones. Reuniéronse otra vez las fuerzas dispersas, y poniendo a los indios por delante y cubriendo la retaguardia con un selecto cuerpo de caballería, se efectuó aquélla sin más que una nueva pérdida muy insignificante (1).

Andrés de Tapia había sido enviado a la calzada del Poniente, a instruir a Sandoval y a Alvarado del malogro del asalto; pero en el entre tanto habían internádose mucho los dos capitanes. Alentados por los gritos de triunfo de los compañeros de las otras calles, habían acometido con vigor extraordinario, por no quedarse atrás en aquel camino de gloria. Casi habían llegado a la plaza del mercado, la cual estaba más cerca de sus cuarteles que de los del general, cuando oyeron la corneta tremenda de Cuauhtemotzin (2), seguida después de la grito de los bárbaros,

guardada en el hospital de Jesús, donde dice que vio «el idéntico estandarte bordado, bajo el cual aquel gran capitán sojuzgó el inmenso Imperio del desventurado Moteuczoma». *Seis Meses en México*, volumen I, cap. X.

(1) Para lo relativo a esta catástrofe, consúltese además de la carta de Cortés, y de la Hist. de Díaz tantas veces citada; Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XXXIII. Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S. Gomara, *Crónica*, cap. CXXXVIII. Torquemada, *Monarquía Ind.*, lib. 4.º, cap. XCIV; Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulos XVI-XLVIII.

(2) «El resonido de la corneta de Cuauhtemotzin». La corneta mágica de Astolfo no era más terrible.

que tanto había asustado los oídos de Cortés, y después oyeron perderse, a lo lejos, el rumor del combate. Los dos capitanes supieron entonces que aquel día debía ser para ellos tan funesto como para sus compañeros; teniendo una prueba de esto cuando los victoriosos aztecas que venían de vuelta de dar alcance a Cortés, se reunieron con los que pugnaban con Sandoval y Alvarado y atacaron a estos dos oficiales con redoblado furor. Juntamente, levantaron por lo altodos o tres cabezas de los españoles, gritando: «¡Malintzin!»

Los capitanes, llenos de horror al ver aquel espectáculo, no obstante que daban poco crédito a la palabra del enemigo, ordenaron al instante la retirada. Pero los castellanos no podían estarse fuertes contra los furiosos ataques de los sitiados, quienes, viniendo en falanges, los arremetían con tal desesperación, que uno que estuvo presente escribe estas palabras: «Porque yo no lo sé aquí escribir, que ahora que me pongo a pensar en ello es como si visiblemente lo viese; mas vuelvo a decir, y así es verdad, que si Dios nos diera esfuerzo, según estábamos todos heridos, él nos salvó, que de otra manera no nos podíamos llegar a nuestros ranchos.» (1) Los enfurecidos bárbaros persiguieron a los blancos hasta sus atrincheramientos; pero en llegando a ellos fueron recibidos, primero, por los fuegos cruzados de los bergantines que, encallados en las estacadas

«Dice che'l corno e di si orribil suono.
Ch'ovunque s'oda, la fuggir la gente.
Non puó trovarsi al mondo un cor si buono,
Che possa non fuggir come lo sente.
Rumor di vento e di tremuoto, e'l tuono,
A par del suon di questo, era niente.»

Orlando Furioso, canto 15, st. 15.

(1) Bernal Díaz, cap. CLII.

dispuestas para obstruir sus movimientos, enfiaban completamente la calzada, y después, por una pequeña batería situada frente a la calzada y dirigida por un artillero muy hábil nombrado Medrano, la cual batía perfectamente la línea de la calzada. Batidas por el frente y por los flancos las dispersas columnas de los aztecas, se vieron obligados a retroceder y a guarecerse dentro de los muros de la ciudad.

Reinaba en el ejército la mayor ansiedad por saber de Cortés, pues Tapia había sido detenido en el camino por las partidas sueltas encargadas por Cuauhtimotzin de cortar las comunicaciones entre los Reales. Mas, por fin, llegó, desangrándose por varias heridas; pero las noticias que trajo, si bien tranquilizaban a los españoles en cuanto a la vida del general, les dejaban, en cuanto a lo demás, en la mayor incertidumbre. Sandoval, principalmente, quería informarse bien del estado de los negocios y de los futuros planes del general y, no obstante que en el combate de aquel día había recibido tres heridas, determinó ir a visitar, personalmente, los cuarteles del general en jefe. Era mediodía, porque, en las desastrosas escenas que acababan de pasar, sólo se habían empleado pocas horas, cuando Sandoval montó su hermoso caballo, en el que podía confiar por su fuerza y ligereza. Era un noble caballo, famoso en todo el ejército y digno de su valiente dueño, al cual había llevado y sacado salvo en largas marchas y de sangrientas batallas (1). En el camino se encontró con los destacamentos de Cuauhtemotzin, que intentaron cogerlo y

(1) Ese famoso corcel que puede rivalizar con *Babieca*, el caballo del Cid Campeador, se llamaba *Motilla*, y cuando alguno quería ponderar la bondad de su caballo, decía: «es tan bueno como *Motilla*. Así lo dice el príncipe de los cronistas. Bernal Díaz, quien tiene gran cuidado de que a ninguna bestia ni a ningún hombre se le defraude el elogio que mereció en la campaña contra los infieles. «Era de color

que le arrojaron multitud de proyectiles que, afortunadamente, no hicieron mella, ni a su armadura ni a su bardado corcel.

Cuando llegó al campamento encontró a las tropas desalentadas y tristes por las desgracias de aquella mañana. Razón tenían para ello, porque fuera de los muertos y de los muchísimos heridos, habían caído sesenta y dos españoles y gran número de aliados en manos del enemigo, de un enemigo que jamás acostumbraba perdonar a un cautivo. La pérdida de dos piezas de batalla y de siete caballos coronaba la desgracia de los castellanos y el triunfo de los aztecas. Semejante pérdida insignificante en Europa, era de la mayor importancia en esta guerra en que las dos cosas, los cañones y los caballos, que eran las principales armas contra los bárbaros, se conseguían a gran costa y con las mayores dificultades (1).

Notóse que Cortés se condujo en aquella aciaga jornada, con la intrepidez y serenidad que acostumbraba; la sola vez que se le vió vacilar, fué cuando los indios le presentaron las cabezas de varios españoles, gritando: «Sandoval, Tonatiuh»; el sobrenombre de Alvarado. Al ver aquel espectáculo se puso pálido por un momento, pero luego recobró su genial sangre fría y procuró infundir aliento a sus compañeros. Recibió, pues, a su teniente con semblante placentero; pero se dejaba traslucir cierto aire de tristeza que probaba cuán al corazón le había llegado la catástrofe de la «puente cuitada», como él la llamaba tristemente.

castaño, con una mancha en la frente, y para que fuese más afamado, tenía una sola pata blanca». V. Díaz, cap. CLII.

(1) Tenían razón aquellos caballeros de no aventurar imprudentemente sus caballos, si acaso es cierto, como dice Díaz, que cada uno costaba 800 o 1.000 pesos. (*Hist. de la Conq.*, cap. CLI.) Véase también antes el lib. II, cap. III, nota 14.

A las ansiosas preguntas que le hacía Sandoval sobre la causa de la derrota, contestó él: «Sólo por mis pecados ha podido sucederme esto, hijo Sandoval» (que era el epíteto que solía dar Cortés a los oficiales en quienes más confiaba y predilectos suyos). La causa inmediata la atribuyó al descuido del tesorero; en seguida manifestó el propósito que tenía de continuar las hostilidades por un poco de tiempo. «Vos debéis ocupar mi lugar», continuó, «porque yo estoy herido y cojo. Os ruego que os pongáis cobro en los tres reales, y cuidado especialmente del de Alvarado, bien sé que habrán batallado eforzadamente; pero temo no les desbaraten estos perros mexicanos.» (1) Estas pocas palabras probaban todo el afecto que Cortés profesaba a sus dos tenientes, ambos igualmente valientes; pero de los que el uno tenía la circunspección tan esencial para las empresas peligrosas, mientras que el otro carecía de ella completamente. El futuro conquistador de Guatemala debía, como todos, comprar la propia experiencia a costa de amargos frutos; bajo la dirección de Cortés se enseñó a ser soldado. El general, después de dar todas sus instrucciones, abrazó afectuosamente a su teniente y lo mandó a sus cuarteles.

Llegó a ellos muy entrada la tarde, pero todavía no se ocultaba el sol tras las montañas del occidente, y todavía derramaba su blanda luz sobre todo el valle e iluminaba las venerables torres y pirámides de Tenochtitlan, formando aquel bello espectáculo un contraste con las escenas de horror de que había sido teatro la ciudad pocos momentos

(1) «Mira pues veis que yo no puedo ir a todas partes a vos os encomiendo estos trabajos. pues veis que estoy herido y cojo; ruego os pongáis cobro en estos tres reales. bien sé que Pedro de Alvarado y sus capitanes y soldados que habrán batallado y hecho como caballeros, mas tomo el gran poder de estos perros los les hayan desbaratado.» Ind. cap. CLII.

antes. La tranquilidad del crepúsculo fué alterada por el repentino y ronco son del atambor del gran templo, y recordó a los españoles la noche triste, única vez que lo habían oído (1). Aquel sonido anunciaba que dentro del execrable recinto del templo mayor se estaba practicando alguna gran ceremonia, y los soldados, sobrecogidos por las lúgubres vibraciones del atambor, volvieron la cara hacia el lugar de donde venían. Como el campo de Alvarado sólo distaba de la plaza un tercio de legua, y en la meseta central es tan pura la atmósfera, se pudo desde allí ver distintamente que una larga procesión iba subiendo la tortuosa escalera de la pirámide.

Entre los sacerdotes y guerreros que formaban aquella, distinguieron los españoles algunos hombres desnudos, y que por el color de la piel reconocieron ser compatriotas suyos. Eran, en efecto, las víctimas destinadas al sacrificio; sus cabezas iban adornadas de plumas y en la mano llevaban grandes abanicos. A fuerza de golpes se les hacía caminar y tomar parte en las danzas en honor del dios de la guerra. Las desventuradas víctimas fueron despojadas de sus fúnebres atavíos, y extendidas sobre la gran piedra de los sacrificios. Sobre su convexa superficie quedó su pecho suficientemente elevado para que los sacerdotes pudiesen desempeñar cómodamente su diabólico oficio, que consistía en hendir de un solo tajo las costillas con una filosísima navaja de itztli, introducir la mano en el pecho y sacar de él el corazón, que todavía caliente y palpitante era depositado en el incensario de oro que estaba delante del ídolo. El cuerpo de la despedazada víctima era después arrojado a rodar por las encumbradas escaleras de la pirámide, las

(1) «Un atambor de muy triste sonido, en fin, como instrumento de demonios, y retumbaba tanto que se oía dos o tres leguas.» Ibid. loc. cit.

cuales, como se recordará, remataban en el ángulo del pilar, y estaban unas debajo de otras. Los caníbales que estaban en el atrio recogían con avidez los mutilados restos, y los destinaban al asqueroso banquete con que terminaba tan abominable ceremonia (1).

Ya podemos imaginarnos cuáles serían las sensaciones que experimentaban los españoles al ver el horrible espectáculo que tenían ante los ojos, al reconocer desde la pequeña distancia a que estaban, a las personas de sus amigos desgraciados, al ver sus esfuerzos impotentes y al escuchar, o al creer que escuchaban, los quejidos de su agonía. ¡Sin embargo, ningún socorro podían prestarles! Sus carnes temblaban al pensar que aquel destino sería algún día el suyo; y hasta los más valerosos, y hasta los que hasta entonces habían ido al combate tan alegres y sin cuidado, como si fuesen a un banquete o a un festejo, no pudieron en adelante encontrarse con los enemigos sin experimentar una sensación de terror muy próxima al miedo (2).

(1) Ibid. *ubi. supra*. Oviedo, op. cit., M. S., lib. 33, cap. XLVIII. «Sacándoles los corazones sobre una piedra que era como un pilar cortado, tan grueso como un hombre y algo más, y tan alto como medio estadio; allí a cada uno echado de espaldas sobre aquella piedra que se llama Techcatl, uno le tiraba por un brazo y otro por el otro, y también por las piernas otros dos, y venía uno de aquellos sátrapas con un pedernal como un hierro de lanza enastado en un palo de dos palmos de largo; le daba un golpe con ambas manos en el pecho y sacando aquel pedernal, por la misma llaga metía la mano y arrancábale el corazón, y luego fregaba con él la boca del ídolo, y echaba a rodar el cuerpo por las gradas abajo que serían como 50 o 60 gradas; por allí abajo iba quebrando las piernas y los brazos, y dando cabezazos con la cabeza, hasta que llegaba abajo aún vivo». Sahagun, *Historia de la Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XXXV.

(2) Por lo menos así lo confiesa el capitán Bernal Díaz, soldado tan intrépido como el que más lo fuera en todo el ejército. Sin embar-

Mas no fué tal el efecto que el sacrificio produjo en las tropas mexicanas reunidas al extremo de la calzada. Como si fueran buitres, embriagados por el olor de su lejana presa, arrojaron un grito penetrante, y se precipitaron como torrente, por la calzada, después de esta horrible exclamación: ¡que tal sea la suerte de todos nuestros enemigos! Pero los españoles no fueron cogidos de sorpresa: antes de que los aztecas hubieran traspasado la línea de su campamento, les hicieron un terrible fuego con las piezas de artillería de grueso calibre, y con los arcabuces y ballestas; con lo que el enemigo se vió precisado a replegarse a su antigua posición; pero horriblemente despedazado.

Los cinco días subsecuentes se pasaron en la inacción, salva sin embargo la resistencia que de vez en cuando era necesario oponer a las salidas de los sitiados. Los aztecas, entre tanto, engreidos con sus triunfos, se abandonaron a una especie de jubileo, y pasaban el día bailando, cantando y bebiendo alrededor de sus miserables víctimas. Cuauhtemotzin envió las cabezas de varios españoles y caballos a las ciudades comarcanas, invitando a los antiguos vasallos de la corona de México, a abandonar las banderas de los blancos, si no querían que les tocara a ellos el destino re-

go, se consuela con pensar que el temblor de sus piernas más bien era efecto de exceso que de falta de valor, pues que provenía de que sentía al vivo que tenía que exponer su vida a mayores peligros que otras veces. El pasaje original es notable, porque es una muestra del inimitable candor del antiguo cronista. «Digan ahora todos aquellos caballeros que desto del militar entiendan, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, a qué fin echarán mi temor, si es a mucha flaqueza o a mucho esfuerzo, porque como he dicho, sentí yo en mi pensamiento que había de poner por mi persona batallando en parte que por fuerza había de temer la muerte más que otras veces, y por esto me temblaba el corazón y temía la muerte». *Hist. de la Conquista*, cap. CLVI.

servado a todos los enemigos de México. Los sacerdotes alentaron al joven monarca y al pueblo, haciéndoles creer que el tremendo Huitzilopochtli, su ofendida deidad, apaciguado con los sacrificios últimos, había vuelto a tomar a los aztecas bajo su protección, y dentro de ocho días iba a poner en sus manos a sus odiados enemigos (1).

Esta consoladora predicción la hicieron saber los indios a los sitiadores por medio de bravatas y vanaglorias, las que si bien pueden haber menospreciado los españoles, han de haber producido un efecto muy diferente en los aliados, quienes ya comenzaban a cansarse de un servicio tan peligroso y penoso, y además, más largo de lo que debían esperar, según la manera de hacer la guerra entre los indios. Comenzaban a desconfiar de los españoles: la experiencia les había enseñado que no eran ni invencibles ni inmortales, y los últimos reveses les hacían juzgarles incapaces de sojuzgar la metrópoli azteca; finalmente, recordaban las ominosas palabras de Xicotencatl, que había predicho que no tendría buen término aquella guerra sacrílega. Al pensar que habían levantado la mano contra los dioses de su patria, se sintieron agobiados por la predicción, creyeron que se cumpliría plenamente, y sólo esperaban una oportunidad para parar el golpe abandonando a los españoles.

Aprovecháronse, pues, de la oscuridad de una noche para volverse a sus hogares: fueron desertándose en compañías, cada una de las cuales tomaba el camino del suyo respectivo. Las tropas procedentes de las grandes ciudades

(1) Herrera. *Hist. General*, dec. 2, lib. 3, cap. XX. Ixtlilxochitl, *Venida de los españoles*, caps. XLI-XLII. «Y nos decían que de allí a ocho días no había de quedar ninguno de nosotros a vida, porque así se lo habían prometido la noche antes sus dioses». Bernal Díaz, capítulo CLIII.

que últimamente habían sometídose, fueron las primeras en desertar: su ejemplo fué seguido por las de Chololan, Tepeaca, Tetzco, y hasta las de la fiel Tlaxcallan. Había, sin embargo, honrosas excepciones, entre ellas las de Ixtlilxochilt; el señor de Tetzco, y la de Chichimecatl, el valiente caudillo de Tlaxcallan, los cuales, con unos cuantos compañeros, permanecieron fieles a la causa en que militaban. Pero los que tal hicieron fueron en número insignificante, y los españoles vieron, con tristeza, que el largo séquito, con el cual contaban para que los ayudasen, había desaparecido silenciosamente por efecto de la superstición. Solamente Cortés permanecía imperturbable. Trató con desprecio la predicción llamándola patraña de los sacerdotes, y mandó en pos de los escuadrones desertados, mensajeros que les suplicasen que se volvieran o por lo menos que se detuviesen en el camino, hasta que pasado el tiempo fijado se convenciesen de la falsedad de las predicciones.

Es necesario confesar que en esta crisis tenían sombrío aspecto los negocios de los españoles.

Veíanse abandonados de sus aliados; sus municiones casi se habían agotado; carecían de los víveres que les venían de las ciudades comarcanas; estaban extenuados por las vigiliass y fatigas; padecían de las heridas de que nadie quedó exento en todo el ejército; tenían a la retaguardia un país inhospitalario, y al frente un enemigo implacable; podía, pues, excusárseles de desfallecer en su empresa. Durante el día se ocupaban en forrajear por aquellas intermediaciones y en repeler los ataques de los sitiados, los cuales eran más frecuentes después de sus triunfos y de las promesas de sus sátrapas; y de noche interrumpía su sueño el tañido del melancólico atambor, cuyo clamoreo, propagándose por las aguas, pregonaba la muerte de sus ase-

sinados compatriotas. Cada noche eran llevadas nuevas víctimas al altar de los sacrificios; toda la ciudad estaba alumbrada por millares de luminarias, que ardían en los techos de las casas y en la cumbre de los templos, y a cuya fúnebre luz se veía distintamente desde los campamentos españoles, aquella ceremonia horrible, que parecía ser obra del infierno. Una de las últimas víctimas fué Guzmán, el paje de Cortés, que permaneció en cautiverio diez y ocho días antes de sufrir su destino (1).

Sin embargo, no desfallecieron los castellanos en aquel momento de prueba, y si hubiesen desfalecido, habrían recibido una lección de fortaleza, de algunas de sus mujeres, las cuales los siguieron al campamento, y que en esta ocasión desplegaron un heroísmo de que ofrece varios ejemplos la historia.

Una de ellas, tomaba la armadura de su marido y montaba guardia por él, cuando estaba cansado. Otra se puso el escuapil de un soldado, tomó una espada y una lanza y reuniendo a sus dispersos compatriotas los hizo volver a embestir con los enemigos. Cortés intentó persuadir a estas Amazonas a que permaneciesen en Tlascalan; pero ellas

(1) Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XXVI. Ixtlilxochitl, *ubi. supra*. El lector español puede ver por sus ojos que mi imaginación no ha recargado el cuadro de estos horrores. «Digamos ahora lo que los mexicanos hacían de noche en sus grandes y altos cues; y es que atañían su maldito atambor, que dije otra vez que era el de más maldito sonido y mas triste que se podía inventar, y sonaba muy lejos y tañían otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas, y tenían grandes lumbres, y daban grandísimos gritos y silbos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros, de los que tomaron a Cortés, que supimos que sacrificaron 10 días arreo hasta que los acabaron, y el postrero dejaron a Cristóbal de Guzmán, que vivo lo tuvieron diez y ocho días, según dijeron tres capitanes mexicanos que prendimos». Bernal Díaz, cap. CLIII.

replicaron orgullosamente, que no era bien que damas castellanas abandonasen a sus maridos en el peligro, sino que lo partiesen con ellos, y también, si era necesario, muriesen a su lado. Y en efecto llenaron cumplidamente su deber (1).

A pesar de tantos descalabros y angustias, no por eso decayeron en su propósito los españoles, ni relajaron por un momento la severidad del sitio. Sus campamentos quedaron situados en la salida de las principales calzadas. Cada vez que intentaban los aztecas romper el sitio, arrasaban sus largas columnas, por medio de la artillería. Los bergantines todavía continuaban señores de aquellas aguas, estorbando las comunicaciones con las riberas, aunque la pérdida de las canoas aliadas dejaba abierto el comercio clandestino con la capital y permitía a ésta abastecerse de víveres. Pero con todo, el acopio de estos era pequeño y la populosa ciudad, no obstante el engreimiento de sus últimas victorias y las falaces ofertas de los sacerdotes, comenzaba a ser devorada interiormente por una plaga más cruel que todos los enemigos que estaban a sus puertas (2).

(1) «Que no era bien que mujeres castellanas dejasen a sus maridos yendo a la guerra, y que adonde ellos muriesen, allí morirían ellas.» Herrera, *Hist. General*, dec. 3, lib. 1.^o, cap. XXV. El historiador ha consignado los nombres de algunas de estas heroínas en las páginas de su historia, y en verdad que semejantes mujeres merecen participar del honor de la conquista. Llamábanse, Beatriz de Palacios, María de Estrada, Juana Martín, Isabel Rodríguez, Beatriz Bermúdez.

(2) Ibid, *ubi. supra*.

CAPÍTULO VII

TRIUNFOS DE LOS ESPAÑOLES. — ESTÉRILES OFERTAS DE CUAUGTEMOTZIN. — SON ARRASADOS LOS EDIFICIOS HASTA SUS CIMIENTOS. — HAMBRE TERRIBLE. — GANAN LAS TROPAS LA PLAZA DEL MERCADO. — MÁQUINAS DE GUERRA.

(1521)

Así pasaron los ocho días prescritos por el oráculo, y el Sol, al levantarse al noveno día sobre la hermosa ciudad, la vió todavía asediada y circuida por su inexorable enemigo. Fué grande error de los sátrapas aztecas, pero error frecuente en los falsos profetas que sólo tratan de causar impresiones sorprendentes, asignar un plazo tan corto para el cumplimiento de sus predicciones (1).

Los jefes tetzcochanos y tlaxcaltecas mandaron avisar a sus tropas que la profecía había fallado, y a llamarles de nuevo al campamento español. Los tlaxcaltecas que habían detenídose en el camino, se volvieron avergonzados de su fácil credulidad y animados de su antiguo odio, aumentado ahora por el artificio de que habían sido juguete. Siguieron

(1) Sin embargo, no son tan vituperables los sátrapas si acaso es cierto, como nos lo asegura Solís, que el diablo andaba por aquellos días insinuándose activísimamente en los oídos de su rebaño, ya que no podía insinuarse en sus corazones. *Conq.*, lib. 5.^o, cap. XXII.

su ejemplo otros confederados, con la facilidad y ligereza propia de gentes cuyas acciones son el resultado de la superstición y no del convencimiento. En poco tiempo volvió a verse el general español dueño de un auxilio, si no tan numeroso como antes, pero al menos suficiente para dar lleno a sus planes. Recibióles a todos con afable indulgencia, y les manifestó que no obstante que se habían hecho acreedores al castigo digno del alto crimen de desertión, se los perdonaba en atención a sus pasados servicios, los que debían conocer que no eran de modo alguno indispensables a los castellanos, pues ya habían visto que durante la ausencia de los aliados, eran capaces de sostener el sitio con el mismo vigor que si hubiesen estos hallándose presentes; pero que no quería de ningún modo, que los que habían partido con los blancos los riesgos y penalidades de la campaña, no partiesen también sus triunfos ni concurriesen a la toma de la capital, cuyo suceso podía asegurar, con más fundamento que los sacerdotes indios, se verificaría dentro de poco tiempo.

Sin embargo, las amenazas y hazañas de Cuauhtemotzin no quedaban estériles en las provincias remotas. Antes de que hubiesen vuelto a reunirse otra vez los confederados, recibió Cortés embajadas de Cuernavaca, distante cosa de doce leguas, y de otras ciudades otomíes de paz con él y que distaban aun más, implorando los socorros de los españoles contra los formidables vecinos de aquellas ciudades a las que se hostilizaba por ser amigas de los blancos. Pero estos se encontraban en situación de pedir socorro más bien que de darlo (1), por lo que la mayor parte de los oficiales se opusieron a que se accediese a una petición

1) Y teníamos necesidad, antes de ser socorridos que de dar socorro. Relación tercera, pág. 272.

que debilitaba tan considerablemente la ya menoscabada fuerza del ejército. Pero Cortés conoció que lo que más importaba era no revelar su debilidad: «mientras mayor sea esta,» decía, «más necesidad tenemos de cubrirla bajo las apariencias de la fuerza» (1).

Destacó inmediatamente a Tapia con una partida de cien hombres en una dirección, y a Sandoval con una partida más considerable, en otra dirección distinta; dando a los dos la orden de que por ningún evento retardasen su regreso más de diez días (2). Ambos capitanes llenaron pronta y debidamente su encargo: ambos encontraron y derrotaron al enemigo en batalla campal, devastaron sus territorios y se volvieron triunfantes en el término prescrito. En pos suya vinieron embajadores de las plazas conquistadas solicitando la alianza de los españoles, con lo que estos se vieron nuevamente reforzados, y lo que es más, hicieron ver a sus antiguos aliados que querían y podían protegerlos.

La fortuna, que rara vez dispensa con parsimonia ni sus desdenes ni sus favores, se mostró en esta vez liberal con los españoles, trayendo a Veracruz una embarcación cargada de municiones y pertrechos militares. Dicha nave formaba parte de la flotilla que enviaba a la Florida el romanesco caballero errante Ponce de León. Las autoridades del puerto hicieron desembarcar el cargamento al instante

(1) «Dios sabe», dice el general, «el peligro en que estábamos; pero como nos convenía mostrar más esfuerzo y ánimo que nunca y morir peleando, disimulábamos nuestra flaqueza, así con los amigos como con los enemigos.» Ibid, pág. 275.

(2) La fuerza de Tapia constaba de 10 caballeros y de 80 infantes; el aguacil mayor, que así llamaban a Sandoval, tenía 18 jinetes y 100 infantes. Ibid, loc. cit. Oviedo. *Hist. de las Ind.* M. S., lib. 32, capítulo XX.

y lo mandaron sin demora al campamento, adonde llegó con la mayor oportunidad, pues ya comenzaba a escasear mucho la pólvora (1). Dueño de aquellos recursos determinó Cortés tomar otra vez la ofensiva, pero bajo un plan enteramente diferente del seguido hasta entonces.

En cuanto a las primeras operaciones, dos caminos se podían seguir, como lo hemos dicho: el uno, penetrar hasta el corazón de la capital y desde allí seguir las hostilidades; el otro, continuarlas como se había hecho hasta entonces. Ambos partidos tenían inconvenientes que procuró salvar en el que nuevamente se proponía seguir. Consistía éste en no dar un solo paso sin dejar enteramente cubierta la retaguardia, no sólo inmediatamente, sino hasta para después. Por lo tanto, determinó que todos los fosos de las calles y de las calzadas fuesen llenados de materiales tan sólidamente, que no se pudiese volver a destruirlos. Los materiales para ejecutar esta operación debían sacarse de los edificios de la ciudad, los cuales debían ser destruidos por el ejército conforme fuera internándose, sin distinción entre públicos ni privados, entre palacios ni templos; todos debían ser arrasados hasta los cimientos: todo había de ser destruido hasta que, para usar el lenguaje del conquistador, lo que era agua quedase convertido en tierra firme y quedase un tránsito libre y no interrumpido a la caballería y artillería (2).

(1) «Pólvora y ballestas de que teníamos extrema necesidad.» (Relación tercera, pág. 278.) Probablemente fué la expedición en que perdió la vida Ponce de León; expedición hecha a esta misma tierra por el romancesco caballero en busca de la «Fuente la Salud». La anécdota se refiere de un modo muy interesante en la obra de W. Yerving, titulada *Los compañeros de Colón*.

(2) La manera fría y tranquila con que el Conquistador refiere esto en sus comentarios, tiene quién sabe qué de espantoso, quizá a

Cortés no pudo resolverse sin gran repugnancia a seguir este plan de devastación, porque sinceramente deseaba respetar la ciudad que con entusiasmo llamaba él «la más bella del Nuevo Mundo» (1) y que debía ser el primer trofeo de su gloriosa conquista. Pero en una ciudad donde cada casa era una fortaleza y donde las calles estaban cortadas por multitud de fosos que impedían moverse libremente, la experiencia había probado que era imposible no destruirla si se la quería sojuzgar. Por otra parte, no había esperanza de que los aztecas entrasen en un avenimiento pacífico, pues los crueles padecimientos que habían pasado, y la horrible perspectiva que tenían a la vista, lejos de hacerles desfallecer, parece que les infundían un espíritu más resuelto y un encono más implacable que nunca (2).

Los aliados supieron, con ilimitada complacencia, que aquella era la resolución del general, y proporcionaron millares de peones que, con sus coas, se daban prisa a poner por obra la destrucción de la ciudad (3). En poco tiempo quedaron llenos los fosos de tal manera, que el

causa de esa misma sencillez. «Tomé un medio para nuestra seguridad y para poder más estrechar a nuestros enemigos, y fué, que como fuésemos ganando por las calles de la ciudad, y fuesen derrocando todas las casas della, del un lado y del otro; por manera que no fuésemos un paso adelante sin lo dejar todo asolado, y lo que era agua hacerlo tierra firme, aunque hubiera toda la dilación que se pudiera seguir». *Relación tercera*, pág. 279.

(1) «Porque era la más hermosa cosa del mundo.» *Ibid.* pág. 278.

(2) «Mas antes en el pelear y en todos sus ardidés los halléamos con más ánimo que nunca.» *Ibid.* pág. 279.

(3) Sin embargo, apenas es creíble lo que dice el historiador tetzoccano, que 100 000 indios acudieron al campo con aquel objeto. Viniesen todos los labradores con sus coas para este efecto con toda brevedad... Llegaron más de 100.000 de ellos». *Venida de los españoles*, página 42.

ejército no volvió a ser molestado. Cortés daba él mismo el ejemplo, trayendo piedras y vigas con sus propias manos (1). Las casas de los suburbios quedaron enteramente arrasadas y las acequias llenadas con cañas y ripios, de modo que el centro de la ciudad quedó cercado por una faja de tierra firme en que podía maniobrar libre e irresistiblemente la caballería. Los mexicanos no podían ver con indiferencia que se devastaba su ciudad y que se les dejaba a descubierto e indefensos y, por lo tanto, hicieron los mayores esfuerzos por impedir que los sitiadores llevasen al cabo su plan; pero estos últimos, protegidos por su artillería, que hacía un fuego incesante, adelantaban todos los días en su obra de devastación (2).

El rayo de esperanza que la fortuna había enviado a los mexicanos, volvió a desaparecer prontamente, y la niebla sombría, que se había disipado por un instante, tornó a envolver a la desgraciada capital más densamente que nunca. El hambre y todos los horrores que la acompañan hacían estragos en la acumulada población de México. El sustento que les proporcionaban las víctimas humanas o

(1) Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. CLIII.

(2) El P. Sahagun que recogió las noticias relativas a este suceso, de los actores mismos, y que pudo juzgar de él por el aspecto del país antes de que hubiesen reparado enteramente los estragos, lo pinta con la animación de un testigo de vista. «La guerra por agua y por tierra fué tan porfiada y sangrienta que era espanto de verla y no hay posibilidad para decir las particularidades que pasaban. Eran tan espesas las saetas y dardos y piedras y palos que se arrojaban los unos a los otros, que quitaban la claridad del sol; eran tan grande la vocería y grito de hombres y mujeres y niños que voceaban y lloraban, que era cosa de grima; era tan grande la polvadera y ruido en derrocar y quemar casas, y en robar lo que en ellas había, y cautivar niños y mujeres, que parecía un juicio». *Hist. de la Nueva España*. M. S., lib. 12, capítulo XXXVIII.

alguna canoa que lograba burlar la vigilancia de los sitiadores, no bastaba (1). Hubo quien llegara a alimentarse con una substancia mucilaginoso que se recogía, en pequeñas cantidades, en la superficie de las acequias y de la laguna (2). Otros apaciguaban el apetito con ratas, lagartijas y otros asquerosos reptiles que todavía no se salían de la hambrienta ciudad.

Pero en la Historia no escasean los ejemplos de a cuánto llega el sufrimiento de los hombres cuando los anima el odio y la desesperación.

Teniendo levantada la espada sobre ellos, pensó Cortés que era conveniente hacer otra nueva tentativa para hacerles entrar en razón, y valiéndose de unos nobles que habían caído prisioneros, mandó a Cuauhtemotzin un mensaje, que llevaron con repugnancia por miedo de que les infiriesen alguna violencia. Cortés decía al Emperador que todo lo que aquellos hombres valientes habían hecho, *era* en provecho de su país; que los mexicanos no tenían esperanza de escapar, porque carecían de víveres, no podían salir, sus vasallos los habían abandonado y engañádoles sus dioses. Que todo el Anáhuac se había sublevado en contra suya y que no les quedaba más recurso que rendirse inmediatamente. Rogaba al joven monarca que se compadeciera de sus fieles y valientes vasallos, que diariamente perecían, a su vista, a centenares, y de su hermosa ciudad, cuyos soberbios edificios estaban reducidos a ruinas.

(1) La carne de los cristianos dejó de servir a los mexicanos de alimento, porque les parecía muy amarga; milagro que el capitán Díaz cree que hizo Dios expresamente para este caso. *Ibid*, cap. CLIII.

(2) *Ibid*, *ubi. supra*.

Secado al sol, tiene este depósito barroso un sabor parecido al del queso, y era parte del alimento usual de las clases más pobres, según Clavijero. *Hist. de México*, t. II, pág. 222.

«Volved, le decía, a la obediencia, para concluir, que en un tiempo habéis jurado al monarca de Castilla; olvidaremos lo pasado; las personas, los bienes y los demás derechos de los aztecas serán inviolablemente respetados; vos seréis confirmado en vuestra autoridad y la España volverá a tomar vuestra ciudad bajo su protección.» (1)

Los ojos del joven monarca centellearon y sus mejillas se encendieron con la súbita cólera que le causaban propuestas tan humillantes. Pero aunque su pecho ardía en los feroces sentimientos de indio, tenía todas las prendas de un caballero, dice un amigo suyo que lo conoció muy bien (2). A los enviados no dió respuesta alguna; pero luego que le pasó el calor del primer momento, convocó un Consejo de sabios y de guerreros y sometió el asunto a su deliberación. Algunos opinaron por que se aceptasen las condiciones, pues eran el único medio de salvación que quedaba. Pero los sacerdotes miraban las cosas bajo otro aspecto. Conocían que el triunfo del cristianismo acabaría con el influjo de que gozaban. La paz es buena, decían, pero no con los blancos. Recordaban a Cuauhtemotzin cuál había sido la suerte de su tío el emperador Moteuczoma y cuál la recompensa de su hospitalidad; recordáronle la captura y encarcelamiento de Cacama, el señor de Tetzco; el asesinato de la nobleza por Alvarado; la insaciable codicia de los invasores, que habían agotado los tesoros del país; la profanación de los templos; los insultos e injurias que sin tasa habían prodigado al pueblo y a la religión. Mejor es, decían, confiar en las promesas de nuestros dioses, que por tanto tiempo han velado sobre nuestra nación; mejor es, si es preciso, perder de una vez nuestras vidas,

(1) Bernal Díaz, *ubi. supra*.

(2) «Mas como el Cuauhtemotzin era mancebo, y muy gentilhombre y de buena disposición.» *Ibid*, loc. cit.

en defensa de la Patria, que arrastrarlas entre cadenas, padeciendo entre falsos extranjeros (1).

La hábil elocuencia de los sacerdotes, que ponía en acción todos los resentimientos de los indios, inflamó la sangre de Cuauhtemotzin. «Pues que esto es así, exclamó exabrupto, no pensemos ya más que en cubrir las necesidades de nuestro pueblo; que aquel que estime en algo su vida, se cuide bien de hablar de rendición: al menos, muramos como mueren los guerreros.» (2)

Los españoles esperaron por dos días la respuesta de su embajada, al cabo de los cuales recibieron, en vez de aquélla, una salida general de los sitiados, que, precipitándose por todas las puertas de la ciudad como un río que se desborda y en oleadas incesantes, llegaban hasta los Reales de los españoles y parece que iban a agobiarles bajo el solo peso de la muchedumbre. Afortunadamente la posición de éstos últimos en las calzadas aseguraba sus flancos, y lo estrecho de ellas hacía que su pequeña batería hiciese tantos estragos como si fuese grande. El fuego de la artillería y mosquetería era simultáneo en todas las calzadas y levantaba gruesas y negras columnas de humo que envolvían a la ciudad y la ocultaban de los pueblos comarcanos. Los bergantines atacaban de flanco las columnas de los si-

(1) «Mira primero lo que nuestros dioses te han prometido, toma buen consejo sobre ello y no te fíes de Malintzin ni de sus palabras, que más vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no vernos en poder de quien nos hará esclavos y nos atormentará.» *Ibid. ubi. supra.*

(2) Y entonces el Cuauhtemotzin medio enojado les dijo: Pues así queréis que sea, guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando; y de aquí adelante ninguno sea osado de me demandar paces, si no yo le mataré, y allí todos prometimos de pelear noches y días, y morir en la defusa de su ciudad.» *Ibid, ubi. supra.*

tiados, que, después de algunos esfuerzos por mantenerse firmes, retrocedieron en total confusión, hasta que su furia, impotente, vino a estreilarse, en estériles gritos, contra los muros de la capital.

Cortés activó al punto la ejecución del plan proyectado para la destrucción de la ciudad. Día a día entraban las divisiones por sus cuarteles respectivos, siendo probablemente Sandoval el que dirigía las operaciones por la parte NE. de la ciudad. Los edificios, hechos, generalmente, de poroso tetzotli, aunque bajos, eran demasiado sólidos y extensos, y había gran número de acequias; por manera que los progresos del ejército eran lentos, no obstante que todos los días acudían de las provincias comarcanas multitud de peones, que ponían una priesa y empeño en la destrucción de la ciudad, que probaba su impaciencia por romper el detestado yugo de los aztecas. Estos ardían en cólera impotente al ver sus magníficos palacios, sus templos y cuanto habían acostumbrado venerar, arrasado impiamente; sus canales, construídos con tanto trabajo, y a lo que parece con tanta inteligencia, obstruídos por maleza y carrizos: en suma, su hermosa capital convertida en desierto, por el cual se paseaban triunfantes sus insultantes enemigos. Su odio estallaba principalmente contra los aliados. «Proseguid, proseguid, les decían, que mientras más destruyáis, más tendréis que reparar después. Si os vencemos, nos ahorraréis este trabajo, y si vencen los blancos, ellos harán que se los ahorréis.» (1) El resultado justificó esta predicción.

En el furor de su rabia se precipitaron ciegamente sobre

1) «Los de la ciudad, como veían tanto estrago por esforzarse derían a nuestros amigos que no ficiesen sino quemar y destruir, que

las divisiones que protegían a los trabajadores; pero fueron rechazados por la caballería y detenidos por las buenas lanzas de Chinantla, que en aquellas operaciones fueron de grande utilidad a los sitiadores. Pero por lo común, al terminar el día, cuando los españoles enviaban por delante a la innumerable hueste de los aliados, los mexicanos redoblaban sus esfuerzos. Precipitábanse por todas las plazas y bocacalles, semejantes a ríos que se desatan de las montañas y devastan los valles, y atacaban a los españoles por los flancos y retaguardia que habían quedado al descubierto. En estos ataques causaban grandes daños, hasta una vez, que habiéndoles puesto Cortés una emboscada en los edificios adyacentes al templo mayor, escarmentaron y se volvieron más cautos.

Algunas veces se vieron en la guerra rasgos de caballería entre los combatientes. Desafiábanse los de un bando con los de otro, y principalmente los guerreros indígenas.

Teriáanse estos combates, por lo común, en las azoteas, cuya ancha y plana superficie era muy a propósito para este objeto. Una ocasión, un guerrero de formas atléticas y armado de una adarga y una espada que había quitado a los cristianos, los desafió a singular combate. Uno de los escuderos de Cortés, un joven llamado Núñez, obtuvo de su general el permiso de aceptar el reto, y subiendo a la azotea logró, después de un reñido combate, vencer a su antagonista, que peleaba con la desventaja de armas a cuyo manejo no estaba acostumbrado, y después de atravesarle el cuerpo, le quitó los despojos y los puso a las plantas del general (1).

ellos se lo harían tornar a hacer de nuevo; porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabían que habían de ser así, y si no, que las habían de hacer para nosotros.» Relación tercera, pág. 286.

(1) Ibid, págs. 282-284. Herrera, *Hist. General*, dec. 8, lib. I, ca-

La división de Cortés había avanzado hacia el Norte hasta la calle real de Tlacopan, por la cual se comunicaba con el campo de Alvarado, y que distaba poco del palacio de Cuauhtemotzin. Este era un espacioso y sólido edificio que mejor merecía llamarse una fortaleza. Aunque no le habitaba el príncipe, lo defendía una partida de aztecas que se sostuvieron un poco contra las baterías de los sitiadores. Púsosele fuego, y sus altos muros fueron reducidos a polvo lo mismo que se había hecho con los demás edificios, ornamento de la ciudad y bellos ornamentos de su civilización. «Daba lástima aquella destrucción, dice Cortés, pero como estaba determinado de hacerlo, no podíamos dejar de cumplir aquella orden.» (1) En estas operaciones se emplearon algunas semanas, de suerte que a fines de julio todavía no se acababan. Durante todo este tiempo el sitio había sido llevado al último extremo del rigor, y los habitantes padecieron todos los tormentos del hambre. Hízose prisioneros a algunos dispersos que habían venido hasta cerca del campamento cristiano en busca de alimento: tratóseles muy afectuosamente por mandato de Cortés, que deseaba con aquella conducta ganarse a la población y facilitar su sumisión; pero hubo muy pocos que dejasen las murallas de la ciudad, y los más preferían correr la dura suerte de sus compatriotas a entregarse a merced de los sitiadores.

Pero por aquellos pocos dispersos supieron los españoles todos los horrores que pasaban dentro de la sitiada ciudad. Todos los alimentos comunes se habían acabado, y la

pítulo XXII, lib. 2, cap. II. Gomara, *Crónica*, cap. CXL. Oviedo, *Historia de las Ind.* M. S., lib. 23, cap. XVIII. Ixtlilxochitl, *Venida de los españoles*, pág. 43.

(1) «No se entendió sino en quemar y allanar casas, que era lástima cierto de lo ver; pero como no nos convenía hacer otra cosa, éramos forzados seguir aquella orden.» Ibid. pág. 286.

gente se mantenía con raíces de árboles sacadas de la tierra, con cortezas, con tierra y en una palabra, con todo cuanto podía, por asqueroso que fuese, satisfacer el apetito. La única bebida era la inmunda y salada agua de las acequias (1). Esta abstinencia rigurosa fué causa de enfermedades que diezmaron la población.

Los hombres enfermaban y morían diariamente en medio de todos los crueles tormentos del hambre, y los que quedaban, enflaquecidos y enfermizos, parece que sólo estaban en espera de que se les llegase su vez.

Los españoles encontraban confirmadas más y más estas noticias, conforme se internaban en la ciudad y se acercaban al barrio de Tlaltilolco, ocupado por los sitiados. Encontraron la tierra removida en busca de raíces y yerbas; los árboles despojados de sus verdes tallos, follaje y cortezas. A distancia veíanse las macilentas sombras de los indios vagando por sus antiguas mansiones; encontrábanse cadáveres hacinados en las calles, plazas y acequias; lo cual era un signo indudable de lo angustiado de los aztecas, porque para ellos era un deber imperioso la sepultura de los difuntos. Durante los primeros días del sitio, la cumplieron religiosamente; pero en los últimos, se contentaron con ocultar a los muertos cuidadosamente de la expectación pública, guardándolos dentro de las casas. Pero su número había crecido tanto, y los padecimientos de los vivos había aumentado tan espantosamente, que llegaron a mirar con indiferencia aquella ceremonia y a permitir que el cadáver de sus parientes y amigos, yaciese insepul-

(1) «No tenían agua dulce para beber, ni para de ninguna manera comer; bebían de la agua salada y hedionda; comían lagartijas y ratones y cortezas de árboles, y otras cosas no comestibles; y de esta causa enfermaron muchos. y murieron muchos.» Sahagun, *Hist. de Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XXXIX. Relación tercera, pág. 289.

to y se corrompiese en el sitio mismo donde habían exhalado su postrer suspiro (1).

Cuando los invasores entraron en el interior de las casas, se ofrecía a sus ojos un espectáculo aún más espantoso. El pavimento estaba cubierto de cuerpos, los unos todavía en los horrores de la agonía, los otros ya corrompiéndose; hombres, mujeres y niños, todos confundidos y respirando aquella atmósfera infecta; la madre con sus hijos pereciendo de hambre en sus brazos, sin poder darles ni el alimento que les destinaba la naturaleza; los hombres, acribillados de heridas u horriblemente mutilados, imploraban vanamente de los enemigos, conforme los veían entrar, que pusiesen término a sus padecimientos. Pero con todo, aún en aquel extremo de miseria, en vez de demandar piedad, se arrojaban sobre los invasores, con la misma ferocidad que el tigre herido, a quien persigue el cazador hasta su guarida en las selvas. El general español dió orden de que se guardase miramiento con estos míseros e inutilizados hombres; pero los aliados lo despreciaron, porque para ellos no había distinción posible; un azteca era enemigo suyo cualquiera que fuese la situación en que se encontrase; y en medio de espantables gritos de triunfo dejaban caer los incendiados techos sobre ellos, y

(1) «Y es verdad, y juro amen que toda la laguna y casas y barba-coas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba.» (Bernal Díaz, cap. CLVI. (Clavijero opina que los mexicanos, al dejar insepulto los cadáveres, llevaron el designio de que la pestilencia dañase a los blancos, y les estorbase de internarse. (*Hist. de México*, t. III, pág. 231, nota.) Pero semejante sistema habría redundado en mayor perjuicio para los sitiados que para los sitiadores, cuya permanencia en la ciudad era sólo transitoria. Es natural atribuirlo a la causa que lo ha sugerido donde quiera y siempre que ha habido hambre y peste.

envolvían en una misma hoguera fúnebre, a los vivos y a los muertos.

Pero los padecimientos que soportaban por crueles que fuesen, no eran parte a inclinarlos a rendirse, y aún había muchos, que ya fuesen por la mayor robustez de su complexión, ya por otras circunstancias que les favorecían mostraban la misma energía de alma y cuerpo y conservaban el semblante firme y resuelto que antes. Desechaban abiertamente todas las propuestas de Cortés, declarando que morirían más bien antes que rendirse, y añadiendo en tono de amargo placer que las esperanzas de los invasores quedarían burladas, porque los tesoros habían sido enterrados en donde no se les encontraría jamás (1).

Cuéntase que las mujeres participaban también de este espíritu desesperado, o mejor dicho, heroico. Eran incansables en asistir a los enfermos y curar a los heridos, en la batalla ayudaban a los guerreros suministrándoles piedras y saetas, preparando las hondas, templando los arcos, desplegando, en suma, toda la constancia y valor que las nobles doncellas de Zaragoza en nuestros tiempos, o que las de Cartago en los antiguos (2).

Cortés había ya entrado hasta una de las calles principa-

(1) Gonzalo de Las Casas, *Defensa*. M. S. Mártir, de *Orbe Novo*, dec. 5, cap. VIII. Ixtlilxochitl, *Venida de los españoles*, M. S., pág. 45. Relación tercera, pág. 289. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, lib. 33, capítulo XXIX.

(2) «Muchas cosas acaecieron en este cerco, que en otras generaciones estuvieran discantadas y tenidas en mucho, en especial de las mujeres de Temextitan, de quien ninguna mención se ha fecho. Y soy certificado que fué cosa maravillosa y para espantar, ver la prontitud y constancia que tuvieron en servir a sus maridos, y en curar a los heridos e en el labrar de las piedras para los que tiraban con hondas, e en otros oficios para más que mujeres.» Oviedo. *Hist. de las Indias*, M. S., lib. 33, cap. XLVIII.

les que conducen al mercado de Tlaltilolco, a cuyo punto se dirigían igualmente los movimientos de Alvarado. Un solo canal había por aquella parte, pero era muy ancho y fué esforzadamente defendido por los indios. Una noche, estando los soldados españoles en sus atrincheramientos, les sorprendió una luz extraña que salía del teocalli mayor, que estando a la parte del Norte, distaba más de los reales castellanos. Este templo, consagrado al terrible dios de la guerra, sólo era segundo en tamaño al de la plaza Mayor, y más de una vez habían visto los españoles conducir allí a sus compatriotas, al espantoso sacrificio. Supusieron, pues, que ahora también se estaría celebrando en él alguna ceremonia diabólica; pero las llamas a cada momento subían más alto, hasta que no quedó duda de que el templo mismo se estaba incendiando. Todos los soldados a una voz dieron un grito alborozados porque luego creyeron que Alvarado había tomado posesión de dicho templo.

En efecto era así; este valiente oficial, cuya calzada distaba de Tlaltilolco menos que las otras, había cumplido exactamente las instrucciones del general, arrasado todos los edificios que había encontrado en el tránsito y llenado todos los fosos con el mayor cuidado. Por fin, llegó a salir frente al gran teocalli, cerca de la plaza del mercado. Mandó a una compañía bajo las órdenes de un oficial llamado Gutiérrez de Badajoz, que tomase la plaza, lo que no se pudo efectuar sin desalojar a un cuerpo de guerreros mezclados con sacerdotes, que eran más feroces que los primeros. La guarnición, precipitándose por las tortuosas escaleras de la pirámide, embistió con tal furia a los blancos, que estos se vieron obligados a retroceder en el mayor desorden y con alguna pérdida. Alvarado mandó en su socorro otro destacamento, el cual tuvo que combatir en el tránsito, antes de llegar a las gradas del templo con otro

cuerpo de aztecas que lo atacó por la retaguardia. La posición de los españoles situados entre dos fuerzas enemigas, y atacados desde el templo y por la espalda, era crítica. Con sus espadas y guarecidos por sus adargas lograron después de esfuerzos desesperados penetrar por entre los mexicanos que subían y arrojarles hasta el atrio del templo, al mismo tiempo que Alvarado rompió sobre ellos un fuego de mosquetería tan mortífero que les obligó a abandonar el campo. Libres de todo peligro por la retaguardia, volvieron los castellanos a la carga, arrojaron a los enemigos hasta la cumbre de la pirámide, y subiendo a la ancha área en que remataba, se trabó en los aires un sangriento combate tan desesperado como debe ser aquel en que se pugna con la certeza de que la derrota es la muerte. Terminóse, como siempre, con la derrota de los aztecas que o fueron matados en el sitio, todavía teñido en la sangre de sus víctimas, o fueron arrojados cabeza abajo desde lo alto del templo.

La área estaba ocupada por varios símbolos del bárbaro culto del país, y por dos elevados nichos ante cuyos horribles ídolos estaban tendidas las cabezas de varios cautivos cristianos inmolados en sus aras. No obstante que esas cabezas estaban envueltas entre largos y enmarañados cabellos y ensangrentadas barbas, los españoles pudieron reconocer las facciones de los camaradas suyos que habían caído en manos del enemigo. Las lágrimas se les saltaron de los ojos al contemplar tan triste espectáculo y al pensar en la horrible muerte que habían padecido. Quitaron de allí con decencia y cuidado los tristes restos, y después de la conquista los depositaron en un lugar sagrado que fué después ocupado por la iglesia de los mártires (1).

(1) Oviedo, op. cit., cap. XXIX. Bernal Díaz. cap. CXV. Relación tercera, págs. 287-289.

Completaron su obra incendiando el templo para que aquel lugar no volviese a quedar manchado con tan abominables ceremonias. Las llamas cundieron lentamente por el alto teocalli formado de piedra y madera, pero por fin ardió en una sola y vivísima llama, que en forma espiral se elevó en los aires hasta una altura tal que se la veía desde los lugares más apartados del valle. Esta llama fué la que vieron los soldados de Cortés, y la que sirvió después a amigos y enemigos de señal para conocer la situación y progresos de los cristianos.

El general y los suyos, estimulados por aquel ejemplo, hicieron al día siguiente los mayores esfuerzos por no quedarse atrás de sus compañeros los de Alvarado. El ancho canal de que arriba hemos hablado, era un impedimento para adelantar; del otro lado del foso se veían las macilentas figuras de los guerreros aztecas, semejantes a las lúgubres sombras que según nos cuentan los poetas antiguos, andaban errantes a orillas de la laguna Estigia. Sin embargo, arrojaban lluvias de proyectiles, que no eran sombras, sobre los indios ocupados en llenar los fosos con las ruinas de los edificios adyacentes, pero los aliados proseguían su trabajo sin interrupción, ocupando trabajadores nuevos en el puesto de los que caían. Cuando estuvo libre el paso, porque el foso ya estaba completamente lleno, cargó la caballería sobre el enemigo, siguióle la infantería armada de lanzas, y la falange invencible arrolló con todos los obstáculos que se le presentaron.

Los de Cortés se encontraron entonces en el mismo terreno que Alvarado. A poco rato llegó éste acompañado de varios oficiales de su división, y abrazó cordialmente a sus compañeros, por la primera vez desde que comenzó el sitio.

Encontrábanse ya a las puertas del mercado; Cortés,

acompañado de unos pocos caballeros de los de su división, se encaminó a él a galope. Como recordará el lector (1), el mercado tenía grandes dimensiones que eran acomodadas a la inmensa multitud que acudía a él de todas partes en los tiempos florecientes de la monarquía azteca. Estaba cercado de pórticos y pabellones donde los artesanos y comerciantes ostentaban sus manufacturas y mercancías.

Los descubiertos techos de las plazas estaban ocupados por multitud de hombres y mujeres que miraban en silencio a los hombres de las aceradas armaduras, profanar con su presencia aquel recinto que desde su primera expulsión no habían vuelto a pisar. La multitud, cogida a lo que parece por sorpresa, estaba inerme y no opuso ninguna resistencia. El general, después de reconocer el terreno a su placer, se volvió al ejército.

Luego que llegó adonde este se hallaba, subió al teocalli, en cuya cumbre ondeaba soberbio el pabellón de Castilla, en cumplimiento de las profecías aztecas. Al ir subiendo el conquistador por sobre los escombros humeantes, contemplaba tranquilo la devastación que abajo se ofrecía a la vista por todas partes. Los palacios y los templos, las man-

(1) Véase antes el volumen I, pág. 22.

El «teanquisco» o plaza del mercado, todavía era después de la conquista muy extenso, aunque decaído de su antiguo esplendor: así nos lo dice el P. Sahagún. «Entraron en la plaza o teanquisco de este Tlatilolco (lugar muy espacioso, mucho más que lo es ahora), el cual se podía llamar emporio de esta Nueva España, al cual venían a tratar gentes de toda ella y aún de los reinos a ella contiguos, y donde se vendía y compraban todas cuantas cosas hay en esta tierra y en los reinos de Quahtimallan y Xalisco, cosa cierto mucho de ver. Y lo vi por muchos años morando en esta casa del señor Santiago, aunque ya no era tanto como antes de la Conquista». *Hist. de Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XXXVII.

siones de las artes y la industria, los relucientes canales poblados de canoas cargadas con mercancías, la real pompa de los bosques y jardines, todo el esplendor de la ciudad imperial había desaparecido, y en su lugar sólo se veía devastación y ruinas. ¡Cuán diferentes escenas aquellas, de las que un año antes con Moteuczoma a su lado, había gozado desde lo alto del templo!

Las siete octavas partes de la ciudad estaban reducidas a ruinas, con excepción de alguno que otro templo que por su colosal tamaño habría sido largo de destruir (1). Quedaba sólo a los aztecas un octavo de la ciudad, formado por el barrio de Tlatilolco, en donde se había refugiado toda la población, que no obstante sus pérdidas, era todavía muy considerable, y estaba hacinada en un alojamiento en que apenas cabía la tercera parte de ella. Este barrio es el que quedaba entre las calzadas del Norte y del Poniente, y que hoy es conocido con el nombre de «Barrio de Santiago.» Después de la conquista fué la residencia predilecta de los indios; pero hoy apenas hay unas cuantas chozas, y forma uno de los barrios más despoblados de la metrópoli (2). Sin embargo, todavía ofrece vestigios de lo que fué en un tiempo, y el curioso anticuario, y a veces, el simple labrador, saca al remover el suelo brillantes fragmentos de obsidiana, una punta de lanza, una saeta o alguna otra reliquia de guerra que atestigua que en aquel sitio fué donde los azte-

(1) «E yo miré desde aquella torre, lo que teníamos ganado de la ciudad, que sin duda de ocho partes teníamos ganado las siete.» Relación tercera, pág. 289.

(2) Toribio, *Hist. de las Ind.*, M. S., parte III, cap. VII.

Los restos de la antigua ciudad todavía pueden verse allí: pero en las demás partes *jetiam periere ruinae*!

cas ya derrotados hicieron el último esfuerzo en favor de su patria (1).

Al día siguiente hizo Cortés a la cabeza de sus batallones una segunda entrada en el «teanquisco»; pero en esta vez los mexicanos estaban mejor dispuestos a recibirle; habíanse reunido en considerable número en la espaciosa plaza; se trabó un encuentro que aunque reñido fué de corta duración; porque su fuerza no era igual a su resolución, y se dispersaron a causa del fuego de mosquetería de los españoles, que quedaron por fin enteramente dueños del sitio.

Su primera operación fué incendiar los templillos que habían dentro del mercado, o probablemente, a sus orillas. Conforme cundieron las llamas, comenzaron los aterrorizados aztecas a dar los gritos lastimeros que les arrancaba ver la destrucción de las deidades en cuyo patrocinio descansaban (2).

La segunda providencia de Cortés le fué sugerida por un soldado llamado Sotelo que había servido con el Gran Capitán en las guerras de Italia, donde pretendía él haber aprendido la ciencia del ingeniero, cual entonces se cono-

(1) Bustamente, el editor mexicano de Sahagun, dice que él posee algunos de estos despojos militares. «Toda la llanura del Santuario de Nuestra Señora de los Ángeles y de Santiago Tlatilolco se ve sembrada de fragmentos de lanzas, con tantos de macanas y flechas de piedra obsidiana, de que usaban los mexicanos, o sea chinapos, y yo he recogido no pocos que conservo en mi poder». *Hist. de la Nueva España*, lib. 12, nota 21.

(2) «Y como comenzó a arder levantóse una llama tan alta que parecía llegar al cielo: al espectáculo de esta llama todos los hombres y mujeres que se habían acogido a las tiendas que cercaban todo el teanquisco, comenzaron a llorar voz en grito, que fué cosa de espanto el oírlos; porque quemado aquel delubro satánico, luego entendieron que habían de ser del todo destruidos y robados.» Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, lib. 12, cap. XXXVII.

cía. Se ofreció a construir una catapulta, máquina que servía para arrojar piedras de gran tamaño, y que para la demolición de los edificios podía hacer las veces de una batería de grueso calibre. Como las municiones comenzaban a escasear, no obstante las provisiones últimamente recibidas, Cortés accedió de muy buena voluntad a una propuesta tan oportuna. Proporcionáronse al engréido maquinista, piedras, madera y considerable número de operarios a quienes dirigía en la construcción de aquel ponderoso aparato que descansaba en una plataforma de mampostería, de treinta pasos en cuadro, y de siete u ocho de altura, y situada en la medianía de la plaza del mercado. Dicha plataforma era hechura de los príncipes aztecas, y servía de tablado o foro donde los saltimbanquis y juglares hacían sus juegos y suertes a la vista del populacho, que gustaba mucho de esta clase de diversiones (1).

La erección de la máquina exigía varios días, durante los cuales se suspendieron las hostilidades, habiendo un cuerpo de infantería destinados a cuidar de que los operarios no fuesen interrumpidos en sus tareas. Por fin, estuvo concluída la máquina, y los indios, que con callado miedo habían visto desde las azoteas los progresos de la construcción de aquélla, destinada a reducir a escombros su ciudad, sintieron después, con terror, su operación. Colocóse en la madera una piedra de enorme tamaño; púsose en movimiento la maquinaria y el proyectil fué arrojado de la catapulta con tremenda fuerza. Mas, en vez de tomar la dirección de los edificios aztecas, se elevó verticalmente en los aires, y bajando al punto mismo de donde había partido, redujo a astillas la ominosa máquina. Todo se malogró completa-

(1) Según Humbolt, todavía se encuentran vestigios dentro del pórtico de la capilla de Santiago. *Essai politique*, t. II, pág. 44.

mente, y los aztecas se sintieron aliviados del miedo, mientras los españoles armaron gran jácara, algo a costa del general, al cual mortificaba tanto el mal éxito de la tentativa como su fácil credulidad (1).

(1) Bernal Díaz, cap. CLV. Relación tercera, pág. 290. Sahagun, *ubi. supra*.



CAPÍTULO VIII

HORROROSOS PADECIMIENTOS DE LOS SITIADOS.—ESPÍRITU DE CUAUHEMOTZIN.—MORTÍFEROS ATAQUES.—APREHENSIÓN DE CUAUHEMOTZIN.—EVACUACIÓN DE LA CIUDAD.—TERMINACIÓN DEL SITIO.—REFLEXIONES.

(1521)

No había necesidad de apelar a recursos artificiales para conseguir la destrucción de los aztecas, porque ésta todos los días se aceleraba a virtud de causas más eficaces que las que podían provenir de la intervención de los hombres.

Hombres y mujeres, nobles y plebeyos, ancianos y niños, todos estaban confundidos en las casas y, las más veces, en los establos de aquel barrio, que no era el mejor de la ciudad; otros habitaban en canoas descubiertas o en las calles, expuestos al calor del día y al frío de la noche (1). Un antiguo cronista refiere que tres mujeres de calidad permanecieron tres días con el agua hasta el cue-

(1) Estaban los tristes mexicanos, hombres y mujeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos en un lugar tan estrecho, y apretados los unos con los otros, y con grandísima falta de bastimentos y al calor del sol y al frío de la noche y cada hora esperando la muerte. Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12, capítulo XXXIX.

llo y sin más alimento que un puñado de maíz. Los víveres habían agotádose hacía mucho tiempo, con lo que las gentes buscaban con ansia alguna cosa, por asquerosa que fuese, con que mitigar el hambre que las devoraba. Algunos acechaban los insectos y gusanos de la superficie de la laguna o recogían las hierbas saladas y el musgo que nacían a sus orillas, y de vez en cuando echaban una mirada de envidia hacia los verdes collados de más allá de las aguas, a los que habían dejado por venir a participar de la suerte de sus hermanos de la capital.

Los españoles hacen a los sitiados la honra de decir que, a pesar de su angustiada situación, no violaron las leyes de la naturaleza, comiéndose los unos a otros; pero, desgraciadamente, esto lo contradicen los historiadores indios, quienes afirman que las madres devoraban, en su agonía, a unos hijos que no tenían medios de alimentar. Este hecho ha pasado en más de un sitio, y en el presente caso, es más probable, porque la familiaridad con las erueles ceremonias de la religión, debe haber embotado en los indios la sensibilidad (1).

Pero todo esto no era suficiente, y todos los días morían

(1) «De los niños no quedó nadie, que los mismos padres y madres los comían, que era gran lástima de ver y mayormente de sufrir. (Sahagun, *Hist. de la Nueva España*. M. S., lib. 12, cap. XXXIX.) El historiador recogió sus noticias de boca de los mismos sitiados, poco tiempo después de los sucesos. Recuérdanse las terribles profecías de Moisés: «La mujer tierna y delicada que no sabía dar un paso ni asentar la planta del pie sobre la tierra por su demasiada sensibilidad y delicadeza, no querrá dar a su mismo amado esposo parte de las carnes del hijo y de la hija... ni del niño que ha nacido en aquel mismo punto, porque se comerán todo esto a escondidas, por falta de toda otra cosa con que resistir a una hambre tan cruel durante el cerco y devastación con que te apurará tu enemigo dentro de tus ciudades.» *Deuteronomio*, cap. XXVIII, véase LVI-LVII.

centenares, miserables víctimas del hambre. Algunos iban, arrastrándose, a exhalar un último suspiro dentro de una casa; otros, quedaban muertos en las calles públicas. Donde morían, fuera donde fuese, allí quedaba su cadáver, sin que nadie le diese sepultura ni lo removiese. Al último, la costumbre de presenciar aquel espectáculo, hizo que se le viese con indiferencia. Cada cual esperaba, en muda desesperación, que le llegase su vez; no había ni quejas ni lamentos, no había más que un tormento horrible, imponderable.

Si bien en algunas calles estaban diseminados los cadáveres, en otras estaban amontonados en tanto número, que Bernal Díaz decía que sólo se podía andar entre cuerpos muertos (1). El conquistador dice con más energía: «un hombre no tenía donde estar sino sobre los cuerpos de los suyos» (2). Todos estaban confundidos, muertos y vivos; estos se acostaban a dormir y a morir también, al lado del cuerpo de sus amigos; todo era muerte; la ciudad se había convertido en cementerio donde todo caminaba a su ruina y descomposición. La putrefacción acelerada por las lluvias y el calor, produjo miasmas pútridos que infestaron de tal modo toda la atmósfera, que todos los españoles, incluso el general, se enfermaron sólo de pasar por los barrios, y de aquí se originó una peste que hizo más estragos que la hambre misma (3).

Las gentes quedaron sobrecogidas de miedo a la vista

(1) «No podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos.» *Hist. de la Conq.*, cap. CLVI.

(2) «No tenían donde estar, sino sobre los cuerpos muertos de los suyos.» Relación tercera, pág. 289.

(3) Bernal Díaz, *ubi. supra*. Herrera, *Hist. General*, dec. 3, lib. II. capítulo VIII. Sahagún, *Hist. de la Nueva España*. M. S., lib. 12. capítulo XLI. Gonzalo de Las Casas. *Defensa*. M. S.

de tamaños horrores. Recurrieron a todas las ceremonias que su religión supersticiosa prescribía para el caso de peste, rogaron a los sacerdotes que invocasen en su ayuda a los dioses, pero los oráculos permanecieron mudos o dieron solamente siniestras respuestas. Los dioses les habían abandonado, y en su lugar sólo veían los signos de la ira celestial que les prometía aun mayores daños. Después del sitio declararon muchos el haber visto en el cielo una faja de luz de color de sangre que iba del Norte en dirección al Tepejac, y acompañada de un gran ruido semejante al de un huracán, cuya luz giró en torno del barrio de Tlatilolco, despidiendo chispas, y después se precipitó y desapareció en el centro del lago (1). En aquel estado de perturbación mental, se apoderó de sus sentidos un miedo misterioso. Acaecían prodigios frecuentemente, porque aun los simples fenómenos de la naturaleza eran tenidos por prodigios (2). Agobiados por las calamidades, su razón se extravió y fueron el juguete de las más extrañas y supersticiosas visiones.

En medio de aquellas escenas espantosas, permanecía el joven monarca de los aztecas, según confesión unánime de cuantos le vieron, impasible y valeroso. Su hermosa capital estaba ante sus ojos reducida a escombros, sus nobles y fieles vasallos parecían a su lado, sus dominios se perdían palmo a palmo, hasta llegar el caso de no tener más

1) «Un torbellino de fuego como sangre envuelto en brasas y centellas que partían de hacia Tepeacac (que es donde está ahora Santa María de Guadalupe), y fué haciendo gran ruido hacia donde estaban acorralados los mexicanos y tlatilolcanos; y dió una vuelta por enredador de ellos, y no dicen si los empeció luego, sino que habiendo dado aquella vuelta se entró por laguna adelante, y allí desapareció.» Saha-gun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XL.

(2) El filósofo historiador romano, dice: «inclinatis ad credeum loco ominum, etiam fortuita». Tacit, *Hist.*, lib. 2.^o

que el necesario para estar de pie, pero rechazó todas las propuestas de rendición, y su espíritu permaneció tan indómito como al principio del sitio. Una vez que Cortés creyendo que padecimientos tan espantosos los inclinarían a recibir bien propuestas de paz, se las hizo mediante un noble prisionero; pero el feroz monarca mandó que el embajador fuese al punto sacrificado. Recuérdese, sin embargo, que es español el que refiere la historia (1).

Cortés, que por varios días había suspendido las hostilidades con la esperanza de que los trabajos obligarían a los mexicanos a someterse, resolvió, viendo que sus esperanzas eran vanas, dar un asalto general a la ciudad, cosa que no era difícil, atendiendo a que estaban encerrados en un reducido barrio. Dió, pues, órdenes a Alvarado de que se aprestase para el ataque, mandó a Sandoval (quien además del de su división tenía el mando de la flota anclada frente al barrio de Tlaltilolco) que ayudase el ataque batiendo con la artillería las casas inmediatas. Hecho esto dirigió sus tropas a la ciudad, o mejor dicho a las horribles ruinas que la rodeaban.

Al penetrar en los recintos indios le salieron al encuentro varios magnates consumidos y macilentos que tendiendo hacia él los brazos, exclamaron: «sois los hijos del Sol, pero el Sol completa brevemente su carrera; ¿por qué sois vosotros tan tardíos? ¿Por qué vais tan despacio en poner término a nuestras miserias? Mejor matadnos de una vez que así iremos luego adonde está nuestro Dios Huitzilopochtli que nos espera en el cielo para recompensarnos de nuestros padecimientos» (2).

(1) «Y como le llevaron delante de Cuauhtemotzin su señor y él le comenzó a hablar sobre la paz, dizque luego le mandó matar y sacrificar.» Relación tercera, en Lorenzana, pág. 293.

(2) «Que pues ellos me tenían por hijo del sol, y el sol en tanta

Cortés, conmovido por esta lastimera alocución, les respondió que no deseaba la muerte, sino la sumisión de los aztecas. «¿Por qué vuestro monarca», les dijo, «se rehusa a tratar conmigo, si sabe que una sola hora me basta para destruirle a él y a todo su pueblo?» Instó para que suplicasen a Cuauhtemotzin que conferenciase con él, entendido de que estaría seguro y nadie le dañaría.

Los nobles, después de resistirse un tanto, aceptaron la comisión, la que oyó el monarca de una manera que si es cierto lo que cuentan, prueba que los trabajos habían domado algo su carácter brioso. Consintió en la entrevista, la cual debía verificarse, no ese día, sino el siguiente, en la plaza Mayor de Tlaltilolco. Cortés, plenamente satisfecho de este resultado, salió inmediatamente de la ciudad y se volvió a la calzada.

A la mañana siguiente se encaminó al sitio señalado después de mandar a él, a Alvarado, con un cuerpo de infantería, para evitar cualquiera traición. La plataforma del centro de la plaza fué cubierta de esteras y alfombras y se dispuso un banquete para obsequiar al necesitado monarca. Después de hechos estos preparativos, se puso Cortés a aguardar que llegase la hora de la entrevista.

Pero Cuauhtemotzin, en vez de venir personalmente, envió a los mismos nobles que le habían llevado la embajada, excusándose de concurrir, a pretexto de enfermedad. No obstante que Cortés se desagradó mucho, recibió a los nobles con afabilidad y cortesía, por considerarlos un buen medio de comunicación con el emperador. Invitóles y ellos

brevedad como era un día y una noche, daba vuelta a todo el mundo, que por qué así yo brevemente no los acababa de matar y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenían deseo de morir y irse al cielo para sus Ochilobus (Huitzilopochtli) que los estaba esperando para descansar.» Ibid, pág. 292.

accedieron sin mucha resistencia, a sentarse en la mesa, cuyos manjares devoraron con tal avidez que probaba cuán cruda había sido su abstinencia.

En seguida los despidió dándoles abundante provisión de víveres para que los llevasen a su señor, a quien instaba para que se prestase a una entrevista por ser el único medio de entrar en avenimiento.

Los embajadores aztecas volvieron a poco rato trayendo un regalo de finas telas de algodón de poco valor; pero Cuauhtemotzin volvió a rehusar a la entrevista. Cortés, aunque vivamente disgustado, no quiso darlo a entender, y dijo a los embajadores: «Él vendrá ciertamente cuando vea que os he permitido volveros ilesos, a vosotros que habéis sido como él mis implacables enemigos en la guerra; decidle que de mí nada tiene que temer.» Fué de allí al mismo tiempo que ellos, prometiendo volver al día siguiente a saber la respuesta (1).

A la mañana siguiente entraron los magnates aztecas en el campo cristiano y anunciaron a Cortés que al medio día conferenciaría con él Cuauhtemotzin, en la plaza del mercado. El general asistió a la cita con toda puntualidad, pero inútilmente, pues ni el monarca ni los nobles concurren. Era claro que el azteca no confió en las promesas de sus enemigos; seguramente la sombra de Moteuczoma se presentó a su imaginación. El general, después de esperar durante tres horas, perdió la paciencia, y sabiendo que

(1) «Y yo les torné a repetir que no sabía la causa por qué e se recelaba venir ante mí, pues veía que si ellos que yo sabía que habían sido los causadores principales de la guerra y que la habían sustentado les hacía buen tratamiento, que los dejaba ir y venir seguramente, sin recibir enojo alguno; que les rogaba que le tornasen a hablar, y mirasen mucho en esto de su venida, pues a él le convenía y yo lo hacía por su provecho.» Relación tercera, en Lorenzana, págs. 294-295.

los indios se preparaban a la defensa, determinó emprender el asalto inmediatamente (1).

Los confederados habían quedado fuera de murallas, porque no había querido traerles a la vista de la caza, antes de poder soltar la liebre. Pero ahora dió orden de que se le reuniesen, y juntamente con ellos y con la división de Alvarado penetró en los cuarteles de los indios. Encontróles aparejados a la resistencia; los más hábiles y veteranos guerreros formaban la vanguardia y protegían a sus débiles e inermes camaradas. A veces se veían mujeres confundidas entre las filas con los soldados, y en las azoteas revueltas con niños, manifestando en su rostro desfigurado por el hambre y en sus miradas torbas, el odio y el rencor que les animaba contra los invasores.

Conforme avanzaban los españoles, los mexicanos arrojaban un grito de guerra y enviaban nubes de saetas, al paso que las mujeres y niños dejaban caer de las azoteas una lluvia de piedras y dardos. Pero las manos que arrojaban aquellos proyectiles eran demasiado débiles para que pudiesen causar gran daño, y cuando apretaban los escuadrones, era aun más palpable la flaqueza de los aztecas. Sus golpes eran inciertos y débiles, aunque algunos, sea por la robustez de su constitución, sea porque la desesperación les hacía cobrar nuevas fuerzas, luchaban desesperadamente hasta el último suspiro.

Los arcabuceros rompieron un fuego mortífero y los bergantines apretaban igualmente por el otro lado, por mane-

(1) Las pruebas de que Cortés procuró siempre reducir a los aztecas a que oyesen pláticas de paz son inequívocas. Véase además de su carta mencionada, a Herrera, *Hist. General*, lib. 2, cap. LXVII. Torquema, *Monarquía Ind.*, lib. 4.º, cap. C. Ixtlilxochilt, *Venida de los españoles*, págs. 44-48. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulos XXIX-XXX.

ra que los sitiados se encontraron en la situación del ciervo perseguido de los cazadores por todas partes.

La carnicería fué horrible; el suelo estaba cubierto de muertos hasta llegar el caso de que los frenéticos combatientes tuviesen que subirse por sobre los montones de cadáveres, para poder pelear. El suelo estaba ahogado en sangre, que corría como agua y que teñía de rojo hasta los canales mismos (1). Todo era estrépito y horrible confusión. Los horrorosos aullidos de los indios, los juramentos y maldiciones de los cristianos, los quejidos de los heridos, los lamentos de las mujeres, los lloros de los niños, los rudos golpes de los conquistadores, el etertor de los agonizantes, el rápido y resonante fragor de los mosquetes, el silbo de las saetas, el rechinado y sordo ruido de los incendiados techos que se desplomaban, las densas nubes y columnas de polvo y de humo que envolvían a la ciudad en tétrica oscuridad; todo este conjunto formaba una escena espantable que aterró hasta el animoso corazón de los conquistadores, habituados a los duros trances de la guerra y a los horrores de la sangre y de la muerte. «Sobre todo, dice el general, los lamentos y lloros de las mujeres y de los niños, partían el corazón.» (2)

Mandó que se les respetase y que se le diese cuartel a todo el que lo pidiere; lo encargó así, muy particularmen-

(1) «Corrían arroyos de sangre por las calles como pueden correr de agua cuando llueve y con ímpetu y fuerza.» Torquemada, *Monarquía Ind.*, lib. 4.º cap. CIII.

(2) «Era tanta la grito y lloro de los niños y mujeres que no había persona a quien no quebrantase el corazón.» (Relación tercera, página. 296.) Eran una raza feroz e implegable, exclama el comentar en un caritativo comentario. «Gens durac cervicis: gens absque concilio.» Nota

te a los aliados, y puso entre ellos castellanos que les estorbasen entregarse a actos de cruel barbarie (1).

Pero había puesto en movimiento una máquina imposible de retener; tan fácil era contener un huracán en su curso, como las pasiones de una horda furiosa de salvajes. «Jamás he visto gente más despiadada ni hombres tan crueles como éstos.» (2) No hacían distinción de edades ni sexos, y parece que a la hora de la venganza, quisieran haber a las manos a las generaciones de todo un siglo, para acabarlas. Por fin, cansados de matanza, mandó tocar retirada el general, y, ciertamente, que ya era tiempo de hacerlo, si acaso es cierto (y ojalá fuese una exageración) que habían perecido 40.000 almas (3). Pero, con todo, su suerte era preferible a la de aquellos que les sobrevivieron.

Durante toda la noche no se percibió movimiento alguno en los cuarteles aztecas; no ardía ninguna luz; no se oía ningún sonido, excepto los ayes de los heridos o el extertor de los agonizantes. Todo era oscuridad y silencio, la oscuridad y el silencio de la tumba.

El último golpe parece que los había agobiado completamente. Ellos habían salido con esperanza y poseídos de esa tremenda desesperación del que aguarda en silencio el

(1) «Como la gente de la ciudad se salía a los nuestros, había proveído el general que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar a los amigos que no matasen a aquellos tristes que eran sin número. E también dijo a los amigos capitanes que no consintiesen a su gente que matesen a ninguno de los que salían.» Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XXX.

(2) «La cual crueldad nunca en generación tan recia se vió ni tan fuera de toda orden de naturaleza, como en los naturales, de estas partes.» Relación tercera de Cortés, en Lorenzana, pág. 296.

(3) *Ibid. ubi. supra.* Ixtlilxochitl dice que 50.000 fueron muertos y hechos prisioneros en esta espantosa carnicería. *Venida de los españoles*, pág. 48.

hacha del verdugo. Sin embargo, no por esto se mostraron dispuestos a rendirse; parece que cada nuevo daño los hería más profundamente y concentraba el odio de muerte que tenían a sus enemigos. La fortuna, los amigos, los parientes, la patria, todo lo habían perdido. ¿Qué les importaba perder la vida misma, si ésta de nada les servía?

Muy úferente era la escena en el campo de los castellanos, que, engreídos con los últimos triunfos, se preparaban, con alharaca y alborozo, a la llegada del siguiente día. Pusieron hogueras a lo largo de las calzadas, iluminaron las tiendas de campaña, y los sones de músicas y cantos se dilataban por las aguas, pregonando el regocijo que experimentaban los castellanos al ver próximo el término de su fatigosa campaña.

A la mañana siguiente resolvió el general reunir otra vez sus tropas y comenzar el asalto nuevamente, para que los enemigos no tuviesen tiempo de rehacerse y la guerra terminase de un golpe. Había arreglado con Alvarado, la noche anterior, que este oficial ocuparía la plaza del mercado de Tlaltalolco y que una descarga de arcabucería serviría de señal para emprender el asalto general. Sandoval debía posesionarse de la calzada del Norte y, con la flota, velar sobre el monarca indio, no fuera a ser que se escapara por allí, como Cortés creyó que meditaba hacerlo. Permitir que se efectuase este plan, era dejar inmediato un formidable enemigo y exponerse a ver revivida la llama de la insurrección en toda la tierra. Sin embargo, dió órdenes a Sandoval de no tocar a la persona del monarca y de no hostilizar al enemigo sino en rigurosa defensa (1).

El memorable 13 de agosto, día de San Hipólito, que

(1) «Adonde estaban retraídos el referido Cuauhtemotzin con toda la flor de sus capitanes y personas más nobles que en México había,

por esta razón fué escogido para Santo Patrono de la moderna México, fué cuando Cortés condujo, por última vez, sus huestes vencedoras al través de las negras y devastadas llanuras que rodeaban a la ciudad india. Al entrar en el recinto de ella, hizo alto, deseando ofrecer a sus moradores otra nueva esperanza de salvación antes de descargar sobre ellos el fatal golpe. Logró conferenciar con algunos magnates, a los cuales interrogó acerca de la disposición en que se encontraba el príncipe. «Seguramente no querrá que perezcáis todos vosotros cuando le es tan fácil salvaros.» Después de decirles esto, les instó para que persuadiesen a Cuauhtemotzin a que tuviese una conferencia con él, renovándole todas las ofertas que antes había hecho, de que se respetaría su seguridad personal.

Partieron los embajadores y al poco rato volvieron precedidos del *cihuacoatl*, magistrado de suma autoridad entre los mexicanos. Dijo, con semblante melancólico y en el cual se traslucía su desagrado, que Cuauhtemotzin estaba resuelto a perecer donde estaba, más bien que entrar en pláticas con el general español; añadiendo, en tono de resignación: «Podéis hacer lo que queráis».—A esto replicó el inflexible general: «preparad a la muerte a vuestros compatriotas y decidles que su hora postrera ha llegado» (1).

Sin embargo, demoró todavía el asalto por algunas ho-

y mandó que no matase ni hiriese a ningunos indios, salvo si no le diesen guerra y que aunque se la diesen, que solamente se defendiese.» Bernal Díaz, cap. CLVI.

(1) «Y al fin me dijo que en ninguna manera el señor venía ante mí; y antes quería por allá morir que e él pesaba mucho de esto, que hiciese yo lo que quisiese, y como vi en esto su determinación yo le dije: que se volviese a los suyos, y que él y ellos se aparejasen, porque los quería combatir y acabar de matar, y así se fué.» Relación tercera, pág. 298.

ras, pero la impaciencia de sus tropas subió de punto al oír que Cuauhtemotzin y los suyos estaban preparándose para huír en piraguas aparejadas al efecto en las orillas del lago. Convencido Cortés de lo infructuoso e impolítico de toda nueva dilación, dió sus órdenes para el asalto y él se situó en una azotea que dominaba completamente al teatro de las operaciones.

Cuando los blancos llegaron a la presencia del enemigo, le encontraron envuelto en el mayor desorden, confundidos los de todas edades y sexos y formando masas tan densas que casi se empujaban los unos a los otros en las orillas de la calzada, para arrojarle al agua. Algunos se habían subido a las azoteas, otros se guarecían débilmente tras las paredes de las casas, sus sucios y desgarrados vestidos aumentaban lo grotesco de sus figuras y daban realce a la ferocidad de su semblante, parece que al contemplar al enemigo se mezclaba en sus miradas el odio con la más acerba desesperación. Luego que los blancos estuvieron a tiro, les arrojaron los indios una nube de impotentes proyectiles que probaba, que si habían perdido la fuerza, aun conservaban la resolución de sus mejores días. Dióse la fatal señal de combate, que era una descarga de arcabucearía, siguió el estallido de los cañones y el fragor de las demás armas de fuego y los penetrantes aullidos que lanzaban los confederados al abalanzarse sobre sus víctimas. No hay para qué manchar nuestras páginas con la nueva descripción de los horrores del día anterior. Algunos de los aztecas se echaron al agua y fueron cogidos por las canoas, otros se fueron a fondo y se ahogaron en las acequias, llegando a tanto el número de éstos que sus cuerpos muertos llegaron a formar un puente por sobre el cual pasaron los castellanos a la orilla opuesta. Otros, finalmente, imploraban piedad, la cual, según nos refieren los historia-

dores, les era otorgada constantemente por los españoles y constantemente rehusada por los aliados (1).

Mientras se consumaba esta matanza se observó que gran número de indios se embarcaban en las piraguas y se internaban a toda priesa en la laguna, pero los detenían los bergantines que rompían por entre las nubes de canoas, las cuales arremetieron sobre aquellos por derecha e izquierda luego que las tripulaciones intentaron asaltarles atrevidamente. El combate se trabó en el agua con tanto furor como en tierra, multitud de piraguas fueron echadas a pique, pero otras, aunque muy pocas, lograron escaparse favorecidas por la oscuridad del humo que era muy denso y llegar hasta la orilla opuesta.

Sandoval había reencargado mucho que se tuviese gran cuidado con cualquiera canoa en que hubiese sospecha de que iba Cuauhtemotzin. En lo más reñido de la refriega se descubrieron tres o cuatro piraguas de las más grandes, que se deslizaban rápidamente por la laguna. Un capitán llamado García Holguín que mandaba uno de los bergantines más veleros, se puso al momento a darle caza. Favorecíale el viento y a cada instante se acercaba más a los fugitivos que movían sus remos con vigor tal que sólo la desesperación podía dárselos. Pero fueron en vano todos estos esfuerzos, porque después de una breve persecución, se emparejó Holguín con las canoas, en las que conjeturó que iba el emperador, fuese que así lo conoció por la apariencia de la canoa, fuese que lo sabía por alguna denuncia. Luego que estuvo cerca mandó a sus soldados que apuntasen con las ballestas al bote, pero antes de que las dispa-

(1) Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XXX. Ixtlilxochitl, *Venida de los españoles*, pág. 48. Herrera, *Hist. General*, dec. 3, lib. 2.º, cap. VII. Relación tercera, pág. 297. Gomara, *Crónica*, capítulo CXLII.

rasen se oyó un grito de que allí iba el emperador. Al instante se apareció en ademán de luchar con los blancos, un joven guerrero armado de su escudo y de una macana. Pero como vió que el capitán español dió orden a los suyos de no disparar, bajó él sus armas y exclamó: «yo soy Cuauhtemotzin, llevadme a Malitzin, soy prisionero, pero no toquéis ni a mi mujer ni a nadie de los que me acompañan» (1).

Holguin le aseguró que sus deseos serían obsequiados, y le ayudó a pasar a bordo del bergantín, seguido de su mujer y acompañantes. Eran éstos en número de veinte, entre ellos, Coanaco, el depuesto señor de Tetzcoco, el de Tlacopan y algunos otros personajes que seguramente por su dignidad no habían padecido todas las calamidades del cerco. Luego que los cautivos estuvieron sentados a cubierta del bergantín, suplicó Holguin al comandante azteca que pusiese término al combate mandando a las gentes de las otras canoas que se rindiesen, pero con aire de despecho, replicó él: «No es necesario; ellos dejarán de combatir luego que sepan que su príncipe está prisionero.» Así era la verdad; la noticia de la aprehensión de Cuauhtemotzin, cundió rápidamente a los que en agua y en tierra disputaban todavía con los blancos. El combate terminó al punto; ya no opusieron más resistencia, y las canoas en que esta-

(1) Ixtlilvochtli, *Venida de los españoles*, pág. 49.

«No me tiren que yo soy el Rey de México y desta tierra, y lo que te ruego es que no me llegues a mi mujer ni a mis hijos, ni a ninguna mujer ni a ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes a mí y me lleves a Malintzin.» (Bernal Díaz, cap. CLVI.) M. Humboldt ha emprendido un gran trabajo por identificar el lugar de la prisión de Cuauhtemotzin, el cual lugar está hoy reducido a tierra firme, y considera que se encuentra situado entre la garita de Peralvillo, la plaza de Santiago en el puente de Amaxac. *Ensayo político*, t. II, página 176.

ban, se pusieron a seguir al bergantín en que iba preso el príncipe. Parece que el combate no tenía más objeto que llamar la atención del enemigo y proteger la fuga del monarca (1).

Sandoval, luego que supo la prisión de Cuauhtemotzin, se acercó a la nao en que venía y mandó al capitán que se lo entregase; pero éste reclamó su presa; se trabó una disputa entre ambos, porque uno y otro querían alcanzar la gloria de aquel hecho y quizá también la de recordarlo en su escudo de armas. Cortés, que supo la disputa desde la azotea donde había permanecido y sabido la prisión de Cuauhtemotzin, dió órdenes, al punto, de que le trajesen al real prisionero y mandó decir a los dos contendientes que él ajustaría su disputa (2). Al mismo tiempo, les encargaba que tratasen al prisionero con respeto. Hizo después los preparativos para recibirle, mandó tapizar la azotea con esteras y alfombras carmesíes, y se preparó una mesa con manjares, de los que tenía gran necesidad el azteca (3).

Su india querida, doña Marina, concurrió en clase de

(1) En cuanto a la noticia que he dado de la prisión de Cuauhtemotzin, véanse, aunque tienen algunas discrepancias, a los autores siguientes: Cortés, *Relación tercera*, pág. 299. Gonzalo de Las Casas, *Defensa*, M. S. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XXX. Torquemada, *Monarquía Ind.*, lib. 4.º, cap. CI.

(2) Según Bernal Díaz, el general respondió severamente a sus dos oficiales por una contienda tan inoportuna, y les recordó los peligrosos efectos de otra reyerta semejante entre Mario y Sila, con respecto a Yugurta. (*Hist. de la Conq.*, cap. CLVI.) Este rasgo de pedantería parece ser más bien del antiguo cronista, que no del general. El resultado final fué que el emperador no concedió a ninguno de los dos contendientes, sino a Cortés, que recordase aquel memorable suceso en su escudo de armas, poniendo en la orla de dicho escudo una cabeza de Cuauhtemotzin y de otros siete prisioneros.

(3) Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XL.

intérprete; ella, que le había acompañado en todos los azares y desgracias de la guerra, debía acompañarle, ciertamente, en su triunfante terminación.

Cuando desembarcó Cuauhtemotzin, lo escoltó una compañía de infantería hasta la habitación del general. Subió a la azotea con paso firme y grave, y se le distinguía fácilmente de todo su acompañamiento, no obstante que sus rasgados ojos ya no centellesaban con su acostumbrado fuego y que todo su semblante tenía un aire de abatimiento y resignación que se avenía poco con el espíritu feroz e indómito que le animaba interiormente. Su cabeza era grande, sus miembros bien proporcionados y su compleción toda, más hermosa que la de la generalidad de sus bronceados compatriotas; finalmente, sus modales eran sumamente suaves e insinuantes (1).

Cortés se adelantó, con estudiada urbanidad, a recibirle; probablemente, el azteca le conocía, porque fué el primero en romper el silencio, diciendo: «He hecho cuanto podía por defenderme a mí mismo y por defender a mi pueblo, pero me veo traído a la condición en que estoy; vos, Malintzin, podéis hacer de mí lo que queráis.» En seguida, llevando la mano al mango de un puñal suspendido del cinturón del general, añadió con vehemencia: «Más bien, matadme con éste y quitadme de una vez la vida.» (2)

(1) Para retratar a Cuauhtemotzin, me valdré otra vez del fiel pincel de Bernal Díaz, quien lo conoció perfectamente, a lo menos conoció su persona. «Cuauhtemotzin era de muy gentil disposición así de cuerpo como de facciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos más parecían que cuando miraban que era con gravedad y halagüenos, y no había falta en ellos; y era de edad de veintitrés a veinticuatro años, y el color tiraba más a blanco que a color y matiz de esos otros indios morenos». *Hist. de la Conq.*, cap. CLVI.

(2) «Llegóse a mí y díjome en su lengua: que ya él había hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse así y a los su-

Cortés, lleno de admiración al ver el altivo porte del joven monarca, que mostraba en la desgracia un esfuerzo digno de un héroe romano, le replicó: «No temáis; seréis tratado con honor; habéis defendido vuestra capital como un valiente y los españoles respetan el valor dondequiera que lo encuentran.» (1)

En seguida le preguntó dónde había dejado a la princesa, su mujer, y, habiendo dicho que se había quedado a bordo del bergantín, bajo la custodia de los castellanos, mandó que la trajesen a su presencia.

Era esta la hija más joven de Moteuczoma y apenas había llegado a la época de la nubilidad. Cuando subió al trono su primo Cuauhtemotzin, le había sido ofrecida por legítima mujer (2). Era famosa por su hermosura, y la bella princesa Teccuichpo, es todavía recordada por los españoles, porque de ella descendieron, después de la muerte de su primer marido, algunas de las más ilustres familias de España (3). Recibióla atentamente Cortés, quien la hizo

yos, hasta venir en aquel estado; que ahora ficiese de él lo que yo quisiese, y puso la mano en un puñal que yo tenía, diciéndome, que le diese de puñaladas y matase.» (Relación tercera, pág. 300.) La narración respetable del Conquistador, es confirmada por Díaz, el cual parece que no había visto la carta del primero. *Hist. de la Conquista*, capítulo CLVI.

(1) Ibid. *ubi. supra*. Oviedo, op. cit., cap. XLVIII. Mártir (de *Orbe Novo*, dec. 5, cap. VIII), el cual con el epíteto de magnánimo regi, explica la admiración que el varón tan esforzado, Cuauhtemotzin, excitó en la Corte de Castilla.

(2) Don Juan Cano, en su conversación con Oviedo, describe las ceremonias que distinguían el matrimonio con la mujer legítima del con la concubina. Según esto, parece que la única descendencia legítima que dejó Moteuczoma, se reducía a un hijo y una hija, esta misma princesa. Véase Apéndice, parte II, núm. 11.

(3) El que quisiere ver más largas noticias sobre la hija de Moteuczoma, puede consultar el lib. 7.^o, cap. III. de esta historia.

todas las distinciones y honores debidos a su alta calidad. Seguramente su cuna era otro motivo de interés para el conquistador, quien difícilmente podría ver sin arrepentimiento a la hija del infortunado Moteuczoma. Invitó a sus reales prisioneros a que se sentasen a la mesa a tomar un refrigerio de que tanto necesitaban. En el entre tanto tomó sus disposiciones para aquella noche: mandó a Sandoval que escoltase a los prisioneros a Coyoacan, adonde le seguiría él inmediatamente: a los otros capitanes, Olid y Alvarado, les mandó que replegaran sus tropas a sus cuarteles respectivos, pues era imposible permanecer en la capital, infestada por las emanaciones pútridas de la multitud de cadáveres insepultos.

Quedóse solamente una pequeña guardia encargada de mantener el orden en los arrasados suburbios. La hora en que Cuauhtemotzin se rindió fué la de las tres de la tarde (1), y el sitio se debía tener por terminado desde aquel momento. Llegó la noche y comenzó a caer la lluvia antes de que las tropas hubiesen evacuado la ciudad (2). En la

(1) Este acontecimiento es, o mejor dicho, era celebrado todos los años en tiempo de la dominación española, con una solemne procesión por las calles de la ciudad. Verificábase el 1.º de agosto, aniversario del día de la rendición, y la formaban los principales nobles y ciudadanos, montados a caballo, con el virrey a su cabeza, y llevaban el venerable pendón del Conquistador.

(2) Toribio. *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 3.º, cap. VII. Sahagun. *Historia de la Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XLII. Bernal Díaz. *Historia de la Cong.*, cap. CLVI.

«E así preso este señor, luego en este punto cesó la guerra, a la cual plugó a Dios nuestro señor dar conclusión. martes, día de Santo Hipólito, 13 de agosto de 1521 años; de manera que desde el día que se puso cerco a la ciudad que fué a 30 de mayo de dicho año, hasta que se ganó, pasaron setenta y cinco días...» (Relación tercera, pág. 360.) No es fácil saber qué es lo que ocurrió el 30 de mayo para decidir por qué ese día comenzó el sitio. Clavijero opina que es día fué la

noche se desató una tremenda tempestad, cual nunca habían visto otra los españoles, de esas que sólo se conocen en los trópicos. El trueno retumbante de las murallas de pórfido que circuyen el valle, se propagaba por los desiertos lagos, y sacudía, hasta en sus cimientos, los teocallis y las pocas chozas que habían quedado en pie en la devastada Tenochtitlan. El relámpago parecía hendir y desunir las bóvedas del cielo, y su cárdeno fulgor alumbraba por un momento el horrible cuadro, para volver éste luego a quedar envuelto en la más tenebrosa oscuridad. La guerra de los elementos formaba concierto con las catástrofes de la ciudad. Parecía que las deidades de Anáhuac, arrojadas de su antigua mansión, huían a lo lejos bramando y aullando espantablemente, al abandonar a su destino la sojuzgada ciudad (1).

Al día siguiente al de la rendición, pidió Cuauhtemotzin al conquistador que permitiese a la población de la ciudad salir de ella y pasar sin que la molestasen a tierra firme: a lo cual accedió Cortés de buena voluntad, porque sin esto

ocupación de Coyoacan por Olid. (*Historia de México*, t. III, página 196.) Pero yo no sé en qué se funda. Ni Bernal Díaz, ni Herrera, ni Cortés, fijan esta fecha: por el contrario, Clavijero dice que Alvarado y Olid salieron de Tetzcoco el 20 de mayo y Cortés dice que el 10. Acaso el Conquistador comienza a contar el sitio del día en que Sandoval ocupó la calzada del Norte y en que se completó el cerco; Bernal Díaz dice repetidas veces que el sitio duró tres meses, y es que seguramente lo cuenta desde que la división de Alvarado, a que él pertenecía, se situó en Tacuba.

(1) A lo que parece esto no interrumpió el sueño de los soldados, ensordecidos con el perenne ruido del sitio, que había cesado enteramente. Díaz dice en su lenguaje familiar que se sintieron los españoles como si hubiesen salido súbitamente de un campanario donde por algunos meses les había aturdido un no interrumpido repique. Ibid, *ubi. supra*.

no se podía dar paso a desinfestar la ciudad. Dió orden de que se permitiese la salida de la población y prohibió a todos, españoles y aliados, que dañasen en lo más mínimo a los aztecas ni les obstruyesen la salida. El número total de estos se hace subir de 30 a 70.000, sin contar a las mujeres y niños que habían sobrevivido al acero, al hambre y a la peste (1). Lo cierto es que tardaron tres días en desfilar por las varias calzadas, formando un triste espectáculo (2). Maridos y mujeres, padres e hijos, enfermos y heridos, todos se auxiliaban los unos a los otros para poder caminar lentamente; todos iban macilentos y flacos, medio desnudos y cubiertos de heridas, las unas recientes, las otras ya viejas y con el descuido ya corrompidas y pestilentes. Su extenuación y rostro pálido y consumido publicaba la historia del sitio.

Observábase que al pasar los dispersos restos al otro lado de la laguna, volvían el rostro de vez en cuando hacia el lugar ocupado en otro tiempo por la ciudad imperial, como para volver a ver otra vez un sitio que fué en otro tiempo su placentera mansión, y que traía a su memoria recuerdos tan queridos.

Luego que evacuaron la ciudad sus habitantes, se tomaron medidas para desinfestarla, a cuyo efecto se sepultó a

(1) Herrera (*Hist. General*, dec. 3, lib. 2.º, cap. VII), y Torquemada (*Monq. Ind.*, lib. 4.º, cap. CI), los regulan en 70.000; Ixtlilxochitl dice que 60.000 combatientes rindieron las armas. (*Venida de los españoles*, pág. 49.) Oviedo hace subir el número hasta 70.000. (*Historia de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLVI.)

Si se tienen presentes las pérdidas que sufrieron durante el sitio, se verá que el número es enorme.

(2) «Digo que en tres días con sus noches iban todas tres calzadas llenas de indios e indias y muchachos, llenas de bote en bote, que nunca dejaban de salir, y tan flacos y sucios e amarillos que era lástima de ver.» Bernal Díaz, cap. CLVI.

los cadáveres, amontonados en las calles públicas, y se encendieron luminarias que ardían de día y de noche, principalmente en el barrio de Tlaltiloico. Es imposible formarse idea exacta del número total de los que perecieron en el sitio: los cálculos varían desde 120 000, que es el más moderado, hasta 140.000 (1). El número de españoles muertos es respectivamente pequeño, aunque el de los aliados es bastante considerable, si es cierto como lo afirma Ixtlilxochitl, que sólo compatriotas suyos perecieron 30.000 (2). Pero lo que no se puede dudar es que fué inmenso el número de los que murieron dentro de la ciudad, si se considera que fuera de la cuantiosa población propia suya, encerraba las de las ciudades convecinas, que temero-

(1) Cortés regula las pérdidas que sufrió el enemigo en los diferentes asaltos, en 67.000, que juntos con los 50.000 que calculaba perecerían de hambre y peste, hacen 117.000. (Relación tercera, pág. 298, et alibi.) Pero esto es sin contar con los que perecieron antes de que se pusiese por obra el plan de arrasar la ciudad. Ixtlilxochitl, que rara vez permite que nadie le gane en esto de guarismos, hace subir el número de los muertos a 240.000, en los que estaba la nobleza azteca. (*Venida de los españoles*, pág. 5.) Bernal Díaz asienta con más generalidad lo siguiente: «He leído la historia del sitio de Jerusalén, pero dudo que en él haya habido la mortandad que en éste, porque estaba reunido en la ciudad inmenso número de guerreros indios, de las ciudades y provincias inmediatas, la mayor parte de los cuales perecieron». (*Hist. de la Conq.*, cap. CLVI.) «He conversado», dice Oviedo, «con muchos hidalgos y otras personas de las que allí se hallaron presentes, y les he oído decir que el número de los muertos fué incalculable, y mayor que el de los que perecieron en el sitio de Jerusalén descrito por Josefo. (*Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. III.) Mas como el cómputo del historiador judío sube a 1.100.000 (*Antigüedades de los judíos*, traducción inglesa, lib. 7.^o, cap. XVII), la comparación debe parecer estupenda aún al más crédulo. Pero se puede dispensar una aritmética inexacta, cuando los datos son tan deleznales que no ofrecen cimiento sólido a la verdad.

(2) Ibid, *ubi. supra*.

sas de no poder resistir por sí solas al enemigo, habían refugiándose dentro de la capital.

El botín que encontraron en ella, esto es, el oro y joyas, única cosa que reputaban por botín los españoles, no correspondió a sus esperanzas. Según asienta el general no excedía de 130.000 castellanos de oro, inclusa la parte del soberano, cuya parte metiendo en cuenta muchos artículos de costo y primor que voluntariamente le cedió al ejército, excedía con mucho al quinto que legítimamente le pertenecía (1). Sin embargo, los aztecas debían ser dueños de tesoros mucho más cuantiosos, con sólo que conservasen los restos de lo quitado a los españoles la noche triste. Parte de los despojos había sido enviada fuera de la capital; parte, gastada en los preparativos de defensa; y, finalmente, parte, y la más considerable, habría sido enterrada bajo la tierra o echada a las aguas. Las amenazas que hicieron no fueron fingidas, y por lo menos tuvieron el placer de dejar burlada la codicia de los invasores.

Cortés juzgó que ya no necesitaba de los aliados; reunió a los jefes de los diferentes escuadrones, les dió las gracias por sus servicios, encomió mucho su valor en términos lisonjeros, y después de distribuir entre ellos algunos regalos, les aseguró que su señor el emperador daría después más amplia recompensa a sus servicios, y les mandó a sus casas. Llevaban gran cantidad de despojos, aunque no de los codiciados de los españoles, y volvieron en triunfo (¡triunfo efímero!), llenos de placer por el buen éxito de su expedición y por la caída de la monarquía azteca.

Grande fué también la satisfacción de los españoles al

(1) Relación tercera, pág. 201. Oviedo entra en ciertos pormenores acerca del valor del tesoro y especialmente del real quinto, a lo que después tendré ocasión de referirme. *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulo XXXI.

ver terminada tan larga y fatigosa campaña, si bien es cierto que les desagradaba ver el poco valor de los despojos; pero el soldado se ocupa demasiado en el día de hoy para pensar en el de mañana, de suerte que aunque se quejaban ahora más que nunca de la poca recompensa, pensaban únicamente en su triunfo y se entregaban al festejo. Cortés celebró la victoria con un banquete tan suntuoso como las circunstancias lo permitían, al cual convidó a todos los hidalgos y oficiales. El festín fué tan completo y largo que llegó a excitar las reprensiones del Padre Olmedo, quien le manifestó que no era aquel el modo más conveniente de dar gracias al Altísimo por sus mercedes. Cortés, aunque conoció la justicia de la reconvención, creyó que a la hora de la victoria debía ser indulgente con la licencia de los soldados. El día siguiente fué designado para celebrar el triunfo de una manera más conveniente.

Formóse una procesión de todo el ejército presidida por el Padre Olmedo. Las sucias y desgarradas banderas de Castilla que habían ondeado en tantos campos de batalla, ahora daban su sombra a las pacíficas filas de los castellanos que se movían a paso lento rezando la letanía y ostentaban la imagen de la Santísima Virgen, símbolo de la redención humana. El sacerdote pronunció un discurso en que recordaba brevemente los justos motivos que tenían los españoles para dar gracias a la Providencia Divina por haberlos sacado victoriosos de tan larga y peligrosa expedición; en seguida insistió en la grave responsabilidad que les hacía reportar su situación presente, y les suplicó que no abusasen de la victoria ni tratasen a los indios con crueldad. Administró en seguida la comunión al general en jefe, y concluida la misa rindió solemne acción de gracias al Señor de los Ejércitos, por haber permitido

que la bandera de la Cruz ondease vencedora en aquel bárbaro imperio (1).

De esta suerte, después de un cerco de tres meses, sin igual en la historia por la constancia y valor de los sitiados, y al que pocos aventajan por lo que hace a lo terrible de sus padecimientos, sucumbió la celebrada capital del imperio azteca. Sin igual por la constancia y el valor, sea dicho con verdad, porque aunque durante todo el sitio tuvieron abierta la puerta para celebrar la más honrosa capitulación, siempre la desecharon altivamente, y hasta el último hombre prefirió la muerte más bien que rendirse. Más de tres centurias habían pasado desde que los aztecas, tribu errante y miserable, había venido del lejano septentrión y había asentado en la meseta central. Allí edificaron sus humildes chozas, según nos refiere la tradición, en el sitio designado por el oráculo. A fuerza de conquistas arrojaron a sus vecinos, cubrieron todo el valle, hasta que salvando las montañas que lo ciñen se esparcieron por toda la extensión de la meseta, bajaron su encumbrada falda y llegaron hasta los remotos confines de la América Central. Su capital, oscura y miserable al principio, prosperaba al paso de la victoria, y ensanchándose y embelleciéndose cada día más y más, llegó a ser una ciudad floreciente, llena de edificios notables, de monumentos de las bellas artes, y ocupada por populosos habitantes que la elevaron al lugar preeminente entre las demás del Nuevo Mundo. ¡En tal situación llega del lejano Oriente una raza nueva, tan extraña como los mismos aztecas y predicha por sus oráculos; aparece en el centro del imperio; lo ataca cuando estaba en el apogeo

(1) Herrera, *Hist. General*, dec. 3. lib. 2.º, cap. VIII. Bernal Díaz, *Historia de la Conq.*, cap. CLVI. Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, M. S., lib. 12, cap. XXIV. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, capítulo XXX. Ixtlilxochitl, *Venida de los españoles*, págs. 151-152.

de su prosperidad y de su gloria, y lo hace desaparecer para siempre del número de las naciones! ¡Tales maravillas parecen más bien pertenecer a la fábula que a la historia; parece que son una novela, un cuento de hechiceros y encantadores!

Mas no lamentamos la caída de un imperio que tan poco hacía en pro de sus súbditos y de toda la humanidad. No obstante el lustre de los últimos tiempos de su historia, y la fama que les han ganado la gloriosa defensa de su capital, la culta magnificencia de Moteuczoma y el indómito heroísmo de Cuauhtemotzin, los aztecas eran una raza feroz y brutal, poco a propósito para excitar nuestras simpatías y respeto. Su civilización, la que les hemos conocido, acaso no era suya propia, sino débil reflejo de la de otra raza que les había precedido. Esa civilización era con respecto a los aztecas, un buen injerto en mal tronco, y nunca habría dado frutos perfectos. Gobernaban sus extensos dominios con la espada y no con el cetro; nada hicieron por promover la condición abyecta de sus vasallos; estos se encontraban reducidos a la clase de siervos sin más oficio que proporcionar a sus amos contentamiento y placeres, sojuzgados por el temor de las armas, agobiados bajo el peso de las gavelas en la paz, y de las conscripciones en la guerra; ellos, que en lo extenso de sus conquistas se asemejaban a los romanos, no extendían como estos a sus súbditos los derechos de la ciudadanía: no amalgamaban a todos los pueblos sojuzgados en una sola nación con derechos e intereses comunes, sino que por el contrario, tenían por bárbaros y extraños, aún a aquellos mismos que estaban dentro del valle y a las puertas de la metrópoli; ésta, el corazón de la vasta monarquía, no tenía simpatía ninguna con el resto del cuerpo político, y era extranjera dentro de sus propios dominios.

Los aztecas no solamente no fomentaban el adelantamiento de sus vasallos, sino que hasta cierto punto los degradaban. ¿Cómo podía una nación progresar en el camino de la civilización, si se entregaba a sacrificios humanos y además de esto era antropófaga? ¿Cómo se había de ver por los intereses de la humanidad en un pueblo donde el hombre era nivelado con el bruto? La influencia de los aztecas propagó su horrible superstición a países en que era desconocida, o en que por lo menos no prevalecía en todo su vigor. El ejemplo de la capital era contagioso; conforme fué creciendo en opulencia, las bárbaras ceremonias de la religión fueron creciendo también en pompa y terrible grandeza, a la manera que los juegos gladiatorios en Roma, fueron siendo cada vez más espléndidos conforme crecía en esplendor la capital. Los hombres se habituaban con escenas sangrientas y con las más horrendas ceremonias. El corazón se encallecía, las costumbres se volvían feroces y la débil luz de la civilización heredada de una raza mansa y pacífica, se debilitaba más y más, mientras más millones de víctimas eran encadenadas en las jaulas, inmoladas en los altares y devoradas en los banquetes. ¡Toda la tierra se había convertido en una hecatombe! Ya se ve, por tanto, que el imperio de los aztecas no cayó antes de tiempo.

Fuese que tan desmesuradas crueldades se tuvieran como justo título para invadir la tierra, fuese que, discutiendo con los protestantes, encontremos ese título en los ultrajados derechos de la civilización, fuese que con los católicos romanos, lo encontremos en la voluntad del Papa, es inútil discutir bajo qué aspecto se defendía la legitimidad de la conquista por las naciones europeas ya en Oriente, ya en Occidente, pues lo hemos hecho ver en uno de los capítulos anteriores.

Es todavía más interesante investigar si, dando por sen-

tada la legitimidad de la conquista, fué hecha con arreglo a los principios de humanidad, y entonces veremos que por mucha indulgencia que se tenga con la ferocidad de aquellos siglos y con la relajación de sus costumbres, cualquiera español que ame a su patria querría de buena gana borrar ciertas páginas de la historia de la conquista de México; páginas en que se recuerdan crímenes que no se pueden justificar ni con el derecho de defensa, ni con la necesidad, y que por lo mismo serán una mancha indeleble. Sin embargo, considerada en su conjunto, desde la invasión hasta la toma de la capital, se verá que la conquista de México fué llevada efectivamente con poca inhumanidad, tal vez con menos que ninguna otra de las que hicieron los españoles en el Nuevo Mundo.

Poca alabanza me parece decir que los compañeros de Cortés no usaron de crueldad para rendir a sus miserables víctimas como sucedió en otras partes del Continente, ni exterminaron a una pacífica y sumisa población, por mera crueldad absolutamente inútil, como sucedió en las Islas. Es verdad también que no estaban contagiados de los feroces sentimientos de su siglo, y que su espada no se manchaba con sangre sino cuando era estrictamente indispensable para asegurar el éxito de la empresa. Aun en el último sitio de la capital, por muy terrible que haya sido, no se puede acusar a los vencedores de desusada crueldad; no han gastado más que la que su propia nación ha recibido de otras bastante cultas, no sólo en los tiempos antiguos, sino en los modernos. Esos desmanes son la consecuencia que inevitablemente se sigue de la guerra, cuando en vez de quedarse está confinada en su legítimo campo, se extiende a la parte pacífica de la sociedad, a los campesinos no acostumbrados a las armas, y a las mujeres y niños aún todavía más indefensos.

En el presente caso, gran parte de los crueles trabajos que pasaron los sitiados, puede imputárseles a ellos mismos, a su patriótica y desesperada resistencia. Ciertamente que no entraba en los deseos ni en los intereses de los españoles arrasar la ciudad ni exterminar a sus habitantes; y lejos de esto, cuando cayeron prisioneros algunos de estos, se les trató afablemente, se cubrieron sus necesidades y se trató de infundirles un espíritu de conciliación, y todo esto no obstante la negra suerte que ellos reservaban a los cautivos cristianos. Las puertas de la capitulación les estuvieron abiertas a los aztecas siempre, hasta el último momento del sitio.

El derecho de conquista supone necesariamente el de usar de toda la violencia necesaria para vencer las resistencias que se opongan a ese derecho, y ciertamente que si los españoles hubiesen procedido de otra suerte, habrían tenido que abandonar la toma de la capital y la sujeción de todo el país. Haber permitido que se escapasen los moradores de la capital y su intrépido monarca, habría sido prolongar los males de la guerra llevándola a otro nuevo teatro, tal vez más inaccesible; de suerte que ellos realmente no tenían otra cosa que hacer si querían que la empresa no se malograra. Si bien se aterra la imaginación al pensar en todos los horrores de la conquista, debemos reflexionar, por otra parte, que esto es lo que sucede siempre que se chocan dos grandes masas. Lo excesivo de la crueldad de los conquistadores no puede medirse por lo excesivo de los padecimientos del pueblo invadido, y aún es de justicia decir, que el brillo y la importancia de las hazañas heroicas de los conquistadores de México ha adquirido cierta triste celebridad que ha realzado sus yerros y crímenes aun más de lo que era debido.

Es justo, pues, como tantas veces lo hemos establecido,

que aunque no excusemos sus excesos, juzguemos imparcialmente su conducta comparándola con la de otras naciones en igualdad de circunstancias, y que no la veamos solamente al través de los males que la guerra trae consigo inseparablemente (1). Mas no corramos un velo sobre esos males, porque el historiador no tiene por qué retraerse de pintar con sus verdaderos colores las atrocidades de aquellos cuyos triunfos quiere circundar con una aureola de falsa gloria, pero que rompiendo los vínculos de la confraternidad, han alcanzado sus triunfos armando al hermano contra el hermano, embruteciendo al que ya era civilizado y encendiendo en el seno de los bárbaros, pasiones infernales.

Pero de cualquiera modo que se considere a la conquista bajo el aspecto moral, como proeza militar debe llenarnos de asombro. Que un puñado de aventureros armados y equipados de muy diversas maneras, hayan arribado a las playas de un imperio poderoso habitado por una raza feroz y belicosa, y que despreciando a las prohibiciones

(1) Nadie ha detractado tanto a los conquistadores, como sus descendientes los actuales mexicanos. Bustamente, el editor de Ixtlilxochitl, concluye una animada invectiva contra los invasores, proponiendo que en el sitio donde fué cogido Cuauhtemotzin, que ahora es tierra firme, se erija un monumento que como lo dice la inscripción misma entre que la odiosa memoria de estos bandidos a la execración universal. (*Venida de los españoles*, pág. 52, nota.) Cualquiera supondría que en las venas del indignado editor y en las de sus compatriotas, corre sangre azteca pura y no contaminada con sangre castellana; o por lo menos, que sus simpatías por la raza castellana, les habrán hecho apresurarse a reintegrar en sus antiguos derechos a los aborígenas. Pues sépase que no obstante estos raptos de generosa indignación en que abundan los escritos de los autores mexicanos de nuestros días, ni la revolución de independencia, ni ninguno de sus numerosos *pronunciamientos* ha resultado en beneficio de los indios ni ha servido de que se les devuelva un sólo palmo de su antiguo territorio.

reiteradas del soberano, hayan penetrado hasta el corazón del país, sin conocer ni la lengua ni la tierra, sin guía ni brújula que los condujese, sin idea de las dificultades que tendrían que vencer, totalmente ignorantes de si el paso que iban a dar inmediatamente los pondría en tierra enemiga o en un desierto, caminando en completa oscuridad por decirlo así; que aunque casi derrotados en su primer encuentro hayan osado penetrar en el interior del imperio y arrojarle sin vacilar en medio de los enemigos, que lejos de amedrentarse al ver el poderío y civilización de la nación, se hayan confirmado en su primera resolución, que hayan aprisionado al monarca y ejecutado a su presencia y a la del pueblo a sus ministros, que arrojados de las puertas de la ciudad, hayan reunido sus diseminados restos, y merced a un plan bien combinado de operaciones, hijo de la política y de la intrepidez, hayan logrado sojuzgar a la capital y asentar su poder sobre todo el país; que todo esto se haya hecho por un puñado de desvalidos aventureros, es casi un milagro, que sería inverosímil si se contase en un romance y que no tiene igual en la Historia.

Sin embargo, esto no debe entenderse muy literalmente, porque sería una injusticia hecha a los aztecas, al menos, por lo tocante a su fama militar, atribuir exclusivamente a los españoles el mérito de la conquista; para que esto fuera así, sería necesario suponerlos armados del encantado escudo de Ruggiero y de la mágica lanza de Astolfo, que derribaba de un solo bote a centenares. El Imperio Indio, se puede decir que fué conquistado por indios. El primer encuentro, terrible y sangriento, entre españoles y tlaxcaltecas, que estuvo en el punto de causar la ruina de los primeros, no fué, realmente, sino el principio de sus victorias. Entonces, se ganaron el poderoso apoyo de un aliado, al que se refugiaron en la hora de la desgracia

y que sirvió de centro o núcleo para reunir en derredor a todas las demás razas indígenas, y con las fuerzas confederadas, preparar el golpe decisivo. El imperio azteca ha sido minado y derribado por mano de sus vasallos, dirigidos, es cierto, por la sagacidad y la política europeas. Si ese imperio hubiese sido compacto, habría provocado y burlado el furor de los invasores; pero como estaba, se puede considerar que la capital estaba disgregada del resto del imperio; así es, que el golpe que recibió y que si la hubiese guarecido la lealtad y el patriotismo de todos no la habría conmovido, la sacudió tan violentamente, que la derrumbó por completo. Este suceso puede servir de prueba de que un Gobierno que no descansa en las simpatías de sus súbditos, no puede durar largo tiempo; de que las instituciones humanas, cuando no tienden a la prosperidad y bienestar de todos, tienen que caer por precisión: si no por efecto de los progresos de la civilización, por mano de la violencia; si no por causas internas, por externas. Y, ¿quién lamentará su caída?...

* * *

En los acontecimientos referidos en este libro termina la *Historia de la Conquista de México*, por Solís, historia que, bajo ciertos respectos, es una de las más notables que hay en la lengua castellana.

Don Antonio Solís nació de una familia respetable, en octubre de 1610, en Alcañá de Henares, plantel de sabios y ciudad cuyo nombre está asociado al de los españoles que más se han ilustrado en todas las carreras. Siendo todavía joven, Solís dió muestras de lo que sería con el tiempo, tanto por la viveza de su imaginación, como por su gusto delicado por todo lo bello; pero, sobre todo, manifestó tener

gran afición a la literatura dramática y, a la edad de diez y siete años, compuso una comedia que pudiera haber dado crédito a hombres de más edad. Después, se dedicó con especialidad a los estudios éticos, razón por qué aun en las más ligeras de sus composiciones abundan sentencias morales que dan a su estilo el carácter didáctico.

A la edad acostumbrada, entró en la Universidad de Salamanca e hizo un curso de Derecho civil y canónico. Pero la imaginación viva de Solís se acomodaba más a los desvaríos de las Musas que a las áridas doctrinas de las escuelas, y produjo un gran número de piezas dramáticas, muy estimadas por la riqueza de la dicción y lo fino y delicado de su argumento. Seguramente que esta afición la fomentaría mucho la amistad que llevaba nuestro autor con el gran Calderón, al cual le hizo varias *loas* o prólogos para sus comedias. Los modales afables y brillante reputación de Solís, le ganaron el favor del Conde de Oropesa, virrey de Navarra, quien le nombró su secretario. Las epístolas que escribió en servicio de su patrono y después que se separó de él, han sido publicadas, y se recomiendan por la suavidad y elegancia de la expresión, prendas características de todos los escritos de este autor.

La reputación, cada vez mayor, de Solís, le atrajo las miradas de la Corte y, en 1661, se le nombró secretario de la reina viuda, puesto que había renunciado en tiempo de Felipe IV, y también se le hizo historiador de Indias, nombramiento que estimuló su ambición y que le hizo emprender una carrera más brillante que cuantas había tentado hasta allí. Cinco años después de esto y teniendo la edad de cincuenta y seis, se verificó en su vida un cambio completo, pues abrazó el estado eclesiástico y fué ordenado de sacerdote en 1666. Desde entonces, dejó de entregar sus pasatiempos a las Musas, y, si hemos de creer a sus

biógrafos, aun se rehusó, por escrúpulos de conciencia, a tomar parte en toda composición dramática, aun religiosa, como los *Autos Sacramentales*, cuyo campo había quedado vacante por muerte de Calderón. Mas, no obstante la delicadeza de su conciencia, condescendió en que se publicasen sus comedias, lo que se verificó en 1681. Lo cierto es que, desde entonces, se entregó asiduamente a los estudios históricos, que tan bien se avenían con su nuevo estado y que requería el puesto a que había sido elevado. Por último, en 1684, salieron a luz los frutos de esos estudios en la *Conquista de México*, que se publicó en Madrid. Dícese que proyectaba continuar la historia hasta después de la conquista; pero, si esto es cierto, lo impidió su muerte, acaecida cosa de dos años después de la publicación de la *Historia*, en 13 de abril de 1686.

Murió a la edad de setenta y seis años, respetado por sus virtudes y admirado por su ingenio; pero fué pobre, que es, casi siempre, la suerte de la virtud y el ingenio.

La colección de sus poemas se publicó pocos años después, en un volumen en 4.º, y se reimprimió en seguida. Pero la grande obra que sirve de base a su alta reputación literaria es la *Conquista de México*. No obstante que tantos y tan distinguidos ingenios españoles habían cultivado el campo de la historia, aún le quedaban a Solís nuevos frutos que recoger.

Sus predecesores, no obstante su mérito, ignoraban los principios del arte, y habían visto la manera de escribir la historia, como una ciencia y no como un arte; por consiguiente, sólo la habían visto bajo el primer aspecto y la habían divorciado de las *bellas letras*; sólo habían pensado en lo útil, y no en lo ameno; habían procurado dar instrucción, pero no procurar placer; habían escrito para literatos y estudiosos que tratan de acrecentar el tesoro de sus lu-

ces, y no para los que buscan, en sus ratos de ocio, un solaz y un entretenimiento. Escritos semejantes nunca andan en manos de muchos, ni aun hombres cultos, sino que se ven confinados en la librería de los estudiosos, que buscan la verdad a costa de fatigas y que se cuidan poco de la tosca vestidura en que pueda venir envuelta. Varios historiadores españoles del más alto mérito, como Herrera y Zurita, honor de Castilla y Aragón, son dignos de esta censura. Sus obras muestran agudeza, lógica, criterio y maravillosa paciencia y trabajo en compilar noticias y datos para sus voluminosas composiciones; pero en lo tocante a la belleza de la composición, a la elegancia del estilo, a la habilidad para distribuir la narración y en la elección de los incidentes, son pobres e imperfectos; así que, no obstante su alto mérito, considerados en abstracto, tienen tantos defectos en la parte artística, que jamás serán populares ni tenidos como clásicos en su nación.

Solís apercibió que sus predecesores habían dejado baldío el campo y determinó apropiárselo. En lugar de espaciarse en generalidades áridas y frías, que habrían agotado inútilmente sus fuerzas, escogió un gran asunto que, por sus pintorescos incidentes, por su aire romancesco, por el carácter aventurero de los actores y por sus hazañas, despertaba todos los sentimientos patrióticos y lisonjeaba el orgullo de la nación; asunto, en fin, que por el contraste que ofrecía entre la civilización europea y el esplendor bárbaro de una dinastía india, daba pábulo a su imaginación ardiente y poética. Así, pues, bajo el aspecto poético, vió Solís su asunto: distribuyólo con admirable gusto, dejando sin realzar los objetos de poca importancia, y poniendo en relieve los que lo merecían, cuidando esmeradamente de que guardasen los unos y los otros la debida proporción, y dando al conjunto toda admirable simetría. En vez de

descarriar la atención, haciéndola fijarse en gran variedad de objetos, presenta una idea grande y prominente, que por decirlo así, esparce su luz sobre la obra toda. En vez de enredar al lector en numerosos episodios, que son como otras tantas encrucijadas sin salida, le toma de la mano y por el camino real le lleva derechamente al punto propuesto. A cada paso que damos con él conocemos que vamos adelantando, porque, en efecto, la historia jamás para ni retrocede. Todas las partes de ellas están trabadas de tal suerte que las unas sostienen a las otras y que cada acontecimiento prepara para el que se sigue. Aun aquellas interrupciones inevitables que son como el lugar de detención de todos los historiadores, y que no es posible evitar por el gran enlace que tienen con el cuerpo de la narración, aun esas interrupciones, digo, están manejadas con tal habilidad, que el interés se suspende pero no se extingue; sucediendo que esos altos o detenciones, en vez de molestar, son una especie de descanso apetecible después de las terribles y turbulentas escenas en que por tanto tiempo se ha ocupado la imaginación del lector: a la manera que el cansado viandante encuentra placer y refrigerio en los lugares en que descansa, aunque ellos de por sí no ofrezcan interés.

La obra, dispuesta y compaginada de esta manera, es como un buen drama en que a cada escena se sigue otra, a cada acto otro acto, sucediendo que cada una prepara para la que se sigue, hasta llegar al grande y decisivo desenlace. En este desenlace, esto es, en la toma de México, ha terminado Solís su drama, prefiriendo dejar llena la mente del lector con la impresión de un gran suceso, más bien que debilitarlo prolongando su narración hasta la muerte de Cortés. En hacerlo así, consultó ciertamente el buen efecto.

En cuanto al estilo, usó Solís del mismo esmero para que reuniese a la belleza, brillo y variedad, y la obra es semejante a aquellas maderas preciosas trabajadas con primor, las cuales dejan ver, bajo el pulimento del arte, el hermoso y diversificado tinte de la naturaleza. Sin embargo, los críticos extranjeros tratan al estilo de pedantesco, artificioso y verboso; mas dejemos a los extranjeros que califiquen como quieran el estilo, es decir, esa atmósfera que rodea al pensamiento y lo hace aparecer de un colorido propio y especial, y que difiere tanto en cada nación, como difieren entre sí las atmósferas que circundan a los varios planetas de nuestro sistema solar, las que, para ser bien conocidas, requieren que podamos conocer la naturaleza de los objetos que vemos al través de ellas. Nadie, si no es uno que hable español, puede decidir, con acierto, acerca del estilo, cuya perfección depende de mil circunstancias casuales y pequeñas, que deciden de su belleza y propiedad. A juicio de los más eminentes críticos españoles, el estilo de Solís puede aspirar a los títulos de claro, variado y elegante. Ni aun un extranjero puede dejar de percibir la animación del cuadro que pone a su vista ese escritor, porque siendo las palabras como los colores en la pintura, y siendo él un artista eminente, las usa con destreza consumada, trayendo a nuestra vista, ya las escenas tumultuosas de una batalla, ya las quietas de una vida espléndida, pasada en el ocio y en el lujo.

Solís se formó hasta cierto punto por los modelos de la antigüedad. Puso en boca de sus personajes arengas inventadas por él, práctica que cuenta en su abono insignes autoridades entre los historiadores tanto antiguos como modernos, especialmente italianos. Este método tiene sus ventajas; tal es la de permitir expresar en forma dramática los sentimientos de los autores y mantener de este modo la

ilusión histórica, sin que intervenga la persona del mismo historiador. Tiene también otra ventaja, y es que el autor expone sus opiniones por el intermedio de sus héroes y les da de este modo más peso que si las fundase en su propio dicho. Pero para aquel que estuviera educado en la escuela de los grandes historiadores ingleses, debe ser muy desagradable y poco satisfactorio ese método porque cabe parecerle como que encierra un engaño; el lector no puede discernir lo que es del autor y lo que es sus personajes; la historia toma las apariencias de novela, y el poco instruido no sabe, de lo que está leyendo, qué es verdad y qué ficción.

Está sujeto también a otro inconveniente que acontece frecuentemente; el de que nada es más difícil que conservar la propiedad debida y que acomodar de nuevo sobre lo antiguo, añadir a lo antiguo la imitación de lo antiguo. Las declamaciones de Solís podrán tener gran valor como piezas oratorias, pero frecuentemente están mal traídas a cuento y están tan mal en boca de los toscos personajes que figuraron en la conquista, como la peluca y la espada en los héroes romanos de las tragedias de tiempo de Luis XIV.

En cuanto al mérito de las investigaciones que emprendió Solís para formar su obra, no se puede juzgar; porque no se encuentran en sus páginos notas ni citas por donde formarse idea de la autenticidad de los datos que le sirvieron. Pero no era éste el uso de su tiempo; las gentes de entonces y aun las de tiempos anteriores se contentaban con dar por hecho lo que el autor decía, sin averiguar por qué aseguraba las cosas o las ponía en duda, sin investigar si su narración se fundaba en el dicho de un amigo o de un enemigo, en un informe exacto o equivocado; en una palabra, no buscaban la razón de su fe; contentábanse con tenerla, lo cual era muy cómodo para el historiador, pues le abo-

rraba muchísimo trabajo y encubría el error o por lo menos la negligencia; solamente los que recorrían la misma senda que él podían apercibirse de uno y de otra. A los que haya acontecido esto con respecto a Solís, habrán formado una desfavorable idea en cuanto a la curia y copia de sus investigaciones; verán que, no obstante que su empleo facilitaba consultar los más auténticos documentos, se contentaba con referirse a los más conocidos y accesibles; echarán de menos que no distinga entre los testimonios contemporáneos y los de fecha posterior; en una palabra, conocerán que en todo lo que constituye el mérito *científico* de la historia, es muy inferior a Herrera, su predecesor, no obstante la rapidez con que éste formó su obra.

Otra objeción que se puede hacer a Solís es su fanatismo; aunque es verdad que este defecto tan ajeno del espíritu filosófico de un historiador es común a la mayor parte de sus compatriotas; pero en él llega a un extremo extraordinario, y como además la naturaleza de su asunto, esto es, la contienda entre cristianos e infieles se presta tanto a fomentar este defecto, lo tiene en alto grado. En vez de mirar a los descarriados infieles con sólo la aversión con que se les veía en la Península, después de la subyugación de Granada, él los considera como confederados de Satanás, los supone no solamente animados por él y obrando bajo su influjo, sino en trato personal con el príncipe de las tinieblas; parece como que los tiene por un ejército infernal regular y organizado. Viendo las cosas bajo este aspecto todo lo que hacían los conquistados era un crimen, y aun sus buenas acciones debían atribuirse a mala parte, porque, ¿qué cosa buena podía salir del espíritu maligno? La mejor muestra de este mal modo de discursar es la que nos ofrece el retrato de Moteuczoma en sus últimos momentos. En suma, para Solís la conquista fué una guerra entre la luz y

las tinieblas, entre el principio del mal y el bien, entre las legiones satánicas y los caballeros de la Cruz: una cruzada en la que la Santidad de la Cruz bastaba para justificar todos los crímenes de los conquistadores y en que hasta el último de los soldados que moría tenía derecho a la corona del martirio. Con prevenciones semejantes, ¿qué lugar quedaba para el criterio imparcial que es el alma de la historia?

La desmensurada parcialidad del escritor la exagera todavía el patriotismo, ese patriotismo bastardo, que identificando la gloria del escritor, con la de sus compatriotas, le ciega sobre todos los errores de estos. Esta parcialidad es manifiesta principalmente respecto al héroe de la historia, Hernán Cortés; todos los claros y oscuros del cuadro están dispuestos de manera que resalte esta figura; lo bueno que hizo se nos pinta de bulto, lo malo se nos oculta. Solís no para aquí, sino que con artificiosos argumentos intenta hacernos admirar hasta los extravíos del conquistador. Nadie, ni el mismo Gomara, es tan incansable y entusiasta defensor suyo; llegando Solís al extremo de atribuir a un mal designio de Bernal Díaz todo lo que este honrado veterano escribió desfavorable a su general. Solís pretende conocer a Cortés, sus intenciones y los motivos de su conducta, mejor que sus compañeros de armas y que su parcial capellán.

Así es como Solís presenta una bella imagen de un héroe, pero de un héroe de novela, un hombre inmaculado. Un eminente crítico español ha hecho de la Historia de Solís, la recomendación de decir que está concebida con tal arte, que es más bien un panegírico, lo cual, acaso es cierto, pero historia que es un panegírico, no es historia.

No obstante estos defectos, que ningún crítico imparcial puede negar, la Historia de la Conquista de México ha te-

nido la mayor boga entre los compatriotas de Solís, y ha sido impresa y vuelta a imprimir con todos los primores del lujo tipográfico. También se la ha traducido a las principales lenguas europeas, y es tal el encanto del estilo y acabado de ella como obra literaria, que será seguramente tan imperecedera como la lengua en que está escrita, o como la memoria de los sucesos que refiere.

En este punto vamos a despedirnos también del padre Sahagun que nos ha acompañado en todo el trascurso de nuestra narración. Como sus noticias las había obtenido de boca de los indios contemporáneos de la conquista, su dicho es de gran peso para corroborar o destruir las aserciones de los primeros conquistadores. Sin embargo, a causa de esto mismo, afean su obra las groseras y monstruosas tradiciones de los aztecas, algunas de ellas tan absurdas que traen consigo su refutación, porque, ¿qué cosa se juzga increíble y absurda en medio de la furia de las pasiones?

El libro XII (o según se dice en el prefacio, el IX de la edición original), está destinado a dar noticia de lo ocurrido durante la conquista. El 1588, treinta años después de escrita la primera edición, fué revisada por su autor esta parte de la obra, en la que se habían dicho cosas que no debían decirse, y calládose cosas que no debían estar calladas (1). Era natural suponer que la censura que había merecido por haber adoptado las tradiciones de los indios, le haría omitirlas en esta revisión de la obra y le volvería más circunspecto; mas no fué así, ni se procuró mitigar lo que más lastimaba a los españoles; mas como este manus-

(1) «En el libro nono. donde se trata de esta conquista, se hicieron ciertos defectos y fué que algunas cosas se pusieron en la narración de esta conquista. que fueron mal puestas; y otras se callaron porque fueron mal calladas. Por esta causa este año de mil quinientos ochenta y cinco, enmendó este libro.» M. S.

crito ha sido el que el autor debe haber tenido por más correcto, por haberlo revisado últimamente, y como es más copioso que el impreso, es el que yo he compulsado para la formación de mi obra.

El señor Bustamante se ha equivocado al suponer que la edición del libro XII publicado por él está sacada del manuscrito reformado por Sahagun. El citado en esta obra sí lo es ciertamente, pues lo dice el prefacio; pero por lo demás, hay corta diferencia entre lo esencial del uno y del otro.

LIBRO VII

CONCLUSIÓN

CARRERA SUBSECUENTE DE CORTÉS

CAPÍTULO PRIMERO

TORTURA DE CU-UIHTEMOTZIN.—PACIFICACIÓN DE TODO EL PAÍS.—REDIFICACIÓN DE LA CAPITAL.—EMBAJADA A CASTILLA.—QUEJAS CONTRA CORTÉS.—SE LE CONFIRMA EN SU AUTORIDAD.

(1521-1522)

La historia de la Conquista de México termina en la rendición de la capital; pero dicha historia está tan íntimamente enlazada con la del hombre extraordinario que dió remate a aquella gloriosa empresa, que quedaría trunco si no se la continuase hasta la conclusión de la carrera de ese héroe. Esta parte de mi asunto ha sido imperfectamente tratada por los escritores precedentes; así es que me aprovecharé de los materiales auténticos que poseo, para trazar brevemente la brillante y diversa fortuna que acompañó a Cortés en sus últimos días.

Al primer fervor del triunfo se siguieron en el ejército sensaciones de muy diverso género, al ver los escasos despojos que ofrecía la ciudad y la menguada recompensa

que habían alcanzado después de tantos peligros y trabajos. Algunos de los soldados de Narváez, viéndose completamente burlados, se rehusaron enteramente a tomar su parte. Los unos, murmuraban públicamente contra el general; los otros, contra Cuauhtemotzin, que decían sabía y podía decir el lugar donde habían sido enterrados los tesoros. Las blancas paredes de los cuarteles estaban cubiertas de pasquines y epigramas contra Cortés, al cual se acusaba de haber tomado para sí un quinto como general en jefe y otro quinto como rey. Viendo que Cuauhtemotzin se rehusaba obstinadamente a revelar dónde estaba el tesoro o, mejor dicho, que aseguraba ignorarlo, todos los soldados insistieron fuertemente en que se le diese tormento; pero Cortés se rehusó a tal acto de barbarie, que violaba, abiertamente, el ofrecimiento hecho al monarca, de que se le respetaría; así es que se negó a obsequiar la petición, hasta que las tropas, instigadas, según se dice, por Alderete, el tesorero de la Corona, acusaron a Cortés de estar convenido secretamente con Cuauhtemotzin y de querer defraudar al rey de España y a ellos mismos lo que les pertenecía de derecho. Semejantes habillitas y calumnias precipitaron a Cortés, quien, en hora aciaga, convino entregar al príncipe azteca a manos de sus enemigos para que hicieran de él lo que quisiesen.

Mas el héroe que había despreciado la muerte bajo tantas formas espantosas no podía ser intimidado por los tormentos corporales. Cuando su compañero, el cacique de Tlacopan, que estaba sujeto al potro, junto o él, manifestó, con quejidos, su dolor, le reprendió fríamente Cuauhtemotzin, preguntándole: «¿Piensas que estoy yo en algún deleite o baño?» (1) Por último, Cortés, avergonzado

(1) «¿Estoy yo en algún deleite o baños?» (Gomara, *Crónica*, ca-

de la ignominiosa parte que había tenido en el tormento del azteca, lo mandó sacar de él, antes de que fuera tarde, sin embargo de que ya lo era para libertar su nombre de una mancha indeleble.

Todo lo que se pudo saber por la confesión que hizo Cuauhtemotzin en el tormento, fué que había sido echada al agua gran cantidad de oro; pero, no obstante las pesquisas cuidadosas que se hicieron a la vista del mismo Cortés, removiendo el cenagoso lecho del lago, sólo se pudieron encontrar algunos artículos poco valiosos. Mayor fortuna tuvieron al examinar un estanque en el jardín de Cuauhtemotzin, donde encontraron un sol o calendario indio, de oro macizo y de gran diámetro y grueso. El cacique de Tlacopan confesó que en una de sus villas se había enterrado considerable cantidad de oro; pero cuando le llevaron los españoles al lugar designado, alegó que el único motivo que había tenido para decir aquello, había sido la esperanza de morir en el camino. Los soldados, burlados en todas sus esperanzas, cambiaron de tono tan caprichosamente como suele una turba desenfrenada y acusaron a su comandante de crueldad para con los prisioneros. Este cargo era bien merecido, mas no de parte de los que lo hacían (1)

La nueva de la rendición de la capital llegó, en alas del viento, a toda la meseta central y más allá de la ancha falda de las cordilleras. Infinitos enviados llegaron de las tri-

pítulo CXLV.) Esta expresión no es tan poética como la de «gestoy en un lecho de rosas?» Que generalmente se atribuye a Cuauhtemotzin.

(1) Los pormenores de este infausto suceso, los refiere minuciosamente Bernal Díaz, que es uno de los españoles que acompañaron al señor de Tlacopan a su villa. (V. *Hist. de la Conq.*, cap. CLVII.) Él refiere el suceso con indignación, pero niega que Cortés haya tenido en él participación alguna voluntaria.

bus más remotas, ansiosos de saber la verdad de tan sorprendente noticia y de ver, por sus propios ojos, las ruinas de la execrada ciudad. Entre estas tribus estaba la de la provincia de Michoacán, Estado poderoso e independiente, habitado por una raza de la familia Nahuatlacan, y situado entre el Pacífico y el valle mexicano. Poco después del embajador llegó el príncipe mismo, rodeado de gran boato. Cortés le recibió con igual aparato; le sorprendió con las evoluciones de la caballería y con el estrépito de los cañones y, después, le llevó a bordo de un bergantín, en el cual dieron la vuelta en derredor de los montones de escombros y de los palacios y templos, que es todo lo que quedaba de la en un tiempo temida ciudad azteca. El indio miraba con ojos asombrados tanta devastación y solicitó con instancia la protección de los seres invencibles que la habían causado (1). Su ejemplo fué seguido por otros príncipes de regiones apartadas que jamás habían conocido a los españoles; por lo que Cortés, que miraba extenderse tan rápidamente los límites de sus dominios, pensó aprovecharse de la favorable disposición de los naturales, para asegurar las rentas y productos de las diferentes provincias.

Envió a la provincia de paz de Michoacán dos pequeños destacamentos que penetraran hasta las costas del Pacífico. Ningún español había, hasta entonces, alejándose tanto

(1) Relación tercera, pág. 308. La sencilla y desnuda narración del Conquistador contrasta con la pomposa de Herrera (*Hist. General*, dec. 3, lib. 3.º, cap. III), y también con la del padre Cavo, quien parece haberla sacado de su imaginación. «Cortés en una canoa ricamente entapizada llevó al rey Vehichilzi y a los nobles de Michoacán a México. Este es uno de los palacios de Moteuczoma, decía: allí está el gran templo de Huitzilopochtli; estas ruinas son del gran edificio de Cuauhtemotzin; aquí de la gran plaza del mercado. Conmovido Vehichilzi de este espectáculo se le saltaron las lágrimas». (*Los Tres Siglos de México*. México, 1836, t. I, pág. 13.)

del ecuador, por lo que se internaron en las aguas, y en la arenosa playa erigieron una Cruz y tomaron posesión de aquel mar con todas las formalidades de estilo, en nombre de sus altezas Católicas. Al volver visitaron algunas de las provincias más afamadas por sus riquezas minerales, trajeron muestras de oro y perlas de la California y una noticia de sus descubrimientos en el Mar Océano. La imaginación de Cortés se inflamaba y su pecho se llenaba de orgullo al contemplar el espléndido cuadro de grandeza que ofrecían sus descubrimientos. «Pero sobre todo, dice al emperador, me envanece la noticia que he tenido del Gran Océano, porque en él, según todos los que tienen ciencia y experiencia en la navegación de las Indias, es tenido por cierto que ha de haber muchas islas ricas de oro y perlas, y especería y piedras preciosas.» (1) Pensó desde el punto establecer una colonia en la costa del Pacífico, y mandó construir cuatro naves para explorar aquellos ignotos y misteriosos mares; que fué el principio de sus magníficos descubrimientos en el golfo de la California. Aunque la mayor parte del Anáhuac, espantado de los triunfos de los castellanos, se les había sometido; pero había, sin embargo, algunas provincias, especialmente de las situadas a la falda del meridional de la cordillera, que no mostraba tener disposiciones igualmente pacíficas. Cortés mandó al instante destacamentos a las órdenes de Sandoval y Alvarado, que sojuzgasen al enemigo y que estableciesen colonias en las tierras conquistadas.

(1) «Que todos los que tienen alguna ciencia y experiencia en la navegación de las Indias, han tenido por muy cierto que descubriendo por esta parte la mar del Sur, se habían de hallar muchas islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas y especería, y se habían de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables. Relación tercera, págs. 302-303.

Las exageradas noticias de Alvarado, hombre muy codicioso, donde se ponderaba la suma riqueza de la provincia de Oaxaca, determinaron a Cortés a preferir aquella región para fundar en ella su señorío particular.

El general en jefe y su puñado de castellanos, reforzados todos los días con reclutas llegados de las Islas, ocupaba todavía el cuartel de Coyoacan, donde se había establecido desde principios del sitio. Cortés no fijó inmediatamente el punto donde fundaría la nueva ciudad que debía reemplazar a la antigua Tenochtitlan. La situación de ésta, en medio de las aguas, y lo sujeta que estaba a inundaciones, eran las desventajas que, desde luego, se presentaban; pero no cabe duda que la nueva metrópoli debía ser construída en algún punto de la elevada y central estepa del valle, para que tanto los extranjeros como los indios la viesen como la capital del imperio colonial de España. Mas por último se decidió a conservarla en el mismo sitio que antes ocupaba, en razón de su pasada fama y nombradía, y del respeto, no envidiable ciertamente, en que era tenida por todas las naciones de Anáhuac: así, hizo todos los preparativos para que la nueva ciudad fuese levantada conforme a un plan magnífico y «para que, usando de sus mismas palabras, ya que había sido antes la reina y señora de todas las demás, lo fuese también en adelante» (1).

Debíanla edificar los indios, tanto de otras regiones del valle, como los mexicanos mismos, muchos de los cuales se habían quedado cerca de su antigua residencia. Al principio mostraban repugnancia, y aun amagos, cuando se les quiso obligar por sus conquistadores a aquel acto de humillación; pero Cortés tuvo habilidad para ganarse a algunos

(1) «Y crea V. M., que cada día se irá ennobleciendo en tal manera que como antes fué principal y señora de todas estas provincias, que así la será también de aquí adelante.» Ibid, pág 307.

de los principales, y bajo la autoridad y dirección de éstos, logró que trabajaran los indios. Los bosques del valle y de las colinas convecinas proporcionaron, cedro ciprés y otras maderas propias para la construcción, y la piedra se sacó de las canteras de *tetzontli* y de los escombros de los demolidos edificios. Como entre los aztecas no había bestias de carga se necesitaba para el transporte un número enorme de brazos; más todo se hizo con la mayor prontitud, bajo la inspección del mismo Cortés.

Los sitios hacía poco abandonados y solitarios, abundaban ahora en indios y europeos, los primeros, trabajando; los segundos, dirigiendo la obra, para que se cumpliese la profecía de los aztecas (1); y la reedificación de la capital fué emprendida con la misma rapidez que acostumbraban los déspotas del Asia, que concentraban la población de todo un imperio, para construir una ciudad favorita (2).

La posición de Cortés, no obstante los triunfos de sus armas, era precaria e insegura. No había recibido de la madre patria ni una sola palabra que indicara protección, ¿qué digo? Ni aprobación ni censura: inquietábale, por lo tanto, penosamente el temor de que su conducta no fuese bien recibida en la corte. Por lo mismo, preparó otra carta al emperador, la tercera de la serie publicada, escrita en el

(1) Véase antes, pág. 453.

(2) Herrera, *Hist. General*, dec. 3, lib. 4.^o cap. VIII. Oviedo, *Historia de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XXXII. Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S. Gomara, *Crónica*, cap. CLXII. «En la cual (la edificación de la ciudad) los primeros años andaban más gente que en la edificación del templo de Jerusalén, porque era tanta la gente que andaba en las obras, que apenas podía un hombre romper por alguna calle y calzada aunque son muy anchas». (Toribio, *Hist. de los indios*, M. S., parte I, cap. I.) Ixtlilxochitl suple el hueco que deja la imaginación en cuanto al número de operarios, diciendo que eran ¡400.000! *Venida de los españoles*, pág. 60.

mismo estilo sencillo y enérgico que las otras, llamadas por él sus comentarios, por comparación con las de César. Tiene la fecha en Coyoacan, a 15 de mayo de 1522; es una recapitulación de los últimos acontecimientos del sitio y de las operaciones subsecuentes a la toma de la capital, y está llena, como de costumbre, de sagaces reflexiones acerca del carácter y recursos del país. Proponíase enviar juntamente con esta carta el quinto de los despojos de México, y varias manufacturas, especialmente de oro y joyas, primorosamente hechas. Una de dichas joyas era una esmeralda de figura piramidal y de tamaño enorme, que la base era tan ancha como la palma de la mano (1). El presente iba además acompañado de muestras de los productos naturales y de los animales indígenas del país.

El ejército adjuntó a la carta de Cortés una relación en que se extendía largamente sobre los servicios prestados por el general, y en que suplicaba al emperador se dignase aprobar todos sus procedimientos y confirmarle en la autoridad que ejercía. La embajada fué confiada a Quiñones y Ávila, dos oficiales de quienes fiaba mucho Cortés, y que tuvieron una suerte desgraciada. Los emisarios tocaron en las Azores, donde pereció Quiñones en una riña; Ávila prosiguió solo el viaje, pero fué capturado por un crucero francés y los ricos despojos de los aztecas fueron enviados a su Majestad Cristianísima. Francisco I vió con una envidia que se le puede perdonar, los tesoros que ve-

[1] «Sirvieron al emperador con muchas piedras y entre ellas con una esmeralda fina como la palma de la mano, pero cuadrada y que se remataba en punta como pirámide.» (Gomara, *Crónica*, cap. CXLVI.) Mártir confirma esto mismo, pues dice: «Contóse al rey y al consejo que la dicha esmeralda era tan ancha como la palma de la mano, y los que la vieron dijeron que era imposible conseguir por ningún precio otra cosa igual». De *Orbo Novo*, dec. 8, cap. IV.

nían a su rival de sus dominios coloniales, y manifestó su descontento preguntando con sarcasmo, ¿en qué cláusula del testamento de nuestro padre Adán se había concedido a sus hermanos los reyes de España y Portugal el derecho de repartirse entre ellos solos el Nuevo Mundo? Pero Ávila logró que llegasen a la Corte por un conducto privado las cartas que traía y en que constaba la parte principal de su embajada (1).

Mientras esto pasaba se disponían las cosas en España desfavorablemente para Cortés. Extraño debe parecer que hazañas tan extraordinarias como las del conquistador de México hayan llamado tan poco la atención de su patria; pero téngase presente que esta se hallaba a la sazón absorbida en las aciagas guerras de las *comunidades*. El soberano estaba en Alemania demasiado entretenido en los negocios del imperio para poder dedicarse a los de su propio reino. Las riendas de este estaban en manos de Adrián el preceptor de Carlos, hombre cuyo carácter ascético y hábitos escolásticos le hacían más propio para presidir un convento de frailes que no para llenar, como después sucedió, los puestos más eminentes de la cristiandad; primero el de regente de Castilla, y luego el de Cabeza de la Iglesia.

No obstante esto, el apático e irresoluto Adrián no habría dejado en olvido por tanto tiempo los importantes descubrimientos de Cortés, a no ser por la intervención hostil de Velázquez el gobernador de Cuba, sostenido por el obispo Fonseca, la persona más influyente y principal en el Consejo de Indias. Este personaje ejercía un influjo decisivo en todo lo concerniente a las colonias, y lo había empleado desde el principio contra los intereses de Cortés. Por este

(1) Ibid, *ubi. supra*. Bernal Díaz, cap. CLXIX.

tiempo había recabado del emperador un documento con el que maquinaba arruinar al conquistador, precisamente cuando el triunfo había ya coronado su grande empresa. En este documento, después de recapitular todas las ofensas de que se quejaba Velázquez, se nombraba un visitador general con facultades amplias para hacer pesquisas sobre la conducta de Cortés, para suspenderle en su autoridad y aun para apoderarse de su persona y secuestrar sus bienes, entre tanto que la Corte resolvía lo conveniente. El documento estaba datado en Burgos a 11 de abril de 1521, firmado por Adrián y revisado por Fonseca (1).

La persona escogida para el difícil cargo de aprehender a Cortés y someterle a un juicio puntualmente en el teatro de sus proezas y en el corazón de su campamento, se nombraba Cristóbal de Tapia, veedor de las fundiciones de oro de Santo Domingo; era el tal un hombre débil y sin resolución, tan a propósito para dar la ley a Cortés en materias políticas, como lo había sido Narváez para dársela en las militares.

El comisionado, armado de su lacónica instrucción; desembarcó en diciembre en Villa Rica, donde le recibieron fríamente las autoridades; púsose en duda la legitimidad de sus credenciales, por falta de cierto requisito técnico; pero sobre todo, se le objetó que el gobierno le había conferido aquella comisión a virtud de equivocados informes; por

(1) El acuerdo también le confería poderes para inquirir la conducta de Narváez respecto del Lic. Aillón. Todo el documento es citado en una información hecha ante el escribano Alonso de Vergara, en que constan las contestaciones entre Tapia y la Municipalidad de Villa Rica de Veracruz, fechada en Cempoallan a 14 de diciembre de 1521. El manuscrito forma parte de la colección de Vargas Ponce, que se encuentra en los archivos de la Real Academia de Historia de Madrid.

todo lo cual, no obstante la cumplida y amistosa epístola que envió Cortés al veedor, felicitándose de su llegada por ser este su antiguo amigo, conoció Tapia que no le era posible proseguir su camino ni ejercer su autoridad. Fuera de esto, gustaba del dinero, por lo que Cortés, que conocía perfectamente el lado flaco de su antiguo amigo, le propuso la venta de sus caballos, esclavos y equipaje a un precio ínfimo. Los sueños de la burlada ambición fueron reemplazados por los de la codicia, y el receloso visitador consintió en reembarcarse para Cuda, cargado de oro, ya que no de gloria, y con nuevas pruebas de acusación contra los desmanes de Cortés (1).

El conquistador, que se vió en tranquila y no disputada posesión de su autoridad, llevó adelante en toda su fuerza los planes que había proyectado para afianzar sus conquistas. Habíanse sublevado contra los españoles, los habitantes de la margen del Pánuco, río que desemboca en el Atlántico; Cortés marchó contra ellos a la cabeza de una fuerza considerable, les derrotó en dos reñidas batallas, y después de una campaña ardua, sojuzgó a la belicosa tribu.

Otra insurrección posterior fué castigada con mayor severidad por haber sido también mucho más grave, pues se levantó la población contra los españoles, asesinó a quinientos de ellos y amenazó destruir el establecimiento de San Esteban. Cortés ordenó a Sandoval que castigase a los insurgentes, y este oficial, después de una campaña difi-

(1) Relación de Vergara. M. S. Relación de Cortés. pág. 309-314. Bernal Díaz, cap. CLVIII. Los regidores y otros funcionarios de México, representaron contra Cortés por haber ido al encuentro de Tapia, abandonando la capital donde la presencia del Conquistador era necesaria para imponer miedo a los indios. (M. S. Coyoacan, diciembre 12 de 1521.) El general accedió a volverse en fuerza de tantas súplicas, que no es inverosímil hayan sido promovidas por él mismo.

lísima, logró derrotar a los bárbaros, hacer prisioneros a cuatrocientos de sus nobles, que después de un aparato de juicio fueron condenados al garrote. «Por cuyos medios se logró, a Dios gracias,» dice Cortés, «que toda la provincia quedase muy pacífica y segura» (1). En la carta al emperador no menciona Cortés el infame trato que había dado a Cuauhtemotzin; pero el descaro, o por decirlo así, el *candor* con que refiere todas las circunstancias del hecho, prueba que él no lo tenía por deshonesto, porque en efecto lo juzgaba castigo merecido de la *rebelión*, palabra que para disculpar hechos atroces, ha servido más que cualquiera otra, excepto por supuesto, la palabra *religión*.

En este intervalo había llegado a su desenlace la gran cuestión respecto a Cortés y a la colonia; y el general habría sucumbido a los ataques de sus pérfidos e implacables enemigos, a no haber sido por la vigorosa resistencia que en favor de él hicieron algunos de sus secuaces y parciales. Entre ellos merece particular mención su propio hermano don Martín Cortés, persona discreta y activa (2) y el duque de Béjar, noble caballero que desde su principio había abrazado la causa del conquistador. Mediante las representaciones de estas personas se llegó a persuadir al tímido regente de que los consejos de Fonseca eran perjudiciales a la corona, y se recabó una cédula en que se prohibía al obispo toda intervención en los asuntos concernientes a Cortés.

Cuando más exasperado estaba el prelado por la afrenta

(1) «Como ya (loado Nuestro Señor) estaba toda la provincia muy pacífica y segura.» Relación cuarta de Cortés, pág. 367.

(2) La colección de M. S., de Muñoz, contiene un poder jurídico extendido por Cortés en favor de su padre, en el que le autoriza para negociar con el emperador, arreglar los pleitos con los particulares, dar y recibir dinero, etc., etc.

que acababa de recibir, llegaron a Castilla sus dos emisarios, Narváez y Tapia. El primero de éstos había sido enviado después del sitio, a Coyoacan, donde su porte humilde y abyecto formaba contraste con la altanería y arrogancia que había manifestado al desembarcar. Cuando se presentó ante Cortés, se arrodilló y quiso besarle la mano, pero el último le levantó del suelo y le trató durante todo el tiempo que permaneció en los cuarteles, con todo miramiento, poco después, permitió Cortés a su desgraciado rival se volviese a España, donde, como se debía esperar, se convirtió en su enconado e implacable enemigo (1).

Estos dos personajes ayudados por el prelado descontento, presentaron contra Cortés muchos cargos con toda la acrimonia que puede inspirar la vanidad mortificada y la sed de la venganza. Adrián no permaneció mucho tiempo en España, por haber sido llamado a la silla de San Pedro; pero Carlos V, después de una larga ausencia de sus dominios, había vuelto a ellos, en julio de 1522. Los oídos del monarca fueron al instante importunados con acusaciones contra Cortés por una parte, y con sus vindicaciones por otra; de manera que el joven monarca viéndose perplejo entre tan contrarios informes sometió la resolución del asunto a un cuerpo nombrado para el intento y formado, en parte, de miembros de su consejo privado, y en parte, de los del Consejo de Indias, presididos por el gran canciller de Nápoles; tribunal igualmente respetable por su integridad y sabiduría (2).

Este cuerpo dió detenida y cumplida audiencia a ambas

(1). Bernal Díaz, cap. CXXXVIII.

(2) Sayas, *Anales de Aragón*. (Zaragoza, 1606), caps. LXIII y LXXVIII.

Suficiente título para respetar la alta autoridad de este Consejo es encontrar en él al doctor Galíndez de Carbajal, eminente jurista cas-

partes contendientes. Los contrarios de Cortés le acusaban de haber destruído enteramente la flota que le había confiado Velázquez y que éste había armado a su costa; de haber, después, usurpado facultades que no le competían, con menosprecio de las prerrogativas de la Corona; del indigno trato que había dado a Narváez y a Tapia, legalmente autorizados para vigilarle; de su crueldad contra los indios y, especialmente, contra Cusuhtemotzin; de haber defraudado los tesoros del rey, enviándole sólo una pequeña parte del quinto que le pertenecía; de haber disipado los frutos de la conquista en empresas inútiles y principalmente en reedificar la capital bajo un plan, sobre toda ponderación extravagante, y, en suma, de haber adoptado un sistema de violencia y extorsión, sin miramiento hacia los intereses públicos y sin ningún otro fin más que su personal engrandecimiento.

En contestación a estos cargos, alegaban los defensores de Cortés: que había pruebas de que éste había costeadó las dos terceras partes de la expedición; que los poderes de Velázquez se extendían únicamente al comercio y no a fundar una colonia, no obstante que esto último es lo que estaba en el interés de la Corona y que, por lo tanto, el ejército debía tomarse las facultades para establecerla; que así lo había verificado, pero que, sin embargo, había enviado al emperador noticia de todo lo ocurrido y solicitado la ratificación de todo lo hecho; que el rompimiento con Narváez no era de la culpa de Cortés, quien había recibídole amistosamente, sino del primero, que con sus medidas violentas, le había obligado a proceder de otra suerte; que, en cuanto a Tapia, se viesen los fundamentos

tellano que había formádose al servicio de SS. MM. CC., cuya confianza obtuvo en grado eminente.

de la conducta seguida con él, en la representación hecha por el Ayuntamiento de Cempoallán; que, en cuanto a la tortura de Cuauhtemotzin, había sido ejecutada a las puertas de Alderete, el tesorero del rey, que es quien había instigado a los soldados para que la pidiesen; que lo enviado a Castilla, lejos de ser menos del quinto, lo excedía con mucho; que si el general había gastado las rentas del país en empresas costosas y en obras públicas, lo había hecho en bien de la metrópoli y aun empeñando su crédito para poder conseguir aquellos objetos; que también era cierto que la reedificación de México se había hecho bajo el mismo pie de magnificencia, por creer que así convenía a la metrópoli de un vasto y opulento imperio.

Quejábanse, además, amargamente, de la resistencia que Cortés había encontrado desde el principio de su carrera: al principio, de parte del gobernador de Cuba, y luego, de la del obispo de Burgos, quien lejos de prestarle ayuda y protección, había desalentado a los que querían alistarse, impedido que le hicieran abastos, secuestrado todos los bienes propios que Cortés había enviado a España de tiempo en tiempo y hecho creer al rey que las remisiones hechas por el conquistador venían de parte del gobernador de Cuba. En resumen, tales y tantos eran los obstáculos que había encontrado Cortés en su carrera, que se le oyó decir «que más trabajo le había costado pugnar con sus compatriotas que con los mismos aztecas». Concluían extendiéndose largamente sobre los brillantes resultados de su expedición y preguntaban al Consejo si ¿sería capaz de deshonorar a un hombre que, arrostrando inauditos obstáculos y casi sin más recursos que los de su propia mano, había ganado para Castilla un imperio tan rico y poderoso cual no lo poseía ningún potentado de Europa? (1)

(1) Zayas, *Anales de Aragón*, cap. LXXVIII. Herrera, *Hist. Gene-*

Este último argumento era de fuerza irresistible. Cualquiera que hubiesen sido los desmanes de la conquista, nadie podía negar la magnitud de sus resultados. No había español que no agradeciera semejantes servicios y que no hubiese creído vergonzoso negarlos o pagarlos mal. No obstante que en el Consejo había tres flamencos, parece que no hubo disidencia de pareceres. Decidióse que, en lo sucesivo, ni Velázquez ni Fonseca volverían a intervenir en los negocios de Nueva España. Las disputas entre el primero y Cortés se calificaron de privadas y, por lo mismo, sujetas a la decisión ordinaria de las leyes. Confirmáronse todos los actos de Cortés. Nombrósele Gobernador, Capitán general y Justicia Mayor de Nueva España, con facultades de nombrar a todos los empleados, tanto civiles como militares y de desterrar del país a todas las personas cuya presencia juzgara nociva. Esta determinación fué confirmada por el Emperador, quien, en 15 de octubre de 1522, firmó, en Valladolid, la cédula en que se le conferían tan amplias facultades. Asignóse al gobernador de Nueva España un sueldo competente para tener el porte y darse el trato que convenía a su alta dignidad. Los principales oficiales, fueron retribuidos con honores y dinero, y las tropas, recibieron algunos privilegios propios para contentar la vanidad de un soldado y la oferta de que se les darían tierras con liberalidad. Además, el Emperador escribió de su puño, al ejército, una carta, en que le daba las gracias por sus servicios en los términos más significativos (1).

Desde este instante terminó el influjo de Fonseca en el

ral, dec. 3, lib. 4.º, cap. III. Probanza en la villa Segura, M. S. Declaración de Puerto Carrero y de Montejo, M. S.

(1) Nombramiento de Gobernador y Capitán General y Justicia Mayor de Nueva España, M. S., V. también a Bernal Díaz, cap. CVIII.

Consejo de Indias, a resultas de cuya pesadumbre murió poco tiempo después. Ningún hombre pudo como él, en la situación en que estuvo, hacer la felicidad de su patria. Durante treinta años, en los cuales se verificó el primer descubrimiento de Colón, tuvo una suprema intervención en los negocios de Indias, lo cual debiera haberle hecho alentar el espíritu de empresa y fomentar la naciente prosperidad de las colonias; mas era enteramente al contrario: veía de mal ojo a los más ilustres descubridores españoles y se ocupaba únicamente en oponer obstáculos a su carrera. Tal fué también su conducta respecto de Colón y de Cortés. Con una política sabia habría logrado poner su nombre entre los de los más ilustres varones de su tiempo; pues con la que siguió consiguió sólo hacerlo aparecer más oscuro e indigno al lado del brillante y famoso de sus contemporáneos. Él ha dejado una muestra del fuerte ascendiente que el clero ejerció en Castilla en el siglo xvi, pues que un hombre tan inepto llegó a tan alto puesto, y se conservó en él, aun después de haber manifestado que no era digno de ocuparlo (1).

Los comisionados de traer a Cortés la resolución de la corte, tocaron en Cuba, en donde al son de las trompetas se publicó la noticia de su llegada; lo cual desconcertó todas las esperanzas del gobernador Velázquez. Viéndose burlado en sus pretensiones y empobrecido por los gastos hechos en una expedición, cuyos frutos recogieron otros, aún aguardaba una reparación de tantos daños, y secreta-

(1) El carácter de Fonseca ha sido trazado por la misma mano que el de Colón. (Irving, *Vida y Viajes de Colón*, Apéndice, núm. 32.) El retrato de ambos pasará uno al lado del otro, en esta bella página del historiador, aunque pintados por dos plumas tan diversas como la de oro y la de hierro con que nos cuenta Paolo Giovio que escribió sus composiciones.

mente alimentaba la esperanza de vengarse algún día; cosa que por tanto tiempo se le había frustrado. El tiempo de realizarla había llegado, pero en el tono seco e imperioso de los acuerdos de la corte, conoció que era preciso renunciar a toda idea de reparación, y el orgulloso gobernador, arruinada su fortuna, deshonorado a los ojos de su nación, se vió humillado en el polvo. Después de esto no volvió a tener consuelo y cayó en una gran melancolía, de cuyas resultas, según dicen, murió a poco tiempo (1).

El retrato que ordinariamente se pinta de Velázquez, no le hace favor; pero con todo, Las Casas habla bien de él, y es de advertir que cuando no intervienen las preocupaciones del obispo, apenas hay mejor autoridad. Mas Las Casas le conoció cuando por primera vez había venido a Cuba: el gobernador le había tratado con cortesía y hasta con confianza, y es muy natural que la afabilidad de un alto personaje haya prendado al pobre eclesiástico. En la mayor parte de las noticias que nos han quedado de Velázquez, se le pinta altanero, pagado de su autoridad y codicioso de dinero. Rompió con Grijalva, el predecesor de Cortés, sin tener motivos para ello, y con este último tuvo una injusta desavenencia poco antes de salir la flota. Sus pretensiones eran absurdas: quería que otros peleasen en el campo de batalla y recoger él los laureles; que otros hiciesen descubrimientos para él aprovecharse de ellos. Sólo una alma débil podía haberse sometido a estas condiciones, y una alma débil era incapaz de realizar tales empresas. El nombramiento que hizo en Cortés le puso en una situación falsa para toda su vida, habiéndole sucedido que esa condición empeoraba a cada vez que intentaba mejorarla. Si el nombramiento de Cortés había sido un error, el de Nar-

(1) Bernal Díaz, cap. CLVIII.

váez había sido aún mayor; porque parece que to que
hacia Velázquez debía ser una serie de dislates.

La nueva de que el emperador había confirmado a Cortés en el mando de la Nueva España fué recibida con universal aprobación. El ejército se regocijaba al ver asegurada, no sólo la amnistía de los desmanes que había cometido, sino también una señalada recompensa por los servicios que había prestado a la corona. El nombramiento de Cortés para el mando supremo lo tranquilizó enteramente en cuanto a lo pasado, y lo dejó en hólgora para pensar en sus futuras empresas. Los soldados se felicitaban, para sí, de ver a su general revestido de tan amplias facultades, y al pensar en los peligros y trabajos que a su lado habían pasado, se entregaban a ensueños dorados y halagüeños, que no es extraño hayan quedado sin realizarse.



CAPÍTULO II

MODERNA MÉXICO.—FUNDACIÓN DE LA COLONIA.—CONDICIÓN DE LOS NATURALES.—MISIONES CATÓLICAS.—CULTIVO DE LA TIERRA.—VIAJES Y EXPEDICIONES.

(1522-1554)

En menos de cuatro años, transcurridos desde la destrucción de México, una nueva ciudad había salido de sus ruinas, que si era inferior a la antigua en extensión, la aventajaba en solidez y hermosura. Ocupaba tan exactamente el mismo sitio que la anterior, que la plaza Mayor estaba donde mismo se levantaba el enorme teocalli y el palacio de Moctezuma, y las calles principales salían del centro de la ciudad, la atravesaban de extremo a extremo e iban a terminar en las calzadas. Sin embargo, grandes alteraciones se habían hecho en cuanto a la arquitectura y el gusto; ensancháronse las calles, llenáronse muchas acequias y los edificios fueron contruídos según el gusto y conforme a las necesidades de una población europea.

En el lugar ocupado antes por el templo del dios de la guerra se levantaba ahora una magnífica catedral consagrada a San Francisco, y para que el triunfo de la Cruz fuera más completo, sirvieron para hacer los cimientos los res-

tos de las demolidas esfigies de los dioses de la idolatría (1).

En un ángulo de la plaza, en el lugar mismo ocupado en lo antiguo por la pajarera real, estaba un magnífico convento de franciscanos, edificado por un lego llamado Pedro Gante, hijo natural de Carlos V, según cuentan (2). En otro ángulo de la misma plaza fué donde Cortés construyó su palacio propio. Era éste de piedra maciza y según cuentan se gastaron en él siete mil vigas de cedro (3). El gobierno lo tomó después para residencia de los virreyes, y a los descendientes de Cortés, los duques de Monte Leone, se les permitió edificar otro palacio, también en la plaza, en el sitio mismo donde por una extaña coincidencia había estado el palacio de Moctezcoma (4).

Las casas ocupadas por los españoles eran de piedra y de tal solidez, que podían servir de fortalezas (5). Los edificios de los indios eran por lo común de inferior clase, y ocupaban el barrio de Tlatilolco, donde habían hecho el último esfuerzo en favor de su libertad. También allí había un templo espacioso y otros treinta más pequeños, que probaban el empeño que tomaron los españoles por el bien espiritual de los conquistados (6). En velar sobre su rebaño de indígenas y en cuidar de los hospitales que al instante fueron planteados en la nueva capital, es en lo que el buen fraile Olmedo, ya agobiado por los achaques, empleó los últimos días de su vida (7).

(1) Herrera, *Hist. General*, dec. 3, lib. 4.º, cap. VIII.

(2) Clavijero, *Hist. de México*, t. I, pág. 271. Humboldt, *Essai Politique*, t. II, pág. 58.

(3) Herrera, *ubi. supra*.

(4) Humboldt, *op. cit.*, t. II, pág. 72.

(5) Relación d'un gent. huom. ap Ramus., t. III, fol. 309.

(6) Ibid, *ubi. supra*.

(7) Bernal Díaz, cap. CLXXVII.

Para mayor seguridad de los españoles construyó Cortés una plaza frente a un lugar conocido después con el nombre del *Matadero* (1). Estaba provista de un arsenal donde fueron guardados los bergantines que habían servido en el sitio de México, como una memoria de la conquista. Concluida la fortaleza se encontró el general con que, gracias a la enemistad de Fonseca, no había artillería con que defenderla. Las primeras faltas las cubrió mandando fundir cañones de cobre, que abundaba mucho en el país, y de estaño extraído de las minas de Tasco. Con estos arbitrios y con algunas piezas que sacó de las naves, logró reunir hasta setenta cañones para artillar la plaza. En cuanto a las balas, que en aquel tiempo eran muy usualmente de piedra, no hubo dificultad; mas para la fabricación de la pólvora, aunque había nitro en abundancia, fué menester sacar el azufre de la boca del gran volcán, y emprender una expedición peligrosa (2). Tales fueron los esfuerzos de Cortés por triunfar de todos los obstáculos que la malicia de sus enemigos le había opuesto en su carrera.

El cuidado primero que tuvo el general, después de hecho lo anterior, fué atraer a la capital una población numerosa; para lo cual invitó a los españoles ofreciéndoles tierras y casas, y a los indios les permitió vivir bajo sus caciques y gozar de varias inmunidades. Mediante esta protección y fomento, se logró que en pocos años habitaran las inmediaciones de la plaza Mayor cosa de dos mil familias, y en el barrio de Tlaltilolco como treinta mil (3). Volvieron a restablecerse todos los giros; los canales volvieron a

(1) Relación cuarta, pág. 376, nota.

(2) Véase la relación de esta singular empresa en el t. II, pág. 31 de esta obra.

(3) Cortés, contando únicamente la población india, dice, 30.000 (*ubi. supra*). Gomara, contando toda la población de México, algunos

estar cubiertos de canoas; pusiéronse dos grandes mercados donde se expendían todos los productos y artefactos de las provincias comarcanas; y en una palabra, la ciudad estaba ocupada por una población activa y laboriosa, en que el blanco y el indio, el conquistador y el conquistado se mezclaban en pacífica y agradable confusión. Todavía no habían pasado veinte años de conquistado México, cuando un misionero que lo vió, tuvo la temeridad y la credulidad de asegurar «que la Europa no podía preciarse de tener una ciudad tan bella y opulenta como México» (1).

La capital de nuestros días parece diferente de la reedificada por Cortés, a causa de que las aguas ya no entran hasta sus calles, ni bañan el vasto circuito de sus murallas; estas aguas se han retirado hasta el reducido lago de Tetz-coco, y la calzada, que en un tiempo atravesaba la parte más profunda del lago, apenas se puede distinguir de las otras que salen de la ciudad. Sin embargo, ésta, embellecida cada vez más por los virreyes que han gobernado la Nueva España, es todavía la misma que construyeron los conquistadores, y los sólidos y grandes edificios que aún quedan de aquel tiempo, y su magnificencia y simetría prueban la previsión de su fundador, que parece haber querido acomodarlos a las necesidades de la futura población.

La solicitud de Cortés no se ciñó únicamente a la capital, sino que se extendió a todos los puntos que eran favorables al planteo de algún establecimiento. Fundó a Zacatula en

años después, hace subir el número de vecinos al que se dice en el texto.

(1) Toribio. *Hist. de los Ind.*, M. S., parte III, cap. VII. Sin embargo, apenas hay cosa más extraña que lo que dice el Conquistador anónimo: «Così ben ordinato et di se belle piazze et strade quanto et altre cità ché siano al mondo» Relac. d'un gent. ap Rumussio, t. III, folio 309.

la Costa del Mar, impropriamente llamado Pacífico; a Colima, en Michoacan; a San Esteban, en la Costa del Atlántico, probablemente no lejos de Tampico; a Medellín (llamado así del nombre del lugar donde nació Cortés), cerca de Veracruz, y un puerto cerca del Río de la Antigua, de donde sacó su nombre. Este puerto estaba destinado a reemplazar al de Villa Rica, que como lo vimos, no ofrecía a los buques abrigo contra los nortes que soplan con fuerza en el golfo mexicano; mientras que el de la Antigua, resguardando por los ancones de una bahía, ofrecía un paraje seguro. Cortés fundó allí un puerto comercial, lo comunicó con la capital del virreinato por un buen camino, y predijo afirmativamente que aquel puerto sería con el tiempo el emporio del comercio de todo el país (1); en lo cual se engañó, pues por motivos difíciles de saber, se le removió de allí y se le mudó a fines del siglo xvi a la moderna Veracruz, la cual, aunque no tiene sobre la Antigua ninguna ventaja ni por su salubridad ni por su posición geográfica, ha quedado desde entonces siendo la principal ciudad comercial de Nueva España.

Cortés fomentaba las nuevas colonias concediendo tierras y privilegios municipales; pero la dificultad principal consistía en inducir a las mujeres a quedarse en el país, y sin ellas las colonias no podían subsistir como no puede subsistir un árbol al cual le faltan las raíces. Para obviar a este inconveniente, mandó que todos los colonos, siendo

(1) «Y tengo por cierto que aquel pueblo ha de ser, después de esta ciudad, el mejor que hubiere en esta Nueva España.» (Relación cuarta, pág. 382) El arzobispo Lorenzana confunde esta ciudad con la moderna Veracruz; pero la descripción que el general hace del puerto, desmiente esta opinión y nos confirma en creer con Clavijero que la moderna ciudad fué fundada por el conde de Monterey, en la época que se dice en el texto. Véase el volumen I, pág. 246, nota.

casados, trajesen a sus mujeres por diez y ocho meses, so pena si no lo hacían, de perder las tierras que se les hubiesen concedido. Si eran tan pobres que no podían hacerlo por sí mismos, el gobierno les ayudaba. En virtud de otra ley semejante se imponía la misma pena a los célibes que no se casasen dentro del mismo plazo. Parece que el general reputaba el celibato como un lujo demasiado superfluo de un país nuevo (1).

Su mujer Doña Catalina Xuares fué una de las que vinieron de la isla a Nueva España. Según Bernal Díaz, esta

(1) Ordenanzas municipales. Tenochtitlan, marzo 1524, M. S.

La ordenanza que hizo Cortés para el gobierno de aquellos países, durante su virreinato, todavía se conserva en México, de donde obtuve la copia que poseo. Ella da testimonio de la sabiduría y penetración de aquel ingenio, que no se olvidaba de nada de cuanto es digno de la atención de un legislador ilustrado, y voy a citar originales las prevenciones a que me he referido en el texto.

«Item. Porque más se manifieste la voluntad que los pobladores de estas partes tienen de residir y permanecer en ellas, mando que todas las personas que tuvieren indios, que fueren casados en Castilla y en otras partes, que traigan sus mujeres dentro de un año y medio primero siguientes de como estas ordenanzas fueren pregonadas, so pena de perder los indios, y todo lo con ellos adquirido e granjeado; y porque muchas personas podrían poner por achaque aunque tuviesen aparejo de decir que no tienen dineros para enviar por ellas, por hende las tales personas que tuvieran esta necesidad parezcan ante el Reverendo Padre Fray Juan de Teto y ante Alonso de Estrada, tesoroero de su magestad, a les informar de su necesidad, para que ellos la comuniquen a mí, y su necesidad se remedie; y si algunas personas hay que casados y no tienen sus mujeres en esta tierra, y quisieran traerlas, sepan que trayéndolas serán ayudadas así mismo para las traer, dando fianzas.

«Item. Por cuanto en esta tierra hay muchas personas que tienen indios de encomienda y no son casados, por hende porque conviene así para la salud de sus conciencias de los tales por estar en buen estado, como por la población e noblecimiento de sus tierras, mando

venida no fué del agrado del conquistador (1); lo que es muy posible, pues parece que casó con ella a disgusto y que su baja condición y relaciones, le hicieron detenerse un poco en el camino de sus empresas. Sin embargo, vivieron felices en su unión por algún tiempo, según refiere Las Casas (2), y sean cuales fueren las desavenencias que hayan tenido en el hogar doméstico, Cortés tuvo la generosidad, o por lo menos la prudencia de no divulgarlas. Cuando desembarcó doña Catalina la acompañó Sandoval hasta la capital, donde fué recibida por su marido con toda galantería, y donde se le hicieron todos los honores que correspondían a su elevada clase. Pero el clima de la meseta central no le sentaba bien, por lo que murió a los tres meses de su llegada (3). Un acontecimiento tan favorable a los proyectos ambiciosos de Cortés, no pudo dejar de originar rumores malignos aunque infundados, inútil es decirlo.

Al distribuir el país entre los conquistadores, adoptó Cortés el vicioso sistema de los repartimientos, entonces tan usado por sus compatriotas. En una de sus cartas al Emperador, le dice, que en atención a la alta capacidad de los indígenas de la Nueva España, había creído sería agravio inmerecido condenarles a la servidumbre, como se había hecho con los isleños; mas con el transcurso del tiempo, viendo a los españoles tan atareados y pobres que no era

que las tales personas se casen, traigan y tengan sus mujeres en esta tierra dentro de un año y medio, después que fueren pregonadas estas dichas ordenanzas, e que no haciéndolo por el mismo caso sean privados y pierdan los tales indios que así tienen.»

(1) Bernal Díaz, *Hist. de la Conq.*, cap. CLX.

(2) Véase antes el t. I, pág. 186.

(3) De asthma, según Bernal Díaz, *ubi. supra.*, mas parece que su muerte fué más súbita de lo que debiera haber sido a resultas de tal enfermedad. Más adelante volveré a tocar este punto.

posible que permaneciesen en el país sin valerse del trabajo de los indios, hizo aparte todo escrúpulo y miramiento y accedió a las repetidas instancias de los españoles. Este era el miserable pretexto a que se acudía siempre para paliar las más atroces injusticias (1). Sin embargo, la corona desaprobó esta conducta del general y anuló los repartimientos hechos (2); pero todo fué en vano, porque la necesidad, o por mejor decir la codicia de los conquistadores eludió todas las determinaciones del rey. La legislación colonial de España es una muestra de la inutilidad de todas las medidas contra la esclavitud, de la perpetua lucha entre la metrópoli y los colonos, y de la impotencia de la primera para establecer por la fuerza un sistema contrario a los intereses de estos últimos. La Nueva España no ha sido una excepción a este hecho universal.

Los tlaxcaltecas, en recompensa de sus servicios y a solicitud de Cortés, quedaron exentos de la esclavitud. También se debe decir, en obsequio de la verdad, que el conquistador, al establecer los repartimientos, llevado de un principio de equidad impuso ciertas restricciones a la autoridad de los señores, y concedió a los indios todas las prerrogativas que eran compatibles con un trabajo forzado (3), aunque es verdad que estas restricciones eran atropelladas por los colonos, y que especialmente en las provincias pequeñas la condición de los indígenas era en extremo deplo-

(1) Relación tercera, págs. 319-320.

(2) Herrera, *Hist. General*, dec. 3, lib. 5.º, cap. I.

(3) Id., dec. 4, lib. 6.º, cap. Ordenanzas, M. S.

En estas ordenanzas se prefijan cuáles deberán ser las horas de trabajo, cuál la ocupación, cuál el alimento, la recompensa, etc. Imponen al *encomendero* la obligación de instruir y doctrinar a los indios; mas ¿de qué sirven las mejores leyes, cuando por su propia naturaleza se deja abierta la puerta para los abusos?

nable. Pero a pesar de todo, la población indígena, acumulada en sus ciudades y pueblos y sometida a sus antiguos magistrados, probaba con su número, si bien muy inferior a lo que había sido antes, que su condición era muy superior a la de la mayor parte de los habitantes de las vastas colonias españolas (1). Esta condición fué mejorando paulatinamente bajo el influjo de los adelantos de la moral y de la administración, hasta que por último, los serviles descendientes de los antiguos señores de la tierra, lograron, nominalmente a lo menos, igualar en la republicana México a los hijos de los conquistadores.

Aunque se atropellaba con todos los derechos políticos de los naturales, Cortés manifestó un laudable empeño por procurar su bien espiritual. Suplicó al emperador que le mandara eclesiásticos, no obispos ni encumbrados preladados que muy frecuentemente disipan los tesoros de la Iglesia en el lujo de una vida espléndida, sino a personas ascéticas, miembros de las comunidades religiosas, y cuyas vidas parecían un comentario de sus predicaciones.

«Así, sólo así», añade (y la observación es digna de atención), «podrán ejercer influjo en los indios acostumbrados a ver en sus sacerdotes castigada, con el último rigor de la ley, aun la menor falta» (2). En consonancia con estas advertencias, fueron enviados a Nueva España doce frai-

(1) Don Francisco Navarro y Noriega regulaba la población de Nueva España, en 1810, en cerca de 6.000.000, de los que más de la mitad eran indios puros. Es de saberse que el autor tenía motivos para estar bien instruido sobre estos particulares. Véase Humboldt, *Essai politique*, t. I, págs. 318-319, nota.

(2) Relación cuarta, págs. 391-394. El Gobierno accedió a estas peticiones de los conquistadores, y además prohibió a los licenciados y jurisperitos venir a aquel país, por haber probado la experiencia que con sus malas artes turbaban la paz de la comunidad. (Herrera, *Historia General*, dec. 3, lib. 5.º, cap. II.) Estas prohibiciones no son

les franciscanos que desembarcaron en 1524. Eran de una vida ejemplar, estaban imbuídos en las ciencias eclesiásticas y, del mismo modo que otros muchos que la Iglesia Católica ha enviado a esas misiones apostólicas, eran de esos hombres que no perdonan sacrificio por servir a la causa a que se han consagrado (1). La llegada de los reverendos padres fué recibida, en todo el país, con gran regocijo. Los habitantes de las ciudades por donde debían transitar, salían a recibirles en tropel; formaban procesiones de indios con cirios, y las campanas de las iglesias eran repicadas en festejo y honor de la llegada de los misioneros. En todo el camino, desde el puerto hasta la capital, se les prepararon alojamientos donde descansasen, y al llegar a México, salió a recibirlos una reunión de los principales caballeros, presididos por Cortés, quien, apeándose y poniendo en tierra una rodilla, besó respetuosamente los hábitos del P. Fray Martín Valencia, cabeza de la Comunidad. Los naturales, al ver la humillación del virrey ante hombres descalzos, con vestiduras desgarradas y que tenían el aspecto de mendigos, comenzaron a verles, de allí adelante, como a seres de una naturaleza superior. El cronista indio de Tlaxcalan no disimula la admiración que le causó aquel acto de acatamiento de Cortés, que él califica de «juno de los hechos más heroicos de toda su vida!» (2)

más que un homenaje insignificante al alto carácter de las dos profesiones.

(1) Toribio, *Hist. de las Ind.*, M. S., parte I, cap. I. Camargo, *Historia de Tlaxcalan*, M. S.

(2) Cuyo hecho del rolísimo y humilde recibimiento. fué uno de los heroicos hechos que este capitán hizo, porque fué documento para que con mayor fervor los naturales de esta tierra viniesen a la conversión de nuestra fe (Camargo, *Hist. de Tlaxcalan*, M. S.) Véase también Bernal Díaz (*Hist. de la Conq.*, cap. CLXXXIX). El arzobispo Lorenzana no se quedó inferior al historiador tlaxcalteca, al admirar

Los misioneros no perdieron tiempo en la buena obra de la conversión. Comenzaron sus predicaciones mediante intérpretes mientras adquirían el necesario conocimiento en la lengua de los naturales. Fundaron escuelas y colegios, donde la juventud india adquiría instrucción, así en las ciencias profanas como en las sagradas. El ardor de los neófitos indios igualaba al de sus maestros. En pocos días desapareció del suelo hasta el último vestigio de los antiguos *teocaltin*. Los horrorosos ídolos y, desgraciadamente, también los manuscritos jeroglíficos, corrieron la misma suerte; sin embargo de que los misioneros y sus catecúmenos hicieron todo lo posible por reparar estas pérdidas, sacando copiosas y completas noticias sobre las instituciones de los aztecas, de las fuentes más puras (1).

La obra de la conversión progresaba rápidamente entre todas las tribus de la gran familia Nahuatlaca; de modo que, al cabo de veinte años de venidos los misioneros, se jactaba uno de ellos de haber convertido a nueve millones

el celo prodigioso del gran Conquistador, lo que según nos asegura, le asombra y maravilla por parecerle más propio de un misionero apostólico que de un soldado. (Pág. 393. nota.)

(1) Toribio, *Hist. de las Ind.*, M. S., parte III, cap. I.

El padre Sahagun que en esta línea hizo mayores servicios que ninguno de su orden, describe con sencillez y brevedad lo que se practicaba para verificar con prontitud la demolición. «Tomamos a los hijos de los caciques y los pusimos en nuestras escuelas, donde les enseñamos a leer, escribir y contar. Los hijos de los más pobres son llevados a los atrios y allí se les instruye en la fe cristiana. Después de la lección, uno o dos de nuestros hermanos toman a los discípulos, les llevan a un teocalli inmediato, y después de algunos días de trabajo lo dejan completamente arrasado. De esta suerte han sido destruidos los templos de los aztecas, tan totalmente que no han quedado ni vestigios de uno de ellos». (*Hist. de la Nueva España*, t. III. pág. 77.) Este sólo pasaje basta para explicar por qué han quedado en México tan pocos restos de la arquitectura india.

de infieles, número que probablemente excedía al de toda la población (1). El culto azteca era notable por lo escrupuloso de su ceremonial, y disponía favorablemente a los que lo profesaban para admitir el pomposo y brillante ritual de la religión romana; no fué difícil pasar de las fiestas y ceremonias de una religión, a las fiestas y ceremonias de la otra; transferir el culto a los ídolos espantosos de aquel culto, a las bellas imágenes en pintura y escultura que adornaban la catedral cristiana. Verdad es que los convertidos comprendían mal los dogmas de su nueva fe y aún menos comprendían su verdadero espíritu; pero si el filósofo se ríe al ver esta conversión, más bien de forma que de substancia, el filántropo debe consolarse al considerar cuánto ganaron la humanidad y la moral con la sustitución de ceremonias inmaculadas y pacíficas en vez de los cruentos y abominables sacrificios de los aztecas.

Los conquistadores eligieron para residir habitualmente los lugares que más se acomodaban a sus inclinaciones. Muchos ocuparon la falda SE. de las cordilleras que cercan el rico valle de Oaxaca. Otros, en número más considerable, se extendieron por la dilatada meseta central, que, a causa de su posición elevada, les recordaba las llanuras de su Castilla, además de que allí estaban cerca de esa cadena de inagotables veneros que, después, han inundado la Europa con un diluvio de plata. La verdadera riqueza mineral del país, no fué conocida ni explotada hasta mucho tiempo después; pero algunas pocas minas, como las de Zacatecas, Guanajuato y Taxco (las últimas de las cuales ya eran conocidas en tiempo de Moteuczoma), co-

(1) «De manera que a mi juicio y verdaderamente serán bautizados en este tiempo que digo, que será quince años, más de nueve millones de ánimas de indios.» Toribio, *Hist. de las Ind.*, M. S., parte II, capítulo III.

menzaron a ser trabajadas una generación después de la Conquista (1).

Mas la principal riqueza de los primeros fundadores consistía es los productos vegetales, tanto indígenas como de los que Cortés con sabia previsión había hecho traer de Europa. Él había recomendado encarecidamente que todo buque que viniese trajera cierta cantidad de semillas y plantas (2). Puso como condición para poseer tierras en la meseta central que cada propietario había de plantar en las suyas, cierto de número de viñedos (3). Además, estableció que nadie tuviese derecho a sus tierras sino después de cultivarlas por ocho años (4). Conoció que sólo la residencia fija podía crear ese interés en la cultura de la tierra que la hace mejorar, y que el sistema opuesto había causado el empobrecimiento de los mejores establecimientos de las islas. Estas diferentes medidas, muchas de ellas no muy del gusto de los colonos, hicieron que la agricultura del país se enriqueciera con la mayor parte de los granos europeos y con otros vegetales exóticos, para los cuales era sumamente propio el variado clima de la Nueva España. La caña de azúcar fué traída de las islas inmediatas y plantada en los bajíos, y esta planta, el añil, el algodón y la cochini-

(1) Clavijero, *Hist. de México*, t. I, pág. 43. Humboldt, *Essai politique*, t. III, págs. 115-145. Exposición de don Lucas Alaman. (México, 1828, pág. 59.)

(2) Para que cada navío trajese cierta cantidad de plantas que no puede salir sin ellas, porque será mucha causa para la población y perpetuación de ella. Relación cuarta, pág. 397.

(3) Item. Que cualquiera vecino que tuviera indios de repartimiento sea obligado a poner en ellos en cada un año, con cada 100 indios de los que tuvieren de repartimiento, 1.000 sarmientos, escogiendo lo mejor que se pudiese hallar. Ordenanzas municipales, año de 1524, M. S.

(4) Ordenanzas municipales, año de 1524, M. S.

lla fueron para la colonia artículos más productivos que los mismos metales preciosos.

Bajo el sol de los trópicos, el durazno, el almendro, el naranjo, la vid y el olivo, antes desconocidos en ellos, florecieron en jardines situados a una altura dos veces mayor que en la que en el otoño se suspenden las nubes sobre nuestra cabeza. La importación de un fruto o vegetal europeo era mirada con deleite por el sencillo colono; la primera cosecha de los frutos exóticos era celebrada con una fiesta y los convidados se felicitaban recíprocamente como si hubiese llegado algún antiguo amigo que les traía a la memoria los dulces recuerdos de lo pasado y las tiernas memorias del suelo natal.

Aunque ocupado en procurar los adelantos interiores del país, no por eso dejaba Cortés de proyectar conquistas y descubrimientos. Ya en el capítulo anterior le hemos visto armando una flota que explorase el puerto de Zacatula, en las costas del Pacífico; mas la tal flota se incendió en el astillero ya que estaba casi concluída, lo que fué grande atraso por cuanto los materiales debían ser traídos de Villa Rica, atravesando todo el país; pero Cortés, con su prontitud acostumbrada, trató de remediar aquella pérdida. Escribió al Emperador que en breve estaría otra nueva flota en aquel puerto, y que no dudaba que Su Majestad sería dueño de más tierras y reinos que los que jamás había poseído nación alguna (1). Esta magnífica promesa comprueba que era sentir común de los españoles en aquel tiempo, que el Pacífico era el famoso Océano Indio plagado de islas, ricas de oro y de todos los tesoros del Oriente.

El principal objeto de esta flota era descubrir el estrecho

(1) Tengo de ser causa que Vuestra Cesárea Majestad sea en estas partes señor de más reinos y señoríos que los que hasta hoy en vuestra nación se tiene noticia. Relación cuarta pág. 374.

que se suponía unir el Atlántico con el Pacífico. Al mismo tiempo se envió por el golfo de México, con dirección a la Florida, otra escuadrilla compuesta de cinco buques, con el objeto de buscar el mismo estrecho; porque es de saberse, aunque hoy nos cause risa tal ilusión, que en aquel tiempo se tenía por cierto que existía un estrecho en aquella dirección, y que por él se podría pasar a las aguas que después atravesaron las quillas de Magallanes (1).

El descubrimiento de ese estrecho había sido desde en tiempo de Colón la gran empresa náutica. Ese descubrimiento era, en el siglo xvi, lo que es en el nuestro el del paso Noroeste: el *ignis fatuus* de los navegantes. La existencia de un continente americano había sido revelada por las excursiones de Cambot al Septentrión, y de Magallanes al Mediodía. La proximidad de los dos océanos cuyas aguas bañaban a las costas orientales y occidentales de dicho continente, era también una cosa establecida por los descubrimientos tanto de Balboa como de Cortés. Los sabios de Europa no podían comprender qué designio al parecer tan extravagante y contrario a los intereses de la humanidad podía haber tenido la naturaleza, al interponer entre las aguas de ambos mares una barrera insuperable. La correspondencia de los sabios de la época (2), las cartas de Cortés y las de Colón, las instrucciones de la Corte, trataban frecuentemente de este punto favorito. «Vuestra Majestad puede estar seguro», escribía Cortés, «de que sabiendo cuanto empeño tiene Vuestra Majestad en el descubrimien-

(1) «Aunque tengo a Cortés», dice Oviedo, «por el mayor capitán y por el más experimentado en las cosas militares, de cuantos he conocido, creo que tal opinión prueba que no era gran cosmógrafo.» (*Hist. de las Ind.*, M. S., lib. 33, cap. XLI.) Oviedo vivió lo bastante para ver su error.

(2) Mártir, *Opus epistolarum*, epist. 811.

to del *gran secreto de un estrecho*, al logro de tan importante objeto pospondré todos mis proyectos y propósitos, aun los de mayor cuantía.» (1)

En parte con este mismo objeto hizo armar una gran flota que fué confiada al valiente Cristóbal de Olid, uno de los oficiales que, como recordará el lector, mandaba una de las divisiones sitiadoras. Debía dirigirse a Honduras y en la costa septentrional fundar una colonia, y después de esto despachar parte de la flota, hacia el istmo de Darién, en busca del tan suspirado estrecho. Se divulgó que el país era riquísimo en oro, tanto que los pescadores usaban de él para los pesos de sus redes. La vida de los descubridores españoles fué un largo sueño dorado. ¡Sus ilusiones se sucedían, una tras otra, como las redomas o burbujas de jabón que arrojan los niños; y lo mismo de hermosas y de delicadas! ¡Vivían en un mundo encantado! (2)

A esta expedición por mar se agregaba otra por tierra, confiada a Alvarado, quien con un número considerable de españoles e indios debía bajar la falda meridional de la Cordillera y penetrar en el país, contiguo al rico valle de Oajaca. Las campañas de este capitán, osado y rapaz, tuvieron por término la importante conquista de Guatemala. El general reencargó muy particularmente a sus tenientes que le enviasen noticias completas acerca de los países que visitasen, los productos de su suelo y los recursos en general, siendo el resultado de este encargo que recibiera las

(1) Relación cuarta, pág. 385.

(2) Esta ilusión la fomentaban los continuos envíos que se hacían a España de oro y joyas primorosamente trabajadas. Una de las cosas que mandó Cortés a España fué una pieza de artillería, hecha de oro y plata, y cuyos materiales solamente, valían 25.500 ps. de oro. Oviedo, que la vió en el palacio, habla de ella con admiración. *Hist. de los Indios*, M. S., lib. 33, cap. XLI.

comunicaciones más prometedoras e interesantes (1). En sus instrucciones para la conquista de estos países recomendaba el buen trato a los naturales, y una política que bien pudiera llamarse humana, al menos en cuanto es compatible con un sistema de dominación (2). Mas, desgraciadamente, el carácter cruel de sus tenientes hacía inútiles esas prevenciones.

En la carrera de sus conquistas logró Cortés, en el breve espacio de tres años, subyugar un país de 400 leguas de extensión por el lado del Atlántico, y de más de 500 por el del Pacífico; y con excepción de unas cuantas provincias, consiguió tener completamente pacificados tan vastos territorios (3). Para lograrlo había impedido considerables gastos, cubiertos, ya con los tributos que las provincias sometidas pagaban a semejanza de como lo hacían antes de la conquista, con sus señores respectivos, ya con las sumas adquiridas bajo su propia responsabilidad y por las cuales pidió una remuneración al gobierno. La celebridad de su nombre y las estupendas maravillas que de él se contaban, atrajeron a la Nueva España una infinidad de aventureros, que sirvieron a Cortés para sus ulteriores empresas.

(1) Entre estas pueden enumerarse particularmente las cartas de Alvarado y Diego de Godoy transcritas por Oviedo en su obra (libro 33, cap. XLII), y traducido por Ramusio en su rica colección. Viaje I, tomo III.

(2) Véanse entre otras cosas las instrucciones a su pariente Francisco Cortés. Instrucción civil y militar por la expedición de la costa de Colima». Este documento tiene fecha del año de 1524, y pertenecen a la colección de M. S., de Muñoz.

(3) Relación cuarta, pág. 371.

«Es para causar admiración», dice el arzobispo editor de estas cartas», cómo Cortés y sus soldados en tan poco tiempo andaban tantas tierras de tan ásperos e incógnitos caminos cuando hoy aún con dificultad los podemos penetrar.» Ibid, *ubi. supra.*, nota.

El que quiera formarse una idea cabal de este hombre notable, no debe ceñirse a considerarlo durante la conquista. Verdad es que su carrera militar lo coloca al lado de los más grandes capitanes de su época, pero su vida, después de la conquista, ofrece nuevos y más elevados puntos de vista desde donde estudiarle; pues le vemos, ya organizando un sistema de gobierno bajo el cual pudieran vivir sujetas razas heterogéneas, y aun opuesta, que comenzaban a vivir juntas, ya reparando los desastres de la guerra, ya empleando todas las fuerzas en descubrir los recursos que encerraba el país, y en desenvolverlos en toda su plenitud. La narración de estos acontecimientos podrá parecer lánguida después de la de hazañas tan famosas y extraordinarias como las de la conquista; mas sólo reflexionando en los sucesos posteriores, se podrá formar una idea exacta del sagaz y vasto genio de Cortés.

CAPÍTULO III

DEFECCIÓN DE OLID.—PELIGROSA MARCHA A HONDURAS.—
SUPPLICIO DE CUAUHEMOTZIN. —DOÑA MARINA,—LLEGADA
A HONDURAS.

(1524-1526)

En el capítulo anterior hemos visto que Cristóbal de Olid fué enviado por Cortés a fundar una colonia en Honduras. La expedición tuvo un éxito que no habría sido fácil prever, porque engreído Olid con el ejercicio del poder, resolvió luego que hubo llegado al lugar de su destino, alzarse con el mando y declararse independiente, lisonjeándose de que su gran distancia de México le permitiría hacerlo impunemente; mas fué desconocer enteramente el carácter de Cortés, figurarse que ninguna distancia, por grande que fuese, podía salvar de su venganza a un rebelde.

Pasóse mucho sin que el general supiese de la defección de Olid; mas no bien llegó a su noticia cuando mandó a Honduras a uno de sus oficiales, pariente suyo y digno de toda su confianza, con órdenes de arrestar al jefe desobediente. Francisco de Las Casas, era el nombre de ese oficial que naufragó cerca de la costa y cayó en manos de Olid; mas por una casualidad logró promover en el cam-

pamento de éste una insurrección, se apoderó de su persona y decapitó al desventurado delincuente, en el mercado de Naco (1).

De todo esto lo único que supo Cortés fué el naufragio de su emisario, por lo que, considerando las perniciosas consecuencias del ejemplo dado por Olid, especialmente si quedaba impune, determinó coger el negocio por su propia cuenta y emprender una expedición a Honduras. Proponíase además asegurarse por sí mismo de los recursos de aquellas provincias cuya riqueza minera era tan celebrada; y acaso también descubrir la comunicación entre los dos Océanos, que inútilmente se había buscado por los navegantes españoles. Impulsábale, finalmente, a dar este paso la desventajosa posición en que se encontraba en México, adonde habían llegado recientemente de la madre patria, varios funcionarios que aunque tenían por objeto ostensible cuidar de las rentas de las colonias, no eran en realidad sino espías que no perdían ocasión de mortificarle y que enviaban a la corte los más malignos informes acerca de la conducta y proyectos del general. En suma, Cortés se encontraba ahora que había sido nombrado legalmente gobernador general de las tierras descubiertas por él, con menos poder del que ejercía cuando carecía de toda autorización.

Las fuerzas que llevó consigo no pasarían de 100 jinetes y 40 ó 50 infantes, a lo que se agregaban 3.000 indios auxiliares (2). Estaban entre ellos Cuauhtemotzin, el caci-

(1) Carta quinta de Cortés, M. S.

(2) Carta de Albornoz, M. S., México, diciembre 15 de 1525. Carta quinta de Cortés, M. S.

Los autores no están enteramente concordos en cuanto al número que probablemente iría, variando a cada nuevo paso quedaban en la meseta central,

que de Tlacopan y algunos otros personajes cuya alta calidad les habría hecho servir fácilmente de núcleo a los descontentos. Su servidumbre se componía de varios pajes, jóvenes de buena familia, y entre ellos Montejo, el futuro conquistador de Yucatán; un repostero, un mayordomo y varios músicos, danzantes, juglares y bufones; séquito que parecía más bien el de un afeminado sátrapa de Oriente, que no el de un rudo caballero español (1). Sin embargo, la sospecha de afeminamiento quedó desvanecida por los terribles sucesos subsecuentes.

Cortés emprendió su marcha el 12 de octubre de 1524. Al bajar la falda de la Cordillera comenzó a encontrar a varios de sus antiguos camaradas, que recibieron con regocijo a su comandante, y abandonaron sus tierras para entrar en la expedición (2). Detúvose en la provincia de Coatzacoalco (Huazacualco) mientras le instruían los naturales de Tabasco, del camino que debía tomar. Presentáronle un mapa donde estaban señalados los principales lugares donde acostumbraban posar los mercaderes errantes que recorrían aquellas comarcas. Ayudado de este mapa, de una brújula y de los guías que de tiempo en tiempo encontraba, determinó atravesar el extenso y plano territorio que forma la base de Yucatán, y que se extiende desde el río Goazacoalco hasta la punta del Golfo de Honduras. «Daré a Vuestra Majestad», dice al empezar su Carta Quinta, «cumplida noticia, como es mi costumbre hacerlo, de todas las cosas dignas de atención que me han acaecido durante este viaje, y de cada una de ellas, daré a Vuestra Majestad rela-

(1) Bernal Díaz, cap. CLXXIV.

(2) Entre ellos estaba el capitán Díaz, a quien no hizo muy buena gracia tener que dejar la bella quinta que poseía en la provincia de Coatzacoalco; «pero Cortés lo mandaba y no nos atrevíamos a decir no». Ibid, cap. CLXXV.

ción por separado.» (1) No exageró Cortés en lo que decía.

Al principiar su marcha atravesó un terreno bajo y cenagoso, recorrido por multitud de riachuelos, quo forman el nacimiento del río de Tabasco y de otros que desembocan en el Golfo de México. Estos riachuelos los vadeaba o los pasaba en canoas, haciendo que los caballos, tenidos por la brida, los atravesasen a nado; los más caudalosos los pasaba mediante puentes suspendidos. Se da una idea de las dificultades y obstáculos que tuvieron en su marcha con sólo decir que, en menos de veinte leguas, tuvieron que hacer más de cincuenta puentes, uno de los cuales tenía 900 pasos de largo (2). Uno de los mayores trabajos que pasaron fué la falta de víveres, pues los naturales prendían fuego a sus casas luego que se acercaban los españoles y dejaban a los desvalidos aventureros tan sólo montones de cenizas humeantes.

Sería inútil amontonar nombres de pueblos y ciudades indias de las que encontró el ejército en su ruta y que ahora están abandonadas y que no se encuentran designa-

(1) Esta célebre carta que jamás ha sido publicada, es conocida bajo el nombre de *Carta Quinta*, de Cortés. Es casi del mismo tamaño que la mayor de las ya impresas; su estilo es como el de éstas, claro, sencillo y conciso, y por último tan interesante como las otras: da una relación escrupulosa de la expedición a Honduras, y de los sucesos acaecidos el año siguiente. No tiene fecha, mas probablemente habrá sido escrita en México ese mismo año. El original existe en la librería imperial de Viena, donde como en aquel tiempo gobernaba Alemania la misma mano que a Castilla, se encuentran documentos preciosos sobre la Historia de España.

(2) «Es tierra muy baja y de muchas ciénegas, tanto que en tiempo de invierno no se puede andar ni se sirve sino en canoas, y con pasar yo en tiempo de seca, desde la entrada hasta la salida de ella, que puede haber 20 leguas, se hicieron más de 50 puentes, que sin facer fuera imposible pasar.» *Carta Quinta*, M. S.

das en ningún mapa (1). El primer lugar de alguna importancia en que tocaron fué Iztapan, situado en medio de una región feraz, a orillas de uno de los tributarios del río de Tabasco. Tal era el duro extremo a que el hambre y el cansancio habían reducido a los españoles en pocas semanas, que al ver aquel pueblo «prorrumpieron, dice Cortes, en un grito de alegría que resonó en los bosques convecinos». El ejército no distaba mucho de la antigua ciudad del Palenque, objeto de tantas especulaciones en nuestro siglo. Cuentan que el pueblo llamado *de las tres cruces*, situado a 20 ó 30 millas del Palenque, recuerda todavía las tres cruces que dejaron allí clavadas, el paso de los conquistadores. Sin embargo, nada hablan los castellanos de aquella antigua capital. ¿Sería entonces el último resto de una ciudad tan vasta y floreciente como demuestran sus ruinas? ¿Ya sería montón de escombros ocultos bajo una vegetación selvática y escondido así de las miradas de los pueblos comarcanos? Si así fuese, lo primero no sería fácil explicar el silencio de Cortés.

Luego que dejaron los españoles a Iztapan, entraron en un país bajo y pantanoso, interrumpido, de vez en cuando, por plantíos y cubierto de bosques de cedro y de palo del Brasil que parecían interminables. El follaje que colgaba de las copas de los árboles esparcía una sombra tan oscura, que los soldados, según dice Cortés, no veían donde

(1) He examinado los mapas más antiguos del país, hechos por los cosmógrafos españoles, franceses y holandeses, por ver si podía determinar el itinerario de Cortés. En la Universidad de Harvard se puede ver una preciosa colección de estos mapas, hecha por el sabio alemán Ebeling. En dicho mapa sólo he podido encontrar cuatro o cinco lugares de los indicados por el general; son los mencionados en el texto, y aunque pocos pueden bastar para formarse en general una idea de la marcha del ejército.

asentaban el pie (1). Para que mayor fuese su confusión, se vieron abandonados de los guías, y cuando, para descubrir el camino trepaban a la copa de los árboles, sólo distinguían una ingrata e interminable línea de bosques, mecidos por el viento. La brújula y el mapa es lo que únicamente podía sacarles de tan tenebrosa incertidumbre; por lo que Cortés y el constante Sandoval, que le acompañaba en esta expedición, extendieron los mapas en el suelo para ver si encontraban algún indicio de la dirección que debían seguir. Sus recursos se agotaron hasta verse obligadas las tropas a alimentarse de bellotas y de frutas silvestres. Gran número de soldados enfermaron, y muchos indios, agobiados de fatiga, perecieron en el camino, de pura consunción.

Cuando, por último, salieron de aquellos bosques acia-gos, se encontraron con un río más caudaloso y de mucha mayor anchura que cuantos hasta entonces habían atravesado. Los soldados, desanimados y sin alientos, comenzaron a murmurar del general, que les hacía penetrar, cada vez más y más, en desiertos deshabitados, donde probablemente dejarían sus huesos. En vano les exhortaba Cortés a fabricar un puente mediante el cual pudiesen pasar a la orilla opuesta; parecíales esto obra de colosal magnitud y desproporcionada a sus extenuadas fuerzas. No fué tan desgraciado cuando invitó a los indios, quienes con su obediencia sumisa avergonzaron a los españoles, que pusieron manos a la obra de tan buena voluntad, que en cuatro días le dieron término, no obstante que parecían ya prontos a sucumbir de cansancio. Y en verdad que aquel era el úni-

(1) Donde se ponían los pies en el suelo hacia arriba, la claridad del cielo no se veía, tanta era la altura y espesura de los árboles, que aunque se subían en algunos, no podían descubrir un tiro de piedra.
Carta Quinta de Cortés, M. S.

co modo de salir de esa intrincada posición. El puente constaba de cerca de mil vigas, del grueso de un hombre y de diez brazas de largo (1). Cuando se considera que toda la madera era preciso cortarla a punta de hacha, se conoce que la construcción del puente fué obra de españoles. El conjunto de las vigas ofrecía un paso tan seguro y una contestura tan sólida, que sólo el fuego podía destruirla. La obra llamó la atención de los indios que acudieron a examinarla desde grandes distancias, y durante muchos años quedó «el puente de Cortés», como un monumento de perseverancia y energía.

La llegada del ejército a la orilla opuesta lo puso en nuevos aprietos. El piso era tan flojo y húmedo, que las caballos se hundían hasta los encuentros, y algunas veces casi quedaban enterrados en el fango de los pantanos. Costaba el mayor trabajo sacarlos de allí, mas se logró cubriendo el suelo con hojas y ramas de árboles, hasta que llegaban jadeando los animales algún riachuelo que pasaba por en medio de la ciénaga (2).

Luego que salieron los españoles de estos pantanos en-

(1) «Porque lleva más que mil vigas, que la menor es casi tan gorda como un cuerpo de hombre, y de nueve y diez brazas en largo.» Carta Quinta, M. S.

(2) «Pasada toda la gente y caballos del otro lado del alcón, dimos luego en una gran ciénaga que duraba bien tres tiros de ballesta, la cosa más espantosa que jamás las gentes vieron, donde todos los caballos desensillados se sumieron hasta las orejas sin parecerse otra cosa, y querer forcejear a salir, sumíanse más, de manera que allí perdimos toda la esperanza de poder escapar caballos ningunos; pero todavía comenzamos a trabajar y a componer los haces de yerbas y ramas grandes debajo, sobre que se sostuviesen y no se sumiesen, remediábase algo, y andando trabajando y yendo y viniendo de la una parte a la otra, abrióse por medio de un callejón de agua y cieno, que los caballos comenzaron algo a andar, y con esto plugo a nuestro Señor que salieron todos sin peligro ninguno.» Carta Quinta, M. S.

traron en un terreno elevado y bien cultivado, cubierto de maíz, de pimienta del país y de *yuca*; todo lo cual indicaba su proximidad a la capital de la feraz provincia de Aculan. Esto fué al empezar la cuaresma de 1525; período memorable por los acontecimientos cuya relación sacaré de la que nos dejó el mismo Cortés.

En este lugar supo el general, por revelación de uno de los indios que le acompañaban, que Cuauhtemotzin había tramado una conspiración con el cacique de Tlacopan y con otros indios principales, para asesinar a los españoles. Para realizarla se proponían esperar a que el ejército estuviese detenido en algún desfiladero o pantano como los que acababan de pasar, en cuyo momento sería fácil agobiarlo bajo el número superior de mexicanos. Después del asesinato se proponían los indios proseguir su marcha a Honduras y caer sobre los establecimientos españoles. Sus triunfos volarían en un momento hasta la capital y se difundirían por todo el país; los españoles serían exterminados en todas partes, y, finalmente, los buques serían destruidos en los puertos para que no hubiese medio de que la noticia llegara del otro lado de las aguas.

Apenas supo Cortés tan formidable plan, mandó arrestar a Cuauhtemotzin y a los principales nobles aztecas que le acompañaban. Estos últimos confesaron la conspiración, pero alegaron que su autor era Cuauhtemotzin, y que ellos se habían rehusado a ser sus cómplices. Cuauhtemotzin y el cacique de Tlacopan ni confesaron ni negaron la existencia de la conspiración, sino que guardaron el más obstinado silencio (1). Tal es la relación que Cortés hace del hecho. Mas Bernal Díaz, que se encontraba presente, dice: que tanto Cuauhtemotzin como el cacique, protestaron ser ino-

(1) Ibid.

centes, aunque confesaron que más de una vez se habían puesto a deplorar juntos los trabajos que pasaban y a decir que era preferible morir, a ver perecer diariamente junto a sí a tantos compañeros; confesaron también que entre algunos aztecas se había tratado de una conspiración; mas que el mismo Cuauhtemotzin la había desaprobado, y que era imposible que nada se proyectara sin que él lo supiese y lo consintiese (1). Estas protestas de nada sirvieron al miserable monarca, pues Cortés, satisfecho de la culpa del monarca, o aparentando que lo estaba, ordenó que fuese ejecutado al instante.

Cuando le llevaban al fatal suplicio, mostró Cuauhtemotzin un espíritu digno de sus antiguos días. «Ya yo conocía», dijo, «lo que era fiarse a tus falsas promesas, Malintzin; sabía que este destino me preparabas desde que vi que no me maté por mi propia mano, luego que entraste en mi ciudad de Tenóchtitlan. ¿Por qué me matas tan injustamente? ¡Mira que Dios te pedirá cuenta de lo que ahora haces conmigo!» (2) El cacique de Tlacopan protestó también ser inocente y pidió como el mayor favor que se le permitiese morir al lado de su rey. Los desventurados príncipes y algunos nobles (cuyo número es incierto), fueron ahorcados de las altas ramas de una ceiba que está a orillas del camino (3). Tal fué el fin de Cuauhtemotzin, el último empera-

(1) *Historia de la Conq.*, cap. CLXXVII.

(2) *Ibid*, *ubi. supra*.

(3) Según Bernal Díaz, tanto Cuauhtemotzin como el señor de Tlacopan, habían abrazado la fe cristiana, y se confesaron con un padre franciscano antes de la ejecución. Además, asegura que para ser indios eran muy buenos cristianos y creían bien y con fe. (*Ibid.*, loc. cit.) Esto recuerda la muerte de Caupolican convertido al cristianismo por los mismos hombres que le hicieron morir empalado. Véase la espantosa descripción de esta escena, pintada por mano maestra, en la Araucana, Canto 34.

dor azteca, y aun pudiera decirse que el último azteca, pues desde que él murió, desalentada la nación y acéfala, se resignó, casi sin oponer resistencia, al pesado yugo de los opresores.

Entre los nombres de los príncipes bárbaros apenas hay uno que merezca, tanto como el de Cuauhtemotzin, estar escrito en los anales de la fama. Era aún jóven y su carrera pública, aunque fué corta, fué gloriosa. Subió al trono en los momentos en que espiraba la monarquía y en que las naciones aliadas de Anáhuac y los temibles europeos estaban a las puertas de la capital. Reinar entonces era empresa ardua; más Cuauhtemotzin probó con su conducta que era hombre proporcionado a ella. Nadie dejará de admirar la firme constancia con que prolongó el sitio de la ciudad hasta que no quedó piedra sobre piedra; y no podemos menos, algunas veces, de partir nuestras simpatías entre el caudillo bárbaro que con tanta intrepidez defendía las patrias libertades, y entre su civilizado y afortunado antagonista (1).

Estudiando las circunstancias de la muerte de Cuauhtemotzin, quedan grandes dudas de su complicidad en la conspiración. Que los indios, agobiados por los padecimientos, hayan pensado alguna vez en la venganza, nada tiene de sorprendente; pero que haya sido fraguado o apro-

(1) La hermosa mujer de Cuauhtemotzin, Tecuichpo, hija de Mo-teuczoma, sobrevivió a su marido el tiempo bastante para dar su mano sucesivamente a tres castellanos de noble alcurnia. (Véase el lib. 5.º, capítulo II, nota 36.) Dícese que estaba tan instruída en los dogmas de la fe católica, como pudiera estarlo la mejor dama de Castilla; que era bella y graciosa en su porte; y que contribuyó con su ejemplo y sus palabras, con las que procuraba tranquilizar el ánimo de los aztecas, a la paz y quietud del país nuevamente conquistado. Bueno será decir que este hermoso retrato ha sido trazado por la mano de su marido don Thoan Cano. Véase Apéndice, parte II, núm. 11.

bado por Cuauhtemotzin un plan de conspiración tan extravagante, como el arriba mencionado, es poco verosímil. La explicación dada por el príncipe, y referida por Bernal Díaz, es por lo menos tan digna de crédito como la acusación del denunciante (1). La falta de testimonios y el transcurso del tiempo nos dificultan hoy la solución de la cuestión; pero debemos tener fe en la opinión de los testigos presenciales de los sucesos. El cronista antes citado, la ha calificado en las siguientes palabras: «La muerte de Cuauhtemotzin fué injusta y muy sentida de todos los que íbamos.» (2)

La explicación más probable parece ser que Cuauhtemotzin era para Cortés un prisionero estorboso y aún formidable; así lo indica la carta de este último al emperador (3). El destronado rey de México conservaba todavía sobre sus antiguos vasallos, tanto por el puesto encumbrado que había ocupado, como por sus insignes prendas, un gran ascendiente, y no habría sido difícil que hubiese, con un solo soplo de su aliento, reanimado el amortiguado, más no extinguido rencor, y provocado un alzamiento. Los españoles vivieron, durante los primeros años de la conquista, siempre temerosos de una insurrección; y esto lo prue-

(1) Los cronistas indios tienen como inventada por Cortés la conspiración de Cuauhtemotzin. El mismo denunciante puesto después en tortura por el cacique de Tetzcoco, declaró que no había hecho ninguna revelación sobre este punto al general español. Ixtlilxochitl responde de la verdad de esta anécdota. (*Venida de los españoles*, páginas 83-93), pero ¿quién responde de la verdad de Ixtlilxochitl?

(2) «Y fué esta muerte que le dieron muy injustamente dada y pareció mal a todos los que íbamos aquella jornada.» *Hist. de la Conquista*, cap. CLXXVII.

(3) «Cuauhtemotzin, señor que fué de esta ciudad de Tenóchtitlan, a quien yo después que la gané he tenido siempre preso, teniéndole por hombre bullicioso y le llevé siempre conmigo.» Carta Quinta, M. S.

ba numerosos pasajes de los escritos de aquel tiempo. Seguramente ese mismo temor hacía a Cortés llevar consigo, en su peligrosa expedición a tan estorboso compañero. La desconfianza llegaba al punto de que, según Gomara, jamás salía Cortés a ninguna expedición, ni aun paseo distante, sin llevar consigo a Cuauhtemotzin (1).

Personas que estaban bajo tal pie, debían tenerse recíproca desconfianza y aversión. La mísera situación de los españoles en la presente marcha, en que estaban expuestos a ser atacados improvisamente por los indios, aumentaba las sospechas de Cortés, quien muy dispuesto por estas razones a pensar mal de Cuauhtemotzin, prestó oído fácil a las acusaciones que contra él se dirigían. Tales acusaciones fueron convertidas en pruebas y a esto se siguió la sentencia, y ejecución. Propúsose el conquistador libertarse, de un solo golpe, del enemigo más peligroso, por cuanto era un enemigo solapado. Si Cortés, bien aconsejado, hubiese pensado más en su honra y fama, habría sido el más interesado en que no recibiese daño alguno Cuauhtemotzin a «quien, para usar las familiares palabras de su panegirista Gomara, debía haber querido y guardado, como oro en paño, como el mejor trofeo de sus victorias (2).

Cualesquiera que hayan sido los motivos que movieron a Cortés a esta resolución, parece que su espíritu quedó agitado después de la muerte de Cuauhtemotzin. Durante mucho tiempo estuvo el conquistador impaciente e irritable, y le costaba gran trabajo poder dormir. Una ocasión,

(1) «Y le hacían aquella misma reverencia y ceremonia que a Moteuczoma y creo que por eso le lleva siempre consigo por la ciudad a caballo si cabalgaba, y si no, a pie, como él iba.» *Crónica*, capítulo CLXX.

(2) «Cortés debiera guardarlo vivo, como oro en paño, que era el triunfo y gloria de sus victorias.» *Crónica*, cap. CLXX.

estando paseándose en uno de los aposentos altos del teocalli, donde estaban alojados, dió en falso un paso en la oscuridad, y cayó desde la altura de doce pies, a cuyas resultas recibió en la cabeza una grave contusión, que no pudo, por más que quiso, ocultar a la vista de los soldados, según cuenta el pariero Bernal Díaz (1).

Poco después de la triste ejecución de Cuauhtemotzin, entraron las cansadas tropas en la capital de la provincia de Aculan, habitada por una sociedad de comerciantes que tenían activo tráfico con todas las demás partes de la América central, aun las más remotas. Cortés habla en términos generales de la magnificencia y belleza de los edificios y de la hospitalaria acogida que allí tuvo.

Después de tomar algún descanso en aquellos agradables recintos, salieron los españoles de la capital de Aculan, cuyo nombre no se encuentra en ningún mapa, y siguieron su fatigoso camino en la dirección de la que hoy se llama «Laguna del Peten». Era entonces este lago propiedad de una tribu emigrante perteneciente a la atrevida familia Maya; la capital estaba situada en el centro de un lago, en una isla, y sus casas relucían tanto con el Sol, según Bernal Díaz, que se la descubría a distancia de dos leguas (2). Estas casas, construídas por una de las razas de Yucatán, tenían indudablemente las mismas peculiaridades que las ruinas que aun subsisten en aquella península. Mas cualquiera que haya sido su mérito, los conquistadores las redujeron a una extrema sencillez.

Las habitantes de la Isla mostraron disposiciones amigables y una docilidad muy diferente del belicoso carácter de sus vecinos de Yucatán. Escucharon de buena gana a los misioneros católicos, que mediante doña Marina les ex-

(1) *Historia de la Conq., ubi. supra.*

(2) *Ibid.*, cap. CLXXVIII.

plicaban la doctrina cristiana. La intérprete india acompañó al general en esta penosa marcha, la última en que estuvo al lado de Cortés; por lo que, antes de que pase la última ocasión que se nos presentará de hablar de ella, referiré una interesante circunstancia ocurrida cuando el ejército atravesaba la provincia de Goatzacoalco. Ya se recordará que era natural de aquella provincia, y que siendo niña la había vendido a unos mercaderes su infame madre, con el objeto de asegurar a su hermano el menor, la herencia que a ella le tocaba. Detúvose Cortés algunos días en este lugar para conferenciar con los cacique acerca de asuntos de religión y de gobierno. Entre los que debían de asistir a la conferencia se encontraba la madre de Marina, quien vino acompañada de su hijo. Luego que estuvieron juntos, conoció y se maravilló todo el mundo de la semejanza perfecta que había entre la gobernadora y su hija. Reconociéronse al punto la una a la otra, y la madre creyó que aquella era una visión fantástica que se le aparecía para aterrarla y castigarla de su inhumana conducta; pero Marina corrió hacia ella al instante, procuró disipar sus temores asegurándole que nada le sucedería, y dirigiéndose a los circunstantes les dijo: que estaba segura de que su madre no supo lo que hizo cuando la vendió a unos mercaderes y que ella por su parte lo olvidaba todo. En seguida abrazó tiernamente a su desnaturalizada madre y la engalanó con todos los adornos y joyas que traía, como si con aquello quisiese recobrar el perdidocariño maternal. Marina añadió después, que creía ser ahora mucho más dichosa que antes, pues había sido instruída en la fe católica y había contribuído a exterminar al sanguinario culto de los aztecas (1)

(1) Díaz, que se hallaba presente, atestigua la verdad de esta rela-

En el curso de la expedición a Honduras casó Cortés a doña Marina con un caballero castellano llamado Juan Xamarillo. A ella le concedió tierras en su provincia natal, donde probablemente pasó el resto de sus días. Desde este momento desaparece de la historia el nombre de doña Marina; nombre que será siempre grato a los españoles y a los mexicanos; a los unos por la ayuda que les prestó en sus conquistas; a los otros, por la ternura e interés con que miró y procuró mitigar sus padecimientos. Varias canciones indias recuerdan las virtudes de la Malintzin, el nombre azteca de doña Marina. Aun ahora su alma anda vagando en rededor de la capital a cuya conquista cooperó tan eficazmente, y el pasajero queda algunas veces sorprendido por la aparición de una princesa india que en medio de las sombras de la noche recorre silenciosa los bosques umbríos y las calladas grutas del cerro de Chapultepec (1).

El conquistador tuvo en doña Marina un hijo llamado don Martín Cortés, persona que llegó a gozar de gran estimación y que fué hecho comendador de la Orden de Santiago. Después fué acusado de tener proyectos contra la corona, y ni los servicios de su padre, ni sus propios merecimientos, fueron parte a libertarle de la más cruel persecución; y en 1568 fué condenado el hijo de Hernán Cortés a padecer vergonzosa tortura en la misma ciudad que su padre había añadido a los dominios de Castilla.

Los habitantes de la Isla de Peten (pues es ya tiempo de que volvamos de nuestra digresión) accedieron fácilmente en demoler inmediatamente las imágenes de sus ídolos, en

ción, con el más solemne juramento: «y todo esto que digo se lo oí muy certificadamente y se lo juro, amén». Ibid, cap. XXXVII.

(1) Vida en México, carta 8.

La veraz autora no pretende haber gozado de la aparición.

adorar la cruz de Cristo, y escucharon con docilidad las predicaciones de los frailes franciscanos (1). Referiré una circunstancia que puede dar idea del valor positivo de aquellas súbitas conversiones. Al irse Cortés de aquella tierra hospitalaria, dejó allí un caballo que se le había enfermado de un pie. Los indios lo reverenciaban como si el animal tuviese parte en el misterioso poder de los blancos. Cuando se fueron los castellanos, los indios ofrecieron flores al caballo y le hicieron tomar todas las medicinas y alimentos que si hubiese sido un hombre enfermo. El animal no tardó en enflaquecerse y, al fin, murió, sometido a tal régimen; mas los indios, asustados, labraron una efigie en piedra, la colocaron en uno de sus *teocallis* y la adoraban como a una divinidad. En 1668, que vinieron dos frailes franciscanos a aquellas regiones, todavía casi tan desconocidas como en tiempo de la Conquista, una de las cosas más notables que encontraron fué la imagen del caballo, a la que se tributaba culto como si fuese la del Dios del trueno y del relámpago (2).

Sería molesto referir todos los peligros y trabajos que pasaron los españoles en el resto de su viaje; esto sería repetir inútilmente la narración anterior; los mismos obstáculos para caminar, la misma hambre y la misma fatiga; trabajos, en fin, más insoportables para el alma que los de la guerra, pues si bien éstos son más peligrosos, son también

(1) Villagutiérrez dice que los Iztacas, que era el nombre de los habitantes de estas islas, no destruyeron sus ídolos mientras los españoles estuvieron en ellas. (*Hist. de la Conquista de la provincia del Izta*, Madrid, 1701, págs. 49-80) El historiador se equivoca, pues Cortés asegura que a su misma presencia fueron demolidos y quemados los ídolos. Carta Quinta, M. S.

(2) Este hecho es referido por Villagutiérrez, op. cit., págs. 100 y 102, y por Cojullado, *Hist. de Yucathan*, lib. I, cap. XVI.

menos tenaces; porque es más fácil pelear con el hombre, que con la naturaleza. Sin embargo, no puedo dejar en silencio la travesía por la *Sierra de los Pedernales*, en la que, no obstante que sólo era de ocho leguas, emplearon los españoles doce días. Las filosas piedras desgarraban las pezuñas de los animales, al paso que otros caían en los precipicios y barrancas; por manera que, cuando pasaron los españoles al lado opuesto, habían perdido 78 caballos, y el resto de ellos, estaba inservible (1).

Había entrado la estación de las aguas, que caían de día y de noche y que empapaban a los soldados, aumentando así considerablemente sus padecimientos. Los ríos, crecidos sobremanera, corrían con terrible impetuosidad y arrasaban con los puentes, de suerte que sólo se les podía atravesar apoyando enormes troncos de árboles en dos peñas, de uno y otro lado, y pasando, con gran riesgo, por encima de ellos (2).

Por fin, el estropeado ejército llegó al Golfo de Agua Dulce, en el confín de la bahía de Honduras. Seguramente pasó por cerca de Copan, la celebrada ciudad cuyas ruinas han prestado digno asunto al pincel de Catherwood, mas los españoles no la apercibieron. Ni tiene, en verdad, nada de sorprendente que hayan pasado descuidadamente y sin fijar la atención en una ciudad situada en medio de las selvas,

(1) «Y querer decir la aspereza y la fragosidad de este puerto y sierra, ni quien lo dijera lo sabría significar, ni quien lo oyese lo podría entender, sino que sepa V. M., que en ocho leguas que duró hasta este puerto, estuvimos en las andar doce días digo los postreros en llegar al cabo de él. en que murieron 58 caballos despañados y desjarrutados, y todos los demás vinieron heridos y tan lastimados que no pensamos aprovecharnos de ninguno.» Carta Quinta, M. S.

(2) «Si algún desgraciado perdía la cabeza al pasar» dice Cortés, «caía en el abismo y perecía. Había más de 20 de estos pasos llenos de peligros.» Carta Quinta, M. S.

aun cuando fuera más famosa que Zenobia, porque estaban a la vista de los establecimientos españoles, punto donde fijaban toda su atención, por ser el lugar de descanso después de un largo y fatigoso viaje.

El lugar hacia donde se encaminaban era Naco o San Gil de Buenavista, establecimiento español situado en el Golfo Dulce. Cortés avanzó con precaución, pues se proponía caer por sorpresa sobre la ciudad. Habían continuado su camino sin desviarse un paso de la dirección que debían seguir; como cuando el indio norteamericano atraviesa ciénegas, selvas intrincadas y montañas, guiado por el infalible instinto de la venganza, se encamina en derecha hacia el objeto de ella y sorprende, de súbito, a su víctima. Afortunadamente, antes de que Cortés emprendiera el asalto, se hubieron a las manos sus espías con unos habitantes de la ciudad, por cuyo medio tuvo noticia de la muerte de Olid y del restablecimiento de su antigua autoridad. Por lo tanto, entró de paz en la ciudad y fué cordialmente acogido por la guarnición, la cual quedó no poco sorprendida, dice Bernal Díaz, al ver por aquellos países a un general tan afamado (1).

La colonia estaba, a la sazón, reducida al último extremo de la hambre, hasta el punto de que acaso habrían, los recién llegados, encontrado su sepulcro en el sitio mismo donde aguardaban descansar y recobrase, a no ser por la oportuna llegada de un buque, procedente de Cuba, que traía víveres.

Con una perseverancia que nada era capaz de vencer, practicó Cortés un reconocimiento de las tierras convecinas y empleó otro nuevo mes en explorar campos desier-

(1) «Espantáronse en gran manera, y como supieron que era Cortés que tan nombrado era en todas partes de las Indias y en Castilla, no sabían qué se hacer de placer.» *Hist. de la Conq.*, cap. CLXXIX.

tos infestados de exhalaciones mortíferas, apestados de fiebres biliosas y plagados de insectos ponzoñosos, que no le dejaban descansar ni de día ni de noche. Por último, se embarcó a bordo de dos bergantines, con parte de sus fuerzas, y después de tocar en uno o dos puertos de la bahía de Honduras, ancló en Trujillo, el principal de los establecimientos españoles en aquella costa. El muelle era demasiado alto para que pudiera Cortés efectuar, por sí solo, el desembarco; mas los habitantes, regocijados de verle llegar, se echaron al agua, que no estaba muy profunda, y le sacaron en brazos (1).

Después de restauradas las tropas, el emprendedor e infatigable comandante preparó otra expedición, cuyo objeto era reconocer y sojuzgar la extensa provincia de Nicaragua. Asombra ver el indómito espíritu de aquel hombre, que sin arredrarse de los terribles padecimientos que había tenido en su marcha anterior, preparaba otra igualmente peligrosa. Es difícil en este siglo discreto y positivo comprender el carácter de un caballero castellano del siglo xvi, de un caballero que no tiene semejante en ninguna otra nación, ni aún en aquel mismo siglo, ni en ninguna parte, si no es en los cuentos de caballería que por extraños y aun extravagantes que nos parezcan, representan fielmente si no los hechos, el carácter de la época. El mero deseo de explorar ignotas regiones era para el caballero español compensación sobrada de todos sus padecimientos y peligros. Parece que estaba determinado por la Providencia que tal raza de hombres fuese contemporánea del descubrimiento del Nuevo Mundo, para que saliesen a luz aquellas regiones cercadas de peligros y de dificultades tan espantosas, que

(1) Ibid, cap. CLXXIX, y según Herrera, *Hist. General*, dec. 3, libro 8.º, cap. III. Cuarta carta. Quinta de Cortés, M. S.

habrían desalentado y agobiado a hombres del temple ordinario. Cortés, dotado de un temple superior, se proponía fines más nobles que el vulgo de los aventureros, pues determinaba hacer en la expedición a Nicaragua, como lo había hecho en la de Honduras, un reconocimiento de todos los recursos del país, y, sobre todo, de los medios de comunicación entre los dos océanos. Si ningunos medios existían, al menos esto quedaba ya establecido, y según las mismas palabras de Cortés, no era poco importante saberlo. Demás de esto, proponíase Cortés dilatar los dominios de la corona de Castilla. La subyugación de México sólo debía ser el principio de una larga serie de conquistas. Al guerrero que había hecho ésta, ninguna otra debía parecerle impracticable; fuera de que, bastaba que una cosa pareciese serlo para que él intentase conseguirla. La imaginación se espaciaba viendo al conquistador de México internarse en las vastas provincias del Istmo, Nicaragua, Costa Rica y Darien, hasta plantar su bandera victoriosa en las orillas del golfo de Panamá, y mientras ella ondea mecida por la brisa del Sur, la dorada tierra de los Incas, verle dar de aquellos países informes tan halagüeños, que parecía disponerse a llevar sus armas aún más lejos y anticipar, por decirlo así, la espléndida carrera de Pizarro.

Mas despertaron a Cortés de estos encantadores ensueños las noticias que llegaron de México, por las cuales conoció que su ausencia había sido demasiado larga, y que debía volverse sin tardanza si no quería ver perdida la capital y todo el reino.

CAPÍTULO IV

DISTURBIOS DE MÉXICO.—VUELTA DE CORTÉS.—DESCONFIANZA DE LA CORTE. —VUÉLVASE CORTÉS A ESPAÑA.—MUERTE DE SANDOVAL.—BRILLANTE RECIBIMIENTO QUE TIENE CORTÉS.—HONORES QUE SE LE CONFIEREN.

(1526-1530)

Las noticias a que hemos aludido en el capítulo anterior, las recibió Cortés del Lic. Zuazo, uno de los funcionarios encargados de gobernar la Nueva España durante la ausencia del general. Escribióle una carta en que le informaba de todos los tumultuosos acontecimientos de la capital. Apenas había Cortés salido de allí cuando se suscitaron desavenencias entre los diferentes miembros del gobierno provisional. El desorden crecía, conforme se iba alejando Cortés. Por fin se llegó a decir que éste había perecido juntamente con los suyos, en los pantanos de Chiapas; noticia que a lo que parece no fué muy del desagrado de la regencia. Al punto comenzó esta a hacer ostentación de su autoridad, mandó publicar la muerte del general y ordenó que se le hiciesen funerarias; se emposesionó de todos los bienes de él que pudo encontrar, reservando por supuesto una pequeña parte, para misas en favor del alma del difunto; pero el resto se lo apropió, diz que, en pago de las deudas

que tenía Cortés con el Estado. De igual suerte procedieron los de la regencia respecto a los bienes de las otras personas que habían ido en la expedición, de aquí pasaron a cometer vejaciones contra los españoles residentes en la ciudad, hasta llegar el caso de que los padres franciscanos saliesen de ella, y de que se temiese seriamente que los indios, cruelmente oprimidos, hiciesen un levantamiento general. Zuazo, que era quien comunicaba estas noticias, instaba a Cortés para que apresurase su vuelta. Era el licenciado, hombre moderado y que por la oposición que había hecho a las tiránicas medidas de sus camaradas, había sido desterrado (1).

El general, justamente alarmado por esta noticia, conoció que no le quedaba medio que escoger entre abandonar todos sus planes de conquista, o volverse al punto para afianzar la seguridad del imperio que había ganado. En consecuencia, tomó sus providencias para dejar arreglada la administración de las colonias de Honduras, y dispuso su viaje a México.

Poco había adelantado en el mar cuando sufrió una tempestad tan terrible, que estropeó el buque en que iba y le obligó a volverse al puerto para que carenasen aquel. La segunda tentativa fué seguida de un éxito igualmente infeliz; en lo que Cortés creyó ver una señal de que su estrella le había abandonado, y un pronóstico de que no debía volver (2). Por lo tanto se contentó con enviar un mensajero digno de confianza, que participase a sus amigos que se encontraba salvo en Honduras. Después mandó hacer preces y rogaciones públicas implorando del cielo que hiciese conocer su voluntad y aun depusiese su enojo. Su salud

(1) Carta Quinta, M. S. Bernal Díaz, cap. CXXXV. Relación del tesorero Estrada, M. S. México, 1526.

(2) Carta Quinta, M. S.

comenzó ya a resentirse de los trabajos y a declinar bajo la influencia de una fiebre que lo consumía; su espíritu se abatió a la par y daba las señales de un sombrío decaimiento. Bernal Díaz, dice hablando de esto, que llegó Cortés al último grado de consunción y deterioro, y que se posesionó de él tan fuertemente la idea de que estaba próximo su fin, que buscó una mortaja de franciscano en que lo llevarsen a la tumba, pues entonces era costumbre ser envuelto, después de muerto, en el hábito propio de alguna de las órdenes monásticas (1).

Mas sacáronle de esta apatía, tanto las nuevas noticias que recibió de México cuya situación hacía cada vez más necesaria su presencia, como los esfuerzos de su buen amigo Sandoval, que a aquella sazón acababa de llegar de una expedición hecha al interior. Persuadido por él, convino el general en volver a fiar su suerte a los mares, se embarcó en un bergantín con unos pocos compañeros y dijo adóis a las desastrosas playas de Honduras, el 25 de abril de 1526. Casi tocaba en la costa de Nueva España, cuando otro temporal le desvió de su camino y le arrojó a Cuba, donde permaneció un poco de tiempo mientras se restablecía su deteriorada salud; después se hizo otra vez a la vela para México, adonde llegó a los ocho días, allí desembarcó cerca de Ulua, y a pie se fué hasta Medellín, que dista cosa de cinco leguas.

Las enfermedades habían alterado tan profundamente su figura, que estaba inconocible; mas apenas se supo que había llegado, cuando acudieron multitud de gentes, españoles e indios, que venían a saludarlo. Difundióse al punto la noticia en alas del viento, y su viaje hasta la capital fué una precesión triunfal. Los habitantes venían a verle desde

(1) Ibid. Bernal Díaz, cap. CLXXXIV, et seq.

ocho leguas de distancia, y se congratulaban los unos a los otros, por la llegada del único hombre capaz de poner término a la anarquía. Aquello les pareció la resurrección de un difunto, tan activamente así había circulado y con tanta generalidad se creía la noticia de su muerte (1).

En todas las grandes ciudades en que hacía alto, le recibían suntuosamente, le ponían arcos triunfales para que pasase y sembraban de flores el camino que debía transitar. Después de descansar una noche en Teztcoco hizo al día siguiente su entrada en la capital. La municipalidad salió a recibirle, y formaron su escolta una compañía de ciudadanos armados y a caballo; al mismo tiempo el lago estaba cubierto de canoas engalanadas como la vez primera que entró en México. El aire resonaba con músicas y cantos de alborozo, mientras se dirigía la comitiva por la calle principal hasta el convento de San Francisco; allí se rindió una acción de gracias al Todopoderoso por la vuelta del general, y después se dirigió éste a su antigua residencia regia (2). En julio de 1526 volvió a entrar Cortés en México; cosa de dos años después de haber salido de allí para emprender su difícil marcha a Honduras, aquella marcha que no produjo tan grandes resultados, pero que fué tan larga, peligrosa y llena de trabajos, como la misma conquista de México (3).

(1) Carta Quinta, M. S. Bernal Díaz, caps. CLXXXIX-CXC. Carta de Cortés al emperador. M. S. México, septiembre 11 de 1526.

(2) Carta de Ocaña, M. S., agosto 31 de 1526. Carta Quinta, M. S.

(3) El doctor Robertson dice: «Los trabajos que pasó Cortés en esta marcha, que según Gomara no fué menos de 3,000 millas. (La distancia puede estar muy exagerada). tanto a causa del hambre, de las guerras de los naturales, como del clima y de los demás riesgos y dificultades, sólo tienen igual en la historia de los otros aventureros del Nuevo Mundo. Cortés empleó en esta expedición cerca de dos años, aunque ella no ha quedado señalada por ningún hecho brillan-

Cortés no abusó de su actual preponderancia: es verdad que mandó instruir una sumaria contra sus enemigos, mas lo hizo con tanta apatía, que más bien incurrió en la nota de débil. Es tal vez el único caso en que se le puede acusar de flojedad; mas como se trataba de la venganza de sus propios agravios, esto no mancha en manera alguna su carácter (1).

Mas no debía disfrutar por mucho tiempo de las dulzuras del triunfo, pues en el mes de julio supo que había llegado a la costa un juez de residencia, enviado por la corte de Madrid, para reemplazarle interinamente en el gobierno. Conforme se iban dilatando los dominios de la Corona de Castilla, iba siendo más difícil cuidar de ellos; por lo tanto, se veía obligada a poner amplios poderes en manos de sus virreyes, y como los débiles son por naturaleza suspicaces, siempre estaba pronta a prestar oído a las acusaciones dirigidas contra estos sus poderosos vasallos. En tales casos el gobierno adoptaba el expediente de enviar un comisionado o juez de residencia, con facultad de inquirir la conducta del acusado, de suspenderlo en el entretanto en el ejercicio de sus funciones, y aun de removerle definitivamente, según fuese el resultado de la averiguación. Los enemigos de Cortés habían trabajado activamente en dis-

te, pero durante ella desplegó Cortés más valor personal, más fortaleza de alma y más perseverancia incontrastable y paciencia, que en ninguna otra época de su vida.» (*Hist. de América*, nota 96.) Como se ve por las citas de la Relación del Conquistador que he copiado, las observaciones del historiador inglés son exactas. Los que desearan ver original, parte de la susodicha Relación, consulten el *Apéndice, parte II, núm. 14*.

(1) «Y esto que les oí decir a los del Real Consejo de Indias estando presente el señor Obispo Fr. Bartolomé de las Casas, que se descuidó mucho Cortés en ello, y se lo tuvieron a flojedad.» Bernal Díaz, cap. CXC.

minuír su influjo en la corte, y en infundir en el emperador sospechas respecto de su lealtad. Desde que había tomado las riendas del reino, habían redoblado su malévola actividad, imputando a Cortés los más negros delitos. Acusábanle de que guardaba para sí el oro perteneciente a la corona, y especialmente de haber ocultado los tesoros de Moteuczoma. Decían que había dado informes falsos sobre los países conquistados, para defraudar una parte de las rentas que producían; que había distribuído los principales empleos entre sus parciales, y que había adquirido influencia ilimitada, no sólo sobre los españoles, sino aún sobre los indios, que estaban siempre dispuestos a hacer lo que él mandase. Acusábanle de haber impendido grandes gastos en fortificar la capital y su residencia particular: y todo esto sacaban la prueba de que se preparaba para sacudir el yugo de España y establecer un reino independiente (1).

El gobierno, alarmado por tan formidables acusaciones, cuyos fundamentos no podía calificar, nombró un comisionado, al cual facultó ampliamente para que hiciese las averiguaciones convenientes. La persona escogida para tan delicado cargo era don Luis Ponce de León, hombre de buena familia y que, aunque joven para tal puesto, tenía seso, moderación y equidad. El nombramiento de semejante persona, era una prueba de que la corona quería hacer plena justicia a Cortés.

Al mismo tiempo el emperador escribió a éste, de su propia mano, avisándole del paso que daba, y asegurándole que no lo hacía porque desconfiase de su lealtad y bue-

(1) Memorial de Luis Cárdenas, M. S. Carta de Diego Ocaña, M. S. Herrera, *Hist. General*, dec. 3, lib. 8.º, cap. XIV-XV.

na conducta, sino por darle una oportunidad de acrisolarse a los ojos de todo el mundo (1).

Ponce de León llegó a México en Julio de 1526; recibióle, con todo miramiento, Cortés y la municipalidad de la ciudad, y ambos se hicieron afectuosas demostraciones, que predecían el éxito feliz de las negociaciones. Desgraciadamente estas esperanzas quedaron sin realizarse, por la muerte del comisionado, acaecida pocas semanas después de su llegada; circunstancia que sirvió también de materia de acusación contra Cortés. El comisionado murió a resultas de una fiebre maligna que atacó a varios de los que habían venido con él.

En el lecho de muerte delegó Ponce de León sus facultades a un anciano achacoso que murió pocos meses después, y que transfirió las riendas del gobierno a un tal Estrada o Strada, uno de los empleados de hacienda enviados de Madrid, y enemigo de Cortés. Los españoles residentes allí persuadían a Cortés a que se reservase para sí, por lo menos, tanta autoridad como la que tenía Estrada, en el cual no reconocían título legítimo; mas el general rehusó, con singular moderación, toda competencia sobre este punto, y determinó dar otro nuevo testimonio de su profundo acatamiento a la voluntad de su soberano. Para mayor mortificación suya, fué confirmado el nombramiento de Estrada, el cual trató de inferir a su rival todas las molestias con que un hombre de alma mezquina procura, cuando inesperadamente se ve investido del poder, hacer sentir los efectos de su autoridad a un grande hombre. Los recomendados de Cortés, fueron desatendidos; sus amigos, deprimidos e insultados; sus sirvientes, ultrajados. Uno de los criados de su amigo Sandoval, fué condenado, por un leve

(1) Carta del emperador, M. S. Toledo, noviembre 4 de 1525.

delito, a que le cortasen la mano, y habiendo reclamado el general contra este acto de violencia, se le mandó salir perentoriamente de la ciudad (1). Los españoles, indignados de este ultraje, de buena gana habrían tomado las armas para defenderle; mas Cortés no permitió ningún disturbio y simplemente hizo notar «que no era malo que aquellos que con su sangre habían ganado la capital, no se les permitiese que residieran en ella». Y partió para su predilecta villa de Coyoacan, a esperar las results de tan extraños procedimientos (2).

Entretanto, crecían las sospechas en la Corte de Madrid, atizadas por el soplo de la calumnia. Llegóse aun a suponer que el general meditaba la insurrección de todas las colonias y proyectaba nada menos que invadir la madre Patria. Habiendo sabido que estaba para llegar de un día al otro un navío procedente de la Nueva España, al punto se mandaron órdenes a todos los puertos del reino y aun a los de Portugal, previniendo que fuese secuestrado el cargamento, en el que se suponía que vendrían consignados, a la familia del general, objetos de la pertenencia de la Corona; al mismo tiempo, se prohibía imprimir las cartas, en las que no había otra cosa más que una noticia luminosa de todo lo acaecido. Afortunadamente, tres cartas que formaban la parte más interesante de la correspondencia del conquistador, habían sido publicadas algunos años antes por la infatigable Prensa de Sevilla.

La Corte, además, sabedora de cuán inadecuado era Estrada para desempeñar tan delicado encargo, confió la facultad de intervenir en el negocio a una Comisión honrada con el título de Real Audiencia de Nueva España. Este

(1) Bernal Díaz, cap. CXCII. Carta de Cortés al emperador, septiembre 11 de 1526.

(2) Bernal Díaz, cap. CXCIV. Cortés, *ubi. supra*.

cuerpo estaba investido de amplios poderes para examinar los cargos contra Cortés, y llevaba instrucciones de enviarle a Castilla, en clase de providencia preliminar: por bien, si era posible; mas por la fuerza, si así se necesitaba; y desconfiando, todavía, de que aquel vasallo beligerante burlase la autoridad del Tribunal, se recurrió a un artificio para hacer efectiva su vuelta. Se le previno al presidente del Consejo de Indias, que escribiese a Cortés instándole a que viniese a España a vindicarse de las acusaciones que le hacían sus enemigos y ofreciéndole su personal cooperación. Al mismo tiempo, el Emperador escribió a la Audiencia una cédula que contenía orden de que viniese Cortés a España, por querer el Gobierno consultarle acerca de asuntos relativos a las Indias y recompensar, conforme merecían, sus altos servicios. Esta carta se debía procurar la viese Cortés (1).

Mas era inútil emplear tan complicada maquinaria para conseguir una cosa que éste mismo tenía resuelta. Justamente envanecido con la conciencia íntima de los servicios que había hecho a su patria y de su incontrastable lealtad, se resintió profundamente del indigno pago que le daban, especialmente en el teatro mismo de sus proezas. Por lo tanto, determinó no permanecer por más tiempo expuesto a tales ultrajes e ir a España, presentarse, en persona, ante su soberano, protestarle con firmeza que era inocente y pedirle la reparación de sus agravios y la recompensa de sus servicios. Al acabar la carta en que relata su trabajosa expedición a Honduras, después de extenderse sobre sus magníficos planes de descubrimiento en el mar del Sur y de vindicarse de haber hecho gastos cuantiosos, concluye con esta protesta, llena de nobleza y ternura: «Yo confío

(1) Herrera, *Hist. General*, dec. 4, lib. 2.º, cap. I, lib. 3.º, cap. VIII.

en que S. M. conocerá algún día mis servicios; mas si así no sucediere, al menos, el mundo está satisfecho de mi lealtad, y yo mismo tengo la convicción de haber hecho mi deber, y no quiero dejar a mis hijos otro mayorazgo más que este.» (1)

En cuanto se supo la determinación de Cortés, se puso todo el país en agitación; aun Estrada mismo, amainó; conoció que había ido demasiado lejos y que no era política obligar a su rival a irse a refugiar en su propia patria. Abrió negociaciones y propuso una reconciliación, por medio del obispo de Tlaxcalan. Cortés escuchó aquellas propuestas con atención, pero sin cambiar de resolución. Después de hacer sus preparativos en México, partió para la costa. Si hubiese abrigado la criminal ambición que se le imputaba, le habrían sucedido las reiteradas ofertas que de buena o mala fe le hicieron en todo el camino de ayudarle y seguirle si quería reasumir su autoridad y hacerse independiente de Castilla, mas él desechaba semejantes propuestas con el desprecio que se merecían (2).

Al llegar a Villa Rica tuvo la infausta nueva de que su amado padre Don Martín, a quien esperaba abrazar en breve, había muerto durante aquella larga y penosa ausencia. Después de celebrar sus honras con todo el respeto filial, se dispuso a embarcarse lo más presto. Dos de los mejores buques que había en el puerto estaban listos y provistos

(1) «Todas estas entradas están ahora para partir casi a una; plega a Dios de los guiar como él se sirve, y yo aunque V. M., mas me mande desfavorecer, no tengo de dejar de servir, que no es posible que por tiempo V. M., no conozca mis servicios, y ya que esto no sea yo me satisfago con hacer lo que debo, y saber que a todo el mundo tengo satisfecho, y les son notorios mis servicios y lealtad, con que los hago, y no quiero otro mayorazgo sino éste.» Carta Quinta, M. S.

(2) Bernal Díaz, cap. CXCIV. Carta de Ocaña, M. S.

de todo lo necesario para un largo viaje. Acompañábanle su amigo el fiel Sandoval, Tapia y algunos otros hidalgos de los que le eran más adictos. Llevaba también consigo a varios jefes mexicanos y tlaxcaltecas, y entre ellos a un hijo de Moteuczoma y a otro de Masxicatzin, su amigo el cacique de Tlaxcalan, pues deseaban ambos acompañar al general a Castilla. Llevaban también una rica colección de plantas y minerales, en muestra de las riquezas del país; varias fieras, aves de rico plumaje, manufacturas exquisitamente trabajadas, y especialmente cosas de pluma; finalmente cierto número de juglares, danzantes y bufones, que de tal modo admiraron a los europeos con su maravillosa agilidad y destreza, que se les juzgó regalo digno del papa (1). Cortés ostentaba su magnificencia en un rico tesoro de alhajas, entre las que había esmeraldas de extraordinario tamaño y lustre, 200.000 pesos de oro y 1.500 marcos de plata. «En fin», dice Herrera, «venía como gran señor.» (2) Después de un viaje corto y feliz volvió a mirar Cortés las playas natales, y pasando por la barra de Saltes entró en mayo de 1521, en el puertecillo de Palos, en el lugar mismo donde treinta años antes había desembarcado Colón, de vuelta de descubrir el Nuevo Mundo. Cortés no fué acogido con el entusiasmo y regocijo que suelen los

(1) «El papa Clemente VII que era de la familia festiva de los Médicis, y los cardenales, quedaron muy complacidos de ver las suertes de los juglares, según nos cuenta Bernal Díaz, y Su Santidad (que es preciso saber que al mismo tiempo había recibido de Cortés, un sustancioso regalo de oro y alhajas), testificó públicamente el gran aprecio que hacía de los servicios prestados a la fe católica por los conquistadores de México, celebrando procesiones y diciendo preces, y enviándoles bulas en que les absolvía plenamente de todos sus pecados.» *Hist. de la Conq.*, cap. CXCIV.

(2) «Y en fin, venía como gran señor.» *Hist. General*, dec. 4, libro 3.º, cap. VIII.

grandes navegantes, aunque es verdad que los habitantes no estaban preparados para recibirlo. De Palos se dirigió al convento de la Rábida, también el mismo sitio en cuyo recinto encontró Colón refugio y amparo. Cuentan una circunstancia interesante acaecida durante la corta permanencia de Cortés en Palos; dicen que Francisco Pizarro, el conquistador del Perú, acababa de llegar allí en solicitud de ayuda para acometer su grande empresa (1). Puede decirse que estaba al principio de su carrera, cuando Cortés ya la terminaba. Eran conocidos antiguos y aun parientes por parte de madre (2). El encuentro de dos hombres tan extraordinarios, los dos conquistadores del Norte y del Sur del Nuevo Mundo, después de una ausencia llena de aventuras y en un sitio consagrada por la memoria de Colón, es en verdad un incidente notable y digno de herir la imaginación, y era natural que llamase la atención de uno de nuestros poetas contemporáneos más ilustres, que en un breve pero hermoso rasgo ha pintado la escena con los coloridos propios de aquel tiempo (3).

Durante su permanencia en la Rábida, acaeció un suceso que afligió profundamente a Cortés y oscureció su porvenir, y fué la muerte de Gonzalo de Sandoval, su digno amigo y antiguo camarada. Cayó enfermo en Palos, estando en una pobre posada, poco después de desembarcar; el mal creció extraordinariamente y su salud quebrantada y deteriorada por tantos trabajos, no pudo resistirle. Cortés fué a verle al instante y llegó a tiempo de poder todavía prodigar los consuelos de la amistad al moribundo caballero. Sandoval vió tranquilamente llegar el fin de sus días, y

(1) Herrera, op. cit., dec. 4, lib. 3.^o, cap. I. Cavo, *Los tres siglos de México*, t. I, pág. 78.

(2) Pizarro y Orellana, *Varones ilustres*, pág. 121.

(3) Véase la conclusión del *Viaje de Colón*, por Roger.

después de arreglar con la premura que exigía la enfermedad, sus negocios temporales y espirituales, exhaló el último suspiro en brazos de su comandante.

Sandoval murió a la prematura edad de treinta y un años (1). Bajo muchos aspectos era el más eminente de cuantos capitanes militaron bajo Cortés. Era oriundo de una familia distinguida, y natural de Medellín, el lugar del nacimiento de Cortés; razón por la cual le profesaba el más vivo afecto. Cortés descubrió al punto sus raras prendas, y lo distinguió fiándole las más delicadas comisiones. La conducta de Sandoval en todas ellas, justificó la preferencia que había merecido. Era muy querido de los soldados, porque aunque muy estricto en la observancia de la disciplina, cuidaba mucho de la comodidad y el bien de ellos, y poco del suyo propio. A diferencia de los demás hidalgos castellanos, no era codicioso, y parece que no tenía otra ambición más que la de cumplir fielmente sus deberes. Era hombre franco y que no afectaba ni el porte ostentoso, ni el lujoso traje que Alvarado, el *Tonatiuh* azteca. Su fisonomía era abierta y varonil; su cabello castaño cubría en rizos su cabeza; su complexión era fuerte y nervuda. Al pronunciar tenía un ligero ceceo que hacía algo confusa su voz. No era hablador, pero en cambio era muy enérgico para proceder. Tenía precisamente las partes más necesarias para llenar la peligrosa empresa en que había entrado. Había concluido su tarea, y después de escapar a la muerte que le había asaltado a cada paso durante su larga y peligrosa carrera, volvió a su patria, al parecer sólo para morir en ella.

Sus honras fueron celebradas con toda solemnidad por los frailes franciscanos de la Rábida, y siguieron a su cadá-

(1) Bernal Díaz dice que Sandoval tenía cuando vino por la primera vez a Nueva España en 1519, veintidós años de edad. *Hist. de la Cong.*, cap. CCV.

ver hasta el lugar del último descanso los camaradas que en vida le habían acompañado tantas veces en el campo de batalla. Sus restos mortales fueron depositados en el cementerio del convento, el que rodeado de bosques de pinos, estaba y acaso aun estará erigido sobre una escarpada eminencia que domina las aguas tantas veces surcadas por el soldado aventurero (1).

No mucho después de este triste suceso emprendieron su marcha para el interior de la península, Cortés y su comitiva. En el tránsito se detuvo algunos días en el castillo del duque de Medina Sidonia el señor más poderoso de Andalucía, quien al irse Cortés le regaló varios caballos árabes. En seguida se dirigió el conquistador a Guadalupe, donde permaneció nueve días, durante los cuales se dijeron misas en el altar de Nuestra Señora, por el alma del difunto Sandoval.

Antes de salir de la Rábida había escrito a la corte, avisando de su llegada. Grande fué la sensación que tal noticia produjo, y tanto mayor, que según los temores que se tenían de su traición, su llegada era enteramente inesperada; mas este suceso hizo cambiar al punto las prevenciones hacia él; quedó removida toda causa de sospecha, y deshechas las nubes que por mucho tiempo habían oscurecido su mente; el emperador estaba impaciente por mostrar toda la estimación en que tenía los distinguidos servicios de su tan temido vasallo. Enviáronse, pues, órdenes a los puntos por donde debía pasar, para que le proporcionasen todo género de comodidades, y se hicieran grandes preparativos para recibirle brillantemente en la capital.

Durante su permanencia en Guadalupe había contraído Cortés conocimiento con varias personas distinguidas, en-

(1) Ibid, cap. CXCIV.

tre otras con la familia del comendador de León, noble personaje de gran valimiento en la corte. La conversación del general, amenizada con todos los conocimientos, adquiridos en una vida de aventuras, y sus modales en que la dignidad que enseña el hábito del mando se conciliaba con la franqueza y lisura del soldado, hicieron a Cortés muy estimado de sus nuevos amigos, al mismo tiempo que sus cartas a la corte donde no le conocían, aumentaban el interés que de por sí inspiraba este hombre notable.

La noticia de su llegada se había difundido por todo el país, de suerte que cuando volvió a continuar su viaje los caminos ofrecían un espectáculo cual no se había vuesto a ver desde el regreso de Colón. Cortés no era lujoso para vestir, no obstante que le agradaba desplegar toda la grandeza de un señor, en cuanto al número y tren de su comitiva. Formaban parte de esta los jefes aztecas, quienes vestidos con todo el lujo usado entre ellos, daban al acompañamiento de Cortés mayor brillo y novedad. Mas su persona era el objeto de la curiosidad general. Las casas y calles de las grandes ciudades y pueblos estaban ocupadas por multitud de espectadores, ansios de ver aquel héroe que había, por decirlo así, conquistado para Castilla todo un reino, con solo su brazo, y que usando del lenguaje de un antiguo historiador español, «venía con tanta pompa y grandeza, que más bien que un gran vasallo, parecía un monarca independiente» (1).

Cuando se acercó a Toledo, entonces émula de Madrid

(1) «Vino de las Indias después de la Conquista de México, con tanto acompañamiento y majestad, que más bien parecía de príncipe o señor poderosísimo, que de capitán y vasallo de algún rey o emperador.» Lanuza, *Hist. eclesiásticas y seculares de Aragón*. (Zaragoza, 1622), lib. 3.º, cap. XIV.

la multitud aumentó sobremanera y el duque de Béjar, el conde de Aguilar y otros de sus antiguos amigos, salieron en unión de la nobleza principal y de mucha gente a caballo, a recibir a Cortés, y le acompañaron hasta el alojamiento que se le había dispuesto.

Grande fué su satisfacción, y tanto mayor cuanto al volver a su patria había recelado de cómo lo recibirían sus compatriotas; así es que aquellas demostraciones le fueron más gratas que la brillante entrada que pocos años antes había hecho en la capital del imperio mexicano.

Al día siguiente fué admitido Cortés por el emperador, a una audiencia, en la cual, arrodillándose para besar la mano del soberano, le entregó un memorial en que constaban sus servicios y la recompensa que por ellos había recibido. El emperador le levantó graciosamente y le dirigió varias preguntas acerca de las tierras que había conquistado. Carlos quedó complacido de las respuestas de Cortés, tuvo una gran satisfacción en inspeccionar las curiosas muestras de la cultura azteca, que traía consigo de Nueva España su vasallo. En las conversaciones subsecuentes le consultó varias veces acerca de la mejor manera de gobernar las colonias, y por consejo de Cortés se introdujeron algunas reformas importantes, especialmente encaminadas a mejorar la suerte de los indios y a fomentar la industria interior.

El emperador tuvo frecuentes ocasiones de demostrar a Cortés toda la confianza que en él tenía. Siempre que se presentaba en público iba Cortés a su lado, y una ocasión que cayó éste en cama, le hizo Carlos una visita y permaneció algún tiempo en el aposento del enfermo; lo cual, en el altivo monarca de Castilla, era una prueba de extraordinario aprecio, y es muy ponderado por los historiadores de aquel tiempo, que pretenden ver en sólo esta distinción la recom-

pensa sobrada de todos los servicios y trabajos de Cortés (1).

Este había triunfado enteramente de sus enemigos. Los palaciegos, llevados de ese instinto necio que caracteriza al vulgo, imitaron el ejemplo del monarca, y hasta la misma envidia guardó silencio en medio del aplauso general que se tributaba al que acababa de ser el blanco de la emponzoñada calumnia. Cortés, sin más título, sin más nombre que el que había ganado por su propia mano, se vió de repente elevado a la altura de los nobles más encumbrados.

Esto fué aún más efectivo, después de los honores que al año siguiente le confirió el soberano. Por un instrumento fecho el 6 de julio de 1529, le elevó a la dignidad de marqués del valle de Oajaca (2). En las colonias, cuando se usaba el título del *Marqués*, sin aplicarlo a persona determinada, se entendía que se hablaba de Cortés, como cuando se usaba del título de «Almirante», se entendía de Colón (3).

Otras cédulas del mes de julio conceden a Cortés vastos terrenos en las provincia de Oajaca, y posesiones en la misma ciudad de México y en otras partes del valle (4). Todos

(1) Gomara, *Crónica*, cap. CLXXXIII. Herrera, *ubi. supra*. Bernal Díaz, cap. CXCIV.

(2) Título de Marqués, M. S. Barcelona, 6 de julio de 1529.

(3) Humboldt, *Essai politique*, t. II, pág. 30, nota.

Según Lanuza se le ofreció hacerlo individuo de la Orden de Santiago; mas él lo rehusó porque no tenía anexa *encomienda*. (*Hist. de Aragón*, t. I, lib. 3.º, cap. XIV.) Pero Cano de Torres, en su historia de las Ordenes militares de Castilla, enumera a Cortés entre miembros de la Orden de Compostela. *Hist. de las Órdenes Militares*. (Madrid, 1629), fol. 103 y siguientes.

(4) Merced de tierras inmediatas a México, M. S. Barcelona, 23 de julio de 1529. Merced de los vasallos, M. S. Barcelona, 6 de julio de 1529.

los dominios que se le habían concedido comprendían más de veinte ciudades y pueblos de consideración y 23.000 vasallos. El estilo de los documentos en que se le hacían estas concesiones, realzaba su valor. En el preámbulo de dichos documentos, después de ponderar los servicios de Cortés en la conquista, tanto en provecho de la fe católica como de la corona de Castilla, se ponderan los trabajos que pasó en la prosecución de su gloriosa obra, se encomia la fidelidad y lealtad con que el digno vasallo había servido siempre a la corona (1). Finalmente, Carlos declara que las concesiones y gracias hechas a Cortés, son la recompensa de sus servicios, porque es un deber de los príncipes honrar y premiar a los que les han servido bien y lealmente, para que se perpetúe la memoria de sus grandes hechos y que para que otros, alentados por aquel ejemplo, imiten sus ilustres hazañas.

El testimonio inequívoco y solemne que daba el monarca de que no dudaba de la fidelidad de Cortés, era para éste lo que debía ser para toda alma generosa que había sido el blanco de infamantes sospechas, la más satisfactoria de las recompensas. El lenguaje usado después por el general, muestra cuán profundamente agradecido quedó de tales demostraciones (2).

(1) «E nos habemos recibido y tenemos de vos por bien servido en ello, y acatando los grandes provechos que de vuestros servicios han redundado, así para el servicio de Nuestro Señor y aumento de su santa fe católica, y en las dichas tierras que estaban sin conocimiento ni fe se han plantado, como el acrecentamiento que dello ha redundado a nuestra corona real destos reinos, y los trabajos que en ello habéis pasado, y la fidelidad y obediencia con que siempre nos habéis servido como bueno e fiel servidor y vasallo nuestro, de que somos ciertos y confiados.» Merced de los Vasallos, M. S.

(2) «El benigno recibimiento que a mi vuelta me hizo V. M., vuestras graciosas expresiones y generoso trato, me hicieron no sólo olvi-

Con todo, había en la escala un grado hasta donde no podía llegar la gratitud del monarca; no obstante las instancias de Cortés y las del duque de Béjar y sus poderosos amigos, nunca accedió el emperador en volver a conferirle el gobierno de México. El país enteramente pacificado a la sazón, no necesitaba del poderoso genio de Cortés para estar en orden, y Carlos se guardó de volver a poner a su vasallo en ocasión que se volviese a encender las apagadas chispas de los celos y la desconfianza.

Era política constante de la corona emplear ciertos vasallos para conquistar un país, y a otros diferentes, para gobernarlo. Para este último cargo escogía hombres, o naturalmente templados, o en quienes la edad hubiese apagado el fuego de la ambición.

Ni aun a Colón, no obstante los términos de su capitulación, se le permitió gobernar las colonias descubiertas; mucho menos se había de conceder esto a un hombre tan ambicioso como Cortés.

Mas, aunque el Emperador rehusó conferirle el Gobierno civil de la colonia, le encomendó el mando militar de ella. Por una ordenanza, también de julio de 1526, fué nombrado Cortés Capitán general de la Nueva España y de las costas del mar del Sur. Autorizábasele para hacer descubrimientos en el Océano Pacífico, con derecho de gobernar los países que colonizase (1) y con acción a poseer en propiedad la duodécima parte de todas las tierras

dar mis penas y trabajos, sino aún sentir no haber pasado más en vuestro servicio.» (Carta de Cortés al Lic. Núñez. M. S., 1535.) Este memorial lo enviaba a su agente en Castilla, para que lo pusiese en manos del emperador.

(1) Título de capitán general de la Nueva España y Costa del Sur, M. S. Barcelona, 6 de julio de 1529.

descubiertas (1). El Gobierno no quería privarse de los servicios de tan hábil comandante, pero se esforzaba por alejarle del teatro de sus primeros triunfos y por abrirle otra nueva carrera de ambición que le estimulase a dilatar los dominios de la corona de España.

Favorecido con la gracia del monarca, «rivalizando, para usar la frase vulgar de un antiguo historiador español, en fama con Alejandro y con Crespo en las riquezas» (2), con un exterior brillante, y con una persona que, a pesar de los trabajos de la guerra, conservaba todavía parte de la lozanía de la juventud, se podía decir que Cortés era, para las damas de la Corte, uno de los partidos más ventajosos. No pasó mucho tiempo sin que tributara sus homenajes a una dama de la noble casa que con tanta firmeza le defendió en la hora aciaga de la desgracia. Llamábase doña Juana Zúñiga, hija del segundo conde de Aguilar y sobrina del duque de Béjar (3). Era mucho más joven que él, bella y, según lo demuestran los sucesos posteriores, no le faltaba ingenio. Uno de los regalos que hizo Cortés a su novia, excitó la admiración y envidia de la Corte. Consistía aquel en cinco esmeraldas de extraordinario tamaño y brillantez. Estas piedras preciosas habían sido labradas por los aztecas en figuras de flores, peces y otras igualmente

(1) Asiento y capitulación que hizo con el emperador, don Hernán Cortés, M. S. Madrid, 27 de octubre de 1529.

(2) «Que según se decía excedía en las hazañas a Alejandro Magno, y en las riquezas a Crespo.» (Lanuza, *Hist. de Aragón*, lib. 3.º, capítulo XIV.) Las rentas del marqués del Valle eran, según L. Marineo Sículo, que por aquel tiempo vivía en la Corte, cerca de 60 000 ducados al año. *Cosas memorables de España*. (Alcalá de Henares, 1539), fol. 24.

(3) Doña Juana era de la casa de Arellano y de la línea real de Navarra. Su padre era noble no muy rico. L. Marineo Sículo, op. cit., folio 24-25.

vistosas, y estaban trabajadas con un primor, que realizaba sobremanera su valor intrínseco (1). No es difícil que hubiesen formado parte del tesoro del infortunado Moteuczoma y que, siendo muy portátiles, hubiesen escapado de la catástrofe de la noche triste. Cuentan que la esposa de Carlos V (pero puede ser hablilla de Corte), mostró algún deseo de poseer aquellas piedras, y que la preferencia que dió Cortés a su bella novia, suscitó en el pecho de la reina algún resentimiento, que tuvo después desfavorable influjo en la suerte del marqués.

Últimamente, en el verano de 1529, dejó Carlos sus dominios españoles y partió para Italia. Cortés le acompañó en el viaje, probablemente hasta el lugar del embarco, y en la capital de Aragón, lo encontramos excitando la admiración general, lo mismo que lo había hecho en Castilla. A su vuelta cesaron todos los motivos de demorarse por más tiempo en España; estaba cansado de la odiosa vida que había llevado por un año y que tan mal se avenía con

(1) Una de estas piedras preciosas era tan valiosa como la turquesa de Shylock. Según cuenta Gomara, algunos comerciantes genoveses ofrecieron a Cortés por ella 40.000 ducados. El mismo autor da acerca de las alhajas de Cortés varias noticias curiosas que pudieran ser del gusto de algunos lectores. Allí se prueba la habilidad de los artesanos que sin la ayuda del acero podían labrar primorosamente una materia tan dura. Una de las esmeraldas tenía la forma de una rosa; la segunda la de una corneta; la tercera la de un pescado con ojos de oro; la cuarta era de la forma de una campanilla, que por badajo tenía una perla, y en cuyo borde se leía esta inscripción: *¡Bendito sea el que te crió!* La quinta, que era la más valiosa, tenía la figura de una copa, con el pie de oro, y con cuatro cadenitas del mismo metal, que pendían como de un botón, de una gran perla. El borde de la copa era de oro y tenía esta sentencia latina: *inter natos mulierum, non surrexit major*. Gomara. *Crónica*, cap. CLXXXIV.

los hábitos activos y las bulliciosas escenas a que se había acostumbrado. Así, pues, resolvió volverse a México, donde su presencia era indispensable para cuidar de sus ricas posesiones y donde se le abría ancho campo para gloriosas empresas.

CAPÍTULO V

VUELTA DE CORTÉS A MÉXICO.—SE RETIRA A SUS ESTADOS.—
SUS NUEVOS VIAJES DE DESCUBRIMIENTO.—VUELVE POR ÚL-
TIMA VEZ A CASTILLA.—LE RECIBEN FRÍAMENTE.—MUERTE
DE CORTÉS.—SU CARÁCTER.

(1530-1547)

A principios de la primavera de 1530 se embarcó Cortés para la Nueva España: acompañábale la marquesa, su mujer, su anciana madre, que había tenido la dicha de vivir hasta ver la elevación de su hijo, y multitud de pajes y criados, que formaban una servidumbre digna de un poderoso señor. ¡Cuán diferente condición de aquella en que estuvo hacía veintiséis años, cuando se arrojó a las aguas como un aventurero, en busca del pan cotidiano!

El punto a que primeramente se dirigió era la Española, donde debía permanecer hasta que supiese que estaba ya organizado en México el nuevo gobierno de que iba a encargarse (1). En el capítulo precedente hemos dicho que éste se había encomendado a una corporación llamada la Real Audiencia, una de cuyas primeras comisiones era

(1) Carta de Cortés al Emperador, M. S. Tetzeco, octubre 10 de 1530.

averiguar los cargos hechos contra Cortés. Núñez de Guzmán, su enemigo declarado, estaba a la cabeza de la corporación y había entablado las pesquisas con todo el renor de la enemistad personal. Aún existe un documento intitulado: *pesquisa secreta*, que contiene la relación de todas las providencias tomadas contra Cortés; está redactado por el secretario de la Audiencia y firmado por varios de sus miembros; es bastante largo, pues tiene más de 100 páginas en folio; constan en él las disposiciones de varios testigos, y todo él es un conjunto de fastidiosas menudencias, más propios de un pleitecillo municipal, que del proceso de uno de los grandes oficiales de la corona.

Los cargos son ocho, y entre ellos, el de haber intentado deliberadamente hacerse independiente de Castilla; el de haber asesinado a dos comisionados enviados para velar sobre su conducta; el de haber matado a su propia mujer, Doña Catalina Juárez (1); el de extorsiones y faltas licencio-

(1) La muerte de doña Catalina acaeció en un momento tan oportuno y feliz para los adelantos de Cortés, que la imputación de haberla matado, ha gozado de mayor crédito entre el vulgo, que las demás acusaciones hechas contra el Conquistador. Éste, por el motivo que se quiera, y acaso por el convencimiento de que la imputación era de por sí demasiado monstruosa para ser creída, jamás trató de probar su inocencia. Pero además de los argumentos aducidos en el texto para combatir la acusación en lo general, deberá tenerse presente: que ésta llamó tan poco la atención en Castilla, donde Cortés tenía multitud de enemigos, que cuando volvió a España siete años después, no encontró dificultad en enlazarse con una de las casas más nobles del reino; que ningún escritor de aquellos días (excepto Bernal Díaz, que llama a la acusación baja calumnia), ni aún el mismo Las Casas, acusador eterno de Cortés, muestra sospecha de que este haya cometido tal crimen; y finalmente, que ni mención se hace de él en el pleito intentado algunos años después de la muerte de Cortés, por los parientes de doña Catalina, reclamando los bienes de su marido a que pretendían tener derecho, siendo así que el pleito fué seguido

sas, que más bien pertenecían por su propia naturaleza a la vida privada que no a su carrera pública. Los testimonios son vagos y aun contradictorios; los testigos, por lo común, personas oscuras, o los que son de alguna consideración, enemigos declarados suyos, que parece que han sido buscados de propósito. Si se considera que la pesquisa se hizo en ausencia de Cortés, ante un tribunal cuyos jueces eran sus enemigos, que los cargos no están especificados, y que por consecuencia de todo esto, él no pudo desvanecerlos, es imposible dar valor ninguno a semejante documento; ni menos después de tanto tiempo. Si se añade a esto que el gobierno al cual se mandó, no procedió a nada en vista de él, se acabará de conocer que esa pesquisa se debe tener por un testimonio de la malicia de los enemigos del conquistador. Ella ha sido sacada por un curioso anticuario de los polvorientos archivos de Indias, en Sevilla; mas como documento histórico no tiene valor alguno y sólo sirve para probar que el que en el siglo xvi tenía un nombre ilustre, estaba entonces, como ha estado ahora, expuesto a los tiros de la calumnia (1).

con mucha acrimonia y que duró muchos años. Yo no he examinado los documentos relativos a este pleito que se conservan en los archivos de la casa de Cortés: pero me lo ha contado un distinguido mexicano que los ha examinado cuidadosamente, y no puedo menos de considerar como concluyente por sí mismo en favor de Cortés, el hecho de que ni aún la familia de doña Catalina haya dado crédito a la acusación. Sin embargo, tan grande lo ha tenido en México, donde a la presente no es muy querida la memoria de los primeros españoles, que se ha suscitado sobre este punto, una polémica entre los periódicos de esta ciudad.

(1) Este notable documento forma parte de la colección de D. Vargas Ponce, no tiene fecha. Sin duda está escrito en 1529, durante la vuelta de Cortés a Castilla. Su título es: «Pesquisa secreta, Relación de los cargos que resultan de la pesquisa secreta contra D. Hernando

Los desmanes de la Audiencia y la conducta de Guzmán, opresora, especialmente contra los indios, excitaron la indignación de la colonia, hasta llegar a temer en ella un levantamiento. Era preciso cambiar aquella administración funesta y despótica. Pero Cortés tuvo que permanecer dos meses en la isla en espera de que llegase la noticia del nombramiento de otra nueva Audiencia, el cual se había retardado a causa de la apatía de la corte.

La persona nombrada para presidir la nueva Audiencia fué el obispo de Santo Domingo, prelado cuya sabiduría y virtudes eran un auspicio favorable del acierto de su administración. Después de esto, continuó Cortés su viaje, y llegó a Villa Rica el 15 de julio de 1530.

Después de permanecer en aquellas inmediaciones durante algún tiempo, en que la Audiencia procuró mortificarlo, se adelantó hasta Tlaxcala y allí publicó su nombramiento de capitán general de Nueva España y del Mar del Sur. Un edicto de la emperatriz, dado durante la ausencia de su esposo, prohibió a Cortés acercarse a diez leguas de la capital mientras estuviesen allí las autoridades actuales (1). Esta medida había sido dictada por la emperatriz, por miedo de un choque entre ambas autoridades; mas Cortés, no obstante la prohibición, asentó su residencia en la orilla oriental del lago de Tezcoco.

Cortés, de los cuales no se le dió copia ni traslado a la parte del dicho Don Hernando, así por ser los dichos cargos de la calidad que son, como por estar la persona del dicho D. Hernando ausente como está. Los cuales yo, D. Gregorio de Saldaña, escribano de S. M., y escribano de la dicha Residencia, saqué de la dicha pesquisa secreta, por mando de los señores Presidente y Oidores de la Audiencia y Chancillería Real, que por mando de S. M., en esta Nueva España, lo mande ver, y vistos mande proveer lo que a su servicio convenga, M. S.

(1) M. S. Tordelaguna, 22 de marzo de 1530.

Apenas se supo su llegada cuando multitud de españoles e indios atravesaron la laguna y fueron a tributar sus respetos al antiguo general, a ofrecerle sus servicios y a quejarse de sus cuitas. Parece que toda la población de la capital se acumulaba en rededor de la ciudad vecina, donde tenía Cortés la vida de un gran potentado. La Audiencia, indignada de ver el humillante espectáculo que presentaba su corte desierta, prohibió a los naturales, bajo las penas más severas, que fuesen a Tezcoco, y afectando que la capital estaba en peligro hizo preparativos de defensa. Mas la verdadera causa de aquellos movimientos era la noticia de la llegada de la nueva Audiencia, no obstante que Guzmán tuvo la destreza de conservar su poder en una provincia del Norte, en la que por su crueldad y extorsiones había dejado una nombradía sin rival ni aun en los anales del Nuevo Mundo.

Cada nuevo suceso parece que acaba de afianzar a Cortés en su tranquilo gobierno. Los nuevos magistrados le tributaron los más expresivos homenajes de respeto y le consultaban acerca de todos los negocios graves. Desgraciadamente este estado de cosas no duró mucho tiempo, pues se suscitó una desavenencia entre las dos autoridades, con motivo del repartimiento de los vasallos que la Corona había concedido a Cortés; éste creyó que la Audiencia al hacerlo había llevado miras hostiles hacia él y contrarias a los términos de la gracia real (1). Disgustóle aun más saber que la Audiencia había sido investida, entre sus otras facultades,

(1) La principal queja era que los esclavos, muchos de los cuales sólo debían serlo temporalmente según los antiguos usos aztecas, estaban incluidos en el censo. La queja es una de tantas que se encuentran recopiladas en un memorial de Cortés al Emperador.

Este documento es notable e importante. Carta de Cortés a Núñez. M. S.

de la de intervenir en los asuntos militares (1). Esto dió lugar a una disputa que el carácter independiente de Cortés, acostumbrado a gobernar sin sujeción a nadie, llevó a mal término.

Después de renunciar el mando por cierto tiempo, dejó la capital para no volver a ella jamás, y se retiró a su ciudad de Cuernavaca.

Era un lugar que con su espada había quitado a los aztecas, antes del sitio de México. Estaba situado en la falda meridional de la cordillera y a la entrada de un extenso valle, la más bella y más florida porción de sus dominios. Había edificado allí un magnífico palacio y convertido en su residencia favorita (2).

Este lugar era a propósito para cuidar desde él del resto de sus vastos señoríos, a cuyo cultivo se propuso dedicarse. Introdujo de Cuba el azúcar de caña, que se daba perfectamente en el rico suelo de los terrenos bajos. Trajo también gran número de cabras merinas y otros ganados que encontraban abundante pasto cerca de Tehuantepec. Sus tierras estaban cubiertas de bosques de moreras que ofrecían adecuado sustento a los gusanos de seda. Fomen-

(1) Ibid, M. S.

(2) El palacio está reducido a ruinas, y el sitio sólo es ya notable por su belleza natural y sus recuerdos históricos. La señora Calderón dice: «Era la capital de la nación Tlahuica, y después de la Conquista edificó Cortés un palacio magnífico, una iglesia y un convento de franciscanos, creyendo que aquellos serían principios de una gran ciudad. Sin embargo, es un lugar de poca importancia, aunque muy favorecido por la naturaleza. El palacio del Conquistador es una barraca ruinosa aunque pintoresca, construida sobre una colina y frente a la cual se levanta el gran volcán.

Hay algunas buenas casas y se conservan los restos de la iglesia construida por Cortés, famosa por su atrevido pórtico. *Vida en México*, vol. II, carta 31.

tó el cultivo del cáñamo y del lino, y sus empresas agrícolas, dirigidas con juicio tino, probaron que el suelo era a propósito para multitud de productos antes desconocidos, que modificó y mejoró, estableciendo molinos de caña y otras máquinas para la manufactura de las materias brutas. De esta suerte preparó para su familia una fuente de riqueza, si no tan fecunda, tan segura como la sacada de las minas. Sin embargo, tampoco se olvidó de éstas, pues extrajo oro de la región de Tehuantepec, y plata, de la de Zacatecas.

Los productos de estas minas no eran entonces tan abundantes como últimamente, pero los costos de producción eran también menores, pues el metal estaba mucho más superficial que ahora (1).

Mas, como este tranquilo género de vida no satisfacía su espíritu inquieto y aventurero, buscó entretenimiento, usando del nombramiento en que se le permitía explorar los misterios del grande Océano del Sur. En 1515, dos años antes de su vuelta a España, había enviado una escuadrilla a las Molucas. La expedición fué seguida de algunos resultados ventajosos; mas como no pertenecen a Cortés, su narración encontrará lugar más a propósito en los anales marítimos de España, donde ya ha sido hecha por la misma mano maestra que tanto ha trabajado por ilustrar, sobre este punto, la historia de su patria (2).

Cortés estaba disponiéndose a enviar otra escuadrilla en

(1) Estas noticias sobre la industria agrícola de Cortés, las he tomado en parte de la muy hábil defensa que en enero de 1828, presentó don Lucas Alaman a la Cámara de Diputados del Congreso mexicano, sosteniendo los derechos territoriales que actualmente tiene el descendiente del Conquistador, duque de Monte Leone.

(2) Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos*, Madrid, 1837, t. V. *Viajes al Maluco*.

la misma dirección, pero su vuelta a España interrumpió sus planes y las naves quedaron sin concluir, por culpa de la Audiencia, que quitó a los operarios empleados en su construcción, por lo que aquéllos se pudrieron en los astilleros. Por estos años de 1532 y 1533, armó Cortés otras dos flotillas y las envió a un viaje de descubrimiento en la dirección NO. (1)

Fueron desgraciadas, no obstante que la última tocó con la Península de California, en cuyo extremo meridional, probablemente en el actual puerto de la Paz, se verificó un desembarco. Uno de los buques tocó en la costa de Nueva Galicia, donde gobernaba Guzmán, el antiguo enemigo de Cortés; la tripulación fué decapitada y el buque declarado buena presa. Indignado del ultraje, pidió justicia a la Real Audiencia; mas como este cuerpo no tenía energía bastante para hacer eficaces las provincias en favor de Cortés, confió a sus propias manos la reparación del agravio (2).

Hizo un rápido y difícil viaje a Chiametle, teatro de las depredaciones de Guzmán, que no esperaba encontrarse con su irritado antagonista, y éste rescató su nave, aunque no el cargamento. En seguida se juntó con la escuadrilla que despachó desde Tehuantepec, puerto de su pertenencia, y que, entonces, prometía ser lo que después ha sido Acapulco (3). La flota iba provista de todo lo necesario para fundar una colonia, y conducía cuatrocientos españo-

(1) Instrucción que dió el marqués del Valle a Juan de Avellaneda, etcétera, M. S.

(2) Provisión sobre los descubrimientos del mar del Sur, septiembre, 1534.

(3) El río Huasacualco presenta gran facilidad para transportar de Veracruz, atravesando el istmo, los materiales necesarios para construir buques en el Pacífico. Humboldt, *Essai politique*, t. IV, página 50.

les y *trescientos negros esclavos* que Cortés había reunido con este intento. Con tal propósito, atravesó el golfo o, como le llama un antiguo escritor, el Adriático del Nuevo Mundo.

La estrechez de nuestra obra no nos permite entrar en la relación pormenorizada de esta expedición desastrosa, que no dió resultados ventajosos ni para su autor, ni para las ciencias. Cortés y sus compañeros se vieron reducidos al último extremo de la hambre; cuando regresaba por el golfo los envolvió una terrible tempestad; se vieron sin piloto que los guiase; escollaron contra las rocas, donde casi se hizo pedazos su ya estropeada navecilla, y, por último, después de desgracias y desastres formidables, comparables a los que habían pasado en tierra, lograron, merced a la energía de Cortés, volver a entrar en el puerto de Santa Cruz, de donde habían salido.

Mientras estos sucesos pasaban, la nueva Audiencia, después de desempeñar fielmente su encargo, fué reemplazada por un virrey, el primero que vino a la Nueva España, pues Cortés, aunque investido de las facultades análogas, sólo llevaba el título de gobernador. Aquel fué el principio del sistema que adoptó después la Corona de confiar la administración de las colonias a personas que, por su alta calidad y méritos personales, fuesen dignas de representar la Majestad del rey de Castilla. La desconfianza no permitía a la Corte dejarlas por mucho tiempo investidas de muy amplia autoridad en un puesto peligroso por las tentaciones de la ambición; así es, que después de unos pocos años los llamaba o los colocaba en alguna otra provincia del vasto imperio colonial. La persona enviada ahora a México era D. Antonio de Mendoza, hombre experimentado, juicioso y discreto, y descendiente de aquella ilustre familia que en el reinado precedente había

dado tantos hombres distinguidos a la Iglesia, a la Milicia y a las Letras.

La dilatada ausencia de Cortés había causado la más viva inquietud a su esposa, la marquesa del Valle. Luego que llegó el virrey, le escribió suplicándole que se informase del paradero de su marido, y que si se le encontraba, le instase para que se volviera. En consecuencia, el virrey despachó dos buques en busca de Cortés; mas no se sabe si llegaron a Santa Cruz antes de que él partiese de este puerto; el resultado es, que, después de su larga ausencia, volvió salvo a Acapulco, y a poco llegaron los míseros restos de su desgraciada colonia. Aun no desalentado por tantos reveses, y ansioso de algún nuevo descubrimiento, digno de su alta reputación, armó otros tres buques y los puso a las órdenes de un oficial llamado Ulloa.

Esta flotilla, que se hizo a la vela en 1539, tuvo un éxito más afortunado. Ulloa penetró hasta la cabeza del golfo, después se volvió y recorrió toda la costa de la Península, dobló su Cabo meridional y subió por la costa occidental hasta los 28° ó 29° de latitud N. Después de esto envió a Nueva España una de las naves, y él prosiguió osadamente su ruta hacia el Norte; mas no se volvió a saber de él (1).

(1) Instrucción del marqués del Valle, M. S.

Las noticias más especiales y auténticas acerca del viaje de Ulloa, se encontrarán en Ramusio. (Tomo III, págs. 340-354.) Proceden de uno de los oficiales que iban en la flota. Los límites de mi obra no me permiten dar todos los pormenores de los viajes de Cortés, que aunque no desnudos de interés, no fueron seguidos de resultados permanentes. Encuéntrase un buen sumario de sus expediciones, al golfo en la introducción de Navarrete a la relación del viaje hecho por las goletas *Sutil y Mexicana*. (Madrid, 1802, págs. 6-26.) El lector inglés puede ver una breve noticia de este viaje, en la interesante Memoria de Greenhow, sobre la costa Noroeste de América. (Washington, 1840), páginas 22-27.

Así terminaron las empresas marítimas de Cortés, con harto detrimento pecuniario suyo, pues le costaron 300.000 castellanos de oro, sin que se reembolsase de un solo ducado (1). Aun se vió obligado a pedir dinero prestado y a empeñar las alhajas de su mujer, para adquirir los fondos necesarios para habilitar la última expedición (2). Así, y por los gastos que exigía su espléndido modo de vivir, propio de un príncipe, contrajo una deuda enorme; pero aunque ruinoso, bajo el aspecto económico, fueron fructuosas bajo el científico aquellas expediciones. En ellas, y en las hechas por Cortés antes de su vuelta a España, se reconoció la costa del Pacífico desde la Bahía de Panamá hasta el río Colorado; hízose la circunnavegación de la gran península de California, hasta la isla de Cedros o Cerros, nombre que posteriormente se ha corrompido. Esta porción de tierra, que se suponía ser un archipiélago, entonces se descubrió que formaba parte del continente, bien que su figura en general era conocida desde entonces, casi tan exactamente como hoy, según se puede ver en los mapas de aquel tiempo (3). Finalmente habíanse explorado hasta los últimos ancones del golfo de California, o del *Mar de Cortés*, como lo llaman los españoles en honor de su gran descubridor; y se había demostrado que en vez del paso que se suponía existir hacia el Norte, este océano incógnito estaba encerrado entre los brazos del gigantesco continente. Tales fueron los resultados de aquellas expediciones, que habrían bastado a saciar la ambición y a formar la gloria de un hombre común, pero que se ofuscaban junto

(1) Memorial al rey del marqués del Valle. M. S., 25 de junio de 1540.

(2) Provisión sobre los descubrimientos del mar del Sur, M. S.

(3) Véase el mapa formado por el piloto Domingo del Castillo, en 1541, apud Lorenzana, pág. 328.

a las esplendentes proezas con que había empezado Cortés su gloriosa carrera.

No obstante tantos tropiezos, aún hizo el marqués del Valle nuevos esfuerzos para ensanchar los límites de sus descubrimientos, y se disponía a armar otra flota de cinco naves y ponerla a las órdenes de su hijo natural don Luis; mas el virrey Mendoza, cuya imaginación se había inflamado con la relación que un monje viajero le había dado de *El Dorado*, en el Norte, reclamó el derecho de descubrir aquellas regiones. Cortés protestó contra semejantes pretensiones, que tanto menoscababan su autoridad. Siguiéronse después otros nuevos motivos de disputa; hasta que, por último, disgustado el marqués de aquella resistencia perpetua a su autoridad y a sus empresas, pidió a Castilla la reparación de sus agravios (1). Finalmente, determinó ir él mismo en persona a la Corte con varios intentos: sea el primero, el de hacer por sí mismo sus relaciones y ver si lograba la indemnización de los gastos que las expediciones marítimas le habían ocasionado y de los perjuicios y despojos que le había inferido la Audiencia, mientras él se hallaba ausente; el otro objeto que lo llevaba, era ver si conseguía que se le hiciese una asignación de vasallos más conforme al primitivo espíritu de la concesión. Así, pues, se despidió de su familia, tomó consigo a su hijo mayor y heredero, don Martín, que entonces tenía ocho años de edad, y se embarcó en 1540 para España, cuyas playas volvió a pisar después de un feliz viaje.

El emperador estaba ausente a la sazón; mas Cortés fué bien recibido en la capital, donde dispusieron amplio alo-

(1) En la colección de Vargas Ponce hay una petición de Cortés, en que se queja de los agravios que ha recibido, y pide que se averigüe la conducta del virrey. No tiene fecha y se titula: *Petición contra don Antonio de Mendoza, virrey, pidiendo residencia contra él*, M. S.

jamiento para él y su comitiva. Cuando se presentó ante el Real Consejo de Indias, a suplicar la terminación del pleito que ante él tenía pendiente, recibió muy distinguidas muestras de respeto. Salíó a recibirle el presidente hasta la puerta de la sala, y se le dispuso asiento entre los individuos del Consejo (1). Mas todo paró en señales de cortesía: la justicia proverbialmente lenta en España, no lo fué menos para Cortés; de modo que un año después de su llegada, el pleito se encontraba en el mismo estado que si sólo hubiese pasado una semana.

En el año siguiente de 1541, vimos al marqués del Valie alistado como voluntario en la memorable expedición contra Argel. Carlos V, de vuelta a sus dominios, determinaba perseguir a aquellos corsarios del Mediterráneo. Cortés se embarcó con las fuerzas que debían ir con el Emperador, abordo del navío que naufragó cerca de la costa. Cortés y su hijo escaparon a nado; mas el primero perdió el tesoro de alhajas de que hemos hablado en el capítulo precedente; «pérdida», dice un antiguo escritor, «por la cual la expedición salió más cara a Cortés que a ninguno otro de los que iban, excepto al Emperador.» (2)

Inútil es repetir los desastres de aquel sitio en que el valor mulsumán ayudado de los elementos burló los esfuerzos de los castellanos. Convocóse un Consejo de guerra, en que se determinó levantar el sitio y volverse a Castilla. Cortés, indignado al oír semejante determinación, se ofreció a ganar la plaza si se le confiaba el mando del ejército, y manifestó que únicamente sentía no tener a su lado un puñado de aquellos valientes hidalgos que le habían ayudado en la conquista de México. Sus ofertas fueron desechadas,

(1) Bernal Díaz, cap. CC.

(2) Gomara, *Crónica*, cap. CCXXXVII.

como propias de un entusiasta romancesco. Se le excluyó infamemente de tomar parte en las determinaciones del Consejo de guerra. Los cortesanos, cansados ya de la guerra estaban impacientes por volver luego a España, y era difícil que quisieran entrar en disputa con un hombre que sabían que cuando una vez había puesto mano a una obra, no alzaba aquella hasta no haber dado a ésta entera cima (1).

Luego que llegó Cortés a Castilla, se apresuró a hacer su demanda ante el Emperador, el cual oyó sus quejas con miramiento, con aquel frío miramiento que no prueba ni el convencimiento ni la sinceridad. La posición de Cortés había cambiado visiblemente, respeto de lo que era cuando por primera vez vino a la Corte. Más de diez años habían transcurrido desde entonces, y su edad actual no prometía ya esperanzas de que prestase nuevos servicios. Por otra parte, sus últimas empresas se habían desgraciado, y aun sus primeros triunfos comenzaron a ser menospreciados, como sucede siempre con un hombre cuya fortuna va declinando. Además, estaban eclipsados por los magníficos hechos del Perú, los cuales despedían brillante reflejo de oro, que eclipsaba el pálido, que daban las minas de plata de México. Cortés tuvo que aprender por sí mismo, que la gratitud de una Corte se mide por la magnitud de servicios futuros, no por la de los pasados; encontróse en la situación de un litigante importuno, cuyas quejas aunque justas son muy largas para ser prontamente despachadas. Vió como Colón, que era posible merecer tanto así (2).

(1) Sandoval, *Hist. de Carlos V*, lib. 12, cap. XXXV. Ferreras (traducción de Hermilly). *Hist. de España*, t. IX, pág. 231.

(2) Cuenta Voltaire que un día que no pudo obtener Cortés audiencia del Emperador, se abrió campo por entre la multitud que cercaba la carroza del monarca y subió al estribo; y Carlos preguntó:

En febrero de 1544, escribió al Emperador una carta, la última por cierto, en que le suplicaba atendiese su pleito. Empezaba por vanagloriarse de sus pasados servicios; decía que él había creído que los trabajos de su juventud le habrían procurado descanso en la vejez; que había pasado cuarenta años durmiendo poco, comiendo mal, y con las armas constantemente al lado; que había expuesto denodadamente su persona a los peligros, y gastado su sustancia en descubrir remotas e ignotas regiones para extender el nombre de su Rey y poner bajo su cetro, muchas, grandes y poderosas naciones; que todo esto lo había hecho no sólo sin la ayuda de sus compatriotas, sino venciendo los obstáculos que le habían opuesto sus émulos y enemigos, tan sedientos de su sangre, como lobos; que ahora se hallaba viejo, inválido, cargado de deudas; que mejor le hubiera estado no haber sabido nunca las intenciones liberales del Rey manifestadas en sus concesiones, porque entonces se habría dedicado enteramente al cuidado de sus señoríos, y no se habría visto obligado, como ahora lo estaba, a disputar con los oficiales de la corona, contra los que era más difícil defenderse, que ganar de los enemigos un imperio. Concluye suplicando al Emperador que «ordene al Consejo de Indias y demás tribunales que conocen en sus pleitos, que los terminen, pues que ya estaba demasiado viejo para andar vagando en torno de aquellos, y deseaba durante el resto de sus días retirarse a su hogar y arreglar sus cuentas

¿quién es aquel hombre?». a lo que replicó Cortés: «uno que os ha dado más reinos que ciudades teniais antes». (*Essai sur les Moeurs*, capítulo CXLVII.) No he encontrado otra autoridad que confirme esta anécdota improbable; sin embargo de que sirve bien para sacar una lección moral, que es lo que principalmente quiso el filósofo de Ferney.

con Dios, ocupándose en los negocios del alma mejor que en los mundanales (1).

Esta súplica al soberano, procedente de un hombre tan orgulloso como Cortés, debiera haber conmovido al primero, mas no surtió el efecto deseado que era acelerar la terminación de los pleitos. Permaneció aún en la corte, emplazado de semana en semana y de mes en mes, engañado con las falaces esperanzas de todo litigante y devorando secretamente toda la acerba amargura de una esperanza burlada. Después de tres años de aquella penosa y humillante vida, resolvió abandonar su ingrata patria y volverse a México.

Apenas había llegado hasta Sevilla, acompañado de su hijo, cuando cayó enfermo de una indigestión, causada probablemente por el mal estado de su espíritu; aquella enfermedad declinó en disentería y sus fuerzas se acabaron con tal rapidez a causa de la enfermedad, que no se pudo dudar de que su vida se acercaba a su término. Él se preparó haciendo todas las disposiciones necesarias. Algún tiempo antes había hecho su testamento, y ahora lo ejecutó. Este documento, demasiado largo, es notable bajo diversos aspectos. La parte principal de sus bienes la deja a su hijo don Martín, que entonces tenía quince años de edad, fija en veinticinco, la edad en que debe entrar en mayoría, pero sus tutores deben darle a vos veintiuno todas sus rentas, para que pueda vivir cual corresponde a su calidad. En un documento que acompaña al testamento, mienta Cortés los nombres de todas las personas encargadas de cuidar sus vastos dominios, esparcidos por diferentes provincias, y suplica a los albaceas que las confirmen

(1) Esta carta fecha en Valladolid a 5 de febrero de 1514, se encontrará íntegra en el Apéndice, parte II, núm. 15.

en aquel encargo, para el cual las ha escogido en vista de las cualidades peculiares que cada una de ellas tiene. Nada prueba mejor que esto la entera atención que en medio de las ocupaciones del servicio público daba al cuidado de sus extensos señoríos.

Deja un caudal considerable a sus otros hijos, y generosos legados a varios criados antiguos que aun permanecían en su servidumbre. En otra cláusula del testamento lega sumas considerables para objetos de caridad y aplica las rentas de las propiedades que tiene en la ciudad de México, al sostenimiento perpetuo de tres establecimientos públicos. Un hospital en la capital, dedicado a la Virgen de la Concepción; un colegio en Coyoacan para la educación de los frailes destinados a predicar el Evangelio entre los indios; y finalmente, un convento para monjas en el mismo lugar. Ordena que sus huesos sean enterrados en una capilla de este monasterio situado en la ciudad predilecta, sea cual fuere la parte del mundo en que él muera.

Después de declarar que ha procurado cerciorarse de la verdadera suma a que ascienden los tributos que sus vasallos indios pagaban anteriormente a sus antiguos soberanos, previene a su heredero, que si acaso lo que han pagado hasta allí ascendiere de la legítima suma que deben pagar, les restituya el exceso que se encontrare. En otra cláusula manifiesta su duda, sobre si es justo exigir de los indios el trabajo personal, y manda que se averigüe exactamente lo que puede valer este trabajo, y que en todos casos se les dé la debida recompensa. Finalmente, él hace esta notable declaración: «Por mucho tiempo se ha disputado sobre si se puede en conciencia tener dominio y propiedad sobre los esclavos indios; como este punto todavía no ha sido resuelto, suplico a mi hijo don Martín y a sus herederos, que no perdonen diligencia por averiguar exac-

tamente la verdad, por ser cosa que concierne a la conciencia de todos ellos y a la mía propia.»

Tales escrúpulos de conciencia no eran de esperar en Cortés ni (1) aun en un español de la generación siguiente. La opinión que sobre la gran cuestión de la esclavitud se tenía en el siglo xvi, cuando comenzaba a establecerse el sistema, es muy parecida a la que se tiene hoy que cabe la esperanza de que está por abolirse. Las Casas y los frailes dominicos de aquel tiempo, los abolicionistas de su siglo, lanzaban sus invectivas contra la esclavitud, fundándose en la equidad y los derechos naturales del hombre (2). La gran masa de los propietarios no se curaba gran cosa de las cuestiones de derecho, se satisfacía con lo cómodo de la institución. Otros más moderados y concienzudos, aunque confesaban lo malo de ella, encontraban su defensa en la ley de la necesidad, en atención a que la constitución del blanco no podía soportar lo cálido del clima ni aquel era propio para cultivar el suelo. Bajo un aspecto difería esencialmente la esclavitud de aquel siglo, de la del nuestro, en que las semillas del mal que después se han des-

(1) «Item, porque acerca de los esclavos naturales de la misma Nueva España así de guerra como de rescate, ha habido y hay muchas dudas y opiniones sobre si se han podido tener con buena conciencia o no, y hasta ahora no está determinado. Mando que todo aquello que generalmente se averiguase, que en este caso se debe hacer para descarga de las conciencias, en lo que toca a otros esclavos de Nueva España, que se haga y cumpla en todos los que yo tengo o encargo. Y mando a don Martin mi hijo subcesor, y a los que después le subcedieren en mi estado, que para averiguar esto haga todas las diligencias que convenga al descargo de mi conciencia y suya.» Testamento de Hernán Cortés, M. S.

(2) Este es el punto que discute Las Casas en su memorial enviado al Gobierno en 1542, sobre el mejor modo de contener la destrucción de los indios.

envuelto, podían entonces ser arrancadas con facilidad, mientras que actualmente sus raíces han penetrado tan profundamente que no se podría intentar arrancarlas bruscamente, sin sacudir hasta los íntimos cimientos de la sociedad. Fácil es concebir que el que confiesa lo malo de esta institución y que es un agravio a la humanidad, de ningún modo vacilaría en adoptar un remedio, si éste no fuese peor que el mal mismo. Mas ¿quién puede dudar de que ese remedio llegará con el tiempo, puesto que la justicia siempre prevalece, y que no se pueden atajar los progresos de la civilización?...

Cortés nombró de albaceas y tutores de sus hijos al duque de Medina Sidonia, al marqués de Astorga y al conde de Aguilar. Para albaceas en México, nombró a su mujer la marquesa, al Arzobispo de Toledo y a otros dos preladados. Su testamento está fechado en Sevilla a 11 de octubre de 1547 (1).

Molestándole mucho, a causa de su debilidad que cada día crecía, las visitas que no podía dejar de recibir mientras estuviese en Sevilla, se retiró al pueblecillo inmediato de Castilleja de la Cuesta, acompañado de su hijo, que cuidaba con filial solicitud de su moribundo padre. Parece que Cortés vió llegar la muerte con una serenidad que no siempre tienen los que han despreciado aquella en los campos de batalla. Últimamente, después de confesarse y recibir el Divino Viático, murió el 2 de diciembre de 1547, a los sesenta y tres años de su edad (2).

(1) Este interesante documento existe en los archivos reales de Sevilla, y forma una parte de la preciosa colección de D. Vargas Ponce.

(2) Zúñiga, *Anales de Sevilla*, pág. 504. Gomara, *Crónica*, capítulo CCXXXVII.

En su última carta al Emperador, fechada en febrero de 1541, da a

Los habitantes de aquellas cercanías quisieron rendir toda especie de homenajes a la memoria de Cortés. Sus honras fueron celebradas con toda solemnidad y su cuerpo llevado con grande acompañamiento de nobles andaluces y de ciudadanos de Sevilla, a la capilla de San Isidro y depositado en el sepulcro de los duques de Medina Sidonia (1). Allí permaneció hasta el año de 1562 en que fué removido de orden de su hijo Don Martín, y llevado, no a Coyoacan conforme había sido voluntad de Cortés, sino al convento de San Francisco, en Tetzcoco, donde descansaba al lado de un hijo y de su madre Doña Catalina Pizarro. En 1629 volvieron a ser removidos los restos de Cortés, y cuando murió Don Pedro, cuarto marqués del Valle, determinaron las autoridades de México llevarlos a la iglesia de San Francisco de esta capital. La ceremonia se hizo con toda la solemnidad acostumbrada en tales casos. Se formó una procesión militar y religiosa, a cuya cabeza iba el Arzobispo; acompañábanle las principales autoridades de la Iglesia y del Estado, las Cofradías con sus banderas respectivas, las Órdenes religiosas y los Oidores. La urna que encerraba las cenizas de Cortés estaba cubierta de un paño negro y la llevaban los jueces de los tribunales reales. De uno y otro lado del féretro iban dos hidalgos con armadura completa; el uno llevaba un estandarte enteramente blanco, donde estaban bordadas de oro las armas de Castilla; y el de la izquierda, una bandera de terciopelo negro con el escudo de

entender que a la sazón tenía sesenta años; mas, probablemente, no quiso ser tan exacto, que hablase de año exacto. Gomara confirma que Cortés nació en 1485. (*Crónica*, cap. I.) y Bernal Díaz lo confirma, pues nos cuenta que Cortés solía decir que cuando vino a México la primera vez, tenía treinta y cuatro años de edad. (*Hist. de la Conquista*, cap. CCV.) Esto concuerda con lo que digo en el texto.

(1) Noticias del Archivero de la Santa Iglesia de Sevilla, M. S.

armas de la casa de Cortés, bordado de igual manera. Delante del cuerpo venía el virrey acompañado de multitud de hidalgos españoles, y tras el cuerpo marchaba un batallón de infantería armado de picas y arcabuces, y cuyas banderas arrastraban por el suelo. En medio de esta pompa fúnebre, al son de una música melancólica y al toque de una caja destemplada, se encaminó la procesión a paso lento, hacia la ciudad, cuyas puertas se abrieron para recibir los restos mortales del héroe que un siglo antes la había asombrado con sus prodigios de valor.

Mas sus huesos no debían quedar allí en quietud, en 1794 se les llevó al hospital de Jesús Nazareno; lugar más adecuado, pues era el mismo establecimiento que bajo el nombre de Nuestra Señora de la Concepción había fundado y dotado, y que había sido hasta entonces administrado con arreglo al noble objeto de su fundación; lo que es muy frecuente en casas de caridad de este género. Las cenizas del guerrero fueron depositadas en una urna de cristal, asegurada con láminas y barras de plata y puestas en la capilla donde se levantó un monumento sencillo, en que estaban grabadas las armas del conquistador y que remataba en un busto ejecutado en bronce por Tolsa, escultor digno de los mejores tiempos de las artes (1).

Desgraciadamente para México, no acaba aquí la historia. En 1823 la plebe patriota de esta capital, en conmemoración de la era de la Independencia y por odio a los primeros españoles, se disponía a abrir la tumba de Cortés y a arrojar al viento sus cenizas. Las autoridades se rehusaron a intervenir, mas las personas de la familia, según se refiere comúnmente, enterraron secretamente la urna que en-

(1) Todos estos pormenores se encontrarán en el Apéndice, parte 2, número 16.

cerraba los restos de Cortés e impidieron que se cometiese un sacrilegio que habría echado en el escudo de la bella ciudad de México una mancha indeleble. Humboldt notaba, hacía cuarenta años, que se podía atravesar toda la América, desde Buenos Aires hasta Monterrey, sin encontrar en ninguna parte monumento nacional alguno levantado, por la gratitud, en honor de Hernán Cortés, ni de Cristóbal Colón (1).

¡Pero estaba reservado a nuestros días presenciar el conato de violar el reposo de los muertos y de insultar sus reliquias! Sin embargo, los que meditaron este ultraje no fueron los descendientes de Moteuczoma, ansiosos de vengar los pasados ultrajes y vindicar los derechos de su legítima herencia; ¡fueron los descendientes y compatriotas de los antiguos conquistadores! ¡Fueron aquellos que debieron al derecho de conquista sus títulos sobre el suelo que pisaban!

Cortés no tuvo hijos en su primer matrimonio. Del segundo, dejó cuatro: un varón, D. Martín, heredero de sus honores y de persecuciones aún más crueles que las de su padre (2), y tres hijas, que casaron brillantemente. También dejó varios hijos naturales, a los cuales enumera en su testamento y a quienes deja un legado suficiente. Dos

(1) *Essai politique*, t. II, pág. 60.

(2) Don Martín Cortés, segundo marqués del Valle, fué acusado lo mismo que su padre, de haber intentado hacerse independiente de España. Sus hermanos naturales, don Martín y don Luis, fueron envueltos en la misma acusación, y el primero de ellos condenado al tormento, como lo hemos dicho en otra parte. Otros varios amigos suyos, a los que se acusaba también de traición, fueron decapitados. El marqués y su familia se refugiaron a España, donde se practicó la averiguación; durante la cual, que duró desde 1567 a 1574, fueron confiscados sus Estados de México. Al fin fué declarado inocente y se le volvieron; mas con grande detrimento, por lo mal que durante el secuestro habían sido administrados por los empleados reales.

de ellos, don Martín, el hijo de doña Marina, y don Luis, llegaron a obtener grandes distinciones y a ser *comendadores* de la Orden de Santiago.

La línea masculina de los Marqueses del Valle se extinguió en la cuarta generación. El título y las posesiones pasaron a una hembra, y por el entroncamiento de ésta, pasaron a la Casa de Terranova, descendiente del Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba. A consecuencia de otro enlace posterior, pasaron a la familia del Duque de Monte Leone, noble napolitano.

El actual dueño de aquellos honores, propios de príncipe, y de tan vastos dominios, esparcidos por el Nuevo y el Antiguo Mundo, vive en Sicilia y puede vanagloriarse de lo que pocos príncipes pueden preciarse, de descender de dos de los más ilustres capitanes del siglo xvi: el Gran Capitán y el Conquistador de México.

La historia personal de Cortés ha sido tan minuciosamente detallada en la precedente narración, que apenas es necesario hablar de los rasgos más prominentes de su carácter. La historia de la Conquista es, como ya lo he hecho notar, la de Cortés, que fué, por decirlo así, no sólo el alma, sino aun el cuerpo de aquella empresa, pues en todas partes estuvo presente: en lo más reñido de los combates, dirigiendo la construcción de las fortificaciones, usando de la espada o del mosquete, conduciendo a los soldados y, a veces, guiando su frágil navecilla. Las negociaciones, las intrigas, la correspondencia, todo es conducido por él, y como César, escribió sus propios comentarios en el calor de las terribles escenas que forman su asunto. Su carácter está formado de cualidades opuestas y, en apariencia, incompatibles. Era avaro y al mismo tiempo liberal; audaz, hasta la desesperación, y, sin embargo, cauto y receloso; magnánimo y astuto; cortés y afa-

ble en el trato, y severo hasta la inflexibilidad; laxo en su moral y, sin embargo (bien que esto no es raro), devoto y supersticioso. Mas el rasgo primero de su carácter, es la constancia, una constancia que ni se arredraba ante el peligro, ni se entibiaba por el desengaño, ni se cansaba por los reveses y contratiempos.

Era Cortés un eaballero errante, en la acepción literal de la palabra. Entre todos los aventureros que España lanzó en el siglo xvi a la carrera de los descubrimientos y las conquistas, ninguno era más romancesco que Hernán Cortés. Los peligros y las dificultades, lejos de desanimarlo, parece que tenían para él un grato atractivo y que aun eran precisos para hacerle sentir interiormente toda la fuerza de que estaba dotado. Luchaba con ellos desde el principio y aun se puede decir que acometía sus empresas por el lado más difícil.

Desde el primer momento que pisó la tierra de México, concibió el proyecto de conquistarla; luego contempló su poderío y su civilización y no por eso desistió de aquel proyecto. Cuando se vió atacado con ventaja por Narváez, no renunció a su plan, y después de arrojado desastrosamente de la capital, todavía acariciaba su idea primera. Ya hemos visto de qué manera logró llevarla a cabo. Después, en los pocos años de descanso que se siguieron a la conquista, su espíritu emprendedor le sugirió el viaje peligroso por los pantanos de Chiapas, y pasando otro intervalo, le llevó a buscar fortuna en el proceloso Golfo de California. Finalmente, viendo que ya no quedaba para él otro Continente que conquistar, propuso al Emperador equipar una flota a sus propias expensas, y llevarla a las Molucas para subyugar aquellas islas y añadirlas a los dominios de Castilla (1).

(1) Yo me ofrezco a descubrir por aquí toda la Especería y otras

Este espíritu de caballería errante no nos debe hacer desconocer sus tamaños para general y mirarle simplemente como un aventurero afortunado; esto sería sumamente injusto, porque Cortés era ciertamente un gran general, si por tal debe entenderse a aquel que, con sólo los recursos que le sugiere su ingenio, consuma grandes empresas. Seguramente, no hay ejemplo de una que se haya llevado a cabo con recursos, en apariencia, tan desproporcionados; hasta el punto de poderse decir, con verdad, que Cortés no contó con los de nadie, si no es con los suyos propios. Si al buen éxito de sus campañas contribuyeron algunas tribus de indios, él es quien supo ganárselas; él quien supo suspender el brazo que estaba pronto a descargarle un golpe mortal, y el que lo hizo pugar en su ayuda. Él venció a los tlascaltecas y los convirtió en sus decididos auxiliares; derrotó a los soldados de Narváez, y de esta suerte duplicó sus fuerzas. Cuando todos los suyos le abandonaban, él solo se bastaba a sí mismo; él sometió a la multitud a su voluntad y la obligó a obrar, tan de concierto, como si fuera un solo hombre.

Él llegó a tener bajo sus órdenes el conjunto de hombres más heterogéneo y raro. En sus filas militaban aventureros de Cuba y las otras islas, sedientos de oro; hidalgos que venían de la madre patria en busca de fama y laureles; caballeros arruinados que esperaban mudar de fortuna en el Nuevo Mundo; los reclutas de Narváez y sus antiguos vete-

islas si hubiere cerca de Molucas o Melaca y la China, y aun dar tal orden, que V. M., no aiga la Especería por vía de rescate, como la ha el rey de Portugal, sino que la tenga por cosa propia, y los naturales de aquellas islas le reconozcan y sirvan como a un rey señor natural, porque yo me ofrezco con el dicho aditamento de enviar a ellas tal armado o ir yo con mi persona, por manera que las sojuzgue y pueble. Carta Quinta, M. S.

ranos, hombres que casi no tenían punto de contacto y que ardían siempre en celos y se dividían en facciones; tribus salvajes de casi todas las provincias del continente, tribus enemigas desde la cuna, animadas del deseo de degollarse las unas a las otras, y de adquirir víctimas para sus sacrificios; hombres, en fin, diferentes por la raza, la lengua y el interés y que no tenían nada de común ni de semejante. ¡Y, sin embargo, tales hombres vivían en un solo campamento, obedecían a la voluntad de uno solo, caminaban de concierto, respiraban, por decirlo así, el mismo espíritu y se movían por un principio común! En este maravilloso poder que tenía Cortés sobre las masas divergentes que seguían sus banderas, es en lo que se reconoce el genio de aquel Gran Capitán, no menos que en la felicidad de sus proezas militares.

El influjo que ejercía en los soldados era una consecuencia natural de la confianza que tenían de su habilidad; mas también debe atribuírse a sus modales populares, a esa mezcla rara de severidad y familiaridad que le hacía tan idóneo para dirigir a una turba desenfrenada de aventureros, y que acaso no habría sido propia para mandar con todo el aparato imponente de general de un ejército regularizado. Él había entrado con su soldadesca en una aventura común para todos y bajo cierto pie de igualdad, a causa de que no debía su autoridad a ningún título legal.

Mas al mismo tiempo que tenía esta libertad y familiaridad con sus subordinados, jamás les permitía faltar a la obediencia ni quebrantar la más estricta disciplina. Cuando estuvo elevado a más altas dignidades, aunque usaba un porte adecuado a ellas, admitía en su trato a sus antiguos veteranos.

«Él prefería, dice Díaz, que le llamásemos Cortés, más bien que de ninguna otra manera, y con razón, prosigue

el viejo soldado, porque el nombre de Cortés es en nuestros días tan famoso como el de César entre los romanos o el de Annibal entre los cartagineses.» (1) En el último acto de su vida mostró iguales consideraciones hacia sus antiguos camaradas, pues legó una suma para pagar misas por las almas de los que habían militado con él en las campañas de México y habían perecido (2). Su carácter ha sido, sin quererlo, trazado por la mano de un maestro:

También a veces el altivo jefe
Se dignaba asistir a los festines
Del humilde soldado; que aunque era
El más altivo entre la altiva gente,
Con blando trato subyugar sabía
El rudo corazón del veterano.

Con gozo era seguida la bandera
Del caudillo feliz, en cuya frente

(1) La comparación con Annibal es más exacta de lo que probablemente se imaginaba el veterano. La descripción que hace Livio del guerrero cartaginés es admirablemente aplicable a Cortés. «Plurimum audaciae ad pericula cepessenda, plurimum concilii inter ipsa pericula erat; nullo labore aut corpus fatigari, aut animus vinci poterat. Caloris ac frigoris patientia par; cibi potionisque desiderio naturali, non voluptate, modus finitus: vigiliarum somnique nec die nec nocte discriminata temporat.

»Id quod gerendis rebus superesse quieti datum: ea neque molistrato, neque silentio arcessita. Multi saepe militari sagulo opertum, humi jacentem, inter custodias nationesque militum, conspexerunt. Vestibus nihil inter aecuales excellens; atque equi conspiciebantur, Equitum peditumque idem longe primus erat princeps in praelium iba; ultimus conserto praelio excedebat.» (*Hist.*, lib. 21, sec. 5.)

El lector que se acuerde de Guatimotzin, acaso opinará que el estrato debía abrazar también la «perfidia plusquam Punica», de que se habla en la sentencia subsecuente.

(2) Testamento de H. Cortés, M. S.

La lisura marcial se retraba;
Cuya mano era siempre generosa.

Del vino amigo y a las trovas dado;
El primero en subir a una muralla
Y en acudir a la amorosa cita,
Guerrero tal sus vencedoras huestes
Podía llevar desde la ardiente arena
Del Arabia abrasada, hasta los yelos
En que está envuelto el aterido polo.

Sin violencia pudiera avenirse a Cortés este retrato de Marmión. No era este un conquistador vulgar: no lo era por mera ambición de conquista. Si destruyó la antigua capital de los aztecas fué por levantar sobre sus ruinas otra metrópoli más magnífica: si devastó la tierra y arrasó con sus instituciones, empleó todo el tiempo de su gobierno en buscar el modo de introducir otra cultura más perfecta y otra civilización más adelantada. En todas sus expediciones procuraba estudiar los recursos físicos de los países que recorría, sus costumbres y organización social; y a sus tenientes les encargaba muy particularmente que cuidasen de informarse acerca de todos estos puntos. Codiciaba el oro, como casi todos los aventureros que vinieron a la Nueva España; mas no para atesorarlo estérilmente, ni para disiparlo en un lujo vano y estéril, sino para tener con que subvenir a los gastos de nuevas y gloriosas empresas; prueba de ello la costosa expedición al Golfo de California. No llevaba por objeto únicamente el lucro: díganlo las varias tentativas que hizo por descubrir una comunicación entre el Pacífico y el Atlántico. En medio de sus planes de ambición se descubría cierto amor a la ciencia, que en parte era debido a la superioridad de su talento, y en parte a su primera educación. Ciertamente apenas era posible

que con aquel carácter inquieto, fogoso, hubiese podido hacer grandes adelantos en las aulas; mas de allí sacó ciertos hábitos escoásticos y cierta tintura científica, que no era raro encontrar en los hidalgos de aquel tiempo y que fecundaba sus facultades mentales. Sus relaciones o cartas están escritas con tal simplicidad y elegancia, que bien merecen figurar al lado de los Comentarios de César. No es fácil encontrar en los escritos de aquel tiempo, ninguno que con más concisión dé ideas más cabales, no sólo de los acontecimientos, sino aun del carácter de los países conquistados.

Cortés no era cruel, al menos comparado con los que siguieron su camino férreo, porque la carrera de un conquistador es preciso que quede regada de sangre. Verdad es que el nuestro no se paraba en escrúpulos para realizar sus proyectos: arrollaba con cuantos obstáculos se le oponían, y su alma está oscurecida por más de un hecho que ni sus más entusiastas panigiristas se han atrevido a justificar.

Mas no era cruel por mera crueldad: no permitía que se ultrajase a enemigos indefensos, lo cual parecerá que es pequeña alabanza, más que ciertamente forma una excepción de la conducta que generalmente seguían los conquistadores de entonces, y que es aún una especie de adelanto para aquel tiempo. Aun se pudiera añadir que era severo en exigir el cumplimiento de las órdenes destinadas a proteger las personas y propiedades de los conquistados; lo cual no era poco arriesgado teniendo que luchar con una turba desenfrenada y licenciada. Después de la conquista planteó el sistema de repartimientos, mas lo mismo hizo Colón. Por otra parte, procuró introducir cierta regularidad, y reformas que mejoraban la condición de los naturales. La mejor apología que se puede hacer de su

conducta sobre esta materia, es la deferencia que para con él tenían los indios y la confianza con que apelaban a él en todos sus trabajos y necesidades.

En la vida privada parece que poseía el arte de atraerse a sí a todas las personas que lo rodeaban. Lo fuerte de este afecto se muestra a cada página de la historia de Bernal Díaz, no obstante que ésta fué escrita para vindicar los derechos de los soldados; derechos menoscabados por las pretensiones del general. Parece también que durante su primer matrimonio vivió feliz en su humilde retiro de Cuba; y si hemos de juzgar por las expresiones de su testamento, miraba a su segunda mujer con amor y confianza. Sin embargo, no está exento del cargo de licenciosa galantería que formaba parte del carácter de todos los aventureros militares de aquel tiempo. Según los muchos pleitos y litigios en que anduvo, parece que era irritable y pendenciero; bien que debe excusarse esta irascibilidad en un hombre acostumbrado por mucho tiempo a mandar sin sujeción, y contrariado después por todos los embarazos que le ponían almas pequeñas, incapaces de comprender la nobleza de carácter de tan grande hombre. «Él creyó, dice un escritor eminente, acallar a sus enemigos con el brillo de la gloriosa carrera en que había entrado; y no reflexionó que precisamente la grandeza y rapidez de sus triunfos es lo que le había suscitado tantos enemigos.» (1) Sus gloriosas empresas y sus esfuerzos recibían por recompensa la ingratitud y la sospecha, la calumnia de que defraudaba los tesoros del Rey y de que aspiraba a revelarse contra su soberano. Con todo, aunque concedamos el fundamento de la mayor parte de las quejas de Cortés, considerando el tono plañidero de su correspondencia y la

(1) Humboldt, *Essai politique*, t. II, pág. 267.

frecuencia de sus litigios, naturalmente ocurre la sospecha de que muchas de esas quejas eran hijas de su excesiva sensibilidad aun a las más leves ofensas, o de sus nimios celos por imaginarios agravios.

Fáltanos aún hablar de otro rasgo distintivo de este hombre extraordinario; de su devoción, el defecto de la época, porque no se puede menos de llamarla un defecto (1). Cuando vemos elevar al cielo implorando su bendición sobre la justa causa una mano enrojecida con la sangre de los asesinados indios, no sólo experimentamos disgusto, sino que aun dudamos de la sinceridad de aquel acto. Esta sospecha es, sin embargo, injusta; reportémonos como debemos hacerlo, a aquel tiempo, el de las Cruzadas, y veremos que todo soldado español, por sórdidos y egoistas que fuesen los motivos de su conducta, se creía soldado de la cruz; muchos de ellos habrían muerto por esta causa, y quien quiera que haya leído la correspondencia de Cortés, o que mejor que esto haya estudiado su vida militar, conocerá que él habría sido el primero en dar su vida en defensa de la fe. Más de una vez puso en peligro su vida y su fortuna, y lo que es más, todo el buen éxito de sus empresas, sólo por la manera impolítica y prematura con que quería efectuar la conversión de los indios (2). Hoy que el espíritu

(1) Cavo refiere una anécdota extraordinaria que prueba la devoción (¿no pudiera decirse más bien la política?) de Cortés. «En México», dice el historiador, «se cuenta generalmente que después de la Conquista mandó que todos los domingos y fiestas de guardar se asistiese a la explicación de las Escrituras. Un día se olvidó el general de cumplir con esta orden, y después de escuchar humildemente la reprehensión de un sacerdote, se sujetó, con edificante humildad, a la pena de ser azotado, lo que causó indecible admiración a los indios». (*Historia de los Tres Siglos*, t. I, pág. 151.)

(2)

Al rey infinitas tierras.

Y a Dios infinitas almas,

del cristianismo está purificado, parecerá difícil conciliar tantos agravios hechos a la moral con el celo sincero por la religión, mas esta se reducía entonces a estudiadas ceremonias; entonces con tal de observar estrictamente las formas, no importaba que se evaporase el espíritu, la mente ocupada enteramente en los modos, pensaba poco en la sustancia. En un culto que habla demasiado a los sentidos sucede muchas veces que la moral se divorcia de la religión, y que la rectitud se mide más bien según las creencias que según las acciones.

En la primera parte de mi obra he dado idea de la persona de Cortés (1). No será inoportuno terminar esta breve ojeada sobre su carácter, copiando lo que acerca de sus hábitos y modo de vivir nos dejó escrito Bernal Díaz, el antiguo cronista que nos ha acompañado en todo el curso de nuestra narración, y que nos va a ayudar a concluirla. Nadie mejor que él conoció a Cortés, y si bien el objeto de la obra es notoriamente adverso al conquistador, sin embargo, esta desventaja está contrapesada por el personal afecto que le profesaba Díaz y por el *espíritu de cuerpo* que le hace envanecerse con el recuerdo de la fama de su general:

«Fué de buena estatura y cuerpo, y bien proporcionado, y membrudo, y la color de la cara tiraba algo a la cenicienta, e no muy alegre: y si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves: las barbas tenía algo prietas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas, y el pecho alto y la espalda de buena ma-

dice Lope de Vega, recordando en esta coplilla la doble gloria de Cortés. Bajo este aspecto se veía la conquista por todo español devoto, en el siglo xvi.

(1) Véase antes el t. I, pág. 176.

nera, y era cenceño y de poca barriga y algo extenuado, y las piernas y muslos bien sacados y era buen jinete y diestro en todas armas, así a pie como a caballo, y sabía muy bien menearlas, y sobre todo corazón y ánimo, que es lo que hace al caso. Oí decir que cuando mancebo en la isla Española fué algo travieso sobre mujeres, e que se acuchillaba algunas veces con hombres esforzados y diestros, y siempre salió con victoria, y tenía una señal de cuchillada cerca de un bezo debajo, que si miraban bien en ello se le parecía, mas cubríanselo las barbas, la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas cuestiones. En todo lo que mostraba, así en su presencia y meneo, como en pláticas y conversación y en comer y en vestir, en todo daba señales de gran Señor» (1).

Los vestidos que se ponía, eran según el tiempo y usanza, y no se le daba nada de no traer muchas sedas, ni damascos, ni rasos, sino llanamente y muy pulido; ni tampoco traía cadenas grandes de oro, salvo una cadenita de oro de prima hechura con un joyel con la imagen de Nuestra Señora la Virgen de Santa María con su Hijo precioso en los brazos, y con un letrero en latín en lo que era de Nuestra Señora; y de la otra parte del joyel el Señor San Juan Bautista con otro letrero y también tenía en el dedo un anillo muy rico con un diamante, y en la gorra, que entonces se usaban de terciopelo, traía una medalla y no me acuerdo el rostro, que en la medalla traía figurado la letra del, mas después el tiempo andando siempre traía gorra de paño sin medalla. Servíase ricamente como gran señor, con dos maestresalas y mayordomos y muchos pajes, y todo el servicio de su casa muy cumplido, e grandes vajillas de plata y de oro.

(1) Lo mismo dice Gomara. «Vestía muy pulio y rico era hombre limpísimo». *Crónica*, cap. CCXXX.

Comía a medio día bien, y bebía una buena taza de vino aguado, que cabría un cuartillo, también cenaba y no era nada regalado, ni se le daba nada por comer manjares delicados ni costosos, salvo cuando veía que había necesidad que se gastase o los hubiese menester (1). Era muy afable con todos nuestros capitanes y compañeros, especial con los que pasamos con él de la Isla de Cuba la primera vez, y era latino, y oí decir que era Bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados y hombres latinos, respondía a lo que le decían en latín.

Era algo poeta, hacía coplas en metros y en prosa; y en lo que platicaba, lo decía muy apacible y con muy buena retórica, y rezaba por las mañanas en unas Oras y oía misa con devoción; tenía por su muy abogada a la Virgen MARÍA Nuestra Señora, la cual todo fiel cristiano la debemos tener por nuestra intercesora y abogada (2) y tenía a Señor San Pedro, Santiago, y al Señor San Juan Bautista, y era limosnero.

Cuando juraba, decía: En mi conciencia; y cuando se enojaba con algún soldado de los nuestros, sus amigos, le decía: O mal pese a vos; y cuando estaba muy enojado, se le hinchaba una vena de la garganta y otra de la frente, y en algunas veces de muy enojado, arrojaba una manta, y no decía palabra fea ni injuriosa a ningún capitán ni soldado, y era muy sutrido, porque soldados hubo muy desconsiderados que decían palabras muy descomedidas, y no les respondía cosa muy sobrada ni mala, y aunque había materia para ello, lo más que decía era: Callad o idos con

(1) «Fué muy grande comedor y templado en el beber teniendo abundancia. Sufrió mucho el hambre con necesidad.» Ibidem, *ubi. supra*.

(2) «Grandísimo limosnero; daba cada un año 1.000 ducados de limosna ordinaria.» Ibid., *ubi. supra*.

Dios, y de aquí adelante tened más miramiento en lo que dijéredes, porque os costará caro por ello, e os haré castigar. Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra, que por más consejo y palabras que le decíamos sobre cosas desconsideradas, que nos mandaba dar cuando rodeamos los pueblos grandes de la laguna, y en los Peñoles que ahora llaman del Marqués, le dijimos que no subiésemos arriba en unas fuerzas y Peñoles, sino que les estuviésemos cercados por causa de las muchas galgas que dende lo alto de la fortaleza venían derriscando, que nos echaban, porque era imposible defendernos del golpe e ímpetu con que venían, y era aventurarnos todos a morir, porque no bastaría esfuerzo, ni consejo, ni cordura, y todavía porfió contra todos nosotros, y hubimos de comenzar a subir, y corrimos harto peligro, y murieron diez o doce soldados, y todos los más salimos descalabrados y heridos, sin hacer cosa que de contar sea, hasta que mudamos otro consejo. Y demás de esto, en el camino que fuímos a las Higueras, o a lo de Cristóbal de Olí, cuando se alzó con la armada, yo le dije muchas veces que fuesemos por las sierras, y porfió que mejor era por la costa, y tampoco acertó; porque si fuéramos por donde yo decía, era toda la tierra poblada. Y para que bien lo entienda quien lo ha andado, es en Cuacalco, camino derecho de Chiapa, y de Chiapa, a Cuatimala, y de Cuatimala a Naco, que es adonde en aquella sazón estaba el Cristóbal de Olí. Dejemos esta plática, y diré que cuando luego venimos con nuestra armada a la Villa Rica, y comenzamos a hacer la fortaleza, el primero que cavó y sacó tierra en los cimientos fué Cortés, y siempre en las batallas le vi que entraba en ellas juntamente con nosotros. Comenzaré a decir en las batallas de Tabasco, que él fué por capitán de los de a caballo y peleó muy bien.

Vamos a la Villa Rica, ya he dicho acerca de lo de la fortaleza. Pues en dar, como dimos, con trece navíos al través por consejo de nuestros valerosos capitanes y fuertes soldados, y no como dice Gomara. Pues en las guerras de Tlaxcalan en tres batallas se mostró muy esforzado capitán. Y en la entrada de México con cuatrocientos soldados, cosa es de pensar en ello, y más tener atrevimiento de prender al gran Moteuczoma dentro de sus palacios, teniendo tan grandes números de guerreros, y también digo que lo prendimos por consejo de nuestros capitanes y de todos los más soldados. Y otra cosa que no es de olvidar de la memoria, el quemar delante de sus palacios a capitanes de Moteuczoma, porque fueron en la muerte de un nuestro capitán, que le decían Juan de Escalante y de otros siete soldados, de los cuales capitanes indios no me acuerdo de sus nombres, poco va en ello, que no hace a nuestro caso. Y también, que atrevimiento y osadía fué que con dádivas y joyas de oro y por buenas mañas y ardidés de guerra que se dió contra Pánfilo de Narváez, capitán de Diego Velázquez que traía sobre mil y trescientos soldados, contados en ellos hombres de la mar, y traía noventa de a caballo y otros tantos ballesteros y ochenta espingarderos que así se llamaban, y nosotros con doscientos y sesenta y seis compañeros, sin caballos, ni escopetas, ni ballestas, sino solamente nuestras picas y espadas y puñales y rodela los desbaratamos y prendimos a Narváez. Pasemos adelante, y quiero decir que cuando entramos otra vez en México al socorro de Pedro de Alvarado, y antes que saliésemos huyendo cuando subimos en el alto de Cu de Huichichilobos, vi que se mostró muy varón, puesto que no nos aprovecharon nada sus valentías ni las nuestras. Pues en la derrota y muy nombrada guerra de Otumba, cuando nos estaban esperando toda flor y valientes guerreros mexicanos, y

todos sus sujetos para nos matar allí. También se mostró muy esforzado cuando dió un encuentro al capitán y alférez de Guatemuz, que le hizo abatir sus banderas, y perder el gran brío de su valeroso pelear de todos sus escuadrones, con tanto esfuerzo como peleaban, y después de Dios, nuestros esforzados capitanes que le ayudaban, que fué Pedro de Alvarado e Gonzalo de Sandoval, y Cristóbal de Olí y Diego de Ordas e Gonzalo Domínguez y un Lares e Andrés de Tapia, y otros esforzados soldados que aquí no nombro de los que no teníamos caballos, y de los de Narváez también ayudaron muy bien; y quien luego mató al capitán del estandarte, fué un Juan de Salamanca, natural de Ontiveros, y le quitó un rico penacho y se le dió a Cortés. Pasemos a adelante y diré: que también se halló Cortés juntamente con nosotros en una batalla bien peligrosa en lo de Iztapalapa, y lo hizo como buen capitán. Y en lo de Suchimilco, cuando le derribaron los escuadrones mexicanos del caballo, y le ayudaron ciertos tlaxcaltecas nuestros amigos, y sobre todos un nuestro esforzado soldado, que se decía Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja (tengan atención a esto que diré), que uno era Cristóbal de Olí, que fué Maese de Campo, y otro es Cristóbal de Olea; y esto declara aquí, porque no arguyan sobre ello, y no digan que voy errado. También se mostró Cortés muy esforzado, cuando sobre México estábamos, y en una calzadilla le desbarataron los mexicanos, y le llevaron a sacrificar sesenta y dos soldados, y a Cortés le tenían engarrafado para le llevar a sacrificar, y le habían herido en una pierna. y quiso Dios que por su buen esfuerzo y pelear, y porque le socorrió el mismo Cristóbal de Olea, que fué el que la otra vez en Suchimilco le libró de los mexicanos y le ayudó a cabalgar, y salvó a Cortés la vida, y el esforzado Olea quedó allí muerto con los demás que

dicho tengo, y ahora que lo estoy escribiendo, se me representa la manera y proporción de la persona del Cristóbal de Olea y de su gran esfuerzo, y aun se me pone tristeza por ser de mi tierra y deudo de mis deudos. No quiero decir otras muchas proezas y valentías que hizo nuestro Marqués del Vaile, porque son tantos y de tal manera, que no acabaré tan presto de los relatar, y volveré a decir de su condición, que era muy aficionado a juegos de naipes e dados, y cuando jugaba era muy afable en el juego, y decía ciertos remoquetes que suelen decir los que juegan a los dados. Era muy cuidadoso en todas las conquistas que hicimos, y muchas noches rondaba y andaba requiriendo las velas; y entraba en los ranchos y aposentos de nuestros soldados, y al que hallaba sin armas o estaba descalzo los alpargates, le reprendía y le decía que a la oveja ruin le pesaba la lana, y le reprendía con palabras agrias.

Cuando fuimos a las Higueras, vi que había tomado una maña o condición que no solía tener en las guerras pasadas: que cuando comía, si no dormía un sueño, se le revolvió el estómago y rebotaba y estaba malo, y por excusar este mal, y cuando íbamos camino, le ponían debajo de un árbol o otra sombra una alfombra que llevaban a mano para aquel efecto o una capa, y aunque más sol hiciese o lloviese, no dejaba de dormir un poco y luego caminar. Y también vi que cuando estábamos en las guerras de la Nueva España, era cenceño y de poca barriga, y después que volvimos de las Higueras, engordó mucho y de gran barriga.

Y también vi que se paraba la barba prieta, siendo de antes que blanqueaba. También quiero decir, que solía ser muy franco cuando estaba en la Nueva España y la primera vez que fué a Castilla; y cuando volvió la segunda vez,

en el año de mil quinientos cuarenta, le tenían por escaso, y le puso pleito un su criado que se decía Ulloa, hermano de otro que mataron, que no le pagaba su servicio; y también, si bien se quiere considerar y miramos en ello, después que ganamos la Nueva España, siempre tuvo trabajos, y gastó muchos pesos de oro en las armadas que hizo; en la California ni ida a las Higueras, tuvo ventura, ni en otras cosas desde que acabó de conquistar la tierra, quizás para que la tuviere en el Cielo, e yo lo creo así, que era un buen caballero y muy devoto de la Virgen y del Apóstol San Pedro y de otros Santos. Dios le perdone sus pecados y a mí también, y me dé buen acabamiento, que importan más que las conquistas y victorias que hubimos de los indios.» (1)

Tal es el retrato que, trazado por el pincel más fiel, nos ha quedado de Hernán Cortés, el Conquistador de México.

(1) *Historia de la Conq.*, cap. CCIII.

APÉNDICE

NOTICIAS PRELIMINARES

El siguiente ensayo estaba destinado a completar la introducción, a la cual pertenece propiamente, y fué escrito tres años ha, juntamente con aquella parte de la obra. Desde entonces no sé que se haya publicado ninguna cosa de importancia sobre este punto, sino es el «Tratado sobre las Antigüedades Mexicanas,» de Mr. Bradford; mas respecto de la arquitectura americana, han esparcido nueva luz las dos obras de Mr. Stephen que contienen la relación de un viaje a la América Central y a Yucatán y especialmente la última; de suerte que este punto antes tan imperfectamente conocido, está hoy suficientemente esclarecido para ayudarnos a buscar el origen probable de los misteriosos monumentos de Yucatán. Falta únicamente que las exquisitas láminas de Mr. Catherwood sean publicadas en un tamaño mayor, como el de las obras análogas que han visto la luz en Francia e Inglaterra, para que se representen a la vista esas magníficas ruinas, más exactamente de lo que se puede hacer en una reducida página en octavo.

Mas no obstante la importancia de las indagaciones de

Mr. Stephen, no me han servido para alterar el plan primitivo de este ensayo, ni me he fundado en su autoridad, para llegar a las conclusiones que juzgo exactas: estas me las ha sugerido el estudio de las relaciones de Dupaix Waldek, y de las magníficas láminas que representan las ruinas del Palenque y Uxmal; dos de los principales puntos que ha estudiado Mr. Stephen. Los nuevos hechos que éste ha podido observar en el vasto campo que acaba de recorrer, lejos de invalidar mis conclusiones, las corroboran más y más.

He estudiado esas ruinas con la única mira de ver si ellas podrían darme alguna luz sobre su origen, o si era posible, sobre el de la civilización americana. El lector puede ver, comparando mis reflexiones con las que hace Mr. Stephen en los capítulos finales de sus dos viajes, que son idénticos por lo tocante al origen y antigüedad probables de las mencionadas ruinas.

Cuando por vías tan diversas se llega a unos mismos resultados, estos reciben una confirmación. Aunque el lector encontrará en mi ensayo algunas cosas que yo habría alterado, si hubiese conocido cuando lo escribí, las obras que después se han publicado, sin embargo, he preferido no tocar a los cimientos en que descansa mi obra, ni menos-cabar el valor que tiene (si es que tiene alguno) como autoridad distinta e independiente de los demás.

PARTE PRIMERA

ORIGEN DE LA CIVILIZACIÓN MEXICANA.—SU ANALOGÍA CON LA DEL ANTIGUO MUNDO.

Cuando los europeos tocaron en las playas de América, es como si hubiesen llegado a otro planeta; tan diverso así era todo lo que veían, de lo que siempre habían visto. Conocieron entonces multitud de plantas y especies de animales, de que antes no tenían idea; y el hombre, el señor de todo lo creado, era también nuevo y extraño por su complexión, lengua e instituciones (1). En suma, la América era exactamente lo que con énfasis llamaron un Nuevo Mundo. Enseñados por la fe que profesaban, a considerar a todos los hombres como descendientes de un solo tronco, experimentaron las más vivas dudas en cuanto a la manera con que habrían sido pobladas estas distantes y apartadas regiones. Igual curiosidad aquejaba a sus compatriotas del otro lado de los mares, y todos los literatos europeos ago-

(1) Los nombres de muchos de los animales del Nuevo Mundo, han sido tomados de los del Antiguo; mas las especies son muy diferentes. Un eminente naturalista dice: «cuando los españoles desembarcaron en América, no encontraron ni un solo animal que conociesen; ni uno de los cuadrúpedos de Europa, Asia o África». Lawrence. *Lecciones sobre la fisiología, zoología e historia natural del hombre*. (Londres, 1819, pag. 250.)

taban las fuerzas de su espíritu en busca del modo mejor de resolver este interesante problema:

Algunos, fundados en la existencia de animales, imaginaron que los dos continentes habrían estado unidos por el Norte, de manera que se comunicasen fácilmente el uno y el otro (1). Otros, tropezando en la dificultad de transportar habitantes de los trópicos a regiones polares, revivieron la antigua opinión del Atlante de Platón, o de la enorme isla sumergida ahora bajo las aguas, que un tiempo se extendía desde las costas de África, hasta las orientales del nuevo continente; ellos veían los vestigios de esta gran convulsión de la naturaleza, en las islas esparcidas por todo el Pacífico, y que consideraban como las cúspides de otras tantas montañas de un vasto continente, sepultado ahora bajo los mares (2).

Algunos, no creyendo en estas catástrofes geológicas de que no había ninguna memoria, suponían que los animales habían venido a este continente atravesando el Océano por diversos medios; las aves de alto vuelo, hendiendo los aires por la distancia más corta; los cuadrúpedos domesticados, con los primeros pobladores; y las fieras como tigres, osos y otros semejantes, también de esta suerte, transportados cuando jóvenes para diversión y recreo de aquellos (3). Otros, sostenían la opinión (igualmente probable que la anterior), de que los ángeles que cuidaron de la preservación de la Arca, cuidarían igualmente de distribuir

(1) Acosta, lib. 1.^o, cap. XVI.

(2) El Conde Carili desplega mucha sagacidad e instrucción en defender la famosa tradición egipcia que refiere en su *Timaeus-Platon*, de cuya buena fe no muestra ninguna desconfianza el filósofo italiano. (*Cartas Americanas*, t. II, cartas 36-39.)

(3) García, *Origen de los indios del Nuevo Mundo*. (Madrid de 1279, cap. IV.)

los animales encerrados en ella, por todas las partes del globo terráqueo (1). ¡Tales son los delirios a que llegaron aun hombres pensadores, por sólo el empeño de conciliar la interpretación literal de las Escrituras, con los fenómenos de la naturaleza! La filosofía de tiempos posteriores enseña que no es alejarse de aquella sagrada autoridad, admitir que las nuevas especies de animales posteriores al diluvio, fueron creadas nuevamente en aquellos climas a que eran adecuados según sus costumbres y hábitos (2).

Respecto del hombre no hay las mismas dificultades que respecto de los animales inferiores, porque él está criado por la naturaleza para habitar en todas partes; bajo el Sol abrasador de los trópicos y en la helada atmósfera del Norte, él recorre indiferentemente los arenales del desierto, los yermos de las nieves polares y el inmenso Océano, no le intimidan ni los montes ni los mares, y con la ayuda de la mecánica emprende viajes que harían perecer aun a las aves de más alto vuelo. Sin necesidad de penetrar hasta esas altas latitudes del Norte en que los continentes americano y asiático sólo distan cincuenta millas uno de otro, puede el habitante de la Tartaria oriental o del Japón, conducir su barquilla de isla en isla, casi sin apartarse de las playas de América y sin estar nunca en el mar más de dos

(1) Torquemada, *Monarquía Ind.*, lib. 1.º, cap. VIII.

(2) Prichard, *Investigaciones sobre la historia física del hombre*. (Londres, 1826, vol. I, pág. 81, et sequentes.)

Esta hipótesis cuenta en su apoyo con una autoridad ortodoxa de respetable antigüedad, San Agustín, quien lisamente confiesa la opinión de que «del mismo modo que por mandato de Dios, produjo la tierra en tiempo de la creación, animales vivientes propios de cada clima, así puede haberlos producido después del diluvio, en aquellas islas demasiado apartadas del continente». *De civitate Dei*, en sus obras. (París, 1636, t. V, pág. 987.)

días seguidos (1). La comunicación es algo más difícil del lado del Atlántico; mas allí, la Zelandia fué ocupada por europeos muchos siglos antes del descubrimiento de Colón, y el tránsito de Zelandia a la América es comparativamente fácil (2). Fuera de estos caminos, hay abierto otro en el Pacífico, por las numerosas islas en que abunda.

Explicar el origen de la población de América no es tan difícil, como lo es explicar la de estos puntos aislados; mas la experiencia enseña que más fácil puede haber sido la comunicación aun con estos (3). Bien puede el salvaje atravesar el Océano en su piragua aun por centenares de leguas, viviendo de la lluvia del cielo y de la pesca (4).

(1) Beechey, *Viaje al Pacífico y al estrecho de Beering*. (Londres, 1831, parte II, Apéndice.) Humboldt, *Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo continente*. (París, 1837, t. II, pág. 58.)

(2) Cualesquiera que hayan sido las dudas que hubo en un tiempo acerca del viaje de los hombres del Norte, en el siglo XI, a las costas del gran Continente después de que la Sociedad Real de Copunhague ha publicado ciertos documentos originales, la mayor parte de los literatos admiten como seguro aquel viaje. Véase particularmente las *Antigüedades americanas*. (Hufuiac, 1837, págs. 16-20.) Lo que no se sabe acertivamente es qué tanto se internaron hacia el Sur.

(3) Probablemente no hay ejemplo más notable de comercio directo entre dos países muy distintos, que el que cita el capitán Cook, que encontró en la Nueva Zelandia, habitantes que no solo hablaban la misma lengua, sino que profesaban la misma religión que los de Olaheite, distante más de 2.000 millas.

La comparación de los dos vocabularios establece el hecho indubitablemente. *Viajes de Cook*, Dublin, 1784, vol. I, lib. 1.º, cap. VIII.

(4) El elocuente Lyell termina una enumeración de algunos ejemplos extraordinarios y bien comprobados de esta especie, haciendo la siguiente observación: «Si sucediera ahora que desapareciera toda la especie humana, con excepción de una familia habitante del Antiguo o del Nuevo Continente, de la Australasia, o aún de un islote de coral de las del Pacífico, se debe tener por cierto que sus descendientes (aún suponiéndolos tan rudos como los isleños del Sur o los esquimales),

De esto no son raros los ejemplos, y sería extraño que esos barcos errantes no hubiesen tocado algunas veces con el inmenso continente, que sin interrupción se extiende casi de polo a polo. Sin duda alguna la historia nos podría revelar más de un ejemplo de hombres que arrojados a las costas de América, habrán mezclado su sangre con la de los primitivos pobladores de estas regiones.

La verdadera dificultad no consiste en saber, cómo pudo venir a América un hombre, sino en saber de dónde vino. Examinando la vasta extensión del Nuevo Mundo, se ve que encierra dos grandes familias; la una en el estado más rudo de la civilización, compuesta de cazadores; y la otra, casi tan adelantada en civilización como los imperios semicultos del Asia. Probablemente, aun esta última ignoraba que había otra en los otros continentes de América, y tampoco tenía contacto alguno con las tribus bárbaras de que estaba rodeada. Con todo, tenían tanto entre sí estas tribus semicultas, como con las tribus salvajes, cierta semejanza común que distinguía a las primeras de los habitantes del Antiguo Mundo.

Tenían un aspecto y organización física muy parecidos, o al menos más uniformes de lo que suelen ser los de las naciones diversas de todo el mundo; tenían usos y costumbres análogas, y hablaban lenguas de construcción semejante, que se distinguían curiosamente de las que se hablan en el hemisferio de Oriente.

¿De dónde procedía, pues, la civilización de esos pueblos se extenderían, con el curso del tiempo, por toda la tierra; debido esto en parte a la tendencia que tiene la población a difundirse más de lo que puede alimentar el suelo en un espacio dado, en parte, a las desviaciones accidentales que las mareas y las corrientes hacen padecer a las embarcaciones llevándolas a playas distantes. Principios de geología. (Londres, 1832, vol. II, pág. 122.)

ya algo cultos? ¿Era simplemente el desenvolvimiento del carácter indio, que en las altas latitudes del Norte, resiste a todas las tentativas hechas por introducir una civilización permanente? ¿Pertenece a una raza naturalmente más apta, y que por sus propios esfuerzos progresaba? En suma, ¿era indígena o hasta cierto punto imitada de los pueblos de Oriente? Si lo primero, ¿cómo explicar la singular coincidencia de instituciones y creencias respecto del Mundo Antiguo? Si oriental, ¿cómo dar cuenta de la gran semejanza de lengua y la ignorancia de algunas de esas artes sencillas y útiles que basta haber aprendido una vez para no volverlas a olvidar?...

Es el enigma de la esfinge, que ni Edipo mismo tenía habilidad bastante para resolver. Sin embargo, esta cuestión ofrece un interés profundo para todo el que quiere estudiar a fondo la especie humana. Esta es la causa por que desde que se descubrió la América, hasta nuestros días, la solución del problema a ocupado a los sabios. Hoy los monumentos descubiertos en la América Central han dado nuevo impulso a las investigaciones y dado la probabilidad (y aun se pudiera decir certeza) de explicar todos los hechos mejor de lo que se ha hecho hasta aquí, con sólo admitir la comunicación con el otro hemisferio.

No es mi intento añadir nuevas páginas a los tomos ya escritos sobre este punto inagotable; este asunto, dice un escritor filósofo que ha trabajado más que ningún otro en la revelación del misterio, este punto es demasiado especulativo para pertenecer a la historia y casi ni aun a la filosofía (1). Mas sería dejar trunca mi obra, no presentar al lector los medios de que juzgue por sí mismo, cuál es el ver-

(1) La cuestión general sobre el primitivo origen de los habitantes de un continente excede de los límites de la historia, y acaso aún de la filosofía. Humboldt. *Essai politique*, t. I, pág. 309.

dadero origen de de la civilización que hemos descrito, y no hacerle notar los puntos de contacto entre ella y la del antiguo continente. Al tratar la materia me reduciré únicamente a lo que constituye mi asunto, los mexicanos, o a los que de un modo u otro tengan que ver con ellos: me propongo, además, no insistir más que sobre las verdaderas semejanzas, aquellas que son por sí mismas evidentes; descartándolas en cuanto sea posible de las ilusiones de que han sido rodeadas, ya por la piadosa credulidad, ya por la manía arqueológica.

Una de las analogías que más obviamente se descubren, es la del *sistema cosmogónico* y los usos religiosos. El lector conoce ya la creencia en que estaban los aztecas, de que al terminar cada uno de los cuatro grandes ciclos, el mundo debía acabarse y ser regenerado en seguida (1). La creencia en estas convulsiones periódicas de la naturaleza era familiar a muchos pueblos del hemisferio oriental, y aunque diversa en los pormenores, su semejanza en lo general, suministra un argumento en favor de la comunidad de origen (2).

Ninguna tradición ha estado más generalmente difundida entre las naciones, que la del diluvio. Independientemente de la tradición, este acontecimiento lo revela la estructura interior de la tierra y la existencia de sustancias marinas en los lugares elevados. De él tenían idea, bajo una u otra

(1) Véase antes, vol. I.

(2) La caprichosa división del tiempo en cuatro o cinco ciclos o edades, se encontró entre los Hindoos (*Investigaciones Asiáticas*, volumen II, mem. 7), los tibetinos (Humboldt, *Vistas de las Cordilleras*, pág. 210), los persas (Bailly, *Tratado de Astronomía*, París, 1785; primer discurso preliminar), los griegos (Hesíodo), y seguramente entre otros pueblos. Las cinco edades de la cosmogonía griega se refieren a fenómenos morales más bien que físicos; lo cual es prueba de una civilización muy adelantada.

forma, los pueblos más cultos del otro continente y los más rudos del nuevo (1).

Los aztecas añadían a esta idea algunas otras enteramente arbitrarias y parecidas a los cuentos orientales. Creían que habían sobrevivido al diluvio dos personas: un hombre llamado Coxcox y su mujer. Sus cabezas estaban representadas en los mapas antiguos, juntas en una barquilla flotante, al pie de un monte.

También pintaban una paloma que tenía en el pico el emblema jeroglífico de las lagunas y estaba distribuyéndolas entre los hijos de Coxcox que nacieron mudos (2).

(1) Las noticias caldeas y hebreas acerca del diluvio, son casi las mismas; este paralelo ha sido ingeniosamente entablado por Palfren en sus lecciones sobre las antigüedades y escrituras judaicas (Boston, 1840), vol. II, lecciones 21-22. Entre los escritores paganos ninguno se acerca tanto a las escrituras santas, como Luciano, el cual habla de una arca y de pares de animales de todas clases. (De Dea Syria, sec. 12.) Igual cosa se encuentra en Bhorgawathan Purana, poema hindoo de remotísima antigüedad. (*Investigaciones asiáticas*, vol. II, mem. 7.) La simple tradición de una inundación universal, se conservaba probablemente entre todos los aborígenes del mundo occidental. Véase a Mc. Culloh, *Indagaciones*, pág. 147.

(2) Esta tradición de los aztecas está representada en un mapa jeroglífico publicado por la primera vez en la *Vuelta al mundo*, de Gemelli Carreri, t. VI, pág. 38, edic. nap., de 1700.) La autenticidad de la obra y la veracidad del autor (sobre la cual se habían suscitado dudas por Robertson), han sido después ratificadas por Boturini, Clavijero y Humboldt, todos los cuales siguieron los pasos del viajero italiano. (Boturini, *Idea*, pág. 54. Humboldt, *Vistas de las cordilleras*, páginas 223-224. Clavijero, *Hist. de México*, t. I, pág. 24.) El mapa referido es copia de uno que existe en la colección de Sigüenza. Tiene toda la traza de ser original azteca, aunque retocado especialmente en los trajes, por algún pintor de tiempos posteriores. La pintura de las cuatro edades, del Códice Vaticano, número 3.730, representa también dos personas que huyen de la gran catástrofe en un barquillo. *Antigüedades de México*, vol. I, lámina 7.

El pueblo inmediato de Michoacán, que habitaba también en las llanuras de los Andes, tenía una tradición aun más completa, la de que Tezpi (su Noé) escapó en un bote juntamente con varias especies de aves y otros animales.

Después de algún tiempo echó a volar un buitre; más éste se detuvo devorando los cadáveres de los gigantes que se habían ido descubriendo conforme fueron bajando las aguas. Entonces envió al pequeño colibrí *huitzitzilin*, el cual volvió con un ramo en el pico. La coincidencia de esta tradición con la caldea y hebrea es obvia; sería más de desear que fuese más auténtica la autoridad que nos ha hecho conocer la versión michoacana (1).

En el camino de Veracruz a la capital, no lejos de la moderna Puebla, hay un sitio venerable muy conocido del lector, la pirámide de Cholula. Como hemos visto es una especie de montaña en forma piramidal, construída, o mejor dicho, cubierta de ladrillos crudos y que se eleva a la altura de cosa de ciento ochenta pies.

La tradición popular es que fué levantada por una familia de gigantes, que había escapado de la inundación universal, e intentado hacer subir aquel monte hasta las nubes. Mas los dioses, irritados de tanto orgullo, enviaron

(1) No he encontrado en favor de esta tradición otro apoyo más que Clavijero. (*Hist. de México*, disertat. I.) Buena, aunque no la mejor autoridad cuando no da la razón para que debamos creerlo. Sin embargo, Humboldt no desconfía de la verdad de la tradición. (*Vistas de las cordilleras*, pág. 266.) No es tan escéptico como Vater, quien refiriéndose a las historias sobre el diluvio, dice: «de intento he omitido hablar de la semejanza de ideas religiosas, porque no comprendo cómo sea posible sustraerse de la influencia del cristianismo, aunque no sea más que a causa de la involuntaria confusión de ideas de los historiadores». *Mithridates, oder, allghemeine, Sprachenkunde*. (Berlín, 1812, theil III, abteil 3, pág. 82, note.)

fuego del cielo y los obligaron a abandonar su empresa (1). No se puede negar la coincidencia que en parte tiene esta tradición con la de la torre de Babel, admitida por los hebreos y otras naciones de Oriente.

El que no haya examinado la materia, no puede formarse idea de las atrevidas y extrañas hipótesis que se han hecho descansar en tan deleznable fundamento (2).

(1) Esta historia tan inconciliable con la tradición azteca vulgar, que admite únicamente dos personas sobrevivientes al diluvio, todavía se conservaba en los habitantes del país, a la época en que lo visitó Mr. Humboldt. (*Vistas de la cordillera*, págs. 31-32.) Conviene en lo que dice el intérprete del Códice Vaticano. (*Antig. de México*, volumen I, pág. 192, et seq.), y cuyo escritor era probablemente un monje del siglo xvi, en el que la ignorancia y el dogmatismo suplían el saber. Véase en las páginas arriba citadas una muestra de aquellas dos cosas.

(2) Entre los caldeos y los hindooos había una tradición muy semejante a la hebraica. (*Indigac. asiát.*, vol. III, mem. 7.) Según el obispo Núñez de la Vega, los habitantes de la Chiapa tenían una tradición análoga, y Humboldt la cree auténtica. (*Vistas de las cordilleras*, pág. 158.) La dicha tradición coincide con la escritura, no sólo en cuanto a la manera con que fué construída la torre de Babel, sino en lo tocante a la confusión y dispersión de las lenguas. ¡Maravillosa coincidencia! Pero ¿quién responde de que la tradición es auténtica? El obispo florecía a fines del siglo xvi; sus noticias las sacó de un mapa jeroglífico y un M. S. indio que Boturini no pudo hallar por más que los buscó. A falta de esos documentos, apeló a la tradición de los naturales; método que debía inducir al obispo en errores y absurdos, según opina Boturini, y de ello es este mismo una buena prueba. (Idem, pág. 116, et seq.) El último escritor ha caído en un grande error respecto del mapa de la misma pirámide de Cholula, pues Clavijero demuestra que lejos de ser una antigüedad venerable, es de construcción moderna. (*Hist. de México*, t. I. pág. 130, nota.) Es imposible dar ni un solo paso seguro en el resbaladizo sendero de la tradición. Mientras más nos alejamos de la Conquista, es más difícil decidir qué pertenece a los primitivos aztecas, y qué a los aztecas convertidos.

Otro punto de coincidencia es la creencia de la diosa Cioacoatl, «nuestra señora y madre; la primera diosa que alumbró hombre; la que envió a la mujer los dolores del parto, como tributo de muerte; aquella por quien el pecado vino al mundo». Tales eran los notables epítetos que los aztecas aplicaban a su venerada deidad: la representaban junto a una serpiente, y su nombre significaba «mujer de la serpiente».

En todo se advierte la semejanza con la madre del género humano, la Eva de las naciones hebreas y sirias (1).

Mas ninguna de las deidades nacionales ofrece más sorprendentes analogías con las escrituras, que Quetzalcoatl, a quien ya conoce el lector (2). Era un hombre blanco, de barba larga, que vino del Oriente y que después de gobernar a los aztecas durante su edad dorada, desapareció en el gran Océano Atlántico, tan misteriosamente como había venido. Como había prometido volver, todas las subsecuentes generaciones esperaban confiadamente en dicha vuelta.

(1) Sahagun, *Hist. de la Nueva España*. lib. 1.º, cap. VI, lib. 6.º, capítulos XXVIII-XXXIII.

Torquemada, no contento con reproducir la historia de su antecesor cuyo M. S. tenía a la vista, nos dice: que la Eva mexicana tuvo dos hijos, Caín y Abel. (*Monarqu. Ind.*, lib. 6.º, cap. 31.) Los intérpretes de los Códices Vaticano y Teleriano, añaden además, que trajo al mundo el dolor y el pecado por haber arrancado la rosa prohibida. (*Antig. de México*, vol. VI, explic. de las lám. 7 y 20.) Veytia recuerda haber visto un mapa tolteca u azteca que representaba un jardín con un solo árbol, alrededor del cual estaba enredada una serpiente con rostro humano.

(*Historia Antig.*, lib. 1.º, cap. I.) Después de todo esto, ya no nos cogerá de nuevo ver que Lord Kingsborough tenga la convicción de que los aztecas conocían claramente el Antiguo Testamento, y más probablemente el Nuevo, aunque con la corrupción introducida por el tiempo y los jeroglíficos. (*Antig. de México*, vol. VI, pág. 40.)

(2) Véase antes el t. I, pág. 48.

Un cristiano no necesita de que se le hagan explicaciones. Pero los curiosos anticuarios de México han descubierto que a este Dios se debe atribuir la institución de comunidades religiosas, semejantes a las monásticas del Mundo Antiguo; la institución de los ritos de la confesión y la penitencia, y aun el conocimiento de los grandes misterios de la Trinidad y la Encarnación (1). Los unos se afanan piadosamente por acumular pruebas de que era *Quetzalcoatl* el apóstol Santo Tomás (2); mientras otros, con fe menos estricta, entreven, en su venida a regenerar una nación, el símbolo de la venida del Mesías (3).

Mas seamos indulgentes con los misioneros que por primera vez vinieron a un mundo lleno de prodigios, donde al mismo tiempo que el hombre y la naturaleza revestían un aspecto enteramente nuevo, encontraban ritos y ceremonias que les revelaban una religión más pura. En medio de su asombro no reflexionaban que todo aquello era simplemente la expresión natural de los sentimientos religiosos, comunes a todos los pueblos que tienen alguna civilización, por muy escasa que sea, no indagaban si aquello mismo se practicaba en otros conocidamente idólatras, no podían

(1) Veytia, op. cit., lib. 1.º, cap. 15.

(2) Ibid, lib. 1.º, cap. XIX. Argumento sutil aún para un casuista. Véase también la bien trabajada disertación del doctor Mier. (Sahagun. lib. 3.º, suplemento), quien ha tratado maestramente la cuestión, según su relato el Lic. Bustamante.

3. Véase, entre otras, la explicación del Códice Borgiano, de Lord Kingsborough, y lo que dicen los intérpretes del Códice Vaticano. (*Antig. de México*, vol. VI, explic. de las láminas 3, 10, 41), igualmente instruidos que su señoría. Véanse *Los Misterios aclarados* de Sir Hudibras, donde dice:

La venerable tradición se esconde
En el remoto tiempo en que se puso
El primer calzón verde, el primer padre.

conocer su asombro al ver que la cruz, el sagrado emblema de nuestra fe, era también objeto de culto en los templos de los aztecas. Encontráronla en varios lugares y en nuestros días se la ve esculpida en bajo relieve en las paredes de una de las ruinas del Palenque; delante de ella está una figura parecida a un niño, en ademán de orar (1). Su sorpresa aumentó cuando vieron un rito parecido al de la comunión de los cristianos. En dicha ceremonia se repartía entre el pueblo una imagen de la deidad tutelar de los aztecas, hecha de harina de maíz y de sangre; los sacerdotes la consagraban, y los fieles, al comerla, daban señales de humildad y arrepentimiento y decían que aquella era la carne de Dios (2). ¿Cómo podía un católico romano,

(1) *Antigüedades mexicanas*, explic. 3.^a, lámina 26.

Las figuras están rodeadas de jeroglíficos enteramente caprichosos que acaso serán fonéticos. Véase también a Herrera (*Hist. General*, dec. 2, lib. 3.^o, cap. I. Gomara, *Crónica*, cap. XV, en Barcia, t. II). Mr. Stephen opina que la celebrada cruz de Cozumel que se conserva en Mérida y que pasa por ser originalmente la misma que adoraba los nativos de Cozumel, no es otra cosa más que una cruz erigida por los españoles en uno de sus templos, después de conquistada aquella isla; él juzga que este hecho invalida la creencia generalmente admitida hoy, de que los indios adoraban la cruz. (*Viaje a Yucatán*, volumen II, cap. XX.) Pero admitiendo la exactitud de esta opinión, es decir, que la cruz de Cozumel es una reliquia cristiana como lo intenta probar el ingenioso viajero, la inferencia que saca no es de ningún modo admisible. Nada más natural que el que los frailes de Mérida hayan procurado enriquecer su convento con una reliquia tan curiosa como lo era aquella cruz, que demostraba a su entender que el cristianismo había sido predicado en aquella tierra, desde tiempos muy antiguos. Mas la verdadera prueba de que la cruz era objeto de culto en el Nuevo Mundo, no descansa en fundamentos tan frágiles, sino en el inequívoco testimonio de los conquistadores mismos.

(2) «Lo recibían con gran reverencia, humillación y lágrimas, diciendo que comían la carne de Dios.» Veytia, *Hist. Antg.*, lib. 1.^o, capítulo XVIII. Acosta, lib. 5.^o, cap. XXIV.

dejar de ver en aquello, la augusta ceremonia de la Eucaristía?

Igual sentimiento experimentaban al presenciar la ceremonia del bautismo de los aztecas, en que al niño se le lavaban con agua la cabeza y los labios, se le imponía su nombre, y se le imploraba a la diosa Cioacatl que presidía al alumbramiento, para que «el pecado que nos tocsdo desde el principio del mundo, no caiga sobre el niño, sino que esté purificado por las aguas del bautimo, viva y nazca de nuevo».

Verdad es que todos estos ritos eran acompañados de ceremonias enteramente diversas de las usadas de todas las comuniones católicas; mas los misioneros sólo atendían a los puntos de semejanza; ignoraban que la cruz había sido objeto de culto desde la más remota antigüedad en Egipto y en Siria, y que naciones a las que nunca había alumbrado la luz del Evangelio, habían practicado ceremonias parecidas a las de la comunión (1) y el bautismo (2). Llenos de asombro, no sólo ponderaban lo que veían, sino que se dejaban alucinar por su acalorada imaginación. En todo esto eran eficazmente ayudados por los indios convertidos, empeñados por establecer una correspondencia entre la fe que

1. *Ante Deos homini quod conciliari valeret.
Far erat.*

OVID. (*Fastorum*, lib. 1.º, v. 337.)

El conde Carli ha descubierto que entre los dogmas griegos egipcios había el de tomar pan y aguas o vino consagrado. *Cartas americanas*, tomo I, carta 37.) Véase a Mc. Culloh. op. cit., pág. 240 y siguientes.

(2) El uso de la agua para la purificación y otras ceremonias religiosas es cosa de que frecuentemente hablan los escritores clásicos. Se puede ver a Eurípides, *Iphig. in Taur.* vv. 1192, 1195.

Las notas a este pasaje se encuentran en la admirable edición de Glasgow, de 1727. y contienen referencias a otros pasajes análogos de varios escritores.

profesaban y la que les acababan de enseñar sus conquistadores (1).

La habilidad de un historiador consistía en descubrir analogías entre la religión azteca y el Viejo y Nuevo Testamento. La emigración de Aztlan a Anáhuac, se veía como emblema del Exodo de los judíos. Los lugares en que durante su viaje se detuvieran los mexicanos, eran los mismos en que se habían detenido los israelitas, y hasta la palabra México se juzgaba idéntica con el nombre hebreo del Mesiah. Los jeroglíficos aztecas ofrecían campo ilimitado donde ejercer esta agudeza crítica. En ellos se creía ver la correspondencia de los pasajes más notables del Viejo y del Nuevo Testamento; con los ojos de la fe era fácil descubrir el Misterio de la Pasión, el Salvador suspendido en la Cruz y la Virgen María rodeada de Angeles (2).

Los dogmas cristiano y judío eran confundidos del modo más extraño; la mente de aquellos buenos misioneros acababa de ser envuelta en el error por la mezcla de abominaciones gentílicas y creencias ortodoxas. En medio de tanta perplejidad, les ocurrió para explicarla, suponer que el diablo remedaba todos los ritos del cristianismo y reproducía todas las tradiciones del pueblo escogido, para mejor seducir las almas y llevarlas a su eterna condenación (3).

(1) La dificultad de obtener de los indios noticias *exactas*, es de lo que se lamentan muchos escritores, y explica por qué Sahagun tomó tanto empeño en comparar unas con otras las tradiciones de diversas partes. *Hist. de la Nueva España*. Prólogo. Ixtlilxochitl. op. t. chic., M. S., Prólogo. Boturine, *Idea*, pág. 146.

(2) Intérprete del Códice Telleriano y Vaticano. *Antig. de México*, volumen VI. Sahagun, *Hist. de la Nueva España*, lib. 3.º, suplemento. Veytia, *Hist. Antig.*, lib. 1.º, cap. XVI.

(3) Esta opinión ha encontrado favor entre los escritores españoles y mexicanos posteriores a la Conquista. Solís cree que nada es más probable como que, de la malefica influencia del demonio, de qué tan-

Mas aunque no se necesitaba recurrir a estas extravagantes suposiciones, ni resucitar a un apóstol ni a ningún otro misionero de tiempos posteriores, para explicar las coincidencias con el cristianismo, sí debemos de admitir que ellas son un indicio de la comunicación que hubo en un tiempo con la gran familia de los pueblos del Viejo Continente, entre los que estaban tan universalmente difundidas creencias semejantes a las que encontramos en América. La probabilidad de que haya existido, especialmente con el Asia oriental, aumenta cuando se considera lo que se parecen varios ritos de los allí usados, tales como el del matrimonio (1), la sepultura de los muertos (2), los sacrificios humanos, aun el canibalismo, de que se encuentra rastros perceptibles en las razas mongólicas, y, finalmente, la conformidad de usos sociales y de costumbres; conformidad tal, que la descripción de la Corte de Moteuczoma, puede pasar por la de un Kant de los que pintan Maundeville o Marco Polo (3).

tos ejemplos hay en la *Historia Sagrada*, se encuentren también en la profana. (*Hist. de la Conq.*, lib. 2.º, cap. IV.)

(1) En particular las ceremonias nupciales de los hindooos, tienen curiosa semejanza con las de los mexicanos. *Indagac. asiátic.*, vol. VIII. mem. 9.) Un sacerdocio numeroso, las ceremonias de la confesión y la penitencia, se encuentran también en el pueblo tártaro. (Maundeville, *Vollage*, cap. XXIII.) Desde tiempos muy remotos hay establecimientos monásticos en el Thibet y el Japón. Humboldt. *Vistas de las cordilleras*.

(2) Sin duda, dice el ingenioso Carli, la costumbre de quemar el cuerpo, recoger las cenizas en un vaso, y enterrarlas bajo tumbas piramidales, inmoliando al tiempo del funeral a la mujer y a los criados, nos recuerda los usos del Egipto y el Indostán. *Cartas americanas*, tomo II, carta 10.

(3) Marco Polo habla de un pueblo civilizado en la ciudad de Sud-Este, y de otro en el Japón, que bebían la sangre y comían la carne de sus cautivos, como el platillo más sabroso. «Le pin saporita et mi-

Se necesita mucho tiempo para entrar en todos los pormenores relativos a este punto, sin embargo de que sin esto no es posible admitir, ni aun conocer, sólidamente la verdad de la suposición que discutimos; mas otros lo han hecho y a sus obras me he solido remitir en los capítulos precedentes.

Verdad es que debemos ser muy cautos al concluir la identidad, ni aun la correspondencia de dos naciones tan sólo porque se asemejan en hábitos e instituciones. Cuando la semejanza se refiere a las costumbres, o está fundada solamente en el capricho, o se debe tener como efecto espontáneo de las sugerencias universales de la naturaleza, comunes a todos; en el primer caso, es un accidente; en el segundo, una consecuencia de la constitución intrínseca del hombre.

Los signos del zodiaco que se veían en el calendario mongol, eran tomados de los animales, y de los doce, cuatro son lo mismo que los de los aztecas; otros tres, son tan idénticos cuanto lo permite la diferencia entre las especies de unos mismos animales en los dos hemisferios; los cinco restantes, no corresponden a ninguno de los animales que se encontraron en Anáhuac. La semejanza es cuan grande se pudiera concebir (1).

glare che si possa trouvar al mondo». Viaggi, lib. 2.º, cap. LXXV, libro 3.º, cap. XIII XIV.) Los mongoles, según Sir Maundeville, miraban las orejas sazonadas con vinagre, como el platillo más delicado. Voyage, cap. XXXIII.

(1) Humboldt no ha sido muy exacto al definir el Ocelot, el tigre u onzá. (Ibid., pág. 159.) Es más pequeño que la onza, aunque igualmente feroz, gracioso y bello como el leopardo, al cual se asemeja mucho; es nativo de la Nueva España, donde no se conoce al tigre. (Buffon, *Hist. Nat.*, París, año 8. t. II, voz *Ocelott*.) La adopción de este último nombre en el calendario azteca, ha llevado a inferencias exageradas.

La correspondencia de estos símbolos convencionales con los de los pueblos de Oriente, no puede dejar de persuadir a que el origen de los dos sistemas es común. ¿Por qué no sacar igual conclusión del estudio del calendario azteca que, aunque relativo a los días y no a los años, servía lo mismo que el de los asiáticos para los usos cronológicos y para los de astrología? (1)

Pasaré en silencio la semejanza que ofrecen con los persas en cuanto a la intercalación empleada para ajustar el tiempo y con los egipcios en la celebración de una gran fiesta en el solsticio de invierno, pues aunque curiosas estas coincidencias, pudieran ser accidentales, por lo tanto, de poco peso, comparativamente con el que tiene el conjunto de combinaciones complicadas y artificiales de que hemos hablado anteriormente.

En medio de estas analogías, una, principalmente, se debe esperar encontrar: la del lenguaje, este vehículo del comercio intelectual, y que, ordinariamente, descubre los rastros de su origen, aun cuando la ciencia y las letras a que sirve de envoltura hayan cambiado notablemente. Sin embargo, sobre este punto no se han hecho investigaciones satisfactorias; las lenguas desparramadas por todo el continente occidental, exceden, en número, a cuantas se han encontrado en el otro hemisferio en igual población (2). Tienen

(1) Tanto los tártaros como los aztecas, designaban el año por el nombre de su signo, *el conejo, la liebre*, etc. Mas los signos asiáticos no sólo estaban limitados a los años y meses, sino que se extendían a los días y aún a las horas. (Humboldt, *Vistas de los cordilleros*, página 165.) Los mexicanos tenían también símbolos astrológicos apropiados a las horas. Gomara, *Descripción*, parte II.

(2) Jefferson, *Notas sobre la Virginia*. (Londres, 1707, pág. 164), confirmado por Humboldt. (*Essai politique*, t. I, pág. 253.) Mr. Gallatin llega a un resultado contrario (*Transacciones de la Sociedad Anticuaria Americana*, Cambridge, 1836, vol. II, pág. 164.) El gran nú-

la notable anomalía de discordar mucho en etimología y parecerse mucho en estructura, y aunque en lo primero tienen débil semejanza con las del mundo antiguo, bajo el segundo respecto no se les parecen en nada (1). El mexicano se hablaba en una extensión de 900 leguas; mas en el territorio de la Nueva España, se encontraron más de veinte lenguas diferentes. Sin embargo, todos estos idiomas, sin excepción de uno sólo, participan de esa estructura sintética propia de todos los dialectos indios, desde las esquimales, hasta los de la Tierra del Fuego (2); estructura o sistema que reuniendo el mayor número posible de ideas en el espacio más pequeño, expresa muchos pensamientos en una sola palabra; mecanismo curioso en que los unos descubren la mano del filósofo, y los otros aislado el esfuerzo espontáneo del salvaje (3).

Las afinidades etimológicas con las lenguas del antiguo

mero de dialectos y lenguas americanas se puede explicar bien, considerando lo insociable de la vida de cazador, la cual requiere que para que los hombres adquirieran su subsistencia, el país este dividido en porciones pequeñas y separadas.

(1) Sin embargo, los fisiologistas han descubierto que el Congo y el Vascuence forman dos excepciones; pero las lenguas indias distan mucho del uno y del otro. Du Ponceu, en las *Transact de la Comisión lit. e hist., de la Sociedad Ant. Am., vol. I.*

(2) Nadie se ha esforzado tanto por establecer este hecho importante, como el estimable literato Mr. Du Ponceau. La franqueza con que ha admitido una excepción que contraría abiertamente su sistema favorito, prueba que más que el triunfo de éste provoca los adelantos de la ciencia. Véase sobre esto una noticia interesante en su ensayo presentado al Instituto y titulado: «Memoria sobre el sistema gramatical de las lenguas de algunas naciones indias de América.» (París, 1838.)

(3) Véanse en especial sobre este asunto los argumentos de Mr. Gallatin en su ensayo lleno de sagacidad y de maestría, sobre las tribus indias; este ensayo o disertación ha arrojado más luz sobre la materia,

continente no son muy numerosas, y están sacadas indifereentemente de todas las lenguas americanas: estas se parecen a idiomas del Asia más bien que a los de ninguna otra parte; pero su valor no puede equilibrar el que tiene en contrario la radical diversidad de estructura (1). Encuéntrase una notable excepción en el otomíe, lengua la más esparcida en la Nueva España, y que tanto en su composición monosilábica (que la distingue de todas las otras que se hablaban allí cerca) como en su vocabulario, ofrece la más singular afinidad con el chino (2). La existencia de un idioma aislado en medio de un vasto continente, presta asunto para conjeturas muy curiosas, pero muy ajenas de la historia.

Las lenguas americanas, tan diversificadas y esparcidas, presentan vasto campo a las investigaciones de los filólogos, que no obstante su arduo empeño, todavía no acaban de explorarlo.

Solamente después de nuevas comparaciones se podrá llegar a conclusiones fundadas en la analogía y dignas de crédito: la dificultad de hacer esas comparaciones crece con

que todos los volúmenes que le han precedido. Transacción de la Sociedad Americana, vol. II, introduc., sec. 6.^a

(1) Esta anatomía comparada de las lenguas de los dos hemisferios, ha sido comenzada por Barton. (*Origen de las tribus y naciones de América*. Filadelfia. 1797), y ha sido continuada por Vater. (*Mittheilungen*, theil III, abtheil I, pág. 348, et sequentes.) También se puede ver una comparación de las analogías más notables en Malte-Brun, libro 75, tabla.

(2) Véase la disertación de Nájera. «De lingua othomitorum, en las Transact. de la Soc. Filosof. Americ., vol. V, nueva serie».

El autor de esa disertación, un sabio mexicano, ha escrito un análisis satisfactorio de esta lengua notable que subsiste sola y aislada entre los idiomas del Nuevo Mundo, como el Vascuence (acaso el único resto de una edad primitiva), subsiste entre las del Mundo Antiguo.

con el tiempo, porque todos los días sufren nuevos cambios la estructura de las lenguas indias, y se alteran más y más con el frecuente trato de los aborígenes y los hombres civilizados.

La suposición de que la civilización de América reconocía un origen asiático, recibe nueva confirmación de la *tradición*, la cual, despuntando allá en el remoto Nordeste, atraviesa las tinieblas densas de que tanto la historia como la mitología han rodeado las antigüedades de América. Entre las tribus más bárbaras se veían vestigios de que venían del Occidente o del Norte, y los mexicanos conservaban en sus mapas jeroglíficos y en sus tradiciones orales, el recuerdo de ese origen y la noticia de los diferentes sitios de donde habían emigrado. Pero en nuestros días, ¿quién puede interpretar esos recuerdos escritos? Asegúrase, sin embargo, que todos ellos convienen en designar el Norte como la cuna fecunda de las razas americanas (1). En esta región estaba situado su Aztlan y su Huehuetlapallán, morada gloriosa de sus antecesores, cuyas bélicas hazañas podían rivalizar con las que las naciones teutónicas atribuían a su Odin y demás héroes escandinavos. De aquella región salieron los toltecas, chichimecas y las razas nahuatlacas; subieron sucesivamente la gran meseta de los Andes, se extendieron por sus valles y collados, y llegaron hasta el golfo de México.

(1) Esto se puede inferir de la concordancia de las interpretaciones tradicionales de los mapas, conservadas por varios pueblos de Anáhuac; esta es la opinión de Veytia, quien sin embargo añade: «que casi toca al imposible determinar con las luces de nuestros días, el camino mismo que siguieron los mexicanos». (*Hist. Ant.*, t. I, capítulo II.) Lorenzana no es tan modesto: «Los mexicanos, dice, por tradición vinieron por el Norte, y se saben ciertamente sus mansiones». (*Historia de la Nueva España*, pág. 89, nota.) Hay anticuarios que ven mejor en la oscuridad que en la luz.

Los anticuarios han tomado grande empeño en descubrir algunos rastros de estas excursiones.

En las provincias situadas al N. O. de la Nueva España, a mil millas de distancia de la capital, se han encontrado dialectos que tienen con el mexicano la mayor afinidad. A orillas del río Gila se ven las reliquias de ciudades populosas, y dignas de los aztecas, por el estilo de la arquitectura. El país que se encuentra al Norte del río Colorado, no ha sido explorado completamente; pero muy al Norte, cerca de Nootka, existen todavía tribus cuyo dialecto se asemeja mucho al mexicano, tanto por las terminaciones, como por el sonido general de las palabras (1).

Tales son los vestigios, pocos y débiles es cierto, que nos quedan para atestiguar la verdad de esas tradiciones que han podido sobrevivir ilesas al transcurso de muchas centurias y a la sucesión de diversas razas.

Las conclusiones en la analogía moral e intelectual, reciben grande apoyo de las que estriban en la semejanza de la *naturaleza física*. Los aborígenes del Occidente están caracterizados por ciertas peculiaridades de organización, que han hecho que los fisiologistas los consideren como una raza aparte. Estas peculiaridades consisten en el color cobrizo, semejante al de la canela; en el cabello negro, lacio y excesivamente lustroso, en la barba escasa y por lo común corta en lo saliente de los pómulos; en la oblicuidad de los ojos hacia las sienas; en lo prominente de la nariz y en lo estrecho de la frente mucho más echada para atrás que la de ninguna otra raza, excepto la africana (2).

(1) Vater ha examinado las lenguas de estas naciones situadas entre los 50° y 60° de latitud Norte, y comparado su vocabulario con el mexicano, de donde resulta que muchas de las voces tienen un origen común. Mithridates, theil III, abtheil 3, pág. 112.

(2) Prichad, *Hist. Física*, t. V, págs. 167, 169, 182 y siguientes.

Hay excepciones y desviaciones de este tipo general, como, sucede, aunque no en tanto grado, en otras partes del globo; mas parece que esas desviaciones no dependen de las mismas leyes de posición local. Los anatómicos han descubierto también en los cráneos desenterrados de las tumbas y en los de los habitantes de las elevadas llanuras de las Cordilleras, diferencias muy perceptibles y que los distingue de las tribus más salvajes. La principal de esas diferencias parece consistir en la mayor amplitud de la frente, lo cual demuestra indisputablemente la superioridad intelectual. En esto también se encuentra una semejanza estrecha con los pueblos de la familia mongólica, y especialmente con la de la Tartaria Oriental; de suerte que, no obstante las diferencias descubiertas por los fisiologistas, un observador común no podría distinguir dos cráneos de las dos razas (1). Sin embargo, mientras no se complete la comparación entre ambas, ninguna inferencia se puede sacar; hasta hoy se han escogido para entablar el paralelo, cráneos pertenecientes a las tribus más bárbaras, acaso comparando cuidadosamente los de las tribus más civilizadas, se encontrarían pruebas más fuertes de la afinidad de las dos razas.

Cuando se buscan analogías con el Antiguo Mundo, no se deben pasar en silencio las ruinas, tan semejantes por su arquitectura a los edificios piramidales de Oriente, que

Morton, *Crania Americana*, pág. 66. Mc. Culloh, *Investigaciones*, etcétera, página 18. Lawrence, *Lecciones*, págs. 317-365.

(1) No se puede dejar de confesar que la especie humana ofrece ejemplares más parecidos unos a otros, que lo que son los americanos, manchús, mongoles y malayos. Humboldt, *ubi supra*. Prichard, op. cit. t. I, págs. 134-136. t. II, págs. 365-367. Lawrence, *Lecciones*, página 365.

han sugerido a más de un anticuario la idea de que tiene un origen común con éstos.

Es verdad que los invasores españoles asaltaron los edificios indios, especialmente los religiosos, con todo el furor del fanatismo, y otro tanto hicieron los de la generación subsecuente. La guerra contra los monumentos no cesó, y los pocos que perdonó el fanatismo fueron después demolidos para varios objetos de utilidad. De aquellos magníficos edificios que tanto ponderaron los primeros españoles que vinieron a México, apenas quedan vestigios, como sucede en los países de Europa y Asia, cubiertos en un tiempo de populosas ciudades, emporio del lujo y del comercio (1). Sin embargo, alguno de esos restos, como por ejemplo el templo de Xochicalco, el palacio de Tetzcotzinco, el colosal Calendario de piedra de la capital, son de considerable tamaño y bastante bien trabajados, para probar que los aztecas habían hecho adelantos en la mecánica que los hacían dignos de figurar al lado de los antiguos egipcios.

Pero si las ruinas arqueológicas son raras en el valle de México, lo van siendo menos conforme se baja la falda Sud Este de la cordillera, se atraviesa por el rico valle de Oaxaca y se penetra en los bosques de Chiapas y Yucatán. En medio de estas despobladas regiones se encuentran las ruinas recientemente descubiertas de la antigua ciudad de Mitla, Palenque, Itzana o Uxmal (2), que descubren una ci-

1) Véase la famosa descripción de Lucano en la *Farsalia*, lib. 9.º, capítulo CMLXVI.

El poeta latino ha sido aventajado por el italiano, en la bella estrofa que comienza: «Giace l'alta Cartago». *Gierusalem liberata*, canto 15, vol. XX, la cual se puede decir que es lo que ha amplificado Lord Byron en el canto 4, de Childe Harold.

(2) Es imposible no ver una *restauración* del artista en los dibu-

vilización más perfecta que cuanto se había encontrado en el Continente Americano, y aunque no fueron precisamente mexicanos los que construyeron esas ciudades, fueron pueblos de la misma familia; por consiguiente, las indagaciones arqueológicas quedarán incompletas mientras no se procure ver la luz que el conocimiento de esas ruinas puede arrojar sobre el origen de la civilización india, y por tanto sobre la azteca.

Pocas obras de arte se han encontrado cerca de ninguna de las ruinas. Algunas de aquellas consisten en vasos de tierra o mármol, fragmentos de estos y otros objetos no sólo fantásticos, sino a veces horrorosos, si bien hay otros graciosos y bellos y aparentemente bien trabajados. Parecerá extraordinario que no se haya encontrado hierro en los edificios, ni instrumentos del mismo metal, siendo así que el material de que están contruídos, es de granito sumamente duro y perfectamente labrado y pulimentado. En las canteras que están cerca de Mitla, en medio de enormes masas de granito, y juntamente con pedazos de columna y arquivtrabes, se han encontrado cinceles y hachas de cobre (1). En las canteras de cerca de Tebas se han encontra-

jos acabados que trae Waldeck, en los cuales no parece que el tiempo haya estampado su huella en aquellas piedras pulidamente cinceladas, y en donde los colores casi no están estropeados por las injurias del tiempo: sem jante pintura representará en buenhora los edificios en tiempo de su esplendor, mas no en el de su decadencia. Cogolludo que los vió a mediados del siglo xvii, habla de ellos con admiración y los considera obra de arquitectura consumados, cuya memoria no nos ha conservado la tradición histórica. (*Hist. de Yucatán*, Madrid, 1638, lib. 4.º, cap. II.)

(1) Dupaix dice que estos instrumentos eran de puro cobre; pero seguramente tenían alguna liga, como sucedía entre los aztecas y egipcios: de otra suerte su filo se habría embotado fácilmente en las duras substancias que se labraban con ellos.

do también instrumentos de la misma especie. Mas siendo difícil, por no decir imposible, cortar la viva roca con instrumento de otro metal conocido que no sea el hierro, parece muy probable la ingeniosa suposición de un escritor, que opina que éste fué conocido de los egipcios, pero que como se descompone con gran facilidad, especialmente en un suelo salitroso, han desaparecido todos los objetos hechos de hierro (1).

Sin embargo, hásele encontrado después de algunos millares de años, en los restos de la antigüedad, y no tiene duda que los mexicanos, del tiempo de la conquista, empleaban para labrar las piedras más duras y de mayores dimensiones, instrumentos hechos de una liga de cobre y estaño y de un polvo silicoso. Esta circunstancia y la de que sólo instrumentos de esta clase se han encontrado en la América Central, corroboran la opinión de que aquí era desconocido el hierro, y también en el antiguo Egipto.

Pero de las ruinas del Viejo Continente, ¿cuáles son aquellas, cuya arquitectura se asemeja más a las muy notables de Chiapas y Yucatán? Las analogías no son probablemente ni numerosas ni decisivas. Los Teocalli, toltecas y mexicanos, se parecen a los edificios egipcios y asiáticos, en la forma piradimal y en los terraplenes sobre que descansan; igual esmero se nota en unos y en otros pueblos, por dirigir la cara de sus monumentos hacia los puntos cardinales. Las paredes de los templos están cubiertas de figuras y jeroglíficos, que, probablemente, así entre los americanos como entre los egipcios, recordaban las leyes y los anales de la nación. Tanto las figuras como los templos mismos, estaban pintados de varios colores y particularmente de rojo bermellón, color favorito de los egipcios, quienes

(1) Wilkinson. *Antiguos Egipcios*, vol. III, págs. 246-254.

pintaban con él sus colosales estatuas y templos de granito (1). Mas no obstante estos puntos de semejanza, la arquitectura del Palenque no se parece a la egipcia ni a la oriental; se acerca más a la europea, por lo tocante a la elevación perpendicular de las paredes, al tamaño mediano de las piedras, y a la disposición general de todas las partes. Sin embargo, es preciso confesar que la arquitectura india tiene un carácter original, muy peculiar suyo.

Más positivas pruebas de comunicación con el Oriente se encuentran en la escultura y en la figura convencional de los jeroglíficos. Pero las esculturas del Palenque están en relieve, mientras que las de Egipto están de ordinario en *intaglio*. Los egipcios no eran felices en la representación de las figuras humanas; todas están calcadas sobre un modelo invariable; siempre son de perfil, porque es más fácil que representarlas de frente; tienen el ojo de lleno en un lado de la cabeza; la fisonomía es parecida en todas, y carecen enteramente de expresión (2). Los artistas del Palenque eran igualmente atrasados en cuanto a la representación de las varias actitudes del cuerpo, al cual ponían también siempre de perfil; pero las partes están ejecutadas con más corrección y a veces con gracia. El vestido es rico y

(1) *Descripción del Egipto Antiguo*, t. II, cap. 9. sec. 4.^a

La enorme imagen de la Esfinge estaba también pintada de rojo. (*Viajes de Charke*, vol. V, pág. 202.) Además, muchas estatuas y edificios de los antiguos griegos, tienen trazas de haber estado pintados del mismo color.

(2) Las varias causas por que las artes permanecieron estacionarias por muchos años en Egipto, se encuentran claramente explicadas por el duque de Serradifalco, en su obra *Antichità, delle Sicilia*. (Palermo, 1831, t. II, págs. 33-34), obra en que el autor, tratando de estudiar los antigüedades de un islote, ha derramado un torrente de luz sobre todo lo que concierne a la cultura y a las letras de la antigua Grecia.

variado, y los adornos de la cabeza, acaso representativos como los de los aztecas (del nombre y condición de la persona) por lo que hace al gusto y magnificencia, son dignos del Oriente. La fisonomía es variada y algunas veces expresiva. El contorno de la cabeza es con todo muy extraordinario, pues describe casi un semicírculo de la frente a la punta de la nariz, y está deprimido cerca de la coronilla; sea que hicieran esto para representar la depresión que artificialmente procuraban muchos aborígenes, sea que lo hiciesen por extraviadas nociones de la belleza ideal. Pero aunque el artista del Palenque era superior al egipcio en la ejecución de los pormenores, era inferior a él en el número y claridad de los ojetos representados, pues en el templo de Tebas estaban esculpidas las figuras de hombres, de animales y de todos los objetos imaginables, ya de uso vulgar o propios de las bellas artes.

Los jeroglíficos encontrados en los edificios indios, son muy pocos para legitimar ninguna consecuencia decisiva. Sin embargo, comparándolos con los del Códice de Dresde, que probablemente provienen del mismo lugar, con los del monumento Xochicalco y con las toscas pinturas o mapas de los aztecas, no se nota nada que pruebe la identidad de origen. Aún menos se parecen a los caracteres egipcios, cuyas delicadas e ingeniosas abreviaturas, casi se acercan a la sencillez de un alfabeto. Sin embargo, los escritores del Palenque demuestran un arte muy adelantado, y aunque un poco embrollados indican, con la forma convencional o arbitraria de los jeroglíficos, que acaso éstos eran simbólicos o fonéticos (1); pero no es de esperar que se descubra nunca su misterioso significado, pues aun la

(1) Los jeroglíficos están en línea perpendicular, y las cabezas constantemente vueltas hacia el lado derecho, como en el M. S. de Dresde.

raza misma que los empleó, es ignorada, y no es fácil que se encuentre otra piedra Roseta, con su inscripción trilingüe, que suplirá la falta de medios comparativos y guíe al Champollión americano en el oscuro camino de los descubrimientos.

Es imposible contemplar los misteriosos monumentos de una civilización ya perdida, sin tener curiosidad de saber quiénes fueron los arquitectos y cuál es su fecha. Los datos que poseemos para conjeturarla, no son muy sólidos, no obstante que algunos creen a esas ruinas de una antigüedad de millares de años, coetáneas de las del Egipto e Indostán. Pero la interpretación de los jeroglíficos y la aparente duración de los árboles, son datos vagos y poco satisfactorios. Ni cómo sacar ninguno de la pérdida del color y del desmoronamiento de las ruinas, cuando vemos eunegrecidos y derruídos muchos de los edificios de la Edad Media, mientras que los mármoles del Acrópolis y las piedras pardas del Paestum brillan todavía en su esplendor primitivo?

Sin embargo, hay pruebas de que los documentos de que hablamos tienen una edad considerable. Hánse encontrado dentro de las ruinas árboles cuyo tronco tiene más de nueve pies de diámetro. Aún más extraña es la acumulación de musgo vegetal a una profundidad de nueve pies (1). Esto, en nuestras latitudes, sería prueba decisiva de remota antigüedad; pero en el rico suelo de Yucatán y bajo el ardiente sol de los trópicos, la vegetación se desarrolla con fuerza exuberante y las generaciones de plantas

(1) *Antiq. Méx. e. Examen*, pág. 76.

Sin embargo, esta profundidad no es bastante para autorizar al capitán Dupré a presumir la existencia antediluviana de estos edificios, especialmente si se considera que el depósito se ha encontrado en un lugar abrigado, en un patio interior.

se suceden sin intermisión, dejando un depósito que habría perecido bajo el invierno del Norte. Otra prueba de antigüedad es, que en los atrios de las ruinas de Uxmal el pavimento de granito donde están esculpidas en bajo relieve figuras de tortugas, está casi liso a virtud de las pisadas de la muchedumbre que ha pasado por encima: este hecho prueba a la vez la antigüedad del edificio y lo poblado que fué el país. Finalmente, podemos legítimamente afirmar la antigüedad de algunas de esas ruinas, pues que los primeros españoles las encontraron ya abandonadas y derribadas. Las noticias que de esto nos dejaron son breves y casuales, porque los conquistadores se cuidaban poco de las obras del arte; y fortuna es que estas no hubiesen sido a la sazón templos vivos de los dioses, porque entonces ningún mérito artístico habría sido parte a salvarlas de la devastación en que fueron envueltos todos los edificios de ese género.

Si tan difícil es determinar la fecha de las ruinas, ¿qué tanto no lo será venir en conocimiento de sus arquitectos? Poco se puede sacar del rudo pueblo que vive cerca de ellas. El antiguo cronista tezcucano, tantas veces citado por mí, y que es la primera autoridad en lo tocante a las tradiciones nacionales, dice que cuando se estableció el imperio de los toltecas, que según este escritor floreció a mediados del siglo x, antes de lo que opinan las más autoridades emigraron del Anáhuac y se esparcieron por Guatemala, Tehuantepec, Campeche y las costas e islas inmediatas al Istmo (1).

Esta opinión, respetable ya por la autoridad de donde

(1) «Así mismo los tultecas que escaparon, se fueron por las costas del Mar del Sur y Norte, como por Huatimala y Tehuantepec, Huauhsacualco, Campeche, Tecolotlan, y los de las islas y costas de una mar y otra, que después se vinieron a multiplicar.» *Ixtlilxochitl, Relaciones*, M. S., núm. 5.

dimana, es corroborada por la circunstancia de que muchas de las naciones de esta región, adoptaron el mismo sistema astronómico y cronológico de los aztecas; los cuales, como hemos visto, lo heredaron de sus predecesores en aquella tierra de los toltecas.

Si se objeta que es incompatible con una edad tan moderna de los edificios americanos, el olvido completo de su origen, téngase presente cuán falaz es la tradición y con cuánta facilidad se rompen los eslabones de la cadena. Cuando florecieron los primeros historiadores griegos, ya se ignoraba quiénes habían construido las pirámides. Los anticuarios disputan todavía sobre si la espantosa inclinación de la torre de Pisa, este milagro arquitectónico que se encuentra en el centro de una ciudad populosa, es obra de la casualidad o del arte. Nosotros mismos hemos visto cuán pronto olvidaron los tezcocanos, que habitaban entre las ruinas de palacios reales levantados poco antes de la conquista, cuál era la historia de esas ruinas, que el más indagador de los viajeros atribuye a una época remota anterior a los aztecas.

El lector ha visto ya los principales hechos que establecen la semejanza entre la civilización mexicana y la del hemisferio oriental.

En lo que llevo referido he procurado no salirme jamás de los linderos de la historia, y poner al lector en estado de formar una opinión propia, más bien que imbuirle en la mía. Mas no debo pasar en silencio algunas de las graves dificultades de esta cuestión. No consisten en explicar por qué aunque el sistema teológico y la ciencia de los actecas se asemejan mucho a los de los orientales del Asia, difieren en tantas otras cosas, porque otro tanto acontece con los pueblos del Antiguo Mundo, que sólo han imitado el

uno del otro, aquellas ideas mejor acomodadas a su índole y peculiares instituciones.

Tampoco consiste la dificultad en explicar la gran semejanza de las lenguas de uno y otro hemisferio, porque esa semejanza no es mayor que la que hay entre las lenguas de uno mismo, y no por eso pretenderá nadie atribuir a cada tribu un origen especial (1).

Pero es casi imposible conciliar el conocimiento de las ciencias de Oriente, con la ignorancia absoluta de algunas de las artes más útiles y usuales, como por ejemplo, el uso de la leche y el hierro, cosas tan sencillas e importantes para la economía doméstica, que basta haberlas aprendido una vez, para que después sea casi imposible olvidarlas.

Los aztecas no domesticaban animales útiles, y hemos visto que empleaban el bronce para todos los usos del hierro. El bisonte toro silvestre de América, del que hay abundantísimas manadas en las magníficas praderas del Occidente, produce tanta leche como el mismo animal domesticado de Europa y Asia, y el hierro se encuentra esparcido en masas muy considerables por toda la meseta central. No obstante, en el Asia Oriental ha habido pueblos bastante cultos que no han hecho uso de la leche (2). Verdad es que el búfalo no es tan abundante en la falda occidental como en la oriental de las montañas Rocosas, y los aztecas emigrados han de haber dudado que los feroces y extraños monstruos que veían saltar allí en las apartadas

(1) Al menos esto es cierto por lo tocante a la etimología de las lenguas, así lo refiere Mr. Edward Everet en sus lecciones sobre la primitiva civilización de América, que forma parte del curso que hace algunos años, dió este docto y sagaz literato.

(2) Los pueblos de algunas partes de la China, y sobre todo de Cochinchina, jamás ordeñaban una vaca, según Macartney, citado por Humboldt. *Essai politique*. t. III. pág. 57, nota.

llanuras, fuesen tan capaces de domesticarse, como los mansos animales que habían dejado paciendo en las del Asia. En cuanto al hierro, aunque lo había en abundancia, era más duro y difícil de trabajar que el cobre, del cual encontraron, en su ruta, mayor cantidad. Es además muy posible que su emigración se haya verificado antes de que su nación conociese el uso del hierro; porque sabemos que en el Antiguo Hemisferio más de un pueblo emplea el cobre y el bronce como si no hubiese ningún otro metal. Tal es la explicación (poco satisfactoria en verdad, pero la más natural y genuina) de esta curiosa anomalía.

Estas y otras dificultades semejantes han inducido a algunos escritores a considerar como puramente indígena la civilización americana. Es fácil, insistiendo únicamente sobre una parte de la cuestión, llegar a conclusiones definitivas. Procediendo de esta suerte, los unos no vacilan en decidir que la civilización de América es original, mientras que otros le atribuyen un origen hebreo o egipcio, chino o tártaro, según que se ciñen a estudiar solamente las analogías con una de esas naciones. El gran número de datos contradictorios pone a la mente perpleja e impide llegar a ninguna conclusión exacta y definitiva. La pretensión de llegar a ella arguye un espíritu poco filosófico, sin embargo, suele suceder que en las materias más dudosas es en las que se muestra más dogmatismo.

Acaso el lector de las páginas antecedentes, podrá, sin riesgo, llegar a las conclusiones que siguen, las que, por cierto, no le sorprenderán por lo nuevo:

Primera. Que las semejanzas son suficientes para autorizar a creer que la civilización de Anáhuac era, hasta cierto punto, imitada de la del Asia Oriental.

Segunda. Que hay tales discrepancias, que la transmisión de la civilización del uno al otro hemisferio debe ha-

ber sido muy antigua; tan antigua que, el influjo extraño, no haya podido al último estorbar que la civilización americana revista todos los caracteres esenciales de la originalidad.

PARTE SEGUNDA

NÚMERO I

DOCUMENTOS ORIGINALES.—CONSEJOS DE UNA MADRE AZTECA
A SU HIJA, COPIADOS DE LA OBRA DE SAHAGUN, HISTORIA
DE NUEVA ESPAÑA, LIBRO VI, CAPÍTULO XIX.

(Por el siguiente fragmento se puede formar el lector idea exacta de la extraña mezcla de sencillez casi pueril, y de sublimidad moral, del original azteca; tal es el efecto de una civilización que apenas despunta.)

«Hija mía muy amada, muy querida *palomita*: ya has oído y notado las palabras que tu señor padre te ha dicho; ellas son palabras preciosas, y que raramente se dicen ni se oyen, las cuales han procedido de las entrañas y corazón en que estaban atesoradas, y tu muy amado padre bien sabe que eres su hija engendrada de él; eres su sangre y su carne, y sabe Dios Nuestro Señor que es así; aunque eres mujer e *imagen de tu padre*, ¿qué más te puedo decir, hija mía, de lo que ya está dicho? ¿Qué más puedes oír de lo que has oído de tu señor y padre, el cual te ha hablado copiosamente, lo que te cumple hacer y guardar, ni ninguna cosa ha quedado de lo que te conviene que no lo haya to-

cado? Pero por hacer lo que soy obligada para contigo, quíérote decir algunas pocas palabras.

Lo primero que te encargo mucho es, que guardes, y que no olvides lo que tu señor padre ya dijo, porque son todas cosas muy preciosas; y las personas de su suerte, raramente publican tales cosas, y que son palabras de señores, y sabias, apreciables como piedras ricas, y muy labradas; mira, pues, que las tomes y guardes en tu corazón, y las escribas en tus entrañas. Si Dios te diere vida, con aquellas mismas palabras has de doctrinar a tus hijos e hijas si Dios te los diere.

Lo segundo que te quiero decir es, que mires *que te amo mucho, que eres mi hija querida*; acuérdate que te truje en mi vientre nueve meses, y de que nasciste; y te criaste en mis brazos; yo te ponía en la cuna, y de allí en mi regazo, y con mi leche te crié. Esto te digo, porque sepas que yo y tu padre somos los que te engendramos, y ahora te hablemos doctrinándote. Mira que tomes nuestras palabras, y las guardes en tu pecho. Cuida que tus vestidos sean honestos y como conviene; mira que no te atavies con cosas curiosas y muy labradas, porque esto significa fantasía, poco sexo y locura. Tampoco conviene que tus atavíos sean muy viles, sucios o rotos, como son los de la gente baja, porque estos andrajos son señal de gente vil, y de quien se hace burla. Tus vestidos sean honestos y limpios, de manera que ni parezcas fantátissca ni vil. Cuando hablares, no te apresurarás en el hablar con desasosiego, sino poco a poco, y sosegadamente; cuando hablares, no alzarás la voz, ni hablarás muy bajo, sino con mediano sonido, ni adelgazarás mucho cuando habies, ni cuando saíudes, ni hablarás por las narices, sino haz que tus palabras sean honestas, y de buen sonido y la voz mediana. No seas curiosa en tus palabras. Mira, hija, que en el andar has de ser honesta,

no andes con apresuramiento ni con demasiado espacio, porque es señal de pompa andar espacio, y el andar aprisa tiene resabio de desasosiego y poco asiento.

Andando, llevarás un medio, que ni andes muy de prisa ni muy despacio, y cuando fuere necesario andar de prisa, hacedlo así, por eso tienes discreción. Para cuando fuere menester saltar algúu charco; saltarás honestamente, de manera que ni parezcas pesada, torpe, ni liviana. Cuando fueres por la calle o por el camino no llesves inclinada mucho la cabeza, o encorvado el cuerpo, ni tampoco vayas muy levantada la cabeza; porque es señal de mala crianza; irás derecha y la cabeza poco inclinada. No llesves la boca cubierta, o la cara con vergüenza; no vayas mirando a manera de cegatona, ni hagas con los pies meneos de fantasía por el camino; anda con sosiego y con honestidad por la calle. Lo otro que debes rotar, hija mía, es, que cuando fueres por la calle no vayas mirando acá, ni acullá, ni volviendo la cabeza a mirar a una parte y a otra, ni irás mirando al cielo, ni tampoco irás mirando la tierra. A los que encontrases, no los mires con ojos de persona enojada, ni hagas semblante de persona incómoda, sino que mira a todos con cara serena haciendo esto, no darás a nadie ocasión de enojarse contra ti. Muestra tu aspecto y disposición como conviene, de manera que ni llesves el semblante como enojada, ni tampoco como risueña. Mira también, hija, que no se te dé nada por las palabras que oyeres yendo por el camino, ni hagas cuenta de ellas, digan lo que dijeren los que van o vienen.

No cures de responder ni de hablar; mas haz como que no los oyes ni los entiendes; porque haciendo de esta manera, nadie podrá decir con verdad que dijiste tal cosa. Mira también, hija, que nunca te acontezca afeitar la cara, o poner colores en ella o en la boca por parecer bien, por-

que esto es señal de mujeres mundanas y carnales. Los afeites y colores son cosas que las malas mujeres usan; las desvergonzadas que ya han perdido el pudor y aun el seso, que andan como locas y borrachas: estas se llaman *rame-ras*; y para que tu marido no te aborrezca, ataviáte, lávate, y lava tus ropas, y esto sea con regla y con discreción, porque si cada día te lavas y también tus ropas, decirse ha de ti que eres *relimpia* y que eres demasiado regalada; llamarte han *tapepetzon tinemaxoch*.

Hija mía, este es el camino que has de llevar, porque de esta manera nos criaron tus señoras antepasadas de donde vienes. Las señoras nobles, ancianas, canas y abuelas, etc., no nos dijeron tantas cosas como yo te he dicho; no nos decían sino algunas pocas palabras y nos hablaban de esta manera: «Oid, hijas mías: en este mundo es menester vivir con mucho aviso y recato; oye esta comparación que ahora te diré y guárdala, y de ella toma ejemplo y dechado para bien vivir: Acá en este mundo vamos por un camino muy angosto, muy alto y muy peligroso, el cual es como una loma altísima, y que por lo empinado de ella va un camino muy estrecho; a la una mano está gran profundidad y hondura sin suelo, y si te desviases del camino a una u otra mano, caerás en aquel profundo; por tanto, conviene con mucho tiento seguir el camino.

Hija, muy tiernamente amada y palomita mía, guarda este ejemplo en tu corazón, y mira que no te olvides, que que este será como candela y como lumbré por todo el tiempo que vivieres en este mundo. Sólo una cosa, hija mía, me resta por decirte para acabar mi plática: si Dios te diere vida, si vivieres algunos años sobre la tierra, mira que no des tu cuerpo a algún hombre; mira que te guardes mucho que nadie llegue a ti ni tome tu cuerpo; si perdieres tu virginidad y después de esto te demandare por

mujer alguno y te casares con él, nunca se habrá bien contigo ni te tendrá verdadero amor; siempre se acordará de que no te halló virgen y esto será causa de grande aflicción y trabajo; nunca estarás en paz, siempre estará tu marido sospechoso de ti.

¡Oh, hija mía, mi muy amada palomita! Si vivieres sobre la tierra, mira que en ninguna manera te conozca más que un varón, y esto que ahora te quiero decir, guárdalo como mandamiento estrecho: Cuando fuere Dios servido de que tomes marido, estando en su poder, no te altivezcas; mira que no le menosprecies ni des licencia a tu corazón para que se incline a otra parte; no te atrevas a él; mira que en ningún tiempo ni en ningún lugar le hagas traición que se llame *adulterio*; mira que no des tu cuerpo a otro, porque esto, hija mía muy querida y muy amada, es una caída en una sima sin suelo que no tiene remedio ni jamás se puede sanar.

Según es el estilo del mundo, si fuere sabido y si fueres vista, por este delito matarte han, echarte han en una calle para ejemplo de toda la gente, donde serás, por justicia, machucada la cabeza y arrastrada; de éstas dice un refrán: *Probarás la piedra, serás arrastrada, y tomarán ejemplo de tu muerte*. De aquí sucederá infamia y deshonra a nuestros antepasados, señores y senadores de donde venimos y de donde naciste; ensuciarás su ilustre fama y su gloria con la inmundicia y polvo de tu pecado.

Asimismo perderás tu fama, tu nobleza y tu generosidad; tu nombre será olvidado y aborrecido; de ti se dirá el refrán: *que fuiste enterrada en el polvo de tus pecados*; y mira bien, hija mía, que aunque nadie te vea, ni tu marido sepa lo que pasa, te ve Dios, que está en todo lugar; enojarse ha contra ti, y también despertará la indignación del pueblo contra ti y se vengará como él quisiere, o te tullí-

rás, por su mandado, o cegarás o se te podrirá el cuerpo, o vendrás a la última pobreza, porque te atreviste y arrojaste a obrar contra tu marido, que por ventura te dará la muerte, o te pondrá debajo de sus pies, enviándote al infierno.

Nuestro Señor, misericordioso es; pero si hicieres traición a tu marido, aunque no se sepa, aunque no se publique, Dios, que está en todo lugar, tomará venganza de tu pecado y permitirá que nunca tengas contento ni reposo, ni vida sosegada, y él provocará a tu marido, que siempre estará enojado contra ti, y que siempre te hablará con enojo. Mira, hija mía muy amada, a quien amo tiernamente, mira que vivas en el mundo con paz, reposo y contento los días que vivieres; mira que no te infames, que no amancilles tu honra, que no ensucies el lustre y fama de nuestros señores antepasados, de los cuales vienes; mira que a mí y a tus padres nos honres y nos des fama con tu buena vida. Hágate Dios muy bienaventurada, hija mía primogénita, y llégate a Dios, el cual está en todo lugar.»

NÚMERO II

POEMA SOBRE LA INSTABILIDAD DE LA VIDA HUMANA, POR NE-
ZAHUALCOYOTL. SEÑOR DE TEZCUCO.

(Este poema fué felizmente libertado de la suerte común de los manuscritos indios, por el caballero Boturini, y forma parte de su interesante *Museo*. Después fué incluido en la extensa compilación de documentos hecha por el padre Manuel de la Vega, en México, en 1792. Esta colección fué formada en cumplimiento de una sabia disposición del gobierno español, que mandó que «todos los manuscritos capaces de dar luz acerca de las antigüedades, geografía e historia civil, eclesiástica y natural de América, que se encontrasen en Nueva España, fuesen copiados y enviados a Madrid.» Esta orden produjo el acopio de treinta y dos volúmenes en folio, en los que juntamente con documentos insignificantes, se encuentran otros de inestimable precio, concernientes a la Historia de México y de las naciones que poblaron la Nueva España.)

Un rato cantar quiero,
Pues la ocasión y el tiempo se ofrece;
Ser amittido espero,
Si intento lo merece;
Y comienzo mi canto,
Aunque fuera mejor llamarle llanto,

Y tú, querido amigo,
Goza la amenidad de aquestas flores;
Alégrate conmigo;
Desechamos de pena los temores,
Que el gusto trae medida,
Por ser al fin con fin la mala vida.

Yo tocaré cantando
El músico instrumento sonoro,
Tú de flores gozando
Danza, y festeja a Dios que es Poderoso;
Gocemos de esta gloria,
Porque la humana vida es transitoria.

De Oobleacan pusiste
En esta noble corte, y siendo tuyo,
Tus sillas, y quisiste
Vestirlas; donde arguyo,
Que con grandeza tanta
El Imperio se aumenta y se levanta.

Oyoyotzin prudente,
Famoso rey y singular monarca,
Goza del bien presente,
Que lo presente lo florido abarca;
Porque vendrá algún día
Que busques este gusto y alegría.

Entonces tu fortuna
Te ha de quitar el cetro de la mano;
Ha de menguar tu luna,
No te verás tan fuerte y tan ufano,
Entonces tus criados
De todo bien serán desamparados.

Y en tan triste **sucoso**
Los nobles descendientes de tu nido,
De príncipes el peso,
Los que de nobles padres han nacido,

Faltando tu cabeza,
Gastarán la amargura de pobreza.

Y traerán a la memoria
Quien fuiste en pompa de todos envidiada
Tus triunfos y victoria;
Y con la gloria y majestad pasada
Cotejando pesares
De lágrimas harán crecidas mares.

Y estos tus descendientes,
Que te sirven de pluma y de corona,
De ti viéndose ausentes,
De Culhuacan extrañarán la cuna,
Y tenidos por tales
Con sus desdichas crecerán sus males.

Y de esta grandeza rara,
Digna de mil coronas y blasones,
Será la fama avara;
Sólo se acordarán en las naciones.
Lo bien que gobernaron,
Las tres cabezas que el imperio honraron.

En México famosa
Moteuczoma, valor de pecho indiano,
A Culhuacan dichosa
De Nezahualcoyotl rigió la mano;
Acatlapán la fuerte
Totoquihuastli le salió por suerte.

Y ningún olvido temo
De lo bien que tu reino dispusiste,
Estando en el supremo
Lugar, que de la mano recibiste
De aquel señor del mundo,
Factor de aquestas cosas sin segundo.

Y goza, pues, muy gustoso,
Oh Nezahualcoyotl, lo que agora tienes;

Con flores de este hermoso
Jardín corona tus ilustres sienes;
Oye mi canto, y lira
Que a darte gustos y placeres tira.

Y los gustos de esta vida,
Sus riquezas, y mandos son prestados,
Son sustancia fingida,
Con apariencia sólo matizados;
Y es tan gran verdad esta,
Que a una pregunta me has de dar respuesta.

¿Y qué es de Cihuapan,
Y Quantzintecómtzin el valiente,
Y Conahuatzin;
Qué es de toda esa gente?
Sus voces, ¡agora acaso!
Ya están en la otra vida, este es el caso.

¡Ojalá los que agora
Juntos los tiene del amor el hilo,
Que amistad atesora,
Viéramos de la muerte el duro filo!
Porque no hay bien seguro,
Que siempre trae mudanza a lo futuro.

NÚMERO III

DESCRIPCIÓN DE LA RESIDENCIA DE NEZAHUALCOYOTL EN TEZCOTZINCO, SACADA DE LA HISTORIA CHICHIMECA DE IXTLILSOCHITL, M. S., CAPÍTULO XLII.

De los jardines el más ameno y de curiosidades fué el bosque de Tezcotzinco; porque además de la cerca tan grande que tenía, para subir a la cumbre de él y andarlo todo, tenía sus gradas, parte de ellas de argamasa, parte labrada en la misma peña y el agua que se traía para las fuentes, pilas, baños y los caños que se repartían para el riego de las flores y arboledas de este bosque para poderla traer desde su nacimiento, fué menester hacer fuertes y altísimas murallas de argamasa, desde unas sierras a otras, de increíble grandeza, sobre la cual hizo una fargea hasta venir a dar a la más alta del bosque, y a las espaldas de la cumbre de él.

En el primer estanque de agua estaba una peña, esculpida en ella en circunferencia los años desde que había nacido el rey Nezahualcoiotzin hasta la edad de aquel tiempo; y por la parte de afuera, los años, en fin, de cada uno de ellos, asimismo esculpidas las cosas más memorables que hizo; y por dentro de la rueda esculpidas sus armas, que eran una casa, que estaba ardiendo en llamas, y deshaciéndose, otra que estaba muy ennoblecida de edificios; y en medio de las dos un pie de venado, atada en él una

pieдра preciosa, y salían del pie unos penachos de plumas preciosas, y asimismo una cierva, y en ella un brazo asido de un arco con unas flechas, y como un hombre armado con su morrión y orejeras, coselete y dos tigres a los lados, de cuyas bocas salían agua y fuego, y por orla doce cabezas de reyes y señores, y otras cosas que el primer arzobispo de México, don Fray Juan de Zumárraga, mandó hacer pedazos, entendiendo ser algunos ídolos; y todo lo referido era la etimología de sus armas. Y de allí se partía esta agua en dos partes, que la una iba cercando y rodeando el bosque por la parte del Norte, y la otra por la parte del Sur.

En la cumbre de este bosque estaban edificadas más casas a manera de torre, y por remate y chapitel estaba hecha de cantería una como manera de maceta, y dentro de ella salían unos penachos y plumeros, que era la etimología del nombre del bosque, y luego más abajo, hecho de una peña, un león de más de dos brazos de largo con sus alas y plumas; estaba echado y mirando a la parte del Oriente, en cuya boca asomaba un rostro, que era el mismo retrato del rey, el cual león estaba de ordinario debajo de un palio hecho de oro y plumería.

Un poquito más abajo estaban tres albercas de agua, y en la de en medio estaban en sus bordes tres damas esculpidas y labradas en la misma peña, que significaban la gran laguna, y las ramas y las cabezas del Imperio; y por un lado (que era hacia la parte del Norte) otra alberca, y en una peña esculpido el nombre y escudo de armas de la ciudad de Tolan, que fué la cabecera de los tultecas; y por el lado izquierdo, que caía hacia la parte del Sur, estaba la otra alberca, y en la peña esculpido el escudo de armas y el nombre de la ciudad Tenaiocan, que fué la cabecera del Imperio de los chichimecas; y de esta alberca salía un caño

de agua, que saltando sobre unas peñas salpicaba el agua, que iba a caer a un jardín de todas flores olorosas de tierra caliente, que parecía que llovía con la precipitación y golpe que daba el agua sobre la peña.

Tras este jardín se seguían los baños hechos y labrados de peña viva, que con dividirse en dos baños eran de una pieza; y por aquí se bajaba por una peña grandísima de unas gradas hechas de la misma peña, tan bien grabadas y lisas, que parecían espejos; y por el pretil de estas gradas estaba esculpido el día, mes y año, y hora, en que se le dió aviso al Rey Nezahualcoíotzin de la muerte de un señor de Huexotzinco, a quien quiso y amó notablemente, y le cogió esta nueva cuando se estaban haciendo estas gradas.

Luego consecutivamente estaba el alcázar y palacio que el Rey tenía en el bosque, en los cuales había entre otras muchas salas, aposentos y retretes, una muy grandísima, y adelante de ella un patio, en la cual recibía a los Reyes de México y Tlacopan, y a otros grandes señores, cuando se iban a holgar con él, y en el patio se hacían las damas, y algunas representaciones de gusto y entretenimiento. Estaban estos alcázares con tan admirable y maravillosa hechura, y con tanta diversidad de piedras, que no parecían ser hechos de industria humana.

El aposento donde el rey dormía, era redondo; todo lo demás de este bosque, como dicho tengo, estaba plantado de diversidad de árboles y flores odoríferas, y en ellos diversidad de aves, sin las que el Rey tenía en jaulas, traídas de diversas partes, que hacían una armonía y canto que no se oían las gentes. Fuera de las florestas, que las dividía una pared, entraba la montaña, en que había muchos venados, conejos y liebres, que si de cada cosa muy particular se describiese: y de los demás bosques de este reino, era menester hacer historia muy particular.

NÚMERO IV

TRADUCCIÓN DE IXTLILXUCHITL, HISTORIA CHICHIMECA, M. S.,
CAPÍTULO XLIV.

De la extraordinaria severidad con que el rey Nezahualpilli castigó a la reina mexicana por adúltera y traidora.

Cuando Axayacatzin, Rey de México, y otros señores, enviaron a sus hijas al Rey Netzahualpilli, para que de entre ellas escogiera una mujer legítima, de donde hubiese de salir el heredero del trono, mereció la preferencia, por la nobleza de su sangre y por su distinguida calidad, la hija del rey de México. Mas como era todavía muy niña, la puso el Monarca en un palacio aparte, donde fué criada y educada con toda la pompa, grandeza y esmero que convenía a la futura esposa de un gran rey.

Los criados de su servidumbre pasaban de 2.000. Con todo y ser tan tierna, era sumamente astuta y viciosa; de suerte que viéndose sola, y tan temida por su rango e importancia, comenzó a entregarse desenfrenadamente a la liviandad,

Cuando veía algún mancebo que contentaba su gusto, daba órdenes secretas para que se lo trajesen, y después de satisfacer sus deseos, le mandaba dar muerte. Mandaba en seguida hacer una estatua o efigie de la persona del

mancebo, y ricamente vestida y adornada con oro y joyas, la hacía poner en el aposento donde ella habitaba. El número de estas estatuas llegó a ser tan crecido, que llenaban todo el aposento.

Una vez que vino el rey a visitarla y le preguntó qué significaban, le respondió ella que eran las efigies sus dioses, y como los mexicanos eran tan dados al culto de sus deidades, el rey creyó la respuesta. Mas como ninguna iniquidad puede quedar perpetuamente oculta, descubrióse al fin ésta. Tres mancebos lograron quedar vivos, quién sabe de qué manera; llamábanse Chicuhcontl, Huitzilimitzin y Maxtla; el primero, señor de Tesoyucan y uno de los grandes del reino, y los otros dos, también nobles de calidad.

Sucedió un día que el rey reconoció en uno de ellos una alhaja que él había regalado a la reina, y aunque no sospechaba la traición de ésta, algo le dió aquello en que pensar.

Habiendo ido a visitarla aquella noche, respondiéronle los criados que estaba durmiendo la reina, con lo que se suponían que él se iría y volvería después, como lo había hecho otras veces; mas acordándose de lo de la alhaja, insistió en entrar en el aposento, y acercándose al lecho para despertarla, encontró en él, en vez de la reina, una estatua adornada con su cabellera y muy parecida a su dueño. Visto esto por el rey, e igualmente la turbación y sobresalto de los criados, llamó a sus guardias y a toda la gente de palacio y se puso en busca de la reina, que a poco fué encontrada en pláticas con los tres mancebos, y fueron arrestados todos cuatro.

El rey presentó su acusación ante los jueces de su Corte, para que se hiciese una averiguación y se viera quiénes eran los cómplices. Descubrióse que estos eran muchos:

los unos habían fabricado o adornado las estatuas; otros habían introducido en palacio a los mancebos; y otros, por último, les habían dado muerte y escondido sus cadáveres.

Suficientemente aclarado todo, mandó embajadores a los reyes de México y Tlacopan, informándoles de lo ocurrido y avisándoles el día de la ejecución de la reina y de sus cómplices. Al mismo tiempo previno a todos los señores de su reino que trajesen a sus mujeres e hijas, por jóvenes que fuesen, a presenciar aquella ejecución, destinada a servir de grande escarmiento. Celebró también treguas con todos los enemigos del imperio, para que pudiesen venir libremente a presenciar el castigo. Tan grande fué el concurso, que con ser tan vasta la ciudad de Texcoco, no bastaba para aposentar a los forasteros. La ejecución se verificó públicamente, de modo que se viese de toda la ciudad.

La reina fué condenada a la pena del *garrote*, y lo mismo sus tres amantes; y como eran personas nobles, fueron quemados sus cuerpos, y lo mismo las estatuas mencionadas. Los demás cómplices, que eran más de 2.000, también recibieron *garrote*, y sus cuerpos fueron quemados en una hoguera, dispuesta al intento en una barranca, cerca del templo del ídolo de los adúlteros.

Todos aprobaron tan ejemplar castigo, excepto los señores de México, parientes de la reina, que aunque por lo pronto ocultaron su resentimiento, meditaban la futura venganza. ¡No sin razón tuvo el rey tamaña desgracia en su familia, que su padre se había valido de medios indignos, para lograr a la mujer de quien nació Netzahualpilli!»

NÚMERO V

INSTRUCCIONES DADAS A CORTÉS, POR VELÁZQUEZ, GOBERNADOR DE CUBA, AL TOMAR AQUÉL EL MANDO DE LA EXPEDICIÓN. FECHADA EN LA FERNANDINA, A 23 DE OCTUBRE DE 1518.

(Este instrumento forma parte de la colección de Muñoz.)

Por cuanto yo, Diego Velazquez, Alcalde Capitán general, é repartidor de los caciques é indios de esta isla fernandina por sus Altezas, etc., envié, los dias pasados, en nombre y servicio de sus Altezas á ver é bojar la isla de Yucatan Santa María de los Remedios, que nuevamente había descubierto, é á demascobrir los de que Dios Nuestro Señor fuese servido, en nombre de sus Altezas tomar la posesion de todo, una armada con la gente necesaria, en que fué é nombré por capitan della á Juan Grijalva, vecino de la villa de la Trinidad de esta isla, el cual me envió una carabela de las que llevaba, porque le facia mucha agua, é en ella cierta gente, que los indios en la dicha Santa María de los Remedios le habian herido, é otros adolecido.

Y con la razon de todo lo que le habia ocurrido hasta otras islas é tierra que de nuevo descubrió; que la una es una isla que se dice Cozumel, é le puso por nombre Santa Cruz; y lo otra es una tierra grande, que parte della se

llama Ulua, que puso por nombre Santa María de las Nieves, desde donde me envió dicha carabela é gente, é me escribió como iba siguiendo su demanda, principalmente a saber si aquella tierra era isla ó tierra firme; é ha muchos días que de razon habia de haber sabido nueva dél, de que se presume, pues tal nueva dél fasta hoy no se sabe, que debe tener ó estar en alguna ó estrema necesidad de socorro: é así mesmo porque una carabela, que yo envié al dicho Juan de Grijalva desde el puerto de esta ciudad de Santiago, para que con él é la armada que lleva se juntase en el puerto de San Cristóbal de la Habana, porque muy mas proveido de todo é como al servicio de sus Altezas convenia fuesen, quando llegó donde pensó fallarle, el dicho Juan de Grijalva se habia fecho á la vela é hera ido con toda la dicha armada, puesto que dejó aviso del viaje que la dicha carabela habia de llevar; é como la dicha carabela, en que iban ochenta ó noventa hombres, no falló la dicha armada, tomó el dicho aviso, y fué en seguimiento del dicho Juan de Grijalva; é segun parece é se ha sabido por informacion de las personas feridas é dolientes, que el dicho Juan de Grijalva me envió, no se habia juntado con él, ni della habia habido ninguna nueva, ni los dichos dolientes ni referidos la supieron a la vuelta, puesto que vinieron mucha parte del viage costa á costa de la isla de Santa María de los Remedios por donde habia ido; de que se presume que con tiempo forzoso podria de caer hácia tierra firme, ó llegar á alguna parte donde los dichos ochenta ó noventa hombres aspañoles corran detrimento por el navío, ó por ser pocos, ó por andar perdidos en busca del dicho Juan de Grijalva, puesto que iban muy bien pertrechados de todo lo necesario: ademas de esto porque despues que con el dicho Juan de Grijalva envié la dicha armada, he sido informado de muy cierto por un indio de los de la

dicha isla de Yucatan Santa María de los Remedios, cómo en poder de ciertos caciques principales della están seis cristianos cautivos, y los tienen por esclavos, é se sirven dellos en sus haciendas, que los tomaron muchos dias ha de una carabela que con tiempo por allí diz que aportó perdida, que se cree que alguno dellos debe ser Nicuesa, Capitan, que el católico Rey D. Fernando, de gloriosa memoria, mandó ir a tierra firme, é redimirlos seria grandísimo servicio de Dios Nuestro Señor é de sus Altezas: por todo lo cual pareciéndome que al servicio de Dios Nuestro Señor é de sus Altezas convenia enviar así en seguimiento é socorro de la dicha armada quel dicho Juan de Grijalva llevó, y busca de la carabela que tras él en su seguimiento fué, como á redimir si posible fuese, los dichos cristianos que en poder de los dichos indios están cautivos; acordé habiendo muchas veces pensado, é pesado, é platicándolo con personas cuerdas, de enviar, como envié, otra armada tal, é tambien bastecida é aparejada, así de navíos é mantenimientos, como de gente é todo lo demas para semejante negocio necesario; que si por acaso a la gente de la otra primera armada, ó de la dicha carabela que fué en su seguimiento hallase en alguna parte cerca de infieles, sea bastante para los socorrer ó descercar; é si así no los hallare, por sí sola puede seguramente andar é calar en su busca todas aquellas islas tierras, é saber el secreto dellas, y facer todo lo demas que al servicio de Dios Nuestro Señor cumpla é al de sus Altezas convenga: é para ello he acordado de la encomendar á vos, Fernando Cortés, é os enviar por capitan della, por la experiencia que de vos tengo del tiempo que ha que en esta isla en mi compañía habeis servido á sus Altezas, confiando que sois persona cuerda, y que con toda prudencia é celo de su real servicio dareis buena razon é cuenta de todo lo que por mí en nombre

de sus Altezas os fuere mandado acerca de la dicha negociacion, y las guiareis ó encaminareis como más al servicio de Dios Nuestro Señor é de sus Altezas convenga, y porque mejor guiada la negociacion de todo vaya, lo que habeis de facer, y mirar, é con mucha vigilancia y diligencia inquirir é saber es lo siguiente:

1. Hágase el servicio de Dios en todo, y quien faltare castiga con rigor.

2. Castigareis en particular la fornicacion.

3. Prohibireis dados y naipes, ocasion de discordias y otros escesos.

4. Ya salida la armada del puerto de esta cibdad de Santiago, en los otros dotareis desta esta cuidado no se haga agravio á españoles ni indios.

5. Tomando los bastimentos necesarios en dichos puertos, partireis á vuestro destino, haciendo antes alarde de gente ó armas.

6. No consentireis vaya ningun indio ni india.

7. Salido al mar y metidas las barcas, en la de vuestro navio visitareis los otros, y reconocereis otra vez la gente con las copias (las listas) de cada uno.

8. Apercibireis a los Capitanes y Maestres de los otros navios que jamas se aparten de vuestra conserva, y hareis cuanto convenga para llegar todos juntos a la isla de Cozumel, Santa Cruz, donde será vuestra derecha derrota.

9. Si por algun caso llegaren ántes que vos, les mandareis que nadie sea osado á tratar mal á los indios, ni les diga la causa porque vais, ni les demande ó interroque por los cristianos captivos en la isla de Santa María de los Remedios: digan solo que vos hablareis en llegando.

10. Llegado a dicha isla de Santa Cruz, vereis y sondeareis los puertos, entradas y aguadas, así della, como de Santa María de los Remedios, y la punta de Santa Ma-

ría de las Nieves, para dar cumplida relacion de todo.

11. Direis a los indios de Cozumel, Santa Cruz, y de mas partes, que vais por mando del Rey á visitarles: hablareis de su poder y conquistas, individuando las hechas en estas islas y tierra firme, de sus mercedes á cuantos le sirven; que ellos se vengan á su obediencia y den muestras dello, regalándole, como los otros han hecho, con oro, perlas, etc., para que eche de ver su buena voluntad y les favorezca y defienda: que yo les aseguro de todo en su nombre, que me pesó mucho de la batalla que con ellos ovo, Francisco Hernandez, y os envio para darles á entender como su Alteza quiere que sean bien tratados, etc.

12. Tomareis entera informacion de las cruces que diz se hallan en dicha isla Santa Cruz adoradas por los indios, del origen y causa de semejante costumbre.

13. En general sabreis cuanto concierne á la religion de la tierra.

14. Y cuidad mucho de doctrinarlos en la verdadera fe, pues esta es la causa principal porque sus Altezas permiten estos descubrimientos.

15. Inquirid de la armada de Juan de Grijalva, y de la carabela que llevó en su seguimiento Cristoval de Olid.

16. Caso de juntaros con la armada, búsquese la carabela y concertad donde podreis juntaros otra vez todos.

17. Lo mismo hareis si primero se halla la carabela.

18. Ireis por la costa de la isla de Yucatan Santa María de los Remedios, do están seis cristianos en poder de unos caciques, a quienes dice conocer Melchor, indio de allí, que con vos llevais. Tratadlo con mucho amor, para que os le tenga y sirva fielmente. No sea que os suceda algun daño, porque los indios de aquella tierra en caso de guerra son mañosos.

19. Donde quiera tratareis muy bien a los indios.

20. Cuantos rescates hiciéredes, metereis en arca de tres llaves, de que tendreis vos una, las otras el Veedor y el Tesorero que nombráredes.

21. Cuando se necesite hacer agua o leña, etc., enviareis personas cuerdas al mando del de mayor confianza, que ni causen escándalo, ni se pongan en peligro.

22. Si adentro de la tierra viéreis alguna poblacion de indios que ofrecieren amistad, podreis ir á ella con la gente mas pacífica y bien armada, mirando mucho en que ningun agravio se les haga en sus bienes y mugeres.

23. En tal caso dejareis a muy buen recabdo los navíos; estareis muy sobre aviso que no os engañen ni se entrometan muchos indios entre los españoles, etc.

24. Aviso que placiendo á Dios Nuestro Señor hallais los cristianos que en la dicha isla de Santa María de los Remedios están captivos, y buscado que por ella hallais la dicha armada é la dicha carabela, seguireis vuestro viage á la punta llana que es el principio de la tierra grande que que agora nuevamente el dicho Juan de Grijalva descubrió, y correreis en su busca por la costa della adelante, buscando todos los rios é puestos della fasta llegar á la bahia de San Juan y Santa María de las Nieves, que es desde donde el dicho Juan de Grijalva me envió los heridos é dolientes, é me escribió lo que hasta allí le habia ocurrido; é si allí hallaredes, juntaros é ir con el Juan; porque entre los españoles que llevais ó allá están no haya diferencias... cada uno tenga cargo de la gente que consigo lleva... y entramos muy conformes, consultareis lo que más convenga conforme á esta instruccion, y á que Grijalva llevó de sus Paternidades y mias; en tal caso los rescates todos se harán en presencia de Francisco de Peñalosa, veedor nombrado por sus Paternidades.

25. Inquirireis las cosas de la tierra á do llegareis, así

morales como físicas, si hay perlas, especería, oro, etc., parte de Santa María de las Nieves, de donde Grijalva me envió ciertos granos de oro por fundir é fundidos.

26. Cuando salteis en tierra sea ante vuestro Soberano y muchos testigos, y tomareis posesion della con las solemnidades usadas; inquirir la calidad de las gentes; porque diz que hay gentes de orejas grandes y anchas, y otras que tienen las caras como perros... á qué parte están las Amazonas, que dicen estos indios que con vos llevais, que están cerca de allí.

27. Las demas cosas dejo á vuestra prudencia confiado de vos que en todo tomeis el cuidadoso cuidado de hacer lo que más cumpla al servicio de Dios y de SS. AA.

28. En todos los puertos de esta ysla do hallareis españoles que quieran ir con vos, no lleveis á quien tuviere deudas, si antes no las paga ó da fianzas suficientes.

29. Luego en llegando á Santa María de las Nieves, me enviaréis en el navío que menos falta hiciere, cuanto hubierdes rescatado y hallado de oro, perlas, especería, animales, aves, etc., con relacion de lo hecho y lo que pensais hacer, para que yo lo mande y diga al Rey.

30. Conoceréis conforme á derecho de las causas civiles y criminales que ocurran, como capitán desta armada with todos los poderes, etc., etc. Fecha en esta cibdad de Santiago puerto desta isla Fernandina, a 23 octubre, 1518.

NÚMERO VI

SACADO DE LA HISTORIA GENERAL DE LOS INDIOS POR LAS
CASAS, M. S., LIBRO III, CAPÍTULO CXVI.

(Pocos literatos españoles han leído los escritos de Las Casas, y por eso he sacado esta especie de extracto del original, como una muestra del estilo desaliñado pero vigoroso de una cuya celebridad ha crecido tanto, a causa de la escrupulosa reserva con que se la ha tenido oculta.)

Esto es uno de los errores y disparates que muchos han tenido y hecho en estas partes; porque sin primero por mucho tiempo haber á los indios y á cualquiera nacion idólatra doctrinado, es gran desvario quitarles los ídolos; lo cual nunca se hace por voluntad sino contra la de los idólatras; porque ninguno puede dejar por su voluntad é de buena gana aquello que tiene de muchos años por Dios y en la leche mamado y autorizado por sus mayores, sin que primero tenga entendido que aquello que les dan o en que les comutan su Dios, sea verdadero Dios.

Mirad que doctrina les podían dar en dos en ó tres, ó en cuatro, ó en diez días, que allí estuvieron y que mas estuvieran, del verdadero Dios, y tampoco les supieran dar para desarraigalles la opinion errónea de sus dioses, que en yéndose, que se fueron, no tornaron á idolatrar. Primero se han de raer de los corazones los ídolos, conviene á saber

el concepto y estima que tienen de ser aquellos Dios los idólatras por diuturna y diligente é continua doctrina, y pintalles en ellos el concepto y verdad del verdadero Dios, y despues ellos mismos viendo su engaño y error han de derrocar é destruir con sus mismas manos é de toda su voluntad los ídolos que veneraban por Dios é por dioses.

Y así lo enseña San Agustín en el sermón. *De puero centurionis, de verbis Domini*. Pero no fué aqueste el postrero disparate que en estas Indias cerca desta materia se ha hecho poner cruces, induciendo a los indios á la reverencia dellas. Si hay tiempo para ello con significación alguna del fruto que pueden sacar dello, si se lo puedan dar á entender para hacerse y bien hacerse, pero no habiendo tiempo, ni lengua, ni sazon, cosa superflua é inútil parece.

Porque pueden pensar los indios que les dan algun ídolo de aquella figura que tienen por Dios los cristianos, y así lo haran idólatra, adorando por Dios aquel palo. La mas cierta é conveniente regla é doctrina que por estas tierras y otras de infieles semejantes á estos, los cristianos deben dar é tener, quando van de pasada como estos iban, é quando tambien quisieren morar entre ellas, es dalles muy buen exemplo de obras virtuosas y cristianas, para que, como dice Nuestro Redemptor, viendolas alaben y den gloria al Dios é Padre de los cristianos, é por ellas juzguen quien tales cultores tiene no puede ser sino bueno é verdadero Dios.

NÚMERO VII

DECLARACIÓN DE ALONSO HERNÁNDEZ DE PUERTO CARRERO.

(Puerto Carrero y Montejo fueron los dos oficiales que envió Cortés, desde Villa Rica, con pliegos para el Gobierno. Los emisarios fueron examinados bajo de juramento, por el venerable Dr. Carvajal, del Consejo de Indias, sobre todo lo concerniente a la conducta de Velázquez y de Cortés. La siguiente declaración es la de Puerto Carrero, hombre de buen nacimiento, y bajo este respecto superior a muchos de los que entraron en la expedición. El original existe en el archivo de Simancas.)

En la cibdad de Coruña, á 30 dias del mes de Abril de 1520 años, se tomó el dicho é depusicion de Alonso Hernandez Puerto Carrero por mi Joan de Samano, del cual habiendo jurado en forma so cargo del juramento dijo lo siguiente:

Primeramente dijo, que en el armada que hizo Francisco Hernandez de Córdova é Caycedo é su compañero él no fué en ella; de la cual armada fué el dicho Francisco Hernandez de Córdova por Capitan General é principal armador; é que ha oido decir como estos descubrieron la isla que se llama de Yucatan.

Item: dijo que en el armada de que fué Capitan General

Juan de Grijalva este testigo no fué; pero que vido un Capitan, que se dice Pedro de Alvarado, que envió Juan de Grijalva en una carabela con cierto oro é joyas a Diego Velazquez é que oyó decir, que desde Diego Velazquez vido que traían tan poco oro, é el Capitan Juan de Grijalva se quería luego volver é no hacer mas rescate acordó de hablar a Hernandez Cortés para que hiciesen esta armada, porque al presente en Santiago no había persona que mejor aparejo tuviese, y que mas bien quisto en la isla fuese, porque al presente tenía tres navíos: fuéle preguntado, como sabia lo susodicho; respondió que porque lo habia oido decir á muchas personas de la isla.

Dice mas que se pregonó en el pueblo don este testigo vivia, que todas las personas que quitiesen ir en el armada de todo lo que se oyese ó rescatase habria la una tercera parte, é las otras dos partes eran para los armadores y navíos.

Fuéle preguntado, quien hizo dar el dicho pregon, é en cuyo nombre se hacian, é quien se decia entónces que hacia la dicha armada; respondió que oyó decir, que Hernando Cortés habia escripto una carta á un Alcalde de aquel pueblo para que hiciese á pregonarlo; é que oyó decir, que Diego Velazquez habló con Hernando Cortés para que juntamente con él hiciesen la dicha armada porque al presente no habia otra persona que mejor aparejo en la dicha isla para ello tuviese, porque al presente tenia tres navíos, é era bien quisto en la isla; é que oyó decir, que si él no fuera por Capitan, que no fuera la tercera parte de la gente que con él fué; é que no sabe el concierto que entre sí tienen, mas de que oyó decir, que ambos hacian aquella armada, é que ponía Hernando Cortés mas de las dos partes della, é que la otra parte cree este testigo que la puso Diego Velazquez, porque lo oyó decir, é despues que fué

en la dicha armada vido ciertos navíos que puso Hernando Cortés, en lo que gastaba con la gente, que le pareció que ponía las dos partes ó mas é que de diez navíos que fueron en el armada los tres puso Diego Velazquez, é los siete Cortés suyos é de sus amigos.

Dijo que le dijeron muchas personas que iban en el armada como Hernando Cortés hizo pregonar, que todos los que quisiesen ir en su compañía, si tovisen necesidad de dineros, así para comprar vestidos, como provisiones ó armas para ellos, que fuesen á él, é que él les socorria é les daría lo que hobiesen menester, é que á todos los que á él acodian que lo daba, é que esto sabe, porque muchas personas á quien él socorria con dineros que lo dijeron; é que estando en la villa de la Trinidad, vió que él é sus amigos daban á toda la gente que allí estaba todo lo que habian menester; é así mesmo estando en la villa de San Cristóval, en la Habana, vió hacer lo mismo, é comprar muchos puercos é pan, que podian ser tres ó cuatro meses.

Fuéle preguntado, á quien tenian por principal armador desta armada, é quien era público que la hacía, dijo que lo que oyó decir é vido, que Hernando Cortés gastaba las dos partes, é que los dicho Diego Velazquez é Hernando Cortés la hicieron como dicho tiene, é que no sabe mas en esto de este artículo.

Fuéle preguntado, si sabia quel dicho Diego Velazquez fuese el principal por respecto de ser Gobernador por su Alteza en las tierras é islas que por su industria se descubriesen; que no lo sabe porque no le eran entonces llegados Gonzalo de Guzman é Narvaez.

Fuéle preguntado, si sabe el dicho Diego Velazquez sea lugar Teniente de Gobernador é Capitan de la isla de Cuba; dijo que ha oido decir, ques Teniente de Almirante.

Fuéle preguntado, si sabia dellasiento é capitulacion que

el dicho Diego Velazquez tomó con los Frailes Gerónimos en nombre de S. M., é de la instruccion que ellos para el descubrimiento le dieron; dijo que oyó decir, que les habia fecho relacion que habia descubierto una tierra que era muy rica, é les envió á pedir le diesen licencia para vojallá é para rescatar en ella, é los Padres Gerónimos que la dieron, é que esto sabe porque lo oyó decir: fuéle preguntado si vió este asiento ó poderes algunos de los dichos Padres ó de la dicha instruccion; dijo que bien los puede haber visto, mas lo que en ellos iba, no se acuerda mas que lo arriba dicho.

Fuéle preguntado, si vió ó oyó decir, que los dichos poderes ó capitulacion de los dichos Padres Gerónimos fuese nombrado Diego Velazquez ó el dicho de Cortés; dijo que en los poderes de los Padres Gerónimos enviaron a Diego Velazquez que á él seria, é no á Hernando Cortés, porque el dicho Diego Velazquez lo envió á pedir.

Fuéle preguntado, como é porque causa obedecia á Hernando Cortés por Capitan General de aquella armada; dijo que porque Diego Velazquez le dió su poder en nombre de su Alteza para ir hacer aquel rescate; é que lo sabe, porque vió el poder é lo oyó decir á todos ellos.

Fuéle preguntado, que fué la causa porque no usaron con el dicho Hernando Cortés de los poderes que llevaba del dicho Diego Velazquez; dijo que esta armada iba en achaque de buscar á Juan de Grijalva; que oyó decir que no tenia poder Diego Velazquez de los Padres Gerónimos para hacer esta armada; é con este achaque que arriba dice hicieron esta armada, é que él uso del poder que Diego Velazquez le dió, é allí rescató.

Fuéle preguntado, que fué la causa porque, cuando quisieron poblar, le nombraron ellos por Capitan General é justicia mayor de nuevo; dijo que Hernando Cortés, desque

habia rescatado é vido que tenia pocos bastimentos, que no habia mas que para volver tasadamente á la isla de Cuba, dijo que se queria volver; é entonces toda la gente se juntaron é le requirieron que poblase, pues los indios les tenian buena voluntad é mostraban que holgaban con ellos, é la tierra era tan aparejada para ello, é S. M. seria dello muy servido; é respondió, que él no traia poder para poblar, que él responderia; é respondió que pues era servicio de S. M. poblar, otejava que poblasen; é hicieron Alcalde é Regidores, é se juntaron en su Cabildo, é le proveyeron de justicia mayor y Capitan General en nombre de S. M.

Fuéle preguntado, que se hicieron los navíos que llevaron; dijo que desde que poblaron venian los maestros de los navíos, á decir al Capitan que todos los navíos se iban á fondo, que no los podian tener encima del agua, i el dicho Capitan mandó á ciertos maestros é pilotos que entrasen en los navíos é viesen los que estaban de modo de poder navegar, é ver si se podiesen remediar; é los dichos maestros é pilotos dijeron, que no habia mas de tres navíos que pudiesen navegar, é remediarse, é que habia de ser con mucha costa; é que los demas que no habia medio ninguno en ellos, é que alguno dellos se undió en la mar, estando echada el ancla; é que con los demas que no estaban para poder navegar é remediarse, los dejaron ir al traves; é que esta es la verdad, é firmolo de su nombre.

Dijo que se acuerda que oyó decir, que Hernando Cortés habia gastado en esta armada cinco mil ducados ó castellanos; é que Diego Velazquez oyó decir, que habia gastado mil setecientos, poco mas ó menos; é que esto que gastó fué en vinos é aceites é vinagre é ropas de vestir, las que les vendió un factor que allá está de Diego Velazquez, en que les vendia el arroba de vino á cuatro castellanos que salia al respecto por una pipa cien castellanos, el arroba del

aceite seis castellanos, é alomesmo la arroba del vinagre é las camisas á dos pesos, y el par de los alpargates á castellano, é un mazo de cuentas de valoría á dos castellanos costándole á él á dos reales, é á este respeto fueron todas las otras cosas; é que esto que gastó Diego Velazquez lo sabe, porque lo vido vender, é este testigo se le vendió hasta parte dello.—Alonso Hernandez Portocarrero declaró ante mí, Johan de Samano.

NÚMERO VIII

EXTRACTO DE LA CARTA DE VERACRUZ, M. S.

(El siguiente extracto de la célebre carta dirigida al Emperador, por el Ayuntamiento de la Villa Rica de Veracruz, da una idea sucinta de la fundación de la primera colonia en México, y del nombramiento hecho en Hernán Cortés, para Justicia Mayor y Capitán General.—El original se conserva en la librería Imperial de Viena.)

Despues de se haber despedido de nosotros el dicho Cacique, y vuelto á su casa, en mucha conformidad, como en esta armada venimos, personas nobles, caballeros, hijos dalgo, zelosos del servicio de Nuestro Señor y de Vuestras Reales Altezas, y deseosos de ensalzar su Corona Real, de acrecentar sus Señorios, y de aumentar sus rentas, nos juntamos y platicamos con el dicho Capitan Fernando Cortés, diciendo que esta tierra era buena, y que segun la muestra de oro que aquel Cacique habia traído, se creía que debia ser muy rica, y que segun las muestras que el dicho Cacique habia dado, era de creer que él y todos sus indios nos tenian muy buena voluntad.

Por tanto que nos parecia que nos convenia al servicio de Vuestras Magestades, y que en tal tierra se hiciese lo que Diego Velazquez habia mandado hacer al dicho Capi-

tan Fernando Cortés, que era rescatar todo el oro, que pudiese, y rescatado volverse con todo ello a la isla Fernandina, para gozar solamente de ello el dicho Diego Velazquez y el dicho Capitan, y que lo mejor que a todos nos parecia era, que en nombre de Vuestras Reales Altezas se poblase y fundase allí un pueblo en que hubiese justicia, para que en esta tierra tuviesen Señorío, como en sus Reynos y Señoríos lo tienen; porque siendo esta tierra poblada de españoles, demas de acrecentar los Reynos y Señoríos de Vuestras Magestades, y sus rentas nos podrian hacer mercedes a nosotros y a los pobladores que de mas allá viniesen adelante, y acordado esto, nos juntamos todo en concord de un ánimo y voluntad, y hicimos un requerimiento al dicho Capitan, en el cual dijimos; que pues él veía quanto al servicio de Dios Nuestro Señor y al de Vuestras Magestades convenia, que esta tierra estuviese poblada, dándole las causas de que arriba a Vuestras Altezas se ha hecho relacion, que le requerimos que luego cesase de hacer rescates de la manera que los venia á hacer, porque seria destruir la tierra en mucha manera, y V. V. Magestades serian en ello muy deservidos, y que ansí mismo le pedimos y requerimos que luego nombrase para aquella villa, que se habia por nosotros de hacer y fundar, Alcaldes y Regidores, en nombre de Vuestras Reales Altezas, con ciertas protestaciones, en forma que contra él protestamos si ansí no lo hiciesen, y hecho este requerimiento al dicho Capitan, dijo que daria su respuesta el dia siguiente, y viendo pues el dicho Capitan como convenia al servicio de Vuestras Reales Altezas lo que le pediamos, luego otro dia nos respondió diciendo, que su voluntad estaba mas inclinada al servicio de Vuestras Magestades que á otra cosa alguna, y que no mirando al interese que á él se le siguiese, si proseguia en el rescate que traia propuesto de rehacer

los grandes gastos que de su hacienda habia hecho en aquella armada juntamente con el dicho Diego Velazquez, antes poniéndolo todo le placia y era contento de hacer lo que por nosotros le era pedido, pues que tanto convenia al servicio de Vuestras Reales Altezas, y luego comenzó con gran diligencia á poblar y á fundar una villa la cual puso por nombre Rica Villa de Vera Cruz, y nombrónos á los que la delantes suscribimos, por Alcaldes y Regidores de la dicha Villa, y en nombre de Vuestras Reales Altezas recibió de nosotros el juramento y solemnidad que en tal caso se acostumbra y suele hacer.

Despues de lo cual, otro dia siguiente entramos en nuestro cabildo y ajuntamiento, y estando así juntos enviamos a llamar al dicho Capitan Fernando Cortés y le pedimos en nombre de Vuestras Reales Altezas, que nos mostrase los poderes y instrucciones que el dicho Diego Velazquez le habia dado para venir á estas partes, el cual envió luego por ellos y no los mostró, y vistos y leídos por nosotros, bien examinados segun lo que pudimos mejor entender, hallamos á nuestro parecer que por los dichos poderes y instrucciones no tenia mas poder el dicho Capitan Fernando Cortés, y que por haber ya espirado no podía usar de justicia ni de Capitan de allí adelante; pareciéndonos, pues, mui Excelentísimos Príncipes que para la pacificacion y concordia entre nosotros y para nos gobernar bien, convenia poner una persona para su Real servicio, que estuviese en nombre de Vuestras Magestades en la dicha villa y en estas partes por justicia mayor y Capitan y cabeza, á quien todos acatasemos hasta hacer relación de ello á Vuestras Reales Altezas para que en ello proveyesen lo que mas servidos fuesen, y visto que á ninguna persona se podia dar mejor el dicho cargo que al dicho Fernando Cortés, porque ademas de ser persona de tal cual para ello conviene, tiene

muy gran zelo y deseo del servicio de Vuestras Magestades.

Y así mismo por la mucha experiencia que de estas partes y islas tiene, de causa de los cuales ha siempre dado buena cuenta, y por haber gastado todo cuanto tenia por venir como vino con esta armada en servicio de Vuestras Magestades, y por haber tenido en poco, como hemos hecho relacion todo lo que podia ganar y interese que se le podia seguir si rescatare como traia concertado, y le proveimos en nombre de Vuestras Reales Altezas, de justicia y Alcalde mayor, del cual recibimos el juramento que en tal caso se requiere, y hecho como convenia al Real servicio de Vuestra Magestad, lo recibimos en su real nombre en nuestro ajuntamiento y cabildo por Justicia mayor y Capitan de Vuestras Reales armas, y así está y estará hasta tanto que Vuestras Magestades provean lo que mas á su servicio convenga; hemos querido hacer de todo esto relacion á Vuestras Reales Altezas, porque sepan lo que acá se ha hecho, y el estado y manera en que quedamos.

NÚMERO IX

SACADO DE LA HISTORIA DE TLAXCALA POR CAMARGO, M. S.

(Este pasaje del cronista indio se refiere a la ceremonia de la inauguración de un Tecuhtle o caballero mercader, en Tlaxcala. Tal se figura uno estar leyendo las páginas de San Pelayo, o de algún otro historiador de la caballería errante.)

Esta ceremonia de armarse caballeros los naturales de México y Tlaxcala y otras provincias de la Laguna Mexicana es cosa muy notoria, y así no nos detendremos en ella, mas de pasar secundamente. Es de saber, que cualquier señor ó hijos de señores, que por sus personas habían ganado alguna cosa en la guerra, ó que hubiesen hecho o emprendido cosas señaladas y aventajadas, como tubiese indicios de mucho valor, y que fuese de buen consejo y aviso en la república le armaban caballero; que como fuesen tan ricos que por sus riquezas se ennoblecían y hacían negocios de hijos y dalgo y caballero, los armaban caballeros por dos, direfentementemente que los caballeros de línea recta, porque los llamados Tepilhuan. Al mercader que era armado caballero, y á los finos que por descendencia lo eran, llamaban Tecuhtles.

Estos Tecuhtles se armaban caballeros con muchas ce-

remonias. Ante todas cosas, estaban en el templo cuarenta ó sesenta días en un templo de sus ídolos, y ayuraban todo ese tiempo, y no trataban con gente mas que con aquellos que les servían, y al cabo de los cuales eran llevados al templo mayor y allí les daban grandes doctrinas de la vida que habían de tener y guardar; y antes de todas estas cosas les daban grandes bejámenes con muchas palabras afrentosas y satíricas, y les daban de puñadas con grandes reprensiones, y aun en su propio rostro, según atrás dejamos tratado, y les horadaban las narices y labios y orejas, y la sangre que de ellos salía la ofrecían a sus ídolos.

Allí les daban públicamente sus arcs y flechas y macanas y todo género de armas usadas en su arte militar. Del templo era llevado por las calles y plazas acostumbradas con gran pompa y regocijo y solemnidad; poníanles en las orejas orejeras de oro, y bezotes de lo mismo, llevando adelante muchos trahanes y chocarreros que decían grandes donaires, con que hacían reir las gentes; pero como vamos tratando, se ponían en las narices piedras ricas, horadabánles las orejas y narices y bezos, no con hierros ni cosa de oro ni plata, sino con huesos de tigres y leones y águilas agudos.

Este armado caballero hacía muy solemnes fiestas y costosas, y daban muy grandes presentes a los antiguos señores caballeros, así de ropa, como de esclavos, oro y piedras preciosas y plumerías ricas, y divisas, escudos, rodellas y arcs y flechas, á manera de propinas cuando se doctoran nuestros letrados. Andaban de casa en casa de estos Tecuhtles dándoles estos presentes y dádivas, y lo propio hacen con estos armados caballeros despues que lo eran, y se tenia cuenta con todos ellos. Y era república, y así no se armaban muchos caballeros, hidalgos pobres por su poca posibilidad, si no eran aquellos que por sus nobles y

loables hechos lo habian merecido, que en tal caso los caciques cabeceros y los mas supremos señores reyes, pues tenian meromixto imperio con sus tierras, y horca y cuchillo para ejecutar los casos de justicia, como en efecto era así.

Finalmente, que los que horadaban las orejas, bezos, y narices de estos, que así se armaban caballeros, eran caballeros ancianos y muy antiguos, los cuales estaban dedicados para esto, y así como para en los casos de justicia y consejos de guerra. Servian estos caballeros veteranos en la república, los cuales eran temidos, obedecidos y reverenciados en muy gran veneracion y estima. Y como atras dejamos dicho, que al cabo de los cuarenta o sesenta dias de ayuno de los caballeros nobles los sacaban de allí para llevarlos al templo mayor donde tenian sus simulacros, no les horadaban entonces las orejas, narices, ni labios, que son los labios de la parte de abajo, sino que cuando se ponian en ayuno, entonces, y ante todas cosas les hacian estos bestiales espectáculos, y en todo el tiempo de ayuno estaban en cura, para que el dia de la mayor ceremonia fuese sano de las heridas, que pudiesen ponerle las orejas y bezotes sin ningun detrimento ni dolor y en todo este tiempo no se lavaban, antes estaban todo tiznados y embiajados de negro, y con muestras de gran humildad para conseguir y alcanzar tan gran merced y premio, velando las armas todo el tiempo del ayuno segun sus ordenanzas, constituciones y uso, y costumbres entre ellos tan celebrados. Tambien usaban tener las puertas donde estaban ayunando cerradas con ramas de laurel, cuyo árbol entre los naturales era muy estimado.

NÚMERO X

SACADO DE OVIEDO, HISTORIA DE LAS INDIAS, M. S., LIBRO
XXXIII, CAPÍTULO XLVI.

(Este capítulo, que me ha servido tanto para mi narración, contiene algunas noticias circunstanciadas acerca del modo de vivir de Montezuma, obtenidas por él antes de diferentes individuos bien informados y dignos de crédito. Es una buena muestra del estilo del historiador, y deben ser interesantes para los literatos españoles, pues que no se les ha publicado nunca, y juzgando por las apariencias, no se le publicará jamás.)

Cuando este gran Príncipe Montezuma comia, estaba en una gran sala encalada é mui pintada de pinturas diversas; allí tenia enanos é chocarreros que le decian gracias é donaires, é otros que jugaban con vn palo puesto sobre los piés grande, é le traian é meneaban con tanta facilidad é ligereza, que parecia cosa imposible; é otros hacian otros juegos é cosas de mucho para se admirar los hombres. A la puerta de la sala estaba vn patio muy grande, en que habia cien aposentes de 25 ó 30 piés de largo, cada vno sobre sí, en torno de dicho patio é allí estaban los Señores principales aposentados como guardas del palacio ordinarias, y estos tales aposentos se llaman galpones, los

quales á la continua ocupan mas de 600 hombres, que jamas se quitaban de allí, é cada vno de aquellos tenian mas de 30 servidores, de manera que á lo menos nunca faltaban 300 hombres de guerra en esta guarda cotediana del palacio.

Cuando queria comer aquel príncipe grande, daban el agua á manos sus Mujeres é salian allí hasta 20 dellas las mas queridas é mas hermosas é estaban en pié en tanto que él comia: E traiole vn Mayor-domo ó Maestre-sala 3000 platos ó mas de diversos manjares de gallinas, codornices, palomas, tórtolas, é otras aves, é algunos platos de muchachos tiernos guisados á su modo, é todo mui lleno de axi, é él comia de lo que las mujeres le traian ó queria. Despues que habia acabado de comer se tornaba á lavar las manos, é las Mujeres se iban á su aposento dellas, donde eran muy bien servidas.

E luego ante el señor allegábanse á sus burlas é gracias aquellos chocarreros é donosas, é mandabales dar de comer sentados ó vn cabo de la sala; é todo lo restante de la comida mandaba dar á la otra gente que se ha dicho que estaban en aquel gran patio; y luego venian 3000 Xícalos i cantaros ó ánforas de brebaje, é despues que el señor habia comido ó bebido, é lavádose las manos, íbanse las Mujeres, é acabadas de salir de la sala, entraban los negociantes de muchas partes; así de la misma cibdad como de sus señoríos; é los que le habian de hablar incábanse de rodillas cuatro varas de medir ó mas, apartados dél é descalzos, é sin manta de algodón que algo valiese; é sin mirarle a la cara decian su razonamiento; é él proveia lo que le parecia; é aquellos se levantaban é tornaban atras retraiéndose sin volver las espaldas vn buen tiro de piedra, como lo acostumbraban hacer los Moros de Granada delante de sus señores é príncipes.

Allí había muchos jugadores de diversos juegos, en especial con vnos fesoles á manera de habas, é apuntadas como dados, que es cosa de ver; é juegan quanto tienen los que son Thaures entrellos. Iban los Españoles á ver á Montezuma, é mandábales dar duchos, que son vnos banquillos ó escabeles, en que se sentasen, mui lindamente labrados, é de gentil madera, é decíanles que querian, que lo pidiesen é dársele han. Su persona era de pocas carnes, pero de buena gracia y afabil é tenia cinco ó seis pelos en la barba tan luengos como vn gеме.

Si le parecia buena alguna ropa que el Español tubiese, pedíasela, é si se la daba liberalmente sin le pedir nada por ella, luego se la cobria é la miraba mui particularmente, é con piacer la loaba; mas si le pedian precio por ella, hacíalo dar luego, é tomaba la ropa é tornábasela á dar á los cristianos sin se la cubrir, é como descontento de la mala crianza del que pedia el precio, decia: Para mí no ha de haber precio alguno, porque yo soy señor, é no me han de pedir nada de eso; que yo lo daré sin que me den alguna cosa; que es mui gran afrenta poner precio de ninguna cosa á los que son señores, ni ser ellos Mercaderes.

Con esto concuerdan las palabras que de Scipion Africano, que de sí decian aqueila contienda de prestancia, que escribe Luciano, entre los tres capitanes mas excelentes de los antiguos, que son Alexandro Magno, é Anibal, é Scipion: Desde que nascí, ni vendí ni compré cosa ninguna. Así que decia Montezuma quando así le pedian precio: Otro dia no te pediré cosa alguna, porque me has hecho mercader; vete con Dios á tu casa, é lo que obieses menester pídelo, é dársete ha: E no tornes acá, que no soy amigo desos tratos, ni de los que en ellos entienden, para mas de dexárseles vsar con otros hombres en mi Señorío.

Tenia Montezuma mas de 300 señores que le eran sub-

getos, é aquellos tenian muchos vasallos cada vno dellos; E cada qual tenia casa principal en Temixtitan, é habia de residir en ella ciertos meses del año; E quando se habian de ir á su tierra con licencia de Montezuma, habia de quedar en la casa su hijo ó hermano hasta quel señor della tornase. Esto hacia Montezuma por tener su tierra segura é que ninguno se le alzase sin ser sentido. Tenia vna seña, que trahian sus Almoxarifes é Mensageros quando recogian los tributos, é el que erraba lo mataban á él é á quantos dél venian.

Dábanle sus vasallos en tributo ordinario de tres hijos vno, é el que no tenia hijos habia de dar vn Indio ó India para sacrificar á sus Dioses, é si no lo daban, habian de sacrificarle á él: Dábanle tres hanegas de mahiz vna, é de todo lo que grangeaban, ó comian, ó bebian; En fin, de todo se le daba el tercio; E el que desto faltaba pagaba con la cabeza.

En cada pueblo tenia Mayordomo con sus libros del número de la gente ó de todo lo demas asentado por tales figuras é caracteres quellos se entendian sin discrepancia, como entre nosotros con nuestras letras se entenderia vna quenta muy bien ordenada. E aquellos particulares Mayordomos daban quenta á aquellos que residian en Temixtitan, é tenian sus alholíes é magazenes é depósitos donde se recogian los tributos, é oficiales para ello, é ponian en cárceles los que á su tiempo no pagaban, é dábanles término para la paga, é aquel pasado é no pagado, justiciaban al tal deudor, o lo hacian esclavo.

* * *

Dexemos de esta materia, é volvamos á este gran Príncipe Montezuma, el qual en vna gran sala de 150 piés de

largo, é de 50 de ancho, de grandes vigas é postes se madera que lo sostenian, encima de la cual, era todo vn terrado é azutea, é tenia dentro desta sala muchos géneros de aves é de animales. Havia 50 águilas caudales en jaolas, tigres, lobos, culebras, tan gruesas como la pierna, de mucho espanto, é en sus jaolas así mismo, é allí se les llevaba la sangre de los hombres é mugeres é niños que sacrificaban, é cebaban con ella aquellas bestias; é habia vn suelo hecho de la misma sangre humana en toda la dicha sala, é si se metia un palo ó vara temblaba el suelo.

En entrando por la sala, el hedor era mucho é aborrecible é asqueroso; las culebras daban grandes é horribles silvos; é los gemidos é tonos de los otros animales allí presos era vna melodía infernal, é para poner espanto; tenian 500 gallinas de racion cada dia para la sustentacion desos animales. En medio de aquella sala habia vna capilla á manera de vn horao grande, é por encima chapada de las minas de oro é plata é piedras de muchas maneras como ágatas ó cornesinas, nides, topacios, planas desmeraldas, é de otras suertes, muchas é mui bien engastadas. Allí entraba Montezuma é se retrahia á hablar con el Diablo, al qual nombraban Atezcatepoca, que aquella gente tienen por Dios de la guerra, y él les daba a entender, que era Señor y criador de todo, y que en su mano era el vencer; é los Indios en sus areitos é cantares é hablas le dan gracias y lo invocan en sus necesidades. En aquel patio é sala habia continuamente 5000 hombres pintados de cierto betun ó tinta, los quales no llegan á mugeres é son castos; llámanlos papas, é aquestos son religiosos.

Tenia Montezuma vna casa mui grande en que estaban sus mugeres, que eran mas de 4000 hijas de señores, que se las daban para ser sus Mugeres, é él lo mandaba hacer así; é las tenia mui guardadas y servidas; y algunas veces él daba algunas dellas á quien queria favorecer y honrar de sus principales: Ellos las recibian como vn don grandísimo. Habia en su casa muchos jardines é 100 vaños, 6 mas, como los que usan los Moros, que siempre estaban calientes, en que se bañaban aquellas sus Mugeres, las quales tenian sus guardas, é otras mugeres como Prioras que las governaban: E á estas mayores, que eran ancianas, acataban como á Madres, y ellas las trataban como á hijas.

Tubo su padre de Montezuma, 150 hijos é hijas de los quales los mas mató Montezuma, y las hermanas casó muchas dellas con quien le pareció; y él tubo 50 hijos ó hijas, no mas, y acaeció algunas veces tener 50 mugeres preñadas, y las mas dellas mataban las criaturas en el cuerpo, porque así dicen que se lo mandaba el Diablo, que hablaba con ellas y deciales que sacrificasen ellas las orejas y las lenguas y sus naturas, é sesacasen mucha sangre é se la ofreciesen, é así lo hacian en efeto.

Parecia la casa de Montezuma vna cibdad mui poblada. Tenia sus porteros en cada puerta. Tenia 20 puertas de servicio, entraban muchas calles de agua á ellas, por las quales entraban é salian las canoas con mahiz, é otros bastimentos, é leña.

Entraba en esta casa vn caño de agua dulce, que venia de dos leguas de allí por encima de vna calzada de piedra, que venia de una fuente que se dice Chapictepeque, que nace en vn peñon, que está en la laguna salada, de mui excelente agua.

NÚMERO XI

DIÁLOGO DE OVIEDO CON DON THOAN CANO, SACADO DE LA
HISTORIA DE LAS INDIAS, M. S., LIBRO XXXIII, CAP. XLIV.

(La obra más notable, bajo ciertos aspectos, que nos ha dejado Oviedo, son sus *Quinquagésimas* colecciones de diálogos imaginarios con los personajes más eminentes de su época, sacados, indudablemente, algunas veces, de las conversaciones que realmente tuvo con ellos.

En su Historia de Indias trae uno, que nos dice haber tenido con Don Thoan Cano, hidalgo castellano, casado con la viuda de Guatemozin, la hermosa hija de Montezuma. Vino al país con Narváez, y como por otra parte desde antes de la conquista y después de ella, era hombre bien relacionado, su testimonio es de gran peso. Por tal motivo he recurrido a él frecuentemente en el curso de mi historia, y transcribo ahora el diálogo original, que tengo por uno de los documentos más importantes sobre la Historia de la Conquista.)

DIALOGO DEL ALCAYDE DE LA FORTALEZA DE LA CIBDAD E PUERTO DE SANTO DOMINGO DE LA ISLA ESPAÑOLA, AUTOR Y CHRONISTA DESTAS HISTORIAS, DE LA VNA PARTE, E DE LA OTRA, VN CABALLERO VECINO DE LA GRAND CIBDAD DE MÉXICO LLAMADO THOAN CANO.

ALCAYDE. Señor, ayer supe que Vm. vive en la grand cibdad de México, y que os llamais Thoan Cano; y porque yo tube amistad con vn caballero llamado Diego Cano, que fué criado del serenísimo Príncipe Don Thoan, mi señor, de gloriosa memoria, deseo saber si es vivo, é donde soy señor natural, é como quedaste avecindado en estas partes, é rescibiré merced, que no rescibais pesadumbre de mis preguntas; porque tengo necesidad de saber algunas cosas de la Nueva-España, y es razon, que para mi satisfaccion yo procure entender lo que deseo de tales personas é hábito que merezcan crédito; y ansí, Señor, recibiré mucha merced de la vuestra en lo que digo.

THOAN CANO. Señor Alcayde, yo soy el que gano mucho en conoceros; y tiempo ha que deseaba ver vuestra persona, porque os soi aficionado, y querria que mui de veras me tubiesedes por tan amigo é servidor como yo os lo seré. E satisfaciendo á lo que Vm. quiere saber de mí, digo que Diego Cano, Escribano de Cámara del Príncipe Don Thoan, y camarero de la Tapicería de su Alteza, fué mi tio, é ha poco tiempo que murió en la cibdad de Caceres, dende vivia é yo soy natural: Y quanto a lo demas, yo, Señor, pasé desde la Isla de Cuba a la Nueva-España con el capitan Pámphilo de Narvaez, é aunque mozo é de poca edad, yo me hallé cerca dél quando fué preso por Hernando Cortés é sus mañas; é en ese trance le quebraron vn

ojo, peleando él como mui valiente hombre; pero como no le acudió su gente, é con él se hallaron mui pocos, quedó preso é herido, é se hizo Cortés señor del campo, é truxo á su devocion la gente que con Pámphilo habia ido, é en rencuentros ó en batallas de manos en México; y todo lo que ha sucedido despues yo me he hallado en ello.

Mandais que diga cómo quedé avecindado en estas partes, y que no reciba pesadumbre de vuestras preguntas; satisfaciendo á mi asiento, digo, Señor, que yo me casé con vna Señora hija legítima de Montezuma, llamada doña Isabel, tal persona, que aunque se hobiera criado en nuestra España, no estobiera mas enseñada é bien dotrinada é Católica, é de tal conversacion é arte, que os satisfaria su manera é buena gracia; y no es poco útil é provechosa al sosiego é contentamientos de los naturales de la tierra; porque como es Señora en todas sus cosas é amiga de los christianos, por su respecto en exemplo mas quietud é reposo se imprime en los ánimos de los Mexicanos. En lo demas que se me preguntare, é de que yo tenga memoria, yo, Señor, diré lo que supiere conforme á la verdad.

ALC. Io acepto la merced que en eso recibiré; y quiero comenzar á decir lo que me ocurre, porque me acuerdo, que fuí informado que su padre de Montezuma tuvo 150 hijos é hijas, ó mas, é que le acaeció tener 50 mugeres preñadas; E así escribí esto, é otras cosas á este propósito en el capítulo 46; lo cual si así fué, queria saber, ¿como podeis vos tener por legítima hija de Montezuma á la Señora Doña Isabel vuestra Muger, é qué forma tenia vuestro suegro para que se conociesen los hijos bastardos entre los legítimos ó espurios, é quales eran mugeres legítimas é concubinas?

CA. Fué costumbre vsada y guardada entre los Mexicanos, que las mugeres legítimas que tomaban, era de la

manera que agora se dirá. Concertados el hombre é muger que habian de contraer matrimonio, para le efuctuar se juntaban los parientes de ambas partes é hacian vn areito despues que habian comido ó cenado; é al tiempo que los Novios se habian de acostar é dormir en vno, tomaban la balda delantera de la camisa de la Novia, é atábanla á la manta de algodón que tenia cubierto el Novio. E así ligados tomábanlos de las manos los principales parientes de ambos, é metian los en vna cámara, donde los dejaban solos é oscuros por tres dias contiguos sin que de allí saliesen él ni ella, ni allá entraba mas de vna India á los proveer de comer é lo que habian menester en el qual tiempo deste encerramiento siempre habia bailes ó areitos, que ellos llaman mitote; é en fin de los tres dias no hai mas fiesta.

E los que sin esta cerimonia se casan no son habidos por matrimonios, ni los hijos que proceden por legítimos, ni heredan. Ansí como murió Montezuma, quedáronle solamente por hijos legítimos mi Muger é vn hermano suio, é muchachos ambos; á causa de lo qual fué elegido por Señor vn hermano de Montezuma, que se decia Cuitcavaci, Señor de Iztapalapa, el qual vivió despues de su eleccion solos 60 dias, y murió de viruelas, á causa de lo qual vn sobrino de Montezuma, que era Papa ó sacerdote maior entre los Indios, que se llamaba Guatimuci, mató al primo hijo legítimo de Montezuma, que se decia Asupacaci, hermano de padre é madre de doña Isabel, é hízose señor é fué mui valeroso.

Este fué el que perdió á México, é fué preso, é despues injustamente muerto con otros principales Señores é Indios; pues como Cortés é los christianos fueron enseñoreados de México, ningun hijo quedó legítimo sino bastardos de Montezuma, ecepto mi Muger, que quedaba viuda, por-

que Guatimuci señor de México, su primo por fixar mejor su estado, siendo ella mui muchacha, la tubo por muger con la cerimonia ya dicha del atar la camisa con la manta; é no obieron hijos, ni tiempo para procreallos; é ella se convirtió á nuestra santa fee católica, é casóse con vn hombre de bien de los conquistadores primeros, que se llamaba Pedro Gallego, é ovo vn hijo en eila, que se llamaba Thoan Gallego, Montezuma; é murió el dicho Pedro Gallego, é yo casé con la dicha doña Isabel, en la qual me ha da to Dios tres hijos é dos hijas, que llaman Pedro Cano, Gonzalo Cano de Saavedra, Thoan Cano, Doña Isabel, é Doña Catalina.

Alc. Señor Thoan Cano, suplicoos que me digais por qué mató Hernando Cortés a Guatimuci: ¿revelóse despues ó qué hizo para que muriese?

Ca. Habeis de saber, que así á Guatimuci, como al Rey de Tacuba, que se decia Tetepanquezal, é al Señor de Tezcucuo, el capitan Hernando Cortés les hizo dar muchos tormentos é crudos, quemandoles los piés, é untándoles las plantas con aceite, é poniéndoselas cerca de las brasas, é en otras diversas maneras, porque les diesen sus tesoros; é teniéndolos en continuas fatigas, supo como el capitan Cristóbal de Olit se le habia alzado en Puerto de Caballos é Honduras, la qual provincia los Indios llaman Guaimuras, é determinó de ir á buscar é castigar el dicho Cristóbal de Olit, é partió de México por tierra con mucha gente de Españoles, é de los naturales de la tierra; é llevóse consigo aquellos tres principales ya dichos, y despues los ahorcó en el camino; é así enviudó doña Isabel, é despues ella se casó de la manera que he dicho con Pedro Gallego, é despues conmigo.

Alc. Pues en cierta informacion, que se envió al Emperador Nuestro Señor, dice Hernando Cortés, que habia

suceido Guatimuci en el Señorío de México tras^a Montezuma; porque en las puentes murió el hijo é heredero de Montezuma, é que otros dos hijos que quedaron vivos, el vno era loco ó mentecapto, é el otro paralítico, é ináviles por sus enfermedades: E yo lo he escripto así en el capítulo 16, pensando aquello sería así.

CA. Pues escriba Vm. lo que mandare, y el Marques Hernando Cortés lo que quisiere, que yo digo en Dios y en mi conciencia la verdad, y esto es mui notorio.

ALC. Señor Thoan Cano, dígame ¿de qué procedió el alzamiento de los Indios de México en tanto que Hernando Cortés salió de aquella cibdad é fué á buscar á Pámphilo de Narvaez, é dejó preso á Montezuma en poder de Pedro de Alvarado? Porque he oido sobre esto muchas cosas, é mui diferentes las vnas de las otras; é yo querria escribir verdad, así Dios salve mi ánima.

CAN. Señor Alcayde, eso que preguntais es vn paso en que pocos de los que hay en la tierra sabrán dar razon, aunque ello fué muy notorio, é mui manifesta la sinrazon que á los Indios se les hizo, y de allí tomaron tanto odio con los Christianos que no fiaron mas dellos, y si siguieron quantos males ovo despues, é la rebellion de México, y pienso de esta manera: Esos Mexicanos tenian entre otras sus idolatrías ciertas fiestas del año en que se juntaban á sus ritos é ceremonias, y llegado el tiempo de una de aquellas, estaba Alvarado en guarda de Montezuma, é Cortés era ido donde habeis dicho; é muchos Indios principales juntáronse é pidieron licencia al Capitan Alvarado, para ir á celebrar sus fiestas en los patios de sus mesquitas é qq. maiores junto al aposento de los españoles, porque no pensasen que aquel aiuntamiento se hacia á otro fin: E el dicho capitan les dió la licencia. E así los Indios, todos Señores, mas de 600, desnudos é con muchas joyas de oro,

é hermosos penachos, é muchas piedras preciosas, é como mas aderezados é gentiles hombres se pudieron é supieron aderezar, é sin arma alguna defensiva ni ofensiva, bailaban é cantaban é hacian su areito é fiesta segund su costumbre; é al mejor tiempo que ellos estaban embebecidos en su regocijo, movido de cobdicia el Alvarado hizo poner en cinco puertas del patio cada 15 hombres, é en él entró con la gente restante de los Españoles, é comenzaron a acuchillar é matar los Indios sin perdonar á vno ni á ninguno, hasta que á todos los acabaron en poco espacio de hora. I esta fué la causa porque los de México, viendo muertos é robados aquellos sobreseguro, é sin haber merecido que tal crueldad en ellos hobiese fecho, se alzaron é hicieron la guerra al dicho Alvarado, é á los christianos que con él estaban en guarda de Montezuma, é con mucha razon que tenian para ello.

ALC. ¿Montezuma cómo murió? porque diversamente lo he entendido, y así lo he escripto diferenciadamente.

CAN. Montezuma murió de vna pedrada que los de fuera tiraron, lo cual no se hiciera, si delante dél no se pusiera vn rodadero, porque como le vieran ninguno tirara; y así por le cubrir con la rodela, é no creer que allí estaba Montezuma, le dieron una pedrada de que murió. Pero quiero que sepais, Señor Alcayde; que desde la primera rebelion de los Indios hasta que el Marques volvió á la cibdad despues de preso Narvaez, non abstante la pelea ordinaria que con los christianos tenian, siempre Montezuma los hacia dar de comer; é despues que el Marques tornó se le hizo grand recibimiento, é le dieron á todos los Españoles mucha comida.

Mas habeis de saber, que el capitan Alvarado, como lo acusaba la conciencia, é no arrepentido de su culpa, mas queriéndole dar color, é por aplacar el ánimo de Montezu-

ma, dixo a Hernando Cortés, que finjese que le queria prender é castigar, porque Montezuma le rogase por él, é que se fuesen muertos por muertos; lo qual Hernando Cortés no quiso hacer, antes mui enojado dixo que eran vnos perros, é que no habia necesidad de aquel cumplimiento; é envió á vn principal á que hiciesen el Franquez ó Mercado; el qual principal, enojado de ver la ira de Cortés y la poca estimacion que hacia de los Indios vivos, y lo poco que se le daba de los muertos, desdeñado el principal é determinado en la venganza fué el primero que renovó la guerra contra los Españoles dentro de vna hora.

ALC. Siempre oí decir que es buena la templanza, é sancta la piedad, é abominable la soberbia. Dicen que fué grandísimo el tesoro que Hernando Cortés repartió entre sus milites todos, quando del término de dejar la cibdad é irse fuera della por consejo de vn Botello, que se preciaba de pronosticar lo que estaba por venir.

CAN. Bien sé quien era ese, y en verdad que él fué de parecer que Cortés y los Christianos se saliesen, y al tiempo de efectuarlo no lo hizo saber á todos, antes no lo supieron, sino los que con él se hallaron á esa plática; é los demas que estaban en sus aposentos é quarteles se quedaron, que eran 270 hombres; los quales se defendieron ciertos dias peliando hasta que de hambre se dieron á los Indios, é guardáronles la palabra de la manera que Alvarado la guardó á los que es dicho; é así los 270 Christianos, é los que dellos no habían sido muertos peleando todos, quando se rindieron, fueron cruelmente sacrificados; pero habeis, Señor, de saber, que desa liberalidad que Hernando Cortés vsó, como decís, entre sus milites, los que mas parte alcanzaron della, é mas se cargaron de oro e joyas, mas presto los mataron; porque por salvar el albarda, murió el Asno que mas pesado la tomó; é los que no la quisieron sino sus

espaldas é armas, pasaron con menos ocupacion, haciéndose el camino con el espada.

ALC. Grand lástima fué perderse tanto Thesoro y 154 Españoles, é 45 yeguas, é mas de 2000 Indios, é entre ellos el Hijo é Hijas de Montezuma, é á todos los otros Señores que traian presos. Io así lo tengo escripto en el capítulo 14 de esta Historia.

CAN. Señor Alcayde, en verdad quien tal os dixe, ó no lo vidó, ni supo ó quiso callar la verdad. Io os certifico, que fueron los Españoles muertos en eso, con los que como dixe de suso que quedaron en la cibdad y en los que se perdieron en el camino siguiendo a Cortés y continuándose nuestra fuga mas de 1170; é así pareció por alarde; é de los Indios nuestros amigos de Tascaltecle, que decís 2000, sin dubda fueron mas de 8000.

ALC. Maravíllome como despues que Cortés se acogió, é los que escaparon á la tierra de Tascaltecle, como no acabaron á él é á los Christianos dexando allí muertos á los amigos, y aun así diz que no les daban de comer sino por rescate los de Guaulip que es ya término de Tascaltecle, é el rescate no le querian sino era oro.

CAN. Tenedlo, Señor, por falso todo eso; porque en casa de sus Padres no pudieron hallar mas buen acogimiento los Christianos, é todo quanto quisieron, é aun sin pedirlo, se les dió gracioso é de muy buena voluntad.

ALC. Para mucho ha sido el Marques é digno es de quanto tiene, é de mucho mas. É tengo lástima de ver li-ciado vn cavallero tan valeroso é manco de dos dedos de la mano izquierda, como lo escrebí é saqué de su relacion, é puse en el capítulo 15. Pero las cosas de la guerra así son, é los honores, é la palma de la victoria no se adquieren durmiendo.

CAN. Sin dubda, Señor, Cortés ha sido venturoso é sa-

gaz Capitan, é los principales suelen hacer mercedes á quien los sirve, y es bien las hagan a todos los que en su servicio real trabajan; pero algunos he visto yo que trabajan é sirven é nunca medran, é otros que no hacen tanto como aquellos son gratificados é aprovechados; pero así fuesen todos remunerados como el Marques lo ha sido en lo de sus dedos de lo que le habeis lástima. Tuvo Dios poco que hacer en sanarle; y salid, Señor, de ese cuidado, que así como lo sacó de Castilla, quando pasó la primera vez á estas partes, así se los tiene agora en España; porque nunca fué manco dellos, ni le faltan, y así ni hubo menester cirujano ni milagro para guarecerse de ese trabajo.

ALC. Señor Thoan Cano, ¿es verdad aquella crueldad que dicen que el Marques vsó con Chulula, que es una cibdad por donde pasó la primera vez que fué á México?

CAN. Mui grand verdad es, pero eso yo no lo vi, porque aun no era yo ido á la tierra; pero supelo despues de muchos que los vieron é se hallaron en esa cruel hazaña.

ALC. ¿Cómo oistes decir que pasó?

CAN. Lo que oí por cosa muy notoria es, que en aquella cibdad pidió Hernando Cortés 3000 Indios para que llevasen el fardage, é se los dieron, é los hizo todos poner á cuchillo sin que escapase ninguno.

ALC. Razon tiene el Emperador Nuestro Señor de mandar quitar los Indios á todos los Christianos.

CAN. Hágase lo que S. M. mandare é fuese servido, que eso es lo que es mejor; pero yo no querria que padeciesen justos por pecadores; ¿quien hace crueldades páguelas, mas el que no comete delicto por qué le han de castigar? Esto es materia para mas espacio, y yo me tengo de envarcar esta noche, é es ya quasi hora del Ave María. Mirad, Señor Alcayde, si hay en México en que pueda yo emplearme en vuestro servicio, que yo le haré con entera voluntad é obra.

Y en lo que toca á la libertad de los Indios, sin dubda á vnos se les habia de rogar con ellos á que los tuviesen é gobernasen, é los industrasen en las cosas de nuestra sancta fee Católica, é á otros se debian quitar: Pero pues aquí está el Obispo de Chiapa, Fr. Bartolomé de las Casas, que ha sido el movedor é inventor destas mudanzas, é va cargado de frailes mancebos de su órden, con él podeis, Señor Alcayde, desenvolver esta materia de Indios. E yo no me quiero mas entremeter ni hablar en ella, aunque sabria decir mi parte.

ALC. Sin duda, Señor Thoan Cano, Vmd. habla como prudente, y estas cosas deben ser así ordenadas de Dios, y es de pensar, que este reverendo Obispo de Cibdad Real en la provincia de Chiapa, como celoso del servicio de Dios é de S. M., se ha movido á estas peregrinacioncs en que anda, y plega á Dios que él y sus Frailes acierten á servirles; pero él no está tan bien con migo como pensais, antes se ha quexado de mí por lo que escribí cerca de aquellos Labradores é nuevos caballeros que quiso hacer, y con sendas cruces, que querian parecer á las de Calatrava, seindo labradores é de otras mezclas é género de gente baja, quando fué á Cubagua é á Cumaná, é lo dixo al Señor Obispo de S. Joan don Rodrigo de Bastidas, para que me lo dixese; y así me lo dixo; y lo que yo respondí á su quexa no lo hice por satisfacer al Obispo de S. Joan, é su sancta intencion; fué que le supliqué que le dixese, que en verdad yo no tube cuenta ni respecto, quando aquello escribí, á le hacer pesar ni placer, sino á decir lo que pasó; y que viese vn Libro, que es la primera parte destas Historias de Indias, que se imprimió el año de 1535, y allí estaba lo que escribí; é que holgaba porque estabamos en parte que todo lo que dixe y lo que dexé de decir se provaria fácilmente; y que supiese que aquél Libro estaba ya en Lengua Tos-

cana y Francesa é Alemana é Latina é Griega é Turca, é Aráviga, aunque yo le escribí en Castellana; y que pues él continuaba nuevas empresas y yo no habia de cesar de escribir la materias de Indias en tanto que S. S. M. M. desto fuesen servidos, que yo tengo esperanza en Dios que le dexará mejor acertar en lo porvenir que en lo pasado, y así adelante le pareceria mejor mi pluma.

Y como el Señor Obispo de San Joan es tan noble é le consta la verdad, y quan sin pasion yo escribo, el Obispo de Chiapas quedó satisfecho, aun yo ando por satisfacer á su palabra ni otro; sino cumplir con lo que debo, hablando con vos, Señor, lo cierto, y por tanto quanto á la carga de los muchos Frailes me parece en verdad que estas tierras manan, ó que llueven Frailes, pero pues son sin canas todos y de 30 años abajo, plega á Dios que todos acierten á servirle. Ya los ví entrar en esta Cibdad de dos en dos hasta 30 dellos, con sendos bordones, é sus sayas é escapularios é sombreros é sin capas é el Obispo detras dellos. E no parecia vna devota farsa, é agora la comienzan no sabemos en que parará; el tiempo lo dirá, y esto haga Nuestro Señor al propósito de su sancto servicio. Pero pues van hácia aquellos nuevos volcanes, decidme, Señor, ¿qué cosa son, si los habeis visto, y qué cosa es otro que teneis allá en la Nueva España, que se dice Guaxocingo?

CAN. El Vulcan de Chalco ó Guaxocingo todo es vna cosa, é alumbrada de noche 3 ó 4 leguas ó mas, é de dia salian continuo humo ó á veces llamas de fuego, lo qual está en vn escollo de la sierra nevada, en la qual nunca falta perpetua nieve, é está á 9 leguas de México; pero este fuego é humo que ha dicho duró hasta 7 años, poco mas ó menos, despues que Hernando Cortés pasó á aquellas partes, é ya no sale fuego alguno de allí; pero ha quedado mucho azufre é muy bueno, que se ha sacado para hacer

pólvora, é hai quanto quisieron sacar dello: pero en Guatimala hai dos volcanes é montes fogosos, é echan piedras muy gradisimas fuera de sí quemadas é lanzan aquellas bocas mucho humo, é es cosa de mui horrible aspecto, en especial como le vieron quando murió la pecadora de Doña Beatriz de la Cueva, Muger del Adelantado Don Pedro de Alvarado. Piega á Nuestro Señor de quedar como Vmd. Señor Alcaide, é dadme licencia que allende la Barca para irme á la Nao.

ALC. Señor Thoan Cano, el Espíritu Sancto vaya con Vm. y os dé tan próspero viage é navegacion que en pocas dias y en salvamento llegueis á Vuestra Casa, y halleis á la Señora doña Isabel y los hijos é hijas con la salud que Vm. y ellos os deseais.

NÚMERO XII

CONCESIÓN HECHA POR CORTÉS A DOÑA ISABEL MONTEZUMA,
HIJA DEL EMPERADOR MONTEZUMA, FECHA EN MÉXICO A 27
DE JUNIO DE 1526.

(Ya hemos dicho en nuestra Historia que Montezuma, al morir, encomendó sus tres hijas a la especial protección de Cortés. Después de la muerte del padre fueron bautizadas y casadas con nobles españoles, de cuyo entroncamiento han salido varias casas nobles de España. Cortés concedió a la mayor de ellas, en calidad de dote, la ciudad de Tacuba y otros varios lugares extensos y poblados que formaban un distrito considerable. He copiado íntegro este documento porque me parece sumamente interesante en razón de las noticias que contiene sobre los últimos momentos de Montezuma, y de claro testimonio que ofrece de la constante amistad que tuvo a los españoles. Mas débese tener presente por el lector, que Cortés tenía interés en presentar la conducta de Montezuma bajo el aspecto más favorable al gobierno de Castilla, para justificar la cuantiosa gracia concedida a la hija del emperador.

Este documento, que he tomado de la colección de Muñoz, ha sido sacado de una antigua copia que existe en la librería de Don Rafael Floranes, de Valladolid.)

PRIVILEGIO DE DOÑA ISABEL MOTEZUMA, HIJA DEL GRAN MOTEZUMA, ÚLTIMO REY INDIO DEL GRAN REYNO Y CIUDAD DE MÉXICO, QUE BAUTIZADA Y SIENDO CRISTIANA CASÓ CON ALONSO GRADO, NATURAL DE LA VILLA DE ALCANTARA, HIDALGO, Y CRIADO DE SU MAJESTAD, QUE HABIA SERVIDO Y SERVIA EN MUCHOS OFFICIOS EN AQUEL REYNO.

OTORGADO POR DON HERNANDO CORTÉS, CONQUISTADOR DE DICHO REINO, EN NOMBRE DE SU MAJESTAD, COMO SU CAPITAN GENERAL Y GOVERNADOR DE LA NUEVA ESPAÑA.

Por quanto al tiempo que yo, Don Hernando Cortés, capitan general é Governador desta nueva España é sus provincias por su Magestad, pasé á estas partes con ciertos Navíos é gente para las pacificar é poblar y traher las gentes della al dominio y servidumbre de la corona Imperial de S. M. como al presente está, y despues de á ellos benido tuve noticia de un gran Señor, que en esta gran cibdad de Tenextitan residió, y era Señor della, y de todas las demas provincias y tierras á ella comarcanas, que se llamaba Motecuma, al qual hize saber mi venida, y como lo supo por los Mensajeros que le envié para que me obedeciese en nombre de S. M. y se ofreciese para su vasallo: Tuvo por bien la dicha mi venida, é por mejor mostrar su buen celo y voluntad de servir á S. M., y obedecer lo que por mí en su Real nombre le fuese mandado, me mostró mucho amor, é mandó, que por todas las partes que pasasen los Españoles hasta llegar á esta Cibdad se nos hiciese mui buen acogimiento, y se nos diese todo lo que hubiesemos menester, como siempre se hizo, y mui mejor despues que á esta cibdad llegamos, donde fuimos mui bien recevidos, yo y todos los que en mi compañía benimos; y aun mos-

tró haberle pesado mucho de algunos recuentros y batallas que en el camino se me ofrecieron antes de la llegada á esta dicha cibdad, queriéndose él desculpar dello, y que de lo demas dicho para efectuar y mostrar su buen deseo, hubo por bien el dicho Moteçuma de estar debajo de la obediencia de S. M., y en mi poder á manera de preso hasta que yo hiciese relacion á S. M., y del estado y casas destas partes, y de la voluntad del dicho Moteçuma; y que estando en esta paz y sosiego, y teniendo yo pacificada esta dicha tierra doscientas leguas y mas hácia una parte y otra con el sello y seguridad del dicho señor Moteçuma por la voluntad y amor que siempre mostró al servicio de S. M., y complacerme á mí en su real nombre, hasta mas de un año, que se ofreció la venida de Pánfilo de Narvaez, que los alborotó y escandalizó con sus dañadas palabras y temores que les puso; por cuyo respeto se levantó contra el dicho señor Moteçuma un hermano suyo, llamado Auit Lavaci, Señor de Iztapalapa, y con mucha gente que traxo assí hizo mui cruda guerra al dicho Moteçuma y á mí y á los Españoles que en mi compañía estaban, poniéndonos mui recio cerco en los aposentos y casas donde estavamos; y para quel dicho su hermano y los principales que con él venian cesasen la dicha guerra y alzasen el cerco, se puso de una ventana el dicho Moteçuma, y estándoles mandando y amonestando que no lo hiciesen, y que fuesen vassallos de S. M. y obedeciesen los mandamientos que yo en su real nombre le mandaba, le tiraron con muchas hondas, y le dieron con una piedra en la cabeza, que le hicieron mui gran herida; y temiendo de morir della, me hizo ciertos razonamientos, trayéndome á la memoria que por el entrañable amor que tenia al servicio de S. M. y á mí en su Real nombre y á todos los Españoles, padecia tantas heridas y afrentas, lo qual dava por bien empleado; y que si él de

aquella herida fallecia, que me rogava y encargaba muy afectuosamente, que aviendo respeto á lo mucho que me queria y deseaba complacer, tubiese por bien de tomar á cargo tres hijas suyas que tenia, y que se las hiciese bautizar y mostrar nuestra doctrina, porque conocia que era mui buena; á las quales despues que yo gané esta dicha cibdad, hize luego bautizar, y poner por nombres á la una que es la mayor, su legítima heredera, Doña Isabel, y las otras dos Doña María y Doña Marina; y estando en finamiento de la dicha herida me tornó á llamar y rogar mui ahincadamente, que si él muriese, que quirase por aquellas hijas, que eran las mejores joyas que él me daba, y que partiese con ellas de lo que tenia, por que no quedasen perdidas, especialmente á la mayor, que esta queria él mucho; y que si por ventura Dios le escapaba de aquella enfermedad, y le daba Victoria en aquel cerco, que él mostraria mas largamente el deseo que tenia de servir a S. M. y pagarme con obras la voluntad y amor que me tenia; y que demas desto yo hiciese relacion á su Magestad de como me dexaba estas sus hijas, y le usuplicase en su nombre se sirviese de mandarme que yo mirase por ellas y las tuviese so mi amparo y administracion, pues él era tan servidor y vasallo de S. M. y siempre tuvo mui buena voluntad á los Españoles, como yo habia visto y via, y por el amor que les tenia le havian dado el pago que tenia, aunque no le pesaba dello.

Y aun en su lengua me dixo, y entre estos razonamientos que encargaba la conciencia sobre ello.—Por ende acatando los muchos servicios que el dicho Señor Moteçuma hizo á S. M. en las buenas obras que siempre en su vida me hizo, y buenos tratamientos de los Españoles que en compañía yo e nia en su real nombre, y la voluntad que me mostró en su real servicio; y que sin duda él no fué

parte en el levantamiento desta dicha cibdad, sino el dicho su hermano; antes se esperaba, como yo tenia por cierto, que su vida fuera mucha ayuda para que la tierra estuviera siempre mui pacífica, y vinieran los naturales della en verdadero conocimiento y se sirviera S. M. con mucha suma de pesos de oro y joyas y otras cosas, y por causa de la venida del dicho Narvaez y de la guerra que el dicho su hermano Auit Lavaci levantó, se perdieron; y considerando así mismo que Dios nuestro señor y S. M. son mui servidos que en estas partes planté nuestra santísima Religion, como de cada dia la en crecimiento: Y que las dichas hijas de Montecuma y los demas Señores y principales y otras personas de los naturales desta Nueva España se les dé y muestre toda la mas y mejor Doctrina que fuere posible, para quitarlos de las idolatrias en que hasta aquí han estado, y traerlos al verdadero conocimiento de nuestra sancta fee cathólica, especialmente los hijos de los mas principales, como lo era este Señor Montecuma, y que en esto se descargaba la conciencia de S. M. y la mia; en su real nombre tuve por bien azetar su ruego, y tener en mi casa á las dichas tres sus hijas, y hacer, como he hecho, que se les haga todo el mejor tratamiento y acogimiento que ha podido, haciéndoles administrar y enseñar los mandamientos de nuestra sancta fee cathólica y las otras buenas costumbres de Christianos, para que con mejor voluntad y amor sirvan a Dios nuestro Señor y conozcan y los Artículos della, y que los demas naturales tomen exemplo. Me pareció que segun la calidad de las personas de la dicha Doña Isabel, que es la mayor y legítima heredera del dicho Señor Montecuma, y que mas encargada me dejó y que su edad requeria tener compañía, le he dado por marido y esposo á una persona de honra, Hijo-Dalgo, y que ha servido á S. M. en mi compañía dende el principio que

á estas partes pasó, teniendo por mí y en nombre de Su Majestad cargos y oficios mui honrosos así de Contador y mi lugarteniente de Capitan Governador como de otras muchas, y dado dellas mui buena cuenta, y ai presente está su administracion el cargo y oficio de Visitador General de todos los Indios de esta Nueva España, el qual se dice y nombra Alonso Grado, natural de la Villa de Alcantara. Con la qual dicha Doña Isabel le prometo y doy un dote y arras á la dicha Doña Isabel y sus descendientes, en nombre de S. M., como su Governador y Capitan General destas partes, y porque de derecho le pertenece de su patrimonio y legítima, el Señorío y naturales del Pueblo de Tacuba, que tiene ciento é veinte casas; y Yeteve, que es estancia que tiene quarenta casas; y Izqui Luca, otra estancia, que tiene otras ciento y veinte casas; y Chimalpa, otra estancia, que tiene quarenta casas; y Chapulna Loyan, que tiene otras quarenta casas; y Escapucaltango, que tiene veinte casas; é Xiloango, que tiene quarenta casas; y otro estancia que se dice Ocoiacaque, y otra que se dice Castepeque, y otra que se dice Talanco, y otra estancia que se dice Goatrizco, y otra estancia que se dice Duotepeque, y otra que se dice Tacala; que podrá haber en todo mil y doscientas y quarenta casas; las quales dichas estancias y pueblos son sujetos al pueblo de Tacuba y al Señor della.

Lo qual, como dicho es, doy en nombre de S. M. en dote y arras á la dicha Doña Isabel para que lo haya y tenga y goce por juro de heredad, para agora y para siempre jamas, con título de Señora de dicho pueblo, y de lo demas aquí contenido. Lo qual le doy en nombre de S. M. por descargar su Real conciencia y la mia en su nombre.

Por esta digo; que no le será quitado ni removido por cosa alguna, en ningun tiempo, ni por alguna manera; y

para mas saneamiento prometo y doy mi fe en nombre de S. M., que si se lo escribiese, le haré relacion de toño para que S. M. se sirva de confirmar esta Merced de la dicha Doña Isabel y á los dichos sus herederos y subcesores del dicho Pueblo de Tacuba y lo demas aquí contenido, y de otras estancias á él sujetas, que estan en poder de algunos Españoles, para que S. M. asimismo se sirva de mandárselas dar y confirmar juntamente con las que al presente doy; que por estar, como dicho es en poder de Españoles, no se las dí hasta ver si S. M. es dello servido; y doy por ninguna y de ningun valor y efecto qualquier cédula de encomienda y depósito que del dicho pueblo de Tacuba y de las otras estancias aquí contenidas y declaradas yo aya dado á qualquiera persona; por quanto yo en nombre de S. M. las revoco y lo restituyo y doi á la dicha Doña Isabel, para que lo tenga como cosa suya propia y que de derecho le pertenece.

Y mando á todas y qualesquier personas, vecinos y moradores desta dicha Nueva-España, estantes y habitantes en ella, que hayan y tengan á la dicha Doña Isabel por Señora del dicho pueblo de Tacuba con las dichas estancias, y que no le impidan ni estorven cosa alguna della, so pena de quinientos pesos de oro para la cámara y fino de S. M.—Fecho á veinte y siete dias del mes de Junio de mil quinientos y veinte y seis años.—Don Hernando de Cortés.—Por mandado del Governador mi señor. —Alonso Baliente.

NÚMERO XIII

CÓDIGO MILITAR DE CORTÉS, FECHO EN TLAXCALAN, A 22 DE
DICIEMBRE DE 1520.

(Estas ordenanzas, mandadas publicar por Cortés la víspera de su última marcha sobre México, muestran la estricta disciplina que había introducido en su ejército, y hasta cierto punto dan idea de su política militar. Este documento pertenece a la colección de Muñoz.)

ORDENANZAS MILITARES.

Éste día, a voz de pregonero, publicó sus Ordenanzas, cuyo proemio es éste:

Porque muchas escrituras y crónicas auténticas nos es notorio é manifiesto quanto los antiguos que siguieron el exercicio de la guerra procuraron é travaxaron de introducir tales y tan buenas costumbres y ordenaciones, con las cuales y con su propia virtud y fortaleza pudiesen alcanzar y conseguir victoria y próspero fin en las conquistas y guerras, que hobiesen de hacer é seguir; é por el contrario vemos haber sucedido grandes infortunios, desastres é muertes á los que no siguieron la buena costumbre y órden que en la guerra se debe tener; é les haber sucedido semejantes casos con poca pujanza de los enemigos, segun parece

claro por muchos exemplos antiguos e modernos, que aquí se podrian espresar; é porque la orden es tan loable, que no tan solamente en las cosas humanas mas aun en las divinas se ama y sigue, y sin ella ninguna cosa puede haber cumplido efecto, como que ello sea un principio, medio y fin para el buen reximiento de todas las cosas: Por ende yo H. C., Capitan general e Justicia mayor en esta Nueva España del mar oceano por el mui alto, mui poderoso, é mui católico D. Cárlos nuestro Señor, electo Rey de Romanos, futuro Emperador semper Augusto, Rey de España é de otros muchos grandes reynos é Señoríos, considerando todo lo suso dicho, y que si los pasados fallaron ser necesario hacer Ordenanzas é costumbres por donde se rigiesen é gobernasen aquellos que hubiesen de seguir y exercer el uso de la guerra, á los Españoles que en mi compañía agora estan é estubiesen é á mí nos es mucho mas necesario é conveniente seguir y observar toda la mejor costumbre y órden que nos sea posible, así por lo que toca al servicio de Dios Nuestro Señor y de la Sacra Católica Magestad, como por tener por enemigos y contrarios á la mas belicosa y astuta gente en la guerra é demas géneros de armas que ninguna otra generacion, especialmente por ser tanta que no tiene número, é nosotros tan pocos y tan apartados y destituidos de todo humano socorro; viendo ser muy necesario y cumplidero al servicio de su Cesarea Majestad é utilidad nuestra. Mandé hacer é hice las Ordenanzas que de yuso serán contenidas é irán firmadas de mi nombre é del infrascrito en la manera siguiente:

PRIMERAMENTE, por quanto por la experiencia que habemos visto é cada dia vemos quanta solicitud y vigilancia los naturales de estas partes tienen en la cultura y veneracion de sus ídolos, de que á Dios Nuestro Señor se hace gran deservicio, y el demonio por ceguedad y engaño en

que los trae es de ellos muy venerado, y en los apartar de tanto error é idolatria y en los reducir al conocimiento de nuestra Santa Fe católica Nuestro Señor será muy servido, y ademas de adquirir gloria para nuestras ánimas con ser causa que de aquí en adelante no se pierdan ni condenen tantos, acá en lo temporal seria Dios siempre en nuestra ayuda y socorro, por ende, con toda la justicia que puedo y debo, exhorto y ruego á todos los españoles que en mi compañía fuesen á esta guerra que al presente vamos, y á todas las otras guerras y conquistas que en nombre de S. M. por mi mandado hubiesen de ir, que su principal motivo é intencion sea apartar y desarraigar de las dichas idolatrias á todos los naturales destas partes, y reducirlos, ó á lo menos desear su salvacion, y que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su Santa Fe católica; porque si con otra intencion se hiciese la dicha guerra, seria injusta, y todo lo que en ella se oviese Onoloxio é obligado á restitution, é S. M. no tenia razon de mandar gratificar á los que en ellas sirviesen. E sobre ello encargo la conciencia á los dichos Españoles, é desde ahora protesto en nombre de S. M. que mi principal intencion é motivo en facer esta guerra é las otras que ficiere por traer y reducir á los dichos naturales al dicho conocimiento de nuestra Santa Fe é creencia; y despues por los sozjugar é supeditar debajo del yugo é dominio imperial é real de su sacra Majestad, á quien juridicamente el Señorío de todas estas partes.

Yt. En por quanto de los reniegos é blasfemias Dios nuestro Señor es mucho deservido, y es la mayor ofensa que á su Santísimo nombre se puede hacer, y por eso permite en las gentes recios y duros castigos; y no basta que seamos tan malos que por los inmensos beneficios que de cada dia dél recibimos no le demos gracias, mas decimos mal é blasfemamos de su santo nombre; y por

evitar tan aborrecible uso y pecado, mando que ninguna persona, de qualquiera condicion que sea, no sea osado decir: No creo en Dios, ni Pese, ni Reniego, ni Del cielo ni No no ha poder en Dios, y que lo mismo se entienda de Nuestra Señora y de todos los otros Santos; sopena que demas de ser executadas las penas establecidas por las leyes del reyno contra los blasfemos, la persona que en lo susodicho incurriese pague 15 castellanos de oro, la tercera parte para la primera Cofradía de Nuestra Señora que en estas partes se hiciese, y la otra tercera parte para el fisco de S. M., y la otra tercera parte para el juez que lo sentenciase.

Yt. Porque de los juegos muchas y las más veces resultan reniegos y blasfemias, e nacen otros inconvenientes, e es justo que del todo se prohiban y defiendan; por ende mando que de aquí adelante ninguna persona sea osada de jugar a naypes ni a otros juegos vedados dineros ni preseas ni otra cosa alguna; sopena de perdimiento de todo lo que jugase e de 20 pesos de oro, la mitad de todo ello para la Cámara, e la otra mitad para el juez que lo sentenciase.

Pero por quanto en las guerras es bien que tenga la gente algun exercicio, y se acostumbra y permítese que jueguen porque se eviten otros mayores inconvenientes; permítese que en el aposento donde estubiese se jueguen naypes é otros juegos moderadamente, con tanto que no sea á los dados, porque allí es curarse han de no de decir mal, é á lo menos si lo dixesen seran castigados.

Yt. Que ninguno sea osado de echar mano á la espada ó puñal ó otra arma alguna para ofender á ningun Español; sopena que el que lo contrario hiciese, si fuese hidalgo, pague 100 pesos de oro, la mitad para el fisco de S. M., y la otra mitad para los gastos de Xusticia; y al que no

fuese hidalgo se le han de dar 100 azotes públicamente.

Yt. Por quanto acaece que algunos Españoles por no valer é hacer otras cosas se dexan de apuntar en las copias de los Capitanes que tienen gente: por ende mando que todos se alisten en las Capitanias que yo tengo hechas é hiciese, excepto los que yo señalaré que queden fuera dellas, con apercibimiento que dende agora se les face, que él que así lo hiciese, no se le dará parte ni partes algunas.

Otrosí, por quanto algunas veces suele acaecer, que estan en su capitanía burlan é porfian de algunos de las otras capitanias, y los unos dicen de los otros, de que se suelen recrecer quisiones é escándalos, é por ende mando que de aquí adelante ninguno sea osado de burlar ni decir mal de ninguna Capitanía ni la perjudicar; sopena de 20 pesos de oro, la mitad para la Cámara, y la otra mitad para los gastos de Xusticia.

Otrosí, que ninguno de los dichos Españoles no se aposente ni pose en ninguna parte, excepto en el lugar é parte donde estubiese aposentado su capitan; sopena de 12 pesos de oro, aplicados en la forma contenida en el capítulo antecedente.

Yt. Que ningun capitan se aposente en ninguna poblacion ó villa é ciudad, sino en el pueblo que le fuese señalado por el Maestro de Campo; so pena de 10 pesos de oro, aplicados en la forma susodicha.

Yt. Por quanto cada Capitan tenga mejor acaudillada su gente, mando que cada un de los dichos Capitanes tenga sus cuadrillas de 20 en 20 Españoles, y con cada una quadrilla un cuadrillero ó cabo de escuadra; que sea persona hábil y de quien se deba confiar; so la dicha pena.

Otrosí, que cada uno de los dichos quadrilleros ó cabos descuadra rondan sobre las velas todos los quartos que les

cupiese de velar, so la dicha pena; é que la vela que hallasen durmiendo, ó ausente del lugar donde debiese velar, pague cuatro Castellanos, aplicados en la forma suso dicha, y ademas que esté atado medio dia.

Otrosí, que los dichos quadrilleros tengan cuidado de avisar y avisen á las velas que hubiesen de poner, que puesto que recaudo en el Real no desamparen ni dexen los portillos ó calles ó pases donde les fuese mandado; velar y se vayan de alli á otra parte por ninguna necesidad que digan que les constriñó hasta que sean mandado; sopena de 50 castellanos aplicados en la forma suso dicha al que fuese hijo dalgo, y si no lo fuese, que le sean dados 100 azotes públicamente.

Otrosí, que cada capitan que por mí fuese nombrado tenga y traiga con sigo su tambor é bandera para que rija y acudille mejor la gente que tenga á su cargo; sopena de 10 pesos de oro, aplicados en la forma suso dicha.

Otrosí, que cada español que oyese tocar el tambor de su compañía sea obligado á salir é salga á acompañar su bandera con todas sus armas en forma y á punto de guerra; sopena de 20 castellanos aplicados en la forma arriba declarada.

Otrosí, que todas las veces que yo mandase mover el Real para alguna parte cada capitan sea obligado de llevar por el camino toda su gente junta y apartada de las otras Capitanias, sin que se entrometa en ella ningun español de otra Capitania ninguna; y para ello costringan é apremien á los que así llevasen debaxo de su bandera segun uso de guerra; sopena de 10 pesos de oro, aplicados en la forma suso declarada.

Yt. Por quanto acaece que antes ó al tiempo de romper en los enemigos algunos españoles se meten entre el fardage, demas de ser pusilanimidad, es cosa fea el mal

exemplo para los indios nuestros amigos que nos acompañan en la guerra: por ende mando que ningun Español se entrometa ni vaya con el fardage, salvo aquellos que para ello fuesen dados é señalados; sopena de 20 pesos de oro, aplicados segun que de suso contiene.

Otrosí, por quanto acaece algunas veces que algunos Españoles fuera de orden y sin les ser mandado arremeten ó rompen en algun esquadron de los enemigos, é por se desmandar así se desbaratan y salen fuera de ordenanza, de que suele recrecerse peligro á los mas; por ende mando que ningun Capitan se desmande á romper por los enemigos sin que primeramente por mí le sea mandado, sopena de muerte. En otra persona se desmanda, si fuese hijo dalgo, pena de 100 pesos, aplicados en la forma suso dicha; y si no lo fuese hidalgo, le sean dados 100 azotes públicamente.

Yt. Por quanto podria ser que al tiempo que entran á tomar por fuerza alguna poblacion ó villa ó ciudad á los enemigos, antes de ser del todo echados fuera, con codicia de robar, algun Español se entrase en alguna casa de los enemigos, de que se podria seguir daño; por ende mando que ningun Español ni Españoles entren á robar ni á otra cosa alguna en las tales casas de los enemigos, hasta ser del todo echados fuera, y haber conseguido el fin de la victoria; sopena de 20 pesos oro, aplicados en la manera que dicha es.

Yt. Si por escusar y evitar los hurtos encubiertos y fraudes que se hacen en las cosas habidas en la guerra ó fuera de ella, así por lo que toca al quinto que dellas pertenece á su católica Magestad, como porque han de ser repartidas conforme á lo que cada una sirveé merece; por ende mando que todo el oro, plata, perlas, piedras, plumage, ropa, esclavos y otras cosas qualesquier que se adquie-

ran, hubiesen, ó tomasen en cualquier manera, así en las dichas poblaciones, villas, ciudades, como en el campo, que la persona ó personas á cuyo poder viniesen ó la hallasen ó tomasen, en cualquier forma que sea, lo traigan luego incontinentemente é manifiesten ante mí ó ante otra persona que fuese sin lo meter ni llevar á su posada ni á otra parte alguna; sopena de muerte é perdimiento de todos sus bienes para la Cámara é fisco de S. M.

E por quanto lo suso dicho é cada una cosa é parte dello se guarde é cumpla segun é de la manera que aquí de suso se contiene, y de ninguna cosa de lo aquí contenida pretendan ignorancia, mando que sea apregonado públicamente, para que venga á noticia de todos: Que fueron hechas las dichas Ordenanzas en la ciudad y provincia de Taxclateque selado 22 dias del mes de Diciembre, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesus Christo de 1520 años.

Pregonáronse las dichas Ordenanzas de suso contenidas en la ciudad é provincia de Taxclateque, miércoles día de San Estévan, que fuesen 26 dias del mes de Diciembre, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesu Christo de 1520 años; estando presente el magnífico Señor Fernando Cortés, capitan general é Justicia mayor de esta Nueva España del mar Oceano por el Emperador nuestro Señor, por ante mí Juan de Rivera, escrivano é Notario público en todos los Reinos é Señorios de España por las Autoridades apostólica y Real. Lo qual pregonó en voz alta Anton García pregonero, en el Alarde que la gente de á caballo é de apié que su merced mandó facer é ce fizo el dicho dia. A lo qual fueron testigos que estaban presentes, Gonzalo de Sandoval, Alguacil mayor, é Alonso de Prado contador, é Rodrigo Alvarez Chico veedor por S. M. é otras muchas personas.—Fecho ut supra.—Juan de Rivera.

NÚMERO XIV

TRADUCCIÓN DE LOS PASAJES DE LA CARTA DE CORTÉS, RELATIVOS AL VIAJE A HONDURAS.

(He hablado tantas veces, en el curso de mi obra, de la carta quinta de Cortés, que poco me queda ya que decir acerca de ella. He transcrito estas páginas para dar al lector idea de lo muy difuso y descriptivo del estilo del general. La última mitad de la carta trata de los sucesos acaecidos en México durante la ausencia de Cortés y después de su vuelta. Por lo tanto, debe considerársela como parte de la serie regular de sus cartas empezada a publicar por el arzobispo Lorenzana. Si se diese a luz otra nueva edición de las cartas de Cortés, no hay duda en que ésta debería formar parte de la colección.)

Un lago de considerable anchura y de profundidad proporcionada, era el obstáculo que teníamos que vencer: en vano tratábamos por todas partes el modo mas fácil de pasarlo, porque por todas era igualmente ancho. Los guías me dijeron que era inútil buscar por allí cerca un vado, pues el mas próximo estaba junto á las mottañas, para llegar á las cuales se necesitaban cinco ó seis dias de camino. Volvernos era recibir una muerte segura, pues independientemente de la falta de víveres, los caminos estaban intransitables á causa de las fuertes lluvias que acababan

de caer. Nuestra situacion era angustiada en extremo: la desesperacion nos acometia por todas partes; ni un solo rayo de esperanza alumbraba nuestro sendero. Mis compañeros, agobiados de la fatiga, se habian enfermado antes de lograr el fruto de sus trabajos; por consiguiente, era inútil pedirles consejo en aquella situacion verdaderamente crítica. Fuera de nosotros y de nuestros caballos, nos acompañaban mas de tres mil quinientos indios. Habia una sola canoa, la cual era sin duda, la en que habian pasado el lago los primeros soldados que envié. Tanto al entrar como al salir de la laguna, habia pantános que hacian el tránsito muy dificultoso. Uno de mis compañeros entró en la canoa, y encontró que la profundidad del lago era de veinticinco piés; ademas con lanzas amarradas unas con otras, me cercioré de que el barro y el fango ocupaban cosa de doce piés; por manera que la profundidad total era de cuarenta piés. En tal conflicto, resolví hacer un puente que construíamos yo y los otros españoles, mientras los indios cortaban la madera.

La empresa era de tal magnitud, que nadie creia que estaria concluida antes de que se hubiesen ya agotado nuestros víveres. Los indios se pusieron a trabajar con un celo digno de elogio, mas no así los españoles, que comenzaban a murmurar del trabajo que emprendian, sin esperanza de ver su término. El disgusto empezó á propagarse de uno en otro, hasta llegar á tal punto, que algunos tuvieron la osadía de hablar mal de mis disposiciones en mi misma presencia.

Herido vivamente con estas muestras de rebelion dadas en los momentos en que menos eran de esperarse, les dije que para nada necesitaba de su ayuda, y volviéndome á los indios que iban con nosotros, les manifesté la absoluta precision en que estábamos de redoblar nuestros esfuerzos

para pasar al lado opuesto, si no queríamos perecer todos de hambre. Les apunté con la mano el lado opuesto, donde estaba la provincia de Acalan, y los alenté con la pintura de la abundancia de víveres que allí encontraríamos, sin contar con los que nos proporcionasen las carabelas: prometí les también, en nombre de V. M., que serian copiosamente remunerados, y que ni uno de los que ayudasen quedaria sin recompensa.

Mi breve discurso produjo los mejores efectos en los indios, que a una voz prometieron que su trabajo solo cesaria cuando cesase su vida. Los españoles avergonzados de su anterior conducta, se rodearon de mi suplicándome que les perdonase la falta pasada y alegando para disculparse, el miserable estado á que se hallaban reducidos, obligados á mantenerse con las insípidas raices que desenterraban, las cuales apenas bastaban para alimentar la vida.

Inmediatamente se pusieron a trabajar, y aunque muchas veces estuvieron á punto de desfallecer de cansancio, no volvieron á dar otra sola queja. Despues de cuatro dias de incesante trabajo, el puente estaba concluido, y pudieron pasar por él hombres y caballos, sin tener el mas pequeño accidente.

El puente estaba tan sólidamente construido, que habria sido imposible destruirlo, si no era incendiándolo. Formábanlo mas de mil vigas, unidas entre sí, y cada una de las cuales era mas gruesa que el cuerpo de un hombre, y de sesenta piés de largo...

.....
A dos leguas de distancia de este lugar, comenzaban las montañas. V. M. no puede saber de mi boca ni de la de ningun hombre que no sea privilegiado, la áspera fragosidad de los lugares que subimos. Solamente aquel que haya pasado los trabajos del camino, ó que los haya presencia-

do, puede formarse de ellos idea completa. Me bastaria decir á V. M. para que se forme idea de las dificultades que vencimos, que tardamos doce dias en andar ocho leguas.

En el tránsito perecieron sesenta y ocho caballos que cayeron en los precipicios que habia de uno y otro lado del camino; los que escaparon quedaron tan estropeados, que no pensábamos que fuesen sensibles. Mas de tres noches se pasaron antes de que se recobrasen del cansacio del viaje. Jamas dejó de llover de dia y de noche, desde que empezamos la expedicion, hasta que la concluimos; y las peñas eran de tal naturaleza, que el agua corria sin que pudiesemos recoger en ninguna parte la cantidad bastante para apagar la sed. Así, este era un nuevo tormento, que se añadia á los otros que padecemos.

Algunos caballos perecieron por falta de un artículo tan esencial para vivir, como el agua, y á no ser porque en los vasos que servian para la cocina y otros, recogiamos la agua de las lluvias, todos habríamos muerto de sed. Un sobrino mio cayó en uua peña viva y se rompió una pierna en tres ó cuatro partes, de suerte que para llevarlo fué preciso que de trecho en trecho se fueran remudando los cargadores. Solo nos faltaba andar una legua para llegar á Tenas, el lugar que he dicho que pertenecia al cacique de Jai-co; mas allí se nos presentó un obstáculo formidable, un rio anchísimo y cuya corriente habia crecido con las continuas lluvias. Despues de buscar por algun tiempo un vado, encontramos uno de los mas sorprendentes de que se haya oido.

Algunos enormes peñascos sobresalientes obstruian el curso del rio; por cuya causa el agua se desparramaba en rededor; mas entre los peñascos que formaban estrechos canales, corria con un ímpetu superior a toda ponderacion. De uno á otro peñasco pusimos troncos de árboles, derri-

bados con mucho trabajo; á ellos atamos sogas de esparto, y de esta suerte, aunque con gran peligro de nuestras vidas, logramos atravesar el rio. Si álguien hubiera caído, habría perecido indefectiblemente. Habia mas de veinte pasos de estos, y en atravesarlos empleamos dos dias enteros...

.....

Seria en verdad cosa difícil pintar á V. M. la alegría que se pintaba en todos los semblantes, cuando recibimos esta nueva consoladora. Llegar al término de un viaje tan lleno de peligros y fatigas, como el nuestro habia sido, no podia menos de arrebatarnos de gozo. Los cuatro últimos dias de nuestra marcha habian sido muy angustiados, porque ademas de que no sabiamos si estábamos en buen camino, nos hallábamos en el corazon de unas montañas que por todos lados presentaban precipicios. Muchos caballos murieron en el camino, y un primo mio, llamado Juan Dávila, se cayó en un precipicio y se rompió un brazo, y á no haber sido por la armadura de que iba cubierto, se habría hecho pedazos; con todo, no solo se le rompió el brazo sino que quedó muy estropeado; el caballo en que iba, como no tenia que lo guareciese, quedó tan maltratado que tuvimos que dejarlo dentro del precipicio, y en cuanto á mi primo, nos costó gran trabajo sacarlo de aquella peligrosa situacion. Seria cosa interminable referir á V. M. los muchos trabajos que hemos pasado; de los que el principal fué el hambre, pues aunque teniamos algun pan del que habiamos traído de México, se pasaron ocho dias sin que probásemos bocado.

El fruto del palmero, hervido con carne de cerdo y sin sal, porque nos la habiamos acabado algunos dias antes, era nuestro único sustento. El lugar á donde llegamos estaba igualmente ecshausto de provisiones, porque los que allí vivian, temian que los atacasen los españoles de un es-

tablecimiento vecino; temor infundado; pues segun la situacion en que encontré á los españoles, no estaban en situacion de causar el mas leve daño. Tanto nos alegramos de estar inmediatos á Nico, que olvidamos todos nuestros pasados trabajos; á la manera que el náufrago que cuando llega al puerto, no se acuerda de los peligros que ha pasado. Sin embargo, seguimos padeciendo el hambre, pues aun las insípidas raices nos costaba gran trabajo conseguir-las; y despues de emplear largas horas en sacarlas, eran devoradas en el menor tiempo imaginable.

NÚMERO XV

ÚLTIMA CARTA DE CORTÉS AL EMPERADOR.

(Pongo aquí esta *última y sentidísima carta*, como la llama Vargas Ponce, quien la incluye en su importante colección sacada de los archivos de Sevilla. Justamente puede llamársele sentidísima, si se considera el tono triste en que está escrita y que contrasta con las anteriores, y las amargas circunstancias en que fué escrita. Sin embargo, cuando Cortés se lamenta de su pobreza, no debemos entender esto literalmente, pues cuando murió, tres años después, dejó inmensos estados; bien que tuvo que gravarlos considerablemente para subvenir a los gastos de la expedición al Mar del Sur; de manera que sus rentas apenas le alcanzaban, en los últimos días de su vida, para cubrir los gastos más precisos. Los últimos instantes de Cortés se pasaron en infructuosas solicitudes dirigidas a la Corona, pidiendo la recompensa de los distinguidos servicios que le había prestado; suerte que nos recuerda la no menos infeliz de Colón. La vida de estos dos hombres nos enseña que la carrera más brillante puede terminar en medio del dolor y el desengaño, a la manera que el Sol está rodeado de nubes cuando baja al ocaso.)

Pensé que haber trabajado en la juventud me aprovechara para que en la vejez tubiera descanso, y así á quarenta años que me he ocupado en no dormir, mal comer, y á las veces ni bien ni mal, traer las armas á cuestas, poner la persona en peligro, gastar mi hacienda y edad todo en servicio de Dios trayendo obejas á su corral muy remotas de nuestro imperio, ignotas, y no escriptas en nuestras Escrituras, y acrecentando y dilatando el nombre y patrimonio de mi Rey, ganándole y trayéndole á su yugo y Real cetro muchos y muy grandes reynos y señorios de muchas bárbaras naciones y gentes, ganado por mi propia persona y espensas, sin ser ayudado de cosa alguna, hantes muy estorvado por nuestros muchos émulos y envidiosos, que como sanguijuelas han reventado de artos de mi sangre.

De la parte que á Dios cupo de mis trabajos y viglias asad estoy pagado, porque..... la obra suya quiso tomarme por medio, y que las gentes me atribuyesen alguna parte; aunque quien conociere de mí lo que yo beré claro, que no sin causa, la divina providencia quiso que una hobra tan grande se acabase por el mas flaco é inútil, medio que se pudo haber, porque seyendo Dios fuese el atributo.

De lo que á mi rey quedó, la remuneracion siempre estuve satisfecho que ceteris paribus no fuera menor, por ser su tiempo de V. M., que nunca estos reynos despues donde yo soy natural y á quien cupo este beneficio fueron poseydos de tan grande Católico príncipe magnánimo y poderoso Rey; y así V. M., la primera vez que vesé las manos y entregué los frutos de mis servicios, mostró reconocimientos de ellos, comenzó á mostrar voluntad de me hacer gratificacion, honrrando mi persona con palabras y hobras, que pareciéndome á mí que no se equiparaban á mis méritos, V. M. sabe que yo reusé de recibir. V. M. me dijo y mandó que las aceptase, porque pareciese que me comen-

zaba há hacer alguna merced, y que no las recibiese por pago de mis servicios; porque V. M. se queria haber conmigo, como sean los que se muestran á tiron de ballesta, que los primeros tiros dan fuera del terreno, y enmendando dan en él y en el blanco y fiel; que la merced que V. M. me hacia hera dar fuera del terrero, y que iria enmendando hasta dar en el fiel de lo que yo merecia; y pues que no se me quitava nada, de lo que tenia, ni se me habia de quitar que recibiese lo que me dava; y así vesé las manos á V. M. por ello, y en bolviendo las espaldas quitóseme lo que tenia todo, y no se me cumplió la merced que V. M. me hizo.

Y demas de estas palabras que V. M. me dijo, y otras que me prometió, que, pues tiene tan buena memoria, no se le habran olvidado, por cartas de V. M. firmadas de su real nombre tengo que muy mayores. Y pues mis servicios hechos hasta aquí son benemeritos de las obras y promesas que V. M. me hizo, y despues acá no la han desmerecido; antes nunca ecesado de servir y acrecentar el Patrimonio de esos reynos, con mil estorvos, que si no obiera tenido no fuera menos lo acrecentado, despues que la merced se me hizo: lo hecho porque las merece, no sé porque no se me cumple las promesas de las mercedes ofrecidas, y se me quitan las hechas. Y si quieren decir que no se me quitan, pues poseo algo; cierto es que nada inútil será una mesma cosa y lo que tengo, estan sin fruto, que me fuera arto mejor no tenerlo, porque obiera entendido en mis grangerias, y no gastado el s..... de ellas por defenderme del fiscal de V. M., que ha sido y es más dificultoso que ganar la tierra de los enemigos; así que mi trabajo aprovechó para mi contentamiento de haber hecho el dever, y no para conseguir el efecto dél pues no solo..... me siguió reposo a la vejez, mas trabajo hasta la muerte; y

pluguiese á Dios que no pasase adelante, sino con la corporal se acabase, y no se estendiese á perpetua, porque quien tanto trabajo tiene en defender cuerpo, no pueda dejar de ofender el ánima.

Suplico á V. M. no permita que á tan notorios servicios haya tan poco miramiento, y pues es de creer que no es á culpa de V. M. que las gentes lo sepan; porque como esta obra que Dios hizo por mi medio es tan grande y maravillosa, y se ha estendido la fama de ella por todos los reynos de V. M. y de los otros reyes cristianos y aun por algunos infieles, en estos donde hay noticias del pleito de entre el fiscal y mí no se trata de cosa mas; y unos atribuyen la culpa al fiscal, otros á culpas mías; y estas no las hayan tan grandes, que si bastase para por ellas negarme el servicio, no bastasen tambien para quitarme la vida, honrra y hacienda; y que puesto no se hace que no deve ser mia la culpa, á V. M. ninguna se atribuye; porque si V. M. quisiese quitarme lo que me dió, poder tiene para ejecutarlo, pues al que quisiere y puede nada hay imposible; decir que se vuscan formas para colorar la obra, y que no se sienta el intento, ni caven ni pueden caber en los reyes ungidos por Dios tales medios porque para con él no hay color que no sea transparente, para con el mundo no hay para que colorarlo, porque así lo quiero, así lo mando, es el descargo de lo que los reyes hacen.

Yo supliqué á V. M. en Madrid fuese servido de aclarar la boluntad que tubo de hacerme merced en pago de mis servicios, y le traje á la memoria algunos de ellos; dijome V. M. que mandaria á los de su consejo que me despachasen, pues que se les dejava mandado lo que abian de hacer; porque V. M. me dijo que no queria que trajese pleyto con el fiscal, quando quise saberlo dijéronme, que me defendiese de la demanda fiscal; porque havia de ir por

tela de justicia, y por ella se habia de sentenciar, sentílo por grave, y escribí á V. M. á Barcelona, suplicándole que pues era servido de entrar en juicio con sus siervos, lo fuese sin que obiese Jueces sin sospecha; y V. M. mandóme que con los del Consejo de las Indias se juntasen algunos de los otros, pues todo son crsodos de V. M., y que juntos lo determinasen. no fué V. M. servido que no puedo alcanzar la causa, pues quantos mas los bienes mejor alcanzarian lo que se devia hacer.

Veóme viejo y pobre y empeñado en este reyno en mas de veinte mil ducados, sin mas de ciento otros, que he gastado de los que traje; á me han enviado que algunos de ellos devo, tambien que los an tomado prestados para enviarme y..... Correcambios; y en cinco años poco menos que ha que saí de mi casa no es mucho lo que he gastado, pues nunca ha salido de la Corte, con tres hijos que traygo en ella, con letrados, procuradores, y solicitadores; que todo fuera mejor empleado que V. M. se sirviera de ello y de lo que yo mas hoviera adquirido en este tiempo; ha ayudado tambien la ida de Argel.

Paréceme que al coger del fruto de mis trabajos no debia hecharse en vasijas rotas, y dejarlo en juicio de pocos sino tornar suplicar á V. M. sea servido que todos quantos jueces V. M. tiene en sus Consejos conozcan de esta causa, y conforme á justicia la sentencia sea.—Yo he sentido del obispo de Cuenca quedasen, que obiese para estos otros jueces demas de los que hay; porque él y el licenciado Salmeron, nuevo Oidor en este Consejo de Indias, son los que me despojaron sin hoyrme de hecho siendo jueces en la Nueva España, como lo tengo provado, y con quien yo tengo pleito sobre el dicho despojo, y les pida cantidad de dineros de los intereses y renta de lo que me despojaron; y está claro que han de sentenciar contra sí.

No les he querido recusar en este caso, porque siempre crey que V. M. fuera servido que no llegara á estos términos; y no seyendo V. M. servido que hayan mas jueces que determinen esta causa, se me á forjado recusar al obispo de Cuenca y á Salmeron, y pesarme ya en el ánima porque no podrá ser sin alguna dilacion; que para mí no puede ser cosa mas dañosa, porque he sesenta años, y anda en cinco que salí de mi casa, y no tengo mas de un hijo Varon que me suceda; y aunque tenga la muger moza para poder tener mas, mi hedad no sufre esperar mucho; y si no tubiera otro, y Dios dispusiera de este sin dejar succion, ¿que me habia aprovechado lo adquirido? pues subse-diendo hijas se pierde la memoria; otra y otra vez tornar á suplicar á V. M. sea servido que con los Jueces del Consejo de Indias se junten otros jueces de estos otros consejos.

Pues todos son criados de V. M., y le fia la governacion de sus reynos y su real conciencia, no es inconveniente fiarles que determinen sobre una escritura de merced, que V. M. hizo á un su vasallo de una partecica de un gran todo con que se sirvió V. M., sin costar trabajo ni peligro de real persona, ni cuidado de espíritu de proveer como se hiciese, ni costa de dineros para pagar la gente que lo hizo, y que tan limpia y lealmente sirvió, no solo en la tierra que ganó, pero con mucha cantidad de oro y plata y piedras de los despojos que en ella ubo; y que V. M. mande á los jueces que fuere servido que entiendan en ello, que en cierto tiempo, que V. M. le señale, lo determinen y sentencien sin que haya esta dilacion, y esta será para mí muy grande merced; porque adilatarse, dejarlo é perder y bolverme á mi casa; porque no tengo ya edad para andar por mesones, sino para recogerme á aclarar mi cuenta con Dios, pues la tengo larga, y poca vida para dar los

descargos, y será mejor dejar perder la hacienda que el ánimo. Dios Nuestro Señor guarde la muy Real persona de V. M. con el acrecentamiento de Reynos y estados que V. M. desea.

De Valladolid, á tres de Febrero de quinientos quarenta y quatro años.

De V. E. M. muy humilde siervo y vasallo, que sus muy reales pies y manos besa,

Marques del Valle.

Cuarta.—A la S. C. C. M., El Emperador y Rey de las Españas.

Tiene este decreto.—A su Magestad del Marques del Valle, 3 de Febrero de 44:—*No hay que responder: parece letra de Covos.*

Original. Archivo de Indias.

NÚMERO XVI

FUNERALES DE CORTÉS

(El original de este documento existe en los archivos del hospital de Jesús, en México.)

DOCUMENTO RELATIVO A LOS ENTIERROS DEL SEÑOR DON FERNANDO CORTÉS.

'ENTIERRO DEL AÑO DE 1629

Entierro del Marques del Valle de Oajaca, Hernan Cortés, y de su nieto don Pedro Cortés, que se hizo en esta ciudad de México, en 24 de febrero, del año de 1629.

Se trajeron los huesos de D. Hernando Cortés, primer Marques del Valle de Oajaca, que estaban en el monasterio de San Francisco de Tezcuco mas habia de cincuenta años, que los habia traído de Castilleja de la Cuesta; y sucedió, que habiendo muerto en esta corte de México D. Pedro Cortés, Marques del Valle, en 30 de Enero de dicho año, acordó el Sr. Arzobispo de México, D. Francisco Manso de Zúñiga y el señor Virey de México, Marques de Cerralvo, que se hiciesen estos dos entierros juntos en uno, honrándolos principalmente á los huesos de Cortés: fué el

entierro en San Francisco de México; salió de las casas del Marques del Valle; fueron adelante todos los estandartes de las cofradías; fueron todas las órdenes de frailes; fueron todos los tribunales de México; fué la audiencia de los oidores; iba el dicho Arzobispo y cabildo de la catedral de México, y en este lugar iba el cuerpo del Marques D. Pedro Cortés, en un ataúd descubierto, y detras los huesos de D. Hernando Cortés, en un ataúd de terciopelo negro cerrado: llevaba á un lado un guion de raso blanco con un crucifijo, y Nuestra Señora, y San Juan Evangelista, bordado de oro; y del otro lado las armas del Rey de España, bordadas de oro, este guion del lado derecho de los huesos, llevaba otro guion á la mano izquierda de terciopelo negro: con las armas del Marques del Valle, bordado de oro; y los que llevaban los guiones iban armados; y detras el Señor Arzobispo con todos los prebendados, y detras los enlutados, y un caballo despalmado todo enlutado; todo lo dicho con mucho orden: luego proseguian todos los tribunales y la universidad, y tras estos iba la audiencia y el Virey, con mucho acompañamiento de caballeros; y tras de estos iban cuatro capitanes armados, con sus plumeros, picas en los hombros; y tras estos iban cuatro compañías de soldados con sus arcabuces, y otros picas, y detras banderas arrastrando, y los tambores cubiertos de luto: llevaban los huesos oidores, y el cuerpo del Marques D. Pedro Cortés caballeros del hábito de Santiago: la concurrencia era inmensa, y hubo seis posas donde ponian los ataúdes, y todas las órdenes de frailes en cada posa decian un responso.

ÍNDICE

Págs.

CAPÍTULO IV.—Conducta de Moteuczoma.—Su vida en los cuarteles de los españoles.—Proyectada insurrección.—Prisión del señor de Tetzaco.—Providencias posteriores de Cortés (1520).....	7
CAP. V.—Moteuczoma jura vasallaje a España.—Tesoros reales.—Su repartición.—Culto cristiano en el Teocalli.—Disgusto de los aztecas (1520).....	23
CAP. VI.—Paradero de los emisarios de Cortés.—Sucesos que pasan en Castilla.—Preparativos de Velázquez.—Narváez llega a México.—Hábil política de Cortés.—Deja la capital (1520).....	43
CAP. VII.—Cortés baja la meseta central.—Negociaciones con Narváez.—Se prepara a atacarlo.—Cuarteles de Narváez.—Es atacado de noche.—Es derrotado (1520).....	65
CAP. VIII.—Descontento de las tropas.—Insurrección de la capital.—Vuelta de Cortés.—Recibimiento hostil que le hacen en todas partes.—Matanza que hace Alvarado.—Levantamiento de los aztecas (1520).....	89
CAP. IX.—Los indios atacan con furor los Cuarteles de los blancos.—Salida de éstos.—Moteuczoma arenga al pueblo.—Queda gravemente herido (1520).....	117
CAP. X.—Toma del Templo Mayor.—Valor de los mexicanos.—Apuros de la guarnición.—Reñidos combates en la ciudad.—Muerte de Moteuczoma (1520).....	137
CAP. XI.—Consejo de guerra.—Los españoles evacuan la ciu-	

dad.—Noche triste.—Terrible matanza.—Hacen alto por la noche.—Pérdidas que tuvieron (1520)	167
--	-----

LIBRO QUINTO

SALIDA DE MÉXICO

CAPÍTULO PRIMERO.—Retirada de los españoles.—Aprietos del ejército.—Pirámides de Teotihuacan.—Gran batalla de Otumba (1520)	191
CAP. II.—Llegan a Tlaxcalan.—Son acogidos amistosamente.—Descontento del ejército.—Celos de los tlaxcaltecas.—Embajada de México (1520)	213
CAP. III.—Guerra con las tribus convecinas.—Triunfos de los españoles.—Muerte de Maxixcatzin.—Llegan refuerzos.—Vuelven triunfantes a Tlaxcalan los españoles (1520)	229
CAP. IV.—Cuauhtemotzin, emperador de los aztecas.—Preparativos para la marcha.—Código militar.—Los españoles atraviesan la sierra.—Entran en Tetzcoco.—El príncipe Ixtlilxochitl (1520)	251

LIBRO SEXTO

SITIO Y RENDICIÓN DE MÉXICO

CAPÍTULO PRIMERO.—Disposiciones tomadas en Tetzcoco.—Saqueo de Ixtapalapan.—Ventajas que logran los españoles.—Sabia política de Cortés.—Traslación de los bergantines (1521)	285
CAP. II.—Reconocimiento de la capital, por Cortés.—Ocupación de Tlacopan.—Escaramuzas con el enemigo.—Expedición de Sandoval.—Llegan nuevos refuerzos (1521)	305
CAP. III.—Nuevo reconocimiento de la capital.—Encuentro que hay en la sierra.—Toma de Cuernavaca.—Batallas de Xochimilco.—Escápase Cortés con gran trabajo.—Entra en Tlacopan (1521)	323
CAP. IV.—Conspiración en el seno del ejército.—Se echa al agua a los bergantines.—Fuerza del ejército.—Ejecución de	

Xicotencatl.—Marcha del ejército.—Principio del sitio (1621).	349
CAP. V.—Derrota de la flotilla india.—Ocupación de la calzada.—Ataques furiosos de los indios.—Incendio de los palacios.—Resistencia de los sitiados.—Cuarteles de las tropas (1521).....	369
CAP. VI.—Asalto general a la ciudad.—Derrota de los españoles.—Su angustiada situación.—Sacrificio de los prisioneros.—Defección de los aliados.—Constancia de las tropas (1521).....	397
CAP. VII.—Triunfos de los españoles.—Estériles ofertas de Cuauhtemotzin.—Son arrasados los edificios hasta sus cimientos.—Hambre terrible.—Ganan las tropas la plaza del mercado.—Máquinas de guerra (1521).....	419
CAP. VIII.—Horrorosos padecimientos de los sitiados.—Espíritu de Cuauhtemotzin.—Mortíferos ataques.—Aprehensión de Cuauhtemotzin.—Evacuación de la ciudad.—Terminación del sitio.—Reflexiones (1521).....	443

LIBRO SEPTIMO

CONCLUSIÓN

CARRERA SUBSECUENTE DE CORTÉS

CAPÍTULO PRIMERO.—Tortura de Cuauhtemotzin.—Pacificación de todo el país.—Redificación de la capital.—Embajada a Castilla.—Quejas contra Cortés.—Se le confirma en su autoridad (1521-1522).....	485
CAP. II.—Moderna México.—Fundación de la colonia.—Condición de los naturales.—Misiones católicas.—Cultivo de la tierra.—Viajes y expediciones (1522-1554).....	505
CAP. III.—Defección de Olid.—Peligrosa marcha a Honduras.—Suplicio de Cuauhtemotzin.—Doña Marina.—Llegada a Honduras (1524-1526).....	523
CAP. IV.—Disturbios de México.—Vuelta de Cortés.—Desconfianza de la corte.—Vuelvese Cortés a España.—Muerte de Sandoval.—Brillante recibimiento que tiene Cortés.—Honores que se le confieren (1526-1530).....	543

	<u>Págs.</u>
CAP. V.—Vuelta de Cortés a México.—Se retira a sus estados.—Sus nuevos viajes de descubrimiento.—Vuelve por última vez a Castilla.—Le reciben fríamente.—Muerte de Cortés.—Su carácter (1530-1547).....	565

APÉNDICE

NOTICIAS PRELIMINARES.....	605
----------------------------	-----

PARTE PRIMERA

Origen de la civilización mexicana.—Su analogía con la del Antiguo Mundo.....	607
---	-----

PARTE SEGUNDA

NÚMERO I.—Documentos originales.—Consejos de una madre azteca a su hija, copiados de la obra de Sahagun, <i>Historia de Nueva España</i> , libro VI, capítulo XIX.....	641
NÚM. II.—Poema sobre la inestabilidad de la vida humana, por Nezahualcoyotl. Señor de Tezcucó.....	647
NÚM. III.—Descripción de la residencia de Nezahualcoyotl en Tezcotzínco, sacada de la <i>Historia Chichimeca</i> de Ixtlilsochitl, M. S., capítulo XLII.....	651
NÚM. IV.—Traducción de Ixtlilxochitl, <i>Historia Chichimeca</i> , M. S., capítulo XLIV.....	654
NÚM. V.—Instrucciones dadas a Cortés, por Velázquez, gobernador de Cuba, al tomar aquél el mando de la expedición. Fechada en la Fernandina, a 23 de octubre de 1518.....	657
NÚM. VI.—Sacado de la <i>Historia General de los Indios</i> por Las Casas, M. S., libro III, capítulo CXVI.....	664
NÚM. VII.—Declaración de Alonso Hernández de Puerto Carrero.....	666
NÚM. VIII.—Extracto de la carta de Veracruz, M. S.....	672
NÚM. IX.—Sacado de la <i>Historia de Tlaxcala</i> por Camargo, M. S.....	676
NÚM. X.—Sacado de Oviedo, <i>Historia de las Indias</i> , M. S., libro XXXIII, capítulo XLVI.....	679

Núm. XI.—Diálogo de Oviedo con Don Thoan Cano, sacado de la <i>Historia de las Indias</i> , M. S., libro XXXIII, capítulo XLIV.	685
Núm. XII.—Concesión hecha por Cortés a doña Isabel Montezuma, hija del emperador Montezuma, fecha en México a 27 de junio de 1526	698
Núm. XIII.—Código militar de Cortés, fecho en Tlaxcala, a 22 de diciembre de 1520	705
Núm. XIV.—Traducción de los pasajes de la carta de Cortés, relativos al viaje a Honduras.....	713
Núm. XV.—Última carta de Cortés al emperador	719
Núm. XVI.—Funerales de Cortés.....	726





**PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET**

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 30 23 12 022 5